



CUENTOS COMPLETOS

Valderrama  
me

**Pedro Gómez Valderrama** (Colombia, 1923-1992), es uno de los grandes escritores de la narrativa latinoamericana contemporánea. Hombre de Estado (fue ministro de Educación y de Gobierno, Consejero de Estado, así como Embajador en la Unión Soviética y España), abogado, periodista y profesor universitario, hizo parte del grupo que -en torno a la revista **Mito-** ejerció una influencia determinante sobre la cultura colombiana durante la década de los cincuenta.

Su obra múltiple -poesía, ensayo, narrativa- exhibe una vasta cultura, una notable imaginación y un exquisito sentido del humor. Elementos inseparables que le imprimen a sus creaciones un indiscutible atractivo.

Su inigualable capacidad para recrear una atmósfera le permitió atravesar las fronteras del tiempo y el espacio en una búsqueda incesante por discernir posibles alternativas para sucesos acaecidos en el pasado. Muchos de sus relatos se proponen llenar vacíos históricos con ficciones literarias, en un raro virtuosismo sin antecedentes.

Su cuento **¡Tierra!** fue traducido por Roger Callois y publicado en el "Mercure de France" y la Biblioteca Ayacucho lo escogió para su colección, otorgándole así el privilegio de ser el primer colombiano a quien publicó en vida.

**CUENTOS COMPLETOS**

CUENTOS COMPLETOS

*Gómez*

*Valderrama*

## ALFAGUARA

© Pedro Gómez Valderrama

1973, El retablo de Maese Pedro

1973, La procesión de los ardientes

1980, Más arriba del Reino

1984, Los infiernos del Jerarca Brown

1984, La Nave de los Locos

1992, Las alas de los muertos © De esta edición:

1996, Editorial Santillana, S. A.

Carrera 13 No. 63-39, Piso 12

Teléfono 2 48 50 87

Santafé de Bogotá, Colombia

• Aguilar, Altea, Tauros, Alfaguara, S. A.

Beazley 3860 - 1437 Buenos Aires

• Santillana de Ediciones, S. A.

Av. Arce 2333 entre las calles Belisario Salinas

y Rosendo Gutiérrez, La Paz

• Santillana, S. A.

Eloy Alfaro 2277 y 6 de Diciembre, Quito

• Santillana, S. A.

Juan Bravo, 38, 28006 Madrid

• Aguilar, Altea, Tauros, Alfaguara S. A. de C. V.

Avda. Universidad 767, Col. del Valle

México, D.F. C.P. 03100

• Santillana, S. A.

Avda. San Felipe 731, Lima

• Editorial Santillana, S. A.

Avda. Rómulo Gallego, Sector Montecristo

Ed. Zulia, piso 1, Caracas

**I.S.B.N. 958-24-0326-8**

*Impreso en Colombia*

Diseño de colección: José Crespo, Teresa Perelégui y Rosa Marín Fotos de cubierta: © 1996, Sandra Peña Torres.

Objetos y manuscrito de la biblioteca del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

## Índice

Prólogo de	
Pedro Alejo Gómez Vila	11
<b>Más arriba del reino</b>	
<b>El retablo de Maese Pedro</b>	
¡Tierra!	23
Homenaje a Stendhal	27
Noticia de los cuatro mensajeros	33
La aventura de la nieve	45
La mujer recobrada	50
El corazón del gato Ebenezer	60
El maestro de la soledad	68
El hombre y su demonio	81
Historia de un deseo	85
La procesión de los ardientes	
En un lugar de las Indias	93
El historiador problemático	99
Los papeles de la Academia Utópica	104
El ala izquierda del águila	124
¿La revolución no tendrá lugar?	127
Vida sexual angélica	131
El dios errante	134
dice de Santa Cristina	140
El jeroglífico del alma	146
La procesión de los ardientes	149
Invenciones y artificios	
Cien años de aire	181
Corpus iuris Civilis	190
Los infiernos del Jerarca Brown	195
La Nave de los Locos	
Descripción e historia de una visita al Museo del Louvre	
237	
Responsabilidad de Stendhal en la batalla de Waterloo	

242	
Eliezer y Rebeca	249
Las músicas del diablo	253
Olvido capital	267
La Nave de los Locos	273
La muerte de Lincoln	276
La Cabeza del Papa	280
El espejo profundo	286
La paloma del Espíritu Santo	293
Su hora de gloria	299
Lista de pasajeros del autobús intermunicipal	303
Los pulpos de la noche	306
María a las cuatro de la tarde	311
La habitante	313
Itinerario del tren crepuscular	317
Sortilegios	329
1.	El habitante de la corte
2.	El tapiz del virrey
3.	El castigo
4.	Los ojos misteriosos
5.	Suma teología
6.	Inundación
7.	La verdadera historia
8.	El sol de la tarde
9.	Dos fórmulas para la Atlántida
10.	El estudiante y el filósofo
11.	Memoria sobre la vencible Armada
12.	Discusión sobre cementerios
Las muertes apócrifas	344
Cristóbal Colón	
Vasco Núñez de Balboa	
Napoleón	
Lucrecia Borgia	
María Antonieta	

El marqués de Sade  
Simón Bolívar  
Stendhal  
Lenin  
La muerte de K.  
Augusto Pinochet Ugarte  
Mao Tse Tung  
La muerte del escritor  
**Las alas de los muertos**  
El espejo del marqués 357  
El engañoso cuadro 368  
El hotel de Nunca Jamás 373  
Documentos del padre Alameda 376  
1. Historia de mujeres  
2. Los ciegos de la noche  
3. Vida de Juan Perro  
Ensalmos 387  
La moneda  
Luz de los ojos  
La reina del sol  
Cuando lord Byron navegó hacia América  
Segunda sinfonía  
El defensor 393  
Las alas de los muertos 395

El mundo, espejo de mi mano, iba  
*“El mundo, espejo de mi mano, iba”*

Jorge Gaitán Durán

*“Si el verbo se corrompe, se estanca y pudre la vida”*

Jorge Eliécer Ruiz

## I

El escenario —cada hoja en blanco— prefigura entero el universo. Ninguna palabra hay más cabal que el sermón de Benares que fue la inmensidad del silencio de Buda.

Tal vez sea cierto que nada de lo que ha ocurrido cesa de ocurrir. Tan solo dejamos de verlo.

## II

Solamente he encontrado un gesto que traduce la elocuencia de las palabras de Mann, al comienzo de *La muerte en Venecia*, cuando habla de ese *motus animi continuus* —ese movimiento continuo del alma— en que consiste la creación. Durante días mi padre llevaba, en un bolsillo del saco, el manuscrito de cada uno de sus cuentos recién escritos, en el que iba incorporando mínimas correcciones, hasta terminarlo.

Yo me he figurado siempre que ese era un universo que él llevaba plegado en esas misteriosas hojas, en el que iba poniendo estrellas, ciudades, hombres y pájaros, con paciencia, hasta hacerlo girar con su propia vida.

Toda creación requiere una obsesiva gravitación. Interrogado sobre cómo descubrió la ley de la gravedad, Newton respondió: “Pensando siempre en ella”.

Los objetos son palabras más densas. Su silenciosa presencia es una palabra continuamente dicha. Durante años tuvo sobre su escritorio una hermosa réplica de una de las carabelas del Descubrimiento. El barco es el signo del viaje, de todo viaje. Todo escritor es un viajero inmóvil; de alguna manera es una especie de Colón, si es un descubridor, o Livingston si su oficio es la exploración.

La escritura es un mapa en el que la palabra y lo que nombra tienen esa misma relación jeroglífica de las quietas líneas serpenteantes con el mundo, en el que son costas blancas de espuma, o ríos cuyo torrente inquieta los precisos trazos. Y siempre los pájaros y la lluvia desquiciarán los mapas.

Un día, mientras conversábamos, descubrí detrás de su hombro, sobre un mapamundi, una mariposa cuyas alas rojas bordeadas de negro cubrían por completo a Java. Luego, cuando comenzó a aletear con suavidad sobre el azul inmóvil, yo me figuré que las aguas, en ese instante, empezaban a agitarse, movidas por poderosos vientos que hacían cabecear los barcos con desesperación y, en los puertos, cerrarse y abrirse los postigos movidos por una súbita furia invisible, hasta que la mariposa voló y cesó la tempestad en el mar de la isla.

De algún modo la historia es un mapa en el tiempo. Y estos cuentos baten sus alas sobre esa otra quietud. En ellos hay entre la quieta línea de la historia y el cierto relato de lo que pudo ocurrir, esa misma relación que hay entre la palabra y lo que nombra, entre el mapa y el mundo. Abren sobre el mundo de la historia un universo que la inquieta y la interroga del mismo modo en que las cosas son una continua pregunta a las palabras. Porque es cierto que toda cosa aspira a la precisa palabra que la nombre, y el sólo lenguaje que lo abarca es el universo.

Desde “¡Tierra!” —traducido por Roger Callois en el *Mercure de France*— hasta su último libro, *Las alas de los muertos*, que no alcanzó a ver publicado, y que aparece por primera vez en esta edición, un orden siempre posible de acontecimientos cuestiona, indaga e ilumina el mundo en que escribió y en el que vivimos.

Igual que lo que ocurrió, también nos define, y quizás más perentoriamente, lo que no ocurrió.

Una incesante vida probable nos interroga, nos dice, nos agita. En todo va un doble y simultáneo relato: el de lo que ocurre y ese otro, imperceptible, de lo que deja de ocurrir, bajo sus insondables formas.

Arduamente los historiadores pretenden hacer coincidir las imágenes con la verdad. Pero lo cierto es que la mayor ficción es la historia total. Al tiempo que las imágenes, aún desasidas de todo anclaje en los hechos, tienen una perdurable dimensión que los hechos a su vez alcanzan. César no tenía otro destino que el del incesante Suetonio, su riguroso historiador. Pero no por ello el transparente Suetonio está libre de suerte.

Tal vez nada haya más cierto sobre nosotros que nuestra vida probable, y por ello, quizás, la historia de la imaginación sea nuestro mejor espejo.

### III

En alguna ocasión refiriéndose a la imposible arquitectura que Breughel pintó en la Torre de Babel, habló de la condición precursora del arte. La mole colosal de la torre sólo era concebible, entonces, en la pintura, que revelaba un mundo únicamente habitable con la mirada. Desde luego la altura de la torre es la de la imaginación del pintor. Las hordas que trabajan en la construcción inacabable subrayan más acentuadamente la estrechez de la ciudad en que el pintor mezcla los colores del cuadro. La pintura precedía así a la arquitectura. Pero su significación es mayor: el cuadro se desprende de la limitación de su tiempo, la trasmuta en una posibilidad liberadora.

El cuadro, que para el espectador es una visión, para el pintor es el relato de un viaje. La materia de la torre no es tangible, pero vislumbra un asunto inconmensurable, abre otra perspectiva, desde la imaginación a la sensibilidad. No es posible afirmar que el pintor niegue su tiempo; ocurre que no se resigna, abre otros rumbos. El cuadro acabado es la pintura de algo inconcluso, y ese es su secreto portentoso.

Hoy pienso que si debiera escoger una pintura que me represente su obra esa sería “La Torre de Babel” de Breughel. Precisamente porque la materia del arte está siempre rondada, como la Torre de Babel, a la vez por el estigma de lo demoníaco, y por la condición de la utopía. Y uno y otra gravitan sobre un único centro que es la libertad. Y estos fueron los temas centrales

de su vida.

Alguien dijo que un escritor maduro no escribe lo que quiere, sino lo que puede. Y se escribe con las obsesiones. Ello es cierto, sólo hay que tener el buen cuidado de escoger la obsesión que pueda salvarnos.

Esas obsesiones, para un escritor son sus temas. *Muestras del Diablo, justificadas por consideración de brujas y otras gentes engañosas, en el reino de Buzirago y El Engañado* —un libro de ensayos publicado por primera vez en 1958— no sólo prefigura su obra, sino que revela la más definitiva de sus obsesiones: la libertad. Justamente porque el Demonio ha sido el arquetipo de la gran estrategia para proscribirla.

Esa obsesiva idea de libertad, está en su obra entera. Pero no sólo hay libertad en lo que su obra tiene de creadora, sino que, fundamentalmente, esta es una invitación al lector a la creación, y, a través de ella, a la libertad.

En sus cuentos, urdidos sobre zonas en que la historia es inaveriguable, sobre un mundo de posibilidades sin comprobación dable, nada hay que se imponga al lector. La imposibilidad de trazar en muchos de ellos una línea divisoria entre lo real y lo imaginario, entre la historia y la ficción, tiene, en su caso, una prodigiosa significación, porque va paralela a un desdibujamiento entre la forma del cuento y la del ensayo —así, por ejemplo, en “Los papeles de la Academia Utópica”— de manera tal que lo imaginario y creado —esa nueva “¡Tierra!”—, que es el primero de los cuentos de este libro— pasa a ser el objeto de su propia reflexión, y ninguna libertad hay mayor que la que puede ejercerse sobre lo imaginario, sobre lo todavía no alcanzado.

En esa región *Más arriba del Reino*, indescifrable entre el cuento y el ensayo, no sólo es nuevo el mundo que descubre, sino que este adquiere una particular profundidad, una densidad y una perspectiva que provienen de la reflexión a la que es sometido. En estos cuentos, esa reflexión ejercida en lo imaginario es una segunda instancia de la creación.

Leyéndolo, muchas veces he pensado que sus textos son

más reales que la historia misma y, de algún modo, algo hay en ellos más preciso que en las mejores reconstrucciones. Ciertamente nada ocurre de manera definitiva afuera, sino en el tiempo puro de la conciencia, y es en esa región donde transcurre su obra. Así, en “La responsabilidad de Stendhal en la batalla de Waterloo” postula que si el escritor de *La Cartuja de Parma* no hubiese relatado la derrota del Emperador, ésta no habría tenido lugar. Las primeras páginas de *La Cartuja*, que dan cuenta de la insonable admiración de Stendhal por Napoleón contienen, trágicamente, el más perdurable y definitivo relato de su derrota, y, así, Henry Beyle es el atroz cómplice de los generales enemigos.

En cierto modo no hay historia posible. La historia no pasa de ser una tentativa, entre otras razones porque, sin duda, dice tanto o más de nosotros, que de lo historiado. O, si se quiere, la perfecta Historia es la utopía de un presente eterno, en la que todo vuelve a ocurrir con una duplicada o multiplicada exactitud, y con tal perfección que resulta imposible determinar si algo aconteció o está aconteciendo.

Sirve para ilustrarlo el relato que sobre el rigor de la ciencia, en 1658, hizo Jorge Luis Borges cuando fue Suárez Miranda y escribió los “Viajes de varones prudentes” de los cuales sobrevive tan sólo su testimonio sobre “Colegios de Cartógrafos (que) levantaron un mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él”.

#### IV

La suya era una de esas raras vidas que, como los signos chinos, enteras son una sola palabra, que sólo puede traducirse con muchas otras.

La escritura es la misma autobiografía, pero en clave. Ello explica su porte, su elegancia sobernal que era la misma de sus textos. Era, de alguna manera, como si él se escribiera a sí mismo. Y siempre con el humor inquebrantable que le había dado para escribir “La vida sexual angélica” o “El historiador problemático”.

Igual que en su obra, tampoco hay en su vida una línea que

permita circunscribirla a límites estrechos. Tal vez no sea preciso hablar de su vida, sino de sus múltiples vidas, ninguna de las cuales estaba aislada de las otras porque siempre supo enriquecerlas encontrando resonancias recíprocas.

Sus cuentos —escritos con palabras tasadas hasta el preciso matiz— tienen la economía verbal, la precisión de los códigos que transitó como abogado, como Magistrado del Consejo de Estado. Pero también hay palomas que salen volando de uno de los artículos del Código Civil, en el “Corpus Iuris Civilis”.

A la vez, la libertad con que interrogan, y a la que invitan, traduce una posición vital, porque, en su caso, en el caso de quienes, igual que él, estuvieron contra la Dictadura, la libertad fue una conquista y no un don. Recordándolo decía que “posiblemente la circunstancia de haber tenido que volver a empezar desde las libertades básicas nos afianzó más en nuestras ideas liberales”.

Un día abuela ordenando recuerdos en el armario me mostró la corbata manchada de sangre que él llevaba el 9 de abril de 1948, cuando una esquirla de bala de un tirador, con afortunada mala puntería, lo hirió mientras iba, entre la balacera, con Carlos Lleras Restrepo al Capitolio. Había que salir a la calle por la libertad. Y él no vaciló. Entonces, siendo todavía un niño, supe que mi padre era un hombre valiente.

Las líneas finales de *Muestras del Diablo* son, por ello, sobre todo un testimonio: “Las libertades no están solas, las libertades son una. Por eso, en una hermosa paradoja, las libertades vienen en cadena. En la única cadena que el hombre puede soportar sin que pierda su razón de ser, la cadena de las libertades, que debe rodear al hombre, envolverlo, pegarse a su cuerpo y a su espíritu”.

Años después, siendo Ministro de Educación, encabezó él mismo la tropa para rescatar a Carlos Lleras, cuando fue sitiado en la Universidad Nacional, poco antes de ser elegido Presidente de la República. Con ello cumplía con un doble deber: como hombre público y como amigo. Entonces, supe que para ser valiente hay

que que había años inquebrantables cuando quieras escribió que su mejor amigo en la vida había sido mi padre.

Esa libertad que hay en sus cuentos estuvo siempre en su vida, justamente porque la vocación ética y estética de un escritor está no sólo en decir, sino en poder permanecer en lo que se ha dicho, poniendo a prueba la propia obra.

En un lúcido ensayo que preside la parte de su obra publicada en Venezuela por la Biblioteca Ayacucho —sin duda la más importante colección de letras americanas, en la que tuvo el privilegio de ser el primer colombiano a quien se publicó en vida— Jorge Eliécer Ruiz dijo todo ello tajantemente: “Si el verbo se corrompe, se estanca y pudre la vida”.

## V

La casa empezó a ceder a su regreso como Embajador de Colombia en España. La casa es, para los budistas, la alegoría del cuerpo. El cuerpo —otra casa— es la morada en el mundo: un barco con ojos en el universo.

Caminaba como un barco que escora levemente. Con la misma marcha lenta y poderosa de los grandes barcos. Una fractura fue haciendo mella, y lo obligó, años después, a usar un bastón.

Pero también el cuerpo tiene la medida del mundo. Tanto cielo hay en los ojos. Ese bastón tenía la medida de la tierra que no alcanzaba. Y, a su regreso, a veces era como si no hubiera aire en la casa.

Cuando el 13 de diciembre de 1991, unos meses antes de morir mi padre, María Mercedes Carranza organizó en la Casa de Poesía Silva, un homenaje de sus amigos para él, quiso ella que fuera un homenaje no a Pedro Gómez Valderrama, sino, específicamente, que lo fuera a su vida y a su obra. Y, en su caso, es claro que ello fuera así, no sólo por su vida intachable, porque su fortuna, su gran fortuna, estaba hecha con sus palabras y con sus actos y era su conciencia tranquila, y prueba de ello es que su herencia, que es su vida y que es su obra, nos pertenece a todos; porque como un hombre valiente estuvo dispuesto a dar

cumplimiento a su tarea costara lo que costara, al riesgo de su vida contra la Dictadura, con sus actos y con sus palabras desde *Mito-*, porque sabía que hay cosas más importantes que la vida. Pero fundamentalmente, hay en ello la razón que Jorge Gaitán Durán propuso: “Todo edificio estético descansa sobre un proyecto ético. Las fallas en la conducta vital corrompen las posibilidades de la conducta creativa”.

Por esa misma época, sus médicos —aunque ello dicho a secas no es ni preciso ni justo— más bien, y sobre todo, sus amigos Adolfo de Francisco y José Félix Patiño, me confirmaron una tarde atroz que, desde su regreso, como era previsible, el tamaño de su propio corazón intolerablemente se había ido expandiendo en su cuerpo. Pero ello había siempre ocurrido en su vida, hasta el momento final. Hoy pienso que no hay azar ni alegría en ello, que él no podía morir de otra manera: que sólo podía matarlo el tamaño de su corazón.

## VI

Siempre he sentido la misma profunda inquietud y alegría cuando recuerdo la noche de niño en que me mostró en unas postales la pintura de las cavernas prehistóricas en que corrían los grandes bisontes. Había, entre todas, la simple huella de una mano pintada. Era un saludo a los hombres futuros. El milenarismo saludo a los hombres por venir, de un hombre que se negaba a morir.

Luego, antes de dormir, dejaba las postales para que me acompañaran y no tuviera yo más miedo. Ahora esas mismas postales son estos cuentos.

Antes abuelo, antes de dormir me había dicho: “Nunca estás solo. El alma te acompaña”. Y yo le pregunté cómo era el alma. Abuelo me dijo: “El alma es grande como el mundo”. Y para no sentir más miedo yo pregunté si en el alma había perros que me cuidaran. Y él me dijo que en el alma había perros, y había estrellas y estaba él y estaba mi padre. Y que el alma volaba.

A veces ocurre que todo está quieto como sus vestidos en el armario, que nada se mueve. Y es como si el alma estuviera quieta. Pero quien se detiene somos nosotros; ello es así cuando

no oímos el alma.

Todos somos niños en el universo.

## VII

“Hay quienes creen, entre ellos yo —escribió en “Los papeles de la Academia Utópica”—, que la biografía de todo hombre debe empezar con el relato de su muerte, que es el espejo de su vida”.

No se trata, y en ello está su profundo sentido de relatar cómo fue su muerte, sino cómo es su muerte, justamente porque la inmensa muerte, tiene un tamaño y es el de lo perdurable que hay en la propia obra, y ningún otro.

También la muerte es vulnerable, y, como nosotros, está cubierta de heridas. Esas heridas en la muerte son lo que de nosotros es capaz de vencer el tiempo.

Muchas tardes he sido los versos del 697 al 702 de *La Eneida*.

“Deja que estreche tu diestra,  
déjame, oh padre, y no huyas del abrazo.

Tres veces trató de echar los brazos en torno de su cuello, tres veces, en vano asida, escapo la imagen de la mano como viento ligero e igual que un sueño efímero”.

Pero también he sido —y soy— lo que T.S. Elliot decía sobre los antepasados: “Ellos son eso que sabemos”.

La muerte —y dudo que pueda usar la palabra— sólo ha cambiado la forma del diálogo con mi padre. La muerte no lo ha roto. Este prólogo es una de las formas renovadas de ese diálogo. Alguien decía —quizás él— que ninguna sensación mayor de vacío hay que la de un escritor cuando termina de escribir. De ahí la dificultad invencible de concluir ahora.

Este libro es el testimonio de que está vivo, de que pudo vencer no sólo el peso de ese anonimato de la vida, sino, sobre todo, ese otro, más poderoso y temible, que es el anonimato de la muerte.

Ahora sólo encuentro justas y precisas sus propias

palabras, escritas al final de su prólogo a la obra literaria de Jorge Gaitán Durán, y que hago mías: “La circunstancia de la cual no puedo —ni quiero— desprenderme, de haber sido su amigo, ha dado a este prólogo un tono personal. No podía ser de otro modo. Decía Ezra Pound, recordando la muerte de Henry James: ‘Cuando él murió sentimos que ya no había nadie a quien preguntarle nada’”.

PEDRO ALEJO GOMEZ VILA

*Más arriba del Reino*<sup>1</sup>

*“El fuego examinó sus monarquías  
y yacen, poco peso, en urnas frías  
y visten (ved la edad cuánto ha podido),  
sus huesos polvo, y su memoria olvido”.*  
Quevedo. *Roma antigua y moderna.*  
Imitación de Joachim du Bellay.

*“... tenía sobre las apariciones  
autoridad casi tan ilimitada como la de  
un centurión romano sobre sus  
soldados”.*

Thomas de Quincey. *Confesiones de un  
comedor de opio.*

*“... de arriba las doradas vigas echan  
que doran la mansión de antiguos reyes”.*  
Virgilio. *Eneida.*

---

<sup>1</sup> En 1980, Pedro Gómez Valderrama reunió sus libros de cuentos *El retablo de Maese Pedro*, *La procesión de los ardientes* e *Invenções y artificios*, en un volumen titulado *Más arriba del Reino*.

En esta oportunidad se optó por conservar el título y el orden de esa antología establecido por el autor para esa ocasión.

## **El retablo de Maese Pedro**

*"Acaso todo ocurre después, cuando lo recordamos, no en el rudimentario presente".*

Jorge Luis Borges

*"... ¿Y sin embargo, no es la hipótesis una forma particular de leyenda, razonada si se quiere, verosímil sin duda, que no recurre a lo sobrenatural evidentemente, pero leyenda de todos modos?"*

René Thevenin

*"Es interesante a veces especular sobre cómo nuestras ideas de un periodo se modificarían si un carácter o un episodio fuesen removidos*

Graham Greene

¡Tierra...!

"... *toda la noche oyeron pasar pájaros...*"

*Diario de Colón*

*"Un marinero que el Diario llama Rodrigo de Triana, pero cuyo verdadero nombre parece haber sido Juan Rodríguez Bermejo, había visto tierra desde la proa de la 'Pinta'..."*

Salvador de Madariaga. *Vida de Colón*, p. 296.

El hombre tendido en el jergón estrecho incorporó levemente la cabeza. Por la escotilla alcanzaba a divisar un poco de luz de luna. La nave apenas oscilaba blandamente como si estuviese apegada al muelle. Dejó caer la cabeza, y se quedó escuchando. Se oía la respiración de los dormidos. Una palabra entredicha, un ronquido cansado se mezclaban de pronto al compás. Nuevamente levantó la cabeza. Había oído el aleteo de un pájaro. No era, no podía ser una gaviota. Hacía mucho las habían perdido totalmente. Pensó en los pájaros monstruosos del otro mundo, en los grifos con garras de león, en las mujeres con alas y piernas emplumadas, en las aves monstruosas de la Catedral de Sevilla. Cuando se embarcaron, la gente decía que iban buscando el fin del mundo, les despedían para la muerte, para cuando se desplomaran en la catarata interminable donde se hunde el mar... Morir aquí o allá, amarrado al banco de una galera, da lo mismo... Pero ya se oyen volar los monstruos. Acaso ya hemos pasado los límites del mundo, acaso nos queda poca vida, acaso estamos muertos...

Se oían sobre la cubierta los pasos del centinela. A popa venía la Marigalante. Seguían avanzando desalentadamente. De nuevo aleteó misteriosamente un pájaro. El hombre murmuró entre dientes otra vez. Vamos a la muerte en medio del agua. No encontraremos tierra. Los pájaros son una mentira. La luz que al anochecer vio el Almirante es la luz de la muerte.

El aire era irrespirable. El calor espeso apretaba la garganta. Se movió en el lecho. La fiebre le sacudía a intervalos breves. Cerró los ojos, intentó quedarse quieto esperando el sueño.

Sintió sed, tanteó buscando la bota. Estaba vacía. Con la fiebre no servían siquiera los dos azumbres de agua que Martín Alonso había ordenado darle. La sal regada sobre las tiras de carne seca que había masticado, le quemaba la sed con sólo recordarla. Tal vez habría sido mejor haber muerto de cosa humana, aquella noche en que el viento silbaba en las jarcias y la carabela se movía bajo la tempestad, que morir ahora en el mar quieto. Le llegó súbitamente una vaharada de olor de hombres dormidos. El olor particular le recordó el ya lejano calabozo de Argel, le memoró, sin saber por qué, la sonrisa de la gata mora.

Había corrido el rumor de que iban a llegar a algún sitio. Los ingenuos no sabían las distancias que un simple palo tallado puede navegar sobre las corrientes ocultas del mar océano, ni la resistencia de las alas de los pájaros. Recordó, noches antes bajo la luna, la silueta de don Cristóbal, entrevista en la proa de la Nao capitana mirando hacia adelante, a la oscuridad. En ese instante, a la corta distancia entre las naves al paio, Juan se estremeció. Le pareció que un viento de locura los empujaba, y había sentido casi hasta el grito el temor malhumorado que a todos, uno por uno, iba ganando.

Morir aquí, o allá... Trató de pensar en qué le había hecho embarcarse. Recordó al cura recién muerto, entre un charco de sangre, mientras sobre él llovían los golpes enfurecidos de los hombres de la Hermandad que se empeñaban en amarrarlo para llevarlo a la justicia. Pero él *sabía* que no había sido eso. La noticia de su fuga tardaría en llegar hasta Palos, y no serían los cuadrilleros burlados quienes se apresurarán a llevarla. Recordó, en cambio, la bota de vino que al llegar bebiera en un mesón con aquel hombre instruido, hablador de lenguas, a su llegada al puerto. Le pareció oírle hablar de nuevo, verle brillar los ojos al relatar los viajes fabulosos de Marco Polo y del señor de Mandeville. Volvió a pensar en los techos de oro, en los vestidos de oro, en la iluminación de los palacios con el brillo de las gemas, en los ríos de miel y en los árboles que daban frutos humanos. La cala en que llevaba dos semanas de oscuridad

enferma, era distinta, y de sus sombras no lograba hacer salir las visiones que surgieran de la bota de vino. Todavía soñaba con una espada de puño de oro, con una daga que tuviera la cruz de rubíes. Pero cuando caía la noche, se le poblaba de hombres con el rostro en el vientre, con orejas que llegaban al suelo, con cabezas de perros, y le parecía que mordía una sandía y al abrirla encontraba el cuerpo palpitante de un pequeño monstruo. El silbido del viento en los cordajes se le volvía un prolongado llamado de serpientes.

Se volvió lentamente, para cambiar de recuerdos. Sí, cambiaban. Estaba allí la Mari-Juana de Moguer. Recordó la noche antes del zarpe. Mari-Juana la Pinta, la llamaban esa noche mientras dos ebrios gritaban a la Mari-Galante. Recordó la huida de la tasca, casi a la aurora, cuando ya debía embarcarse. Y la callejuela estrecha y en sombras, en la cual la tumbó de espaldas, mientras ella reía con la carcajada llena de vino, y él le desgarraba el corpiño y sacaba al aire y oprimía y estrujaba las dos tetas gloriosas. Recordó la húmeda blandura del vientre, y los ronquidos de placer que se le escapaban a la hembra mientras se retorció como una culebra en el fango. Y el golpe en la nuca, que no lo hizo dejar la presa, y el momento en que el placer lo arrastró mientras el otro hombre borracho trataba de arrancarlo de la mujer. Y su daga italiana que se había quedado en el cuerpo del miserable, mientras la Mari-Juana huía medio desnuda, y él corría embarrado y satisfecho a trepar por la escalerilla de “La Pinta”.

Todos estaban en silencio. Dormían. Solo él, en ese instante, padecía los meses sin mujer. Los grumetes vergonzantes le asqueaban, y evitaba sus insinuaciones. Pero la noche estaba quieta, todos dormían menos el vigía, que era aquella noche Rodrigo de Triana.

Juan Rodríguez Bermejo dio otra vuelta en las tablas estrechas. Su deseo de mujer crecía. Aquel aleteo de pájaros fantasmas que pasaban se hacía ensordecedor, como el estruendo de las olas en la quilla. Tenía más necesidad de mujer que en todos aquellos días calientes, de cielo gris y pesado, de temor de seguir avanzando.

Su mano resbaló, húmeda, hacia su sexo. La Mari-Juana, Giacomina la Napolitana, que bebía vino y se arrancaba las ropas y se tendía desnuda en el suelo, a hacerse amar, uno tras otro, por todos los que llenaban la taberna. Los pechos finos de la Sevillana —¡puta, eres puta, puta!—. Cuando vuelva con la ropa de oro del Preste Juan, cuando traiga cien esclavas de Cipango, y la faltriquera llena de joyas y de monedas de oro, y una mujer-pájaro en una jaula, y un tigre que guarde por la noche mi casa, llegaré en una nave extraña, y hablaré en cipangués, y tú me adorarás como si fuese una imagen de santo, y me pedirás que te compre, y he de comprarte a garrotazos. Martín Alonso y el Almirante y Juan el Contraestre miran toda la noche las estrellas, como brujos, pero de algo servirá, y aprenderé en Catay los sortilegios que no conocen en Castilla para hacerse amar de las mujeres sin que busquen la bolsa de monedas...

La mano de Rodríguez Bermejo tomó un lento vaivén sobre sus vergüenzas. La respiración se le aceleraba. Ante sus ojos enfebrecidos, abiertos en el oscuro para perseguir las leves volutas de luz que dejaba pasar la escotilla, danzaban desnudas la Mari-Juana, la Giacomina, Sancha la Sevillana. Pasaban los minutos. Los movimientos eran de una rapidez más apremiante. Tal vez nunca más veré una mujer, pero la Mari-Juana, la Mari-Juana de Cipango. El brazo poderoso se hacía femenino, tomaba el ritmo del golpe de las olas. Se abría el vórtice tremendo. Los sargazos del mar, el vientre de la Marijuana, el naufragio de La Pinta, las palmas de Tenerife, el sabor de los dátiles de Argel en las axilas de la gata mora. El espasmo templó rígidamente los músculos del cuerpo de Rodríguez Bermejo. Como de otro mundo, oyó la voz gruesa y gritada de Rodrigo de Triana que se entraba por la escotilla. “*Tierra...*”, Casi inconsciente, en medio de su propio frenesí, de la posesión de la Mari-Juana y de la Giacomina, Rodríguez Bermejo, enfermo en su litera, gritó, aulló llamando a todas sus mujeres: ¡Tierra! ¡Tierra!... Y siguió aullando sin moverse, con la mano puesta sobre su virilidad, mientras los marineros corrían medio dormidos y se



empujaban en la escalerilla para llegar al puente de la carabela.  
*(1959)*

## Homenaje a Stendhal

### I

La historia de la virginidad de la tía Cayetana me fue relatada hace muchos años, sin que yo supiese quién era la protagonista; tiempo después encontré entre viejos papeles de familia sus confidencias, contenidas en un manojo de cartas. De esas cartas amarillentas, y más que todo de su interpretación y relación con otros datos, extracté la historia.

### II

Cayetana era mi tía abuela. Se llamaba, exactamente, María del Carmen Cayetana López. Coquetamente, ella siempre firmó “Carmela”; nunca le fue grato el nombre de Cayetana con el cual la conoció la familia, y al cual murió sin haberse resignado, así como exigió siempre ser reputada como española, y no como granadina.

En los inicios de la Independencia, los padres de mi tía (ciñeron las consecuencias de las guerras bolivarianas sobre ella y sobre su propio caudal. Eran buenas gentes burguesas españolas de largo tiempo atrás residentes en Santa Fe, que habían ido enriqueciéndose gracias al uso del crédito y de las ventajas que les traían el (rato del Virrey, su deudor y amigo, la tolerancia de los españoles y la paciente resignación de criollos e indios. Pero pues de una parte conocían muy bien la alta sociedad virreinal, y de otra parte sabían cuál podía ser el resultado final de las escaramuzas libertarias, resolvieron viajar, al menos mientras la situación se clarificaba, al Viejo Continente, prefiriendo el escándalo de las guerras napoleónicas, ya en trance de fenecer, a las montoneras de las guerras granadinas.

España estaba en un momento todavía difícil, y mi bisabuelo, que llevaba consigo dos mujeres, decidió tomar como sitio residencial a Italia, donde, en varias de sus ciudades, contaba con viejos amigos. Su hijo Fermín —mi abuelo— resolvió quedarse en la Nueva Granada, al lado de sus amigos de Santa Fe, quienes estaban —lo que era peor para el bisabuelo— del lado de los revoltosos criollos.

Una historia de amor como la de mi tía Cayetana pudo ser fácilmente vivible por una muchacha de principios de siglo, pero difícilmente relatable por alguien que no fuese, como sí lo fue ella, una mujer de una terrible fibra, de un desapoderado valor que la hizo célebre en sus últimos años por dos intervenciones en favor de sus familiares en las guerras civiles. A los sesenta años trasteó armas escondidas bajo las faldas, a través del campo enemigo. Y le hizo frente a dos soldados que intentaban poner preso a mi padre.

Cayetana y sus padres desembarcaron en Marsella el mismo día en que Napoleón embarcaba hacia su cautiverio de Santa Helena. Mi tía, pese a su odio español a “Pepe Botella” y al triste recuerdo que de Napoleón guardaban los españoles, alimentaba una secreta admiración por el Emperador, la cual se robusteció ante el relato conmovido que oyó en sus viajes a través del sur de Francia, de labios de camareras llorosas y postillones de bigote atormentado.

Tal vez eso mismo fue lo que despertó en su corazón la primera chispa de simpatía por un joven francés que viajaba por Italia, *Monsieur* Henri Beyle, a quien conoció en Milán, gracias a la *signora* Marini, ilustre dama lombarda, la noche de un baile en el “Casin” de San Paolo, el 27 de octubre de 1816.

Cayetana le oyó hablar en correcto italiano, con un encantador acento francés, cuando hacía la defensa fogosa de Napoleón. Ella no pudo menos de escucharle, y le miraba insistentemente cuando él la miró también, no como francés sino como italiano. Fueron presentados y Beyle dialogó con ella. En poco tiempo —a pesar de las limitaciones de idioma— discutían la política europea y el colonialismo de España en la América del Sur, contra el cual Beyle se pronunciaba ácidamente. Su idea de la América española era vaga, pero suficiente para inclinarse vivamente en favor de los libertadores.

A veces se interrumpía para ser toscamente galante, pero su rudeza no desentonaba en el ambiente exacerbado de pasiones violentas e infieles. Al despedirse, besó la mano de Cayetana, a

pesar de ser ella una joven soltera. Mi tía trató de protestar, pero fue imposible ante su mirada persuasiva y tierna. Le murmuró en italiano: “*Ci vedremmo domani?*”. Ella calló con los ojos bajos, y protegida por el abanico siguió a mi bisabuela que surcaba imponentemente el salón.

Yo no me canso de admirar a la tía Cayetana; creo que hasta estoy un poco enamorado de su recuerdo. Conservo, y no la abandonaré nunca, una tierna miniatura italiana que la muestra en traje de corte, tal como fuera presentada al Rey en Nápoles. Así, fina y bella. con unos grandes ojos oscuros, el cabello color de miel como una aureola, los senos altos y hermosos en los cuales tal vez se posó revélenle la boca del señor Beyle, y el gran abanico de plumas en la mano; y el brazo torneado, el brazo de la Sanseverina, el brazo adorable que le sirvió para que un día se apoyara la frente del amante, guardó su calor para toda la vida, sin deslustrar su memoria ni la honra de la familia a la cual tuvo que inmolarse.

Era una mujer de inteligencia alerta, de profunda comprensión humana, de adormecedora suavidad. Sabía ser hiriente y dura pero nunca habría podido decir una palabra fuera de tono. Fue bella siempre. Cuando murió, su boca conservaba todavía la hermosa forma de los labios que tenían una sonrisa inolvidable. Quienes la conocieron en su juventud y en su madurez extrañamente intacta, hablan nostálgicamente de su belleza, que nacía más de su interior que de sus rasgos que podían ser imperfectos.

Hubo muchos hombres que la amaron. Y sin embargo, siguió siendo fiel a su fantasma, haciéndolo vivir pegado a ella, den- lio de ella, su misma vida.

### III

A los pocos días de haber conocido a Beyle, a quien vio de nuevo casualmente dos veces en salones e iglesias, sin que fuera de su galantería hubiese nada extraño, mi tía Cayetana estaba locamente enamorada de él. Sorprendentemente enamorada, dada su inteligencia; sin embargo, mediaban su juventud y la del

hombre, y sobre lodo mediaba la primavera italiana.

Ella lo describía como un hombre feo, sin mayor atractivo físico, poco seguro de sí en amor, e insistente. Pero en él había algo, tal vez su voz, tal vez su mirada, algo en todo caso que hacía pensar dos veces en él. Y las pocas frases que cambiaron en las ocasiones en que se encontraron, la llevaron al amor.

No supo ella exactamente cuándo comenzó a ceder. Sólo supo que había sido en escasos días. Sobrevino entonces una invitación a pasar tres días en las posesiones del *signore* Cavaletti, y fue Cayetana con sus padres. Allí estaba Beyle. Los solos extranjeros entre diez o doce jóvenes eran él y un español, el señor de García, un aventurero desfachatado y presuntuoso que apenas la conoció comenzó a hacerle la corte violenta y ostentosamente, hasta el punto de que Beyle se apartó y se encerró en un mutismo despreciativo.

Al tercer día de esperar que Beyle volviese, Cayetana no pudo más. La invitación ya se terminaba, ellos seguían viaje a Florencia, y Beyle viajaba a Roma, según le oyó decir. Cuando ellos estuviesen en Roma él estaría en París.

Esa tarde, encerrada en su alcoba, la tía Cayetana, de diecinueve años, decidió de toda su vida. Tomó una hoja de fino papel rosa, y con su cuidada letra escribió una misiva, en su francés adorable lleno de errores de gramática. Cerró cuidadosamente el sobre, y, luego de haber averiguado con la doncella por la habitación de Monsieur Beyle, ella misma la deslizó bajo la puerta.

La carta le decía que necesitaba hablarle, para pedirle ayuda; que al escribirle así le entregaba su honra, y que lo hacía confiada en su caballerosidad. Le esperaba pasadas las doce; la puerta estaría apenas entornada.

#### IV

Cayetana se levantó después de cenar, y pidió excusas para retirarse, pretextando un ligero dolor de cabeza. A las doce y cinco de la noche, se abrió la puerta de la habitación en sombras, unos brazos la rodearon, y unos labios buscaron los suyos,

mientras el amante, susurrando tiernas promesas en su italiano entrecortado, la conducía al lecho.

Fue así como la tía Cayetana perdió su virginidad, sin oponer una resistencia que hubiese sido absurda, cuando ella sabía claramente al escribir la carta, que así pasaría, y para eso la había escrito.

Tal vez por eso la quiero más aún, por su valor, por haberse decidido a sacrificar toda su vida futura a cambio de unas horas de amor.

Cuando murió la tía Cayetana, en el fondo de un arcón encontramos la camisa de seda y encaje, testimonio de su virginidad de esa noche maravillosa, que fue toda su vida, y para recordar la cual pudo vivir, orgullosa, despreciativa de todos, guardando aquel amor, esperando y sabiendo que nada había que esperar.

A la mañana siguiente, se anticipó el viaje en unas horas. Ella sólo vio a Beyle en el instante de la despedida, sin poder recibir otra cosa que un largo beso en su mano temblorosa.

Ya el coche estaba listo, el cochero hacía chasquear el látigo, y el signore Cavaletti conducía del brazo a la madre. García, el español, se adelantó a despedir a Cayetana, y Beyle se quedó en el umbral, mirándola en silencio. Fue el último recuerdo que conservó de él. su visión junto al portalón del castillo feudal, al mirar por la ventanilla del coche. Y un pañuelo de seda, con otra cifra femenina bordada, pero que ella nunca quiso abandonar. No le importaba quién había sido antes que ella, puesto que había existido esa noche.

Nuevamente en la posada de la ciudad, a la luz de la lámpara. Cayetana escribía la primera carta, a la misma dirección a la cual continuó escribiendo siempre, mes a mes, sin recibir nunca respuesta. hasta que un día recibió en un paquete todas sus cartas de treinta años, que nunca supo quién le remitió. Conoció entonces que había muerto, y las puso, así atadas, junto a tollas sus obras leídas una a una, muchas veces, y firmadas H. B., Henri Beyle, *Stendhal*.

Tal vez la tía Cayetana llorara en secreto; pero esa sola noche de amor de su vida le dio más vigor y fortaleza que toda una vida de amantes.

Muerto mi bisabuelo pocos meses después, Cayetana y su madre volvieron a embarcarse en Marsella sin haber podido viajar a París, donde —acaso— hubiera vuelto a ver a Monsieur Beyle en uno de sus temporales regresos. Los negocios de mi bisabuelo habían ido de mal en peor con la guerra de independencia. El regreso, pues, fue infortunado. Mi abuelo las esperaba para darles protección, y brindar les lo poco que podía de cariño y de vida quieta y provinciana.

## V

No podría decir, ni siquiera a la vista de los ejemplares —amorosamente subrayados treinta y cinco años después— de “La Cartuja de Fariña”, si el amante de mi tía esa única noche de Lombardía fue Henri Beyle, más conocido hoy en el mundo literario por el seudónimo de Stendhal. He buscado minuciosamente en todas las ediciones del “Diario”, y no se encuentra una sola referencia que coincida (así sea sin dar nombre, como era de esperarse de su caballerosidad) ... Apenas en “Roma, Nápoles y Florencia” hay la referencia a una bella Carmelita L... española a quien conoció en el Baile memorable del (*asín* de San Paolo. De española a granadina poca diferencia había entonces en Europa, y menos aún si se recuerda que mi tía se preciaba de peninsular. De modo que sospecho que pueda ser ella. Sospecho, nada más.

Pienso si mi tía Cayetana no fue víctima de una innoble superchería. En sus memorias —esas cartas son, en verdad, sus memorias escritas para el hombre amado que acaso no las leyó jamás— menciona cómo rechazó siempre las asiduidades del aventurero español, García, a quien conoció en casa de Cavaletti, y vio después en otras ciudades italianas; ahora bien, su única noche con Beyle fue la del castillo del distinguido milanés. Ya hablé de la audacia de deslizarse bajo la puerta un mensaje amoroso, dando la cita nocturna que el galán cumplió en la oscuridad.

Pero... ¿quién juraría que la puerta bajo la cual lo deslizó era en verdad la puerta de Monsieur Beyle, y no la del español? En la oscuridad, las ternuras inusitadas pudieron ser de uno, o de otro. El vigor masculino era posiblemente mayor en el español que en el tímido y caviloso joven Beyle. Acaso mi tía Cayetana entregó su virginidad a un Don Juan de rompe y rasga, pensando que estaba en brazos de un discreto francés del cual se enamoró sin saber siquiera que era escritor.

Porque mi tía Cayetana sólo muchos años después vino a saber que su amante de una noche —si lo fue— y su amor de toda la vida, era Stendhal. Afortunadamente alcanzó a saberlo, porque así murió en paz. hace dos años, el veintinueve de septiembre de mil ochocientos ochenta, satisfecha y compensada de sus ochenta y tres años de soltera por una noche de amor que creía ver descrita en las páginas de “La Cartuja de Parma”.

*(1962)*

## Noticia de los cuatro mensajeros

*"Aquí me tienes contra mi voluntad y contra la tuya. Pues nadie estima al portador de malas noticias"*.

Sófocles. *Antígona*.

### *1. Primer mensajero*

El mensajero salió de N. muy temprano, como de costumbre, llevando en la alforja el pliego cerrado. Ya pasada el alba, con el primer sol remontó la colina. Su andadura no era alegre ni triste, ya que nada veía de qué alegrarse ni de qué lamentarse. Una hora después, su partida quedó consignada en el Libro de Correos, así: "Un mensajero ha salido para J. esta mañana a las seis, llevando un mensaje en un pliego sellado. Ha recibido quince escudos para el viaje. Lleva instrucciones de no detenerse en ninguno de los sitios habituales de estación del correo, por su carácter de mensajero especial. Fue asimismo instruido de llevar provisiones en una alforja, para evitar que se detenga a comer, con la consiguiente demora. Si el tiempo lo permite, deberá viajar toda la noche, para estar mañana temprano en J. No fue provisto de pase especial, ni el mensaje va marcado como urgente, ni siquiera con el nombre del destinatario; pero se le dieron todas estas instrucciones verbalmente. Contenido del mensaje: *Secreto*. Y una nota marginal: "Si el mensajero no regresa esta semana, se encargará al ayudante X de llevar el correo ordinario. Recibirá el mismo sueldo del mensajero".

El mensajero era persona adicta al cumplimiento de su deber, y que conocía su oficio, en el cual era experto de quince años atrás. No era persona de detenerse a tomar alcohol en las posadas del camino, ni menos de consentirse la libertad de holgar con las mozas en momentos de trabajo. Conocía de sobra la ruta hacia J. y los atajos que la acortaban. Habiendo sido instruido de tomarlos para llegar más pronto, puso a un trote vivo el caballo, hasta llegar al atajo de Monteverde. Como era natural, lo tomó. Atravesaba por el espeso bosque, cuando de entre los árboles salió de improvisó una silueta.

El caballo se encabritó, sobresaltado. Pero el mensajero, que conocía cómo hacerlo, lo calmó. En ese momento reconoció al hombre. Este le dijo:

—¿Por qué vas tan rápido, mensajero? ¡Detente y tomarás un sorbo de vino!

—No puedo, respondió, porque voy trabajando. Al regreso, si no traigo mensajes, te buscaré.

Picó espuelas, y siguió trotando durante dos horas. El sol iluminaba el bosque, los prados eran hermosos, pero el mensajero no era hombre de detenerse. Ni siquiera se detuvo cuando, al llegar de nuevo al camino real, oyó una voz de mujer que le llamaba:

—¡Mensajero!

Reconoció la voz. Era María Rosa la Blanca. Siempre que venía de regreso, ella le esperaba, y solían pasar ratos placenteros en la espesura. Pero ahora no se detuvo, porque era hombre cumplidor. Apenas le gritó por encima del hombro:

—¡Espérame al volver!

Oyó que ella le decía:

—¿Es cierto que pasa algo en N.?

Y respondió: —No sé, porque ese no es mi oficio.

Continuó su camino. Ciertamente la pregunta le dio qué pensar. No recordaba haber visto nada, sin embargo. Y, al fin y al cabo, ¿qué importan esas cosas a un mensajero? Lo importante para él era llegar con el mensaje.

Siguió caminando, por entre la tarde. Ya el sol iba cayendo, mientras el mensajero, siempre al pasitrote del caballo, iba devorando unos mendrugos para restaurar sus fuerzas. Le habían instruido de no descansar en la noche, o descansar lo menos posible. En cumplimiento de su deber, optó por descansar lo menos posible, hasta la media noche. Se ocultó en el bosque, ató a un árbol el caballo, y se tendió envuelto en su capa. Durmió hasta que la luz de la luna le dio en la cara, despertándole. Volvió entonces a montar, y siguió su camino. De pronto, sin saber cómo,

se encontró rodeado por una serie de sombras, una de las cuales tomó las riendas del caballo.

—¿A dónde vas?

—Voy a J.

—¿Qué te lleva allá?

(El mensajero era cauto con los desconocidos. No era cosa de revelar que era portador de un mensaje).

—Voy a ver a mi abuelo enfermo.

—¿De dónde vienes? —interrogó la sombra.

—Vengo de N.

—¿Y a qué horas has salido de allá?

—Muy de mañana, a las siete.

—Si ha salido a esa hora, —dijo otro— puede seguir. El sabrá si entra a J.

El mensajero pensó que algo habría pasado en N. después de las siete, pero, como mensajero experto, no preguntó. Apenas le dijeron que podía seguir, espoleó su caballo, y continuó su camino. La conciencia del deber no le permitió reflexionar mucho sobre lo que dijeron de su entrada a J.

Pero el mensajero estaba destinado a que interrumpieran su camino. Una hora antes del alba, una nueva sombra surgió como de la tierra, tras de un matorral. Era una extraña mujer, de largos cabellos, vestida de harapos.

—Dame una moneda y te diré algo.

—No traigo monedas, ni tiempo para detenerme.

—Te diré algo que te interesa.

El mensajero se encogió de hombros. No tenía tiempo de atender tonterías de brujas, yendo en cumplimiento de su deber.

Justamente cuando ya apuntaba el alba, el caballo empezó a cojear malamente. Sin renegar ni proferir un juramento, el mensajero descendió y examinó la pata del animal, comprendiendo que la lastimadura impediría que le llevara a tiempo. Como no había allí sitio donde requisar otro caballo sin gran demora, resolvió dejarlo oculto en el bosque, y seguir a pie,

contando con alcanzar a llegar.

Siguió marchando hasta el mediodía. A esa hora, empezó a ver el humo de J. Pero, mirando más detenidamente al acercarse, descubrió que el humo no provenía de las chimeneas sino de un gran incendio.

Ante el temor de no poder cumplir su cometido, y que el mensaje quedara sin entregar, apuró más el paso, hasta que llegó a las puertas de la ciudad. Una larga fila de gentes, llevando auestas lo que habían logrado salvar, venía por el camino. Un grupo de tres hombres y cuatro mujeres a quienes no conocía, le detuvo. Uno de ellos, un hombre barbudo, le dijo: —Es temerario que entres a la ciudad. Hace cuatro horas están combatiendo, y aún hay combate ante el castillo. Los que no combaten están dedicados a saquear e incendiar, y matan a todos los que encuentran. Si entras, irás a una muerte segura.

El mensajero agradeció debidamente, y murmuró que iba a acercarse un poco más para tratar de hallar a un pariente por cuya vida temía. Los otros se encogieron de hombros y siguieron sin despedirse.

El siguió adelante y entró en la ciudad, evitando las vigas incendiadas que caían de los techos, y esquivando los hombres que

luchaban cuerpo a cuerpo entre paquetes de botín y pertenencias humildes que intentaban salvar.

Al llegar al castillo, comprendió que le sería muy difícil entrar. Las gentes se apiñaban en torno a la puerta central, tratando de romperla. Otros intentaban tender troncos como puente para atravesar los fosos. El mensajero se deslizó a la parte trasera del castillo. El ataque estaba concentrado en el portalón del frente, y era tal la confusión que nadie intentaba atacar la fortaleza por la espalda. Cuando el mensajero apareció, sólo una granizada de flechas le acogió. Fuera de una que atravesó la alforja, ninguna le tocó. Preocupado, el mensajero abrió la alforja, y se cercioró de que el mensaje estaba intacto. En ese momento, oyó una voz que le llamaba desde la muralla almenada.

—¡Mensajero!

Alguien le había reconocido. Se acercó al foso, y asió una escala de cuerda que le arrojaban. Subió, y cuando ya estaba sobre la almena, oyó un vocerío. Las gentes venían a atacar el castillo por retaguardia. Alguien disparó una flecha, que le rozó el brazo desgarrándole la piel. Pero ya estaba a salvo.

Ya adentro, la gente le rodeó. Todos le acosaban a preguntas, deseaban toda clase de informes. El mensajero, majestuosamente, les redujo al silencio, diciendo:

—Nada puedo deciros. Conducidme a presencia del Señor; tengo un mensaje para él.

Se hizo el silencio, y un soldado le condujo al interior del castillo. En un gran salón de piedra, sentado en una gran silla de oscura madera, ante una gran mesa con mantel rojo, estaba el Señor, grande y silencioso. El mensajero se acercó, y después de hacer la reverencia que es de uso entre los mensajeros, sacó de la alforja el pliego sellado del mensaje y se lo extendió. El Señor debía estar esperándolo ansiosamente, porque se lo arrebató de las manos, y casi desgarra el pergamino al romper el sello. Mientras lo abría, su expresión era de regocijo vengativo.

Cuando terminó de leer el mensaje, su rostro estaba rojo de ira. El mensajero esperaba, para saber si debía irse inmediatamente llevando una respuesta. Pero el Señor levantó los ojos del papel, olvidado de todo. Cuando se dio cuenta, de pronto, de la presencia del mensajero, dio una gran voz, llamando al capitán de guardias.

Este apareció, y el Señor, arrojando el pergamino al suelo, ordenó simplemente: —¡Que le corten la cabeza al mensajero!

Ya se llevaban a éste, cuando el Señor hizo un gesto, como si recordase algo. Se acercó al mensajero, y le dijo, a manera de explicación:

—Si hubieras llegado cinco horas antes, tu noticia habría sido buena. Llegaste ahora, y ya sé que la noticia que me traías, era mala. Como a todo mensajero portador de malas noticias, te corresponde morir.

El mensajero nada dijo. Conocía bien los riesgos que implica la profesión de mensajero, y los había aceptado al escogerla. Decir algo en protesta, habría sido faltar a su deber, y a la ética de su profesión. No le correspondía a él la calificación de la noticia como buena o mala.

Como no volvió a N., el joven ayudante X. siguió llevando el correo ordinario, recibiendo sueldo de mensajero.

## *2. Segundo mensajero*

Una de las más singulares historias de mensajeros es la de aquél que un día, con un mensaje apremiante, salió de una ciudad de provincia con rumbo a la capital del Reino, para anunciar al Rey que corría gran peligro. El mensajero sabía perfectamente que no tenía ninguna posibilidad de escapar al castigo de llevar malas noticias. De todas maneras sería ahorcado, pues apenas alcanzaría a llegar a tiempo para que el Rey salvara el pellejo y nada más. Pero sabía, además, que era muy fácil para los reyes sacrificar otros pellejos antes de huir, así que el hombre jamás tuvo esperanza; pero en realidad, nada más tenía que hacer en la vida, fuera de llevar mensajes. Si a un mensajero le dan un encargo de tal naturaleza, es envidiado por todos sus colegas por la oportunidad de heroísmo que ello significa, y si no lo aceptase y enviase a otro de ellos a la muerte, sería necesariamente lanzado al deshonor, y sobre su nombre caería baldón eterno. Por eso el mensajero del cuento salió rápidamente en su caballo, sin pensarlo dos veces.

Los sucesos que alteraron la paz del Reino en aquella época, hacen difícil reconstruir su camino. No obstante, a pesar de la revuelta situación, se supo que en el curso de su viaje se había encontrado con varias personas: una de ellas, un su amigo, labrador a quien contó su desventura, y a quien prometió que, si por acaso lograba evadir su mala estrella y salvar la vida después de su heroico viaje, se detendría al regreso a beber con él una pinta de vino rojo.

Fue otra de las personas una gallarda moza de la comarca, conocida por María Rosa la Blanca, que en ocasiones se veía

furtivamente con el mensajero, cuando éste podía sustraer unos minutos a su deber. En aquella ocasión, los sustrajo ciertamente, tal vez en un momento de debilidad, y de temor por su suerte. Poco más tarde la moza le despidió con los ojos húmedos, y recibió de sus labios la promesa de volver y demorar a su lado, si lograba vivir.

Fueron otros algunos vigilantes que venían de la capital, encargados de interceptar las noticias. Contaban ellos que el mensajero les reveló su calidad de enemigo, y lamentó el destino que le esperaba. Sin embargo, a pesar de su confesión en la que se envolvía un ruego de que le detuviesen, no le creyeron y le dejaron seguir. O acaso le dejaron seguir justamente porque le creyeron y la llegada del mensaje servía para el cumplimiento de los hechos en la capital.

Una viejecilla le pidió unas monedas a cambio de decirle lo que estaba sucediendo en la ciudad de su destino. Pero ya el mensajero se encontraba malhumorado con la cercana perspectiva de su muerte, y no quiso hacer caso de ella. Fue ella misma quien contó que el mensajero debía haber abandonado su caballo con una lastimadura, pues ella le encontró pastando libremente al siguiente día. Estuvo esperando al mensajero para entregárselo y ganar una recompensa. Pero el mensajero nunca regresó.

Unas gentes honradas que huían de la ciudad cuando la batalla llegaba a lo más crudo, le vieron llegar, atravesando las filas de los que huían empavorecidos. Le detuvieron e instáronle a no entrar, para no correr el riesgo de la vida. Pero el hombre, suspirando, les informó que era necesario que entrase, pues su deber hacía imposible evadir su destino.

Nadie, en verdad, de aquellos que le vieron en el curso de aquel penoso viaje hacia la muerte, volvió a verle de nuevo; cuando más tarde se investigó la desaparición del mensajero, todos estuvieron ciertos de su muerte, y lamentaron que por un acto de valor hubiese sacrificado su vida. Todos comentaron, sin embargo, qué hermoso ejemplo era el de este mensajero, para aquellos que no tienen en su vida una verdadera lealtad a su

profesión.

Algún investigador creyó necesario llenar en los archivos reales, tiempo después, el vacío dejado por la desaparición del mensajero. En su encuesta, logró reunir algunas declaraciones en que se afirmaba que le habían decapitado. En otras se decía que simplemente había sido ahorcado, o bien que había sido muerto a garrote vil.

Puede ser; pero es difícil saberlo a ciencia cierta, sobre todo porque aquella mañana en que el mensajero llegó al palacio, el viejo rey murió combatiendo, y no quedó persona viva en el castillo. Nadie podría decir cómo fue ejecutado el mensajero. Es más: nadie podría decir si llegó antes o después del combate. Lo último que se sabe es que llegó a una posada, y descansó un breve tiempo mientras meditaba, en diálogo con unos pocos amigos que aún quedaban allí, sobre lo que debía hacer. Se cuenta que se levantó, pálido. Todos ellos sabían que, si renunciaba a entregar el mensaje, para evitar su muerte, no tendría a dónde ir. Su deshonra sería eterna, y nadie en el reino volvería a confiarle un mensaje. Es más: todos sabían su proverbial fidelidad. Le vieron irse hacia el castillo, cuando el combate estaba en sus últimos momentos. Pocos minutos más tarde, moría el Rey. Según ellos, el mensajero habría alcanzado a llegar al palacio con tiempo suficiente de entregar el mensaje y hacerse ejecutar. Quién sabe. Porque también, según ellos, el tiempo fue justo para salir de la ciudad, y regresar por un camino distinto. Por eso ni su amigo, ni la moza, ni los guardas, ni la vieja, ni los que huían, le vieron más, y le dieron por muerto. Aunque, según dice la gente, más le valdría.

### *3. Tercer mensajero*

Es muy diferente la historia del mensaje de Juan, que un día salió del pueblo donde ocupaba la plaza de mensajero, con tiempo suficiente apenas para entregar un mensaje cuya urgencia era vital, puesto que suponía la pérdida de una ciudad. La explicación sobre el por qué se perdía la ciudad, interesa en realidad poco. Lo esencial fue que Juan salió rápidamente del lugar, a cumplir su cometido. Esto fue, si mal no recuerdo, en el

año de 1602. Cuando llegó, como de costumbre, al sitio donde se detenía a tomar un vaso de vino con su amigo Matías, se sorprendió al verle salir dificultosamente, y le pareció que, en unas pocas semanas que tenía sin verlo, había cambiado impresionantemente. Su cabello se había enralecido, hablaba con voz opaca, y no le instó a tomar el segundo vaso.

Poco importa, pensó Juan, al fin y al cabo uno no se da cuenta de que la gente envejece sino de pronto. Y se dirigió a su caballo, cuando sorprendió a Matías mirándole de manera rara, con inusitada extrañeza. Sin embargo, Juan no tenía manera de esperar más, estando como estaba ya corto de tiempo para llegar a su segunda etapa. La cual fue, claro está, la cabaña de María Rosa la Blanca. Allí estaba ella, como siempre, y salió a recibirle con una tierna sonrisa. Para su disgusto, Juan observó que a María Rosa le faltaba un diente, y que su lustroso cabello estaba opaco. Los senos no eran aquellos pequeños senos de un mes antes, sino que su amplitud rebosaba el corpiño. Filosóficamente, Juan pensó cómo muchas veces se ven las cosas con ojos demasiado críticos. Es mala la inconformidad con las cosas, así como hacerse muchas ilusiones. Sin embargo, no dejó de sorprenderse de que hubiese estado tan ciego como para no ver cómo el tiempo iba dejando su huella en la cara y en las formas de María Rosa. Se fue apresuradamente, no solamente porque llevaba el tiempo justo, sino porque también le remordía un poco la conciencia, como si estuviese cometiendo una deslealtad.

Apenas quiso dormir unas horas, hasta que la luna estuviese bien alta, para llegar con el amanecer, hora límite para entregar su mensaje. Tuvo, sin embargo, dos encuentros extraños en el camino. Fue el primero el de una patrulla que le detuvo para examinar sus papeles. Todos ellos se encontraban vestidos de una extraña manera, como si saliesen de un baile de máscaras. Y lo peor es que hablaban de cosas que Juan no entendía bien, y en un momento hicieron una referencia a su pueblo como si hubiese sido destruido tiempo atrás. El quiso corregirles, pero fueron tales las risotadas y la rechifla, que optó por callar, para que le dejaran

seguir.

Había avanzado un poco, cuando una vieja le detuvo, y le llamó por su nombre: —¡Juan, dame una moneda y te diré algo!—.

—No tengo tiempo ni dinero, exclamó Juan picando su caballo. Pero alcanzó a ver la cara de la vieja, y pensó en el asombroso parecido que tenía con Bárbara la Mohina. Tanto, que se le ocurrió que debía ser la madre. No tuvo tiempo de detenerse a aclarar la duda, y siguió. Poco después, su caballo empezó a cojear. Y se dio cuenta de que le había pasado una cosa increíble: en la prisa de salir, en vez de tomar su caballo de siempre, había tomado un viejo animal, que apenas podía dar un paso. Trató de recordar, pero realmente no había mirado el animal en todo el trayecto. Resignándose, siguió adelante.

Al llegar a la ciudad, encontró gente que salía. —¡No entres, que hay guerra! La ciudad va a ser tomada por los rebeldes, van a entrar a saco en todas las casas, no dejarán a nadie con vida. Sin embargo, Juan tenía que entrar, entregar su mensaje, y obtener el recibo para cobrar su paga. Por consiguiente, resolvió seguir.

Al llamar al portalón del castillo, vio que no se encontraba el mismo vigilante de siempre, sino un hombre barbudo, que lanzó una exclamación. —¿Juan no me reconoces? Hace treinta años, yo apenas tendría siete, cuando tú venías, siendo mi padre el centinela.

Juan no pudo, o no se atrevió a reflexionar. No comprendía nada. Preguntó: ¿Tu padre?... Y recordó haber visto, muchas veces, un chicuelo de pocos años en compañía del guarda. De pronto, le llegó una idea aterradora.

—¿Qué fecha es hoy? —gritó.

—Tres de septiembre de 1632 —contestó el mozo sonriendo.

Era verdad: se había tardado treinta años en llegar a traer el mensaje. Su vida estaba perdida. Nada le podría salvar del deshonor.

—Llévame —pidió resignado— al capitán de guardia.

No se dio cuenta de nada. Tendió el mensaje al capitán, que lo llevó al Señor. Juan esperó resignadamente, aceptando de antemano su castigo.

El capitán volvió a salir, con una sonrisa de júbilo en el rostro, mientras en sus ojos cruzaba como una vaga sombra de perplejidad o temor.

—Es el caso más extraño, dijo' Llegas con un mensaje de hace treinta años, y este es el momento en que el mensaje debía llegar. Gracias a ti hemos encontrado el escondite de la pólvora y los mosquetes. Y estábamos sitiados sin un arma, esperando que el enemigo nos invadiera. Toma, el Señor te manda este regalo.

Y le tendió a Juan, el mensajero oportuno, una pesada bolsa de doblones.

#### *4. Cuarto mensajero*

Cuando salió a caballo, a temprana hora, con un mensaje urgente que debía entregar en el término de la distancia, el mensajero experimentó un cierto pesar de irse, la nostalgia de una vida quieta, el deseo de ser ante todo él mismo, de recibir un tratamiento por su propia persona, y ser algo más que el portador de una noticia. Sus pensamientos iban desfilando al paso del caballo.

—La noticia —pensaba— se identifica y se confunde con el mensajero, hasta el punto de que la cara de éste es la cara de la noticia. No se conoce en la historia un solo caso de que alguien recuerde haber recibido una noticia horrible de un mensajero de cara hermosa. El mensajero no es, en verdad, mero accidente. Se transforma en parte de su mensaje, depende de él como en el fondo dependemos todos de las cosas accidentales, a las cuales pertenecemos más que pertenecer ellas a nosotros. De allí que la profesión de mensajero tenga un particular heroísmo desconocido: el de exponerse diariamente al riesgo de encontrar un día u otro la mala noticia que tendrá que llegar. Y una particular dosis de serenidad. Porque de todos modos la noticia ha de llegar un día. El mensajero, simplemente, acepta su condición de accidente, a pesar

de que para sí mismo no es accidental sino esencial el cambio del destino que puede traer un buen

o mal mensaje. Por ello es difícil ser mensajero. Y hay gentes que no podrían serlo, porque conocen tanto el peligro que encierra, que antes preferirían ser causantes de la mala noticia, que llevarla. Para otros, que desvirtúan la esencia del oficio, ser mensajero encierra la voluptuosa emoción, que en otra forma no puede experimentarse, de ser por un momento la noticia misma, de causar una emoción de dolor o de ira a una persona que al otro extremo del camino recibe el mensaje. Tal vez por eso, en ocasiones, se aplica tan severo tratamiento al mensajero; lo cual es, en el fondo, rigurosamente lógico, porque él, al llegar a destino, no es otra cosa que la noticia para la gente a quien va el mensaje dirigido. El mensajero no tiene otro lugar de procedencia que la noticia: no tiene casa, madre o mujer. No es sino una noticia, grata o ingrata, y por ello es normal que reciba un tratamiento de noticia, siendo, además, la sola forma en que una noticia puede en sí misma ser premiada o castigada.

Con el calor del día, sus pensamientos fueron rodando más lejos y la sed comenzó a acosarlo. Llegando al atajo que debía tomar para abreviar la jomada, empezó a escocerle el gáznate con una sed importuna. Los árboles que cubrían la senda mitigaban el sofocante ambiente. —Por aquí, pensó el mensajero, debe estar Alejandro. Tal vez salga a invitarme a una copa de vino. ¿Qué hacer? ¿Aceptársela? Hace sed; pero el mensaje es urgente. Podría acaso llegar tarde a entregarlo, y causar un desastre. Y aunque no lo causase, siempre estaría mal. ¡Ah, mal haya esta profesión que escogí! No da tiempo ni siquiera para apagar la sed. ¡Todo en ella es angustiosamente urgente!

Sus ojos, sin embargo, escudriñaban el camino. Inclusive, con un leve tirón de riendas disminuyó el paso del caballo. Sin embargo, nada se veía entre los árboles. Cuando ya no hubo esperanzas, el mensajero espoleó el caballo. —No he tenido este encuentro, pero otros van a llegar, lo sé. Alguien me detendrá, y no podré evitarlo; y mi mensaje no llegará a tiempo. Mi noticia se

volverá una mala noticia, y yo recibiré el tratamiento de ella.

Durante las dos horas siguientes, marchó acompañado por estos pensamientos. El sol caía verticalmente, y el calor iba despertando apetitos de toda especie en el cuerpo del mensajero. Mirando hacia adelante, reconoció los alrededores de la cabaña de María Rosa la Blanca. Pensó que de un momento a otro la vería al borde del camino, con su vestido, de tan ceñido casi transparente. Por un instante decidió echarlo todo a perder, dejar que todo se derrumbase, y entrar en la cabaña. Pero no puedo —se dijo— no tengo otra cara que la de la noticia que llevo, y si a María Rosa puede gustarle, para conservar la cabeza sobre los hombros tengo que tratar de que le guste no a ella, sino al Señor a quien va dirigido el mensaje. Ya pasaba frente a la cabaña, la puerta estaba cerrada, acaso otro mensajero ya de vuelta había llegado primero. Siguió lentamente, y al pasar se volvió en la silla a observar las ventanas entrecerradas. Cuando vio que era irremediable, miró al frente, suspirando con una vaga sensación de remordimiento por la falta no cometida o que no había podido cometer. Luego, se quedó pensando que acaso ella había podido darle noticias. ¿Habría ocurrido algo después de su partida?

A través de las horas de la tarde, seguía, invadido por el temor de llegar tarde, y la preocupación de no sabía qué cosa extraña. Como venía la hora de comer, buscó en la alforja el paquete de provisiones. No lo halló tal vez porque no lo había puesto, o se le había caído en el camino. En ese momento, sus fuerzas flaquearon, y sintió el impulso de detenerse y enviar al demonio mensaje y profesión. Pero surgió ante sus ojos su propia cara, la cara del mensaje que llevaba. Podía dormir. El sueño reemplazaría un poco los alimentos. Pero era también cierto que por su misma hambre estaba expuesto a dormir demasiado. Y dormir era peligroso, había muchas cosas pendientes de su llegada, incluso su propia vida. Cansado y somnoliento, optó por seguir. La noche caía, la luna entre los árboles empezaba a atemorizarle. Llegó a un claro del bosque, y el temor se hizo más grave. Aquí, pensó, va a surgir una patrulla de bandidos que me

aprisionarán y me quitarán el mensaje. Por ellos sabré que he llegado ya tarde, que mi mensaje no llegó a tiempo para prevenir las cosas, y que si llego ahora mis noticias me costarán la vida. Miraba al camino, y las sombras le parecían sombras de hombres, pero eran de los árboles. No se movió ninguna a su paso, y respiró, por fin, con alivio, el cual duró bien poco, cuando volvió a él la aprensión de que, seguramente, algo había ocurrido.

Casi dormido, siguió caminando. Una hora antes del alba, ya casi en lo más alto de la cuesta, reconoció el sitio donde habitaba Bárbara la Mohína.

—Va a salir a detenerme, pensó, y a contarme los horrores que ocurrieron en N., y lo que me espera en J. He ido demasiado lentamente. Voy a apresurar el paso, y no me detendré.

Y espoleó el caballo. Pero Bárbara no se veía en parte alguna. El mensajero se preguntó si estaría muerta, si habría dado cuenta de ella alguno de los feroces exaltados que a estas horas vendrían de J.

Un momento después se heló de angustia: ¡había sucedido! El caballo dio un tropezón en una piedra y empezó a cojear. El mensajero pensó echar pie a tierra y seguir caminando para salvar el mensaje a toda costa. Sin embargo, no alcanzó a hacerlo. La momentánea cojera del animal desapareció, y continuó a paso normal.

A la vuelta del recodo se veían las luces de J. El mensajero escudriñó el cielo, en busca del rojizo color de las llamaradas del incendio. Nada. Al volver el recodo, se veían pequeñas luces esparcidas en la noche. Todo debía estar ya consumado, había fallado; tendría que entregar el mensaje y recibir su suerte. Empezó a descender la colina, buscando gentes que huyeran todavía del combate y la muerte. Pero el exterminio debía haber sido total, porque el camino estaba solo. Compungido, contristado de su suerte segura, siguió por el camino oscuro, hacia la ciudad. El mensaje debía ser entregado si encontraba a quién. Si no había nadie, volvería y confesaría. En ambos casos, estaba dispuesto a morir. No tenía alternativa.

Desde fuera de las murallas no era posible ver los destrozos. Al llegar a la puerta el centinela —a quien se sorprendió de encontrar— se la franqueó sin dificultad. Una vez dentro, el mensajero casi lanzó un grito de alegría. ¡Había llegado a tiempo! Las calles estaban intactas, nadie había en ellas, la ciudad dormía. Rebosando de alegría de haber llegado a tiempo, de que su mensaje lo evitara todo, el mensajero espoleó el caballo por la calle central, hacia el castillo. A su grito de prevención, el centinela le franqueó el puente levadizo. El mensajero exhausto se arrojó del caballo, cayendo casi sobre el capitán de guardia que salía. A su grito de “Mensaje urgente para el Señor”, el capitán le rapó de la mano el rollo de pergamino. Lo abrió a pesar de la protesta del mensajero. Y, al terminar de leerlo, sonrió.

—Mensajero, el señor duerme. Mañana recibirá tu mensaje. No me explico la prisa que traías, porque es solamente una equivocación en que incurrieron quienes te enviaron de N. Y, además, no tiene la menor importancia.

El mensajero no supo qué pensar entonces, porque el sueño le cerraba los párpados.

## La aventura de la nieve

### I

#### *Testimonio del escudero Gontrand*

Me llamo Gontrand, y soy escudero de uno de los caballeros del Emperador; no puedo revelar su nombre, porque cuantos me oyen lo repetirían, y eso me costaría la ira de mi Señor. Si cuento aquello que vi, no es para escandalizaros ya que vosotros, manada de bergantes, y vosotras, mujeres del partido, no os asombraríais de lo sucedido; antes bien, es seguro que no podríais comprender bien toda la finura y la delicadeza de los señores. Pero voy a contaros; creo que está bien acabar con las consejas torpes que repiten las gentes. Escuchad lo que pasó hace ahora un mes y tres días, en la más cruda noche de este invierno:

Todos sabéis que yo tengo relaciones secretas con una de las damas de la corte, cuyo nombre no he de dar a vosotros, que sois un hatajo de bribones. Ella me confió que había descubierto la manera de presenciar un adorable espectáculo, descubrimiento que hizo una noche, no habiendo podido dormirse cuando yo la dejé. Y me invitó para que a la noche siguiente fuese a presenciarlo con ella, y llegáramos después a su alcoba. Os hago gracia de las explicaciones sobre el sitio, porque vosotros apenas conocéis el palacio desde fuera. ¡Decid al tabernero que me traiga otro jarro de vino! Y básteos saber que, en la mentada noche, me llevó mi dama a un ventanuco que daba sobre la habitación de una de las hijas del emperador Carlomagno. Al principio, en medio de la oscuridad, nada vi; solamente oí susurros, arrullos, y vi por fin que Emma, la hija de Carlomagno, estaba reunida con su amante. Lo que vimos, bien podréis imaginarlo. Pasamos así una hora, hasta que yo, aterido de frío, pedí a mi dama que nos fuésemos. Íbamos a hacerlo, cuando tuvimos que escondemos tras una columna, al oír la puerta que se abría. Y oímos entonces la voz llena de ternura de ella, que decía a su amante: ha cesado de nevar. Van a quedar tus huellas en la nieve, y esas huellas van a delatarte, y a infamarme a mí. El amante se estremeció. Vi en ese momento que portaba una capa roja, tal como la de Eginhardo, el secretario

del Emperador. Le oí decir: Es cierto... El Emperador me mataría. Imposible salir... Y entonces ella, que es una mujer admirable, no solamente por su belleza, sino por el temple de su espíritu, exclamó: “No. Nadie lo sabrá. Ni tú ni yo correremos peligro de que se sepa que has estado en mi lecho. Te llevaré a cuestras hasta el otro lado del patio, y allí podrás desaparecer. Si hay huellas, serán solamente las mías...”

Y fue así como vi a Emma, casi desnuda bajo el frío espantoso, tomar a cuestras a su hombre, y atravesar con él alzado el largo trayecto del patio. Sólo quedaron en la nieve unas finas pisadas de mujer. Ya mi dama y yo íbamos a buscar sosiego en nuestro lecho, cuando al evadimos entre las sombras, vimos aterrados una altísima sombra que miraba hacia donde iba la mujer con su carga. Estoy seguro de que era el Emperador, que andaba desvelado por los corredores, y vio la falta de su hija. En las noches siguientes, hubiera querido prevenir a los amantes para que en alguna forma evitaran la ira de Carlomagno. Pero no he osado hacerlo. Aún a veces se reúnen, y tengo temor por ellos. Me parece ver aún al Emperador silencioso, con su traje de piel de nutria, mirando a su hija semidesnuda con el amante a cuestras.

Una voz interrumpió al escudero: —¿Y quién es el amante?

—No he podido saberlo. Por su vestido y por su silueta, me parece haber sido el mismo Eginhardo, que traiciona la confianza del Emperador. Ya mi señor se lo había dicho a Carlomagno, y no fue atendido.

—Mal están tus noticias, le replicó el otro. Y me sorprende, ya que vives en la corte. Hoy he oído de un monje, que el Emperador reunió toda la corte, e hizo llamar a Emma su hija, y a Eginhardo, su secretario. Ante los cortesanos, contó la historia. Contó que aquella noche les había visto; contó además que Eginhardo, según parecía, había recelado que el Emperador, o alguna otra persona les hubiese sorprendido, y ante este temor, había pedido la gracia de una misión para lejanas tierras, a lo cual él no había aún respondido. “He aquí, dijo a la corte, al hombre en

quien más confianza puse; el que conoce de todos mis secretos, de todas mis preocupaciones. Decidme vosotros qué castigo merece por la falta que ha cometido contra mí. Todos, comenzando por tu señor, que sé muy bien quién es, exclamaron a coro: ¡La muerte! Mas el Emperador, ante el asombro de todos, llamó ante sí a su hija y a Eginhardo, y dijo a éste, sonriendo: “No había concedido tu deseo, pues no lo conocía. Ahora, al haberlo sabido por azar, te lo concedo, prometiéndote con ello los honores que mereces. Te doy, pues, la más hermosa y dócil de mis hijas, que no ha de serte carga tan pesada cuando ha sabido soportar la tuya para esconder tu amor ante mis ojos”. De modo que en el curso de pocos días, Eginhardo será yerno del Emperador, y compartirá ante todos el lecho al cual entraba en la oscuridad.

## II

### *Testimonio de Ghisla, criada y nodriza de Emma*

Hace tres meses que Emma es la esposa de Eginhardo. Yo seguí sirviéndola tal como lo hice desde que nació. Fui yo quien la recibió al llegar al mundo, y quien trató siempre de evitar que se contagiase de las costumbres licenciosas de las otras hijas del Emperador. Hasta que no tuve más remedio que complacerla, cuando se enamoró de Etienne, el capitán de la guardia de Carlomagno. Y fui yo misma quien le auspició sus visitas nocturnas. Nunca les sucedió nada; pudieron amarse con tranquilidad, hasta la noche fatal del último invierno. Ya mis años me han hecho achacosa, estaba enferma, y por ello no pude ayudarles. Si yo hubiese estado velando como siempre en su puerta, el Emperador no los habría encontrado. No sé como Emma, tan frágil, pudo llevar a Etienne a cuestras hasta la puerta, atravesando el inmenso patio. Creo que fue el amor lo que le dio fuerzas. ¡ Si yo hubiera estado, le habría hecho salir por la puertecilla de la torre! En fin. Dios no quiso que fuese así.

En todo caso, ya Emma se casó con Eginhardo, que es ambicioso, astuto y cruel. No sé cómo se enteró de lo que sucedía. Lo que sí sé, es que desde entonces hizo vigilar a Emma, la cual no había aceptado sus propuestas amorosas; antes bien, le

detestaba. Pero, no creo que Eginhardo la amara. En todo caso, su plan ha marchado a la perfección. Dos días después de la aventura de la nieve se presentó Eginhardo a la alcoba de Emma y en mi presencia le dijo que sabía de sus relaciones con Etienne. Que sabía también que el Emperador les había visto cuando ella llevaba a cuestas a su amante, y que el mismo Carlomagno buscaba el nombre de aquél sin saber que era el propio capitán de su guardia. Eginhardo le proponía un pacto: para él era de vital importancia ligarse a Carlomagno perdurablemente, mediante los lazos de familia. Para que el Emperador diese su consentimiento, era necesario que creyese que Eginhardo era el amante, pues de otra forma, no sería ello posible, y sucedería como con los frustrados matrimonios de sus hermanas, que tanto dieron qué comentar en la corte, sobre la pasión que por ellas Carlomagno sentía. Como el Emperador ha querido siempre a Eginhardo, como su mejor amigo y confidente, si descubría que él era el amante, estaría dispuesto a perdonar. El mismo Eginhardo se encargaría de hacérselo saber, y llegado el momento, pediría su consentimiento para la boda. Es increíble hasta dónde conoce el carácter de su Señor. La otra alternativa era cruel, como Eginhardo: revelaría al Emperador que el amante era Etienne, y esto significaba la muerte para el capitán.

En tanto que, si Emma accedía al engaño, la vida de Etienne sería respetada, y el rey jamás conocería la verdad.

Emma resistió, injurió a Eginhardo. Desesperada, acabó por lanzarse sobre él, tratando de matarle con un puñal. Sin embargo, todo fue inútil. Luego de dos terribles horas de argumentos, de súplicas e insultos, Emma cedió. Eginhardo, inmediatamente, se ingenió para hacer saber al Emperador su versión de la historia. Lo hizo por medio de la Reina, que fue su amante durante varios años, y hace todo cuanto él le indique. Porque Eginhardo la ha salvado durante todo este tiempo de ser repudiada, y además, así lo tendrá seguro y cercano. Fue la misma reina Hildegarda quien sugirió a Carlomagno que casase a Emma y Eginhardo, y gracias a ella se casaron.

Pero lo más doloroso de todo, es que la historia no termina así. Eginhardo no le cumplió a Emma su palabra, porque ello significaba consentirle un amante. A los pocos días de casado, le puso prisionero, y prisionero está. Eginhardo adquiere cada día mayor ascendiente sobre Carlomagno y parece que le ha convencido de que Etienne es un peligroso conspirador que podría asesinarle.

Y yo, ni siquiera puedo acercarme a Emma. Eginhardo ha ordenado que me aleje de la corte, y vivo a tres horas de distancia, en una triste casucha. Emma me envía mensajes, pero yo quisiera estar a su lado, y no puedo. Tengo temor por ella. Si pierde a Etienne, a quien ama tanto, seguirá las huellas de sus hermanas, y Dios la condenará.

### III

#### *Manuscrito del poeta Briand D 'Anguibert*

Fue así como esta hermosa historia de los amores de Emma y Eginhardo, les llevó a la felicidad. La viril actitud de la mujer débil que defendía su amor, y lo alzaba en sus brazos para protegerle contra la muerte y la ira, tocó profundamente el corazón del rey omnipotente, le detuvo el rayo de la cólera, y plegó su voluntad soberana a los mandatos del amor que lo supera todo.

Cuán hermoso sería este día, en que canto el amor de Emma y Eginhardo, si no me doliera el corazón todavía de la orden injusta que dio éste, mientras disfruta de la más hermosa dicha. Ha mandado decapitar en el día de hoy, bajo el cargo de querer atentar contra la vida del Rey, al inocente Etienne de Chelles, capitán de la Guardia Real. Etienne de Chelles fue su amigo, y le dio innumerables pruebas de lealtad. Tanto le estimaba Eginhardo, que le regaló su hermosa capa roja, en prueba de gratitud, y fue con esta misma capa que Etienne se cubrió del frío en la prisión. Sin embargo, el poder hace olvidadizos a los hombres. Y hoy ha muerto Etienne, jurando que era inocente, y suplicando se le permitiese echarse a las plantas de Emma, esposa de Eginhardo, para que ella intercediese por él ante el Emperador.



*(1952)*

La mujer recobrada

*“Yo he reunido y recompuesto la mujer de Cristóforo, que él mismo rompió de rabia*

Miguel Ángel “il giovine”.

Se separó de la ventana, que enmarcaba un simple pedazo de calle, y cuyo solo atractivo era el de mostrar, por encima de los viejos tejados, el ápice del *Campanile* del Giotto. Se apartó con pesar, para volver los ojos al legajo de hojas manuscritas que era el fruto de sus largos días de estancia en Florencia.

Largos días imprevistos. Cuando descendió del autobús, cumpliendo apenas una nueva etapa de su viaje de olvido, no imaginaba que en Florencia, donde todo lo inclinaba al sosiego y la meditación, se le cerraría de nuevo la vida, resurgiéndole en el pecho toda la tragedia y todo el dolor que sentía sobrepasados. Pero allí estaba, atado a una misteriosa cadena, intentando absurdamente descubrir el hilo de un enigma, la relación de las extrañas cosas que le ataban a su propio destino.

¡Cuántos días de búsqueda en archivos, en bibliotecas, sin desmayar, pero casi siempre con tan poco fruto! Sin embargo, en aquella copia manuscrita estaba todo lo que había buscado. Y ahora, en aquella tarde resplandeciente de bienaventuranza, se preparaba por fin a recapitular sobre el misterio, a ver por dentro aquellas páginas difícilmente copiadas y traducidas de antiguos manuscritos.

Tomó en sus manos el legajo, y sus ojos recorrieron las primeras líneas:

“...No lejos de aquí, a la vuelta de la vía Tomabuoni, en la casa pequeña más próxima a la esquina, vivía Cristóforo Allori cuando empezó a ser un hombre famoso por la energía de su pincel. Se le comparaba a los grandes maestros, y las gentes se hacían lenguas de cómo su pintura sobrepasaba en belleza a la de su padre, a pesar de haber sido éste discípulo del Bronzino. Pero decíase que su padre había logrado transmitirle más de lo que él sabía.

“Hay otros que dicen que si Allori logró pintar algunos

cuadros de valía debióse ello al amor. Yo casi podría sostener lo mismo, sobre todo porque vi desde cerca, hace menos de diez años, el amor de Cristófano.

“Amor que no fue sino uno. Porque no pueden llamarse amor las violentas horas de pasión de la primera juventud de Allori, ni sus orgías que conmovieron a Florencia. Yo las viví también desde la adolescencia, y en su compañía. Los dos nacimos en el mismo año de 1577, ambos florentinos. Por ventura fui siempre su amigo, hasta aquella tarde de nuestra disputa, que no ha opacado mi afecto por él.

“Nuestros primeros años de juventud fueron inolvidables; yo no me he arrepentido de su licencia, ni de la fiebre con que los vivimos. Aún saboreé los nombres de las mujeres que nos los hicieron gratos, pese a que hoy al verlas aparezcan como conturbadores escombros”.

Dejó de leer, y se sentó junto a la ventana; desde allí, con la vista alzada, veía solamente la silueta del Campanile, recortándose sobre el azul del cielo, y la leve voluta de una nube que se iba disolviendo en el viento. A pocos pasos del hotel, casi cuatro siglos después, quedaba también la vía Tomabuoni, inmóvil en el tiempo, más impasible que los hombres que la habían transitado, más resistente al tiempo y al olvido que el amor, casi eterna como el arte. Todas las tardes, a la hora del aperitivo, pasaba por allí. Como pasaba a su pesar en las noches oscuras, luego de buscar más que placer del cuerpo, un efímero alivio a sus recuerdos.

Sus ojos volvieron al papel:

“Yo escribí mis sonetos en las mesas de taberna, o al borde de los lechos abiertos; pero nunca he logrado saber cómo Cristófano pintaba; no recuerdo jamás haberle visto ante el lienzo. Y sin embargo, cuando mermaba el dinero, aparecía un nuevo cuadro de Allori que iba a adornar el palacio de un poderoso.

“Pero no es lo importante la descripción de nuestra vida disoluta. Lo único que hay que notar de ella, es que nunca en Cristófano hubo amor. No lo hubo para Giulia Labardi, cuyo

pecho magnífico quedó retratado en uno de los cuadros que pintó para el cardenal Orsini. Ni lo hubo para Angiolina la Veneciana, que lo amó, y por cuyos cabellos rojizos yo hubiera dado la vida. Cristófano era un hombre de corazón frío y de cuerpo hambriento de placer. Era tan violento como los duros rasgos de su cara”.

Es extraño, pensó, cómo el sexo, el tremendo deseo que es casi una forma de la muerte, se entrelaza con el arte como en una cópula feroz. Solamente la muerte del artista es capaz de borrar esa sombra jadeante, y dejar el arte puro, por la destrucción de la materia cuyos estremecimientos violentos lo hicieron nacer.

Yo también, cuando salía de la adolescencia, escribí sonetos en las mesas de taberna, o al borde de los lechos abiertos. Y también sin amor fui generoso de placer. Tal vez lo único hermoso que me queda para recordar, sin mancha, es la embriaguez de vida de esos días, su fuerza elemental. Yo era entonces un estudiante que deseaba ser un artista bohemio. Y escribía versos, sin saber que mi destino verdadero sería el de ser escritor. ¡Pero hace de esto tanto tiempo! No en años, sino en vida. También yo podría recordar los senos de Julia, aunque no quedaran atormentando una obra de arte. Todo esto, no era amor, y por eso estoy todavía en Florencia, de donde debí huir aquel día, si hubiese comprendido entonces que me perseguía un espíritu maligno. Pero me dejé atrapar en la red, y aquí estoy todavía, esclavo y hechizado.

Volvió a leer:

“Me encontré un día separado de Cristófano, fría nuestra amistad, por culpa de Hipólito Galantini, cuyas predicaciones de castidad y de templanza transformaron a Cristófano. Yo no supe jamás por qué; pero durante aquel tiempo, vivió austeramente.

Jamás volvió a probar el vino, y regresó a vivir a casa de Alejandro. Pasaba los días pintando encerrado en su taller. No volvió a saberse en Florencia de enredos suyos con mujeres. Yo, no me avergüenzo en decirlo, no dejé mi vida antigua. Las frases de Hipólito no fueron convincentes para mí. Y por esto estaba tan

distante de Allori, quien en esa época pintó mucho, es cierto, pero una pintura vacía y sin vida. En parte, evité verlo para no tener que decírselo. Yo en el fondo sabía que su moderación tendría fin, y que un día se desbordaría de nuevo; pero nunca sospeché que sería tan violento; no lo sospechaba, porque no conocía a Mazzafirra”.

Sin embargo, pensó suspendiendo de nuevo la lectura, no puede ser todo tan semejante. Todos tenemos épocas de castidad en la vida. Ya sea por hastío, por remordimiento, o por pereza de pecar. Y también a veces por falta de amor. Porque el verdadero pecado sólo se comete cuando hay amor, cuando el amor anima el cuerpo hacia algo que no es simplemente material.

Abandoné aquella vida turbia, y me sumí en una época de introversión, de soledad y de odio. Más de un año duró aquel interregno de mi vida, del cual me queda apenas el amargo sabor, así como de la vida anterior sólo tengo una serie de imágenes desdibujadas e imprecisas. Parece como si lo hubiera borrado toda la imagen de ella, porque la amé tanto que me hizo sentir cerca de la muerte.

Se interrumpió, y dejó que su mirada vagara por la habitación iluminada todavía por el largo día de verano. Continuó la lectura:

“Ella decía que era veneciana, pero no creo que lo fuese. En realidad nadie podría decir de dónde había venido. Tenía la tez fina y ligeramente cobriza, y unos ojos negros y profundos por los que asomaba un fuego salvaje. Tenía los labios siempre húmedos como si acabara de pecar.

“Había quienes murmuraban que habiéndola conocido casualmente, buscando un modelo, era ella quien le había arrancado de su austeridad y su mutismo. Otros murmuraban que Allori había roto su norma de vida simplemente porque su naturaleza turbulenta no podía soportarla. Y que luego, en cualquier hora de embriaguez y de lujuria, había conocido a Mazzafirra.

“La belleza de ella parecía cosa del demonio, como del

demonio parecía su carácter de gata, áspero y extraño a veces, y otras sedoso y dulce. Nadie, al ver la expresión de sus ojos, habría sospechado sus profundidades lascivas.

“Vivía con su madre, una vieja sombría y dura, en una casucha a las orillas del Amo, de la cual nadie pudo arrancarla, ni siquiera los grandes señores que la perseguían. Allí llegó Cristófano. Pero la verdad de su encuentro es ésta: cuando Cristófano la encontró, nunca antes la había visto. Llevaba el vestido de las mujeres del pueblo, y en la sala oscura y ahumada de ‘La Colomba d’Oro’ se sentaba en las rodillas de un soldado barbudo. Mientras se dejaba acariciar, reía y bebía un jarro de vino. Cristófano la miró. Todos los meses de castidad se revolieron en él. Pidió otro jarro de vino, y otro más. La suave curva del cuello blanco atraía sus ojos irresistiblemente. Fue tan intensa su mirada, que en un momento sus ojos se cruzaron con los de ella, que se ríó sorprendida y lisonjeada con la contemplación.

“Al percatarse el soldado del diálogo mudo, rechazó a la mujer, y desenvainando la daga se arrojó sobre Cristófano, que esquivó el golpe. Varios amigos suyos que allí estaban, se lanzaron sobre el soldado y lo pusieron en la calle. Mientras tanto, la mujer se aproximó a Cristófano.

“Me llamo Mazzafirra. ¿Me invitas a beber contigo?”

“Allori asintió. La mujer se sentó sobre sus rodillas y le buscó los labios con la boca húmeda. Desde ese instante, Cristófano estaba perdido”.

Se movió, inquieto, en la silla. Con la mirada en el vacío, siguió recordando. Era la misma mujer, eran los mismos ojos que había hallado en el cuadro del Palazzo Pitti. Era el destino, que venía desde siglos atrás, a buscar su vida inerme. Cuando la encontró en aquella noche tormentosa, en su pequeña ciudad, la aceptó simplemente como una aventura extraña después de sus largos meses de soledad. La siguió hasta su casa humilde, de muchacha pobre. Y, sin saber cómo, se encontró entregado a amarla desesperadamente, esclavizado por su lujuria, por sus

burlas, por el lazo de su carne.

Y ahora, por una casualidad de su vida, por un extraño juego del destino, estaba leyendo la historia minuciosa de su propia pasión a través de la historia del amor de Cristóforo Allori, contada por su enemigo Giacomino Bellini. Casi no tenía que pensar en su propia tragedia, porque las palabras de aquel texto se la evocaban:

“Todas las tardes se le veía camino a la casita del Amo. Andaba por las calles con la mujer, a quien ahora vestía como a gran señora, con el producto de sus cuadros. Bebía con ella en las tabernas, la miraba y reía con adoración de sus desplantes. La mujer, es extraño, parecía quererle. Cada día su belleza era más demoníaca, sus ojos más profundos; tanto que inspiraba temor. Casualmente una noche, yo presencié una escena de celos que me dio miedo, en una taberna. Causada sólo porque una de las antiguas amantes de Cristóforo se dirigió a él y le hizo una leve caricia. Pero Mazzafirra era dominadora, lo quería todo para sí. Era voraz, como la boca milenaria de la cual surgió la humanidad, de que hablaban los griegos. Ella era eso: la boca de su sexo. Devoradora de hombres, salvaje y cruel. Acaso lo amaba, pero sobre todo, iba devorándolo, como devoró a tantos florentinos obsesionados por su belleza.

“A medida que el tiempo pasaba, la esclavitud de Cristóforo era mayor, y fue ella la que hizo su calvario. La belleza de la mujer le sujetaba. A pesar de su carácter violento, Allori se plegó a soportar todas las humillaciones, todas las amargas, todos los remordimientos para conservar el cuerpo de esa mujer, ya que iba día a día perdiendo su alma espantable. Y fue así como se le vio insultar a su padre, y robar a su hermano para pagarle joyas costosas. Y perdonarle mil veces sus extravíos con amantes de una noche. Una vez, quiso matar a uno de éstos, al encontrarlo en el lecho con ella. Pero, humildemente, se retiró de la alcoba a una orden imperiosa de la mujer, y permaneció fuera, esperando como un miserable.

“En Florencia se pensaba en un embrujo, en un filtro

diabólico. Había sido Cristóforo un valiente pendenciero, dominador de mujeres y amansador de hombres. Y no restaba sino un mísero guiñapo en las manos de la hechicera.

“Fue una larga cadena de bajezas de cuyo comentario me escapo porque quiero el recuerdo de mi primera amistad con Allori. Pero jamás podría olvidar aquella noche en que le vi suplicándole que se fuera con él, que volviera a él. Los ojos arrasados en lágrimas, la cara pálida, arqueada la cerviz. ¡Cuán patético y doloroso espectáculo para quien había visto su antigua arrogancia varonil!”

Camilo cerró los ojos. La propia bajeza es difícil de medir. ¿Había llegado él a aquellos extremos? Su mente se torturaba con escenas parecidas; recordaba estremecido las infidelidades de Magdalena, cometidas casi a su lado, casi en su presencia; recordaba las dolorosas escenas. Cuando él la había recogido, cuando la había transformado, ella era apenas una pobre muchacha. Pero viéndole dominado por su amor, había nacido en ella, poco a poco, una mujer distinta. Camilo se había dicho muchas veces, con amargura, que era él mismo quien la había prostituido, quien le había infundido todas las heces de su vida licenciosa. Antes de conocerle, Magdalena no había conocido aquellos oscuros refinamientos de crueldad, aquellas humillaciones que se mezclaban con un extraño amor. Nada de eso había sabido hasta que él mismo le había abierto los ojos, le había arrancado la venda del pudor, le había descubierto las simas prohibidas. Era tanta la vergüenza de que él mismo se había cubierto, que casi no podía recordar aquellos primeros meses de amor, cuyo recuerdo bastaba para compensarle la vida. ¡Cuántas veces, al descifrar las palabras de aquel manuscrito, le había asaltado el pensamiento de que era él mismo quien había acabado con su destino!

Continuó la lectura:

“Ya Cristóforo se había convertido, casi, en un mendigo. Recorría ebrio las calles de Florencia, buscando a la mujer en todas las dudosas posadas en que ella se doblaba a los caprichos

de la soldadesca y de los mercaderes. En cambio, ella era cada día más hermosa. Y en medio de su extravío conservaba una especie de monstruosa fidelidad a Cristóforo. En todo aquel tiempo, entregándose a todos, nunca quiso vivir con ninguno distinto de él. Siempre volvía a su lado. Tal vez por esa crueldad que la devoraba y que le permitía someterlo a todas las amarguras, con los ojos brillantes de diabólico placer.

“Un día, misteriosamente, el hombre se rebeló. Desapareció por muchos días, después de que todos los que deseaban a Mazzafirra viéronle a ésta la hermosa faz cruzada de golpes. Ni ella ni su madre, que vigilaba a Cristóforo y lo seguía en la noche a través de las tabernas y posadas, quisieron decir nada. Pero en Florencia se dijo que Cristóforo, en un raptó de ira después de sufrir una humillación más, intentó matar a su amante.

“Días después regresó, pálido y silencioso, arrogante de nuevo, irascible y violento. Sus orgías fueron más estrepitosas, y había algo en ellas que hacía intuir al hombre enloquecido de rabia, como después de haber sufrido la más monstruosa de las humillaciones. “¡Ya le quedaba tan poco! Cuando no estaba ebrio o en brazos de cualquier mujerzuela, pintaba. El Gran Duque le encargó por entonces un cuadro, que le valió una fortuna, y en el cual pudo Cristóforo, en forma tan hermosa que aún sus enemigos así lo reconocieron, dejar todas sus amarguras, todo su tormento, su ira y su desprecio: es la Judith, en la cual, más hermosa que nunca, aparece Mazzafirra, llevando la cabeza de Holofernes, que es el rostro atormentado de Cristóforo. El rostro de Judith tiene la hermosa serenidad de Mazzafirra. Sólo en sus ojos y en su boca se adivina el abismo. En cambio, la cara de Cristóforo revela todo su tormento, toda su angustia. Y al fondo está la cara siniestra de la madre, la misma cara de la que aún hoy se ve cruzar, a paso lento, el Ponte Vecchio. Dicen los que lo saben, que la cabeza de Holofernes tiene la misma expresión de angustia y de dolor que el rostro de Cristóforo, cuando, amando todavía años después, desesperadamente, a Mazzafirra, se dejó morir de una herida causada por una espina en un pie, sin dejárselo amputar, sin hacer

nada para evitar la muerte. La misma expresión de cuando se quedó muerto, conservando en las manos un boceto inconcluso de la diabólica mujer. Y en el fondo, fue también la muerte de Holofernes, vencido por el amor”.

Era aquel cuadro de Judith, justamente, el que le había retenido en Florencia. Cuando tratando de olvidar a Magdalena, había llegado allí en el curso de su viaje, deambulando una tarde por los corredores de la Galería Pitti, lo había descubierto. Sí, en aquel rostro hermoso de Judith estaba la misma cara dulce de Magdalena, sus mismos labios mórbidos. La curva de su brazo, era la misma, y sobre todo sus ojos eran los mismos, inescrutables y casi puros. La vista del cuadro fue como una mano que oprimiera la herida. A la mañana siguiente, retomó obstinado. Le parecía presentir que en aquel cuadro estaba encerrado su destino. Aplazó indefinidamente su partida, y pasaba los días con afiebrado empeño de enamorado, contemplando el cuadro. Y un día, con temor, resolvió mirar más allá de la pintura misma, indagar sobre la vida del pintor, tratar de saber quién era esa mujer. Y poco a poco, con alucinante exactitud, logró desentrañar la historia, que había encontrado resumida en las breves páginas de Giacomò Bellini.

Todo su amor, dominado y avasallado durante largos meses de lucha, resurgía intacto, sin quebranto después de la dura prueba. Días había en que anhelaba volver a Magdalena; sin embargo, el cuadro le retenía. Sabía que su destino tenía que cumplirse implacablemente. Cada día por la mañana, se detenía ante el espejo, pensando en dejar crecer su barba en el intento de comprobar si acaso su cabeza podía ser también la de Holofernes, si los rasgos ocultos por la barba eran iguales a los de Cristóforo Allori. Sin embargo, le detenía un oculto temor, porque en el fondo de sí estaba convencido de que serían idénticos, como lo era su destino.

Un día de fatiga, estudiando los pormenores de la muerte de Allori, empezó a esperar con afán la herida que también laceraría su pie, y que irremediamente le llevaría a la tumba.

Mientras tanto, los días siguieron transcurriendo. Ahora, repasando perezosamente el legajo, encontraba ya cumplida su investigación, y exhaustas todas las fuentes. Sin embargo, la causa de su muerte no llegaba. Todo seguía igual, y continuaba, poco a poco, quemándose.

La muerte, pensó arrojando los papeles sobre el lecho, es lo fundamental. La manera de venir, es accesoria. Allori, en el fondo, dejó escapar la vida; acaso podría decirse que se la quitó.

Se quedó suspenso frente a la ventana, con aquellas palabras retumbando en su cerebro. Hizo un esfuerzo, y volvió al manuscrito. Quedaba aún un pequeño cuaderno diferente, copia de un comentario encontrado al margen del manuscrito de Bellini, de mano desconocida.

“De todo lo que cuenta en sus memorias el poeta Bellini, hay muchas cosas ciertas, y otras que omite decir. No cuenta por ejemplo que Allori fue dueño de importante fortuna; que esta fortuna la dilapidó totalmente aquella mujer, con saña tal como si hubiese querido destruirlo por completo, no sólo espiritual sino materialmente también.

“Acaso por un reato de conciencia, no se detiene casi en la descripción de Mazzafirra; tal vez en el fondo ello se deba a que también nuestro poeta experimentaba un cierto dolor al pensar en ella, como más adelante explicaré.

“Hoy a cien años de los sucesos, es difícil dar una idea de lo que era la mujer; sin embargo, la sola pintura de Judith nos la da. Porque es cierto que Allori puso su corazón en el cuadro. Pero un rostro como el que allí aparece, es bello de por sí, no es susceptible de embellecimiento por la imaginación. Además, en documentos de la época se encuentran testimonios tan asombrosos de la belleza de Mazzafirra, que el observador se sorprende de que ella hubiese llevado una vida semejante, y no hubiera sido transportada a medios más altos. Pues Mazzafirra era una cortesana que, si no vivía en un palacio sino en una humilde casa a orillas del Amo, sí gozaba de todas las prerrogativas y lujos inherentes a su profesión.

“El secreto de las reticencias de Bellini al hablar de ella, está en que, como antes lo dije, le dolía el alma al evocarla. En un principio menos afortunado que Allori, no gozó de sus favores, ni siquiera en aquella forma transitoria que Mazzafirra acostumbraba. Luego, y fue en esta época cuando ocurrió la disputa entre Allori y Giácomo, cuando el pintor la abandonó el poeta logró persuadirla de aceptar su amor. Para él el destino si se quiere fue más amargo que para Allori; porque la perdió cuando todavía no le había sido infiel. Dejándole en la miseria, un día desapareció de Florencia y nadie nunca más supo de ella. Su rostro inigualable no volvió a quedar copiado jamás en ningún lienzo, lo que no quiere decir que otros no lo amaran. El misterio de su desaparición quedó insoluto; quienes decían que era la primera infidelidad con Bellini; y aun hubo quienes hablaron de muerte violenta, y culparon a Allori. No hay rastro ni prueba de que esto hubiera sido así.

“En todo caso, cuando Bellini escribió su relato, después de haberla perdido, se consumía aún de amor por ella; y así como hubo quienes culparon a Allori, otros quisieron ver en el relato un índice de remordimiento, un intento de justificación de un crimen.

“La muerte de Allori fue tal y como la relata Bellini. En la plenitud de su creación artística, de su amor y de su dolor de perderla, el hombre se dejó morir, buscó la muerte impidiendo todo tratamiento. Una pequeña herida de una espina en un pie, le dio la muerte que tanto ansiaba después de haber perdido aquella sola razón de vivir que era a la vez, su propio infierno”.

—Todo igual —murmuró el hombre—. Recogió el manuscrito, y abrió una maleta de cuero. Allori, dejó escapar la vida; casi podría decirse que se la quitó. Arrojó los papeles en la maleta. Entre las ropas dobladas, había un revólver, sobre el cual la última luz de la tarde daba un brillo azulado.

(1953)

## El corazón del gato Ebenezer

La viuda Catalina McCallahan vivía, como todos recuerdan, en una casita cerca de Berwick, casi sobre el mar. Desde la ventana alcanzaba a divisar las velas de los barcos que venían de Inglaterra a Escocia, y es fama que, de pechos sobre la ventana, acariciando su hermoso gato negro que jamás la abandonaba, pasaba las tardes nostálgicamente, mirando el mar y lamentando su temprana viudez, consolada sólo de tarde en tarde, a pesar de su cara hermosa y su natural despierto y vivo.

Pero los ojos del pueblo la seguían muy de cerca, y marcaban desalentadamente cada nueva caída. Los hombres la perdonaban, en verdad más que las mujeres, tal vez con un poco de arrepentimiento de los propios pensamientos. Las mujeres la perdonaban a regañadientes, mientras pudiesen mantener aparte a sus maridos. En el fondo, el pecado de Catalina no era otro que el de su falta de misterio. Pero, al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podía hacer?

1589 había sido para Catalina un año tranquilo, hasta entonces, como también para las vecinas del pueblo. Por la misma época, se anunciaba la llegada del rey Jacobo a Edimburgo, con su prometida, la princesa Ana de Dinamarca. La gente andaba un poco alborotada con la perspectiva de los regocijos populares, y claro está, nadie se preocupaba de la pobre Catalina, sola y triste en su casa del mar.

Un día, un hombre pasó frente a la casa. Todos le conocían. Después de un largo tiempo de ausencia, había regresado. Catalina se encontraba en la ventana, con toda la madurez tentadora de su edad, con la mano gordezuela apoyada sobre el lomo del gato, y los ojos perdidos en la lejanía del mar.

El hombre se aproximó, y la saludó sonriente. Su nombre era John McIntyre, todos lo sabían. Si no hubiese sido visto de nuevo pocos días después, llegando a la casa de la viuda, todo habría pasado desapercibido. Pero fue visto muchas veces, de allí en adelante, de pies junto a la ventana, acariciando pensativamente la mano de la viuda Catalina.

Un buen día no le vieron más, pero alguien contó que le había sorprendido andando a paso furtivo por la senda que lleva a la casita, ya en las tinieblas de la noche.

El fuego del hogar chisporroteaba acogedor, venciendo el ambiente frío. El gato se enroscaba junto a la lumbre. Los ojos de Catalina relucían al mirarse en los del hombre. Hablaban, y ella de pronto reclinó su cabeza en el hombro de McIntyre, quien la rodeó con su brazo. El viento de invierno se oía pasar, y entre tanto las caricias del hombre se hacían apremiantes.

Hasta aquí llegaba el relato, pues al cerrarse la ventana aquel que les espía no logró ver más. Sin embargo, todo Berwick *sabía*. Y día por día, íbanse acumulando una sobre otra las faltas de la viuda, y los ojos tras de las ventanas miraban más acerbamente a McIntyre, el cual sonreía satisfecho ante las miradas de reprobación que sentía escondidas tras de los postigos alertas.

Catalina iba haciéndose cada vez más notoria. Se abandonaba increíblemente a su pasión, haciendo una ostentación desmedida que ofendía todos los sentimientos que estimulaban los ojos vigilantes. De casa en casa, apenas ella pasaba con su amante, iban cerrándose las ventanas en señal de reprobación.

El gato era el único extraño que asistía a los largos paseos. Su nombre era Ebenezer. Era un felino sedoso y negro, cuya cara (lo cual es bien sorprendente en esta clase de animales) irradiaba una sensación de bondad, casi de tolerancia. A veces trotaba delante de la pareja, otras trepaban a los brazos de la viuda. E iba siempre con los amantes, gordo y bueno, y la gente pensaba qué cosas habría visto y guardado en su extraño buen corazón el gato Ebenezer.

\* \* \*

La pasión habría pasado como todas en el tornadizo corazón de la viuda, y habría logrado como siempre el perdón no exento de reproche de la aldea, si no hubiese sido por los acontecimientos de un día, para ser precisos, el anterior al de la llegada a Escocia del rey Jacobo con su prometida.

Alguien que pasó cerca a la casa de la viuda Catalina, la vio salir de pronto, con el rostro desencajado. Al acudir a ayudarla, ella apenas logró balbucir:

—¡Se ha ido! ¡Se lo han llevado!

Y se aferró al brazo del hombre, con tal fuerza que éste sintió las uñas enterradas en la piel. Al preguntarle a quién se habían llevado, ella le miró con ojos extraviados. El hombre se quedó sobrecogido de ver cómo de aquellos ojos llenos de temor se desprendían unas

lágrimas que no parecían llanto. Al ver cómo ella trataba de contestarle sin lograrlo, no tuvo un momento de duda: alguien había aprehendido o acaso asesinado a McIntyre. Corrió hacia el pueblo, y jadeante dio la voz de alarma. Hacía tiempos en el pueblo no pasaba nada semejante. Se organizaron patrullas armadas para buscar al hombre en los bosques cercanos, y algunas mujeres piadosas, olvidando el viejo rencor, y la antigua repugnancia moral, se dirigieron a la casa de Catalina McCallahan. El mar estaba quieto, liso y tirante como un lienzo.

La búsqueda fue angustiada. Por todas partes, con picos y palos, hurgaban los setos del bosque, esperando hallar el cadáver. Muchos iban casi a regañadientes, temerosos de algún peligro desconocido. Sin embargo, buscaron hasta agotarse, e infructuosamente, mientras tuvieron para ello una gota de luz. Al descender la sombra todos fueron poco a poco regresando.

\* \* \*

Al llegar a la casa de la viuda, la encontraron ya recobrada, y entre gimoteos y lloros desentrañaron la historia. Al oírla hubo algunos de ellos que se estremecieron de indignación.

—Pero —preguntó uno—, ¿por qué teme usted que le haya pasado algo a McIntyre?

Ella alzó la cabeza, con los ojos llameantes y exclamó:

—No es por él por quien temo. Yo ya sabía que uno u otro día habría de irse. Temo por Ebenezer, porque él se lo llevó. ¡No sé qué será de mí!

Algunos iniciaron una protesta airada, ante el pensamiento

de haberse extenuado buscando un mísero gato. Pero entre algunos más reflexivos corrió un escalofrío de temor. Hubo aun quien se persignara rápidamente. Pero la viuda había seguido hablando, y sus palabras calmaron aquellos recelos, como apaciguaron la ira de los otros. Ebenezer era el solo recuerdo que poseía la viuda de su difunto marido, y era tanto el cariño que por esa razón le profesaba que para ella era intolerable la separación. Sentía con espanto aproximarse la soledad, y no lograba comprender cómo sabiéndolo, John había procedido así. Desde el primer día le había tomado especial afecto al gato. Tanto que a veces se abstraía, estando con ella, en acariciar al animal, hasta que ella protestaba. Pero eso no justificaba que al irse le hubiera correspondido así, arrebatándole su sola compañía.

La viuda lloraba silenciosamente. Era tal su aflicción, que uno de ellos, Mathew Stewart, profiriendo un juramento, exclamó:

—¡No llore usted, Catalina, que le prometemos hallar a Ebenezer! ¡Vamos a buscarle en todos los tejados, y en todos los árboles! ¡No será difícil hallarlo, puesto que son bien pocos los gatos en Berwick!

Aquella misma noche se pusieron a la tarea, buscando minuciosamente en todos los tejados de Berwick. Amos Killgrave sacó de la tarea una pierna quebrada, que a poco más hubiera sido el espinazo. Pero no encontraron nada. Como tampoco al día siguiente, cuando después del trabajo se dedicaron a explorar nuevamente el bosque. Todos los gatos de Berwick patean fan haber huido misteriosamente. Al regresar, cansados, le dieron sus malas nuevas a la viuda Catalina, que les recibió esta vez con coraje y serenidad. En el fondo parecía dispuesta a dedicarse a la búsqueda de su gato. Pero los vecinos movían la cabeza. El gato y el hombre habían desaparecido definitivamente.

\* \* \*

Al siguiente día, con el alba, se esperaba la llegada de Jacobo VI de Escocia, acompañado de su prometida. Berwick entero se preparaba a participar en los festejos. A primera hora se movilizarían todos para esperar el paso de la nave.

La noche cerró sobre un mar benigno, con una hermosa luna de otoño. El pueblo entero ya dormía, con excepción de la viuda Catalina, atormentada de la soledad de su amor transitorio, y de la pérdida de su animal. A la mañana siguiente, en vez de ir a los festejos de la llegada del Rey, se dedicaría a buscar a Ebenezer.

La pobre mujer desvelada se levantó, y en vista de que le era imposible dormir, se dirigió a la ventana, en el preciso momento en que una negra nube tapaba la luna, y se oía a lo lejos el rumor del rayo que se iba acercando. El viento comenzaba a batir las paredes de la casa, y las olas se rasgaban desesperadamente contra el acantilado.

Catalina se estremeció, y cerró los postigos para sustraerse al resplandor lívido. Quiso rezar una oración por los que iban en el mar. Y, al acordarse por fin del Rey que venía en una frágil nave, rezó con más unción.

Antes de dormirse pensó con ternura en Ebenezer. Luego recordó a McIntyre, con una mezcla de rencor y cariño. Y por fin se durmió, pensando en ambos, inquieta y desasosegada, estremeciéndose con cada estampido de la tormenta.

\* \* \*

El pueblo al día siguiente no recordó más a Ebenezer. En tropel las gentes partieron a inquirir noticias de la vida de su Rey, temiendo todos lo peor, la noticia del naufragio total. El mar estaba de nuevo tranquilo, pero por primera vez las gentes lo miraban con temor.

Cuando al anoecer volvieron los primeros, con noticias de que el Rey, habiendo corrido un tremendo peligro, había logrado salvarse gracias al cielo, todos respiraron con alivio. Y vinieron los relatos: habían visto el barco maltrecho, con las velas desgarradas y una vía de agua en el casco, con el palo mayor quebrado y la tripulación maltrecha. Había llegado a la costa prácticamente a la deriva. Y el Rey había descendido pálido y demudado, al lado de la litera en la cual bajaba sin conocimiento la princesa Ana.

Les habían visto subir al coche, y dirigirse hacia Edimburgo; y nada más habían sabido.

\* \* \*

En los días siguientes se vio poco a la viuda Catalina. Estaba en una parte y otra, en misteriosos recorridos, posiblemente buscando aún desesperadamente a Ebenezer. En el pueblo se comentaba que esa búsqueda sin esperanza no tenía ya otro objeto que el de saber su destino final. Pero nadie creía que lo hallase. Hubieran querido ayudarle, pero ella ya no lo permitía.

Así pasó el tiempo. La viuda, obstinada, había pagado a Amos Killgrave, aquél que se había quebrado la pierna por buscar a Ebenezer, para que saliese de Berwick, nadie sabía adonde, a indagar por el paradero de McIntyre. Todos sonrieron al saberlo, pensando que ya la pobre había comenzado a desvariar. Killgrave, sin embargo, aceptó y partió cojeando por una bolsa de oro. No se habían tenido noticias de él en todo aquel tiempo, cuando un día regresó. Venía a pie por el camino de tierra dura del invierno, y al ver las primeras casas comenzó a apresurar los trancos de su muleta, hasta llegar a la plaza donde se detuvo en casa del herrero. La nueva corrió rápidamente. Amos llegaba con noticias sorprendentes. La gente fue viniendo, y ante un corro expectante, comenzó a hablar.

—Sabed que vengo de Edimburgo, y que allí pasan cosas extraordinarias. Han descubierto que la tempestad de aquella noche en que el Rey casi pierde la vida, fue causada por una conjura de hechiceros que querían matarle. Han puesto presas gentes de muchas partes: Agnes Sampson, Barbara Napier, Effie McCalyan, todos aquellos que desde hace unos meses dejaron de vivir aquí. Les encabezaba John Fian, el maestro, pero él escapó, parece que con ayuda del brujo mayor, el que les dirigía. ¿Y sabéis quién era? No era otro distinto del Earl de Bothwell, a quien el Rey acusa de haber realizado todas estas prácticas para subir al trono. Es el bastardo, sobrino del marido de la reina María.

—Dinos, preguntó uno, y ¿cómo se supo esto?

—No sé cuál fue el comienzo. Pero después de que la tempestad les falló, trataron de embrujar al Rey con muñecos de cera. Todas las hechiceras han confesado bajo cuestión de tormento. Van a morir en más de cien hogueras.

Un rumor aprobatorio corrió entre las gentes suspensas. El hombre continuó:

—Pero vais a asombraros de lo más inusitado para nosotros. Cuando apenas esto comenzaba a saberse en Edimburgo, yo ya lo sabía. Mis pesquisas para encontrar a John McIntyre, me llevaron allá. McIntyre está preso, y va a ser quemado mañana, por brujo.

—Ya me parecía, murmuró alguno, que el hombre era extraño. No salía sino al anochecer.

—Había en él, suspiró una mujer, algo de Satanás.

—Ya lo había dicho el señor cura, murmuró otra, meneando la cabeza.

Amos sonreía, satisfecho de la sensación, y de los rostros pálidos que se arremolinaban a su alrededor.

—Hay algo más aún, dijo Amos alzando el tono para dominar el rumor de las gentes. Encontré por fin el gato de la viuda Catalina.

—¿Cómo? —dijo uno— y ¿qué relación tiene con lo que cuentas?

—Vas a saberlo y casi no podrás creer. Los hechiceros celebraron una serie de reuniones para invocar la protección de Satanás, a quien adoran como dios, y en la noche en que el Rey se aproximaba en el barco, celebraron su más horrendo aquelarre. Se reunieron cerca de aquí.

Hizo una pausa, mientras las gentes se miraban, y continuó: primero celebraron sus ceremonias de adoración al dios, que apare-

ció en forma de macho cabrío, y a quien todos adoraron y rindieron el consabido homenaje. Luego se entregaron a la orgía con los incubos y súcubos. El bosque cercano —señaló hacia la costa— se vio esa noche lleno de brujos y brujas desnudos, que

fornicaban en homenaje al demonio. Todo esto lo han contado ellos mismos en sus confesiones. Finalmente, llegó el momento del hechizo máximo y todos —los cien y más— sacaron de talegos en los cuales iban ocultos, más de cien gatos vivos. Y luego, al conjuro de sus oraciones sacrílegas, aproximándose a la playa se hundieron hasta las rodillas en el agua del mar y lanzaron los gatos a lo profundo del agua. El maullido de los gatos que se ahogaban debió confundirse con el primer trueno de aquella tempestad pavorosa que provocó el conjuro. Todo iba destinado a hacer morir al rey Jacobo y a su prometida. Gracias a Dios, se salvaron y ahora pueden castigar a los responsables.

—Y —preguntó una mujer— ¿qué relación tiene esto con el gato de la viuda Catalina?

—McIntyre estaba allá, y ahogó él también un gato en el mar. Lo confesó. Por eso van a quemarle.

—Es verdad... —dijo un hombre rudamente— y además, ¿alguien ha vuelto a ver un gato en todo Berwick?

Todos se miraron. Era evidente. Pero nadie alcanzó a decir nada, porque Amos siguió:

—Todo Edimburgo está aterrado y sospechoso. Nunca había sido tan grande como ahora la amenaza de la hechicería contra la religión. Ya los hechiceros atentan contra el Rey. ¡Hay que acabar a estos adoradores del demonio!

Hubo un rumor de asentimiento. En ese instante, Amos se interrumpió para decir:

—Es ya muy tarde. Es necesario que vaya a avisar a la viuda Catalina que he descubierto cómo murió Ebenezer.

—¡Pero oye, Amos, antes de irte! —exclamó un viejo ceñudo—. Vas a avisarle, ¿sin pensar en que acaso ella es tan culpable como el mismo McIntyre? Se dice que las hechiceras tienen su demonio encamado en un animal doméstico. ¿Cómo sabes si no lo era el gato Ebenezer? ¿Y no se os hace sospechosa —continuó avanzando hacia el centro del corro— esa extraña relación de Catalina con un brujo? ¿No os acordáis de las muchas veces que en la tarde les vimos caminando hacia el bosque? ¿No

pensáis que pudo ser hacia la reunión del sabbath, y que Catalina ahora ha hecho toda esta absurda comedia para engañarnos? ¡Vamos todos donde Catalina!

—¡Sí, sí! —corearon otras voces— ¡a la hoguera con ella!

—¡Recordemos —gritó una mujer— el peligro que corren nuestros hijos!

—¡Y nosotros mismos!

Los ojos, no ya desde las ventanas, sino arremolinados en la plaza del pueblo, se inyectaban de sangre y de odio. Las voces subían de tono, las manos se endurecían, mientras la masa humana se encaminaba hacia la playa en busca de la casa de la viuda. Los ojos vigilantes localizaban en el camino un tronco, un arbusto, una rama, y las manos lo iban alzando todo para formar la pira funeraria.

Fue así como la viuda Catalina tuvo noticia de la suerte que corriera su gato Ebenezer, un instante antes de que se encendiera la hoguera. Mientras tanto, al borde del mar, dos chiquillos descalzos, con una larga pértiga, trataban de atraer algo hacia la costa.

—¡Cinco! —exclamó uno de ellos triunfante.

—Pero espera, que hay muchos más, exclamó el otro.

Y empezó a manejar nuevamente la pértiga, mientras el primero, cuidadosamente, alineaba en la playa las osamentas, apenas cubiertas de tiras de piel, de cinco gatos que había devuelto el mar

*(1955)*

El maestro de la soledad  
(Informe sobre el caso Crusoe)

El 20 de octubre de 1864, fue presentado a la consideración de la Sociedad Filantrópica y Naturalista de Liverpool, Inglaterra, por uno de sus más prestantes miembros, el informe siguiente:

I

De la vida de Robinson Crusoe, cuya más conocida narración es la de Daniel Defoe, la época que interesa a esta memoria es la comprendida entre el momento en el cual el personaje, al naufragar, se salva y llega a una isla desierta, cercana a las costas de América del Sur, y el día en que tras de haber tenido veinticinco años de soledad, Robinson ve llegar a la isla un grupo de antropófagos, que se aprestan a sacrificar y devorar dos prisioneros, uno de los cuales se escapa, y es perseguido por dos de los salvajes. Crusoe mata a uno de ellos, y salva así la vida del que huía. Este se proclama su esclavo, humillando la cabeza bajo la planta del blanco. Robinson lo educa como su compañero, y, tiempo después, salva a otro hombre, esta vez un capitán de navío inglés, cuya tripulación se ha amotinado contra él. Crusoe promete al capitán ayudarle a recuperar el navío, con las dos condiciones de que acate totalmente su autoridad en la isla, y que, al recobrarlo le transporte a Inglaterra sin cobrarle pasaje. Así logra el regreso.

Las investigaciones han sido prolijas a través de los años. La ciencia jurídica fue la que primeramente estudió la persona Robinson Crusoe. Aún hoy en día, para describir a los estudiantes el estado *anterior* al derecho, el estado del hombre *único*, se apela a Crusoe, sin duda como reacción contra la idea del “buen salvaje” que tan considerable efecto tuvo en Francia a través de las doctrinas de Jean Jacques Rousseau. Pese a las alabanzas del libro memorable que se encuentran en la obra de Rousseau, parece claro que la novela de Defoe es la antítesis del buen salvaje. Crusoe es el hombre civilizado perdido en medio de la barbarie, y cuyo primer regreso al contacto humano ocurriría a través de los antropófagos que llegan a la isla.

≡

Si después se hacen mansos, y a la postre podrían justificar la doctrina del salvaje candoroso, ello se debe únicamente al triunfo de la civilización<sup>2</sup>. Quedó dicho que la vida de Robinson Crusoe es clásica ejemplo del nacimiento del derecho, como lo es de su naturaleza social. Cuando aparece Viernes, se dice, no es claro que el derecho nazca, ya que de acuerdo con la sociedad esclavista de la época, Viernes era *cosa*, no persona. Sólo al celebrarse el contrato de transporte con el capitán del navío salvador, se configura efectivamente la relación jurídica<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> Sobre la relación de Rousseau con Robinson Crusoe, Rene Gonnard (*La Légende du Bon Sauvage*, Librairie de Médicis, París 1946, pág. 76 y ss), sostiene un diferente punto de vista:

“Jean Jacques Rousseau elogió con entusiasmo esa novela ilustre. ¿Sería que encontró en ella esta glorificación del estado de naturaleza a la cual iba él mismo a dar tal resonancia? A primera vista, se puede dudar. Los salvajes con los cuales Robinson entra en relación son antropófagos, y es sobre todo bajo este aspecto que ellos le aparecen. Ni se da siquiera mucho escrúpulo en masacrarlos como tales, aunque reflexione antes de combatirlos que sus bárbaras costumbres ‘eran la prueba de que Dios los había abandonado a su estupidez y a sus feroces apetitos’, pero no que él hubiese sido llamado a juzgarlos y castigarlos. (Robinson, la. parte, cap. X). Estúpidos y feroces... No se trata de buenos salvajes. Pero desde el día en que se emprende la empresa de convertirlos —ya se trate del mismo Robinson, catequizando a Viernes, o del joven cura francés, que comienza a cristianizar los salvajes instalados en la isla— testimonian ese candor, esa disposición natural para instruirse, para aceptar las verdades morales que se les proponen, esa sinceridad y generosidad de alma que tantos exploradores habían señalado. Y esas cualidades del buen salvaje no han sido todas parte de la leyenda. Entraron en ella, pero sobre un fondo de verdad. Y el Robinson de Defoe, ese libro que ante todo se distingue por su carácter de inimitable verdad, esa novela ‘en la cual todo parece verdadero, en la cual nada es afectado, nada juega en falso’, permanece cierto, aquí como en todas partes. Los dos aspectos del salvaje real aparecen. Y el segundo, acaso un poco embellecido, pero con una engañifa perfecta, debía bastar para encantar a Jean Jacques”.

<sup>3</sup> Aún en la época actual, sigue utilizándose el ejemplo por los profesores de derecho. V. por ejemplo Edgard Bodenheimer (*Teoría del Derecho*, págs. 19-20 F.C.E. 1946, México). Dice lo siguiente, a lo cual conviene anotar que el autor, como otros, trata los hechos tal como si fuesen un mito platónico, a diferencia de este informe, que parte de su realidad:

“...Estas dos situaciones son ejemplos claros de dos tipos posibles de relaciones entre los hombres. La relación entre Robinson y Viernes, su compañero de color, es de dominación y de sujeción. Robinson disfruta de un poder ilimitado sobre Viernes. No tiene respecto a él ninguna obligación; puede hacer con él lo que le plazca; puede

≡

Ahora bien, Robinson Crusoe no ha sido sólo materia de investigaciones de jurisprudencia; son muchos los aspectos indagados de su soledad en la isla, y más aun los que quedan por indagar. La soledad en sí misma, es tema fundamentalmente inquietante. Y

todos los aspectos de su vida humana, vistos a través del impacto de esa soledad. Sin contar con que, por ejemplo, se adelantan en la actualidad estudios sobre Crusoe como origen de la idea moderna de la monogamia. Se ha tratado de precisar si su existencia es solamente la de un mito encaminado a ponderar a la humanidad las ventajas y consecuencias de la autarquía, en lo económico y en lo social. Se ha querido ver en él la lección profunda para el gobernante autocrático, que solamente de sí mismo puede confiarse. Se han hecho largas disquisiciones basadas en su vida, para situar el origen del Estado en la iniciativa individual, y así refutar la concepción que radica el origen del Estado en el grupo social. Se han adelantado estudios sobre la mentalidad religiosa, con base en su existencia y en su modo de actuar. Queda aún pendiente el interrogante, que en este informe que iríamos resolver, de si en el hombre, enfrentado a la

---

incluso matarlo. Por el contrario, la relación entre Robinson y el capitán es de contrato e igualdad. Los dos hombres se reconocen mutuamente como ingleses libres, ninguno de los cuales sería capaz, de considerar seriamente la posibilidad de someterse como esclavo al poder arbitrario del otro. Cada uno de ellos tiene algo que ofrecer al otro y de ahí que la forma natural del intercambio de sus servicios sea un acuerdo contractual.

“Estas consideraciones nos permiten trazar una distinción importante. La relación entre Robinson y Viernes es una relación de poder. Tales relaciones existen cuando un hombre queda sometido a la voluntad arbitraria de otro. Para un esclavo el poder de su amo es un mero hecho de dominación; el esclavo no tiene derechos que puedan actuar como restricciones del poder del amo. La relación entre Robinson y el capitán, por el contrario, es una relación de derecho. Es una relación contractual en la que ambas partes reconocen la existencia de derechos y deberes mutuos, sobre la base de una cierta igualdad. La circunstancia de que en la isla de Robinson no haya poder superior —no haya gobierno— que pueda garantizar y hacer cumplir fielmente el acuerdo, no destruye el carácter jurídico de la relación. La garantía de la ejecución reside en el hecho de que ninguna de las partes puede lograr sus fines sin ejecutar fielmente el contrato”.

naturaleza, el instinto de conservación supera al instinto sexual. Si la fuerza del individuo domina a la de la especie<sup>4</sup>.

(No es exactamente cierto, sin embargo, y de acuerdo con Defoe, que en la isla no haya gobierno: el gobierno *era* Robinson, y lo primero que obtuvo del capitán fue la promesa de reconocimiento de ese gobierno. La garantía —pre caria evidentemente— no era otra que la de la coacción. El contrato del capitán se hacía con el gobierno; era, en verdad, un primer ejemplo de contrato de derecho público).

3. Como podrá luego verse del texto de este ensayo, es el punto de partida para estudiar lo que está todavía inexplorado, vale decir, la existencia de un “COMPLEJO DE CRUSOE” en el dominio del sexo.

## II

Defoe es con exceso discreto en su tratamiento, lo cual es deplorable, ya que puede suponerse que éste sería el único caso en que al individuo humano no tendría inhibiciones sociales, sino *hambre*, de alimentos, de mujer, de compañía. Debe ponderarse adecuadamente su historia, no reducible a un simple evento onánico. ¿Por qué la narración de Robinson es tan escueta? Sus consideraciones personales son escasas, parva su compasión por él mismo, lo cual es desusado en su época y abona lo objetivo del relato, pero desgraciadamente nos priva de una serie de elementos subjetivos de considerable interés.

Es necesario tener en cuenta, sin embargo, que Crusoe siempre tupie tuvo un testigo de sus memorias: el lector en beneficio del cual las relataba. La censura política, religiosa y moral, hacía además difícil que pudiera entrar en detalles tan secretos como son los relacionados con el sexo. Ha habido quienes han querido asimilarlo a lo que habrá de ser el último hombre sobre la tierra<sup>5</sup>. Otros ha habido que comparan su historia

---

<sup>4</sup>bibliografía crusoniana, y una segunda parte sobre los mitos relacionados. Es iiiii u le observar que, por primera vez, se trata científicamente la noción del

<sup>5</sup> Entre ellos *El maestro de la soledad*, libro póstumo del profesor Reinhardt von h limg, de la Universidad de Tubinga.

con el mito del ermitaño<sup>6</sup>.

No es, sin embargo, nuestro caso semejante al del último hombre sobre la tierra. Primero, porque Crusoe conservó siempre la esperanza y la noción de que había sobre la tierra otros hombres adema di él. El último hombre en cambio, es excluyente por definición. En ambos operaba el miedo, pero de maneras distintas: en el último hombre. el miedo absoluto, la conciencia total de que la especie humana pereció, con su sola excepción temporal, y más aún, lo que es muy grave, que *no puede reproducirse*, que no puede generar la continuación de la especie humana, porque su soledad sí es absoluta. Es tal vez el caso en que la idea de procreación se relaciona más profundamente con la de “conocer” en sentido sexual, que utilizaba la Biblia, y que a partir de la edad media quedó discutiblemente suprimida del catálogo humano<sup>7</sup>. Porque es el momento en que se inicia la privación absoluta. En cambio, si estando Robinson en la isla la humanidad se hubiese extinguido efectivamente, al no saberlo él en su aislamiento, habría muerto con la certeza de que sus hermanos los hombres lo habían abandonado.

---

<sup>6</sup> Las fuentes son demasiado numerosas para ser detalladas en el informe; pero éste el acompañado de un anexo bibliográfico, que contiene una primera parte de bibliografía crusoniana, y una segunda parte sobre los mitos relacionados. Es interesante observar que, por primera vez, se trata científicamente la noción del ermitaño, eremita o anacoreta, como un mito, que por otra parte tiene relación directa con el caso Crusoe. Si Robinson Crusoe fuese un mito, sería el non plus de los mitos eremíticos.

<sup>7</sup> Dice André Dumas: “Durante siglos, la sexualidad humana ha sido puesta en relación, a imagen de la sexualidad animal, con la procreación más que con el conocimiento. El Antiguo Testamento había empleado términos diferentes para calificar el acoplamiento de las especies y el recíproco descubrimiento del hombre y la mujer. Al contrario, había utilizado el mismo término para designar el discernimiento intelectual y la penetración física de los sexos. El conocer era así más que un saber, un encuentro. Sin embargo, pronto el dualismo se situó en otro lugar, no entre la proliferación natural y la escogencia amorosa, sino entre el instinto de nuestra carne mecánica, para hablar como Descartes, y la razón de nuestro espíritu dirigido. Al sexo, pues, el mutismo de las cosas, a la palabra la dignidad de las expresiones humanas” (“Esprit” No. 11, noviembre 1960, pág.

≡

En cuanto a la comparación con el ermitaño o anacoreta, no es cabal tampoco. La preocupación de Crusoe, es distinta: se ocupa afanosamente de todo lo terreno, y de la vida supraterrrenal únicamente en la medida necesaria para ocupar su mente en los momentos en que no la reclama la defensa permanente contra el medio hostil. El ermitaño se defiende del medio enemigo olvidándolo a base de la concentración en la vida espiritual, a costa de privación y cilicio. Por otra parte, en el caso del ermitaño es su propia voluntad la que causa el problema sexual, al segregarse deliberadamente de la humanidad circundante, y repelerla. En tanto que en Crusoe toda la historia de la isla no es sino una desesperada lucha para recobrar la humanidad perdida contra su voluntad, por azares de la naturaleza.

Lo más grave del caso Crusoe —felizmente resuelto— y por ello destinado a la oscuridad en que se debaten nuestras conjeturas, era la existencia de otra humanidad, conocida por el naufrago. Y de partes esenciales de esa humanidad, como son las que integran el elemento femenino, conocidas por Robinson también.

### III

No sería justo derivar la verdad de la historia escondida, hacia un homosexualismo elemental en la relación con Viernes, porque no se encuentra demostrado que Crusoe fuera en ningún momento homosexual, aunque podría haber motivo para esa conclusión. Así por ejemplo, permitiría deducirlo esta frase del libro: “...Después de haber estudiado largo tiempo el pro y el contra, sentí que la pasión se imponía en mí sobre la humanidad, y me determiné a hacer todo lo posible por apoderarme de uno de esos salvajes...”<sup>8</sup> Pero el momento a que se refiere la frase, y la situación que describe el respectivo capítulo, permiten también interpretarla como relacionada con los planes para salir de la isla. Otro tanto podría deducirse de su retrato de Viernes, si no tomamos en consideración las modalidades de la escritura de la

---

<sup>8</sup> *Aventuras de Robinson Crusoe* por Daniel Defoe, pág. 152. Edición Maison Alfred Mame et. Fils, Tours, sin fechas.

época:

“Era, dice, un muchacho grande, bien formado, de veinticinco años aproximadamente; era magníficamente hecho: todos sus miembros, sin ser gruesos en exceso, anunciaban un hombre diestro y robusto; su aire masculino no presentaba mezcla alguna de ferocidad; al contrario, se veía en sus rasgos, sobre todo cuando sonreía, esa dulzura y gracia que se observa en los europeos...”<sup>9</sup>

Pero está parcialmente en contra, el hecho de que a su regreso, a los 55 años, se casara “de manera ventajosa” “y fui padre de tres niños, dos varones y una mujer; disfruté entonces las dulzuras de la vida de padre de familia, de las cuales me había creído privado para siempre...”<sup>10</sup>

#### IV

Hay, sin embargo, otras posibilidades: la primera de ellas, sería la de una impotencia absoluta, guardada en secreto como es explicable por el narrador. Pero ello implicaría que los hijos fuesen superchería, a lo cual, como se verá más adelante, no puede inclinarse este informe. Hay otra hipótesis, esa sí mucho más aceptable: la de que la ausencia total de mujer *adormece* la necesidad del hombre. El individuo obligado a defenderse en un medio adverso, prevalecería sobre la especie<sup>11</sup>.

Sin duda fueron muchas las cosas que se callaron en el relato. Lo que más nos interesa, es lo que no aparece ni siquiera velado.

Lo que en lo publicado omitió, para poder salvar el libro

---

<sup>9</sup> Ibid., págs. 157-158.

<sup>10</sup> Ibid., pág. 211.

<sup>11</sup> Al respecto, dice el profesor J. Evola (*Metafísica del sexo*, págs. 138-139): “¿Busca el hombre la mujer porque siente en sí una privación, o al contrario, son la presencia y la acción de la mujer las que crean la privación, provocando una especie de hundimiento interior y conduciendo al hombre fuera de sí, suscitando en él el estado de deseo, de concupiscencia? Es decir, hay que preguntarse con Kierkegaard si es el hombre que, sintiéndose falsamente completo y suficiente, al hallar la mujer y experimentar la necesidad de ella descubre que es medio hombre, o bien si es esta circunstancia la que lo extravierte, lo hace decaer de una actitud centralista, lo perjudica...”

≡

del tajo implacable de la censura. Es más fácil leer entre líneas la historia de la Giganta de Gulliver, que esta otra historia que no pudo escribirse públicamente. En el primer tiempo, la lucha con los elementos absorbió de seguro la energía de Robinson, pero después se abre un gran hueco, primero de diez meses (cap. VII) y luego de dos años (cap. XII). Durante todo este tiempo, su vida dura ha ido presentándole problemas que no soluciona fácilmente, pero que son al cabo resueltos. El único problema que permanece en silencio es el problema allí insoluble, el sexo. Si Viernes hubiera sido hembra, toda la historia de la soledad habría sido una anhelante espera, una antesala al amor. ¿Pero el tiempo transcurrido, las dificultades vividas, los hábitos autárquicos, no distanciarían al hombre de la mujer? ¿O bien la esperanza permanente de volver a encontrar seres humanos, sería distinta a la esperanza de volver a tener un día una mujer?

El caso absolutamente contrapuesto al caso Robinson, sería el de que hubiese atracado en la playa de una Isla de Amazonas. Pero es inútil contemplar esta hipótesis devorante.

Buscando al azar en el libro, sin embargo, se encuentran textos para leer entre líneas. Aparte de la preocupación mística, hacia la cual deriva alguna parte superficial de sus escasos ocios, tenemos:<sup>12</sup>

“...Reconocí entonces, más sensiblemente que nunca, cómo esta existencia era menos deplorable que la que había llevado durante el curso de mis desórdenes. Mis preocupaciones y mi alegría comenzaban a cambiar de objetos; concebía otros deseos y otras afecciones; hacía mis delicias de cosas nuevas y diferentes de las que me habrían encantado al comienzo de mi permanencia en la isla, por no decir en todo el tiempo que había estado allí”.

Anota que “me ocurría raramente estar ocioso”<sup>13</sup>. Sabio y prudente medio de defensa contra tentaciones insolubles.

Es sorprendente que esa pormenorizada y paciente

---

<sup>12</sup>12 *Aventuras*, pág. 94

<sup>13</sup> . *Ibid.*, pág. 95.

descripción no se haga en determinados momentos tediosa. Pero ese hecho mismo demuestra cómo tales ocupaciones tuvieron para Crusoe una sorprendente virtud.

Ahora bien, según el dato del mismo Robinson<sup>14</sup>, permaneció en la isla 28 años, 2 meses y 19 días. Salió de ella a los cincuenta y cinco años, y había llegado a los veintisiete. O sea que los años de vigor se consumieron en la soledad. De ahí que su caso tenga extraordinario interés para nosotros, y que sobre él se esté elaborando este informe, el cual no es sino un sumario de nuestras conclusiones, respaldado en los estudios que durante aproximadamente 200 años ha llevado nuestra sociedad, sometidos al secreto propio de investigaciones de esta naturaleza, y que muchos de los anteriores asociados no quisieron nunca que vieran la luz pública.

## V

Por más de siglo y medio después de su descubrimiento, estuvo guardado en un arca de caudales un documento al cual este informe debe hacer referencia especial, y que viene a dar apreciable luz sobre el caso Crusoe, o Kreutznaer como parece haber sido el nombre alemán original. El documento, fragmentario por desgracia, está formado por las anotaciones llevadas por Robinson durante su cautiverio solitario. Escritas en largos rollos de telas de camisas desgarradas, con letra trazada con pluma de gaviota, registran solamente los eventos de mayor importancia, lo cual es comprensible por la escasez de útiles de escritorio. Durante algún tiempo, se tuvo por apócrifo este documento, hasta que un químico de Amberes logró establecer que la tela estaba embebida en una resina no obtenible en Europa. Y que el mercader de libros de Amsterdam que lo vendió al presidente de nuestra sociedad, produjo las pruebas de ser el tataranieta de Ann Crusoe, la hija de Robinson<sup>15</sup>. Por el tema de algunos pasajes,

---

<sup>14</sup> Ibid., pág. 206.

<sup>15</sup> Sobre Ann Crusoe, puede consultarse la colección de cartas a su hijo Robin, en la Biblioteca de la Sociedad Filantrópica y Naturalista de Liverpool, Inglaterra, Ficha M.S.N 25267 A.C.

nadie ha osado publicarlos. Su transcripción total aparecerá como apéndice de este informe, en la edición privada para los socios. Aquí se transcriben los apartes que tienen directa relación con nuestro estudio. Los demás, en gran parte, registran acontecimientos que fueron materia de capítulos de las memorias publicadas por Defoe. Hay algunos fragmentos borrosos<sup>16</sup>.

Los apartes relacionados con nuestro estudio, dicen:

*Fragmento a)*

“En la mañana de hoy, 13 de diciembre, terminé la choza sobre el arroyo. Igual que me pasaba con los vestidos, que no puedo dejar de usar aun estando solo y en este tórrido clima, no podía soportar el campo raso para cumplir con mis menesteres naturales. Buscaba lo hondo de la maleza, pero no por ello me sentía más sosegado. Esta fue mi peor desesperación en la isla hasta hoy, cuando ya tengo terminada la choza. Por debajo de ella corre el arroyuelo que va al mar...” (Este dato coincide claramente con el siguiente del capítulo IX de la obra de Defoe: “Aunque los calores fuesen tan violentos que yo no tenía ninguna necesidad de ropas, y a pesar de estar solo, jamás pude resolverme a permanecer desnudo. No quería, no podía ni siquiera soportar la idea...”<sup>17</sup>).

*Fragmento b)*

“Soy Rey. Nada hay en mi isla que no domine yo. La poseo, no en nombre de Inglaterra, sino en mi propio nombre. A falta de mujer, tengo una isla.

“He pensado a cuál de las mujeres con las cuales tuve

---

<sup>16</sup> La Sociedad Filantrópica y Naturalista de Liverpool (25 Robin Street) tiene una biblioteca de acceso reservado a los socios. Con permiso especial del presidente, honorable S.S. Parkinson, aprobado luego por el Consejo Directivo, es posible consultar el MS, sin tomar fotos ni apuntes. Para estas transcripciones hubo un permiso especial. El honorable Parkinson es hombre de avanzada edad —95 años— que ha dedicado su vida al estudio de Crusoe. Posee la más hermosa colección de ediciones del libro de Defoe, en 12 idiomas. La más interesante, por las ilustraciones y las notas críticas, es la traducción al arameo, de autor anónimo, que se publicó en Londres (1817), por la casa Editorial Robinson & Son.

<sup>17</sup> *Aventuras*, pág. 209.

relación traería aquí, si pudiese. Pero no podría decidirme. Creo que ninguna sería digna de mí. Sin embargo, traería a cualquiera.

“Sally Mclaclan, Caroline Thatcher, Mariette, Molly Conway, Suzy Hughes, Eleonor Traherne, Nell Williams, Mary Bowen, Mariette...

“Llevo ocho meses aquí. Hace diez meses no veo una mujer, no estoy en una mujer y tengo miedo”.

*Fragmento c)*

“Hace año y medio que estoy en la isla. Ayer vi la huella de un pie desnudo junto al arroyo. Era un pie alargado, un pie que me pareció femenino. Eran ya muchos meses de privación, y me enloquecí. Empecé a rastrear por todas partes, buscando la mujer. Al trasponer la colina donde edificué mi castillo, hay un bosque tupido, y allí me interné. Vi otro pie desnudo. Seguí andando y de pronto, de manos a boca, vi en el suelo un cuerpo. Me arrojé irreflexivamente encima buscando poseer la mujer. Pero al sentir que era un hombre, me dominó la ira, una ira ciega, y me agarré de su cuello con ambas manos, y apreté. Pese a todo, no pude dominar mi naturaleza hambrienta. Cuando solté, el hombre estaba muerto. Lo enterré allí mismo, en la playa, sin cruz para poder olvidar el sitio. No logré dormir en toda la noche. Me arrepentí, y oré.

I

*Fragmento d)*

“He tenido deseos de suicidarme. Nada me calma, nada me domina. Es peor que el hambre y que la sed. Anoche salí a la playa. La luna se levantaba sobre el mar, y yo grité nombres de mujer. Me revolqué en la arena. Me consumí en el agua. Para terminar igual, igual que siempre. La única voz, las únicas manos son mías. Y la soledad”.

*Fragmento e)*

“No sé cómo me contuve cuando llegó Viernes, para no matarle, como al otro cuando apareció, hace ya tanto tiempo. Pero por fortuna pensé: él me traerá mujer, o me llevará donde las haya. He sido ermitaño durante 20 años, sin quererlo. Y durante 20 años

también he sido el último hombre del mundo. Aún sigo siendo monje”.

*Fragmento f)*

“Mañana me embarcaré de regreso. ¡Cuán torpe, cuán rudo habré de ser cuando tenga otra vez una blanca! La morderé en la axila, junto al nacimiento del seno. Y querré estar tumbado el resto de mi vida. Pero ese deseo me durará tan poco tiempo”.

*Fragmento g)*

(Nota al margen del manuscrito): “De aquí y de mi memoria ha salido la historia de mi vida. Este manuscrito queda para mi hijo mayor. De mi mujer, muerta, me quedan mis dos hijos y mi hija, nacidos uno cada año y a quienes dejo ahora para viajar otra vez”.

VI

Los fragmentos transcritos, merecen ser estimados, pero su apreciación debe ser crítica. Si se acepta con reservas el relato del libro, la misma razón hay para hacerlas sobre los apuntes que lo originaron. El hombre interpreta personajes aun ante sí mismo.

Por otra parte, y como información final, no desatendible, de esta memoria, conviene detallar otras hipótesis que han surgido de las últimas investigaciones, y que son tanto más inquietantes cuanto que reducen la historia y hazaña de Robinson a mera leyenda, y al producir este resultado afectan especialmente todas aquellas construcciones jurídicas que parten de la elaboración de la soledad de Robinson, las cuales quedarían cimentadas sobre un mito.

Pero esta rectificación no haría otra cosa que afianzar la verdad del origen social del derecho. No podemos dejar de mencionarlas en un trabajo científico, tanto más cuanto que su verosimilitud es demasiado tentadora. Por otra parte, tratándose de una memoria o informe de carácter reservado y de difusión limitada, no hay el riesgo de que trascienda al gran público, en el cual el impacto podría ser gravemente desmoralizador:

1. La primera teoría parte de la base de que hubo un gran engaño. Según ella, Robinson No ESTOVO SOLO en la isla. Muy

poco tiempo después de su llegada, tuvo consigo una aborígen que según parece le dio varios hijos e hijas, que fueron el origen de la población isleña. El complemento de esta revelación, es el hecho de que Viernes era, en realidad, su hijo mayor. Y la explicación de la leyenda, sería la misma de Minos o de Homero: Robinson Crusoe no sería un hombre, sino UNA TRIBU de pobladores de la isla. Hay quienes acogen la teoría, pero con la variante de que Viernes habría sido más bien el cuñado de Robinson.

2. La segunda hipótesis complementa la primera, parte de que Robinson no estuvo solo nunca. Como la anterior, no pone mayor atención en resolver el enigma de la persona que pudo ser la compañera de Robinson, problema no menos interesante. Pero la tesis es diferente, y la más atractiva y, debemos confesarlo, más probable: para los sostenedores de esta idea, Robinson Crusoe no volvió a salir de su isla, en la cual murió. El que vino, 28 años después, fue su hijo, semejante a su padre hasta un punto sobrecogedor, y engendrado por él, como monarca de la isla, en la primera súbdita que le rindió homenaje de acuerdo con el “*Ius Primae Insulae*” que allí fue establecido. Robinson se dedicó a educar a ese hijo en la forma más esmerada, y transmitiéndole sus propios conocimientos en toda su extensión y profundidad. Lo enseñó a hablar su idioma como él, lo cual era fácil, puesto que era la única voz inglesa que oía. Robinson hablaba y el muchacho escuchaba. Y con la misma prolijidad que emplea en su relato, logró infundirle lo que él mismo sabía, hasta el punto de que al llegar el hijo a tierras civilizadas, experimentó, y sobre todo, demostró la legítima sorpresa de quien ha estado veintiocho años fuera de la civilización.

Cuando llegaron los marinos, ya el padre había muerto, y a quien encontraron fue al hijo, posesionado de su papel, y cumpliendo la voluntad de su padre, que en esta forma lograba sobrevivirse a sí mismo con un esfuerzo gigantesco. Tan completa y hábil fue la transposición de espíritus, que posiblemente el único padre que en el mundo ha hablado a su hijo de cosas que no se hablan de padre a hijo, fue Robinson Crusoe a Robinson Crusoe.

≡

El relato, pues, fue hecho por Robinson hijo, pero empalmado su vida con la de su padre, sin dejar solución de continuidad. Probablemente él mismo no tenía muy clara la noción de ser una persona distinta de su padre. En todo caso, entre las pruebas que pueden citarse en este recuento, está la última parte de sus memorias. La edad del padre había sido, en verdad y de acuerdo con el promedio de la época, muy avanzada para haber logrado comprometerse en las siguientes empresas de viaje.

Algunos han querido ver una clave cifrada en este pasaje: “A algunas leguas hacia el norte de ese río, hay varios considerables ríos, cuyo curso es tan directamente septentrional como el Gamour es oriental. Todos llevan sus aguas al gran río llamado Tártaro que dio su nombre a los tártaros más septentrionales, que son llamados Tártaros Mongoles, los cuales, según los chinos, son los más antiguos de todos los diversos pueblos que llevan el mismo nombre, y que son, según ciertos geógrafos, los Gogs y Magogs de que se habla en la Sagrada Escritura”<sup>18</sup>.

La cita es confusa, pero después de lo ya dicho es claro su sentido oculto. Sin contar con que en el manuscrito del cual se han citado fragmentos, hay una clave extraordinaria: aparte del dato incidental (fragmento f) en el cual habla al regresar a la civilización de cuando tenga “otra vez una blanca”, que no tiene importancia por sí solo, hay algo que sí merece consideración. Toda la primera parte —de la cual nada se reproduce porque contiene el relato externo que sirvió de base para el libro— habla de Robinson en tercera persona. La segunda parte —de la cual se han tenido los fragmentos, y que es la que constituye una especie de diario, pasa a la primera persona, y en cuatro oportunidades distintas habla de “mi padre”. Y la última es la más significativa de todas. Dice: “Espero cumplir este relato como lo quería mi padre”. Algunos han querido ver una alusión religiosa, por cuanto el original inglés dice: “My father the Lord”. Pero olvidan que Robinson fue señor y rey de su isla. “Señor” le decía Viernes. En

---

<sup>18</sup> *Aventuras*, pág. 367. 2a. parte. Cap. XII.

varias oportunidades el libro habla de súbditos. Por ejemplo el pasaje siguiente:

“...mi isla estaba poblada; me había enriquecido de súbditos y era para mí una satisfactoria idea la de considerarme como un pequeño rey. Toda esta isla era mi dominio, por títulos incontestables. Mis súbditos me eran perfectamente sumisos; yo era su legislador y su soberano señor”...<sup>19</sup>

Consideramos esta hipótesis la más sensata, la más aconsejable y mejor respaldada. Quedaría solamente por determinar hasta qué año vivió el primer Robinson, cuántas esposas y cuántos hijos tuvo.

*(1961)*

---

<sup>19</sup> Parte I, Cap. XIII, pág. 178.

## El hombre y su demonio

*Fragmento del relato del viaje de un filósofo español a través del país de Flandes, hacia los años de 1570.*

Dícese que en aquellos tiempos de cien años ha, cuando Jerónimo Bosch el pintor vivió en Brujas, algunas aldeas flamencas practicaban todavía la costumbre de dar sonoridad y bendición a las campanas, purificando el metal de aquellas con el cuerpo de la doncella más hermosa. No creo yo que en países y tiempos tan honrados, pudiera ello ser así. Sin embargo, cuando en compañía del señor don Manuel de Urquijo, hube de viajar por los pueblos y comarcas de Mandes, oyeron mis oídos que las tales campanas sonaban como otra ninguna, y que si su sonido era hermoso en la hora de la boda, más aún lo parecía en el momento de la muerte. Mas pienso que esos sonidos vienen de un tiempo mucho más antiguo, y que desde entonces en Flandes no se han hecho campanas. Aquellas campanas, ciertamente, sonaban como con alma, no sé si por alguna extraña influencia del aire, o por la sola leyenda que las hacía sentir como mujeres. Debo confesar de igual manera que cuando la noche me sorprendía fuera de cobijo, y había de pasar cerca de alguna iglesia, mientras daba la hora la campana, me sobrecogía pensando en todos los malos espíritus que rondaban el aire, y que huían en ese instante estremecidos y puestos en fuga. Porque la campana es, ante todo, y como nos lo manifiestan las antiguas historias, un modo de poner en fuga a los malos espíritus. Eso solamente puede ocurrir si la campana tiene su metal mezclado con la carne de una doncella, ya que la campana que ahuyente los seres maléficós, tiene que sonar como un cuerpo de virgen.

Y hablo de las campanas, porque se trata de una historia de exorcismo y de demonios que poseen a los hombres. Las personas que la refieren dicen que fue el protagonista de ella el pintor Jerónimo Bosch, en cuyos cuadros se place tanto el señor rey don Felipe II, a quien Dios guarde.

Dicen también, y a fe que lo creo cierto, que aquel pintor fue un poco tocado del magín, tanto que en este año de gracia, si

no es en el Escorial, harto difícil es conseguir ver una de sus pinturas.

Pero contaré la historia, ya que después de este paréntesis deberá seguir con el relato de mi viaje de Flandes, escrito para que tantos españoles que no han visto aquella comarca nuestra, sepan cómo es el uso de la vida en esas tierras.

El señor Bosch vivió por algún tiempo en Brujas, en una pequeña casita situada a la orilla del Muelle Verde, en las cercanías de la calle del Asno Ciego, donde pintaba como si padeciera de furia o de insania; hay quien dice que pintaba para vengarse de las gentes. Dícese también que pagaba con oro del mejor las mujeres y hombres que retrataba en sus pinturas. Pero hay quien asegura que eran todos adoradores de una rara secta impía y hereje, que se reunía allí para sus cultos, y que los cuadros de “El Bosco”, como en España le llamamos, son todas representaciones de su fea impiedad. Ello es que el Bosco era casado con una mujer no hermosa ni buena, que murió dejándole en la soledad, pero a él no pareció importarle; antes bien, ahora pintaba más continuamente. Y sin que nadie supiera, vendía sus cuadros. La gente que no conocía su casa contaba que tenía un cuarto lleno de sapos, culebras, arañas e instrumentos de tortura, en donde entraba a pintar sus cuadros perversos. Pretendían haber oído aullidos y sollozos que salían de la casa cerrada. Y se aseguraba que no había entrado mujer virgen que no hubiera sido poseída por una de aquellas alimañas monstruosas.

Pero ocurrió que vivía en Brujas la hermosa hija de un zapatero, llamada Bárbara Quellyn. Fue esta joven quien suscitó una grave pasión en el corazón del viejo pintor, que como si fuese un zagal, la perseguía y acechaba sin curarse siquiera de la reprobación de las gentes o de la ira del padre.

En las horas en que las campanas convocaban a la iglesia, el pintor encontrábase embozado en su capa, viéndola pasar; y dirigióse una vez a ella con tal ahínco, que la joven no salió nunca más sino en compañía de una dueña.

El Bosco pasaba por frente a su casa, mirando la puerta

cerrada con mirada de endemoniado, y como un fantasma aparecía en la noche hasta que la ronda nocturna le ahuyentaba. Enviábale misivas amorosas, y ofrecióle tres sacos de escudos si consentía en ir a su casa para pintarla en un cuadro. La muchacha, pese a su temor del hombre, endemoniado, le sonreía a hurtadillas a veces, cuando le encontraba.

Por aquellos días, vivía en Brujas un célebre fundidor de campanas, tudesco y orgulloso, lleno de oro y fama, que había dejado su trabajo al salir de Alemania. Era hombre que se reía cuando le preguntaban cómo había conseguido los cuerpos de virgen para todas las campanas que había fundido.

Un día recibió un emisario de un poderoso príncipe de Alemania, pidiéndole una campana inmensa, para la torre de una catedral. La campana, contaba, debía tener la altura de un hombre, y una sonoridad que alcanzaba varias leguas. Brujas no era sitio apropiado para hacerla, pero el Príncipe tenía la bolsa abierta, y la campana se haría allí.

Empezaron los trabajos, que durarían ocho días para fundir la campana, después de hecho el molde. La hoguera quemaría tanto combustible como el que quemaban todas juntas las casas pobres de la villa en un invierno. Diez hombres ayudarían a los trabajos, y el fuego no se podría suspender un momento. Fue así como, en las afueras de la ciudad, empezó a arder la hoguera. Todas las gentes desfilaron a mirar los trabajos. El Bosco, luego de haber pasado por la casa de Bárbara en las horas nocturnas, se quedaba largamente allí mirando cómo ardía la leña, cómo el metal se iba moldeando. De noche, la campana quedaba ardiendo sola.

Cuentan quienes lo saben que una madrugada Bárbara Quellyn tenía un encuentro concertado con su amor, un joven que un día, según los rumores del pueblo, sería el dueño de su virginidad. El Bosco había aparecido ensombrecido aquellos días, y aun hubo gentes que aseguraban haber visto su demonio.

La cita era en el lugar de la campana, so pretexto de la hora de los oficios religiosos. Cuando llegó la joven, vio una

sombra que se dirigía a ella con los brazos tendidos. Acercóse, creyendo que era su enamorado. La figura se desembozó de la capa, y la joven pudo ver que era Bosch, el pintor de demonios. En medio de la soledad, con la sola compañía del fuego que ardía violento y de los metales derretidos, la joven gritó de terror, y enloquecida de miedo —porque todos aseguraban que ella vio al demonio— huyó sin mirar, precipitándose en el hueco donde, entre llamas, se fundían los metales. Debió ser apenas un poco más de humo, y la carne y la sangre de la virgen quedaron unidas al metal de la campana.

Eso dicen las gentes. Todo el pueblo señalaba con odio al pintor, pero nadie podía demostrar nada. Al poco tiempo, regresó a su retiro de Bois-le-Duc, de donde jamás volvió a salir. El horrible recuerdo fue más fuerte, y él que era alucinado, enloqueció sin poder desasirse de su demonio. Loco, frenético y furioso, pintó sus infiernos. Uno de ellos, contiene la colección de todos los suplicios del mundo, que él anotaba con todo cuidado para luego pintarlos deleitosamente. Es un tríptico que place más que todos a mi señor don Felipe II, y llámase “El Jardín de las Delicias”. Hay en él un suplicio más horrendo que ninguno, por todo lo que tiene de exorcismo, de esfuerzo para alejar los diablos del infierno que le rodeaban. Y ese mismo suplicio encuéntrase en otro infierno de su “Juicio Final”: cercano del hombre suspendido de la llave, y sobre el amoroso cuyo cuerpo está templado sobre las cuerdas de un arpa, un hombre aparece colgado a guisa de badajo de una campana enorme, mientras un demonio tira la cuerda eternamente.

*(1953)*

## Historia de un deseo

*Fragmento de la memoria de un enviado francés en Florencia, rendida en octubre de mil quinientos treinta y dos.*

Por aquellos días, Fra Filippo Lippi encontrábase aún en Florencia. La ciudad fue, en verdad, sorprendida por la moderación y recato absolutos de su vida. Su mismo protector, el magnánimo Carlos de Médicis, le llamó un día al palacio, en el convencimiento de que el pintor hallábase tramando alguna extraña cosa. Quedó, sin embargo, sorprendido al saber que simplemente se encontraba dedicado —y esto en el propio palacio— a pintar un cuadro sobre el cual la ciudad hacía toda clase de conjeturas. Decían las malas lenguas que era tal el temperamento amoroso del pintor, que al hallar atractiva a una mujer y no poder obtenerla para sí, dedicábase por entero a pintarla, y, el cuadro acabado, sus ardores quedaban satisfechos. Razón está por la cual todos buscaban saber, por el cuadro que pintaba, el anuncio del nuevo escándalo del pintor. Desde los puentes del Amo hasta el Palazzo della Signoría, corrían los más variados' rumores, mientras Filippo trabajaba imperturbablemente. Hasta que un día se conoció por fin la historia.

Me limito en este informe, escrito por orden de Su Majestad, a relatar cuantos hechos pude establecer durante mi estadía en Florencia; para lo cual tuve alguna dificultad, habida cuenta que han transcurrido cerca de setenta años de entonces; sin embargo, valióme en gran manera el apoyo de grandes señores y artistas. Hay un hecho evidente sobre el cuadro, y es el de que Fra Filippo lo pintó por amor. Pero la historia misma de los sucesos es variada según uno u otro la refiera. Hubo un momento en que me incliné a pensar que todas las versiones eran verdaderas, refiriéndose a sucesos diferentes, siendo ahora mi pensamiento el de que en todas y cada una de las historias se encuentra alguna cosa cierta, y que todas ellas se refieren al mismo cuadro. Las cuales historias, si no sirviesen para cosa distinta, al menos serían útiles para convencernos de que en realidad no era tan desusado el hecho de que Fra Filippo satisficiese su amor pintando a su

deseada. Que esto, en verdad, lo hacen todos los artistas desde Dante Alighieri. Pero, sin dar pábulo a más meditaciones, debo pasar a ordenar, en esta breve memoria, los hechos que descubrí, los cuales, a no dudarlo, han de servir a generaciones futuras para el estudio del “quattrocento”.

Todos coinciden en contar que, al ser el cuadro terminado, muchas gentes pudieron verlo en uno de los salones del palacio de los Médicis. El cuadro era la representación de una mujer que miraba hacia el horizonte. Algún poeta, que después murió loco, dijo que el cuadro era el retrato de una mujer al borde del abismo. No se sabe por qué, decía que a pesar de no aparecer representado en el cuadro ningún abismo, el paisaje que entraba a los ojos daba la sensación del abismo bajo los pies. En todo caso, al aparecer el retrato, la curiosidad de la gente vióse satisfecha: era la imagen de Monna Francesca, la esposa del Signore Cossimo, secretario que fue por breve tiempo de Carlos de Médicis.

Crecieron entonces los rumores y las discusiones. Naturalmente hubo pareceres encontrados al apreciar el cuadro. Unos pensaron que era un cuadro mediocre, que desdecía de la fama de Fra Filippo. Pero otros elogiaban la obra, opinando que en ella había dejado impreso todo su talento. Y, como consecuencia, ya que el pintor mantúvose callado, vinieron las diferentes versiones sobre el cuadro, las cuales llegaron al escándalo, justamente en la época en que Fra Filippo resolvió partir hacia Prato, para pintar los frescos de la catedral. Los que despreciaban la obra, decían que el motivo del fracaso de ésta era el que Fra Filippo no hubiera comenzado a pintarla por amor, sino por comisión del Signore Cossimo. Al enamorarse luego, había sido demasiado tarde para satisfacer y poner su amor en la pintura, que en realidad no venía a ser cosa distinta de una obra hecha para ganar dinero.

Sin embargo, he encontrado unos apuntes de grande interés, y cuya verdad será difícilmente desmentida. Reservo el nombre del autor, por súplica de quien los depositó en mis manos. Según los referidos apuntes, en el Palazzo della Signoría vio Fra

Filippo a la esposa del Signore Cossimo. La vio tal vez tres veces o cuatro. Pero, como hombre ducho que era en esas lides, y codiciándola violentamente por su hermosura plena y fogosa, encontró pronto el medio para verla a solas, con la complicidad de una camarista, de quien provinieron en su momento los datos que refiero. Ella, no por virtuosa, que creo en realidad nunca lo fue, sino por no encontrar en él motivo para ceder a sus súplicas, le rechazó con vehemencia. Una noche, mientras estaba Cossimo cumpliendo una misión en Venecia, Fra Filippo logró introducirse en las habitaciones de Monna Francesca. La cual, al verle, no perdió la serenidad, lo que hubiese dado lugar a un fatal escándalo en la corte, sino que, con muy buenos razonamientos y sosegados propósitos, hízole ver que sólo por no amarle no accedía a sus ruegos; y le pidió obrar con cordura para evitar comprometer su reputación de mujer honrada. Con tal ternura y modo tan dulce le habló, que el hombre conmovióse hasta las lágrimas, y besando su mano salió de la habitación. Días después, y no se sabe si por casualidad del destino, o bien, como yo me inclino a creer conociendo el ánimo de Fra Filippo, por insinuación de éste, Micer Cossimo le encargó el retrato de su esposa. Todos los días acudía Fra Filippo a las habitaciones de la señora, y permanecía pintando durante horas. En el Palazzo, la gente iba a verle pilotar, desde sitios donde él no se apercibía de que era observado. Y cuéntase que trabajaba continuamente, con una especie de furia o deseo violento. La miraba durante largos ratos, hasta que ella se sentía molesta de tal contemplación, y así se lo daba a entender. Volvía él entonces al cuadro, y no dejaba de dar pinceladas aún durante dos a tres horas continuas.

En la ciudad, era sabido de todos este amor. Los pocos amigos cercanos de Filippo, le notaban distinto y ausente. Para las mujeres, era objeto de curiosidad y respeto este varón, que de sí mismo había sacado esa manera de librarse del mal amor de una mujer. Porque pensaban que con cada pincelada iba satisfaciendo su deseo violento, y que al terminar el cuadro, como se contaba que ya otras veces había sucedido, su amor por la mujer estaría

extinguido, y calmados todos sus ardores.

Fue tal la atención provocada en la ciudad por estos hechos, que hubo de llegar a los oídos menos indicados: vale decir, los de Micer Cossimo. Sin embargo, este hombre avaro como pocos, que ya había gastado parte de su dinero en recompensar al pintor, se abstuvo de hacer caso de ellos, y esperó que la obra estuviese acabada.

Es esto, en breves palabras, lo que relata el manuscrito. Pero de otras fuentes he obtenido el final de la historia.

Un cercano pariente —sobrino camal— de Fra Filippo, me contó lo siguiente: la desesperación de Fra Filippo no conoció límites ante el desdén de Francesca. Como de un clavo ardiendo, se aferró de la oportunidad que ingenuamente le ofrecía Cossimo para estar cerca a ella, y a la vez tratar de desligarse de su amor, concentrando toda su energía en la pintura, es decir, rehaciendo en el cuadro, creándola de nuevo a la vez que gozándola, a la mujer que amaba. Comenzó a pintarla, y el cuadro era cada día más hermoso. Y a medida que a ojos vistas se engrandecía la figura femenina, por un extraño hechizo en el corazón de Francesca fue abriéndose paso el amor

hacia el pintor. Le miraba, se insinuaba discreta e indiscretamente. El hombre seguía como un poseso, dedicado a la pintura. Ella le suplicaba. Llegó un momento en que fue tal su amor y su deseo de entrega, que quiso que Fra Filippo la retratase semidesnuda, con un simple velo, en actitud de bacante. El la dejó posar así, pero al llegar a los toques finales del retrato se vio que había reproducido la actitud y el vestido con los cuales había ella posado desde un comienzo.

Un día la situación alcanzó su más violenta tensión, y Monna Francesca, con los ojos arrasados en llanto, realizó su sueño, y allí mismo, junto a la obra inacabada se entregó al pintor.

Mas desde aquel día, una transformación se operó en el ánimo de éste. El amor exuberante de la mujer le ahogaba, le impedía pintar, le quitaba ya interés al cuadro. Y fue así como apresurando las cosas, resolvió terminarlo. El día en que estuvo

finalizado, estaba él con Monna Francesca, que parloteaba a su lado, orgullosa de la obra, y sobre todo de haber sido el motivo de ella. El permaneció silencioso, hasta que ella le interrogó, limitándose él a decirle simplemente:

—No me interroguéis, señora. El cuadro es mediano, y tenéis que comprenderlo como yo. Tendréis también que comprender el motivo. Si yo hubiese seguido pintando igual que comencé, el cuadro habría sido una obra maestra. Pero amándome vos, dedicado yo a amaros, no me quedaba amor para transmitirle. Todo el amor os lo llevasteis; por ello es el cuadro frío, y poco su valor.

Con estas palabras se fue, y desde entonces retiróse poco a poco de su amante. Para el artista fue demasiado comprender que ella, por amarlo, había malogrado el cuadro, ya que por la altura de su amor él pensaba que sería su obra máxima. Sin darse cuenta, el amor fue cediendo el lugar en su alma a un odio frío que hubo de causar la desventura de su amante.

Otros, sin embargo, me decían que no fue así. Que el cuadro fue, evidentemente, mediocre. Aun alguno me decía que su padre había recibido una confidencia de Fra Filippo, por demás singular. Hablaba el maestro de su amor, y decía: Es, en verdad, un cuadro mediocre. Pero no podía ser de otra manera. Quise pintarlo para desprenderme de mi amor, dejándolo en él. Sin embargo, no pude. Era tanto mi amor, que no logré sacrificarlo, encerrarlo en esa tela. Por ser mi amor tan grande, es mediocre mi cuadro, y yo sigo adorando violentamente a esa mujer. Jamás creí que hubiese un momento en que el arte fuese impotente para dominar a la vida.

Sin embargo, cuando escuchaba esta parte de la historia, alguien que estaba conmigo reaccionó enfáticamente contra ella.

¡Cómo puede ser así —exclamó—, cuando justamente toda Florencia supo en esa época que si el cuadro fue mediocre, justamente se debió a que el amor de Fra Filippo por Monna Francesca no fue suficiente para darle belleza! ¡Todos saben que la pintura de Fra Filippo era su mismo sentimiento. Y todos saben

que él mismo tuvo conciencia de que el fracaso de su obra se debía, precisamente, a su falta de amor!

Pueden ser ciertas todas estas versiones; acaso si las despejásemos de las imaginaciones que cada una contiene, encontraríamos la historia única. Sin embargo, hallé testimonio de pintores, contemporáneos o discípulos de Fra Filippo, que contradicen todo esto. Testimonios que van acompañando esta memoria, y que podríamos resumir diciendo que el retrato de Monna Francesca fue en verdad una poderosa obra del maestro, admirada por todos. Y encontré alrededor de ella misma una curiosa anécdota: terminado el cuadro (quien esto relató no sabía de las incidencias que quedan registradas), Fra Filippo se lo enseñó a Micer Cossimo. Y después de enseñárselo, le ofreció devolverle su dinero, a condición de que le dejase el cuadro. Hubo, con este motivo, una violentísima escena, durante la cual salió a la luz todo cuanto había sucedido. Cossimo poseído de ira, le dijo al maestro: ¡No vas a tener a Francesca ni el cuadro! Y le hizo echar de su presencia por la servidumbre. El solo comentario del pintor que relata aquella escena, sabida por toda la villa, es el siguiente: “Tal fue —exclama— la desventura del maestro, que no solamente fue privado del objeto de su amor, cuya falta iba a hacer su desgracia por toda la vida, portándole a la disolución y al escándalo, sino que aquella obra maestra, dechado de perfección, de la cual asomaba el amor a los ojos de los más cínicos e incrédulos, también le fue quitada de las manos, negándole el derecho sobre su propia obra, que estaba dispuesto a conservar devolviendo los dineros que harta falta le hacían para vivir”.

Eso es todo. Hay un solo documento más, que en copia adjunto a esta memoria: la explicación dada por el propio Carlos de Médicis, en carta a Fra Filippo, al decirle que debe ir a Prato a pintar los frescos de la catedral. Alude en ella a la necesidad y conveniencia para Fra Filippo, de cambiar por un tiempo de residencia. Tiene una frase bastante dicente: “Micer Cossimo participa de nuestro parecer...”.

En lo que respecta al cuadro, objeto principal de esta



memoria y de mi viaje, deploro tener que informar a mi Señor que, con absoluta seguridad, dicho cuadro ya no existe. Fue destruido por el Signore Cossimo, poco después de haber salido Fra Filippo de Florencia.

## **La procesión de los ardientes**

En un lugar de las Indias

Don Alonso comenzó a escribir. Quería dedicar tiempo a su historia sobre el autor fracasado que iba a enterrar su amargura en los extraños lugares del Nuevo Mundo. Aunque su versación en el tema de las Indias no pasaba de las generalidades, estaba seguro de que a base de imaginación, mejor que de estudio, iba a lograr el prisma a través del cual surgiesen los colores correctos para su cuadro. Abierta su ventana al sol moribundo de la tarde manchega, trazó con decisión la primera frase de su relato. Los oros de la tarde se estrellaban contra el polvo pardo y envejecido del camino. En cambio, de la hoja blanca en la cual escribía la mano del hidalgo, iban saliendo los esplendores de un trópico encendido, una especie de devorador de hombres situado en el otro lado del mar.

Así se desenvolvía la historia:

Cuando don Miguel recibió por fin la respuesta del Consejo de Indias a su petición de un destino en ultramar, su situación había llegado ya a extremos tan precarios que, después de haber pensado en las más inútiles empresas, hallábase al borde de vivir de la caridad pública. En mayo de aquel año de 1590 había escrito la carta, cuyo texto verdadero, dirigido al presidente del Consejo de Indias, expresa que don Miguel “dice que ha servido a S. M. muchos años, en las jomadas de mar y tierra que se han ofrecido de veintidós años a esta parte, particularmente en la batalla naval, donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo; y al año siguiente fue a Navarino y después a la de Túnez y a la Goleta; y viniendo a esta corte con cartas del señor don Juan y del duque de Sessa para que S. M. le hiciese merced, fue capturado en la galera ‘Sol’, él y un hermano suyo; que también ha servido a S. M. en las mismas jomadas; y fueron llevados a Argel, donde gastaron el patrimonio que tenían en rescatarse, y toda la hacienda de sus padres y las dotes de dos hermanas doncellas que tenían, las cuales quedaron pobres por rescatar a sus hermanos; y después de libertados fueron

a servir a S. M. en el reino de Portugal y a las Terceras con el marqués de Santa Cruz, y ágora están sirviendo y sirven a S. M. el uno de ellos en Flandes de alférez; y el Miguel de Cervantes fue el que trajo las cartas y avisos del alcaide de Mostagán, y fue a Orán por orden de S. M.; y después ha asistido sirviendo en Sevilla en negocios de la Armada por orden de Antonio de Guevara, como consta de las informaciones que tienen, y en todo este tiempo no se le ha hecho merced alguna. Pide y suplica humildemente, cuanto puede a V. M. sea servido de un oficio en las Indias de los tres o cuatro que al presente están vacantes, que es el uno la contaduría del Nuevo Reino de Granada, o la Gobernación de Soconusco en Guatemala, o contador de las galeras de Cartagena, o Corregidor de la ciudad de la Paz, que con cualquiera de estos oficios que V.M. le haga merced, lo recibirá, porque es hombre hábil y suficiente benemérito para que V.M. le haga merced, porque su deseo es continuar siempre en el servicio de V.M. y acabar su vida como lo han hecho sus antepasados, que en ello recibirá muy gran bien y merced”<sup>20</sup>

---

<sup>20</sup> Citada por Sebastián Juan Arbó. *Cervantes*, Ediciones del Zodiaco, Barcelona 1945. Págs. 370 y 371.

El doctor Núñez Marqueño, relator del Consejo, puso sobre la epístola esta nota: “Vaya el peticionario de contador de las galeras de Cartagena de Indias”.

El mismo día en que le fue acordado a don Miguel el cargo, el tal Núñez Marqueño puso sobre otra petición, de un Alonso Quijano, el mismo hidalgo que intenta describir las tribulaciones de don Miguel en América, esta nota: “Busque por acá en qué se le haga merced”.

Doña Catalina de Salazar, esposa de don Miguel, enterrada en vida en el pueblecillo de Esquivias, abrió un ojo maligno cuando supo del nombramiento, y luego lo cerró, para seguir cuidando de sus haberes. Doña Catalina era un pájaro malo, pero de corto vuelo, y como tal quedóse sobrevolando sus tierras, y librándolas de todo mal.

Don Miguel empaca sus breves pertenencias: hojas y hojas de libros inconclusos, unos cuantos jubones y calzas, el espadín que le acompañó en Lepanto contra los turcos, una daga italiana cincelada. Algunos pocos libros, que a él más bien le basta con escribir, que con leer. Y así se embarca por fin, sale de Sevilla este año de 1590, encomendándose a la Virgen del Mar para la larga travesía del galeón de su majestad.

La nao, el galeón “Santiago”, zarpa por fin, con rumbo a Cartagena. En las claras noches marinas, don Miguel escruta el cielo, ve cómo siguen por otras latitudes la prolongación del Camino de Santiago. Sólo la Edad Media poseyó mapas completos de los caminos del ciclo. Ahora, al avance hacia el Nuevo Mundo, parecen irse borrando poco a poco, porque con el descubrimiento de América el hombre se ha dedicado a intentar los mapas del mar. Antes, había por ejemplo mapas de Europa donde estaban marcados todos los lugares de reunión de la hechicería. Esto no ocurre ahora, porque al doblarse el mundo son demasiados los sitios donde las brujas se reúnen, y el camino de Santiago se ha ido estirando, estirando, hasta hacer imposible su

representación.

La ruta sigue siendo la misma de don Cristóbal. En el paso a las Canarias, don Miguel recuerda con alivio los calores desollantes de las prisiones moras, el azul increíble del Mediterráneo. Otra vez a la aventura. Pero esta vez el juego de la vida no va contra los enemigos, sino contra los elementos, y contra los climas perversos de los trópicos.

A veces, sentado sobre un cabo enrollado, don Miguel trata de escribir, pero se le hace de tal manera incómoda la suerte, que la deja por fin, definitivamente. Los movimientos del barco, la brisa que desordena los papeles, el manejo de la péñola y la tinta, el calor del mar quieto, todo el complejo mar de argonautas que se agarra como las rémoras o los zargazos. Los ojos de don Miguel exploran la distancia. En ella, el ópalo del horizonte se resuelve en el azul ilímite del mar, a lo lejos se ven las velas de un galeón que va, llena de doblones la sentina, hacia España.

\* \* \*

Para don Miguel, la llegada a un puerto caribe como Cartagena de Indias es un descubrimiento inolvidable. Su marina había sido hecha, como soldado combatiente, en el Mediterráneo. Y, aunque tuviese malicia de los climas, e incluso hubiese recibido el baño de Argel, la entrada a la bahía de Cartagena, el movimiento de la nao para apegarse al muelle, las piraguas llenas de frutas extrañas, los cuerpos alimonados, mezcla de negro, indio y español, todo es extraño. Sin embargo al pisar tierra y conseguir domicilio en una posada que cuadra a su rango de funcionario de la Corona, encuentra, como cosa familiar, que a dos cuadras de la posada, en la Plaza Mayor y por sentencia de auto de fe venida desde Lima, están quemando a alguien. El olor a chamusquina pone a don Miguel a pensar en una famosa cueva llamada de Montesinos, donde deciasé en la Península haber toda clase de portentos de la magia, más dignos del fuego que lo que se ve en una modesta plaza de Inquisición de segunda categoría.

Don Miguel piensa que acaso mejor hubiese sido llegar un siglo antes, con el propio Colón, para ver cómo era la realidad de

estas tierras antes de que el Español llegara, les sacara el oro y las mujeres, y las construyera a imagen y semejanza de España, con calles angostas y retorcidas para que el viento de invierno no se cuele, aquí donde el único invierno es una lluvia caliente que pega la ropa a la piel.

\* \* \*

La visión siguiente que traza don Alonso, es la de aquel momento en que don Miguel empieza a convertirse en indiano. Todas las tardes, después de la revisión del último barco, sale a la Vinería del Madroño, a jugar con algunos amigos un tute inevitable, salpicado de un tintorro de pésima calidad. Llegan las ocho de la noche, y se encamina a casa. Es una de las mejores casas del puerto, cercana a la plaza, en una callejuela angosta en que las únicas dos puertas son la principal y la de servicio del caserón. Pero la casa sigue vacía, don Miguel simplemente ha comprado una cama, un armario y un par de sillas, las cosas de cocina y los muebles para la mulata que le sirve.

El hombre es amigo de compañía en la cama, la pomposa doña Catalina de Salazar sigue destripando terrones en Esquivias, y don Miguel es buen enamorado, para lo cual se comenta que ninguna falta le hace el brazo manco. En el primer año de vida en Cartagena, fueron muchas las españolas a quienes rindiera honores y levantara faldas, y que fueron a parar al cuarto de la casona, ante la mirada despectiva de la mulata. Sin embargo, los amigos de don Miguel se preguntan muchas veces para qué el hombre se afana y apeligra buscando faldas que levantar fuera de casa, cuando tiene una real hembra a su servicio.

Y evidentemente, alguien ha puesto la idea en el magín a don Miguel, que una noche llega con unos vinos de más, abre la puerta del cuarto de Piedad, y la encuentra durmiendo patitendida y desnuda, y comprueba que evidentemente no tiene necesidad de buscar aventuras fuera de casa. Aquella noche, como si fuera del diablo, hace tempestad, hay rayos y centellas cruzando el cielo, como para que don Miguel no se olvide.

Y parece que ciertamente la mulata le haya dado o

puesto algún hechizo, porque el hombre cambia. No quiere ya salir, toma su vino, cada vez más, y se queda en los brazos de Piedad, en el sopor de la noche caribe. Otras veces, arranca con ella hacia playas retiradas, y se queda, callado, mirándola bañarse desnuda, mientras pasan las horas y los barcos esperan.

La ciudad, los escuchas de la Inquisición, el Obispo, el brazo secular, se interesan en el caso, sin poder hacer nada distinto de contribuir con su cuota de chismes al esclarecimiento definitivo del problema. El caso es que, poco a poco, van llegando a Sevilla las noticias, van acumulándose en las mesas de los secretarios, hasta que llegue uno con el suficiente veneno para dedicarse a poner en orden el expediente, y darle toda su tramitación.

Las cosas siguen de mal en peor. Nadie en Cartagena sabe de los humos de escritor que tenía don Miguel, porque nadie lo ha visto escribir nada, con excepción de los papeles de su oficio, y aun esos mal y con prisa excesiva. Se descubre que es escritor, porque al darle el tabardillo y ponerlo a las puertas de la muerte, sin recibir auxilio espiritual, porque no pueden curas entrar a una casa manchada de pecado, el médico y sangrador le oye, en su delirio, hablar de tales cosas.

En su misma pieza, hay un legajo grande que él explica ser de obras suyas escritas antes, y dedicado a empolvarse, mientras tiene la serenidad de espíritu para la tarea de ordenarlas.

\* \* \*

El paso más trágico del relato de don Alonso, es el momento en que don Miguel, hebetado por las enfermedades, sin voluntad de reaccionar, sin deseos de regresar a la madre patria, consumido en el alcohol y la sensualidad siniestra de la mulata, llega a un despego tal de todo, que nada le importa. No le importa ser ajusticiado por malversador, al no rendir correctamente sus cuentas. No le importa que al salir a la calle, sus amigos de hace dos años cambien de acera para no saludarle.

Pero el síntoma mayor, está en el relato que hace el ingenioso hidalgo don Alonso, del momento en que el médico pregunta a don Miguel qué ha hecho con el gran paquete de su

obra literaria, y don Miguel, indiferentemente, responde que lo ha dado a Piedad, que lo ha utilizado para encender el fuego. “Debe quedar —murmura— algún soneto...”

Se acerca ya el final melancólico, en el cual el hombre se disuelve en el trópico. Don Alonso, según parece, le dedicó largas horas a las poquísimas frases que forman la descripción de esa parte.

El final, diríamos, son apenas unas leves ondas en el agua azul del Caribe. Pero ese no es el final. El final verdadero, lo encuentro esta tarde, y es una noble escena en una tarde de la Mancha, con la serenidad de la austeridad abolida, en que don Miguel de Cervantes llega a visitar a don Alonso Quijano, autor del relato, y don Alonso le lee el texto de la aventura de ultramar.

Don Miguel de Cervantes se queda en silencio, mirando por la ventana hacia la tierra parda de la Mancha, meditando largamente en todo lo que le habría ocurrido si se hubiese ido a Cartagena de Indias, en el Nuevo Reino de Granada.

*(1970)*

## El historiador problemático

Jamás, cuando en algún relato del pasado me acerco a una versión de los hechos, me retraigo para rechazarla como poco probable. En general considero que, así con y en el futuro hay para cada hecho, para cada actitud humana un sinnúmero de posibilidades a través de las cuales podría seguir caminos distintos, así las cosas de la historia que no están totalmente establecidas, y en muchos casos también aquellas que parecen estarlo, ofrecen esas mismas posibilidades, pero el hombre, al irse hacia atrás para hacer historia, la fábrica a su manera, y para darle verosimilitud tiene también que matar las otras alternativas.

De todos modos, sospecho que tanto en el pasado como en el futuro hay una serie de mundos probables, de los cuales el ya sucedido o el que va a suceder no tienen por qué ser, en verdad, los más aconsejables. Pueden en cambio serlo aquellos extraídos, acaso por su misma improbabilidad, de ese medroso refugio donde estaban condenados a la inexistencia.

Oí de un testigo presencial una de estas casi imposibles versiones del pasado. Con alguna frecuencia concurre a las veladas en casa de la señora X..., que tienen un especial atractivo por la clase de gente que las frecuenta. Es una mezcla de *demimonde* de los años veintes, con escritores y artistas, con personajes de cine y figuras de sociedad, y en ocasiones con las personas más conservadoras y antiguas en su espíritu y en su manera de ser. Una de estas personas se encontraba esta noche. Era un hombre de edad avanzada, con un ligerísimo temblor en su cabeza blanca, con los ojos encuadrados por anteojos de carey, dignamente vestido.

En un grupo en el cual estaba yo incluido, una mujer alta, morena, cuyo nombre no conocía, que parecía haber regresado recientemente de otros países, hablaba con voz incontrovertible. Se refería a la imagen de Bolívar en sus últimos años, a sus discutibles relaciones con Manuelita Sáenz. La señora comentaba con voz ácida, que se escuchaba alto en el salón, en forma tal que aparecía como si la Sáenz estuviese dando su escándalo en pleno

siglo XX, ante las



matronas estupefactas. La arrogante mujer levantaba su considerable voz, como la Lucrecia o la Cornelia de su época, marcando así el triunfo de una falsa actitud social. Alguien a mi lado susurró que la oradora no era precisamente el paradigma de moral que en tal caso se necesitaba, y empezó a relatar una confusa aventura de infidelidad conyugal. En ese momento, el anciano empezó a hablar.

—Perdone usted, señora. No voy a hacer\_la\_defensa\_de doña Manuelita, porque, además de que en la tumba no le importarán mucho nuestros argumentos, el hecho es que a pesar de lo que han pensado siempre los pacatos, ella es una de las mujeres memorables del siglo pasado. Ella, Anita Garibaldi, María Walewska... Son las mujeres del romanticismo, que exige para vivirlo hígados\_y\_entereza. Pero yo no quiero, le aclaro, ser descortés con una dama; respeto —una sonrisilla maliciosa le bailaba en los labios— las ideas y creencias que determinan las vidas dentro de una austeridad de conducta que no conoció el pasado siglo. Mire usted: en el siglo pasado hubo un revivir del gótico, que dio los más estupendos productos de la imaginación desmesurada de los románticos. No se ha estudiado aún lo suficiente la proyección del fenómeno en la conducta. Pero mucha parte de la Inglaterra medieval fue rehecha con el gótico Victoriano. Esos constructores anónimos eran fabulosos: empezaban una iglesia en 1000 ó 1200, y se daban el lujo de terminarla en pleno siglo XIX para justificar el acceso gótico del romanticismo inglés, la plenitud de la ambigüedad.

“En América el romanticismo es algo diferente. Volver a moldes medievales no era necesario, pues aún se vivían y se viven hoy. Pero está todo lo desordenado y lo grandioso del proceso libertador. Y están los hombres mismos: el general Bolívar era sin duda un héroe digno de Byron, como lo era el cuadro de sus compañeros, y como lo era el escenario femenino. El mejor cuadro romántico de esa época es el atuendo del soldado libertador. Piense, señora, lo que era entonces Bogotá —Santa Fe—: un pequeño pueblo de casas blancas, con gruesas vigas y



tejados desiguales, en cuya construcción la expedición y el desgaire no habían dejado sitio para el cuidado y la elaboración, pero con algo de rancio y europeo en el ambiente. Con calles empedradas, por las cuales, de pronto, después de haber remontado los Andes a lomo de indio subía a trastazos un enorme piano de cola traído de Italia o de Francia, mientras pasaban lentamente los asnos de transporte de agua. Con traducciones de primera mano de los Derechos del Hombre, y con los mil oídos de la indiscreción primitiva abiertos al escándalo.

“Mi defensa obedece a una situación en que están todos ustedes en desventaja con respecto a mí, y la debo a mis informaciones más directas sobre la persona de quien usted hablaba, y más aún, y más meritorio talvez, sobre el general Bolívar. Son informaciones inapreciables, porque hace muchos años, cuando era un adolescente, tuve oportunidad de oír a un testigo centenario, que alcanzó a presenciar muchos momentos del Libertador, por haber vivido en su compañía y haber sido casi un tercero en su largo y tormentoso romance con Manuela. Este testigo tenía, asómbrense ustedes de la paradoja, la gran ventaja de no tener inteligencia humana. Saben ustedes que los loros alcanzan edades increíbles. Pues bien, a fines del siglo pasado, cuando yo era apenas un muchacho, poco antes de la última guerra civil, le fue obsequiado a mi padre un venerable loro, todavía esplendoroso, con un plumaje indescrptible de verdes, azules y rojos, con un corvo pico destructor, y negras garras parecidas a las de un ave de rapiña. El loro no hablaba jamás. Pero a una negra que trabajaba en la hacienda de mi padre, hija de uno de los esclavos del abuelo, se le ocurrió dedicarse al animal, y con la teoría sensata de que si se lograba hacerle hablar se podrían averiguar muchas cosas de las vidas de sus dueños anteriores y de los lugares que había frecuentado, todos los días le daba unas extrañas sopas de pan empapado en chocolate con aguardiente.

“Presumo que por algún proceso extraño de alcoholismo el animal regresó a épocas pasadas, y empezó a repetir textos, seguramente oídos en esos tiempos lejanos. No sabíamos bien de



qué se trataba, pero era algo muy interesante: de pronto, largas parrafadas de amor, escenas de alcoba bastante íntimas, difíciles de explicar aquí y ahora, diálogos como sólo las canciones de moda pueden hoy reproducir —¿las han oído?—.

“Poco a poco empezamos a identificar: se trataba de dos personajes, Simón y Manuela. Ambos eran en ocasiones tiernos, en otras tajantes y cortantes. A veces, de conversaciones íntimas sobre el sexo se derivaba a discusiones de temas políticos, se mencionaba al señor Presidente. Al poco tiempo, y obviamente, dimos con la seguridad de que se trataba de las dos personas de nuestra historia, el Libertador y la *amable loca*. Les confieso que me daba escalofrío a veces oír, con mis pocos años, al loro arrastrando la voz y pronunciando estas palabras. *Amable loca*. Por infidencias del bicho, se podía inferir que el traje en que Manuela afrontó a los conspiradores del 25 de septiembre no fue otro que el real y físico con que al mundo vino, lo cual no revela ninguno de los conjurados.

“En ocasiones, el ave se dedicaba a un largo y travieso monólogo, del cual podía inferirse que se trataba de Manuela hablando sobre el general Santander. Párrafos que destilaban la más violenta de las aversiones. En otro discurso, Manuela se defendía de la acusación de un asunto amoroso con uno de los oficiales, cuyo nombre no se mencionaba. En otra secuencia, el animal repetía una serie de órdenes volcánicas dadas por el Libertador en la época de la dictadura.

“Puedo decirle, señora, que en general del contexto de las recitaciones del loro la imagen imprecisa que surgía era sin duda la de una gran mujer, como sigue, todavía, siéndolo. De una gran enamorada también, y de un temperamento devorante, seguramente. Pero todo aquello que salía de la repetición fonográfica del animal, tenía el extraño interés de un lienzo descubierto a parches, o de un mosaico fragmentario que iba tratando de armarse. Era un lienzo misterioso, en el cual se iban descubriendo las cosas sin adulterarlas. A veces pienso que ésta sería la única forma en que verdaderamente podría describirse la



historia objetiva. Cuando Jenofonte hace gritar a sus mercenarios *Thalassa* a la vista del mar, está ya poniendo subjetivismo a la historia.

“Era aquella una experiencia casi fantasmal. Podría pensarse en el ridículo, en el humor grueso, por tratarse de un animal risible. Pero el caso es que la historia era de tal manera atrayente, que cada vez que surgía una nueva parte empezábamos a sufrir para saber si la acabaría. A veces duraba semanas repitiendo un texto. Las escenas de amor, por ejemplo, las reeditaba magistral y aun onomatopéyicamente. Creo que yo oí la mejor descripción, el mejor recuento de la vida sexual de Bolívar en la mujer que más amó. En otros aspectos, la historia quedaba inconclusa, y no había manera de identificarla mejor, o de lograr su final. Tal ocurrió, por ejemplo, con el episodio misterioso de un oficial patriota que viajó a Santa Elena a visitar a Napoleón. Parece como si hubiese habido un proyecto de rescate, combinado entre los varios países latinoamericanos. Por las referencias a Colombia, esto debía situarse en los comienzos de 1819, o finales de 1818. La historia que el loro contaba era la de la navegación del oficial, desde Inglaterra, en un barco que debía recalar en Santa Elena. El loro repetía interminablemente la descripción del cielo gris, de la atmósfera pesada y opresiva de Longwood. Después, el único resultado que cabía sacar del relato entrecortado, era el de que el viaje se había perdido. Por alguna razón, que no quedaba clara, el oficial no había podido, en su escala en la isla, ver al Emperador, y había sido cortésmente invitado a regresar al barco. Es la única pista existente de este hecho, que si se hubiera realizado habría presentado posiblemente un cambio en el camino de la historia...

“Como este relato hubo muchos. Usted, señora, habría gozado viendo cómo el propio animal, a través de trozos de conversaciones, creaba un monstruoso *collage*, un cuadro sugerente en el cual, sin saberse por qué, se establecía la comparación entre las dos emperatrices, Josefina y María Luisa, de una parte, y de otra Manuelita Sáenz, virreina sin corona,



llamada prostituta por muchas gentes de principios. A alguien le oyó seguramente el paralelo, que acababa en la obvia consecuencia de que el calificativo debía aplicarse a la inversa. Y que tenía una hermosa conclusión, en torno a la lealtad de Manuela, y a sus arrestos políticos.

“Yo quise entonces tomar apuntes de las largas conversaciones del loro, en las horas calientes del verano, en las vacaciones escolares. Lo oíamos continuamente. Sin embargo, asomaban ya las puntas de los cañones de la guerra civil, y nuestros días de paz se iban esfumando. Cuando nos fuimos hacia Bogotá, quedó la negra encargada de cuidarlo, y de seguir tratándolo en forma igual, y además, de recogerme las nuevas escandalosas historias que saldrían de su pico. Pero vino el ejército del gobierno, arrasó la hacienda, la negra seguramente siguió tras él de soldadera, de *Juana* y el pájaro extraño debió terminar sus días en la olla de algún vivac de campaña”.

—Pero —dijo por fin la señora— ¿guardó usted por lo menos el apunte de lo que alcanzaron a oír?

—Sí, señora. Espero decidirme a publicarlo algún día. Lo controvertible, lo difícil, como usted comprenderá, es la fuente. Pero al mismo tiempo, es una fuente única...

Con una inclinación de cabeza, el anciano caballero pasó sonriendo a otro grupo. Yo me retiré, para no oír la continuación del diálogo. Algunos días después quise pedirle que me permitiera revisar sus apuntes. Supe entonces que en su paseo matinal, había sido arrollado por una bicicleta, y acababa de morir. Antes de que tuviese yo tiempo de hablarles, sus deudos se apresuraron a quemar todos sus papeles, para comenzar el proceso de higienización y limpieza de la casa del hombre solitario.

## Los papeles de la Academia Utópica

### I

#### *Breve información sobre la Corporación*

La Academia Utópica de Berlín ha desarrollado una labor meritoria en la investigación filosófica e histórica del tema de la utopía. Ha producido, incluso, controversias considerables en el mundo intelectual, como por ejemplo la que se creó en torno a “La Ciudad de Dios” de San Agustín, y a su descalificación como utopía, por mayoría de votos y por razones raciales.

La academia tiene muchos aspectos de *Club* inglés, en cuanto a la vida de relación de sus socios. Es sabido que las academias parecen ser la versión alemana del club inglés. Esta academia tiene además aspectos especiales, como el de haber tomado como su modelo la organización dada a la utopía por sir Tomás Moro, y corresponder a su presidente y miembros los títulos representados en la misma utopía, como se verá de los papeles que se publican.

En estos textos se observará la situación actual de la academia, que contempla una honda división entre sus integrantes por razones de interpretación y ubicación de sus ideas. Es de notar que en el pasado razones similares le crearon graves conflictos. En la etapa del nazismo figuraban en ella varios notorios judíos, lo que condujo en 1937 a su clausura, la cual se prolongó hasta 1947, cuando reinició labores. Fueron víctimas de esa situación los académicos Benjamín Navarro, nacido en Salónica, y David Behaim, judío alemán, quienes perecieron en campos de concentración. De algunos otros no pudo saberse más después de la guerra. Varios de ellos fueron miembros beligerantes del nazismo. Al reiniciarse la nueva vida de la academia, se han continuado los trabajos que se habían iniciado, aprovechando el muy copioso archivo de la institución, cuyo actual president, sir Reginald Hallaby, profesor retirado de Cambridge University, reside en Berlín dedicado a la investigación, a pesar de sus ochenta y nueve años. Hallaby ha vivido en Alemania gran parte de su vida. Se dice que sirvió de modelo para algún personaje de

una obra de Christopher Isherwood, de quien es gran amigo.

El más destacado trabajo de la academia es sin duda el *Diccionario Enciclopédico de la Utopía*, cuyo plan se compone de más de 900 artículos, de los cuales hay ciento cuatro terminados, en borrador. Escogemos tres artículos para su publicación, advirtiendo que los hemos titulado de modo diferente. El que lleva el título *Noticia de Utopía* es el artículo UTOPIA. El denominado *Biografía y muerte de Utopo* corresponde a UTOPO (rey de Utopía). Y el llamado *A moren Utopía* corresponde a la explicación de la palabra AMOR. El artículo GEOGRAFÍA DE UTOPIA, que había sido seleccionado, no obtuvo la autorización necesaria para su publicación, por contener material estratégico.

Debemos señalar que los artículos que se presentan en este fascículo, como una simple muestra del trabajo que adelanta la academia, son apenas borradores presentados a discusión por miembros de la corporación, pero no han sido definitivamente adoptados. Por tratarse de proyectos, están redactados a veces en estilo polémico e incisivo, y dan cuenta de hechos discutibles, o de disensiones internas. Pero creemos que también es útil que tales problemas sean conocidos.

Queremos, finalmente, mencionar que una tesis que está unificando progresivamente los bandos contrapuestos de académicos, es la del “*poder utópico*”. Según esta tesis, extraída de la confrontación histórica del impacto político de las utopías, tanto las ya creadas como las que sobrevendrán en el futuro tienen un poder incalculable sobre la mente de los hombres, todos los cuales tienen en sí alguna aspiración utópica. El dominio político perfecto se adquiriría cuando ese “*poder utópico*”, semejante al poder negro, al poder femenino, al poder estudiantil, al de la mayoría silenciosa, aspirantes todos al “poder del establecimiento”, logre despertar en las gentes la conciencia de esa aspiración privada y de la existencia de esa fuerza. El secreto de la unión en tomo al *poder utópico* —*utopic power*, según lo denomina sir Reginald Hallaby— está en que dentro de él el pasado y el futuro son equivalentes.

## II

### *Noticia de Utopía*

De acuerdo con el propósito enunciado por sir Tomás Moro, podríamos hablar de *Noticias de Ninguna Parte*, o *Noticias del Mejor*

*de los Sitios*. Ambas acepciones son exactas y permisibles. La ambigüedad permite optar por cualquiera de ellas.

El hecho cierto, es que la aparición de América, nebulosa en el horizonte, como una solución al enigma platónico de la Atlántida, revivió bruscamente y cambió de faz el otro enigma: el de Utopía, el extraño país sin geografía y sin historia aparentes, que, sin embargo, es el capítulo más vasto de la historia política de la humanidad, y sin cuya cartografía hay quien ha dicho que no es completo un mapa del mundo<sup>21</sup>. Utopía nace del reino de la paradoja, para cobrar su propia existencia como uno de esos personajes ingratos y demasiado vigorosos que se le escurren por entre los dedos al novelista.

El que hubiese ido a vivir en Utopía llegará a la conclusión de que las creaciones de la mente del hombre son esencialmente aburridas, tediosas como manera de vida. Que al realizarlas el hombre parece seriamente preocupado por suprimir de la vida todo aquello que la hace amable y tentadora.

La Utopía ejemplar, después de “La República” de Platón, es sin duda alguna la obra de sir Tomás Moro. Es sabido que Vasco de Quiroga escribió al Gran Consejo de Indias pidiendo que para la reorganización de las colonias de América se utilizara a Utopía como modelo. Lo cual sin duda tiene relación estrecha con el hecho de que Moro da como ubicación de Utopía la del punto extremo del último viaje de Américo Vespucio. No obstante, Moro dice, al referir su conversación con Rafael Hitlodeo y Pedro Egidio:

“...se trata de que ni a nosotros se nos ocurrió preguntarle ni a él decimos en qué parte de aquel mundo nuevo está situada

---

<sup>21</sup> Lewis Mumford. *The Story of Utopias*.

Utopía. Dinero daría yo porque no se hubiese omitido este detalle, ya porque me avergüenza ignorar en qué mar se halla la isla acerca de la cual he de contar tantas cosas, ya porque hay entre nosotros dos personas, especialmente una de ellas, varón piadoso y teólogo de profesión, que arde en deseo de trasladarse a Utopía, no por el placer inane y curioso de conocer cosas nuevas, sino con el designio de fomentar y aumentar nuestra religión, allí felizmente iniciada. Y para hacerlo debidamente decidió procurar de antemano que el Papa le enviase allá, nombrándole Obispo de Utopía, sin que le cohibiese el escrúpulo (tratándose de un deseo nacido, no de vanidad ni motivos de lucro, sino de consideraciones de piedad), de que esta dignidad hubiese de ser solicitada por él”<sup>22</sup>.

Esta afirmación es sospechosa, pues el relato de Vespucio, como más adelante se expone,<sup>23</sup> da todas las pistas necesarias para localizar, si no el país, sí un punto cercano a él, del cual puede partirse para una investigación. En todo caso, se sabe que Utopía queda localizada en el Nuevo Mundo.

Hay algunos puntos de especial importancia que nunca han sido analizados en relación con Utopía. Uno de ellos, el de los antecedentes de Rafael Hitlodeo, el portugués compañero de Vespucio, a quien Moro tenía en un muy bajo concepto<sup>24</sup>. El otro,

---

<sup>22</sup> Epístola inicial de Tomás Moro a Pedro Egidio. Utopía, (en *Utopías del Renacimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956, pág. 3.) El patriarca Atanasio de Salento, a quien Moro se refiere sin nombrarlo en este pasaje, fue designado por el Papa reinante León X (1513-1521), obispo de Utopía. Su presencia en la República desencadenó una feroz guerra religiosa, que concluyó con su ejecución, junto con la de veintidós sacerdotes que lo acompañaban. Fueron transportados por el barco “Atlantis”, que naufragó al regreso, frente a Río de Janeiro. Sobre su valerosa misión en Utopía, existe un documentado libro, escrito por Raphael Nonsens, que lleva el misterioso título de *Cruces sobre el mar* (Crosses over the Sea), publicado en 1877 en Londres (Oxford U.P.).

<sup>23</sup> V. artículo *Amor en Utopía*.

<sup>24</sup> Otro hecho sospechoso, y que corrobora la afirmación sobre la animadversión de Moro por Hitlodeo, y que anota Jean Servier en su *Historia de Utopía* (Monte Avila, 1969), pág. 92, es la formación del nombre de Hitlodeo por dos raíces griegas cuyo conjunto significa “profesor de tonterías”. Servier aporta la interesante conjetura de que el encuentro de Moro e Hitlodeo “tuvo lugar probablemente en 1515, cuando

la historia de Utopo, el fundador, quien en el relato de Hitlodeo queda en la sombra. A algunos de ellos tal vez podamos contribuir en el presente estudio.

Misteriosamente, en la mayoría de las ediciones se suprime un epígrafe inicial en verso, en el cual Moro traza, como antes decíamos, el significado del nombre. Si es Eutopía, es el mejor lugar. Si es Outopía, es el lugar inexistente. Podría ser, pues, el sueño de perfección en tierra que no existe, o el enriquecimiento del mundo existente, su reconstrucción subjetiva. Uno o el otro tienen igual suerte de existencia.

Se ha dicho que el color y forma de las utopías son exactamente el reverso del tiempo durante el cual fueron escritas, ya sea el de las guerras del Peloponeso o el tránsito de la Edad Media al Renacimiento con los problemas personales de un rey. Sería más interesante que, con una utopía dada, sin dato de año, época ni país de escritura, se pudiesen establecer todos estos extremos, en una labor de deducción intelectual. Siempre me ha parecido tentadora la historia del cartógrafo que, en el siglo XII, muestra a un estudiante el mapa que prefigura la ciudad que existirá ochocientos años más tarde, cuando se relata el hecho.

De las utopías políticas se pasa a las utopías literarias. Tampoco se ha estudiado suficientemente el reverso de ambas: el aspecto literario en las políticas, y la lección política de las literarias.

Lewis Mumford<sup>25</sup> describe así la utopía más elemental:

“¿Qué hombre no ha tenido esta utopía desde el despertar de la adolescencia, el deseo de poseer y ser poseído por una hermosísima mujer? Quizá para la gran mayoría de hombres y mujeres esta pequeña utopía privada es la única por la cual ellos sienten un perpetuo y cálido interés; y en última instancia, cualquiera otra utopía debe ser traducible a ellos en análogos términos íntimos. Su conducta nos diría otro tanto si sus palabras

---

Tomás Moro fue enviado a Amberes a negociar la reapertura de los intercambios comerciales entre Inglaterra y los países Bajos”.

<sup>25</sup> Mumford. *The Story of Utopias*. The Viking Press, New York. 1963. Pág. 18 y 19.

no lo confesarán”. Y tiene otra anotación inquietante: “Es difícil concebir un orden social tan completo y satisfactorio que nos sustraiga a la necesidad de recurrir de tiempo en tiempo a un mundo imaginario en el cual nuestros sufrimientos podrían ser purgados o nuestras delicias enaltecidas”.

Anatole France nos da un elemento interesante en relación con los utópicos: “Sin los utópicos de otros tiempos, los hombres aún vivirían en cuevas, miserables y desnudos. Fueron los utópicos quienes trazaron las líneas de la primera ciudad... De los sueños generosos surgen realidades benéficas. Utopía es el principio de todo progreso, y el ensayo de un futuro mejor”.

El marqués de Sade trazó en “*Aliñe et Valcour*” su propia utopía sexual, en este caso con localización geográfica. Otro tanto podría decirse del castillo de “*Los 120 días de Sodoma*”, en cuyo caso la utopía se limita por su duración en el tiempo. Toda su obra gira alrededor de la utopía del sexo como un anticipo de la única utopía del mal que no se ha terminado de figurar<sup>26</sup>.

A este respecto existe el tratado “*La Anti-Utopía*”, publicado por el notorio filósofo y escritor alemán Conrado de Münster,<sup>27</sup> infortunadamente olvidado, ya que con el doctor Eugenio Dühren fue uno de los escasos analistas de Sade en el siglo XIX, discípulo de los hermanos Humboldt e ideólogo de movimientos que quedaron desdibujados del socialismo utópico, y sin puesto propio en la filosofía política.

Münster llega mucho más lejos que Sade en su proposición. Para él, la utopía del bien corrompe el esquema de los ideólogos, y devora cruelmente su pensamiento, hasta convertirse en la exasperación de la autoridad creada por cerebros que buscan libertad. Münster piensa que debe en todo caso propenderse por la creación de la Anti- Utopía, que es para él la

---

<sup>26</sup> Sobre *Aline et Valcour* véase *Sade Utopiste-Sexualité, pouvoir et Etat*, de Pierre Favre. Presses Universitaires de France, París, 1967. Puede establecerse en esta obra, entre otros aspectos, la influencia negativa del “Buen Salvaje”.

<sup>27</sup> Conrado de Münster. *La Anti-Utopia*, Zurich, 1850, Editorial Helvetia. Existen traducciones al francés, español y japonés.

utopía del mal, y cuyo resultado sería, de acuerdo con el invariable proceso de las utopías, la llegada al bien —la libertad— por la exasperación autoritaria de que hablábamos, y de consiguiente debe repetirse el proceso pero inversamente, para conseguir un resultado.

La utopía máxima, la absoluta Anti-Utopía, sería para Münster la cárcel perfecta, situada en una isla, con guardianes eternos y en la cual se aplicarían eternas penas de reclusión, los días serían absolutamente iguales, los presidiarios repetirían los mismos actos todos los días, la comida sería siempre la misma, la evasión estaría excluida de toda posibilidad, y no habría tampoco lugar a la liberación por la muerte. Al mismo tiempo guardianes y convictos estarían esperando siempre un hecho que se escapara de la medrosa rutina, y esta espera se convertiría en parte esencial del rito. De allí surgirían para Münster la idea de la libertad, y el impulso del progreso.

Como de todo lo anterior puede verse, el enfoque general del tema lo sitúa, no digamos en lo imaginario, pero sí en lo intelectual y esquemático. De lo cual hay que culpar, sin duda, a los libros en los cuales las exposiciones del asunto han tomado este rumbo. Si Utopía en realidad es regreso —lo cual coincidiría con todos los utópicos para quienes el ideal vital es el del buen salvaje— debemos encontrarla, no en el futuro, como pretende Anatole France, sino en el pasado. Sería entonces la “dichosa edad y siglos dichosos” de don Miguel de Cervantes. Pero no se ha rastreado la localización de Utopía a través del pasado. Aunque ahora, como en el caso de sir Tomás, casi toda la utopía se encuentra atrás. Y por eso tal vez se ve hoy más clara su conexión con Robinson Crusoe, con el contrato social, con Chateaubriand y con los socialistas utópicos.

Desde que se fundó nuestra Academia Utópica, se han realizado estudios brillantes y de gran interés, pero en verdad ninguno en relación con este punto de los buenos salvajes y utopía. Ciertamente,

el buen salvaje está situado en una forma particular de

utopía, la utopía individualista. Y todo tratadista de la historia o la filosofía utópicas tiene en algún punto de su pensamiento que hablar —y lo hace— del buen salvaje, del estado de naturaleza, de todo cuanto tienen de relacionado los dos problemas. En verdad, si los utopistas y sus historiadores no reconocen que forman una sola región con los buenos salvajes, se debe a estas diferencias políticas. Los buenos salvajes son los individualistas, los utópicos son socialistas escondidos<sup>28</sup>. Así lo fue sir Tomás Moro, lo fue Bacon, lo fue Campanella. Lo fue, antes que todos, Platón. El cristianismo mezcla a veces las dos concepciones, pero se decide en definitiva por la utópico-socialista.

### *Addenda*

Nuestra academia ha registrado grandes divisiones, especialmente desde el momento en que, por la aparición de los documentos utópicos, se vino a establecer que la obra de Francis Bacon<sup>29</sup> no era ficticia, en cuanto sí se refería a un país existente en su época, posiblemente desaparecido después. Pero esas divisiones han sido fructuosas, por los estudios y comentarios a que han dado origen. Es de anotar, para las personas poco informadas, que nuestra academia funciona de manera ampliamente ceñida a los moldes utópicos. Nuestro título, por ejemplo, no es el de académicos, sino el de Filarcas. Nuestro presidente tiene el título de Protofilarca, pero los más antiguos académicos hablan del Traníboro, y se denominan a sí mismos Sifograntes.

Y todos hemos logrado, a nuestra vez, darle realidad a la organización utópica, organizando también nuestra institución a

---

<sup>28</sup> Esta opinión sobre los grandes utopistas parece contradictoria con la del comienzo del artículo, en la cual los señala como autoritarios y aun “profascistas”. Sospecho que esta confusión obedece a que el académico o filarca que lo redactó pertenece a la tendencia liberal clásica. Y que puede ser, sin estar probado, el Protofilarca presidente de la academia, sir Reginald Hallaby.

<sup>29</sup> *La Nueva Atlántida*, 1622. Figura en la tercera parte de la Gran Fundación Fenomena Universi, entre la Historia de los Vientos y la Historia de la Vida y de la Muerte. Servier anota que tal vez es la primera obra de ciencia-ficción dentro de su racionalismo.

imagen y semejanza de la Venerable República, sólo comparable en importancia histórica a la Serenísima República de Venecia.

Quiero aclarar esta alusión. Entre los filarcas se han formado dos bandos, uno partidario del pasado, otro del futuro. Los filarcas partidarios del pasado sostienen que la República de Venecia, dentro de su proceso histórico, fue una realización de la Utopía, y una inspiración de ella, tanto en su organización como en su poder. Quienes deseen referirse a esta tesis un tanto discutible, pueden consultar un ensayo de Juan Beneytoa Pérez, denominado “Fortuna de Venecia”,<sup>30</sup> en el cual se hace mérito de las opiniones de Polibio, Albergati, Bodino, Amelot de Houssaye, Antonio de Herrera. Creemos que el parentesco con la Utopía debe establecerse a través de Platón y Polibio.

Los partidarios del futuro han ido derivando lentamente a una forma insólita de lo que hoy en día se llama la ciencia-ficción, o ficción científica, y cuentan entre sus inspiradores a Francis Bacon, Donatien Alphonse Francois de Sade, Julio Veme y Nikita Krushev. Algunos connotados autores de ficción científica han sido invitados a formar parte de la academia, sin haberse obtenido hasta ahora su aceptación. (Algunos aseveran que ello se debe a que consideran que las academias no están dentro del esquema del futuro).

Los partidarios del pasado, en vista de que no tienen ningún sostenedor vivo, han constituido un comité de patrocinadores muertos, que integran Tomás Moro, Platón, Campanella y Fourier. Pero no han podido aportar nuevos filarcas.

### III

#### *Biografía y muerte de Utopo*

Hay quienes creen, yo entre ellos, que la biografía de todo hombre debe comenzar con el relato de su muerte, que es el espejo de su vida. Y más aún en el caso de Utopo, en el cual todos los enigmas vitales se concentran en el enigma que formula su muerte.

---

<sup>30</sup> Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1947.

Los utópicos ya habían alcanzado una expresión moderadamente avanzada en el arte histriónico, que se encontraba entre ellos en un estadio semejante al de momento del nacimiento de la tragedia griega, aunque sin el vuelo y la grandeza de ésta. Dos o tres poetas importantes producían los textos de las piezas que se representaban, y que, curiosamente, en el rudimentario lenguaje utópico, tenían la denominación de *antividas*, tal vez porque en ellas, para ejemplarizar, se permitían todos los excesos y violencias que estaban proscritos de la vida real. La muerte del rey Utopo, fundador de la República de Utopía, se encuentra altamente relacionada con el teatro o *antivida* del cual fue él intenso animador, consciente como era de la necesidad de drenar las pasiones humanas.

Utopo concurrió, con la reina, al estreno de una nueva *antivida* del poeta Ascanio<sup>31</sup> que trataba de las desventuras de un conductor político de los antiguos tiempos, con su país partido en una guerra civil, que al fin y al cabo logra dominar, sólo para que en el momento del triunfo, cuando asiste a una representación teatral, en la cual se trata igual tema, sea asesinado de un flechazo por uno de los actores, que a su vez debía representar otro asesinato. El caso es que Utopo, sentado en su palco, recibió el flechazo de la ficción, en plena realidad, y fue asesinado por uno de los actores, prefigurando además la muerte de Lincoln, e iniciando igualmente una cadena de espejos que por infinita debe estar aun desarrollándose, ya que en cada representación hay contenida otra en la cual, mientras en escena se mata a un líder político, se representa otra comedia en que hay otra muerte similar, hasta que probablemente la última sea de nuevo la muerte de Utopo.

(Así le había sucedido a su antecesor Miceno, monarca y escritor, que tenía como especialidad el tema de la premonición o anticipación de las traiciones y escribió historias y poemas sobre él, y que anticipó la traición de su esposa con su mejor amigo,

---

<sup>31</sup> Sin ningún apoyo preciso en la filología, parece posible afirmar que el nombre *Ascanio* es una corrupción occidental del nombre judío Ashkenazi.

traición que debía matemáticamente concluir con su propio asesinato, el cual también previo pero no pudo evitar, dándose cuenta en ese momento de que el don de videncia y de premonición sirve para ver anticipadamente las cosas, pero sin poder cambiar el curso fatal de ellas).

Había también entre los utópicos una tendencia herética, que pensaba que todos los hombres eran pedazos de un inmenso dios que había estallado en la colisión con un dios superior, y otros que pensaban que el primer hombre había sido un super dios en cuyo semen estaban ya encerrados todos los hombres por venir y por nacer, y la primera mujer, la diosa en cuyo vientre estaban ya encerrados todos los partos de la especie humana. Cuando Utopo murió, estas herejías fueron revisadas y sus propagadores condenados a muerte, pues no era posible que Utopo, cuya esencia monárquica participaba de la divinidad, hubiera estado contenido con todo el género humano en el semen de un hombre que habría sido superior a él, por ese hecho.

En todo caso, a la muerte de Utopo siguió un difícil período durante el cual se pensó que Utopía caería en la anarquía definitiva. Pero luego la misma fuerza del hombre, muerto en olor de divinidad, salvó a los utópicos y los hizo ceñirse fuertemente al sistema creado e implantado por el rey, y someter todos los problemas a una clara e inflexible interpretación utopista fuera de la cual no podía existir salvación.

\* \* \*

Utopo tiene en su vida glorias de rey griego. Tiene relámpagos del furor de los Atridas. Sus guerras de conquista guardan un lejano sabor de expediciones sobre Troya. Su muerte también, ya que el actor que disparó a su corazón la flecha envenenada lo hizo no solamente por pertenecer a una secta de conspiradores, sino por haber sido el secreto amante de la reina, que aparece también como una desorientada Clitemnestra. Las informaciones que los visitantes de Utopía pudieron recoger fueron lo suficientemente vagas como para hacer de él un personaje legendario. Hizo tres guerras: la de conquista, en la cual

cortó el istmo que la unía al continente, y dos más, contra los nefelogetas y los alaopolistas, según informa el relato de Tomás Moro. Logró expulsar de la isla a los enemigos de la República, e implantarla en su totalidad. Utopo era curiosamente monógamo en medio de la poligamia general, y dicese que eso le costó su vida, aunque su poca fortuna con la reina valió para el implantamiento del original sistema sexual de la vida en la isla, mezcla del matrimonio personal de la vida moderna y de las formalidades solemnes de la vida medieval. Cítanse como ejemplos la costumbre de presentar antes de la ceremonia a los novios desnudos, uno frente a otro, al lado de la posibilidad de divorcio y los castigos por adulterio y por “*perversidad insoportable*”.

Utopo era hombre con profundo sentido de la justicia, y ninguno de la benevolencia. Su reino fue fecundo en progreso, y a la vez en monotonía de la vida personal. Sus reglamentaciones llegaron a extremos de minuciosidad tales que como ocurre siempre en estos casos, originaron todo un sistema subterráneo de evasión, que de tiempo en tiempo era sancionado con ejecuciones masivas. Infortunadamente, es poco lo que se logra establecer de su carácter, aunque mucho dice de él la organización social que inventó.

Dícese por los ancianos que era Utopo hombre de alta estatura, con rostro inexpresivo, como tallado a cuchillo, dotado de ojos penetrantes e inquisitivos. Había hecho un viaje largo y secreto a los países de Europa, en época anterior a su reinado. Hay disparidad en las informaciones. Sólo coinciden los historiadores en notar que sus ideas sobre el gobierno de Utopía nacieron de esa visita. El guardó su secreto, que sólo trascendió tiempo después, cuando empezaron a presentarse signos de la existencia de otro mundo. No se sabe qué países visitó, claramente con nombre supuesto, el cual era según unos Tomás Moro, según otros Francis Bacon, y aun según otros, Tomasso Campanella.

Dentro de la academia existen, sin embargo, sostenedores de una improbable y brillante tesis. Según ella, el verdadero Utopo fue el propio Américo Vespucio. Evidentemente, se sabe

que él llegó a Utopía, según se desprende de la alarmante coincidencia entre sus relaciones de viajes y la afirmación transcrita por Moro en la Utopía, de acuerdo con la cual Hitlodeo hizo parte de aquella expedición, realizada en 1501. Posiblemente Hitlodeo tergiversó su narración, para desconocerle ese mérito. El hecho es que el hombre que habló por primera vez del “continente” americano, y por esa razón infirió su nombre a América, parece haber sido el mismo Utopo, creador del Estado de Utopía. Parece que el tiempo que demoró en tales situaciones no hubiera sido el suficiente. Sin embargo, la “Enciclopedia del Nuevo Mundo”<sup>32</sup> de la cual apareció un primer volumen en 1801, y cuya edición fue dirigida por el abate Florián, célebre cura juramentado por la Revolución Francesa, plantea una explicación que bien puede ser la real: al llegar los hombres civilizados de la expedición a la isla de Utopía (cuya localización coincide deplorablemente con la de Santa Elena), volcaron de inmediato toda su cultura sobre un grupo humano que no tenía contacto alguno con el resto del mundo, cuyo primitivismo coincidía con una excepcional inteligencia que les daba una gran capacidad de asimilación. Y la circunstancia especialísima de que por su total distancia del resto de la humanidad estos hombres no tenían la *noción del tiempo*, hizo que al proyectar los exploradores esa noción, el choque mismo de elaborarla provocó una intensidad especial que ocasionó el fenómeno de que el tiempo en la isla de Utopía fuera mucho más rápido que el nuestro, y que en períodos muy breves se pudiera lograr vivir una larga historia que le proporcionara a los utópicos un puente para llegar al estado cultural de los invasores.

Los viajes de Américo Vespucio son misteriosos: Humboldt<sup>33</sup> opina que *no hizo* el viaje de 1497, en el cual habría ido, según unos, hasta la Columbia Británica, y según otros hasta la bahía de Chesapeake. Uno de los itinerarios cruza el Pacífico, el

---

<sup>32</sup> Abbé Florian. *Encyclopédie du Nouveau Monde*, Vol. I. Tours, 1801.

<sup>33</sup> Alejandro de Humboldt. *Examen critique de l'histoire et de la géographie du Nouveau Continent* (1837). Vol. IV.

otro el Atlántico. Son, pues, contrapuestos. En el viaje de 1501, en el cual tocó el Brasil, habría permanecido de mayo de 1501 a septiembre de 1502, tiempo suficiente para su empresa de fundación de acuerdo con la anterior teoría. Es de notar que Américo viajaba en nombre de Portugal, razón por la cual probablemente hubo de silenciar la tentativa de construir un reino propio.

Algunos cabos sueltos no empalman: por ejemplo, la muerte natural de Américo y su muerte como rey de Utopía. Podrían indagarse las explicaciones de esta contradicción. La misma diferencia de tiempo existente entre Utopía y el mundo puede proveerla, en el sentido de que el flechazo recibido en el teatro pudo producir una muerte dentro del tiempo de Utopía, lo que significaría que la flecha le regresó al tiempo del Viejo Mundo, destruyendo las conexiones entre ambas existencias.

Naturalmente, podría establecerse lo mismo en relación con Moro, Campanella, Bacon, aunque de ninguno de ellos se tiene la evidencia de que hubiera estado en Utopía.

#### IV

##### *Amor en Utopía*

-1-

De toda la aparentemente fabulosa historia de Utopía, escrita por Tomás Moro como un ejemplo para las generaciones futuras, de toda su construcción intelectual renacentista que fue simiente de tantas y tan interesantes elucubraciones y creaciones, que han constituido en verdad un género que arranca desde los relatos de viajes y va a parar en concepciones políticas como la del Contrato Social, y aun en formulaciones sexuales como la del marqués de Sade en “Aline et Valcour”, o de ficción científica, hay un solo interrogante que no se ha explorado hasta ahora, y es el humano. Tal vez porque en el afán de destacar y engrandecer el lado científico de la historia, se la ha considerado solamente como un trabajo de invención en el cual la imaginación está apenas destinada a servir de soporte a una concepción o esquema filosófico, que no viene a tener otra realidad que aquella de la

mente humana.

Es peligroso aventurarse a tal género de abstracciones: se recordará que el canciller Moro, en su historia, presenta a Rafael Hitlodeo como uno de los veinticuatro hombres que al final del viaje de Américo Vespucio quedaron refugiados en una ciudadela, en el extremo del mundo a donde llegaron. El relato de Hitlodeo es el de las peripecias ocurridas después de que la expedición les dejó. Sólo que Moro recoge en su libro únicamente aquellas relacionadas con el aspecto exclusivamente intelectual de la aventura, dentro del cual se encuentran incluidas sus apreciaciones sobre la organización social y política de los utópicos, pero nada sobre su vida cotidiana, sobre su vida afectiva, sobre su idiosincrasia.

Recientemente se ha podido comprobar que ello no obedecía a que no existiesen documentos que permitiesen el establecimiento de datos precisos, sino a que justamente la política y la filosofía tendieron durante estos siglos un velo impenetrable sobre facetas prominentes de Utopía, que permiten incluso señalar cuál fue la huella de América sobre el amor europeo, y cómo también en este punto, igual que en muchos más, fue recíproca la influencia, y al paso que en las Indias Occidentales la llegada del español entrenado en prácticas eróticas italianas dejó a los indios sin mujeres, en Europa produjo un cambio de la noción de la vida sexual, y de las relaciones entre el hombre y la mujer.

Si Campanella en su “Ciudad del Sol” es bastante explícito sobre el comercio sexual, en cambio se recordáis que Moro es muy sobrio, y solamente delinea de manera esquemática las dos sectas o partidos:

“Existen en Utopía dos sectas: una es la de los célibes que se abstienen, no ya de todo trato con mujeres sino de las carnes de animales (algunos totalmente), y renunciando en absoluto como dañinos a los placeres de la vida presente, sólo aspiran con fatigas y sudores a los de la futura, viviendo satisfechos y alegres con la esperanza de alcanzarla en breve. La otra, no menos aficionada al

trabajo, prefiere el matrimonio, y no desdeña sus atractivos, juzgando que por ley natural, tanto los que la siguen como sus hijos, se deben a la patria. Sus secuaces no huyen del placer, con tal de que éste no estorbe su trabajo, y comen carnes de animales, por creer que este alimento aumenta su resistencia para cualquier trabajo. Los utópicos consideran más sagaces a éstos y más santos a aquellos...”<sup>34</sup>.

Los documentos existían. Y existen aún, guardados y reservados en los archivos de grandes bibliotecas. No obstante, vinieron a conocerse varios de ellos, por la infidencia de un empleado que los copió y ha empezado a venderlos a partir del momento en que fue sancionado, al descubrirse su actitud. Tales documentos contribuyen a pintar al pueblo de Utopía, incontaminado de Europa, como un pueblo muy semejante al de cualquier parte del mundo, lo que lleva a la conclusión de que en todas partes es la misma la naturaleza humana.

En algunos de los papeles se describen vicios de la organización política. En otros se critican las idolatrías de los utópicos. En algunos se vitupera la tiránica organización social, y en muchos casos queda el amargo sabor de una tremenda falta de libertad, que si bien se desprende sutilmente del libro de Moro, aquí ya aparece con perfiles considerables.

Cuando se haga la edición completa de estos papeles, se producirán dos resultados: el primero de ellos, el de comprobar que lo que hizo Moro no fue crear de su imaginación la República de Utopía, sino relatar fielmente lo que uno de los hombres de Vespucio que allí estuvo le había referido, y sacar de ello agudas conclusiones, censurando, sí, todas las manifestaciones de la vida común que pudiesen dar lugar a controversia o a demostraciones sobre la bondad de cosas que él hallaba censurables. Estos papeles le darán verdad muy mayor a la existencia de la República. Y el segundo efecto será el de demostrar que no todo en Utopía es ejemplar, como creación humana que es, y hecha para que en ella

---

<sup>34</sup> **La Utopía** de Tomás Moro, en *Utopías del Renacimiento*. Pág. 93. Traducción de Agustín Millares Cario. Fondo de Cultura Económica, México, 1956. (2a. edición).

vivan seres humanos.

La tercera incógnita surge de las anteriores: ¿cómo terminó Utopía? Porque hallando probado de estos documentos que Utopía sí existió, es necesario pensar que, puesto que así es, desapareció, por cuanto si bien es conocida en toda la tierra no existe en ninguna parte, a pesar de las múltiples referencias de autores posteriores a Moro. Lo interesante es que en todos ellos falta totalmente información sobre el lugar, sobre si la República existe todavía, o sobre cómo terminó su existencia.

No obstante, entre los poquísimos estudiosos existen tres hipótesis:

1) La hipótesis inglesa, encabezada por sir Thomas H. Clarke, la cual fue en alguna oportunidad endosada por el recientemente muerto lord Bertrand Russell. Según ella, la isla volcánica desapareció de la superficie de los mares en un cataclismo local, posiblemente por la erupción súbita de un volcán durante largo tiempo inactivo, y de cuya existencia nada sabían los utópicos, que no conocían los volcanes, o en un tiempo los habían considerado como meros adornos o flores descomunales de la tierra que contenían primaveras acumuladas.

2) Los franceses sostienen que los utópicos fueron masacrados y sus cuerpos arrojados al mar por los Zapoletas, que eran, como se recordará, los mercenarios que contrataban para formar sus ejércitos. De esta tesis se deduciría que el pueblo y el gobierno perfectos no deben hacer la guerra, la cual encierra peligros en sí misma y en sus secuelas. La isla de los utópicos habría sido poblada por otras tribus, y quedaría entre las islas de Polinesia, o tal vez podría ser, eventualmente, la isla de Pascua.

3) La tesis norteamericana es la de la integración, según la cual los utópicos se vieron invadidos primero por los hombres solteros de Américo Vespucio, luego por zapoletas y por otras tribus polinesias, que fueron borrando las características especiales de este pueblo memorable, y lo asimilaron a sus culturas inferiores. De donde también algunos deducen los peligros ya tan conocidos de la integración.

Hay un punto sobre el cual posiblemente la oscuridad es mayor que sobre todos los otros: es el de la situación geográfica de la isla. Como Hitlodeo no dejó obra propia, y sólo conocemos sus observaciones a través del relato de Moro (nadie ha pensado en la semejanza con el caso Sócrates-Platón), y posiblemente de algunos otros rastros menos confesados, no se tiene manera de establecer una ubicación aproximada. De donde resulta que las conjeturas son vastísimas, y se extienden a los puntos más extraños del globo. Hay quienes la ven cercana a Cipango, a Cuba (no hay ninguna referencia a las posibilidades de Haití), a Santa Elena, a Pascua. No sé si ello se deba a la referencia fugaz de Moro a “los Escilas, los rapaces Célenos, los Lestigrones devoradores de pueblos”.

Otros la ven como una isla hoy desaparecida del Amazonas. En todo caso, el más posible punto de referencia sería el mismo libro de viaje de Américo Vespucio,<sup>35</sup> que contiene datos que no he visto en ninguna edición de “Utopía”, posiblemente porque la comprobación carecería de interés, y podría también el hecho de que se trata quedar comprendido en las imaginaciones básicas del autor.

Dice así Moro en “Utopía”:

“...dejó (Hitlodeo) a sus hermanos el patrimonio que tenía en su patria, Portugal, y en su deseo de conocer nuevas tierras juntó-

se a Américo Vespucio, del que fue compañero inseparable en los tres últimos de los cuatro viajes que andan en manos de todos; mas no regresó con él en el postrero sino que solicitó y obtuvo de Américo, casi por la fuerza, ser uno de los veinticuatro que se quedaron en una ciudadela situada en los confines alcanzados en dicho viaje... Habiendo recorrido, después de la marcha de Vespucio, muchas regiones, con cinco compañeros de fortín, vino a parar, con admirable suerte, a Taprobana y desde aquí a Calicut, donde encontró, muy a punto, unos barcos

---

<sup>35</sup> M. Fernández de Navarrete, *Viajes de América Vespucio*. Edición anotada. Pcn-KuC:ilne 1941

portugueses que lo condujeron a su patria, cuando ya no lo esperaba”<sup>36</sup>.  
I

Sigue luego el relato de las andanzas posteriores al zarpe de Vespucio. A su vez, éste, en los “Viajes”, dice, al relatar el último: “...pasado este tiempo, y viendo que nadie aparecía, acordamos mi conserva y yo caminar adelante siguiendo la costa, y habiendo navegado 260 leguas llegamos a otro puerto, en el que determinamos construir un castillo, como en efecto lo edificamos, dejando en él veinticuatro cristianos que venían con nosotros recogidos de la nave perdida del Almirante... determinamos volver a Portugal, lo que nos era preciso hacer por griego y tramontana (rumbo N y NE). Dejamos, pues, en el referido castillo los 24 cristianos y 12 piezas de artillería, con otras muchas armas y provisión bastante para seis meses. Quedaron asimismo apaciguados los naturales de aquella tierra. Hállase esta tierra 18 grados fuera de la línea equinoccial a la parte del austro, y 35 grados del meridiano de Lisboa a la parte del Occidente, según lo mostraban nuestros instrumentos”<sup>37</sup>.

-2-

### *El documento de Martín Castro*

Uno de los compañeros de Hitlodeo, que dejó un documento de interés, el cual muestra una fase completamente distinta de ese extraño pueblo, es el soldado Martín de Castro, también portugués, quien vivió un largo tiempo en Utopía. Es, sin duda, el documento más personal de los que se conocen. De Castro, antes de embarcarse con Vespucio, había vivido en Venecia, donde había guerreado entre los mercenarios del Dux Barbarigo. No he querido suprimir nada de su extraño relato. Ni es posible agregar ninguna información en cuanto a su destino final, a las que el manuscrito provee. Se conocen sus antecedentes, y se

---

<sup>36</sup> O.c. Pág. 8 y 9.

<sup>37</sup> *Viajes*, págs. 131-133. Fernández de Navarrete comenta sobre la situación del lugar: “Este puerto, según la latitud de 18°S, donde construyeron el castillo, debe ser el río de Carabelas, que está al O. de los Abrojos; pero reducida la distancia que navegaron desde Bahía hasta dicho punto, resulta su situación por las costas inmediatas al Janeiro, muy cerca del Trópico de Capricornio...”.

sabe cuál fue su recorrido hasta Utopía. Parece que fue hombre valeroso, un tanto poeta, de varia fortuna que lo llevó a embarcarse con Vespucio, y a quedarse luego entre los veinticuatro.

Este es el texto del documento:

“Por las extrañas viceversas de la suerte, después de largas guerras en Italia, después de servirle a la República de Venecia, he venido a dar con mis huesos en esta República Utópica, en la cual las intrigas, las traiciones y la muerte vienen tan a menudo y con tanta o tan poca razón como en la República Veneciana.

“Durante mi extenso tiempo de vida en Amauroto se me permitió trabajar y guerrear, se me dio ocupación, y a decir verdad he logrado subsistir y gozar de alguna consideración, a base de saber un tanto el arte de la guerra y conocer de bellas letras, lo cual me permitió crearme una posición respetable, y a pesar de mi calidad de extranjero ser bien mirado por las gentes con quienes he convivido.

“Fui inicialmente alojado en casa de un Filarca. En la monótona Amauroto, tal vez el sitio menos incoloro era el de aquella casa, que se situaba en la margen del río Anidro, en el punto donde empieza a cortar la ciudad. Cuando fuimos acogidos en ésta, con la sola exigencia de que nos acomodáramos al sistema de trabajo, empecé a trabajar, no como podría esperarse inicialmente, en tareas bélicas, sino en las faenas de las lecturas públicas que antes de amanecer deben recibir quienes están dedicados al estudio de las letras.

“Era verano, el alba llegaba tempranamente. Recuerdo un amanecer maravilloso, en el cual se cambió totalmente mi vida en Utopía. Yo estaba desesperado, había ya iniciado gestiones para que se me permitiera partir del país, a irme a la aventura, para tratar de llegar a tierra conocida. Aquella mañana en la plaza —una plaza como la de San Marcos, de la ciudad de Venecia—, apenas se abría la luz. Del bosque lejano alcanzaba a llegar el aroma de hierba macerada que despide el amanecer. Las luces de la ciudad iban palideciendo con lividez de convalecientes. De

pronto caía una chispa de oro —el primer sol— en los tonos violetas y verdosos del comienzo de la mañana.

“Yo daba mi clase pública, hablaba de poesía, hablaba de Grecia, hablaba del esplendor de las mañanas de Atenas, de cómo en la tarde Píndaro la veía coronada de violetas. Hablaba del mar de vino que vio Homero en la Odisea. Hablaba del mundo, y tal vez con la nostalgia de tierras remotas mi voz tenía algo distinto, que podía despertar una resonancia en otros corazones.

“Allí estaba Teresa. Ese fue el nombre con que la llamé desde el primer día, pensando que era el que mejor traducía el que ella llevaba en el elemental lenguaje utópico. Después de la lección, se acercó a mí, y empezamos a hablar. El día había despuntado totalmente, era ya la hora del trabajo, que para los dos no llegó. Nos expusimos a todas las sanciones que para es\$ casos tiene una sociedad bien organizada, pero fue para nosotros sobremanera hermoso tener aquella mañana cristalina, en las riberas del Anidro, a la entrada misma de la ciudad amurallada.

“Aquella fue la época radiante, la época adorable de mi vida en Utopía, en la cual, en los breves momentos que la regulación de la ley nos dejaba libres, lográbamos ser el uno para el otro, gozar de nuestra pequeña libertad en los bosques, en los parques, en las bibliotecas, en todos los sitios donde lográbamos encontramos.

“Teresa tiene algo maravilloso, que generalmente no sucede en nuestro mundo, y es que su rostro hermoso es el reflejo exacto de su alma. Como lo son su voz tranquila y grave, sus ojos cambiantes como el agua del Anidro, verdes y dorados, y verdes.

“Desde aquel primer día la amé con un amor profundo, casi desesperado, un amor que no permitía otra cosa que pensar en ella, estar pendiente de su ser, buscar todos los momentos para estar a su lado, y permanentemente alimentar la obsesión de llevarla de regreso a mi país, al otro lado del mundo.

“Las leyes de Utopía en esta materia eran arcaicas. Como su situación en la parte no conocida del mundo hacía que los visitantes fuesen escasos, la ley utópica prohibía los matrimonios

con extranjeros. Y prohibía a las mujeres de Utopía abandonar el país, bajo pena de muerte. Por otra parte, las numerosas regulaciones, el tiempo distribuido para gastarlo colectivamente, la imposibilidad de utilizarlo de otro modo, debida a la misma organización social, dificultaban la posibilidad de estar juntos. Teresa era mirada con cierto recelo por las gentes amigas que la veían continuamente frente a un extranjero, casi un esclavo, individuo con estigmas, que no se sabía de dónde procedía ni a dónde iría en el futuro. Los padres de Teresa sufrían con esta situación, su sufrimiento se proyectaba sobre ella y el de ella sobre mí, haciéndonos oscuros y dolorosos los días más radiantes. Pero aun con la angustia permanente del momento que lográbamos hurtar para estar juntos, reviviría uno a uno esos días.

“Las inquietudes se golpaban sobre nosotros como nubes crueles. Seguíamos contemplando el proyecto de huir como única manera de salvar nuestra vida, de realizar nuestro amor. En un país aparentemente sin violencia, lleno de plácidas regulaciones para la eugenesia y para el buen mantenimiento de la vida, sin embargo nosotros nos encontrábamos coartados, sitiados, sin poder casarnos, sin lograr la prolongación de nuestro amor en los hijos que queríamos tener, en la vida común que queríamos llevar.

“La situación era para Teresa cada vez más hostil y difícil. Su actitud podía poner en peligro como personas desafectas a la República, a sus padres. En verdad, la vida en Utopía era apacible porque antes de llegar nosotros no habían conocido nada parecido al disentimiento. Y creo que justamente con mi amor por Teresa, yo había creado ese disentimiento, esa existencia de partidos sordos —que antes eran solamente los célibes y los casados— pero que ahora yo dividía, porque al no permitirme las leyes de la isla casarme con Teresa, me encontraba sin embargo en un partido adverso al de los célibes.

“Nuestras horas de amor eran cada vez más difíciles, teníamos que sacrificar el sueño para estar juntos. Teresa seguía estudiando, seguía asistiendo a las lecturas públicas, que yo continuaba a pesar de todo dictando. A veces, el rincón de la plaza

donde las gentes se reunían me parecía semejante a la Universidad de Padua, o a la de Bolonia, con sus estudiantes trajeados de manera extraña, en un rincón perdido del mar. De allí salíamos, nos escapábamos unos minutos, que cada vez eran más angustiosamente cortos. Yo poco a poco me sentía morir, porque en medio de mi enajenación amorosa tenía cabal conciencia de que Teresa era para mí absolutamente necesaria.

“Por una desusada suerte, una mañana en que erraba yo solo por las orillas del Anidro, vi un pequeño esquiife, aparentemente sin dueño, sobre la playa. Después de cerciorarme de que nadie me vería, logré deslizarlo en medio de unos arbustos, donde quedó oculto. Quedaba el problema de dotarlo de agua y de provisiones para tres o cuatro días, que en una embarcación tan frágil era el tiempo mínimo de la huida. Pero confiaba en conseguirlo con la ayuda de Teresa.

“En el día logré arreglar la situación. Todo quedó listo en medio del bosque, para el viaje hacia el mar, y hacia la civilización decadente de nuestra vida futura. Mi conversación con Teresa fue tensa. Ella, con su alma dividida entre el cariño a los suyos, a quienes dejaría, y su país que abandonaría, y de otro lado, llamada por su amor hacia mí, tuvo unos dramáticos momentos de indecisión, en que mi vida dependió del hilo más frágil, hasta que levantando sus ojos verdes y tranquilos, me miró y me dijo que partiría conmigo, y quedamos de encontramos hacia la media noche...”.

El manuscrito de Martín de Castro, el Portugués, llega hasta aquí. De mano desconocida, hay una adición, que dice:

“Este manuscrito curioso, que se deposita en la biblioteca de la universidad, fue encontrado en los bolsillos de un extraño individuo, llamado Martín, que viene nadie sabe de dónde, y a quien se ve recorriendo los colegios de la universidad. Duerme en algún sitio de Oxford, no se conoce dónde, inviernas y veranos. Y se desliza en horas extrañas, entre las capillas y colegios, y de vez en cuando finge escuchar a la puerta de las aulas. Algunos le han oído decir: ‘Es Teresa, que dicta su clase...’. Otros dicen que ha

■

dicho: ‘Teresa me escucha, yo he tenido más alumnos que los *Dons* de la Universidad de Oxford...’. Por tratarse de un hombre manso, la gente lo tolera, e incluso le ayuda. Dicen que se queda extasiado, hablando a solas, al mirar los amaneceres de verano, y alguien cuenta que lo vio trepar una madrugada a lo más alto de la capilla de Corpus Christi... El no establece claramente en qué sitio se encuentra. Habla de la Universidad de Oxford como si fuese un sitio remoto, y no el sitio en que vive... Y de sus conversaciones entrecortadas, parece que tuviera la sensación de que vive en la República de Utopía, del hereje Tomás Moro, y no en la universidad...’.

(1970)

## El ala izquierda del águila

El siguiente texto tiene valor simplemente por un notable adjetivo. Tal vez es un texto excesivamente emocional; hay quienes dudan de su verdad histórica, aunque siempre ha tenido importancia la verdad histórica de los ayudados de cámara. El adjetivo en cuestión es contrapuesto y enemigo de la gloria del Emperador. Sospecho, sin embargo, que los adjetivos inexactos adquieren en su momento toda su justicia, y que éste puede ser uno de ellos. En general, no puede atribuirse tanto mérito a un adjetivo, ni su dominio puede ser tan grande sobre la historia. Pero hay ocasiones en que por circunstancias de las quiebras de la vida las palabras se convierten ya sea en condicionantes, ya en humanizantes.

Puede en contra argüirse que el texto es desvaído, contradictorio, apenas un borrador de los destinos humanos que se consagraron en Santa Elena. Sin embargo, ello mismo nos abre las posibilidades óptimas para juzgar hasta qué punto en una vida los elementos despreciados son causantes de equívocas mutaciones del destino.

No fue el amor a que se refiere esta acta de separación —si así podemos llamar todo lo que se limita en estas páginas, y sobre todo, aquello que dejan sin decir— uno de los menores del protagonista de la historia. Pienso, al contrario, que fue determinante en grado mayor, no de los hechos de una vida, sino del duelo mismo que la consumió. El autor no es considerable; es éste el único texto que de su vida militar ha pasado a la historia. Pero ese mismo hecho lo independiza de una serie de *tics* históricos subalternos de los cuales adolecen los relatos de quienes por tener un gran papel en la fabricación de los hechos no tienen la capacidad de contar de ellos sino su propio costado. Se trata del teniente Hervé de la Gorce, oficial que empezaba su carrera en el ejército napoleónico cuando acaecieron los Cien Días, y ya una de las alas del águila —la izquierda— se inclinaba peligrosamente. Por cierto, que en uno de sus escritos habla de poseer un tintero cincelado por el gran orfebre Pinédo, en el cual, como en el

momento de los Cien Días, el ala izquierda del águila rasa el suelo imperial. Pero debemos pasar al texto, con su imponderable adjetivación. (Está fechado en 1820, y cabe señalar que todo él se basa en referencias de tercera persona, ya que cuando el autor vio al Emperador su visita estuvo interferida por una respetuosa incapacidad para hablar).

No obstante, su minuciosa relación de los amores del Emperador con la condesa Walewska tiene el mérito de recoger en ella todos los chismes, todas las intrigas de la corte. Todo ello, desde la condesa disfrazada de aldeana que salió a recoger la estela del carro imperial, a los bailes de la corte, a la presión política que presidió la entrega de María. Nadie ha dudado nunca del amor sin sombra de esa mujer adorable, la más adorable que el Emperador conoció, cuya gracia y cuyo amor sobrepasaban mil veces a la transitada Josefina, o a la borrosa María Luisa.

La tesis que ingenua y verazmente sostiene De la Gorce, establece que el destino de Napoleón se habría modificado sustancialmente en el caso de que su relación con la condesa Walewska hubiese sido más permanente, que no más profunda, porque nuestro oficial no duda en ningún caso del amor del Emperador por María, y al efecto rememora no solamente la campaña de Polonia, el regreso de la derrota de Rusia en 1812, sino los momentos más decisivos de la vida napoleónica, como fueron, primeramente, la isla de Elba, cuando comienza a ponerse el sol de Austerlitz, y María, la esposa separada, llega en las sombras de la noche, como reina de Elba. Pero la corte minúscula llena de secreto su viaje, porque aún ingenuamente se espera la llegada de la emperatriz María Luisa, que ya ha vendido a su Emperador por un granadero de la Corte de Austria. Con razón el Emperador consideraba a las princesas como mercancías políticas que no debían amar o ser amadas.

Luego viene el momento en que se queman las alas del águila, en que el Imperio ya crujiente se parte en las manos inglesas. María viene de nuevo a los jardines florecidos de la Malmaison. Viene acompañada de Alejandro, el hijo de los dos.

La historia común dice que ella propuso al Emperador seguirle al exilio, y que él le prometió llamarla si lo permitían los acontecimientos. La explicación que se da, es la de que el Emperador debía seguir fabricando su propia leyenda de martirio, contra lo cual el porvenir burgués de vivir con una amante tenía una inevitable fuerza destructora.

Pero De la Gorce no piensa así, como podrá verse del texto. Para él, María habría sido la *honorable emperatriz de Santa Elena*, si lo hubiera querido. Cita fuentes desconocidas para demostrar que quien no quiso viajar, para así mantener la leyenda del martirio, fue

María, desgarrada y dolorosa, pero consciente de la necesidad de que el mundo viera a Napoleón morir como mártir, abandonado y heroico en la isla que era como el esquema de su muerte. María, que lo amó hasta más allá de su gloria. Napoleón le imploró, hasta que al amanecer, vencido, la dejó ir, después de tenerla por última vez entre sus brazos, cuando ya las garras de la Santa Alianza pisaban a París. Según sus desconocidas fuentes, María estuvo meses al borde de la muerte, muerte de amor y de pesar de su inmenso sacrificio, mientras el Emperador se consumía en su propia llama.

Como va a verse, el texto tiene una muy curiosa redacción, y como antes decía, una adjetivación increíble. Aunque, como se dice, es menester pensar que a lo mejor la falta de retórica es en realidad una retórica diferente.

En todo caso, no puedo dejar de prevenir al lector, antes de iniciar la transcripción del manuscrito, contra la más absurda e ingenua de las hipótesis, hija de la caliente imaginación de la época, y según la cual la Walewska visitó dos años después al Emperador, en Santa Elena, según De la Gorce supone disfrazada, no se sabe si de grumete o de esposa de algún capitán de barco mercante. Esta hipótesis, a mi modo de ver, tiene tan escaso fundamento que parece que no vale la pena ni siquiera analizarla. La constante María no volvió, seguramente, a verlo. Lo que ocurre es que a veces los románticos como De la Gorce no se resignan, e

intentan destruir lo que más aman. En verdad, María fue sabia al preservar la leyenda del águila cautiva. Y en el caso, improbable o improbable, de que María hubiese visitado a Napoleón en Santa Elena, es más conveniente para la gloria histórica que el hecho quede oculto en la parte velada del *romance ilustre*, como De la Gorce lo califica dentro de su epónima adjetivación.

Después de este vasto y fatigante exordio, procedo a transcribir esta muestra de estilo de la época. Dice así:

*“Cuando pienso en el pobre Emperador...”*

(Las páginas siguientes del manuscrito continúan extraviadas).

(1970)

¿La revolución no tendrá lugar?

I

El conde Nikitin regresa de Siberia al finalizar 1786, después de un vasto exilio impuesto por la emperatriz Catalina II. Encuentra habitado por las ratas su palacio de segunda clase en Petersburgo; las telas de araña prolongan las arañas de cristal, las ventanas están desprotegidas de los vidrios de invierno, los domésticos han huido salvo el viejo mayordomo, que habita las cocheras, para calentar las cuales ha ido consumiendo, pedazo a pedazo, los espléndidos muebles franceses. El conde regresa sin un kopek, a definir su divorcio, pues su esposa se ha ido a Prusia en compañía de buena parte de sus escasos bienes y de un diplomático menor. Al recibir el perdón de Catalina, el espíritu del conde Nikitin se ha llenado de gratitud por la magnanimidad de la soberana, a la cual piensa dar las gracias en el momento en que le sea acordada una audiencia.

Al encontrarse en la tumultuosa soledad del palacio arruinado, el conde no puede soportarla, sale a la calle y empieza a caminar sin saber hacia dónde, en medio de la nevada nocturna. A poco se da cuenta de que se halla en las cercanías del Palacio de Invierno, al borde del Neva congelado. La noche es inexorable y la raída pelliza del héroe desterrado no alcanza a darle suficiente calor.

De pronto, ve a un hombre alto y corpulento que viene corriendo entre la nieve, a grandes tumbos, y se dirige hacia el río. Le persiguen otros dos, uno de los cuales dispara una pistola una y dos veces. Mientras la recalza, el hombre alto ha seguido huyendo, pero al fin cae sobre el suelo nevado, en el cual las gotas de sangre perduran implacablemente.

Cuando Nikitin, perturbado, alza los ojos hacia la ciudad, ve llamas y humo de incendios, y oye rumor de gritos. La ciudad quieta y desierta súbitamente se ha despertado como un león, transformada en una ciudad amotinada. Hay banderas rojas en las calles contra la noche negra. Hombres extrañamente vestidos las recorren vociferantes. Hay nieve roja y negra, el clamor que se

alza es una voz única, más que nunca Petersburgo parece una ciudad de fantasmas.

Después todo se esfuma, hay un regreso a la noche normal, y el conde Nikitin, sin saber qué le ocurrió, piensa en una posible prefiguración de algún hecho futuro. Se encuentra de pie en el sitio en que, años de años más tarde, Arkadii Nikitin, su tataranieto, perecerá herido por una bala enigmática, durante la Revolución de Octubre, poco después de la muerte de Grigorii Yefimovitch Rasputin, la cual su tatarabuelo presenció esa noche en el Neva, para luego pasar a vivir un momento de los diez días de la Revolución.

El conde Nikitin tiene por un momento la idea de quedarse dentro de esa vida que contempla, pero no tiene tiempo de decidirse, porque todo vuelve a su nivel antiguo, y se encuentra de nuevo contemplando las ondas congeladas del Neva imperial. Y tiene misteriosamente la certidumbre de haber visto algo que deberá ser secreto para siempre.

El conde ve la prefiguración de los hechos futuros del reinado del último zar Romanov, Nicolás II, pero nunca hará uso de esa arma poderosa, y permitirá que la historia siga su curso, el cual no puede él evitar. Acaso, también, hubiera querido hacerlo si los hechos que anticipa hubiesen estado destinados a ocurrir durante el reinado de S. M. Catalina II, quien tanta merced le hizo al indultarle de su exilio en Siberia.

Por eso el conde, una vez restituida la calma, otra vez ante el color del cielo de invierno, vuelve lentamente la espalda al futuro y regresa a su palacio de segunda clase, a compartir en la cochera con su viejo servidor el escaso calor de la madera francesa de los muebles memorables, tal como un día tendrán que hacerlo sus descendientes.

## II

Al llegar una noche al palacio, encuentra el conde un mensaje de un señor extranjero, llegado a Petersburgo, a quien le presenta su primo Arkadiev de Moscú. El señor se llama Francisco de Miranda, originario de Venezuela, hombre

≡

distinguido que adelanta el *grand tour*. El conde piensa que acaso por su medio y con las relaciones que le produzcan las cartas de presentación, podrá ajustar un poco su menguada situación a la sombra del visitante, y al día siguiente va a la casa del coronel Levachov, a saludar al extranjero a quien encuentra que todos llaman conde, y que goza de la marcada simpatía de la Emperatriz. Le acompaña a visitar a la condesa de Rumantzov, a Mr. Anderson, a la señora Rivas, al duque de Serra- Capriola, al conde de Osterman, al señor Markov, al príncipe Kurakin, al señor Naritchin, al señor Betkin, y aun hasta la antesala de la Gran duquesa y el Gran duque. El exilado que vuelve se convierte por unos días en el fantasma del indiano, al cual oye relatar la historia de cómo una noche a altas horas fue invitado a pasar a los aposentos de Su Majestad la emperatriz, y de sus mutuas complacencias, de lo cual se ríe ampliamente a sus espaldas, pero queda pensando con envidia que pudo ser cierto, y lo será cuando Miranda quien ha evitado cuidadosamente escribirlo en su diario, lo cuente en la corte inglesa, o en Francia, o aun en su lejana América salvaje. Le propone a Miranda que sea él su padrino ante la corte para redimirse de su pobreza y de las lacras del destierro. Miranda sabe que su compañía condescendiente le ha ayudado al conde, pero sabe también hasta dónde debe llegar. Sus contestaciones vagas y distraídas dan a entender al conde desesperado que nada más puede sacar del extranjero, que a su vez ha extraído de él cuanto podía darle. El conde hace su balance, y resuelve arrojarse a las aguas del Neva, que empieza a deshelarse. Cuando camina por el mismo sitio frente al Palacio de Invierno, se ve envuelto en un torbellino de viento, que hace chocar en la noche de la ciudad transparente los bloques de hielo que flotan en el agua del Neva. Escucha de pronto un rumor de batallas, ve soldados franceses, y entre ellos a Miranda. Lo ve entre banderas, entre luchas marciales que se prolongan, lo ve procesado, luego lo ve navegando, y después encerrado y sucio en una mazmorra que él piensa que es Petropavlovsk. Hay entonces un ejército medio desnudo de descamisados, de indios, mestizos y

mulatos que empiezan a combatir, mientras Miranda se va liquidando en su celda.

Sorprendentemente tranquilo al sentirse vengado con la prisión de su enemigo, Nikitin resuelve no sumergirse en el agua helada, y más bien llamar a la puerta de su pariente el príncipe Kurakin, que puede abrirle el camino. Y regresa a su palacio deshabitado, al calor de la cochera, y desde el día siguiente empieza a relatar, discretamente, la supuesta aventura de Miranda con la Emperatriz, en la esperanza de que llegue a oídos del príncipe Potemkin y se apresure el viaje del criollo hacia la mazmorra final en que le vio.

Pero ese viaje sólo comenzará tiempos más tarde, y entre tanto el conde Nikitin se va borrando de hambre en las habitaciones de su palacio de segunda clase. A poco, olvida el nombre del extranjero, piensa que su visión fue real, como la de la primera noche, una las dos y de su elaboración surge una extraña zarabanda sin localización temporal.

### III

El conde Nikitin, poco después del viaje de Miranda, se siente de nuevo acosado, y va al sitio, que ha convertido en una especie de altar de anhelos permanentes, a esperar la visión reivindicadora. Esta vez se sienta sobre el muro de piedra que separa el camino del curso del río, y al volverse ve a un hombre exactamente igual a él mismo, asomado a una resplandeciente ventana del Palacio de Invierno, y que tiene enlazada con su brazo a la Emperatriz. Esta visión coincide con su provocación de tiempo atrás, con sus celos de Miranda, y con su abstinencia carnal de algunos meses. Piensa que su visión se acerca día por día en el tiempo, y espera halagado que su presagio se cumpla. Mientras los días pasan, siente que por fin su tiempo de privaciones ha terminado.

### IV

De todas estas cosas hizo mérito en la prisión, ante su compañero de celda, quien se encargó de relatarlas. Cuando Nikitin se encontraba frente al pelotón militar de fusilamiento que

le correspondía por su calidad y por haber esparcido, según rezaba el cargo, rumores sobre la amistad íntima de una noche entre Catalina y Miranda, pensó que todas sus visiones eran inexactas, que el futuro se le había robado. La primera inexactitud estaba en su propia muerte, que le llegaba en vez del amor de la Emperatriz; la segunda, pensó con tristeza, sería la de que el extranjero Miranda —recordó ahora su nombre—, culpable de su desventura, no tendría cárcel, revoluciones ni batallas. Y la tercera —esta vez con alivio por su amada Rusia— que ésta seguiría siendo la misma, que el asesinato que él había contemplado no tendría lugar, y que en el mes de octubre de ningún año habría revoluciones en la hermosa Petersburgo que veía por última vez, llenos los ojos de ella y del recuerdo de la infiel Emperatriz.

## Vida sexual angélica

Un teólogo tiene la visión de la discusión obstinada que mantuvieron en Constantinopla, a lo largo de todo el período del sitio turco, los cuatro teólogos que se ocupaban del arduo problema de definir el sexo de los ángeles. Permanecieron en el mismo sitio hasta que los turcos invadieron la plaza, y como la casa cercana a la catedral, en la cual estaban sesionando, fue incendiada, no se sabe exactamente qué fue de ellos, aunque mientras unos sostienen que se quedaron viviendo en Turquía y abrazaron finalmente la fe musulmana, otros mantienen que se dispersaron y dos de ellos se hicieron soldados mercenarios.

Pero la más verosímil solución del enigma, es la que dio el mismo teólogo obsesionado por su visión celestial, según la cual la tesis de los ángeles femeninos sería la adecuada, y que ante el peligro de muerte a manos turcas, los propios ángeles —o ángelas, en su caso—, los llevaron a sus moradas secretas, donde al cabo de los años dieron origen a un aguerrido y especial pueblo oriental, que a lo largo del tiempo ha producido hechos históricos de inusitada categoría.

Es de anotar que los teólogos llevaban cinco años de su discusión, y que su término, que milagrosamente coincidió con el final de la después llamada Edad Media, no tuvo nada que ver con el tránsito realizado por la humanidad, no obstante que trataban de dirimir un problema de profunda significación para ella.

Sin embargo, y misteriosamente también, los cuatro sabios siguen su investigación milagrosa y años más tarde se sabe que aparecieron continuándola, todavía sin definir una orientación, en la América colonial, en Cartagena de Indias, en momentos en que los piratas ingleses la sitiaban para asolarla. Para ese tiempo la discusión se complica puesto que no solamente se refiere ya al propio sexo de los ángeles, sobre el cual han alcanzado a adquirir copiosa información, sino a la raza de los ángeles, a su religión y a su condición dentro del mundo celeste. Se supone que al huir los ingleses se llevaron a los cuatro teólogos, a los cuales incorporaron a un pastor protestante que acompañaba la

expedición. No se sabe si el navío se hundió. Pudo ser así, y en una de las islas del archipiélago de Las Tortugas, a donde llegaron los restos del naufragio, se dijo durante mucho tiempo que en un picacho existía una cabaña en la cual se veía a los teólogos discutiendo incansablemente. Parece que uno de ellos había logrado la prueba indiscutible de que los ángeles tenían senos, lo cual podría ser concluyente en cuanto a su carácter femenino.

Algunos utopistas consideran que el único sitio en que la venturosa discusión podría continuarse, sería el país de Utopía, en el cual este tema sería de necesaria actualidad dentro del engranaje mismo del Estado, que tendrá también que proveer ocupación para los teólogos. En cuyo caso, la discusión se continuaría bajo los auspicios de la remuneración estatal.

Pero este tema está aún por comprobarse. El hecho es que la discusión sobre el sexo de los ángeles continúa, sin que hasta el momento los teólogos hayan pensado que la lógica explicación es la de que entre los ángeles los haya de los dos sexos, lo cual justificaría también la perduración de su especie.

Los últimos datos sobre esta controversia teológica, la sitúan en la universidad, con los teólogos en dedicación exclusiva para dilucidar el punto. Uno de los escollos más agudos que encuentra el problema, es el caso de la conciliación del marxismo con la existencia de los ángeles, lo cual tampoco es imposible, y por el contrario, abre nuevos y anchos caminos a la investigación.

Una prueba que se ha citado sobre la existencia de los dos sexos entre los ángeles, es la Constitución de 1863 de los Estados Unidos de Colombia, ya que, según se dice, Víctor Hugo conceptuó que se trataba de una Constitución para ángeles, y está demostrado que se aplicó para seres de uno y otro sexo.

La discusión continúa todavía, y en algún lugar los teólogos siguen reunidos. Hay quienes dicen que el sexo ha cobrado mayor importancia en el mundo, pero parece ser que lo que ocurre es, simplemente, que ha salido a la luz, lo cual significa que los teólogos tienen más elementos para dilucidar su problema, y ello permite esperar que lleguen a una conclusión.

■

Lo cual a su vez plantea el difícil interrogante de qué harán los teólogos cuando terminen su cometido. No se sabe si regresen al sitio de Constantinopla, o bien si opten por demorarse en una de aquellas etapas en que se han enredado otros problemas con su problema central.

O si, de pronto, descubren que es evidente lo que pensó un campesino, viéndolos deliberar encarnizadamente sobre el tema en un pueblo de los Andes. Al verlos manejar tarjetas, fichas, notas, desde la ventana de la casa rural donde estaban, en altas horas de la noche, el hombre pensó que se trataba de ricos señores, lo cual era evidente tratándose de teólogos, que intentaban, perdidos en la baraja española, determinar de una vez por todas el sexo de la sota.

*(1972)*

El dios errante.<sup>38</sup>

*En memoria del abuelo Juan de Dios, quien lo conoció y lo escuchó.*

El 8 de septiembre de 1857 zarpó de Liverpool, en el *clipper* “*Flying Cloud*”. Provenía de Francia, pero durante sus últimos años se había ido consumiendo en el rincón de una vieja casa de Hamburgo, cerca de las callejuelas estrechas del puerto. Los años anteriores habían sido elegantes y extraños, en medio de danzas delicadas, entre encajes y perfumes, acariciado por manos voluptuosas y por deseos pecadores. Sin embargo, su impasibilidad oscura persistía, y solamente la pulsación maravillosa dejaba salir lentamente la increíble melodía.

En el salón de subastas había sido vendido por una suma irrisoria para un piano Pleyel de tan cara sonoridad. Alguien lo había comprado y dado la orden de situarlo en Liverpool para el cruce del mar. La travesía de verano, cuando la brisa revestía el *clipper* de velas musicales, de notas surgidas del vientre del piano negro, había sido lenta e inmisericorde, hasta rezumar en la densidad del calor del trópico chorreante por la proa del barco. Las figuras que se paseaban sobre cubierta al atardecer tenían algo desconocido y misterioso. El abuelo las contemplaba pensativo. El paso por los muelles de New York, la ruta hacia Cartagena de Indias en un carguero que daba tumbos sobre el mar picado, todo concluía, quedaba cerrado.

Teníamos que remontar el Magdalena con el piano a cuestas sobre un lanchón nudoso. Al fin lo vi colocado, y el bongo empezó a navegar lentamente río arriba sobre las aguas dulces y

---

<sup>38</sup> Después de su publicación, “El dios errante” fue incluido como un capítulo de la novela *La otra raya del tigre*, del autor. (Siglo XXI de Colombia. Primera edición, Bogotá, 1977.)

fangosas. El piano estaba sobre la lancha como el protagonista insensible de una historia maravillosa, en la cual desfilaban las mujeres a quienes habían estremecido sus notas, aquellas que se las habían arrancado con un impulso sexual trunco, aquellas que habían sido apretujadas, acariciadas, besadas, sofaldadas y aun, caso insólito, aquella que en una helada noche alemana, entre el desconsuelo de la nieve, había sido poseída y había gemido, y se había desesperado de voluptuosidad sobre la tapa muda del piano.

Aquí estaba encerrado en su cajón como cajón de muerto, destinado a futuros ataúdes de pino, remontando las aguas penosas del Río Grande de la Magdalena bajo el cielo injurioso, con el ruido del agua ignorante de su parentesco musical.

Estaba aquí, el abuelo lo veía entre las canciones hispídas de los bogas, entre el tabaco mascado y los relucientes brazos negros. Una tabla del cajón se había zafado y por ella se entraban apacibles futuros comejenes y carcomas. Al llegar al caserío donde la noche alumbrada de antorchas y ron de caña padecía un atardecer con una luna helada y misteriosa, entraron al bongo las mujeres, a fornicar con los marineros de agua dulce por unos puñados de monedas. Una de ellas metió la mano por el hueco de la tabla desprendida, y sin saber cómo arrancó unas notas que se quedaron temblando en el aire quieto. La negra fue tumbada en el piso por el contraмаestre, y los aullidos placenteros siguieron el mismo camino de las notas suspendidas.

Pulgada a pulgada, día a día, año a año, el piano iba remontando la corriente del río como un buque fantasmal. Después de meses de subienda, de orgías, de estallidos sexuales, de maldiciones y cansancio, de calores, de sudor y de hambre, iba llegando, poco a poco, a Mompox. Pero ya el brazo del río se había desviado, Mompox estaba en seco como un barco varado sobre la playa, y el bongo permaneció durante varios meses atracado en la arena, con el piano abandonado y solo como un fantasma, tirado a la orilla del río resbalante, con la muerte de los pianos, que es la mudez.

(En Mompox había una casa blanca, de portalón verde con

escudo de armas en piedra. Con unos muebles franceses de estilo Imperio arrumados en una sala de ventanas cerradas en donde no había un piano, pero en su rincón secreto sí había un arpa, en cuyas cuerdas se enredaban las telarañas y trepaba la mugre como un pesar, donde había colgados de las paredes unos cuadros grandes que no se veían en la sombra, y si se abría la puerta del fondo, se atravesaba por un cuarto empapelado de rojo oscuro, desde cuya puerta interior podía verse una gran cama tallada en la cual el acto sexual revestía el carácter de respetuosa ceremonia, atestiguada por la jofaina y la palangana de porcelana con grandes rosas, y el bacín gemelo, discretamente escondido bajo la cama nupcial, y en los corredores las largas solteronas vestidas de negro recorrían la casa y la vida como un cansancio, añorando el empuje masculino, consumidas de virginidad, de soledad y de tristeza, mientras se desleían las horas muertas y por la calle empedrada de la tarde no pasaba nadie, no había nadie que apareciera en la esquina y parecía que todos nos hubiéramos muerto).

El piano sigue allí tirado como la prodigiosa sirena encallada, como el barco fantasma. La sinfonía del piano no está en sus notas muertas, sino en el viento que pasa, en el sol que va devorando la madera del empaque, en las hormigas que en ceremoniosa fila van penetrando en el interior del cajón, hasta que un día aparecen los negros borrachos acompañados de una negra ataviada de rosa con un estrafalario sombrero lila, la cual, apenas entra la barca en el agua alza sus enaguas y pone sus posaderas oscuras en la tapa del cajón del piano, y el piano va nuevamente aguas arriba, un mes tras otro, hasta completar un año más, mientras las gentes de los caseríos salen a la orilla a contemplar el cortejo fantasma y a oír los cantos borrachos de la negra, sentada con las piernas abiertas sobre el piano que alcanzó a desgranar notas sobre la noche del Segundo Imperio, el piano occidental mensajero de cultura y redención para los pueblos hambrientos y sedientos y desesperados y esclavos. Y al pasar por el último caserío, un negro ríe desde la orilla, un negro alto cuya carcajada tendida va rebotando hasta el piano y misteriosamente el sonido

hace vibrar una cuerda que despide una nota, la cual basta para inmovilizar a la negra, que resbala y se pone de rodillas, y la lancha se desliza de pronto con más brío.

Cartas van y vienen, cartas del destinatario impaciente, y los correos que las portan pasan con los reclamos cerca del piano, el abuelo se mueve intranquilo y repasa el tiempo, y al fin, en uno de los caseríos que recorre el inmenso viaje sobre el río, hay una cruz sobre una de las chozas, y un hombre de túnica blanca agita las manos desde la orilla aventando bendiciones, las bendiciones saltan sobre el agua como piedrecillas lanzadas al ras de la superficie, los habitantes se congregan para ver pasar al Demonio hembra vestido de rosa y con sombrero violeta, que manotea sobre el piano escondido ululando maldiciones, y el hombre de blanco se da cuenta de pronto de que sus fieles creen más, mucho más en el demonio rosado que en los latines que murmura despechadamente lanzando cruces con su mano derecha sobre la barca hereje.

Vienen a veces las crecientes del río, y hacen devolver la barca, la túnica rosada de la sacerdotisa se ha ido cubriendo de espuma de plantas acuáticas, los remeros jadean luchando contra la fuerza del agua que los devuelve hacia Mompox, y gritan y sudan y sangran y maldicen, y la barca con su piano a cuestas se va devolviendo lentamente, y la lucha se traba de nuevo hasta que la barca se queda como suspendida, y las aguas pasan y el tiempo va corriendo y el piano continúa semi-sumergido en el Río Grande de la Magdalena, desde la altura de Mompox hace cien años y la negra todavía tiene su sombrero violeta sobre el cuerpo casi desnudo lleno de jirones rosados, y si canta muy fuerte o se ríe muy alto suena de pronto una nota sostenida en las entrañas del piano.

Después de muchos, muchísimos años flotando en la corriente del río, llegó el piano por fin a Puerto Santos, para subir a los pelados cerros donde vivía el hombre alemán que lo esperaba. Pulgada a pulgada, paso a paso, veinte hombres fueron llevando por la trocha disparatada, subiéndolo palmo a

palmo sobre unas vigorosas andas de santo que se usaban en las procesiones. En el ascenso a los picos andinos pareció que el piano flotara en los aires, que recordara de nuevo su condición de barco y se aprestara a hacerse a la mar. En otros momentos se cimió como un animal violento sobre los hombres que lo cargaban, a punto de aplastarlos. Ninguno de los hombres sabía que podían existir mujeres tan hermosas como las que lo habían tocado o como las que habían sido acariciadas sobre él, no sabían de los perfumes, de las sedas, de los candelabros de cristal. Sabían solamente de la selva sobre la cual, en sus hombros, el piano navegaba. Sabían de las rocas por entre las cuales debían subirlo a la morada inaccesible del solitario. Palmo a palmo, uña a uña, fueron subiendo. Les llegaban los rumores de las fiestas sabáticas que a la orilla del puente organizaba el alemán desterrado con las campesinas de la comarca y los petimetres de los pueblos cercanos. Sabían que hacía largos meses el piano iba pasando por entre las haciendas del alemán. Unos morían en el camino. A todos se les despedazaban los hombros y las manos. Cuando descargaban el piano, y el túmulo se erguía sobre las rocas, eran sacerdotes de un lejano culto destinados a morir ante el dios. Las tierras se iban pelando, iban desapareciendo las vegetaciones, no quedaba sino la roca, y allá arriba, entre rebaños de cabras, nubes y espinos, la casona, el castillo, la morada del hombre alemán.

Al fin un día de los años, apareció en la punta de un cerro la casona. Dos meses más tardaron en empujar el túmulo por entre las escarpas. Y al fin quedó depositado a la orilla del estanque que, para su placer, había fabricado el hombre, y en el cual, con visos de esmeralda en sus arrugas escamosas, se sumergía plácidamente, también un dios, gordo y reluciente, un pictórico caimán.

Este fue el encuentro de los dos dioses. Los veinte hombres durmieron tirados en el suelo a las puertas de la hacienda. Y aquella

noche el orgasmo de las Valkyrias recorrió las serranías. El tercer dios, Wagner, había bajado a reunirse con sus congéneres.

El hombre alemán quedó solo en la casa con sus tres dioses y a la mañana siguiente los hombres repasaron el rastro de sangre del piano sobre las piedras.

(En una región de Colombia se ha fundado un poblado, la casa más ancha de la localidad resplandece. Veinte hombres, los mismos, llegan a la puerta trayendo en su lomo un piano, el primero que se conoce en la región, el instrumento prodigioso, la caja de música de la civilización occidental, Mozart, Beethoven, Haydn, Brahms, Berlioz, todo contenido en un cajón de madera y unas manos. Sabemos de dónde viene, sabemos la fecha en que salió de Hamburgo, cuándo se hizo a la mar en Liverpool, cómo llegó a Cartagena, cómo durante años estuvo remontando el río Magdalena, y sabemos que desde allí estos hombres han venido transportándolo durante años para llegar por fin y permitir que sus notas acuáticas se deslicen por el lomo de la noche caliente. Alguien toca el piano, hay parejas que danzan, hay amores que se tejen y destejen).

El abuelo ve que las manos siguen pulsando las teclas, oye surgir el chorro del sonido, lo siente extenderse indefinidamente, siente cómo va desparramándose sobre la llanura y va trepando del otro lado las montañas, y las notas resbalan sobre los tejados de la ciudad más antigua, y entran en las bóvedas entre las osamentas de los cautivos, y pasan a los palacios carcomidos en los cuales se abre la flor del inquilinato, el estigma de la casa de vecindad, el dolor de la pobreza, pero están en las gradas del poder, donde el presidente en guerra fulmina contra los partidos expósitos el rayo del decreto, y están en la orilla del mar navegando en las goletas costeras y en la selva verde cruzada de pájaros, jaguares y serpientes, y en la puesta del sol, sobre las cimas de los Andes, al lado de la soledad cimarrona, y en la nieve extinta de los volcanes muertos.

Ferozmente, dulcemente, la espuma de las notas se arremolina con la velocidad del sonido y en éste va rodando, y se detiene en los caballos amarrados de los troperos sedientos, y baja a las trincheras de la guerra, a servirle de almohada a los muertos

del pueblo, y está ante una pareja trenzada para engendrar un hijo, y suena en la celda de un monje que se flagela ardiendo de pecado, y está enredada en un balcón y retorcida en una callejuela y si el abuelo mira y escucha, sabe que está aquí, allá, muy lejos, que la música en este segundo cubre todos los espacios que puede abarcar su pensamiento y que es la misma música, en el mismo instante, que abarca ciudades y campos, hombres y mujeres, animales y desesperación, árboles y tranquilidad, cielo y tierra, y nadie sabe hasta dónde en este propio minuto alcanza a ir sonando esta música, entre balazos, entre risas, entre gritos de dolor, y el abuelo no sabe si es antes o después, sino que la música está en todas partes y sigue sonando y el tiempo es otra cosa, y la música está extendida, en este momento del mundo, y ahora oigo yo las notas, me siento incómodo dentro de la levita del abuelo y ahorcado con el cuello de pajarita, miro la madera oscura, sé que es el mismo piano que llegó a la casa del alemán, pero nunca estuvo allí, porque estuvo viajando para ver esta ciudad naciente. Pero el abuelo sabe —yo sé— que es *el mismo*, sin duda, porque en el flanco derecho tiene la huella del pistoletazo que mató a un hombre, y que ocasionó que fuese vendido en la subasta de Hamburgo.

Y el abuelo sabe que ahora el piano va a continuar su viaje.  
(1973)

## Información sobre el convento de Santa Cristina

### I

El convento está en medio de la meseta yerma, al lado del camino que sube a trancos y desciende después hacia las simas profundas que invierten los Andes. Arquitectos que han observado esta maravilla de la creación española en el Nuevo Mundo, han apreciado en un kilómetro la longitud del edificio, ancho de trescientos cincuenta metros, y que tiene 875 ventanas en el piso bajo y 900 ventanucos en el alto. Se calculan en él cuarenta patios empedrados, rodeados del correspondiente claustro, cada uno de una cuadra de lado, dos mil setecientas celdas, veintiocho capillas, dieciséis refectorios, veintidós locutorios y cinco capellanes, todo esto sin contar las instalaciones dedicadas a la servidumbre.

Un estudio religioso muy denso<sup>39</sup> —porque las solas dimensiones del edificio, si se le estudia como expresión de fe, dan lugar a toda clase de especulaciones de carácter religioso—, ha dejado muy claramente descrita la organización social del convento. Desde su fundación, en mitad del siglo XVII, cuando se dio al servicio una pequeña parte, ya que la totalidad solamente se terminó cincuenta y siete años más tarde, se dedicó por los donantes laicos y por la curia a refugio religioso para damas de la clase alta que deseasen huir de la vanidad del mundo de los vivos. Por su linaje y por su educación, el arzobispo consideró apenas normal que cada una de ellas tuviese derecho a su propia sirvienta, lo cual se justificaba dada la concepción misma del convento, en el cual cada celda de las dos mil setecientas tenía su correspondiente salón de recibo, que a la vez podía usarse como refectorio privado, y dentro del sector de servidumbre había también una celda destinada a la criada de la monja, que preparaba su comida (había muchos casos de dietas especiales), lavaba y planchaba sus ropas, y arreglaba las habitaciones.

---

<sup>39</sup> *La epopeya de la fe americana*, por el R.P. Mario Martín de Santa Cruz. Contiene un análisis exhaustivo de las Fundaciones conventuales de Hispanoamérica y su significación en la historia religiosa del continente. Fue publicado en México en 1802. No tiene pie de imprenta.

≡

En el mismo estudio que citamos aparece otro dato interesante:<sup>40</sup> además de la elevada dote, el convento exigía a las damas que ingresaban a él, y que debían hacer sus votos una vez agotado el tiempo de noviciado o postulante, que usaran los hábitos que la comunidad les suministraba, hecho de estameña burda importada de España. Pero se les permitía usar ropas interiores de seda de acuerdo con las costumbres de la época. También había algunas regulaciones en cuanto a muebles y enseres. El lecho podía ser doble, las sábanas de lino; el número de colchones se limitaba a uno de plumas y otro de lana, y el de cojines o almohadones a tres.

Adviértase que las informaciones en que se basa el estudio corresponden intencionalmente al período de 1750 a 1760, lo que explica algunas discrepancias con la época actual. Aunque la comunidad era de las llamadas “de clausura”, se disfrutaba de un amplio permiso para la recepción de visitas durante las horas del día. Estas eran prohibidas después de las seis de la tarde; sin embargo, era frecuente que las monjas las recibiesen, con el inconveniente de que el visitante se veía forzado a quedarse hasta el día siguiente pues la hermana tornera tenía la estricta regla de no permitir salir a nadie. Las entradas de visitantes nocturnos ocurrían por la puerta trasera, y ellos tenían que recorrer medio kilómetro de patios en los cuales, naturalmente, era arriesgado encontrar a otros visitantes o peregrinos.

El Convento de Santa Cristina hizo mucho bien a la vecina ciudad de San Miguel de Aranda,<sup>41</sup> la cual, cuando el edificio se empezó a construir, era apenas un pueblecito que creció a expensas de la multitud de familias que llegaban al santuario a visitar a sus santas familiares. Hubo en la ciudad entonces posadas de gran nombradla, tiendas que vendían famosas telas importadas de Francia y de Holanda (y aún de contrabando de Inglaterra), y otras en las cuales se hallaban famosas especias de la India y del

---

<sup>40</sup> O.C. pág. 437, tomo 1.

<sup>41</sup> San Miguel de Aranda recibió su nombre en memoria del bisabuelo del conde Pedro de Aranda, ministro que realizó la expulsión de los jesuitas de España.

Asia Menor.

La repostería del convento era conocida por sus colaciones notables, y sus dulces y pastas llegaban a los rincones más apartados del virreinato. Es interesante recordar que este convento tenía veinticinco correos indígenas a su propio servicio, ya que el correo de Su Majestad era poco de fiar.

Una de las instituciones más conmovedoras del convento, era el orfanato que tenía instalado en la parte trasera del mismo, atendido por las novicias. En el convento había una monja que tenía profunda versación de comadrona, y se encargaba de los partos que eventualmente ocurrían como consecuencia de excesos en las visitas nocturnas. En la ciudad se llamaba a los niños “los hijos de Santa Cristina”, y para ellos se instaló en su momento una excelente escuela. Al alcanzar la edad de diez años, los niños se entregaban a las parroquias, y las niñas se conservaban como criadas en el convento.

El siglo XVIII fue el de apogeo de la fundación. Hubo entonces dos mil cuatrocientas monjas, y alcanzó a proyectarse un ensanche, que el rey Carlos III no autorizó. A comienzos del siglo XIX hubo todavía mil monjas, pero el primer paso de las tropas libertadoras causó muchas desertiones, pudiendo calcularse que se fueron unas trescientas religiosas tras del ejército. Paradójicamente, como relataremos más adelante, este hecho fortaleció a las demás en su creencia monárquica española, hasta el punto de hacerse famosa la comunidad por tal razón.

Ahora, a comienzos del siglo XX, en pleno 1920, cuando el progreso empieza a desvirtuar la naturalidad de estos países patriarcales, cuando hemos visto los primeros aeroplanos surcar nuestro cielo, cuando nos amenaza ya la luz eléctrica con todos sus riesgos de perdición, y anticipamos que el automóvil invadirá el país con toda la depravación europea, el número de monjas ha venido disminuyendo, y quedan solamente cuarenta. El orfanato aún subsiste, pero para niños de toda la región, y lo mismo la escuela. El edificio está deshabitado en su mayor parte, y no puede ser sometido a reparaciones por la insigne pobreza de las

monjas. Lo único que sigue esplendoroso son las veintiocho capillas. Cada monja cuida particularmente una por derecho de antigüedad, y las restantes actúan como suplentes.

Es conmovedor pensar cómo a través de la adversidad el convento de Santa Cristina sigue en pie en esta edad atea, alzándose como la gran nave de la fe, como el gran monumento de la América Española, como el conservador de la gran herencia religiosa de España.

## II

Son muchos los pormenores de los documentos. Tantos, que hay que eliminar algunos, seleccionando los elementos claves. Hay dos cosas aconsejables: estudiar la breve colección de algunos enigmas, hecha por fray Tomás de Diego, en 1892, la cual es una considerable contribución a la historia social de América.<sup>42</sup> Y la otra, hacer el viaje a la región del convento.

San Miguel de Aranda es hoy en día una ciudad congelada en el pasado, que vive de la memoria raída del esplendor religioso de otros tiempos. Para llegar al convento hay que ascender por el empinado camino que la lluvia y el tiempo han deteriorado, y que en otras épocas llegó a permitir incluso el paso de coches y carrozas. El paisaje es de una dolorosa aridez, paisaje de desierto, con rocas y troncos resecos. Se sube, al fin, a la meseta, y se encuentra, sobre un campo de arena seca, sin un árbol, sin una maleza, con piedras aisladas como hitos del paso de los tiempos y de los pecados, la larga mole del convento, que parece cercana con sus muros blancos perforados de ventanas verdes, con sus tejados renegridos recortados sobre un azul seco e indiferente.

Se camina y se camina durante horas y el convento no parece acercarse, pero al fin, cuando se llega, no se ve el edificio, cuya longitud se pierde en la lejanía y alcanza a tener una dócil curvatura que sigue la forma del horizonte.

---

<sup>42</sup> *Dios y el Demonio en la Colonia*, por fray Tomás de Diego. Madrid, 1892, Imprenta Flórez y Camino. Tomás de Diego fue un ilustre mestizo, quien dejó varias obras sobre temas religiosos, pero fue excomulgado en los últimos días de su vida por un opúsculo hoy desconocido, contra la vida conventual.

El viento pasa y choca contra las paredes produciendo una extraña música. (Cuando cae la noche, la luz lunar lo hace crecer. El árido campo parece recobrar su naturaleza propia de paisaje lunar, hay un vaho de lucha, de contienda entre la fe y el maleficio).

Pero se llega a la portada, a su dintel de piedra con las armas arzobispales esculpidas, al desconsuelo de la vieja madera de la puerta. Son las cuatro de la tarde, y en el locutorio la luz cernida se pasea entre imágenes. Se entra al museo del convento, donde se archivan todas las pasadas glorias.

Allí está, sola contra una pared blanca, la rueda de la carroza del Capitán General, que en 1720 arrancaron las monjas con sus propias manos, cuando bajaron en peregrinación a la ciudad, rompiendo la clausura, a protestar ante el palacio del Arzobispo que había expedido un decreto prohibiendo todas las visitas. La procesión bajó a las diez de la mañana, y a las dos de la tarde hizo el cortejo de monjas su entrada en la ciudad. Todas llevaban en la mano derecha un Cristo y un rosario, y un manojo de flores silvestres en la izquierda. Frente al Palacio arzobispal, se detuvieron y empezaron a lanzar los

ramilletes contra las ventanas. A los golpes de las flores, los vidrios empezaron a romperse, ante el asombro de las gentes que gritaban “¡milagro!”. (Nunca creyó nadie lo que decía el familiar del Arzobispo, de haber encontrado piedras atadas entre las flores). El Capitán General, de visita en la ciudad, creyó de su deber ir a ofrecer ayuda militar al Arzobispo, y llegó en su carroza de seis caballos, que fue detenida por las monjas, las cuales soltaron los caballos y desgarraron las ropas al hombre, quien tuvo que huir completamente desnudo a refugiarse en la casa del Arzobispo, y arrancaron a la carroza la rueda trasera derecha, la cual, a la media noche, fue llevada en triunfo al convento por las religiosas reivindicadoras, acompañadas de los visitantes y encabezadas por la priora, que llevaba en la mano, como un cetro, el decreto archiepiscopal que levantaba la prohibición. (Este evento se cita como primer antecedente de las rebeliones

comunales, a las cuales las monjas ayudaron eficazmente en los primeros tiempos en que se presentaron. Aunque después, al entrar la guerra de Independencia, y después de sufrir la pérdida de tantas hermanas que siguieron a los libertadores, y tal vez influidas también por los numerosos visitantes de alcurnia, conservaron su fidelidad al Rey, lo cual mantuvo varios años el convento en riesgo inminente de ser destruido).

Precisamente es éste el segundo momento importante. En el museo se conservan varios fusiles y algunas espadas. Se dice que en los sótanos está guardado un numeroso armamento. Los hechos fueron estos:

En 1814, un destacamento de quinientos hombres, al mando del capitán Marcos Mendizábal, después de haber arrasado San Miguel de Aranda, por ser una fortaleza realista, se dirigió a tomar el convento. Era sabido que allí vivían permanentemente sólo las monjas. Los capellanes generalmente habitaban en la ciudad.<sup>43</sup>

Hacia el mediodía, los soldados enfilaron hacia el convento, el cual quería tomar Mendizábal por ser un punto estratégico para cortar el avance de las tropas realistas. Cuando los quinientos hombres iban llegando al edificio, confiados en su superioridad, fueron recibidos por un violento fuego de fusilería, que mató a muchos de ellos. Estaban ya tan cerca, que toda retirada por el llano era imposible, y Mendizábal ordenó acelerar la carga. Entraron al convento, y se trabaron en lucha cuerpo a cuerpo con un grupo aparente de soldados en uniforme realista. Los atacantes pensaron (y aún hoy se repite), que no eran tales soldados, sino demonios, tanta era su crueldad en el combate. Trataron de defenderse. Uno de ellos, malherido, cayó junto a un enemigo agonizante. Le abrió la guerrera para ayudarlo, y encontró los blancos pechos de una mujer.

Los que no cayeron, quedaron prisioneros durante varios años. No escapó sino uno de ellos, milagrosamente, y contó de la

---

<sup>43</sup> Cfs. José de Jesús Icazbalceta, *Las comunidades religiosas en las guerras americanas*, 1912, Editorial Lütz, Friburgo de Brisgovia.

vida memorable y nocturna que fueron obligados a llevar, como visitantes forzosos. El hombre que salió ni siquiera sabía cuál había sido el desenlace de la revolución. Había vivido diez años en el convento, donde se quedaba, contra su voluntad, sor Viviana del Santísimo Sacramento, a quien había amado durante su cautividad.

Finalmente, hay un hermoso Cristo, una talla española de precisión asombrosa. Es un Cristo totalmente desnudo, que tiene el sexo cubierto con un paño. La hermana tornera levanta el paño, y se ven las partes nobles mutiladas. A fines del siglo XIX, la vida del convento se había morigerado. El horror del pecado español había crecido por los corredores y claustros a medida que éstos se quedaban más solos. La clausura era total. Un solo viejo capellán hacía las prédicas de la abstinencia, del flagelo, del cilicio. Las monjas se plegaban, sumisas, ante las llamas del infierno. Sor Agripina del Rosario, la más joven, era la más encendida en su lucha. Sus confesiones eran trágicas y amargas. Los demonios la acosaban en la celda, buscándola para poseerla. Ella se refugiaba en la capilla. Rezaba ante la imagen. Un día un demonio la empujó a destaparla, y ella se horrorizó al ver allí, vivo, el símbolo del pecado. Tomó sus tijeras de costura y luchó con el demonio, hasta que arrancó el pecado de raíz. Y allí mismo quedó, desnuda bajo el hábito, a los pies de la imagen.

Había, parece ser, una leyenda en el convento: hubo un gran incendio, que empezó a devorarlo todo. Las monjas, a la medianoche, se reunieron a orar en una de las capillas, y el incendio se detuvo. Cuando fueron a mirar los escombros, solamente se había consumido una celda, la de la monja que, estando en pecado, no había querido confesar.

El resto del museo son las cosas usuales, las estatuas, los cuadros, los ornamentos. No se puede pasar al interior del convento. Ahora la clausura es más severa. Al salir se ve el brocal del pozo, la única agua de la meseta, sobre el cual, a las seis de la tarde, se inclina una sombra. La sombra de una santa para quienes habitan el convento.



Y, para los que pasan, es la sombra del demonio, solitario y sediento.

## El jeroglífico del alma

*"Organigrama. (De 'organización' y 'grama') m. Sinopsis o esquema de la organización de una entidad, de una empresa o de una tarea".*

Diccionario de la Real Academia Española, Suplemento, 19a. edición, 1970.

...Para ellos, el gallo era el jeroglífico del alma. Se quedaba a veces pensando, repitiendo automáticamente lo que en apariencia carecía de sentido, al menos para él, pero algo en las palabras juntas le obsesionaba, hacía surgir de sus sarcófagos doscientas momias triunfales, le parecía oír el sonido de los timbales por en medio de las arenas estériles, le daba la sed del Nilo de aguas verdosas y putrefactas, le pintaba el azul seco de los cielos de Nubia, le daba el resplandor de las noches envejecidas de los tiempos faraónicos, y encontraba entonces alguna razón en que el esquema de la victoria del alma fuese el animal matutino, el animal esplendoroso, rojo y negro violentos, que rompía el alba con su canto agresivo. Después el sueño se desvanecía, y quedaba en su justa proporción, empleado de fábrica, clavado a su silla, esclavizado contra su escritorio, imaginando cosas, tratando de evadirse, organizando onanísticos viajes mentales, tan arrumado y sometido como el montón de cifras que se le agolpaban en los ojos casi como lágrimas en las tardes tediosas cuando cae la lluvia como una lenta maldición y parece que no hay otro triunfo, otra victoria que la de ceñir el sobretodo usado, desplegar el paraguas como una bandera triunfal, y salir a confundirse con la ola de gentes húmedas que transitan hacia la noche.

El jeroglífico del alma, la interrogación enigmática que empieza por averiguar si justamente la razón de ser del jeroglífico es la de ocultar detrás del misterio lo inexistente, o si acaso, como en una operación quirúrgica puede llegarse a extraer el órgano palpitante para arrojarlo después al tarro de la basura. *Alma ame soul*. Su jeroglífico. Su significación alfabética, su etimología, todos los accidentados problemas de su evolución, y todo para nada, porque al fin y al cabo da lo mismo vivir, así, detrás de un

≡

Cristo que sirve de muro y de refugio para pecar sabrosamente, o vivir ignorando, con todas sus implicaciones, las cosas a que corresponde esa otra palabra de cuatro letras, que —hasta dónde— puede tomar caracteres de obscenidad en la concepción atiborrada de engendros de cualquier hombre.

Pero no es el jeroglífico, el sueño aparece nuevamente, pero esta vez es un sueño de edificios fálicos de ochenta y de cien pisos, es el espasmo permanente de Nueva York, es el *token del subway*, es la moneda perdida que de nada sirve sino para tomar el tren subterráneo y dirigirse hacia la noche a cualquier centro *snob* del Village o a explorar fortuna entre las putas de Lexington Avenue. Es la sucia cara del suburbio, el jadeo de la ciudad ocupada permanentemente en producir y dilapidar dinero, es el tormento de la angustia de ninguna parte, de no encontrar el sitio para sentarse a descansar y si se le encuentra morirse de tedio y de necesidad de seguir andando. Y otra vez de regreso a las cuatro paredes de la oficina, en cualquier país distinto, en que todos aspiran a irse a los Estados Unidos, o a la Unión Soviética o a China porque no pueden con el peso de sus propias culpas, no aguantan, no resisten el peso de la propia miseria. He recibido promociones, me han enviado a estudiar, he trabajado como un negro en **Organización de Empresas**, para eso estudié, reconocí los trascendentales problemas de los ejecutivos, sé dónde y en qué horas pueden disponer de tiempo para el sexo en horas de oficina, en un departamento clandestino, o en un automóvil escondido en la noche de los parques; sé cómo viven, cómo se comportan, cómo la empresa con la cuenta de gastos de representación les paga las mujeres a ellos y a los clientes; sé cómo se duerme y se vive y se muere en la podredumbre de todas las ciudades, sé muy bien lo que significa un escritorio en la segunda o la tercera oficina, con teléfono privado, juntas, un melancólico matrimonio por razón de estado, y el atardecer cansado y sin ganas de vivir, a un paso de la muerte cada día. Y sin embargo tengo que hacerlo, para eso gastaron en mí, para que con mi grado de organizador de empresas hiciera lo que acabo de hacer, pudiera ver en un papel

especial trazado con hermosos rectángulos y líneas y círculos el organigrama de la compañía, y así está hecho, con todas sus letras y con todos y cada uno de los puntos que deben contemplarse, desde el gerente al último portero, *organigrama*, sí, un dibujo abstracto que podría colgar acaso en una exposición con un título bizarro que fuese por ejemplo *órganos sexuales de ejecutivos en reposo*, o *panorama de la ciudad futura*, o *la empresa perfecta*, o... Porque al fin y al cabo me doy cuenta. Mirando acabado mi trabajo, mi obra maestra, colocada sobre esa pared, con líneas de varios colores, que se multiplican y se dividen, y que aparecen como otras tantas frustraciones y representan a la vez las esperanzas y las tragedias y los dolores de las gentes que amasaron su dinero para invertirlo en una sociedad anónima, le veo un sentido distinto. Organigrama. Jeroglífico. Tienen el mismo sentido, el organigrama es el jeroglífico de la sociedad capitalista moderna. Y sin embargo, es mucho más y mucho menos. Surge, sí, pero no como surge una pintura abstracta, la materia de su elaboración es distinta, en ella se trituran seres humanos que no tienen otra misión dentro del cuadro que la de realizar un movimiento de los mil movimientos que requiere la *Productividad*... Y sin embargo, el cuadro resulta como una cosa mucho más personal, mucho más evidente, es un poco el relato de todas las experiencias vividas aprendiendo a hacerlo... No me quedaría sorprendido si de pronto el cuadro tomara cara humana, y expresara mucho más de lo que se pretende, de lo que se quiere, que es simplemente el paisaje de una fábrica en extramuros, una fábrica que hará en el día de mañana cualquier cosa de las innecesarias e indispensables para la vida actual. En este cuadro no hay mar, no hay resplandores, los hombres y las mujeres están escondidos e impotentes, no sabemos a qué correspondan, pero serían diferentes si estuvieran libres y no en la cárcel de rectángulos del organigrama pomposo en que se disuelve y se realiza toda la majestad de la firma, y que podría servir en el futuro como clave de la historia de cientos de seres humanos que no tienen otra participación en la vida que llenar un cuadro del

≡

organigrama, para que en éste queden completos todos los engranajes que corresponden a la vez a los engranajes de las máquinas que producen el dinero necesario para armar la pirámide, aunque de pirámide no se trate sino de un firmamento esparcido sobre papel blanco en el cual se encuentran los círculos enigmáticos de los comités cerrados, los rectángulos de los ejecutivos, las flechas de relación indirecta, las líneas de autoridad y de asesoría, los técnicos en relaciones industriales y en organigramas. El jeroglífico del alma de los egipcios. El organigrama del alma, del siglo XX de la sociedad opulenta. Si me hubiera fijado antes en lo que estaba haciendo, no en su significado sino en su forma, hubiera visto claro que estaba trazando mi propio retrato como ahora lo veo aparecer en la pared con todas sus líneas inclusive las del cansancio, y habría visto que el jeroglífico del alma se ha transformado en el organigrama del alma y que en este momento acabo de concluir no solamente mi propio retrato sino el organigrama, el esquema, el mapa real de mi propia alma, el retrato del alma, el organigrama del alma, la pintura de lo que puede ser el alma de un ejecutivo a las seis de la tarde cuando todavía timbra el teléfono y no sabe si se trata de un negocio, o de un anuncio de su propia muerte.

#### La procesión de los ardientes

*"...y el cuerpo hecho cadáver, vuelva a la tierra de que fue formado".* Testamento de D. José María Claro, siglo XVIII.

#### I

La lluvia lo llenaba todo de una masa viscosa de humedad oscura, como en el principio del mundo. Bajo el mal refugio de los árboles, gruesos goterones le caían en la cara, le resbalaban por el cuello, se demoraban en su cabeza para deslizarse por la piel y entraparse en las ropas. Intentó cambiar de posición, a pesar de los dolores. Al moverse, sintió las botas rebosantes de agua y desnudo su cuerpo en las ropas mojadas. Apenas distinguía la sombra del coche ladeado. De vez en cuando, el caballo se

movía. Se pegó más al tronco del árbol, buscando apoyo. En medio de los charcos, no llegaría muy lejos. Si el río ha cubierto ya el puente, me ahogaría, no debí usar ese coche absurdo, cuando a caballo habría ido más rápidamente, pero ¿no valía la pena arriesgar ese viaje aparatoso? Sus manos defendiendo la falda, su mirada implorante, un venado preso, un animal ligeramente torpe en su afán de huir del hombre. Sólo el tiempo va individualizando el sexo. La lluvia arrecia, el próximo relámpago me dejará ver el coche. Aquel mal momento de la virginidad que se pierde, de estar por primera vez con una mujer, con un cuerpo ordinario, y luego salir a la calle, ver otros cuerpos finos y pensar que todos esos cuerpos son lo mismo, ligeramente escurridizos, húmedos, se estremecen igual, tienen bocas iguales, bocas. Pero el cuerpo también tiene su sabiduría. Otro relámpago. El coche está hundido en el charco. El tobillo empieza a dolerme. No parece partido. Luego pasa el tiempo, se comienza a distinguir los cuerpos, hasta que un día hay uno totalmente distinto, y se descubre que no es eso solo, que adentro hay amor. El frío me lastima, y esta humedad maldita y yo como un cobarde, sin atreverme a levantarme. Si sigo así, en un rato más estaré helado. Puedo tomar el caballo y seguir. Sin saber qué horas, ella está dormida, y no puedo regresar, está sola como anoche, y los perros bajo la lluvia no ladrarían, pero no podría volver a entrar esta noche sin que alguien desde dentro de la casa me ayudara. Sería inútil intentarlo, cama caliente y suave, cuerpo distinto.

Al salir del cobijo de los árboles, el agua le golpeó la cara, le pareció como si lavara la noche. La lluvia era un muro negro surcado de venitas de plata. Los vestidos pegados a la piel, el frío. El tobillo dolía, apenas podía apoyarlo, iba a ser difícil montar a caballo así, con la bestia aparejada con los arreos de tiro, el pelo resbaloso, pero era peor morir de frío en la sabana, en el suelo viscoso de humedad, de hierba de detritus de invierno. ¿Cómo diablos veré el camino?

Logró desenganchar el animal, y a duras penas cabalgarlo. Estar en aquel sitio remoto, madre de la humedad, después del día

escondido en el ralo bosque de la casa de hacienda, para pasar unas horas en el lecho de aquella mujer. La timidez la amarraba. Ese momento, su titubeo, su remordimiento. Y a pesar de todo, de la oscuridad impuesta, de la angustia anhelante, del casi rechazo, era el cuerpo distinto, con amor por dentro. Casi di gritos, como un estudiante en celo. Y ahora está aquí, es mía, la llevo conmigo. Esta tarde, en el coche. ¡Qué absurda es esa prudencia de las mujeres que lo revela todo! Yo hubiera querido estar de nuevo con ella, desgarrar su camisa, hacerla gemir de temor y deseo, y en cambio estoy aquí, húmedo, la lluvia me cae en las espaldas.

El ruido era ahora sordo, como de un monstruo que se arrastrase. El río. El puente debió irse al infierno con la avenida de la noche. No hay más que tantear vado. Si llegara a encontrar a alguien, la pistola está echada a perder.

La bestia se resistía pero al fin entró, y él a su lado, agarrado de la crin del animal. El agua le daba al pecho y las embestidas de la corriente le hacían vacilar. El caballo nadaba y el hombre iba casi pegado a él, con el ruido ensordecedor en las sienes, cegado por el agua que seguía cayendo. Dando tumbos, arrastrados por la corriente, llegaron al fango de la orilla.

Faltaba ahora encontrar el camino. No podía haber más agua fría para caerme encima. El tobillo duele menos. Mejor que siga lloviendo, que la ropa no se seque en el cuerpo. La pared de agua comenzaba a entreabrirse con una luz muerta. A caballo otra vez, siguió de un lado a otro, buscando la tira de charcos del camino. La luz aumentaba, y la lluvia parecía hacerse más densa, más atrevida, más ofensiva. Miró hacia donde comenzaba la luz. Ahora sí empiezo a ver la soledad en esta tierra maldita. Parece que no fuera a acabar de llover en mil años. Al aumentar la luz, vio un vaho, un humillo caliente surgir del pelo mojado del caballo. Al hacer un movimiento para tratar de acomodarse en el lomo, sintió como si alguien le retorciera el pie. Maldición. Estará dormida, olvidada de mí, sola. Esta misma lluvia golpeará el techo. El frío del páramo al amanecer mata. Llegar a la posada. Ateridos, el hombre y la bestia continuaban andando entre el agua

lívida del amanecer. La cordillera empezaba a verse entre la bruma. Tengo las manos amoratadas, *amor-atadas*. La sabana parecía de agua gris y muerta sobre la cual caía furiosamente el agua viva de la lluvia.

\*

## II

Por entre la masa de agua se filtraban los rayos amarillos de un sol desesperado. La posada estaba casi vacía. A un lado del salón, tres arrieros jugaban a los dados. Junto a la puerta dormitaba sobre un cuero un mendigo harapiento. En el centro del salón había un gran fuego, con un caldero suspendido del techo. La humareda y el olor a guiso eran tan densos en el relente mañanero, que parecía como si el caldero flotara sobre ellos. Don Carlos estaba cerca a la lumbre, envuelto en una vieja frazada amarillenta. En el patio empedrado repercutían las coces de los caballos. La ventera iba y venía con humeantes tazones en la mano. Don Carlos alzó de nuevo su vaso. Aquel aguardiente le hacía recuperar de la humedad que le había formado por dentro una legamosa conciencia del mundo. Retumbó un estruendo sobre el tejado, y se entró por el ventanuco la luz del relámpago. Los arrieros hicieron la señal de la cruz y la posadera se postró, semi acurrucada. Don Carlos se sirvió otro vaso. A ratos le recorrían escalofríos de pies a cabeza, pero en este instante le invadía un profundo bienestar. Ocurrió en el patio un escándalo de gallinas, con ladridos de perro. La lluvia asordinaaba el rumor, lo cubría todo con un manto acolchado. Por la puerta entreabierta al llano el agua parecía desteñir gris sobre el pasto y sobre los cerros lejanos. Don Carlos preguntó si no habría peligro de inundación. Al pasar la vieja murmuró entre dientes que para eso la magia de los indios había abierto hacía muchos años el hueco de la catarata. Toda esta agua sucia iba a parar allá, como si la sabana orinase por la grieta toda su miseria, todos sus pesares.

Don Carlos cerró los ojos, se dejó invadir por el sopor del alcohol. Este comienzo de borrachera le resultaba placentero, no sabía distinguirlo de la fiebre, pero le servía para imaginar a su

satisfacción

las cosas que le habían quedado truncas. No es mucho un año en las minas para todo ese oro, ni maté tantos negros como mataba Cordovez. Se le volvió a presentar la corpulenta espalda del minero, cuando por última vez le vio bajar a pasos lentos y seguros el sendero hacia el pueblo. Todavía en sus manos, ahora cuidadas y pulidas, tenía el recuerdo en la cicatriz que le dejara la punta áspera de la piedra que echó a rodar camino abajo detrás de la espalda del hombre. Luego el grito que levantó pájaros de los árboles. Y el peor momento, alzar el peñasco de encima del cuerpo triturado, para rescatar el oro suyo que Cordovez se llevaba. Del minero bien poco había quedado. Le querían mal en el pueblo; nadie había preguntado nada.

Y aquella noche alucinante en el camino a Cartagena —veinte, treinta días de trocha de selva— cuando los peones se le extraviaron, y anduvo de tumbo en tumbo por entre la maleza, hasta que oyó el tambor. La noche era de luna, el calor sofocaba y tenía también entonces el cuerpo húmedo de fiebre. El tambor parecía acercarse y alejarse, percibía próximo el cascabel de una culebra, y creyó ver luz entre las ramas. Se encaminó hacia allí tambaleante, y vio de pronto en un calvero sombras que se movían. Corrió hacia ellas gritando, y al acercarse tropezó con algo que ondulaba en el suelo, y que gritó al sentir el peso de sus botas claveteadas. Don Carlos rodó y vio que se dividía la masa con la cual enredara sus pies. Eran un hombre y una mujer oscuros, desnudos, trenzados en el suelo. El negro se incorporó de un salto y se lanzó sobre él, y de pronto se vio rodeado de caras y cuerpos negros que resplandecían a la luz del fuego.

Se vio atado y golpeado, sorprendido de la brutalidad de los serviles que antes había matado. Estaba en el infierno, negros y negras bailaban y cantaban desnudos, gesticulaban hacia él, daban vueltas, vueltas, vueltas. De pronto una hembra se desplomaba y enlazaba con sus piernas uno de esos cuerpos musculosos y las canciones seguían y se mezclaban con los gemidos y los alaridos de amor, hablaban un idioma extraño,

acaso el mismo de las minas, pero eran el demonio sin taparrabos, incubos y súcubos de la noche. Les vio sacrificar un gallo, echarse la sangre en la cara, y seguir bailando, alrededor de la hoguera, al son del tambor y de la canción ininteligible. Y el tambor sonaba y sonaba, y los negros se revolcaban en el suelo y tomaban en cocos vino de palma, o ron, o candela. Una negra vino con un coco y le obligó a tomar a bocanadas el licor pegajoso, y luego se le echó encima y acabó de rasgarle las ropas harapientas. Su cuerpo se movía sobre él, atado, enloquecido, y la negra reía viciosa, llamando a los demás, que vinieron con sus teas. En el torbellino que lo envolvía veía los pechos de la negra cerca a su boca, y atado como estaba lo único que pudo hacer fue morder, morder la carne caliente y sudorosa, y la negra reía, hasta que la risa se volvió un gemido grotesco, y se derrumbó sobre él, encogido como estaba, poseyéndolo, estrujándole los pechos sobre la cara. Y se quedó quieta, hasta que todos los cuerpos morenos que los rodeaban reanudaron la danza y empezaron a golpearla en las espaldas, en las nalgas, en la cabeza, con los tizones encendidos. La negra aullaba y huyó enloquecida a la espesura. Todos iban tras ella cuando se oyó, nítidamente, el canto del gallo, y empezaron a huir dando saltos gigantescos, en una zarabanda de miembros oscuros.

Don Carlos quedó amarrado, de cara a los últimos jirones de la noche, en medio del claro del bosque, esperando el sol y la sed. De pronto vio muy cerca a la de él, la cara de la negra. Sintió sus manos que le acariciaban el cuerpo. Los dientes blancos le sonreían encima de la cara, tan cortantes que habrían podido degollarlo. Cerró los ojos, le pareció, extenuado, que la orgía se lo llevaba en su remolino. Cuando el cuerpo inteligente de la negra le extrajo la última gota de vigor, pensó que era el demonio mismo, y sin acordarse de sus manos ligadas quiso persignarse para ahuyentarlo. La negra, por primera vez, habló. Su largo cuerpo extendido a su lado mostraba los verdugones y las quemaduras. Todo había sido verdad. La oyó decirle en un español depravado, con oscuras resonancias africanas, que se



alejara del pueblo, del pueblo malo de negros esclavos huidos de las minas. Don Carlos le preguntó el camino. Mientras las manos de ella trabajaban en los fuertes nudos, le mostró un pequeño sendero. Las cuerdas le habían cortado la piel, los músculos agarrotados casi no tenían movimiento. Cuando quiso volverse a despedirse, alcanzó a ver las largas piernas que desaparecían en el ramaje con un salto elástico. El día apenas comenzaba, sin embargo el calor lo endurecía, lo estiraba el hambre. No se atrevía a comer frutos silvestres por miedo a envenenarse, y la sed lo retorció ante el agua estancada. Comenzó a andar, tropezando, exhausto, cuando oyó voces a lo lejos, aparecieron sus peones que desandaban el camino, y a pesar de estar seguro de que buscaban su cadáver para arrancarle el oro, se sintió alegre de verlos, como de haber conservado, por suerte, su cinturón de onzas durante la prisión del aquelarre.

Así llegó primero a Tolú, después a Cartagena. Había transportado suficiente riqueza en sus viajes, para volver a Europa. Pero se dedicó a holgazanear en el puerto, a ver llegar los pesados navíos, mirarlos echar a tierra su cargamento de frailes de blanco, de soldados aventureros y de prostitutas pintadas de afeites europeos. Ni todas ellas, ni las mulatas, ni las indias, ni las blancas devotas que de vez en cuando lograba sofaldar, le habían dado el paroxismo de placer del cuerpo de la negra en aquella noche de infierno, con la cara bajo las estrellas y la sombra de la muerte rondándole los ojos. Un día, andando por la playa, pensó volver y traerse consigo a la negra-demonio; intentó recordar el rostro, pero no había en su memoria sino unos dientes blancos y cortantes, un pecho duro y poderoso estrujado contra su cara. Las quemaduras, pensó, pero ¿cuántas no las tendrían? Nunca un placer así, tal vez porque había sido un placer sin cara, un placer puro, al borde de la muerte, dominado por sus ataduras, y era la muerte lo que esperaba en el calvero de la selva, después de aquella noche.

Sobre el mar quieto de la bahía, solamente un barco fino se deslizaba ligeramente al puerto. Se encogió de hombros y volvió a

“La Paloma de Oro”, la hostería de Cartagena, donde paraban las mujeres más caras y los hombres ricos del interior, que venían a la espera de algún cargamento de la Península.

Abrió los ojos en el salón invadido de humo, cruzado de olores ingratos. La lluvia se hacía más fina. Las ropas se secaban. Se sirvió otro largo vaso, que gustó voluptuosamente, y amodorrado por el calor, se tendió a dormir.

### III

Se despertó bruscamente, sin saber la hora. La posada estaba en silencio, la lluvia había cesado, el sol daba contra la ventana oblicuamente. Pasó la posadera desde las habitaciones interiores, a encontrar en la puerta a alguien mucho más importante que el húmedo huésped de la mañana. Mientras don Carlos se levantaba apresuradamente, con el afán de partir hacia Santa Fe y llegar antes de la noche cerrada, la posadera movía los gordos brazos como las alas torpes de una gallina, haciendo gestos de bienvenida.

Don Carlos acababa de enfundarse en su traje arrugado, cuando cascos de caballos sonaron en el empedrado de la entrada, y alcanzó a ver a la posadera prosternándose con unción ante un caballo que llegó hasta la puerta, tapando la escalinata, y del cual se desmontó un hombre alto que según las exclamaciones de la mujer era el señor don Álvaro de Velásquez, quien, con voz importante y ronca, contestaba el saludo.

Don Carlos se sentó en un rincón, casi inadvertido, y respondió con una inclinación de cabeza al arrogante gesto del hombre. No le interesaba que le viese claramente. Su presencia en Cartagena le había atormentado copiosamente. Contra su voluntad, esa voz, esa apariencia, estaban siempre asociadas a su recuerdo de Eugenia.

Oyó a Velásquez preguntar el estado del camino. La mujer le indicó a don Carlos, diciendo que era él quien podría darle noticias. Don Álvaro se le dirigió. Un instante, con expresión de duda, se detuvo su mirada en el rostro cansado, y luego formuló la pregunta. Me reconoció, pero al fin poco es lo que de mí puede

saber. —Si se refieren al camino que yo traje, la lluvia lo anegó por completo. No encontré el puente, tuve que atravesar el río a nado—. Don Álvaro hizo ademán de otra pregunta, pero la dejó en suspenso. Murmurando un agradecimiento se acodó en una mesa.

Don Carlos, con una inclinación de cabeza, salió a buscar el caballo. Tomó la manta en que se había envuelto, y la plegó sobre el lomo del animal. Ante los ojos sorprendidos de los criados de Velásquez que esperaban a la puerta, orientó el rumbo a Santa Fe. Pensó que encontrarían el coche volcado con la rueda partida. Se encogió de hombros, y siguió por el camino fangoso.

Le pareció volver a ver a Eugenia como aquella tarde en el corredor de “La Paloma de Oro”, levantando el chal de los hombros en el calor húmedo de la tarde. Ni se veía ni se sentía el mar. Jamás pensé, jamás, que pudiera tenerla desnuda sobre un lecho de pervincas. El morado-azul se me acercaba a los ojos. ¿Cuántas pervincas estrujó su cuerpo? Aquel rincón confidencial de la tapia de ayer a la tarde, no pensé que la negra nos mirara.

Al verla de improviso, creyó que era apenas una muchacha de quince años. Sólo al aproximarse pudo ver a través del vestido las arrogantes formas del cuerpo. Al sentir sus pasos, ella volvió el rostro hacia él, y la impresión que conservó de ese momento fue la de unos grandes ojos oscuros.

Podría describir su cuerpo como si fuera un paisaje. Empezaría con el pezón del pecho izquierdo, en el ápice oscuro y erguido, resbalaría de allí el vello de la axila, a sus leves fulgores dorado-rojizos, luego contornearía el nacimiento del seno, su línea naciente bajo el brazo, para seguir la curva suave del torso y bajar al ombligo, extenderse sobre su vientre, cuyas formas enérgicas realzan la condición poderosa de su fragilidad, alcanzar luego el óvalo de las nalgas y volver a los vellos cobrizos del sexo.

No cruzaron una palabra ese día, ni el siguiente. Al atravesar el corredor la veía entre las columnas, abstraída, sonriéndose a sí misma. Y al oír los pasos se volvía siempre a él la interrogación de

los ojos. Don Carlos miraba sus rasgos imperfectos, su

boca grande, buscando el secreto de su belleza. Debía estar en los ojos, en torno a los cuales se hacía toda ella.

Los encuentros mudos se prolongaban. Un domingo la vio salir de mañana con una negra que trotaba tras ella y murmuraba quejosamente. La siguió por las calles. Iba a la iglesia, y entró allí, arrodillándose ante el altar. Don Carlos, rígido, esperaba. Resbalaba la misa, la luz dorada y opaca de las velas reflejada en el oro del altar, en el humo del incienso, confería una penumbra de trasmundo al ambiente oscuro, la lenta salmodia de las oraciones se quedaba largamente en el oído, don Carlos escuchaba hipnotizado, hasta el punto de que tuvo dificultad de moverse hacia la pila del agua bendita cuando ellas salían. Cuando los dedos de ella tocaron un instante su mano húmeda, los ojos interrogantes le miraron, los labios carnosos sonrieron. Al salir tras ella, frenó sus pasos. La alta silueta del marido se había unido a la de ella, y allá iban andando juntos, ella flexible, él duro.

Casualmente conoció el motivo que les retenía en Cartagena. Velásquez, el marido, era terrateniente poderoso en el centro del país, heredero de largas extensiones creadas por la soberbia de los encomenderos. Y a la vez disfrutaba de prebendas metropolitanas cuyo origen y naturaleza no pudo establecer. Una noche sofocante abrió la ventana de su cuarto y se quedó en silencio, tratando de aspirar la brisa salina que se estrellaba contra las murallas pugnando infructuosamente por alcanzar el centro de la ciudad. Se complacía en el movimiento del puerto, las naos que llegaban y salían, los negros afanosos, las tascas y tabernas, las mujeres dudosas, todo aquel rezumadero de gentes de avería. Escépticamente contemplaba los despliegues caducos de la pompa del Santo Oficio, y en ocasiones pudo con una casual compañera alquilar un balcón para presenciar los castigos de los Autos de Fe. Desde allí se miraba todo como un pomposo ajedrez movido sabiamente. La mano inquisitorial atajaba las murmuraciones y revestía de ilustre boato sus procedimientos. Hábitos blancos, capas rojas, combinados sobre el terroso color de las murallas y el enjalbegado de las casas, anotaban el azul del mar, el desvaído del

cielo, el lejano verdor de los bosques cenagosos. Los barcos traían vinos aceptables si se consumían rápidamente, y aun los vinagrillos ya perjudicados por el clima servían para la sed mejor que el agua rezada que originaba pestes. Don Carlos amaba el vaho malsano del agua quieta de la bahía, el olor a bestia salvaje de los barcos negreros.

Disfrutaba el amodorrado bienestar de la noche caliente cuando oyó voces en el corredor. Si hablaban bajo, era tan quieto el ambiente que esforzando el oído podían percibirse las palabras. Creyó reconocer a don Álvaro hablando con un desconocido. Varias veces oyó “Nombre de Dios” y pensó que proferían juramentos, pero recordó un barco gigantesco que había visto zarpar el día siguiente a su llegada.

—No ha habido noticias hace dos semanas.

—¿Pero estás seguro de que la carta iba allí?

—Sí, don Álvaro. Iban las cartas de las tres personas que nombré.

—Si hubiera llegado antes, habría logrado detenerlas. ¿Crees que tu marinero podrá hacer algo?

—No sé, don Álvaro. Si puede lo hará, pero el acceso al castillo del capitán es difícil.

—¿Y dices que el “Nombre de Dios” atravesó la tempestad sin tropiezos?

—En el barco que llegó esta mañana afirman que se cruzaron con él cerca de La Española.

—De todos modos, si llega el barco tendremos tiempo todavía, y las órdenes de multa pueden también perderse. Dios mediante, algo pasará o lo provocaremos. Hay que estar sobre aviso. Esto me hará permanecer aquí más tiempo.

Las voces se desvanecieron. Don Carlos empezó ese día a escuchar. Conversaciones sueltas, alusiones, le hicieron precisar qué ocurría. Al parecer Velásquez era culpable de malos manejos con dineros del gobierno. En el cargo que ocupaba pasaba por sus manos un chorro de dinero que iba a parar a España y a su bolsa. Y un investigador acucioso que se puso sobre la pista, pagó a don

≡

Alvaro esa curiosidad con la vida. Sin embargo, apuntes, notas o mensajes del hombre habían ido a parar a manos de enemigos de Velásquez. Y cartas dirigidas por altas personas habían tomado rumbo al Consejo de Indias, en el “Nombre de Dios”. Velásquez había llegado tarde a Cartagena, al día siguiente del zarpe del barco. Las cartas parecían llevar las pruebas, pero el chorro de oro del soborno no alcanzaba a llegar hasta España.

#### IV

El caballo había tomado un incómodo trotecillo hacia Santa Fe lejana. En la nueva noche, limpia y sin lluvia, el hombre memoraba entre el viento frío, el calor de los días de Cartagena de Indias.

Todas las mañanas asistía a la misa como un penitente negro. Salía de la posada antes del alba. Solo al mirar la puerta de la iglesia, cuando expiraban los cantos y los rezos, veía la luz azulosa entrarse a combatir infructuosamente con la penumbra amarillenta. Y en ese instante salía Eugenia seguida de la negra. Don Carlos anegaba su mano en el agua bendita y la tendía chorreante a la devota, que pasaba y tocaba con sus dedos la mano del varón.

Después de dos semanas de desazón, de verla sin hablarle, don Carlos empezó a perder la aparente calma. No había el menor resquicio, la menor posibilidad. La negra parecía insobornable. Por fin un día, al salir, ella tendió la mano para recibir el agua, y él se inclinó rápidamente y se la besó. La dama se detuvo con la sonrisa aún en los labios. Don Carlos se reprendió interiormente por su torpeza, y esperó la fría reacción. Ella le miró sin perder la sonrisa, y nada dijo. Continuó, simplemente, su camino. Al salir oyeron choque de espadas y gritería. Unos soldados se batían cerca de la iglesia, entre maldiciones y quejidos. Las dos mujeres retrocedieron atemorizadas. Don Carlos se adelantó, y con voz respetuosa ofreció a la dama su compañía. Ella le agradeció con una inclinación de cabeza. Las condujo por otras calles, prolongando deliberadamente el camino, mientras ella sonreía siempre. Antes de despedirse, le dijo: —Es admirable vuestra

cautela. Hemos pasado dos veces por esta misma esquina. Seguramente percibisteis algo...

Le miró de nuevo con sus ojos oscuros, y agregó: —Solamente os pido no decir palabra. Mi marido no me dejaría volver a misa, y yo no dejo de hacerlo jamás—. Él le besó nuevamente la mano en silencio y cuando ella hubo traspuesto el umbral, entró a su vez.

Aquel día, al encontrarla con su marido en el corredor, apenas cambiaron la misma ceremoniosa inclinación de cabeza. Pero esa tarde la negra, cuya actitud había cambiado sensiblemente para con él, fue portadora del primer billete de amor. Don Carlos lo escribió muchas veces antes de decidirse a enviarlo. Y luego tuvo que recorrer otras tantas todos los sitios de la posada para localizar a la negra. Se maldijo a sí mismo por su descuido de haberse pasado ese tiempo sin un criado de confianza. Desde ese momento dedicó sus ocios a buscarlo, hasta que encontró al espléndido mulato Jacobo, quien desde entonces, debidamente aleccionado, comenzó a cumplir tales menesteres.

Aquella tarde recibió la primera respuesta, un lacónico mensaje en el cual ella le decía que iría a la misma misa, que saliese de la iglesia antes que ella y la esperase en el patio-jardín de la posada, escondido tras los heléchos. Allí llegó, con sus ojos grandes y oscuros unas veces sonrientes, otras desconcertados, mientras él con urgente angustia le decía que la amaba, la miraba, la perseguía con la vista, con el olfato cuando estaba cerca para sentir el aroma de mujer que exhalaba su cuerpo. Ella estaba tranquila, sin rubor, con los ojos serenos, apenas sus manos ligeramente temblorosas martirizaban una rama de helécho. Le embriagaba ver que no encontraba en ella esa resistencia artificiosa que se niega torpemente al apremio, sino toda la pureza de un deseo abierto, sin obstáculos, sin reticencia.

Apareció la sombra de la negra a prevenirla de que el tiempo se acababa. Sin una palabra, se separó de él. Apenas le miró, y al irse volvió a mirarle con la interrogación muda de los ojos.

≡

Don Carlos no pudo volver a moverse de la posada. Pasaba las horas echado en el lecho, embebido en un sopor extraño, sin poder apartar el pensamiento. Transcurrían las noches, hasta que a las tres y media de la mañana Jacobo le tocaba ligeramente en el hombro para recordarle la hora de la misa. Hasta que un día Eugenia no salió a la misa sino que se detuvo, por el tiempo fugaz de la devoción, en la alcoba de él, mientras a la puerta vigilaba la negra. Don Carlos podía repetirse los recuerdos de esa media hora para su propio solaz, como si hubiese compuesto de ellos un relato. Recordaba las sombras azules del alba, la ventana abierta a través de la cual entraba aún la luz de un farol. Recordaba cómo había ido encontrando su cuerpo lentamente, venciendo uno a uno los instantes de reticencia. Y la voz de ella repitiéndole: —No había amado así nunca.

Sentía como un sabor el torturante desamparo en que había quedado a partir de ese instante. Y recordaba los días blancos que habían pasado mientras viajaba a Santa Fe y volvía a recibir de manos de la negra el billete esperado durante tanto tiempo. Recordaba cómo el día antes del adiós había sentido la muerte en el cuerpo cuando había oído a un criado que subía las escaleras diciendo: —El “Nombre de Dios” ha naufragado y nadie ha quedado con vida. Naufragó cerca a La Española y todo el oro se perdió, se hundió con la gente—. Y pensaba en las gentes debajo del mar guardando el oro, guardando las cartas que habrían traído libertad.

Cuando entró a Santa Fe era de noche. En las calles empedradas y solas resonaba el paso cansado de la cabalgadura, las luces de las calles apenas alumbraban lo oscuro para dibujar sombras fugaces. Al descender frente a su casa y dar tres golpes con el aldabón, le pareció que resonaban en toda la ciudad. Sin saber por qué, tuvo temor, hasta el instante en que oyó los pasos del criado, y se abrió la portada con un crujido de los goznes envejecidos. Miró hacia la plaza cercana. Apenas se alcanzaba a divisar entre las sombras.

Al subir despacio la escalera y ver cómo el criado iba

≡

encendiendo luces, tuvo un movimiento para detenerlo, para exclamar que no hacía falta, que la luz no disipaba su soledad, mientras no oyera los pasos de ella atravesando los cuartos vacíos. Intentó ahuyentar su pensamiento, su quimérica idea. Tenía que resignarse a esa vida casi subterránea y secreta, las entrevistas al amanecer, entre el humo del incienso y la luz amarillenta de la misa. Recordó la pila de la iglesia en Cartagena. Se le vinieron de golpe los meses del altiplano, meses esperando, meses viéndola por instantes, meses frente a un muro. Cómo cada día es nueva y distinta, cómo todos los días es otra vez virgen, hasta que mis manos la desnudan. Venían de nuevo las horas angustiosas de la espera, las entrevistas de minutos, unas sombrías, otras iluminadas con el amor, todo el amor, el amor para ella en cuerpo y alma, la entrega absoluta, el dime-cómo-quieres-que-muera, para ella.

El criado esperaba en silencio. Le ordenó apagar las luces, y cojeando por la lesión del tobillo se encaminó a su alcoba. Mientras se desprendía de las ropas arrugadas y reseca ya con el calor del fuego, la ventana abierta destacaba la leve claridad. Desde allí podía verse a distancia la casa de ella, cerrada ahora como lo estaría aún hasta que regresaran para el baile. Pensó si habría sido torpe al responder tan secamente a don Álvaro. Era acaso la oportunidad de un comienzo de amistad, pero no la quería. E iría de todos modos a aquel baile con Montellano, quien le había ofrecido conducirlo y presentarle, lo cual era lo menos que podía hacer para pagarle los dineros que le adeudaban. O si no, disfrazado de guarda o de lacayo. Sabía que en el baile era donde menos podría estar con ella. Acaso al final de la fiesta, aprovechando el cansancio de todos podría murmurarle unas palabras. Pero debía ir.

La gente sabía que el motivo real del baile, aunque ostensiblemente fuera la celebración del cumpleaños de don Álvaro, era el festejo del naufragio del “Nombre de Dios”, que había salvado a Velásquez de una total deshonra. Después de todo, tenía él también que celebrar el naufragio, que le había evitado seguir a la pareja por todos los países del nuevo mundo.

≡

Cuando ponía la cabeza en la almohada, pensó en el corto brazo de la justicia.

V

Desde el día de la lluvia no la había visto más; recibía de vez en cuando breves mensajes que la negra le traía, deslizándose furtivamente por el portalón de la casa. Días después del viaje en la tormenta, la había visto volver, asomado al balcón, pero no había logrado cambiar una palabra con ella. Los criados tenían orden de llevar a la negra a su presencia en cualquier instante. El la acosaba con sus preguntas, con la urgencia angustiada de saber de Eugenia. La negra, que recibía cada vez su premio en oro, le tenía informado de todas las minucias de su vida. Recibía a su vez las cartas para Eugenia, y le traía pequeños recuerdos hurtados a su ama: un pañuelo bordado, un mechón de cabellos, una miniatura robada a don Álvaro. Una mañana dormía aún, cuando le despertó tocándole el hombro. Abrió los ojos y vio una cara oscura, que por un momento le pareció ser la selvática cara de la negra del Darién. Se dio cuenta por fin de que era la esclava que le traía un mensaje de Eugenia. “Mañana iré temprano a la misa cantada. Como paso frente a tu casa, si dejas la puerta sin cerrojo podré verte un instante, a las cuatro de la mañana”. Don Carlos miró de nuevo a la negra. La semejanza había desaparecido. No quedaba sino la esclava sumisa, que le vio trazar unas palabras, sellar el mensaje y tendérselo con unas monedas de oro. La negra desapareció, y don Carlos se abandonó a una somnolencia voluptuosa. En el entresueño comenzó a pensar cómo ahuyentaría a los criados que no fuesen de confianza, cómo haría para dejar la puerta entreabierta, dónde debería estar para recibirla. La negra se quedaría en el portal vigilante. Ellos se deslizarían al cuarto vacío que quedaba en el corredor de la entrada. No habría tiempo de subir al salón ni a la alcoba. Tendrían que quedarse allí, en el frío y la incomodidad. ¿Pero importaba algo? Pensó que se podrían instalar de emergencia algunos muebles. Y poco a poco, en las anticipaciones gozosas de la madrugada siguiente, se adormeció de nuevo.

≡

Despertó muy tarde, al llamado del criado que le presentaba la bandeja del desayuno, y le preguntaba qué traje deseaba vestir. En la bandeja reposaba una esquila de don Álvaro de Velásquez y su señora, en la cual le invitaban a un baile que ofrecían quince días más tarde, el 28 de noviembre, y a un lado, escrito en fina letra: “De parte del señor de Montellano”. El hombre había cumplido. Sería necesario prestarle los otros cien escudos de oro.

Al caer de la tarde vino Jacobo a avisar a don Carlos que la preparación para la mañana siguiente estaba concluida, los criados ahuyentados con permiso, los muebles en el cuarto vacío. Don Carlos prefirió no moverse. Hizo poner un brasero en aquella habitación, con todo listo para encenderlo, y ordenó cerrarla, deslizándose a la biblioteca.

Tomó al azar una edición francesa de Dafnis y Cloe, con hermosos dibujos licenciosos. La abrió, y la vista se alejó de las páginas.

...El galeón había sido empujado por la tempestad de la noche. Mientras los pasajeros rezaban encomendándose a la Virgen Patrona de Mareantes, tenían ante los ojos las visiones de todas las terroríficas historias relatadas por quienes habían vuelto con vida de los sucesos de viajes tan tremendos. A pesar de su tamaño el barco giraba con las velas desgarradas. El palo mayor fue quebrado por un rayo y cayó sobre el castillo de proa hundiéndolo con su carga de muertes. El perseguía con los ojos a Eugenia, sin poder estar demasiado cerca porque a su lado estaba la silueta de Velásquez. Vino de pronto una ola más alta y barrió la cubierta. En la gritería de la gente empapada, volvió de nuevo los ojos. Eugenia estaba sola, medio desmayada. Las gentes gritaban que un hombre había caído al mar. Don Carlos se acercó a Eugenia y alcanzó a tomarla en los brazos en el momento del estrépito. El barco se había abierto y se iba definitivamente a pique. Cuando una ola barrió entre los fragmentos del barco, iban estrechamente abrazados. Don Carlos sintió su hombro golpeado por un pedazo de mástil al cual se asió, con Eugenia desvanecida

en su brazo. No supo bien cómo pasó el tiempo, pero de pronto se encontró tendido con ella en una playa desierta, bajo un sol cálido. Se despojó de sus vestidos y la despojó a ella que comenzaba a volver en sí, y empezaron juntos a buscar un refugio contra el sol, un hueco en la espesura al abrigo de todo. Don Carlos lo encontró por fin, allá la llevó, allá la poseyó, y nada recordaban bajo el techo de ramas.

La tenía en sus brazos y se dio cuenta al mirarla de que ella era él y él era ella. Y al empezar a andar, habiendo dejado sus nombres, sus vidas anteriores, náufragos a vivir en isla desierta, con la voluptuosidad de saberse salvajes, ella se fatigaba, caía de cansancio, y apareció entonces el camero, un camero gordo y lento en el cual ella cabalgó como si fuese el segundo día de la creación. Y ahora estaba el camero allí en el patio comiéndose las rosas, pero ella no estaba y la soledad podía tocarse, y sonó la campana del “Nombre de Dios” hundido.

Don Carlos despertó. Había comenzado a repetir su sueño, la fácil solución de su unión inevitable, y poco a poco el sueño verdadero le había llevado. La campana había sonado. La arena del reloj casi había acabado de pasar. Dejó el libro inútil y bajó las escaleras rápidamente, a tiempo para oír un leve golpe en la puerta. Al abrirla cautelosamente, le rodearon los brazos de ella.

## VI

Ocho días faltaban para El Baile. En la casa de don Álvaro se veía el trájín de los preparativos, la llegada de cargamentos de vino, la entrega de nuevos muebles suntuosos, las provisiones frescas que se iban acumulando. Por encima de todo el movimiento, del hacinamiento heterogéneo, aparecía grácil y simple, la figura de Eugenia, siempre distante, desatada de la carga trivial de la preparación ostentosa del acontecimiento.

La ciudad murmuraba de uno a otro extremo sobre El Baile: la pobre gente con hambre, los indios semidesnudos, la muerte, las visitas de la peste. Se calculaba el monto de la fiesta. Todos esperaban la invitación, la mitad por su raída alcurnia española la otra mitad por su dinero aventurero. Nadie de pro

quedaría por fuera de las puertas. Habría fuentes de vino, manjares prodigiosos preparados por un inusitado cocinero. Ninguna catástrofe hubiese sido tan grande para nadie como la de quedar excluido del boato del baile. El Baile llenaba las cabezas, en las iglesias se susurraba, en todas las casas se manoseaban terciopelos y sedas. Era El Baile, tan importante por lo menos como el que cinco años antes había dado el Virrey, y que entre sus hechos memorables contaba con tres duelos al amanecer.

Las vírgenes, las casadas, las viudas, constituían una tremenda movilización de terciopelos, de finas ropas interiores, de joyas y peinetas, de mantillas de encaje y de perfumes. Algunas guardaban escondida una brizna de bermellón —del mismo de las aventureras casquivanas— para ponerlo en su rostro a hurto de sus padres o maridos al salir para El Baile.

Eugenia, como en una isla, navegaba a través de ese mar, rezaba pidiendo un acontecimiento extraño, acunaba su amor recién nacido entre piedad y angustia. La misa de madrugada se le confundía con la vista embozada de don Carlos a la salida de la iglesia, medio oculto, salido ya casi de la órbita de Dios. Eugenia lloraba para verlo, le escribía misivas suplicantes para que no la viese, que terminaban conjurándole a esperarla. Y a pesar de los preparativos para El Baile, a pesar de la asiduidad de su marido, más premiosa y mayor que antes, con la voluntad, ahora sí, de tener un sucesor de su riqueza, huía como un ala asustada por los corredores donde El Baile tomaría figura corporal, hasta cerrar, trémula de miedo, la puerta de su alcoba.

Pero El Baile lo dominaba todo. Como un gigante monstruoso, engullía la vida de la ciudad, devoraba chorros de oro, se pre-

paraba a quemar proyectos de amores, esquemas de adulterios, de infidelidades consentidas, ilusiones de tálamos futuros, hombres y mujeres en la zarabanda de sus danzas.

Sobre el piso de la casa de don Álvaro ya parecían inscritas las figuras que harían los pies de los danzantes y las deseosas. El Baile crecía como una construcción gigantesca de argamasa y

vino, de carne nueva y terciopelo, de gorgueras y piernas de pavos succulentos. El Baile amenazaba ahogar la vida de la ciudad; todos dependían de él. Sabían que quien lo daba era un pícaro, pero el número de picaros se contaba por puñados, por centenas. Una cofradía religiosa alcanzó a intentar poner por divisa en su nombre “Cruzada contra El Baile”. Pero la intervención discreta del Arzobispo salvó la cofradía de la desintegración pues más de la mitad de los cofrades iba al Baile, en tanto que la mitad opositora no tenía invitación.

Eugenia seguía recorriendo los caminos invisibles que se complicaban como un inmenso laberinto en los patios, los salones, las alcobas. Era la única que permanecía sorda al rumor inaudible, a la sombra impalpable que formaba una muchedumbre de esperas dentro de la casa.

Don Álvaro, como capitán de la gran gesta, recibía los partes de la situación, verificaba el número de pavos, recontaba los jamones puestos a ahumar, el número de piernas femeninas que ondularían y se mecerían en El Baile. El Baile le desvelaba tanto que una noche, ya de madrugada —eran las cuatro de la mañana—, oyó pasos en el corredor, y al asomarse a la puerta vio la silueta de Eugenia que salía con la negra.

Contrito de haber abandonado sus deberes quiso —no tenía sueño— halagar a su esposa con su asistencia a la misa. Se embozó apresuradamente y salió tras ella. La noche apenas le permitía ver las dos sombras delante de él. Le pareció, en un momento, que otra sombra se les unía, y que continuaba con ellas. En la puerta de la iglesia aquella sombra se apartó. Cuando entró, vio las sombras de las mujeres arrodilladas, y tras ellas la tercera sombra. Desde su ángulo, con la mediana luz, no alcanzaba a precisar aquella figura que le parecía familiar, y que, impassible, duró toda la misa sin moverse, y solamente al ter minar se movió hacia la pila del agua bendita. Vio a Eugenia recibir agua de su mano, le pareció percibir que cruzaban unas palabras. Logró entonces ver mejor la cara de la sombra, e identificarla con el hombre de Cartagena.

≡

Don Álvaro sintió más que cólera fastidio. Era inevitable que a una hermosa dama como su mujer la asediasen. Él la sabía fiel, pero no estaba dispuesto a que ninguno, así fuese vanamente, tratase de arrojar manchas sobre su honor. Un advenedizo, un aventurero. Pero ahora, consolidado su poder, le enseñaría discreción y respeto al belitre. No podía tolerar que le comprometiese, sobre todo en vísperas del Baile. Pero después ajustaría cuentas.

Por calles extraviadas regresó lentamente a casa, y antes de entregarse de lleno a los preparativos para El Baile, que llegaban a su clímax, hizo llamar al indio Camilo, a quien encargó convertirse de día y de noche en sombra del forastero, y tenerle diariamente informado. Después poco tiempo tuvo para pensar, porque también El Baile devoró sus celos.

## VII

A las nueve de la noche se abrieron las puertas y los salones comenzaron a devorar gentes. La música resonaba en la plaza, caminaba a tientas por las calles, se metía a topes en las casas cerradas despertando a los que no estaban ausentes. Las gentes humildes se agolpaban para ver llegar los coches y las sillas de mano con su escolta de libreas y linternas. El campanero usó aquella noche sin resultado el bordón, que no logró dominar la marea de las conversaciones y la música. Rendas perdidas, en un torbellino de trajes, de descotes y risas, las personas se olvidaban. Era El Baile, eran parte del Baile. El Baile había llegado. Al pisar el zaguán de la casa de Velásquez, todos se despojaban del remordimiento, de la conciencia, de las ataduras, para entrar en la corriente que daba tumbos y golpes de salón en salón.

Al ver danzar las parejas, un poeta —un coro de poetas, no había persona determinada— mencionó dos palabras claves: mármol, porcelana. Las palabras circularon de boca en boca, de salón en salón, como un conjuro mágico en medio de un aquelarre, y el mundo —El Baile— se quedó petrificado, como de mármol o de porcelana, o como si se hubieran reincorporado a la inmovilidad las figuras danzantes de un tapiz. Hubo un silencio

absoluto, una quietud total, los músicos en actitud de comenzar, los viejos en actitud de beber, los amantes en actitud de besar, las mujeres —todas, todas, todas— en la actitud sacramental que les dictaba El Baile. En el patio umbroso hubo una mano varonil suspensa en la actitud de replegar una falda. Y otra mano varonil en la actitud de pulir un descote. Pero nadie supo a quién pertenecían la falda, el descote, las manos, porque los ojos estaban también inmóviles metidos dentro del tapiz o trocados en mármol o en porcelana.

En ese instante apareció Eugenia y la porcelana se quebró, y El Baile descongelado, reinició su esfuerzo para devorarla. Un instante después, la otra presa del Baile, don Carlos, cruzó el umbral, y le pareció que era absorbido por una corriente de calor humano, de perfumes, de olores de carne, de risas empolvadas y de genuflexiones.

Cuando se encontraron y al murmurar las palabras de saludo, él extendió la mano invitándola a penetrar en el Bosque del Baile, la inmovilidad regresó. El hielo volvió, todo quedó en suspenso, la música inaudible, las manos, en mitad de sus caminos. Solo ellos dos tenían movimiento, y en un esfuerzo sobrehumano, a través del silencio, para quebrar la barrera invisible, don Carlos logró aproximar a la de ella su mano, y al comenzar a correr de nuevo frescamente el chorro de la pila, El Baile recobró su movimiento. Allí estaba de nuevo, girando como un molino inmenso, engulléndolo todo, las vidas, los sueños, los deseos. Pero ellos flotaban en la corriente del Baile, El Baile no los anegaba, no los ahogaba, triunfaban a cada paso sobre él, y su corriente los llevaba, persuasivamente, a la sombra del patio sembrado de amantes evadidos.

¿Vio o no vio don Álvaro el beso? Don Álvaro estaba devorado por El Baile, sobre el augusto mostacho circulaban pequeñas gotas de vino que caían a la gorguera como sudor sangriento. Seguramente lo vio, pero era prisionero, daba El Baile, aunque era El Baile quien lo daba a él. Y permaneció en silencio en la bruma de la música envinada, respirando con el jadeo de los

pechos que danzaban, atendiendo la disculpa que El Baile le lanzaba al oído: no hubo beso, son las sombras que danzan cuando danzan las llamas de las bujías. Y don Álvaro bailaba, chapoteaba en El Baile, sobreaguaba un instante para vigilar si el río de vino, si la cascada de víveres, si el estruendo de música con los cuales celebraba su triunfo de hombre audaz, manaban sin interrupción.

Pero las bocas sí estaban unidas sin separación ni complicidad. Y aunque El Baile giraba, seguían inmóviles, defendidas de su apetito insaciable. Había transcurrido más de la mitad de la noche, El Baile infatigable comenzaba a ajarse, a tomar andares de muñeco, movimientos cortados, para recuperar de pronto el giro vertiginoso del torbellino.

Desde el fondo del patio el indio Camilo miraba. Desde el fondo del Baile. Tampoco a él lo alcanzaban sus humos y estruendos. Pero no entendía. Y las sombras eran espesas, y tenía miedo del látigo, y no osaba por eso acercarse.

Don Carlos y Eugenia volvían de un lejano país, de la isla de los naufragios, cuando ya las gentes comenzaban a irse. Un alba gris apagaba las bujías y con la llegada de la luz los huéspedes huían como los brujos negros del Darién. La música se convulsionaba como el canto de un gallo, y en la puerta unos partían en coche o en litera, otros y otras se elevaban en escobas volantes. El Baile terminaba, caía poco a poco al suelo como un traje de disfraz abandonado, expirando para celebrar su victoria nocturna. Don Álvaro, con una rigidez artificial, despedía a los huéspedes. En aquel momento, cuando sentía que ya El Baile había muerto totalmente, vio el rostro de Cartagena, el del hombre de la posada que ceremoniosamente presentaba sus respetos a Eugenia y se inclinaba ante él dándole su agradecimiento. De regreso del baile muerto, frunció el ceño con ira, al inclinarse. Pero recordó los deberes de la hospitalidad con tiempo suficiente para agradecer con frialdad el cumplimiento.

Don Carlos salió, y a su lado sintió la voz de Montellano que preguntaba por el éxito de la noche. —Maravillosa— murmuró. Montellano siguió parlotando. Había conocido en El

≡

Baile a una extraña mujer que venía del norte, de Ocaña, donde había vivido con su marido. Es una mujer bella y provocativa. Me refirió cosas extraordinarias. Aquella tierra parece embrujada.

Como una lluvia cayeron sobre sus hombros las campanadas que triunfaban sobre el cadáver del baile. Don Carlos se santiguó y Montellano siguió su ejemplo.

## VIII

Después del baile las entrevistas fueron más escasas. Ya casi no podían verse en la iglesia: don Álvaro recelaba, sospechaba, casi sabía, sin atreverse a tomar medidas definitivas, pero adoptaba toda suerte de precauciones. Dio orden de que Eugenia no saliese sin la escolta de su lacayo de mayor confianza. Los amantes apenas podían cambiar noticias por medio de la negra, que iba y venía llevando mensajes. Don Carlos desesperado le escribió a Eugenia pidiéndole que huyeran juntos a Europa. La respuesta fue una súplica de que apartase de ella la tentación. Su condición de mujer casada y católica le impedía quebrantar su juramento, y era solo a costa de lágrimas y remordimientos que le escribía. La carta terminaba en un vehemente “te amo”, recordándole que si huían, Velásquez los perseguiría hasta matarlos. Al final una posdata: “Tengo miedo. Creo que te hace vigilar”.

Al levantar los ojos de la carta, don Carlos se aproximó a la ventana. Allí estaba la sombra del indio. Pensó una vez más en eliminarlo, pero con ello solo lograría aumentar las sospechas de don Álvaro, más aún, hacerlas convicción. Prefirió continuar saliendo a hurtadillas por la puerta de la caballeriza, mientras su criado, envuelto en una de sus capas, salía por la puerta principal, y el indio trotaba, casi imperceptible, a discreta distancia de él.

En los pocos días pasados desde el baile, las esquelas se habían ido haciendo más angustiosas. Don Álvaro iba poniéndole a Eugenia un cerco cada día más estrecho. Sin decirle nada, contemplándola apenas con frialdad cada vez que emitía una prohibición. Ella, muda, se paseaba por los corredores, se retorció

≡

las manos y lloraba silenciosamente cada vez que sufría un nuevo golpe. A veces le miraba, observaba sus gestos imperiosos, se decía que no podía sufrir, que era demasiado duro. Cuando lo veía así, cortante y frío, no sentía remordimiento. Ni lo sentía cuando de noche cerraba su puerta y oía que él intentaba abrirla y se retiraba. A veces, cuando tenía que verlo dormido, desprevenido, sentía el sabor de la traición. Era de madrugada, aún el gallo no cantaba. Y también ese día le había traicionado en pensamiento, antes del canto del gallo. Argumentaba que no era un hombre bueno, pensaba en el fraudulento origen de su fortuna, y algo en ella le recordaba cuántas fortunas en el virreinato habían sido hechas en la misma forma. La misma de su padre y de sus tíos. Sus pensamientos la acorralaban y comenzaba a escribir una larga misiva a don Carlos. Cuando ya iba a cerrarla, a pedirle su total apartamiento, tenía que agregar la última línea de ternura, y entre las consternaciones de su vencimiento trazaba las palabras de amor, la súplica de recuerdo, la promesa de la próxima entrevista.

Todo era temor en las angostas calles de la ciudad. Todo se iba aproximando al infierno, al desesperado infierno donde todos se conocían y se amargaban mutuamente. Una, mil veces volvía a asediarla el pensamiento de la huida con él, de la calma de su cuerpo y su espíritu en otras tierras. Pero surgía la silueta de Velásquez, el recuerdo del sacramento, el grito de pecado que resonaba interminablemente en sus oídos.

A los quince días del baile, Velásquez anunció bruscamente que tenía que viajar a sus haciendas. Eugenia había oído de un copioso contrabando de sedas que remontaba el río. Se despidió resignada, murmurando su inconformidad, sus advertencias sobre el peligro que corría. El hombre, como a su pesar, le acarició el rostro y la besó. He dispuesto que no salgas de casa en los cuatro días que durará mi ausencia. He dado ya las órdenes. Adiós. Cuando en las piedras del patio se oyó el ruido presuroso de los cascos, siguió la cabalgata con el oído. Les sintió cruzar la calle próxima, doblar la esquina, hasta que las pisadas se hicieron inaudibles. Se asomó al balcón y alcanzó a divisar al

indio de guardia frente a la puerta de don Carlos. Pensó en enviarle un billete pidiéndole que viniese. Esto era aún más insensato. No había modo de entrar sin que los criados le detuviesen. Se sentó a escribirle. Esa madrugada iría a verle. El indio sabía que ella estaba vigilada y no podía salir, y que a don Álvaro no le importaba lo que don Carlos hiciera de noche. Le pedía dejar abierta la puerta y esperar la llegada de la negra a la hora de la primera misa.

La esclava oyó asombrada a su ama explicarle que debía acostarse en su cama, que debía buscarle ropas suyas y unos tizones. Pasada la hora de la cena, llegó con lo pedido a ayudar a acostar a su señora, y con los ojos abiertos la escuchó, mientras se embadurnaba de negro, cara, cuello y brazos, explicarle el peligro que corría, y pedirle que durmiera, quieta, en su cama, hasta tarde, hasta que ella misma llégala a despertarla.

Se cerró la puerta del cuarto de Eugenia tras la negra dormida. Con la primera campanada de las cuatro, salió la figura del cuarto de la esclava. Uno de los criados dormía atravesado en el zaguán, y se despertó cuando ella pasaba. —¡Maldita negra!—. Extendió la mano para atraparla y tumbarla, pero la mujer fue más ligera y escapó.

En la calle era noche cerrada. Eugenia dio un rodeo como si fuese camino de la iglesia. Al llegar a la esquina de la plaza, divisó al otro extremo de ella un vago fulgor movedizo. Cuando caminando apresurada franqueaba ya la esquina, mirando aún para tratar de divisar *qué* era, de pronto surgió, desembocando en la esquina, la luz de un farol que flotaba en el aire ante ella. Dando un grito retrocedió, el farol se levantó y apareció tras él una sotana, con la cara barbuda de un sacerdote. La cara se acercó a ella y una voz bisbiseó:

—¿Qué buscas, negra de pecado?

Tan cerca sentía el rostro del fraile que su aliento la tocaba. Eugenia, muda de terror, no podía moverse. Al fin, cuando se repitió el apremiante: “¿Qué buscas?”, corrió hacia la otra esquina, y vio entonces diez, veinte faroles con sombras negras

≡

detrás, remontando la calle. Corrió en medio de una neblina que hacía pegajosa la oscuridad. De los cuatro extremos fluían luces de faroles. La plaza se llenaba de sotanas, de curas con farol que venían, que iban. De pronto las luces formaban un pequeño remolino. De los grupos de luces surgía un murmullo que iba llenando la plaza, y llegaban más luces. A pesar de todas ellas la niebla no dejaba vencer la oscuridad. Eugenia caminaba de un lado a otro, tropezando, evitándolos, oyendo a cada instante una pregunta, un “¿qué quieres?, ¿qué buscas?”. Los había adolescentes, ancianos. El murmullo era de guerra, de ciudad sitiada. Y a Eugenia le pareció que hablaban de ella. Sí, era de ella, de ella, uno la llamaba, oía que decían adúltera, perversa, veía gestos que negaban absoluciones, erraba con la respiración entrecortada, a punto de gritar, en un horrible sueño, en un carnaval envenenado, en una reunión de diablos, en un concilio de fantasmas.

El cura adolescente la tomó del brazo. —Vuestro farol—, Al ver que era una mujer, la rechazó como a un animal ponzoñoso. Ella huyó, se pegó a la pared, pero se le acercaron varias luces amenazantes, que temblaban y parecían danzar al movimiento de los faroles. Las luces aumentaban, la puerta de la iglesia estaba cerrada, y ahora le parecían inmensas luciérnagas que danzaban su zarabanda nocturna, su *guazabara* infernal. Unos agitaban el farol en protesta, otros lo bajaban en silencio. Los ríos que entraban a la plaza formaban remolinos ondulantes, murmuradores. Eugenia la negra, envuelta en su saya, intentaba deslizarse entre los grupos alumbrados pero siempre alguno la detenía, le arrimaba el farol al rostro tiznado.

Carlos me espera, Carlos. ¿Cómo llegar? Es el infierno, todos me llevan al infierno. No voy. No puedo ir. Carlos me esperará. Dios, Dios mío. Su paso rápido se hizo carrera abriendo un surco entre los faroles. Volvió a llegar a la primera esquina. Los ríos se habían concentrado en una muchedumbre girante de faroles. Gimió al ver que era la esquina por donde debía ir a su pecado. Un brazo la detuvo rudamente y un farol se le acercó al

rostro.

—¿Qué buscas, negra, a quién espías?

Balbució entrecortada, cuando oyó otra voz. —Está simplemente asustada—. Y se arremolinaron cinco, seis faroles sobre su rostro, y voces que decían más alto cada vez:

—¿Qué hace aquí?

—¿Qué hace aquí?

—¿Qué hace aquí?

Huyó, corriendo hacia la casa de don Carlos. A lo lejos, continuaban las llamas giratorias, con las sotanas como alas ondulantes, con el murmullo en medio de la niebla. Faroles y sotanas que giraban y repasaban, se cruzaban, volvían, se iban. Aún, desde lejos, la señalaban con el dedo, y el murmullo se elevaba. Le pareció que no había dejado de andar en tomo a la plaza, cuando se desplomó en los brazos de Carlos y sollozando le pidió que la refugiara, que la amparase de los faroles y sotanas que la habían hecho dar vueltas y vueltas para conducirla al infierno.

Don Carlos la escuchaba. Apenas pudo entender algo de su balbuceo, le habló suavemente, diciéndole que sólo se trataba de que por un movimiento de protesta del clero contra una medida de la Audiencia, habían impuesto a todo eclesiástico el toque de queda en la noche, con la prohibición de salir excepto en urgencia extrema, y en tal caso portando siempre un farol. De día tenían la prohibición de formar corrillos en las calles. Y sonrió explicándole que los clérigos insurgentes habían hallado el medio de hacer los corrillos y mostrar su protesta y su rebeldía, reuniéndose de noche y con faroles. Nadie la había llamado, nadie podía haberla reconocido.

—¡No, no, es el infierno!— Estremecida, temblaba apretándose a él. La habitación estaba en la oscuridad. Don Carlos encendió las bujías, y tuvo un movimiento de sorpresa, casi de temor, al ver el rostro pintado. Algo se estremeció en él, Recordando otra vez el rostro de la negra de la selva. Pero ahí estaban los labios de Eugenia, fríos de temor, estaba ella.

≡

Suavemente la hizo tomar unos sorbos de vino. Poco a poco reaccionó. Don Carlos la llevó lentamente al lecho, y apagó las bujías. Ella, bajo las ropas que deshacía apresuradamente, todo el calor, el fuego, decir la palabra amor entre su boca. La campana sonó de nuevo. Una leve claridad se filtraba por las hendidias de la puerta. Eugenia, pegada a él, no se movía. Sin transición hablaba del baile. La luz había disipado el temor de la danza de los faroles. Las horas comenzaban a flotar.

## IX

Después de aquella mañana en que, lleno de temor, se quedó esperando saber si Eugenia había llegado sana y salva, no pudo verla de nuevo. La negra vino con un lacónico mensaje, y un día recibió una carta de despedida. Velásquez la tenía prisionera con vigilancia constante. Se la llevaba a la hacienda, para hacer más dura su prisión. Le pedía que no fuese mientras estaba allí, que la esperase, que tuviese un poco de paciencia en gracia de amor. Después del último beso, la posdata: estoy cierta ya de que te hace vigilar.

Don Carlos esperaba siempre la llegada de una esquila. En tres meses solamente dos breves mensajes le habían llegado, no sabía si porque se habían extraviado o porque ella no había podido escribir. Había apelado a todos los recursos para matar el tedio y la desesperación, había jugado chorros de dinero en veladas interminables y fatigosas, había bebido vino durante días enteros encerrado en la oscuridad de su cuarto, había frecuentado a las casquivanas que llegaban a Santa Fe en procura de mejor pasar, y para mal de sus pecados una de ellas se había enamorado de él, y le había asediado sin descanso, intentado suicidarse. Sacarla de allí le había costado su dinero. Llegó, en el curso de esos meses desesperantes, a ocuparse de la política virreinal, y varias veces había sido invitado a la mesa del Virrey en cenas íntimas. Según se decía en la ciudad, el Arzobispo juzgaba muy interesante y culta su conversación, seguramente preguntándose en sus adentros a qué horas había logrado adquirir aquella ilustración, si sus mejores años habían transcurrido jugándose la misma muerte.

Incluso había entrado en negocios, logrando birlarle a Velásquez uno de los más jugosos contrabandos de los últimos tiempos. Como consecuencia de todo, el número de sus amigos crecía, y a Velásquez iba a serle difícil quitárselo del paso como lo hubiera hecho al comienzo. Perdió la oportunidad. El día era grato y azul, el tiempo de la Cuaresma cobraba un brillo incitante, hubiera querido hacer ensillar un caballo y salir al galope a buscarla en la casona de la hacienda.

Ya corría la Semana de Pasión sin que hubiese rastros de la venida de Eugenia. No sabía nada de su regreso, pero solo podía esperar. Estaba resuelto a llevársela apenas supiese que estaba en Santa Fe, y discretamente había ordenado todo lo necesario para el viaje, aun el barco que los llevase a España. Pero el viaje no podía prepararse en definitiva sin dos o tres días disponibles, en los cuales toda Santa Fe lo sabría. Velásquez no era hombre de provocarle a duelo, sino de hacerlo matar fríamente. Por eso había subido la paga de sus criados. Todos los días era rigurosamente revisada la carga de sus pistolas.

Descorriendo un tanto la cortina, miró hacia la calle. Sus ojos se detuvieron en la puerta de la casa de Velásquez. Vio un movimiento inusitado después de la quietud de días y días. Peones que se afanaban con las acémilas, y dos caballos nobles, montados por un hombre y una mujer, que cruzaban el portalón. No quedaba más que esperar que llegara la esclava con el mensaje.

X

Pero pasaron los días, y no llegó. Eugenia no salió a ninguna de las procesiones de los primeros días de la Semana Santa. Don Carlos iba ascendiendo a un paroxismo de desesperación. No dejaba la casa un momento, atento a cualquier paso en la calle, a cualquier sonido del portalón. Un día erraba como fantasma de aposento en aposento, cuando el criado anunció a la esclava. Le gritó que la hiciera entrar. Ella le tendió la carta y esperó. Era la carta de adiós definitivo. Eugenia le contaba la cautividad a que se hallaba sometida, no podía dar un paso sin vigilancia, no se le permitía salir de casa, era inútil tratar de verlo

≡

aunque fuese un momento, don Álvaro *sabía*, ella estaba segura, y estaba resuelto a no permitir nada que pudiera propiciar la infidelidad. Es nuestro castigo esta separación para siempre, en la Pascua nos iremos a Europa y no tendremos modo de encontrarnos de nuevo. Le hablaba de su amor, le decía que había estado dispuesta a renunciar a todo por él, que su vida sin él nada valía, ni le interesaba, que estaba perdida pero que para salvarle estaba dispuesta a no verle más, le rogaba mil veces que se cuidase, sabía que antes de irse don Álvaro haría lo posible por matarle, y cualquier traición, cualquier emboscada era posible.

Al levantar los ojos de la carta y ver a la negra inmóvil, don Carlos se dio cuenta de que debía contestar, pero no podía escribir, se le rasgaba el papel, las plumas se quebraban. Al fin trazó simplemente unas palabras: “No puedo resignarme. Tengo que hablarte, te espeto mañana en la iglesia, en la procesión de la noche”. La negra desapareció como una sombra.

Amaneció el Jueves Santo. Por primera vez en varios días, Don Carlos anduvo por las calles desde hora temprana. Su criado debía aguardarle a las ocho y media de la noche, a la vuelta de la iglesia, con dos caballos ensillados. Comprendía lo desesperado de su intento, pero resolvió hacerlo así y preparar en Honda la huida definitiva.

A las siete y media, cuando volvía hacia su casa pensando en el cinismo de don Álvaro, que estaba dispuesto a matarlo y sin embargo llevaría el palio en la procesión del Viernes Santo, en el recodo de una calle oscura, alguien, saliendo de un portón, le agarró la capa. Al intentar desenvainar la espada, otra sombra le asestó una puñalada que se le hundió en el brazo izquierdo. Eran tres bultos embozados en grandes ruanas. Indios. Otro puñal le cortó en dos la capa. Fríamente empezó a repartir mandobles, a tirar estocadas sintiendo que la punta de la espada se hundía una y otra vez en la carne, pero sus atacantes no cedían y empezaba a sentirse débil con la pérdida de sangre. Por fin de una estocada derribó a uno y con otra cortó la cara del primero, que lanzó un grito de dolor. Al volver contra el tercero, huyeron. Don Carlos

corrió hacia su casa y entró dando voces. Vino un criado, aterrado al verle lleno de sangre, y en ese instante el mundo se le volvió borroso y cayó al suelo.

Despertó cuando el médico terminaba de vendarlo y ordenaba reposo. Quiso levantarse y el médico no se lo permitió. Recordó la cita y quiso insistir. En ese instante entró el criado Jacobo, que le aguardaba con los caballos, y acercándose al lecho murmuró: —La señora no fue. Fue la negra, a decir que no podía llegar, y espera allí. ¡Llámalas, imbécil!—. El criado salió. —¡Por Dios, doctor, ni una palabra!—. El médico asintió gravemente.

La negra entró, espantada ante la sangre y las vendas. Don Carlos murmuró: Dile a tu ama que estoy herido y necesito verla. La negra salió sin decir una palabra. En la calle se oían deslizarse los pies que regresaban de la procesión.

## XI

Desde el balcón Eugenia había visto el combate de sombras, y había creído entrever a don Carlos. Estaba segura de que Velásquez trataría de matarle. Al oír el relato de la negra y recibir el mensaje, resueltamente se embozó en la mantilla y quiso salir, pero dos hombres bloqueaban la puerta y se apoyaron en ella firmemente.

—No señora—. Esperó entonces hasta más tarde, y mandó a la negra. Los hombres seguían de pie, y por lo que decía la servidumbre tenían orden de no acostarse y no dejar salir a nadie. Ni siquiera podría salir la negra. Nadie se movía de casa sin permiso de don Álvaro.

Eugenia se encerró en su cuarto. Corrió el pesado cerrojo y se dirigió al balcón, donde podía por lo menos mirar la ventana de don Carlos, y permaneció allí mucho tiempo de la noche larga. Muy de mañana, al despertarse de su mal sueño, oyó a Velásquez vociferar por un traje que debía estar listo para la procesión. Recordó entonces con cansancio que él había sido designado para llevar el palio, y luego de años de perseguir ese momento, no lo abandonaría. Podía ser la oportunidad, al salir él para la procesión. Nada le importaba, salvo lograr salir. Llamó a la negra.

## XII

Esplendoroso palio bordado en oro, sedas negras, púrpuras y granates, incienso penetrante y muchedumbre, paseo de las imágenes martirizadas. Los imagineros contorsionados, que al paso de las andas quieren repetir en propia carne los gestos y las palmas del martirio. La procesión sale, despidiendo humo de incienso, retazos de oraciones, miradas furtivas y ojos cerrados. Los penitentes van a paso uniforme llevando los pesados leños a compás. Uno, dos. Uno, dos. Oscila el judío. Uno, dos. Uno, dos. La Verónica estremece su lienzo. Uno, dos. Uno, dos. La estatua del Nazareno, pasmo de la imaginería sevillana, vacila un instante y se reafirma sobre las andas. Uno, dos. Uno, dos. Entre el humo y la contrición y los llantos, la procesión absorbe, al ir pasando como un río, a todos cuantos la miran. Uno, dos. Uno, dos. Los penitentes de hábitos morados y cabeza de cucurucho llevan las andas de los pasos, vacilantes y trágicos. Uno, dos. Uno, dos. El palio avanza resguardando el Santísimo. La gente se arrodilla y ora. Las varas del palio van portadas por poderosos caballeros. Uno, dos, tres. Don Álvaro de Velásquez porta palio por la primera vez, y es el más orondo y bellaco de los ricachones indianos que portó palio en tierras conquistadas. Uno, dos, uno, dos, uno, dos, tres... ¡Cuánto falso oropel se pudiera quitar para despojar esta procesión de todo cuanto repta y dejar solo lo que quiere subir!

Al bajar Eugenia las escaleras, la negra no apareció. Acobardada, dudó un momento, don Carlos tendría fiebre, algo la detenía, ¡vas a ver a tu amante, ahora, hoy, Viernes Santo! ¡En poco serán las tres, adúltera!

Llegó al zaguán. Pero su esperanza de ver la vigilancia desaparecida por la procesión y la hora, cayó cuando vio una figura erguida ante las puertas. Se dirigió a él, y el hombre le cerró el paso. Adúltera. Avanzó, y el hombre movió la cabeza. No se puede pasar. Adúltera. Adúltera. Eugenia tendió la mano, un saco de monedas de oro. Uno, dos. El hombre quiso tomarlo. Eugenia movió la cabeza. Primero la puerta abierta, y las recibes estando

yo en la calle. Uno, dos.

El guarda abrió la puerta. Eugenia, ya en la calle, vio pasar por la esquina la procesión que comenzaba. Uno, dos, tres... Le arrojó el saco al hombre, que lo agarró y se lanzó sobre ella. Eugenia forcejeó en silencio. Gritar era llamar a otros que la detuvieran. El hombre la arrastraba hacia el zaguán, sonriente. Ya Eugenia no podía resistir más, ya abandonaba toda esperanza de libertad. De pronto vio surgir una sombra sin saber de dónde. Un penitente, con túnica morada, cabeza de cucurucho, dos huecos centelleantes en los ojos. Lo vio alzar un bastón nudoso. Uno, dos. El guarda se desplomó. Una gota de sangre le cayó a ella en el pecho.

No acertó a moverse, pero vio que el penitente púrpura se dirigía a ella, le tendía un brazo, murmuraba algo. Antes que el brazo morado la alcanzara, huyó enloquecida. El penitente corría tras ella, sentía sus pasos, su jadeo, su voz confusa. Corría, corría, seguía sintiendo los pasos que la perseguían. Llegó a la puerta de don Carlos y golpeó. No respondían. El penitente la alcanzó y tomándola suavemente del brazo, casi desmayada, empujó simplemente la puerta, la puerta se abrió, el penitente la tomó por la cintura y la hizo entrar. El mundo giró a su alrededor, cuando vio que sin saber cómo ni por qué, del hábito del penitente surgía, al levantarse la capucha, la cara de la negra que le sonreía.

La negra la encaminó hacia la escalera. Uno, dos... Eran cientos de peldaños enloquecedores, hasta llegar al cuarto del herido. La puerta se cerró tras ella. Corrió el cerrojo, antes de volverse y verle semi-incorporado en el lecho, llamándola, amor. Corrió a él. Su vestido se enredó en una silla, se desgarró en el largo recorrido. Y ya estaba junto al lecho, sintiendo sus labios, diciendo palabras, en un semidelirio en el cual se mezclaban el penitente, la procesión, el baile, el Viernes Santo, él.

Don Carlos movió su brazo sano para acercarla. Rasgó impaciente la última atadura. Amor, es la última vez. No, no, es el día del maleficio, del amor vedado. No, no me desnudes, no puedo pecar por ti. Hoy es un día terrible. Hoy, amor mío. Eugenia se

resistía, suplicaba hablando dentro de los labios moribundos de él, trataba de evadir el llamado del cuerpo afiebrado que la buscaba.

—¿Sabes, murmuró, lo que les pasa a los que hacen el amor en Viernes Santo?

—Sí, te lo dije, es una maldición, quedan pegados, no se pueden despegar nunca. Pero voy a morir, vas a morir, muramos así.

De pronto él se incorpora, la toma por los brazos, la acuesta sobre él, le susurra sin que ella casi le entienda, es el día embrujado, el día terrible, se acerca a ella que se entrega, la penetra, la hiere con su sexo, sí, es el último día, el día en que vamos a quedar pegados para siempre como todos los que hacen el amor en Viernes Santo y pueden sacarnos a la calle y no van a despegarnos, los cuerpos se convierten en uno, entre los alaridos estamos pegados, la mano de don Carlos rasga las últimas ropas, la mujer se somete, si nos matan, si nos torturan, si nos hieren no importa estando pegados así, es el infierno, nuestros cuerpos ya no pueden despegarse como en el maleficio, vamos a morir, nos hemos salvado, nada puede desde ahora apartarnos, unidos, pegados uno en otro para siempre, siempre, siempre, de las heridas del hombre mana sangre, la misma sangre de ella, ardida, pegada, trenzada a él. Así vencemos, así nadie nos separa, así estamos para siempre en la procesión, en el mar, en la selva, en el baile, en el sexo, en el infierno para siempre en la tempestad de nuestra muerte, de nuestro espasmo, de nuestros sexos uno para no despegarse más.

A las nueve de la noche de aquel Viernes Santo, el criado Jacobo, llevando una palmatoria con una bujía encendida, entró al aposento a ver a don Carlos, cuya puerta permanecía cerrada desde las tres. Alarmado por el silencio, entró forzando la cerradura con una ganzúa. Al mirar el lecho, un alarido salió de sus labios. En la puerta don Álvaro de Velásquez, acompañado de sus gentes, quería echar la casa abajo, cuando oyó el grito y, derribada la puerta, trepó corriendo la escalera, mientras se santiguaba.

≡

Cuando irrumpió en la habitación, apenas se movió la sombra morada de la esclava, sentada en un sillón cercano al lecho. Los ojos espantados de Velásquez vieron el cumplimiento de la maldición en los cuerpos yacentes.

### XIII

El nombre de Satanás iba de labio en labio. Todos sabían ya que en aquella casa don Carlos y Eugenia habían quedado muertos y pegados por haber fornicado en ese día santo.

—Ellos lo quisieron así.

Lo quiso Velásquez, que no la amaba.

—Sí la amaba. Sigue llorando en la alcoba, no deja entrar a nadie, no deja traer una sábana.

—Yo sabía que él la amaba.

—Ella lo veía en la iglesia.

—Y cada que podía se entraba a su casa, a acostarse con él.

—Por no esperar la Pascua, la sinvergüenza.

—¿Por no esperarla? ¡No podía esperar ni un solo día!

—No aguantaba su cuerpo.

—Y el hombre lascivo, cómo acariciaba con la mirada.

—El diablo.

—Pero ella es más culpable.

—No. El, que era el diablo. Él era quien la perseguía.

—No fueron ellos. Fue el diablo, que se entró en la ciudad, y vive en esa casa.

—¡Qué diablos! ¡La puta que era ella!

—El miserable de él.

—¿Nadie ha pensado que se amaban?

—¿Fornicar así llaman amor?

—¿No lo querrían tal como pasó? ¿No lo buscarían?

—¡Debieran quemar la casa como está, y acabar esa hedentina!

—Por lo menos quemar los cuerpos.

—¿Y quién los separa? Peor que perros quedan, porque se

vuelven uno solo. Esa es la maldición.

—¿Maldición? ¿Y si se aman?

—¡Amor!

—¿Qué pasará con ellos?

—Deben quemarlos.

—¿Y don Álvaro?

—Debe buscarse ahora sí una mujer buena, no una bruja como ésta.

—Era buena.

—Hasta que llegó el bandido.

—El fue el dañado por ella.

—Los dos.

—Pero bien pegados están así, y así van a seguir en el infierno.

—¿Y qué mejor si siguen así?

—En el infierno, entre llamas y azufre.

—Pero juntos.

—¡Mierda!

—Da tristeza...

#### XIV

Cuando don Álvaro salió, empezaron los preparativos para confeccionar una sola mortaja. Nadie se atrevía a desunir los cuerpos, habría que romper huesos trenzados.

Alguien fue encargado de preparar el sigiloso entierro, y el inmenso y doble escaparate de la muerte. En la madrugada el haz de los cuerpos recibiría sepultura fuera de sagrado. Se había ordenado cavar una sola tumba.

Los vecinos de Santa Fe durmieron mal aquella noche. Movidos por la ola del chisme, que alcanzaba a lamerles los pies bajo las cobijas, se deslizaban a mirar si la puerta les había quedado bien cerrada para que el Malo no llegase hasta ellos.

Junto a los cuerpos estaba, todavía en traje de penitente, la negra, que volvía de vez en cuando los ojos llorosos hacia el lecho. Sus manos oscuras acariciaban una y otra vez dos figurillas



de cera entrelazadas. Un hombre y una mujer acoplados. Al hacer un movimiento, el alfiler que atravesaba el sexo de los dos muñecos, le hirió la yema del pulgar derecho. La negra se chupó el pulgar, mirando fijamente una gotita de sangre que había quedado sobre los lomos del hombre de cera. Y volvió a comenzar el murmullo rítmico de su plegaria.

## **Inveniones y artificios**

*“Significativo es el hecho de que el arpa, instrumento fundamental de la música de muchas regiones de América, sale de un arpa sola: la de un Maese Pedro que llegó a América en los albores de la conquista, después de haber pasado por Cuba*

Alejo Carpentier, *Tientos y diferencias*, pág. 22. Ed. Arca, Montevideo, 1967.

Cien años de aire

*“Si j’étais colombien, je dirais: Rendez nous cent ans d’air et nous vivrons longtemps”.*

El comerciante Lefebvre, citado por el General Francisco de Paula Santander, en su *Diario de viaje por Europa*. (1829-1832).

I

Los sueños tienen una materia especial, que se proyecta sin saber cómo sobre la vida. No quiero hablar de su interpretación científica, sino de su proyección vital, o por mejor decirlo, mágica.

Recuerdo haber soñado una vez con una playa, en donde yacía el cadáver de un hombre joven, sonriente, en tomo al cual danzaban unas jóvenes, casi adolescentes. La clave del sueño estaba en la sonrisa, que atestiguaba que el hombre no estaba muerto. Así, la clave oculta del sueño está en el accidente remoto, en lo que en apariencia es menos considerable. Como, por otra parte, todas las claves de la vida.

Son tal vez más graves los sueños que se hacen cuando se está despierto. Cuando un amigo murió en un accidente, y yo regresaba apresurado y dolorido a la ciudad, tuve despierto el sueño de que iba a recibir una carta suya: y la carta me esperaba en mi casa, viva, lo único vivo que quedaba de él.

Pero aún más, hay hechos que no son sueños, que han ocurrido, y sin embargo la gente en tomo cree y opina que son sueños, y los hace con ello refugiarse en lo hondo de la memoria, para no atreverse a ser contados.

II

Cada uno tiene sus personajes propios. Unos son reales, si ser real es haber vivido en la historia. Otros, imaginarios, que viven en una novela, en una leyenda, en un poema. Otros no viven sino en la propia conciencia, y están hechos escasamente de los propios temores y amores de las simpatías y los odios. En cada persona, esa fauna humana tiene sorpresas y contradicciones. A través de los personajes, pueden reconstruirse y hacerse historias.

Lo extraño es lo que pasa a veces, cuando se reúnen unos personajes y surge una historia. Esto puede ser, por ejemplo, una novela. O puede ser un sueño. O puede ser, también, el descubrimiento de un hecho que históricamente sucedió hace mucho tiempo, pero que ha permanecido totalmente oculto en el olvido, hasta que lo revela, con la ayuda de circunstancias exteriores, la coexistencia de esos dos personajes en el espíritu de una persona.

### III

Personalmente tengo muchos personajes adquiridos. Contrapuestos, contradictorios, disímiles. Todos, sin embargo, con algún extremo de contacto, conmigo y entre sí. La adquisición de ellos depende exclusivamente del trabajo personal del espíritu. Por ello se ven unos forzados a coexistir, y otros siguen luchando permanentemente en una guerra que es esa misma guerra de dos almas de que hablaba Goethe en el *Fausto*.

Este proceso del *Fausto* se cumple igual en todos los hombres. Solo depende de la grandeza el que haya una memoria más viva que las otras, y que por ello trace un patrón especial.

Cuando Carlos XII de Suecia tomó él mismo la corona y se la puso en su cabeza, al ser consagrado rey, trazó un gesto orgulloso. Pero cuando Napoleón toma la corona de manos del Papa al ser consagrado Emperador, y la pone él mismo en sus sienes, magnifica el gesto, lo absorbe, lo hace suyo, borra casi el gesto anterior. Y el personaje que por este gesto puede incorporarse, es él.

Hay dos personajes que yo adquirí hace tiempo: el uno, es un personaje histórico, la representación de una línea de pensamiento liberal, de un equilibrio jurídico, de una actitud seca, ausente de la imaginación. La encarnación de los Derechos del Hombre como norma de conducta, no como ideal. Un estadista frío, un hombre sereno; no fue nunca el caudillo romántico sino la expresión de la sequedad inglesa aplicada a la guerra romántica de la Independencia. Su grandeza era entender la grandeza de la ley, era su concepción del Estado de derecho como aire vital, como

medio normal de la existencia. De una mente así, solo podía desprenderse un hombre noble, patriarcal directo, sin la imaginación de las traiciones. Ese hombre se llamó Francisco de Paula Santander, e hizo el Estado colombiano a su imagen y semejanza, tomándolo de la independencia palpitante que puso en sus manos el genio de Bolívar.

Era el hombre inflexible que no admitía matices en las aplicaciones de la ley, como tampoco en la dignidad. Cuando una noche llegó con Bolívar al teatro, en Bogotá, y fue avisado al entrar de que habría un atentado contra el Libertador, en la entrada misma Santander le cubrió con su cuerpo y su capa, para defenderle de las balas homicidas. La imagen que de él nos queda, salvo esos breves relámpagos, es la del hombre oficial, el estadista, con una amarga y cerrada reserva de su vida interior. Es uno de los hombres que más profundamente clausuró su vida íntima para la posteridad. En su mismo *Diario de viaje por Europa* solo se distinguen raros aletazos de vida íntima. Aun por el suramericano que hacía el *grand tour* en medio de la adversidad, que encontraba el rastro de otros grandes, Europa es mirada tan objetiva y fríamente, que en ocasiones el lector se desespera por encontrar el resquicio favorable que le dé oportunidad de romper el hermetismo.

Es el antiromántico: estuvo en el Teatro Francés, viendo el estreno de *Hernani*. Presenció el amanecer del esplendor romántico, la *Batalla de Hernani*, y el ascenso de Víctor Hugo a la esfera de los semidioses. Pero apenas da el siguiente resumen:

“Estuve en el Teatro Francés a ver la representación de *Hernani*, obra romántica de Víctor Hugo en oposición al género clásico; el teatro es grande y hermoso pero más pequeño que el de la academia, no hay orquesta alguna. La pieza fue aplaudida y silbada. Los actores fueron muy aplaudidos. Este es el teatro donde han brillado Moliere y Taima y donde Racine, Corneille y Shakespeare han hecho admirar sus tragedias”.

A veces el general rompe levemente la reserva para recoger datos sobre su aspecto personal: “París 21 viernes. Hoy

conocí donde Santamaría al señor Martín Villamil. Es un hombre rico, de talento y gran sectario del sistema de Gall. Me dijo que yo tenía la fisonomía de Napoleón, que mis órganos del cerebro indicaban que tenía mucha circunspección, memoria de localidades, carácter, pero no memoria de voces... También me dijo que tenía el órgano de talento de general como el duque de Wellington”.

En Tirlémont (enero 9 de 1830): “Aquí posamos en el Hotel de la Planète. El dueño de la posada, después de dos horas de estar en el comedor, me dijo que si alguna persona me había hecho la observación de que yo tenía alguna semejanza a Napoleón, le contesté que sí, que alguna señora en Altona me había dicho lo mismo. El entonces repuso que ciertamente tenía bastante semejanza, a lo cual dije que aunque Napoleón había sido un hombre desgraciado, me honraba de tener alguna semejanza en la figura a quien bajo muchos respetos había merecido el título de grande”.

En París, el 9 de marzo de 1830, invitado a una *soiree* en casa de Lafayette: “Noté mucha curiosidad hacia mí, como que varios señores me rodeaban a oírme y verme sin hablarme nada” y el 2 de junio anota en su *Diario*-. “Fui a comer a la *Chaumière du Moni Pamas se*, donde me convidó el negociante Vaur; éramos 12 con vi dados: un general francés, un general de Haití, un oficial de la guai dia que estuvo en España en el ejército francés en 1823 y después en Grecia, y algunos negociantes. La mesa estuvo muy alegre y anima da: cantaron, gritaron y se divirtieron grandemente; el oficial de la guardia real que habla un poco español cantó boleros y canciones patrióticas de España contra Napoleón. Un negociante, Lefebvre, hizo de mi apellido este *calambur* (sic) o equívoco que es menester pro

nunciar para comprenderlo: ‘Si j’ étáis colombien je dirais: Rende nous cent ans d’ air et nous vivrons longtemps’”.

Al lado de este personaje hermético (o después, porque yo le conocí años más tarde), está monsieur Henri Beyle, Stendhal. 1 ,e conocí un día en que me acompañó desde la entrada de La

Cartuja de Parma, a dar el paseo alucinante de una batalla de Waterloo que nada tenía que ver con las de los textos de historia, porque era mucho más verdadera, mucho más viva y más cercana. Le conocí en las páginas impecables de ese libro, el más hermoso para mí de los suyos; hay entre los stendhalianos sectarismo de *La Cartuja* y del *Rojo y Negro*. Mi sectarismo es el de *La Cartuja*, la novela más perfecta que he leído; novela, ballet, comedia, historia. Aunque las tentaciones del *Rojo y Negro*, o de las *Crónicas italianas*, hagan a veces titubear.

Stendhal era el personaje contrario. Metido en la vida, transparente, iba amasándola día a día en su obra, a tal punto que las dos se confunden, y hay más de su vida en su obra. Sabemos casi todo de su espíritu y de su vida, a través de la minuciosidad del *Diario*, a través de los espejos de sus novelas, colocados al lado del camino, sí, pero a través de su propio ser.

Murió el 23 de marzo de 1842. En 1841, había escrito: "*Je trouve qu'il n'ya pas de ridicule a mourir dans la rue quand on ne le fait pas exprés*"<sup>44</sup>.

Tuvo en su vida un matiz de perseguido. Siempre, en su correspondencia, firmaba con otros nombres, introducía frases y personajes propicios para desorientar. En los salones se murmuraba de sus actitudes antigobiernistas. Y él pensó siempre que la policía se ocupaba de su persona, como aprendió a pensarlo en Italia. Se dice que amaba la lectura del Código Civil de Napoleón, para dar precisión y sequedad a su prosa, en la cual puede haber giros y formas descuidados, pero no hay jamás una palabra sobrante. Fue, aparentemente, un enamorado siempre torturado y de poca fortuna. "Tengo —decía— un desdichado talento para comunicar mis gustos; a menudo, al hablar a mis amigos de mis amantes, los he enamorado de ellas, o lo que es aún peor, he hecho enamorar a mi amante del amigo a quien yo quería realmente"<sup>45</sup>.

---

<sup>44</sup> "Encuentro que no es ridículo morir en la calle cuando no se hace a propósito".

<sup>45</sup> "J'ai un talent malheureux pour communiquer mes goûts; souvent, en parlant de mes mattresses a mes amis, je les ai rendu amoureux, ou, ce qui est bien pis, j'ai rendu ma

Hay quien dice que ni amó en verdad ni fue en verdad amado. No obstante, la penetración más grande del amor en el siglo pasado, se debe a su pluma. Tuvo siempre que construir el amor; no lo halló ya hecho y listo a sus ataques como el vizconde de Chateaubriand. Por eso conoce tan profundamente sus asperezas, sus veleidades, sus desilusiones, y traza de sus escolleras una carta tan profunda y detallada que es, en ocasiones, engañosa.

Stendhal regresa a Francia en 1828; llega a París el 29 de enero, y permanece hasta el 8 de septiembre de 1829. Ese día parte para un viaje por el Mediodía de Francia, en el cual nace la idea de *Rojo y Negro*. Acaban de aparecer las *Promenades dans Rome*, y aparece en diciembre *Vanina Vanini*. Al finalizar noviembre de 1829, regresa a París, donde permanece hasta el 6 de noviembre de 1830. Durante aquel transcurso, pasa la sombra adorable de Alberta de Rubempré, madame Azur.

El general Santander llega a París el 17 de febrero de 1830, y se hospeda en el Hotel Boston, Rue Vivienne. El 24 se traslada al Hotel de Berlín, Rué des Frondeurs. El 28 entra al Jardín de las Tullerías, “donde estarían reunidas en paseo más de cien mil almas de todo sexo”. Pero no hay un nombre de mujer distinto del de aquella que esperaba en su lejano país, y que tímidamente, en inicial, en abreviatura, se asoma en todo el libro.

En la misma época, el errante de Italia y el desterrado de América estuvieron en París. Sus salones fueron los mismos. En la Europa de comienzos del siglo XIX, aún calientes las cenizas del Imperio, acabada de surgir del estremecimiento napoleónico, venida en silla de posta a los albores de la Revolución Industrial y al panorama de los Estados Nacionales, llegaba de América al exilio alguien que muchos de los que recordaban al Emperador presumían como uno de ellos, y lo aceptaban como tal, con su nimbo de tierras lejanas. Las puertas se abrían: Lafayette, Chateaubriand, los embajadores de otros países. La vida se desliza

---

maitresse amoureuse de l'ami que j'aimais réellment... (Citado por André Billy, *Che r Stendhal...* París, Flammarion, 1958, pág. 201).

mansamente, entre obras de arte y primavera blanda. Las inquietudes de la lejana Colombia están dormidas y, sin embargo, siempre subsiste el oído del alma vigilante. El esplendor y la pompa de la Restauración se ven a veces fatigados por oscuras sombras de nostalgia, por las memorias de la épica imperial.

#### IV

Hace años tuve una enfermedad grave. Me sometí a una intervención quirúrgica, y después una más se hizo necesaria, en circunstancias de riesgo. Los traumatismos, y mi salud quebrantada, me debilitaron grandemente. En los días de la convalecencia cayó en mis manos el suplemento literario de un periódico de Bogotá, en el cual encontré una página que me interesó especialmente. Tanto, que recuerdo incluso la forma en que la página estaba armada, y que tenía en su centro una fotografía del medallón que el escultor David d'Angers hizo del general Santander, cuando éste estuvo en París. La página contenía textos del General; algunas cartas, y fragmentos del *Diario* de su estadía en Europa, que iba a ser editado posteriormente.

A la derecha, y un poco abajo del retrato del medallón, aparecía el fragmento que me pareció de mayor interés, porque reunía a mis dos personajes. Se trataba de la visita que por primera vez hizo Santander al escultor David d'Angers. Su texto inicial era el mismo que luego encontré en la edición del *Diario* y por eso lo copio:

“5, viernes (marzo 1830)—... Visitamos los Acostas, Santamaría, el general Morán y yo, el taller del famoso escultor David, miembro del Instituto; estaba concluyendo la estatua de cuerpo entero del general Foy; vimos las del obispo Grégoire, de Fenelón, de Lafayette, de Gohier, de Rossini y otras. El trabajo estatuario empieza en barro, luego en yeso y después en mármol. David me hizo mil cumplimientos diciéndome que haría mi estatua porque se complacía en trabajar las de los grandes hombres”.

En el periódico que yo leí, continuaba el texto con mayores

detalles de la visita. Tengo que reconstruirlo de memoria, y según recuerdo, era así:

“Tuvimos que esperar al estatuario casi tres horas. Pero la espera fue agradable, pues le esperaba también un señor llamado Henri Beyle, de una maravillosa simpatía, que reía en ocasiones sonoramente, y que nos habló mucho de Italia y nos preguntó, con profundo interés, sobre Colombia y nuestra guerra de Independencia. Eso hizo perder la monotonía. Mientras tanto, mirábamos el taller de David, que parecía un bosque de estatuas inconclusas entre las paredes verde-oscuras, una de ellas con una gran claraboya por donde daba el sol sobre la estatua en que estaba trabajando”.

Tengo la absoluta seguridad de haberlo leído. Recuerdo también haber guardado la hoja del periódico en un rincón de la biblioteca. Nunca pude luego encontrarla. Días después hablé con el propietario del periódico y le referí el hallazgo, que le interesó sobremanera. Lo hice luego a un sacerdote historiador, quien también se interesó de modo especial. Un día pensé que valía la pena precisar el dato, para escribir un apunte sobre el encuentro. No encontré la hoja del periódico, y me dirigí a la colección, en la cual hallé, en distintas techas, cercanas a los días en que leí ese texto, varias publicaciones del compilador del *Diario*, con textos de aquel y de cartas contemporáneas. Pero en ninguna de ellas estaba el párrafo desaparecido. No obstante, insistí, y un amigo hizo una revisión todavía más cuidadosa de la colección del periódico, en un periódico más extenso. Nada apareció, pese a que en el lapso se había hecho una abundante suma de publicaciones sobre el General. Fui luego a París, sin que allí fuese posible establecer nada de la vaguedad de un posible encuentro. Al regresar, insistí en mi búsqueda. En esos apareció publicado el *Diario*<sup>46</sup>. Lo leí y lo revisé cuidadosamente. El texto comprendía la piñera parte transcrita, pero no el relato de la entrevista con Stendhal. Pensé entonces que podía ser el texto de alguna carta no

---

<sup>46</sup> DIARIO DEL GENERAL FRANCISCO DE PAULA SANTANDER EN EUROPA Y LOS E.E.U.U., 1829-1832. BOGOTÁ, EDIT. BANCO DE LA REPÚBLICA, 1963. TRANSCRIPCIÓN, NOTAS Y COMENTARIOS DE RAFAEL MARTÍNEZ BRICEÑO.

publicada, aunque en el prólogo se señalaba la curiosa circunstancia de que Stendhal y Santander no se hubiesen encontrado<sup>47</sup>.

Entré en contacto con Rafael Martínez Briceño, autor de la edición, minuciosamente anotada. Me invitó a su casa, donde pude ver, cuidadosamente coleccionados, los cuadernos originales del *Diario*, y revisar la anotación correspondiente al 5 de marzo de 1830, y las demás relacionadas con el escultor David d'Angers. Martínez Briceño me preguntó el interés de mi búsqueda, y me dijo, ante un ejemplar del *Diario* recién publicado, en el cual no se hallaba ningún rastro: “—A mí me sorprendió que no se hubiesen encontrado. Busqué mucho en la correspondencia, en cada una de las cartas del General, con las cuales se hará un segundo volumen. Indagué en las biografías de Stendhal. En los documentos. No hubo encuentro, a pesar de que ambos hombres se movieron en la misma esfera, y hubo contactos de ellos con gentes que los conocían a los dos. En el prólogo del *Diario*, yo señalo este hecho curioso. Porque no pude hallar evidencia alguna de que hubiesen estado juntos”.

Me quedé en silencio. No podía yo contradecir al historiador serio y discreto, que acababa de concluir un trabajo de años sobre el *Diario*, y que me mostraba una a una las cartas correspondientes a la misma época. Allí estaba la vida europea del General, con pruebas fehacientes, con documentos. Yo no tenía sino un recuerdo visual, impresionante por su precisión, por la convicción que me daba.

Al referir el hecho a una amiga, me dijo: “—Lo soñaste”—. Fue ese el primer día en que pensé que podía haber sido un sueño. Acaso, perdido entre las brumas de mi enfermedad, lo imaginé. En esos días leía a trechos *Roma, Nápoles y Florencia*,

---

<sup>47</sup> DESPUÉS DE ESCRITO Y PUBLICADO ESTE RELATO EN LA REVISTA “PROGRÉS” DE BRUSELAS (NÚM. 3, SEPTIEMBRE, 1965), DONDE APARECIÓ ORIGINALMENTE TRADUCIDO AL FRANCÉS, UN AMIGO ME HIZO CONOCER EL LIBRO LE COEUR DE STENDHAL, DE HENRY MARTINEAU (ALBIN MICHEL, PARIS, 1952, DOS VOLÚMENES). EN EL TOMO SEGUNDO, PÁGINA 160, APARECE UN MEDALLÓN DE STENDHAL, HECHO POR DAVID EN 1829. DICE MARTINEAU: “...Y DAVID D’ANGERS, CON QUIEN HENRI BEYLE NO PARECE HABER TENIDO RELACIONES PARTICULARMENTE ESTRECHAS, SE GUARDÓ SU JUSTO TÍTULO, CUATRO AÑOS MÁS TARDE (1829) DE OMITIRLE EN LA GALERÍA DE MEDALLONES EN LOS CUALES SE FIJABAN LOS RASGOS DE LOS HOMBRES MÁS CÉLEBRES DE SU TIEMPO...” (PÁG. 150).

y me encontraba cerca de los dos. Coincidentalmente, aparecieron en ese tiempo varias publicaciones sobre el General. Cuando vino a Bogotá Jorge Luis Borges, le relaté el caso, y me dijo: “—Así tiene su propia realidad. Si en verdad hubiera usted hallado la comprobación tipográfica que buscaba, el sueño se habría destruido, habría sido falso”.

Anoté entonces, al descubrir la trama del sueño:

“Es un sueño de una persuasión absoluta; yo estoy convencido de que se trata de una realidad. Yo leí ese texto. Mejor aún: Santander estuvo hablando con Stendhal en casa de David. Es decir, con Beyle, un hombre simpático, agradable, brillante, conocedor de Italia, lo que añadía un interés más a su conversación, para el viajero latinoamericano. Estuvo casualmente, según lo denota ese rastro perdido que ya ahora no puedo seguir ni dentro de mí mismo. Una nota más: yo había guardado la hoja del periódico en un rincón de mi biblioteca. Y ha desaparecido”.

Esta es la historia de la búsqueda de un hecho que tuvo lugar lo sé— hace ciento treinta y cinco años, en el estudio del estatuario David. En el *Diario* de Santander, ya publicado, no aparece el registro de ese encuentro que leí; tampoco en el de Stendhal, que termina años antes. Sin embargo, el hecho vive, ha surgido de nuevo, misteriosamente revivido. Posiblemente buscaba desde entonces un modo de expresión, una reproducción a través de los caminos ignorados de la mente humana. Y así se hizo esa hoja de periódico desaparecida, en la cual se contuvo ese relato, que escribo ahora para que se conserve, como una adición ahistórica a la historia.

Cuando Schopenhauer conoció al General, anotó en la hoja final del *Oráculo Manual* de Gracián: “Nadie se escarmienta en cabeza ajena: me lo ha dicho el general Santander”. Al General le prestaban los ojos europeos una cabeza napoleónica. Que era, sin embargo, una cabeza criolla, que había servido para soportar erguida el exilio, después de crear las bases de un Estado de Latinoamérica.

Y así, en cabeza propia, he vivido una investigación imposible e inútil. La persecución de un rastro que estaba en mí mismo. Lo perseguí en las diligencias, a través de las posadas, al relevo de los caballos de posta; en las calles antiguas de Santa Fe, y en las del París posnapoleónico. En las páginas de los periódicos, y en los libros que podían dar una aproximación de los personajes. Que, como personajes míos, solamente me la podían dar al reunirse y confrontarse en mi espíritu. Y me la han dado. Me han dado la mayor certidumbre de que la historia se reescribe día a día. Que cada uno le reescribe, a través de esa memoria indescriptible que permite al hombre, tal vez en un solo momento de su vida, estar en una época distinta de la propia, acaso porque necesita no estar solo.

## Corpus iuris Civilis

La mano se detuvo con la pluma en suspenso sobre las dos únicas palabras trazadas: “*Las palomas...*”. El escritor miró a través de la ventana. Su mano reposó sobre la cuartilla blanca. La calle quieta y apacible reflejaba el sol enfermo del invierno, y los árboles desplumados y duros se recortaban sobre el fango. El hornillo estaba casi sin rescoldo. El frío melancólico de tarde invernal descendía lentamente sobre el anciano.

Su mirada se demoró en los estantes de libros, sobre los cuales se alineaban los retratos de los hijos muertos. En los volúmenes polvorientos se escondía su vida fatigosa. Allí estaban los viejos libros importados de Londres: Pope, Dickens, Scott, Bullwer- Lytton, para mantener un hilo lejano que con el paso de los días se adelgazaba. Allí está la edición, que conserva después de tantos años, del *Viaje sentimental*, de Steme. Las *Noches lúgubres*, de Cadalso, en puesto desusado, junto a la edición tan repasada de Lord Byron; el *Emilio* de Rousseau, *Los miserables*, de Hugo. Al lado, las *Siete partidas*, el *Fuero juzgo*, el *Corpus Iuris Civilis*. Toda la vida metida en una palomera, en la cual diariamente se abre al menos un libro. Isabel murmura cuando llegan nuevos paquetes: la casa va a ser insuficiente. Don Andrés se incorpora y se pasea por el vasto salón. Se detiene ante un libro; lo abre, sigue escrutando minuciosamente las páginas.

Tal vez la misma borrosa esplendidez del sol invernal que entra por la ventana, o algún título memorable que ha encontrado, le devuelven su pasaje por Hampstead, su memoria de Londres, para la cual es tan apto este invierno y en la cual ha surgido, inesperadamente, como un alfiler doloroso, el recuerdo de Mary Ann Boyland; la silueta arrogante y dudosa de Irisará se interpone, la lejanía glacial de Bolívar sigue atormentándolo. Fernández Madrid, Manuel José Hurtado, otra vez Irisarri y el investigador de sus escándalos monetarios, don Mariano de Egaña. Todo está tan lejano en esta casona de Santiago, en medio de la tarde apacible. Cuando surgió en la Legación en Londres aquel problema, hui hacia París; horas memorables de la Restauración,

boato artificial de los tiempos posnapoleónicos, y vacío, el gran vacío del Emperador. Como el vacío de Bolívar, piensa. Pero los diecinueve años de Europa que me trajeron aquí ¿tienen algún sentido? ¿Tiene algún sentido lo de aquí? Todo lo escrito, todo lo trabajado, crítica, poesía, enfrentarme a Sarmiento, luchar contra los unos y los otros, ser desterrado, morder el pan amargo, la amistad consoladora. Isabel habla allá abajo. No sé qué estará diciendo, pero hay algo que me hace sentir que ahora está agobiada. Los años pasan. Así murió Mary Ann: de tristeza, de pena en el invierno. Diecinueve años de Londres y veintiséis de Santiago, que comenzaron con aquel viaje a Valparaíso en la *Grecian*. Recuerdo que solamente supe el nombre de la nave, al abordarla. Y ese nombre me atormentó, hizo aún más cruel aquel cambio de exilio. *Grecian*. Tal vez 5to mismo la habría bautizado así. En el muelle, vi la nave, el nombre, el bergantín arrogante. Durante todo el viaje pensé en ello, sentí la coincidencia cruel. ¿Sí sería una coincidencia, o una jugada inverosímil del destino?

Casi olvido como era la vida antes, allá en Venezuela, en Caracas, en Cumaná. Sí, en Cumaná, cuando mi padre vivía. Allá estaba *La Griega*, la María José de Sucre. El anciano buscó un libro, lo abrió, y de entre sus páginas sacó una pálida miniatura. Así era ella, el porte arrogante, el perfil soberbio, la hermana menor de Antonio José, que era entonces aún un mozalbete que no había conocido las glorias y las traiciones de la cabellera de oro de la marquesa de Solanda. Su otra hermana, Aguasanta, era hermosa también, pero tenía un perfil distinto.

Cuando don Andrés conoció a La Griega, María José, se enamoró con toda la obstinación de los dieciocho años. La persiguió por las calles coloniales de Cumaná. La acosó en Caracas, en el mundo de los salones, en la tertulia de Luis Uztáriz, bajo la égida fría y neoclásica de Juan Bautista Arriaza. Humboldt había pasado dejando la estela de las inquietudes sobre la luz helada del humanismo del expirante siglo XVIII. Pero todo esto era el cerebro, era la razón: María José era el calor, era la tormenta tropical bajo la actitud increíble de la serenidad griega. Don



Andrés era apenas el comienzo de sí mismo, que todo lo absorbía, todo lo palpaba. María José lo dejó amarla, con coqueta ilustración de mujer hermosa. Pero el amor recrudecía, Andrés se dejaba absorber del remolino.

Las manos le tiemblan un poco al mirar de nuevo la imagen de La Griega, al recordar que en un momento dado y por unas horas, en una deslumbrante tarde de Cumaná, la poseyó. Todo quedó en el riguroso misterio de su caballerosidad, la cual lo protegió de la espada fraternal de Sucre. El viejo sonrió un momento. Pero así, tan

inesperadamente como había llegado, se desvaneció el amor de María José. Al volver a Caracas, la encontró, en el mismo salón donde había merecido su sonrisa, del brazo de un advenedizo francés, con el cual hablaba en ese idioma que todavía Andrés apenas descifraba al oírlo. El hombre se llamaba Marie-Jean d'Arbois, era exiliado de Francia, de aquellos que soñaban con el regreso de la monarquía en el mismo momento en que la revolución lo llenaba todo. Trotaba por las colonias, a caza de aventura o de dineros. Y la señorita de Sucre cayó bajo el influjo de la corte, de las evocaciones de París, de la vida europea. Y se enamoró de él.

Todavía el anciano siente la profundidad de la herida. A lo lejos se oye la voz de Isabel que lo llama, pero él no responde. Sigue desmenuzando el momento doloroso en que el francés se la enajenó. ¿Hacia dónde viajaba María José en aquel barco instrumentador de su desgracia? Zarpó un día de La Guaira, con su hermana Aguasanta y sus sobrinos. Don Andrés no quiso saber si D'Arbois viajaba en el mismo barco, evento previsible. Cuando ya las velas se veían lejanas sobre el Caribe azul, llegó al puerto, a decirse a sí mismo un adiós necesario. Pocos días más tarde, consumido aún en su dolor, oyó en Caracas la noticia de la muerte de La Griega en medio de una vaga tempestad que hizo pedazos el navío.

Todo aquello lo había recordado en la *Grecian*, que lo llevaba con los suyos hacia Valparaíso. Seguramente el adiós a La

≡

Griega había prefigurado este momento de su vida. Y más seguramente aun, a la sombra de La Griega había vivido, frente al mar, dos momentos de desolación que habían cerrado etapas de su vida, y que ahora se reunían para dar una luz angustiosa a la populosa reunión de sombras que invadía la biblioteca.

Don Andrés Bello se estremeció, y su mano quiso ahuyentar de su mente las memorias. Debía volver a la última revisión de su gran proyecto de Código Civil. Estoicamente, como quien se hunde en el mar o en el olvido, se sentó a escribir. Los romanos, los españoles, Napoleón. Pero lo que encontró su mano fueron las dos palabras: “Las palomas...” Y como allí seguía todo presente, don Andrés Bello siguió perfeccionando en la tarde invernal de Santiago, aquel día de 1855, está feliz versión del artículo 621 del proyecto de Código Civil de la República de Chile:

*“Artículo 621.- Las palomas que abandonan un palomar y se fijan en otro, se entenderán ocupadas legítimamente por el dueño del segundo, siempre que éste no se haya valido de alguna industria para atraerlas y aquerenciariás.*

*"En tal caso estará obligado a la indemnización de todo perjuicio, inclusa la restitución de las especies si el dueño la exigiere, y si no la exigiere, a pagarle su precio<sup>48</sup>”.*

Al terminar de escribir, don Andrés miró de nuevo a la ventana, sobre la cual se formaban minúsculas ramificaciones de hielo. I a muerte y el mar son los dos grandes indemnizadores. Pero no llenan el vacío con agua ni con tiempo.

(1974)

---

<sup>48</sup> Corresponde al artículo 697 del Código Civil colombiano



## **Los infiernos del Jerarca Brown**

Esta tarde vino a visitarme John Brown. Por medio de un amigo se puso en contacto conmigo. Es un hombre que viene con un propósito definido: contar su historia. Venía en busca de un oyente, y lo encontró. Cuando mi amigo me explicó de qué se trataba, me despertó cierto interés. Apenas vi ese día a Brown, pero cuando llegó hoy a las cinco de la tarde, mi interés creció. Es un hombre de delgadez esquelética, de raza negra, con el cabello ya gris, lo mismo que las cejas hirsutas. Viste un viejo traje de tela tropical, de color indefinido, y viene cubierto con un impermeable de caucho crudo. Sus botas resuenan pausadamente al subir los escalones de mi biblioteca. Nada hay más característico en él, que el viejo sombrero, cuyas alas no parecen tener límites; el fieltro se ve quemado y corroído por el sol.

Brown habla despacio. En más de cincuenta años de hablar español y dialectos indígenas, no ha podido perder su nostalgia del inglés. Le hablo en inglés y desde ese momento, recurriremos a él cada vez que haya algún punto difícil en el relato.

Pensé, después de verlo marcharse, en el motivo de mi interés, aparte de oír sus historias minuciosas, y de ayudarle a satisfacer su aspiración de que su vida sea contada. Es un hombre que ha vivido prácticamente en la soledad durante cincuenta años. Soledad llena de rumores de selva, de espacios abiertos, de ríos insondables, pero soledad. Como fue solo en Chicago, en París, en Londres o en Liverpool, como lo fue en la cala de los barcos del mar de las Indias Occidentales. Es una soledad de la cual él tiene una patética conciencia: la soledad de su raza y de su color. La



soledad del negro entre los blancos. Me he preguntado si no fue el color de su piel, esa soledad latente en él mismo, la que lo protegió del látigo y de las asechanzas del imperio del caucho. Una soledad de piel, que fue la que le indujo a escaparse de los suyos, que le ha ido llevando de tumbo en tumbo por el mundo, para lograr aquietarse únicamente en medio de la mayor soledad de lo exótico. A veces, bajo sus lentes de montura antigua y desmedrada, sus ojos, ante el brillo de la luz artificial, se mueven como sorprendidos bajo las grises cerdas de las cejas. Han aguantado bastante sol caliente; no es, en realidad, el resplandor el que los cohibe. Es la vida ciudadana, es la compañía distinta de la aventurera y ocasional, es el espacio cerrado.

Brown no es huraño. Es un hombre sencillo, y tiene una cualidad de esas que no se pierden a lo largo de la vida: la bondad. Lo posee una bondad ingenua, que transpira su relato. Porque ya hoy comenzó a contarme su vida, y va a seguir contándomela mañana. Tendrá que llevar un ritmo apresurado, pues no son muchos los días de que dispone antes de regresar al Sur.

Ha contado su historia muchas veces, lo veo, lo siento en frases que de ella surgen sin que él se dé cuenta, frases estereotipadas, o frases sentimentales. Pero me doy cuenta de que, hasta ahora, se ha sentido un tanto defraudado por sus oyentes. Porque ha contado su historia en medio de gentes que han vivido lo mismo. Por eso su historia se ha ido petrificando. Sin embargo, detrás se siente la tragedia vital. Tiene algo sorprendente: la igualdad de tono. No pone el énfasis dramático en el momento de peligro. Ni lo pone melancólico en el instante de recordar los adioses. Con los años, esto tiene ya menor importancia para él, seguramente. Y, por otra parte, considera de una pieza su vida. Tal vez él no sospechó nunca que podría tener interés, hasta que alguien se lo dijo. Y aún no establece a cabalidad todo el interés que, en verdad, tiene.

Vino acompañado de un amigo, hombre joven y sólido, que dejó en mis manos al “Jerarca”. ¿Jerarca por qué? Así lo llamamos por su edad, por todo lo que ha logrado vivir.



Es, evidentemente el Jerarca. Y este relato va a ser la historia de sus descensos al infierno. A veces se piensa que los infiernos son condiciones de la vida; para Brown fueron infiernos los sitios donde la vida era más placentera para otros. Por eso, son sus infiernos particulares, a los cuales me ha invitado, y que hoy hemos comenzado a descender.

\*\*\*

JOHN BROWN, nacido en Chicago, U.S.A., el viernes 23 de septiembre de 1879, a las siete de la mañana; hijo de William Brown y Elizabeth Brown, ambos "*colored people*". Cuarto hijo de una familia de nueve. Religión, protestante. Nunca fue a la escuela, porque los negros no eran recibidos en las escuelas de la gente blanca. Residente hoy en Puerto Leguizamón, trabaja en la Base de la Fuerza Naval del Sur. Tiene cédula de extranjería No. 1264, expedida en el puerto de Leticia.

### El *primer infierno*

William Brown murió, de exceso de trabajo, o de melancolía —John no lo sabe— en 1886. La familia siguió viviendo en la misma calle de Chicago, la 77. La Guerra de Secesión había dejado una huella perdurable, la fiebre del oro también había dejado sus rastros, era la época en que los Estados Unidos comenzaban a agitarse dentro del desorden de un pueblo en formación; el Oeste era aún en lodo su apogeo el Far West, el petróleo en Oklahoma, las praderas semejantes a las del Gran Manitou— en Texas. Chicago era ya un gigantesco almacén de comida, el más grande mercado de grano, la meca de los alimentos vegetales y animales.

En la calle 77, apretados, incómodos, hostilizados por el medio, vegetaban los Brown, subsistiendo difícilmente. El chiquillo de siete, de ocho años, erraba todo el día por las calles. Se aproximaba a los muelles para escrutar los barcos que cruzaban el Lago; oía la jerga de los marineros, veía los rubios escandinavos, los pausados ingleses, los dramáticos franceses. Se deslizaba entre las tabernas del puerto, presenciaba las horas de

alcohol y de mujeres, y sobre todo veía que la gente siempre se iba, que ninguno de estos marineros gigantescos iba a demorarse más de tres, de cuatro días, y volvería a partir. El mar para John era apenas la extensión al infinito del Lago; no tenía trabajo en imaginarlo.

Un día, ya había cumplido diez años, no volvió más a su casa. Para Mother Brown era difícil mantener tantas bocas, desde que el padre muriera, cuando la huelga de 1886. Todavía, a pesar de estar en el Norte, y a pesar de los largos años transcurridos, Brown había aprendido ya, a costa propia, que los blancos no gustaban mucho de los negros. Y había oído, sí, en sus vagabundeos callejeros, que en otros países eran mejores las cosas. Al fin, resolvió irse.

Anduvo todo el día, y la noche, por cerca a los muelles. Al amanecer vio un pesquero que iba a levar anclas. Y con su figura menuda, logró deslizarse sin ser visto, y esconderse en cubierta, entre un montón de cabos enrollados. Sabía que no debía irse hacia el Sur, en ningún caso; en las noches sin sueño había oído hablar del Ku- Klux-Klan; y quería irse, simplemente, irse a buscarle otra cara a los hombres.

Un colombiano ilustre, don Salvador Camacho Roldán llegó a la ciudad de Chicago en 1887, poco después de la fuga del negrito. Y su testimonio sobre la ciudad y su desarrollo —lo que tan ajeno veían los ojos de John Brown— quedó consignado en sus “Notas de Viaje”. Allí dice, describiendo su llegada en tren:

“...Por la tarde empezó a menudear el número de locomotoras que veíamos pasar a lo lejos, al norte, al sur, al oriente, al occidente, y también cruzábamos ya con frecuencia los rieles de otras líneas. Luego alcanzamos a ver a nuestra derecha los reflejos de un mar; las velas blancas de los botes pescadores, semejantes a bandas de gaviotas, y la cabellera flotante de humo de los vapores, aparecieron en lontananza; a nuestro frente el horizonte se cubría de nubes de humo espeso que brotaban de altas chimeneas; entramos en un campo cubierto en una gran extensión de rieles extendidos en un gran número de paralelas.



Estábamos en Chicago. Tumulto inmenso en la estación. Atentos a nuestros baúles y maletas en medio de esa multitud, ya no volvimos a ver nada hasta que nos detuvimos a la puerta del hotel Sherman”.

“Chicago es uno de los milagros realizados por los americanos en el siglo XIX. Su localidad se reducía a una llanura pantanosa en el costado sudoeste del lago Michigan, atravesada por un pequeño río que allí descargaba sus aguas. Una o dos chozas de cazadores y un fuerte de poca importancia construido por el Gobierno para vigilar a los indios, constituían todo su caserío. En 1835, un señor Beaubien compró en \$94.61 todo el terreno en que está edificada hoy la ciudad, lo dividió en lotes y ofreció algunos de ellos en la Bolsa de Nueva York; hecho que Michel Chevalier menciona en sus célebres “Cartas sobre la América del Norte”, publicadas en 1836. En un pleito que se siguió, el título de Beaubien a la propiedad de esas tierras fue declarado nulo, y los proyectos de éste vinieron al suelo. En 1837, sin embargo, principió la construcción de la ciudad... Algo semejante ha sucedido en Chicago y en toda esa región del Oeste y Noroeste de los Estados Unidos. Pobló esas llanuras espléndidas, no el salvaje ignorante, sino el hombre ya civilizado; gobernó la emigración de esos nuevos israelitas la libertad inteligente, no el brazo de hierro de Moisés, inspirado por el demonio de la intolerancia; sembró semillas fecundas en el suelo fértil, no sembró de sal las ruinas humeantes de las ciudades destruidas...”.

Pero antes, hablando de los hermanos negros de Brown en Luisiana, había dicho estas palabras que bien podía Brown haberse echado al bolsillo al huir:

“...Algún día serán encajonadas las corrientes, hoy indomables, del “Padre de las Aguas”, algún siglo después se abrirá lecho a las estancadas de los pantanos, y lo que hoy es centro de putrefacción y de miasmas, será suelo fértil en que el hombre blanco podrá fundar con seguridad hogares tranquilos, pero mientras llega ese día, quizá tan sólo los hijos de la noche

podrán habitar en esa región; a lo menos sólo ellos podrán criar allí sus hijos, multiplicar su descendencia y fundar una nueva civilización... ¿Algo semejante a esta evolución no deberá ser interrogaba don Salvador— el destino de la América tropical en las oí illas del Atrato, del Magdalena, del Orinoco y del Amazonas<sup>49</sup>?”.

Brown no sabe en qué puerto de los lagos le depositaron, ien unos buenos puntapiés en el trasero, y un *quarter* en la mano; ni recuerda exactamente cómo fueron sus días de vagabundeo para llegar a Nueva York. Para él, la Nueva York de ese entonces no es sino el estrépito de los muelles, los bares abiertos a la media noche, las car- i ajadas obscenas de los ebrios; a veces una moneda, otras un golpe, olías un trabajo de uno o dos días. En ocasiones se aproximaba tanto como era posible a mirar el agua fangosa del puerto, a pensar que esa agua era en verdad el mar.

Una noche andaba errante por las calles, desconcertado como siempre, pensando dónde podría obtener un mendrugo a cambio de lavar los platos, cuando pasó un grupo turbulento y ruidoso de marineros. Cantaban en un idioma extranjero. Brown se les acercó con timidez, y les preguntó si zarpaban. Uno de ellos le contestó que sí, entre carcajadas. Zarpaban a las siete de la mañana. Y le preguntó, bromeando, si quería irse con ellos. Brown asintió, y tomó un trotecillo discreto junto a los hombres borrachos. Llegaron al muelle. Allí en la oscuridad estaba la masa negra del barco. Con grandes ruidos y risas, le hicieron subir. Al llegar arriba, comprendió por qué no lo habían hecho en silencio: el centinela estaba también borracho perdido. Le hicieron pasar, trabajosamente, al compartimento de la bodega donde se almacenaba el carbón de las máquinas. Allí quedó encerrado en la oscuridad, que sólo se interrumpió al tercer día, cuando uno de ellos entró a llevarle algún alimento y agua. Pero Brown no pudo tomar nada. Su primer contacto con el mar le había mareado desesperadamente, y pensaba que iba a morir. Y así pasaron los quince días de la travesía; hasta que un día oyó un movimiento

---

<sup>49</sup> SALVADOR CAMACHO ROLDÁN, NOTAS DE VIAJE, PÁGS. 425 Y 537. ED. GAMIER, PARÍS 1838.



inusitado. Y se repitió nuevamente la escena que ya conocía: el puntapié en el trasero y la moneda en la mano. Estaba en El Havre.

Allí permaneció varios días lavando platos en un restaurante de marineros. No entendía nada de lo que le decían, pero no le importaba. Al fin y al cabo, poco caso hacían de él. Un día, se aburrió, y dirigió su escuálido cuerpo a la estación del tren, que quedaba cercana, y allí también se deslizó. Era mucho más fácil entrar de polizón en un tren francés que en un barco. Vinieron luego las horas de movimiento, las paradas en las estaciones, y el alboroto final. Y fue así como John Brown, americano en exilio entró por la Gare Saint Lazare al París de la Belle Epoque.

John Brown se encontraba en el París que hoy alcanzamos a identificar en los grabados amarillentos, el París misterioso y proteico que se iba acrisolando para Toulouse-Lautrec, y en el cual desde 1887 había comenzado a erguirse el poder de la Tour Eiffel, con todas sus sugerencias freudianas y su inefable y adorable fealdad. ¿Cómo era el París de entonces? Hojeando viejos libros, se adquiere una idea de lo que vivía entonces cerca de John Brown. Y que para John Brown transcurrió más o menos ignorado, salvo los tejados de París, inolvidables, contemplados en su buhardilla a las cinco de la mañana, o el rumor de los coches de los trasnochadores por el Boulevard des Italiens.

Las “Notas sobre París” de Hipólito Taine, son un encantador libro sobre el París de la segunda mitad del siglo XIX. Estos libros, leídos a distancia, explican en determinados momentos el motivo de la atracción de París sobre el mundo. En otros momentos, dan una serie de memorables recuerdos picarescos que contribuyen como ningún otro a caracterizar la vida de una época. Las “Notas” de Taine son puestas en boca de un Monsieur Graindorge, americano, que anota su vida de París. El libro abre con esta anotación de un 7 de diciembre:

“Ayer, en los italianos, *“Cosífan tutte”*, con la Frezzolini. Me hallaba en el anfiteatro; de siete mujeres que estaban a mi

alrededor, había seis *loretas*.

“Dos de veintiocho años, poco más o menos; la una, un verdadero tipo de Boucher, algo gastada; la otra, un tipo de Ticiano, blanda, blanca, orejita grasa, los cabellos enmarañados en nube por encima de la frente, rubios, caídos sobre la nuca y recogidos con una peineta de oro. La piel es de una blancura mate sorprendente. En tiempo de Ticiano hubiera sido simplemente enérgica y estúpida; hoy mancillada, envilecida, desvergonzada, acostumbrada a las afrentas y a la insolencia, lleva diez años de baños de polvos de arroz, de vigiliat, de paté de foie gras. Lo que ha aprendido es a comer bien y finamente, a beber vino fino y seco; es una mujer de cenas. Está ya empastada y se encamina a la oca gorda. Le contaba a su amiga una comida reciente, un bonito piscolabis, los vinos, el café, el servicio, volviendo los ojos con una lentitud gastronómica”<sup>50</sup>.

Más adelante <sup>51</sup>nos encontramos con la descripción de una escena que muy bien pudieron ver en un día de permiso los ojos desconcertados de John Brown:

“En el Casino, rue Cadet.

Seiscientas personas, poco más o menos; hedor de gas, olor de tabaco, calor y vapor de los cuerpos amontonados. Hay unos rinconcitos en que se puede beber, una especie de *foyer* en el que se codea uno, una gran sala de baile con un pavimento blancuzco, regado, aquí y allí bancos de viejo terciopelo usado, un mobiliario de casa de huéspedes”.

“Muchas mujeres son lindas, de cara regular; pero todas gastadas, ensuciadas por el afeitte. Han cenado, velado; a la mañana siguiente mucha pomada y *cold cream*; esto les da un tinte único. Las voces son roncadas, rajadas o agudas. Mariette la Tolosana tiene esa voz tensa, endurecida, que dan los *chicos*. Medios trajes que forman un término medio entre el de la griseta y el de la señora; apuesto a que veinte de esas manteletas han sido

---

<sup>50</sup> Hipólito Taine. *Notas sobre París*, pág. 15. Colección Austral. Traducción de Alfredo Opisso. Doy el texto de la traducción pero corrigiendo algunos notorios

<sup>51</sup> ID., PÁG. 36.

alquiladas para la noche o estarán empañadas mañana”.

“La más notoria es la Mariette. Súbese sobre los bancos; las dos filas se aproximan, los hombres se ahogan para verla bailar. Tinte grisáceo, talle grueso, flaca sin embargo; pero toda músculos. Levanta la pierna por encima de la cabeza, lleva pantalones. Suda, se esponja, hace esfuerzos, como un saltarín de cuerda. Se encuentra bonito eso. Mi vecino pretende que se come 20.000 francos por año. Habla y no le falta chispa; pero las cosas que dice no pueden escribirse... Tiene envidiosas. Una mujer a mi lado dice: —Mariette baila bien; pero es algo canalla”.

También Eca de Queiroz dejó su testimonio de extranjero sobre París. París es uno de esos motivos peligrosos, eminentemente incitantes, y que, sin embargo, muestra tal cantidad de facetas que no tiene la peligrosa facilidad de los grandes temas, ese impulso hacia la grandilocuencia. Allí se puede, como lo hace el mismo Queiroz, hacer comprobaciones históricas como ésta:

“Aún hace poco se averiguó y probó con documentos el número de pares de medias de seda que Napoleón usaba cada año.

errores. El traductor anota que el término “Loreta”, aquí empleado, vendría a ser una locución anticuada de “cocotte”, ya anticuado también. El nombre de Loreta venía del sector por ellas frecuentado, de la Iglesia de Nuestra Señora de Loreto.

Eran 365. Nadie se quejó. Fue un detalle histórico generalmente apreciado”<sup>52</sup>.

“Yo no diré —decía Eca de Queiroz— como lord Beaconsfield, que ‘en el mundo sólo hay de verdaderamente interesante París y Londres; y todo lo demás es paisaje’. Es realmente difícil considerar a Roma como un nido balanceándose sobre la rama de un olmo o ver sólo en el movimiento social de Alemania un fresco regato que va cantando por entre altas

---

<sup>52</sup> “Ecos de París”, pág. 57. Trad, de Andrés González Blanco. Biblioteca Nueva. Madrid, 1920.

hierbas...”<sup>53</sup>. “El mundo se va convirtiendo en una caricatura universal del Boulevard y de la Regent Street. Y el modelo de las dos ciudades es tan invasor que cuanto más se desoriginaliza una raza y se inclina a la moda francesa o británica, más se considera civilizada y merecedora de los aplausos del “Times”. ...Positivamente inclinóme también hacia la idea de lord Beaconsfield; la originalidad viva del Universo está en París y en Londres; todo lo demás es mala imitación de provincia. Por eso la curiosidad pública está impelida para allí; echando al resto del mundo aquel mirar rápido que se dirige al fondo de los retratos donde verdegean vaguedades de paisaje o se perfilan líneas de un pórtico... El deseo más natural del hombre, es saber lo que ocurre en su barrio y en París<sup>54</sup>.

No fue esta la idea de Brown al llegar. Fue, más bien, llevado por las corrientes del Atlántico; vino a dar de bruces en París antes de saber que existía, y con la sola idea de que en el mundo había sitios donde se trataba mejor a los negros que en su ciudad de Chicago.

Las dos últimas décadas del siglo, están llenas, en París como en el mundo, de convulsiones premonitorias de un cambio, de un desajuste o reajuste que sólo empezará a tener lugar cuando, con la guerra del 14, expire de verdad la Belle Epoque, y fenezca con ella el tiempo de infancia de Brown perdido en las cocinas y en las despensas de los hoteles de lujo, de los cuales no conocerá más que la puerta de servicio.

Buscando al azar el relato de una de esas convulsiones, de esos acontecimientos colectivos de fin de siglo que tendrían su culminación en Sarajevo, hallo que el mismo Queiroz<sup>55</sup>, dejó el más breve y hermoso, que podría equivaler a uno cualquiera de los de los años anteriores. Aunque se trate de 1894, (cuando ya Brown estaba en otros sitios), vale la pena evocarlo, porque nos trae un viento del mismo París de la Comuna, y casi del París de

---

<sup>53</sup> O. C. pág. 5.

<sup>54</sup> O. C. págs. 10-11.

<sup>55</sup> O. C. págs. 233-234.



un siglo atrás: del París, en fin, del cual decía —¿con un cierto dejo de rencor?— que “si realmente el mundo fuese únicamente un paisaje accesorio, la devoción burguesa por París y Londres, residencias privilegiadas de la humanidad creadora, sería justificable” ...Dice así:

“...París, sentado en las terrazas de los cafés, bebiendo, despaciosamente y a tragos, limonada o jarabe de grosella con soda, enjuga el sudor de la frente y reposa de las emociones porque pasó esta semana, con 35 grados de calor (a la sombra). Qué emociones, en efecto, tan atropelladas, tan diversas, desde esa mañana del martes, en que cada uno de nosotros fue despertado casi violentamente por su criado, que sin abrir las vidrieras, difundiendo en la alcoba un poco del horror y del asombro que invadiera a la ciudad, exclamaba y balbuceaba: “¡El señor Camot fue asesinado en Lyon!...””.

“Después de esto no era posible ni adormecerse de nuevo, ni despezarse. París entero, sin baño, casi sin almuerzo, salió a la calle, como Atenas en los grandes días cívicos, y en la calle se quedó durante una semana, hablando alto y comprando vorazmente periódicos. Tantos periódicos arrebatada y luego tiraba, que a la noche el macadam y el asfalto desaparecieron bajo una capa de lodo impreso, el más triste de todos los lodos.

“Esta multitud, tan sobreexcitada interiormente, conservaba sin embargo, una compostura tranquila, semejante a la de un público en un teatro, que, mientras los héroes agonizan en el tablado, se siente perfectamente seguro, y seguras en tomo suyo la vida y la tranquilidad de la ciudad. Es que la muerte de Camot sólo afectó realmente la imaginación de París. Era como una tragedia, improvisada por un fuerte genio trágico, representada inesperadamente una noche en Lyon, y cuyos lances de sangre y de luto viniesen contando los diarios...””.

Estas líneas aprisionan un inveterado matiz parisiense: el mismo que le da a uno la sensación, al llegar, de que llega como cae una piedra en el agua, y el agua se cierra en torno silenciosamente. Los círculos concéntricos desaparecen



brevemente. Y al salir, la angustiada sensación de que nada dejará de andar, de moverse, de ser, por la ausencia del viajero a quien le parece dejar allí tanto de sí.

Brown no pensaba en estas cosas. Un muchacho de once años mal podía pensar cosa distinta de la vida fatigante y azarosa.

dependiente de la comida que le daban los hoteleros tocados de simpatía, a cambio de un lavado de platos. Brown recuerda vagamente los nombres. Su pronunciación americana, los hace más difíciles, y no sabe deletrearlos, porque entonces no sabía leer. El Hotel Grand Chavert, dice. El hotel Grand Marché, nombre más fácilmente identificable. No recuerda sino vagamente los sitios. Son imposibles de ubicar. Cayeron, posiblemente, viejos hoteles fuera de moda, en el gran naufragio de la Belle Epoque. O a lo mejor todavía tienen una penosa existencia, como hoteles de paso, de “chambres meublées”, como se encuentran en tantos sitios sorprendentes de París.

Entre estos dos hoteles se mueve su vida, no sabe precisar por cuánto tiempo. Recuerda, sí, que amaba vagabundear por los jardines en los días de ocio; montar en los tranvías, que eran ornato de esa época. Sentir la vida buena, la gente amable. Así vivió año y medio. La persona que fue más definitiva, el solo nombre que recuerda, fue el cocinero portugués Domingo Preto, que lo protegió y le trató bondadosamente. John iba economizando todo dinero que recibía, con el lejano propósito de enviar algo a su madre.

Un día, resolvió irse. Conoció a un marinero mulato, norteamericano, en el hotel. Brown le contó la historia de su viaje. El hombre le ofreció llevarle a Inglaterra, y el muchacho aceptó. Y así sin transición, Brown volvió a encontrarse hablando inglés, en las calles de los barrios marineros de Liverpool, trabajando nuevamente en los hoteles y pescando propinas. Gracias a Robert, el americano, logró un carnet de marinero que le permitía dormir más barato en el Seaman’s Home. Así se pasan, sin nada extraordinario, con la consuetudinaria miseria y la rudeza del medio, otros dos años en la vida de Brown. Años de las calles de



Liverpool, donde un día conoce a otro americano, moreno como él, que respondía al nombre de James Henry. Marinero, hacía 5 años vivía en Liverpool. Tenía una mujer blanca —Margaret—, y navegaba en los barcos de Budd & Co. en viajes de línea al África Occidental, a la India, a Sur África y Australia.

La conversación de Henry despertó nuevas inquietudes en el muchacho. Le oía hablar de parajes exóticos, de climas absurdos, de mujeres extrañas, de gin en los puertos africanos. Brown quiso viajar, empezó a aspirar a la mejor solución para su vida, andar de una a otra parte, hacerse marinero. Henry le consiguió trabajo en el Blockitt Hall, donde vivía su amante. Y allí transcurrió, trabajando, otro año y medio de la vida de Brown, ganando 5 y medio shillings por mes, comida y cama. Margaret, la blanca, le había tomado afición y le ayudaba. En las largas épocas en que su hombre viajaba. Brown la acompañaba, salvo cuando acaecían otros amantes para llenar la soledad. John seguía atesorando; cada vez que lograba conseguir una moneda de oro la guardaba en el pañuelo en que se iban acumulando, cuidadosamente atados, los ahorros de esos años. Tenía la idea aún confusa de llegar un día a Chicago, deslumbrante de riqueza, a redimir a su madre de la fatiga y de la asfixiante estrechez y miseria.

Así como John había pasado como a través de un cristal la Belle Epoque de París, alcanzaba a vivir, todavía, los años de brillo de la era victoriana. Inglaterra era poderosa, sus líneas trasatlánticas cruzaban el globo, los ingleses de casco blanco eran conocidos en el mundo entero, el imperio colonial se afianzaba desde Jamaica a la India. Las "*public schools*" y las universidades producían a torrentes el tipo introvertido y aislado del inglés colonial, creado deliberadamente para gobernar el mundo sin entrar en contacto con la vida y las pasiones de los países sometidos. El imperio daba la vuelta al mundo, a Inglaterra llegaban los barcos con la estiba repleta de productos exóticos, y se devolvían de allí a todos los sitios del planeta. Liverpool era el hervidero, la punta extrema del mundo europeo sobre las tierras

conquistadas, como lo había sido antes el pequeño puerto de Palos de Moguer. Pero con el vapor, con las calderas en los barcos, con el naufragio de los últimos *clippers* y la hélice instalada como medio de propulsión de la flota mercante británica, el triunfo de la marina inglesa se había consolidado rotundamente, los mejores barcos eran ingleses, el mejor comercio era inglés. Britannia victoriana señoreaba el mundo. Y aquello se sentía en el ambiente, se percibía en los *docks* de Liverpool, se sentía en los aromas de especias que invadían de pronto los muelles al destaparse la carga de algún barco.

En esos tiempos —un poco antes— el mismo francés que redactara las notas del americano sobre París, Hipólito Taine, redactó unas agudas observaciones sobre Inglaterra, producto de sus viajes. En una de esas notas, dice:

“...Conversación con un inglés de la clase media, hijo de un negociante, a lo que yo supongo; no sabe ni francés, ni alemán, ni italiano; no puede decirse que sea un perfecto *gentleman*. Veinticinco años, fisonomía burlona, decidida, incisiva; acaba de hacer por gusto y para instruirse un viaje que ha durado doce meses, y vuelve de la India y de Australia. En total, cuarenta mil millas. “Para conocer los pueblos —dice— es preciso verlos”.

“Es de Liverpool. Allí —dice— con trescientas o cuatrocientas libras esterlinas, una familia que no tenga coche puede vivir

confortablemente. Es preciso casarse, cosa natural; él espera hacerlo antes de dos o tres años. De no encontrar la persona que uno desea para pasar con ella toda la vida, es preferible permanecer soltero. Pero siempre se la encuentra; sólo que hay que procurar no dejarla pasar”. El la encontró varias veces cuando era muy joven, pero no tenía bastante fortuna. Ahora que es independiente va a buscarla. Una dote no es necesaria. Es muy natural y hasta agradable el imponerse la carga de una mujer pobre. “Si vuestra mujer es buena y os quiere, bien vale todo eso”.

“Comprendo —comenta Taine— en qué consiste la felicidad de los ingleses: en estar en el *home*, a las seis de la tarde,

con una mujer agradable y fiel; el té; cuatro o cinco niños sobre las rodillas, y criados respetuosos”...<sup>56</sup>.

Nada de esto fue lo que conoció Brown de Inglaterra. Sin embargo, al recordar los años de miseria, la buena compañía de Henry, de Margaret, los vagabundeos por Liverpool, se ríe anchamente; fueron años buenos. En el fondo es un hombre conforme con su propia vida.

Al regresar Henry de uno de sus viajes, John sabía leer. Margaret había ido, trabajosamente, enseñándole. El muchacho crecía y Henry le dijo un día que era tiempo de que pensara en hacerse a la mar, en entrar a navegar como marino mercante. A John se le alborotaron en el recuerdo las historias que oía todos los días en su deambular de oficios subalternos, y decidió hacerse marinero. Por primera vez en su vida, necesitó papeles. Necesitaba su certificado de nacimiento. Y fue entonces cuando para Mother Brown resucitó, en tierras lejanas, uno de sus numerosos hijos, que creía muerto. Llegó una carta apremiante, pidiéndole el envío de su certificado. Y con ella, el primer dinero que le enviaba.

El certificado llegó, y mientras Henry hacía otro viaje, Brown obtuvo su licencia, que reposó en el fondo del baúl de Margaret, hasta que un día pudo enrolarse como ayudante de carbonero.

### *El segundo infierno*

Cuando penetró por primera vez a las profundidades de la bodega y echó la primera paletada de carbón, tendría tal vez quince años. Se le abrió entonces el mar, en el fondo de una caja bamboleante, hirviendo en medio de los calores del Caribe, Jamaica, Barbados, y vuelta a Liverpool. En Trinidad, una escala de cinco días, y la iniciación temerosa en los misterios del puerto. Y luego, otra vez la monotonía infinita, el calor desesperado de la sentina, la caja cerrada del barquichuelo. El regreso a Liverpool, la espera por otro barco, atesorando la mísera paga. Y vuelta a la

---

<sup>56</sup> H. Taine, “Notas de Inglaterra”. Tomo I, págs. 15-16. Ed. Colección Universal, Madrid, 1940.



misma ruta, llegando esta vez hasta Santa Lucía.

Al volver a Liverpool, volvía Henry de un viaje por el África Occidental. Y en medio del relato de sus experiencias, le preguntó bruscamente: —¿Cuándo vas a conseguir una mujer? John meneó la cabeza.

—Consigue novia inglesa, ¡*white girl!*

—A las blancas no les gustan los negros.

—Mírame a mí, ¡yo tengo blanca! —Le respondió Henry besando ávidamente a Margaret, y riendo con toda su ancha boca. John se fue cabizbajo. A los pocos días estaba de nuevo en medio del mar: Jamaica, Barbados, y ocho días en Puerto España. Aquella vez, sí se dejó llevar por sus compañeros, en la estruendosa gritería de alcohol y de lujuria. Guardaba todavía una extraña sensación de las caricias de Margaret. Pero fue en aquel bar de puerto donde se le descorrió el velo del misterio. Amanda Cabrest era una eurasiática llevada allí por las corrientes ocultas de la prostitución internacional. Casi blanca, sonreía sin embargo con una enigmática sonrisa china. Y aquella noche John Brown empezó a ser hombre. Al contarle describe minuciosamente los detalles, la cortinilla de bambú, los vestidos que caían al suelo, el camino de regreso al muelle con ella, el adiós junto al bote, la distancia. No fue una vez, fueron muchas en el curso de sus viajes en el “Ñapo”, en el “Thompson” en todos los barcos de la Compañía; llegaba a encontrar siempre la sonrisa callada y sumisa. Hasta que finalmente un día no la encontró más. Amanda había muerto, de marinería. Pero en aquel mismo viaje, llegó a Santa Lucía. Allí estaba Isabelle, una francesa que había encallado hacía años, de tránsito hacia el Sur. Y así, en dos años de Inglaterra al Caribe y vuelta, empiezan a pasar nombres que se vuelven confusos, pieles cuyo color ya no se determina, gemidos que pueden ser carcajadas, todo mezclado con la estela del barco, y el carbón ardiente en el fondo de la cala.

Un día, apenas descendido del barco, tropezó con Thomas Webb, un marinería inglés, que llegaba también. En el Seaman’s Home, donde se alojaron los dos, conversaron. Webb seguía hacia

≡

Londres, a buscar otro barco. A la mañana siguiente, Brown se metió con él en un tren.

Otro viajero suramericano, don Miguel Cañé, en un libro de sus experiencias diplomáticas, “En viaje” lleno de su visita sobre Colombia, habla de lo que era Londres en 1881 y 1882. el Londres que Brown apenas entrevió:

“...Un verde más claro que en las campiñas de la Normandía que acabo de atravesar. Estaciones a cada paso, que adivinamos por el ruido al cruzar como el rayo por su frente, sin percibir más que una masa informe. El tren ondea y a favor de la curva, vemos a lo lejos una mole inmensa, coronada de humo opaco. Empezamos a entrar en Londres, estamos ya en él y la máquina no disminuye su velocidad; a nuestros pies, millares de casas idénticas, rojizas; vemos venir un tren contra nosotros; pasa rugiendo bajo el viaducto sobre el que corremos. Otro cruza encima de nuestras cabezas, todos con inmensa velocidad. Y anduvimos, cruzando un río, nos detenemos un momento en una estación, volvemos a ponemos en camino, atravesamos de nuevo el mismo río sobre otro puente. La francesita, atónita, se estrecha contra el marido, que a su vez tiene la fisonomía inquieta y preocupada. Es la inevitable y primera sensación que causa Londres; la inmensidad, el ruido, el tumulto, producen los efectos del desierto; uno se siente solo, abandonado en aquel mundo adusto y de un aspecto severo<sup>57</sup>...”.

De Londres sólo pudo ver el East End, las tabernas de los chinos de Limehouse, los *docks*. No había ocupación. Los dos marcharon a Southampton y se enrolaron en un barco de la Royal Mail. Por primera vez Brown era fogonero y tenía su ayudante alcanzándole paletadas de carbón. Fue así como subió una grada en el infierno, y continuó tostándose a fuego lento en la ruta de las Indias Occidentales. Uno, dos años, siguen, llenos de nombres de puertos, de cargamentos de miel y de limón, de banano y de coco. Un día llega a Glasgow, y se encuentra enrolado en la White Line. La ruta es diferente; Oporto, Lisboa, Río de Janeiro y el

---

<sup>57</sup> MIGUEL CAÑÉ. “EN VIAJE”, PÁG. 45. GAMIER. PARIS, 1884



Amazonas. Belem do Pará. La cala del barco se llena de caucho, se oyen historias fabulosas, Cipango y Catay están vivos allí, después de siglos. La Atlántida reencarnada y sumida en el mar verde de la selva. En sus breves descansos, Brown escudriña los márgenes iguales del Río de las Amazonas. El Indio Dorado es solamente un fantasma, ha desaparecido el País de la Canela. Pero se encuentra vivo el País del Caucho, con un fabuloso imperio metido en el centro de la selva.

Todavía parece que a veces corriera el viento homérico que hizo soñar a Orellana en las Amazonas. Si Beleronfote las venció cuando invadieron a Licia, si Teseo raptor de Antíope las derrotó a costa de la muerte de su amada, si Diodoro de Sicilia da noticia de las africanas. Orellana quiso verlas, y le comieron el nombre, imponiéndose sobre su Río. “Sin seno”, como en la etimología griega, amputadas para poder luchar más fácilmente. Fray Gaspar de Carvajal, en su “Relación del descubrimiento del Río Grande de las Amazonas”, también las ve, Orellana se las hace ver, le crea los fantasmas guerreros:

“...El capitán le tomó a preguntar que si estas mujeres eran casadas y tenían marido; el indio dijo que no. El capitán le tomó a preguntar que de qué manera vivían; el indio dijo que, como dicho había, estaban la tierra adentro y que él había estado allá muchas veces y había visto su trato y vivienda, que, como su vasallo, iba a llevar el tributo cuando el señor lo enviaba. El capitán preguntó que si estas mujeres eran muchas, el indio dijo que sí, que él sabía por nombre setenta pueblos y que en algunos había estado, y contólos delante de los que allí estábamos. El capitán le dijo que si estos pueblos eran de paja; el indio dijo que no, sino de piedra y con sus puertas, y que de un pueblo a otro iban caminos cercados de una parte y de otra y a trechos por ellos puertas donde estaban guardas para cobrar derechos de los que entran. El capitán le preguntó que si estos pueblos eran muy grandes; el indio dijo que sí. Y el capitán le preguntó que si estas mujeres parían; él dijo que sí, y el capitán dijo que cómo, no siendo casadas ni residiendo hombres entre ellas, se empañaban; el indio respondió que estas

mujeres participaban con hombres a ciertos tiempos y que cuando les viene aquella gana, de una cierta provincia que confina junto a ella, de un muy gran señor, que son blancos, excepto que no tienen barbas, vienen a tener parte con ellas, y el capitán no pudo entender si venían de su voluntad o por guerra, y que están con ellas cierto tiempo y después se van. Las que quedan preñadas, si paren hijo dicen que lo matan o lo envían a sus padres, y si hembra que la crían con muy gran regocijo, y dicen que todas estas mujeres tienen una por señora principal a quien obedecen, que se llama Coroni...”<sup>58</sup>.

Pero la misma marea que le traía, le llevó desde Belem do Pará a Glasgow. Allí se encontró a William Roberts, ingeniero de máquinas que conociera en la Royal Mail. Y Roberts le convenció fácilmente de volver con él a Pará, llevando un barco, el “Brazil”, para una compañía cauchera del Amazonas. Y volvió de Glasgow a las Palmas, de Las Palmas a Río y a Belem do Pará.

La memoria se le puebla a John Brown de portuguesas alimonadas, de oscuras cariocas, y de escocesas de ojos claros. Carbón y mujeres, flotando sobre el mar. El ron de los trópicos mezclado con el duro whisky de Glasgow. Y la curiosa vida empujada por el acontecimiento del último momento. John Brown no poseía colchón, no lo necesitaba, era un estorbo. Su hogar era el Seaman’s Home, la litera estrecha del barco, el lecho ocasional de la mujer de puerto. A la deriva, iba haciendo su vida a medida que las solicitudes del mundo se lo decretaban, y podía cambiar con facilidad un lecho por otro, una vida por otra, un peligro por otro nuevo. Solamente, en un escondite seguro, reposaban las monedas de oro que iba juntando trabajosamente y que iban hacia Chicago cada año. No tenía nostalgia de paisajes, porque su único centro era la sala de máquinas, el carbón crepitante. Tanto daba un sitio, como otro. Aventuraba, no por sed de emoción, sino porque

---

<sup>58</sup> Fr. Gaspar de Carvajal, O. P. *Relación del nuevo descubrimiento del famoso Río Grande de las Amazonas*. Editado por Jorge Hernández Millares. Biblioteca Americana, Fondo de Cultura Económica, pp. 104 y 105.

eso era lo que conocía, era cuanto le había dado la vida.

Al volver del Brasil —por primera vez como pasajero, con pasaje pagado y derecho al ocio de a bordo—, pensaba ya qué ruta podría conseguir. Lo mismo le hubiese dado tener que doblar el Cabo de Buena Esperanza, que ir hacia Shangháí. Volvió a Glasgow y a Southampton, allí renovó antiguos conocimientos y se encontró de nuevo yendo hacia Jamaica. De Margaret, no volvió a recibir noticias. Ni regresó, esta vez, a Liverpool. Conocía a otro marinero. Thomas Hamilton, con quien en Glasgow se enroló de nuevo. Y otra vez hacia el Amazonas, en un barco que se le entregaría a la Casa López, cauchera del Perú. Esta vez no regresó de Belem do Pará. El barco fue entregado en Iquitos, y allí se quedaron él y Hamilton, desorientados y solos, oyendo hablar una lengua extraña que no comprendían. Ocho días más tarde, zarpó el barco en que regresaban. Al volver a Glasgow, Roberts, el ingeniero, les requirió de nuevo para volver al Brasil. Hamilton no se enroló porque iba a casarse en Monserrat.

Y de nuevo regresó a Río. En Belem do Pará, Roberts le ofreció trabajo en un pequeño barco de 60 toneladas, que transportaba caucho, barbasco y quina, viajaba hasta Iquitos y remontaba el Ucayali. Así estuvo dos meses, hasta que un día llegó a Iquitos, pensando en volver a Europa.

Allí, en una cantina, tomando aguardiente con un compañero, volvió a oír lo que desde un principio le obsesionaba. Pasó una muchacha, y Brown la siguió con los ojos. —¿Chola? —No, india, le contestó Fernando, el peruano que le acompañaba. Viene de lejos. Y le habló largamente de los indios: —¿Se visten siempre así? preguntó Brown, cautamente. Fernando se ríó. —No, andan desnudos. Si quieres verlos de cerca, ve allí a la Casa Arana, de Julio Arana, y pide trabajo.

Como la primera vez que lo oyera, Brown no salía de su asombro. No lograba concebir que la gente anduviese desnuda, viviese desnuda, trabajase desnuda. Hoy dice todavía que le impulsó a quedarse el deseo de ver cómo eran esos seres —Vaya a la Casa Arana—, le volvieron a decir pocos días después.



Y, al volver a Iquitos después de su última navegación, cruzó la calle donde estaba el bar, y entró a la agencia de la Casa Arana. Una hora después, estaba contratado para trabajar en las Gaucherías, con un adelanto en el bolsillo. Al salir se tropezó con un marinero barbadiano que trabajaba con él. Eufóricamente, le contó su decisión. El barbadiano movió la cabeza, y en tono lúgubre le dijo:

—Malo. Allá matan gente. Hay indios bravos. Dicen que no se vuelve. Y se despidió finalmente.

Era a principios de 1902. A los tres días, John Brown recibía aviso de que debía embarcarse con rumbo a “La Chorrera”.

### *El tercer infierno*

A principios del siglo —en 1909— M. Henry Jalhay, cónsul general de Colombia en Bruselas, publicó un texto geográfico titulado “La Republique de Colombie”. Hay algunos apartes relacionados con la explotación del caucho, de los cuales vale la pena hacer memoria:

“Esta explotación deberá tener en cuenta la conservación de los árboles de caucho, tal como la de todos los otros árboles resinosos o de goma del mismo género.

“Es estrictamente prohibido abatir los árboles, sangrarlos en las raíces o de cualquier otra manera que pueda agotarlos. Las incisiones no pueden practicarse ni por debajo de 40 centímetros del suelo, ni por encima de dos metros hacia arriba, teniendo en cuenta las proporciones del árbol; esas incisiones sólo pueden ser hechas en la corteza, sin penetrar en el tronco”.

“...Colombia posee bosques llenos de las especies más solicitadas y variadas y ofrece ventajas incomparables para el cultivo de ese producto.

“El ‘Castilloa elástica’, que introdujo el Gobierno inglés en las Indias, es originario del Istmo de Panamá; abunda sobre las márgenes del Sinú y otros ríos del interior; alcanza de 160 a 180 pies de altura; 5 pies de diámetro y da 100 libras de caucho seco. Los bosques de la región oriental de Colombia, que riegan el Caquetá, el Putumayo, el Orinoco, el Amazonas, el Guaviare, el



Meta, el Vichada, etc., constituyen inmensas reservas de caucho”.

“Los bosques del Magdalena, del Cauca y de sus afluentes, en el centro; del Patía, del Dagua, del San Juan, sobre la Costa Pacífica, son igualmente ricos en caucho.

“Hay en el territorio del Caquetá una especie extremadamente importante, que se cree es la misma de Pará, y cuya excelente calidad es atestiguada por los precios que se obtienen en Nueva York, a pesar de las dificultades extraordinarias de transporte. En los llanos de San Martín, se encuentra en gran cantidad una especie de Hevea, que se exporta en gran escala. Otra especie indígena, igualmente de gran valor, plantada cerca de Chaparral, a una altura de 900 metros aproximadamente sobre el nivel del mar, se desarrolla con una asombrosa rapidez y es de gran rendimiento; es el ‘Sapium tolimensis’, también llamado caucho blanco. Esta especie de caucho crece en las cordilleras a partir de los 2.000 metros, y es particularmente preconizada para el cultivo en tierra fría”.

“En Colombia se cultiva en la zona cálida, el ‘Hevea brasiliensis’, y en la zona templada, el ‘man hot Glaziovii’ o ‘ceara’. Ciertos especialistas recomiendan igualmente, para el cultivo en zona templada, el ‘colorado’, o caucho rosado, de la familia de los Heveas, que crece, espontáneamente en las cordilleras Central y Oriental, a una altura aproximada de 1.200 metros sobre el nivel del mar”.

“El cultivo metódico del caucho, tal como se realiza hace tiempo en el Brasil, en la provincia de Pará, toma gran desarrollo en Colombia, y en particular sobre el litoral de los dos océanos y en las regiones propias para el cultivo del café.

“La exportación de caucho va en aumento. Era, en 1905, de 306.000 kilogramos, de un valor de 225.000 piastras”<sup>59</sup>.

Sin saberlo, John Brown, empleado de la Casa Arana, empezaba a comprobar por sí mismo las transformaciones del Dorado, la naturaleza cambiante del espejismo trágico, del oro y

---

<sup>59</sup> Henri Jalhay. *La République de Colombie*. Vromant Co. Bruselas. S. F. págs. 51 y 235.

las piedras preciosas a las especias y por fin al caucho, elástico y resistente como su misma naturaleza. Atrás quedaban las cholos de Iquitos, los marineros ingleses. Brown se internaba en la selva, acodado en la proa del barco, escudriñando las márgenes para tratar de ver los salvajes desnudos, atento el oído al canto de pájaros extraños. Brown iba haciendo su propio descubrimiento y su propia conquista del infierno.

A las nueve de la mañana se había embarcado en el “Yurumagua”, que iniciaba con el “Cosmopolita” su viaje periódico a traer caucho. Fuera de la tripulación iban con él cinco empleados de Arana. Pero Brown era el único proveniente de un continente distinto. Los demás eran peruanos, y tal vez un brasileño. A pesar de que comenzaba a aprender español, todavía la cortina de los idiomas diferentes le cerraba el mundo. Y su aislamiento era mayor ante la poderosa visión de la selva, del agua de los ríos, del aire caliente y tenso. Diez días de viaje había de Iquitos a La Chorrera; cuatro días tardaron en llegar a la boca del Putumayo. A veces, breves detenciones le permitían vislumbrar los indiecillos que corrían como gamos. Súbitamente, apareció una guarnición de soldados peruanos, al llegar a la boca del Igaraparaná. Y de pronto, la interjección, desde la punta de un fusil: —Oiga, ¿por qué no habla? ¡Negro cojudo! —Negro, negro, sigue repitiéndose la interjección, donde quiera que vaya. Remontando el río, más allá, llegan a Santa Julia, el puerto de los indios. Plumas y cuerpos desnudos. Los ojos de John bailan mostrando el blanco de los ojos: allí están, desnudos; si no puede tocarlos es sólo porque huyen como animales asustados.

Al día siguiente, al mediodía, La Chorrera, la soberbia cascada, la imponente casa de la factoría, el centro del imperio.

Colombia salía entonces de la guerra de los mil días, desangrada y desvalida, para caer en la separación de Panamá. Los territorios del Sur, sobre los cuales invocaba su derecho de dominio eminente, se encontraban distanciados del centro del país por los malos o ningunos caminos, por la distancia y las regiones malsanas. La gente seguía tendiendo hacia los buenos climas,

colonizaba las regiones de más generosa hospitalidad. La entrada más fácil a la región del Amazonas era a través del Brasil, el mismo camino que había seguido John Brown. La ruina de la quina había causado su impacto económico sobre el país, y su impacto político traducido en la guerra. El café apenas comenzaba a anunciarse, y la demanda de caucho crecía en los mercados internacionales. La cuenca del Amazonas era el remolino que atraía negociantes y aventureros de todas las latitudes, y en torno al árbol del caucho iba formándose un imperio distante de la ley, sometido solamente a la voluntad de los fuertes. El vigor de la autoridad no se hacía sentir en forma alguna. Hacia 1880, habían entrado al Putumayo los primeros colonos colombianos, y el caucho había comenzado a cultivarse en las márgenes del Caraparaná y del Igaraparaná, y remontándose hacia el Caquetá. Hubo años de posesión pacífica, y sólo hacia 1900 hubo un primer amago de conflicto, al establecer los peruanos una aduana en un punto próximo a la desembocadura del Putumayo.

Sir Roger Casement en su informe a la Comisión del Parlamento británico, decía:

“Los caucheros que se establecían de esa manera tenían que apelar a los territorios peruanos y brasileños situados abajo del río para proveerse de víveres y de todo lo necesario para una existencia civilizada, así como de las mercancías indispensables para sus tratos con los indios: era imposible dirigirse a las ciudades colombianas de donde vinieran originalmente. Era cosa comparativamente fácil llevar víveres de Iquitos por la vía fluvial; en esa forma, en 1896 abrieron negocios Arana Hermanos con los caucheros colombianos. Los tratos recíprocos se hicieron cada día más grandes y terminaron en la adquisición hecha por Arana Hermanos de la mayor parte de las empresas colombianas”<sup>12</sup>.

Las huellas de Hernán Pérez de Quesada y Juan de Sosa, habían sido borradas por la selva y el tiempo. Igualmente las misiones franciscanas del siglo XVII. Pero sin embargo, subsisten hitos como Mocoa. Hacia 1875, los hermanos Reyes, entre ellos el General Rafael, organizaron la Compañía de Reyes Hermanos,



que fue la primera que navegó el Putumayo, con canoas primero, y más tarde con buques de vapor. A fines del siglo, la compañía ha desaparecido, sin embargo. Al llegar el 900, la Casa Arana está afianzando cada vez más su poder. Todas las empresas comerciales que rodean esta zona litigiosa del Amazonas, se encuentran un tanto mezcladas con problemas de soberanía, de vieja data y de larguísima proyección. Son multitud las pruebas que los libros de la época aducen para demostrar la soberanía de Colombia sobre las tierras del Putumayo y Amazonas. No es el propósito de estas notas la dilucidación de aquel conflicto, ni las diferentes etapas que revistió. Pero es necesario, para reconstruir con todo su ambiente tenso la historia de un hombre, hacer esta breve recapitulación, justamente cuando vemos que Brown descende del barco que le ha llevado a La Chorrera, y mira con ojos asombrados la gran casa.

Ya en el momento en que Brown llega, no sólo el poder sino el prestigio oscuro de la Casa Arana son conocidos a lo largo del Amazonas y sus afluentes. Corren medrosos relatos, las gentes se horrorizan, y comprueban con un estremecimiento que en las secciones del dominio no rige ley alguna salvo la de la tortura y la muerte.

Brown llega, sin embargo, desprevenido. Las consejas que ha alcanzado a entender con su rudimentario español, no le preocupan. La persecución y la muerte, piensa, se dirigen contra quien tiene algo. El, Brown, no tiene sino una muda de ropa, y unas pocas pertenencias compradas en Iquitos. A nadie le interesaría matarlo.

Son muchos los libros publicados a principios del siglo, y luego en la época del conflicto colombo-peruano, en los cuales se hace el inventario minucioso de los crímenes que patrocinó la Casa de don Julio Arana en la región del Putumayo. Desde el “Libro Azul” de Sir Roger Casement; el “Libro Rojo”, publicado poco después en inglés, y luego en español en Bogotá. “Las crueldades en el Putumayo y en el Caquetá”, de Vicente Olarte Camacho, donde hay el mayor inventario de crueldades y



crímenes que todavía hoy estremecen de la misma manera como entonces llegaron a conmover la serenidad inglesa, y así muchos otros libros y folletos, en los cuales reposa el *dossier* sangriento de esta etapa felizmente lejana de la vida del Sur de Colombia. En todos ellos, aparecen citados los mismos nombres que le oí una noche tras otra a Brown en el relato de sus años de cauchería: Agüero, O'Donnell, Normand, el mismo Arana. Y los nombres de las víctimas, innumerables. De aquellas víctimas, desde luego, que alcanzaron a dejar sus nombres, fuera de los muchos indios innominados, matados por docenas. Nombres, para tomar uno al acaso, como el de aquel Justino Hernández, que aparece en una declaración de Abelardo Calderón, muerto por Luis Alcoria por querer salir del Encanto. Y que le mereció a Belisario Suárez el apodo de “Matamuertos”, porque después de muerto Justino se acercó al cadáver y dijo: “Mi revólver es muy bueno” y le disparó un tiro en la cabeza<sup>60</sup>.

La lectura de esos relatos de pavor, hace pensar que la selva es la que hace al hombre, y cómo se agudiza la categoría de fiera del humano cuando no le alcanza el freno de la ley. Indios muertos, cuyos cadáveres en fila alcanzarían cuadras y cuadras de la ribera de uno de esos ríos inmensos. Blancos muertos, colombianos, brasileños, negros muertos, barbadianos, jamaicanos, americanos. Mujeres muertas, siempre bajo el azote de la lujuria primitiva. A través de todos esos relatos de testigos empavorecidos, aparece como si el instinto primario del hombre fuese la destrucción de la especie, a pesar de la conservación individual. Los años pasaban, ocho, nueve, diez años, y las voces de unos pocos clamaban, la muerte seguía. La Chorrera quedaba demasiado lejos del mundo. De vez en cuando, en las fiestas estruendosas de los adoradores del caucho, en la inmensa casa de La Chorrera, se oían voces de cantantes europeas, risas de mujeres de otras tierras, importadas para ver el paraíso de la selva. El “Paraíso del Diablo”, como lo llamara el Daily News de Londres,

---

<sup>60</sup> Vicente Olarte Camacho. Las crueldades en el Putumayo y en el Caquetá. 2a. Edición. Imprenta eléctrica, Bogotá 1911.



la misma casa que miraba Brown ahora, con ojos asombrados sin acabar de medir, como no mediría nunca, la naturaleza del infierno que comenzaba a visitar.

Aún entonces no había comenzado el gran escándalo de Parlamento y prensa que tuvo sus saludables repercusiones en las latitudes vírgenes de los Aranas. La evolución del gran dominio iba consolidándolo, acrecentando sus caudales, permitiendo a sus dueños hacer vida de príncipes rastacueros en el otro lado del mundo.

Brown se sintió tranquilizado cuando el mayordomo Ascensión López le recibió abiertamente, y le ayudó a instalarse, cuidando de que recibiese su alojamiento en una de las pequeñas casas para empleados inferiores que rodeaban la casa grande, cuya osamenta todavía puede verse.

A Miguel Loayza no se le veía sangre en las manos, ni cara de fiera. Era un mulato hercúleo, que hablaba inglés, y que le habló de un americano que se hallaba en una de las secciones apartadas. Brown seguía recorriendo con los ojos la aldea. No había indios. Supo luego que sólo aparecían en La Chorrera cuando venían a cargar o descargar el caucho. A veces, se veía pasar la india de alguno de los capataces. Brown no tenía aún nada qué hacer. Pero estaba acostumbrado a esperar, y esperó.

Al cuarto día, después de ver llegar las cargas de caucho de Entre Ríos y Matanzas, le comunicó el mayordomo que debía prepararse a viajar con Abelardo Agüero, el jefe de la sección cauchera de Abisinia.

“Hay un punto llamado ‘Abisinia’, cuyo dominio pertenece igualmente a la Casa Arana. En ese lugar hacían las veces de jefes de sección los chacales Abelardo Agüero y Augusto Jiménez, oriundos ambos de la ciudad de Lima. Estos dos hombres, hijos putativos del delito, eran dos libertinos de tan inmundo jaez que pasaban la vida entre la orgía y los inmoderados placeres sensuales, ahítos de aguardiente. No había para ellos mayor regocijo que entregarse a la matanza de indios e inventaban



todo género de torturas para hacer más espantosa su agonía<sup>61</sup>”.

Llegaron después de tres días de viaje a pie. Por primera vez Hiown había andado entre la selva. Había pasado la mitad del tiempo preocupado de proteger la carabina Winchester y las 100 balas que le habían dado. En Abisinia vivían colombianos, brasileños, venezolanos, ecuatorianos y un americano blanco, Charles Poppe, reducidor de cabezas según técnica aprendida en sus andanzas entre las tribus, Poppe recogía pacientemente, para reducirlas, las cabezas de los indios muertos, e iba a venderlas a Santa Julia.

Brown trabajaba bajo las órdenes de Agüero y Jiménez. A ver es veía como desaparecía para siempre alguno sin que se supiese como. Otras, presenciaba las muertes de los indios. Sabía que La Habana era un cementerio donde se podían encontrar montones de osamentas.

Dos años estuvo en Abisinia. Su trabajo consistía en hacer “comisiones” en la selva, buscando indios nuevos —horas— para trabajar. Un capitán manejaba cada grupo indio. Para cada indio la “tarea” era de dos arrobas de caucho en 15 días. El que no la trajera, recibía látigo. Cuando el indio no trabajaba más, lo mataban. Con carabina a veces, las más con machete para no perder municiones.

¡Vaya mate ese indio! — Tenían un campo de matanza especial a 100 metros de la casa, donde los llevaban y los mataban. A veces los quemaban. Un día Brown presenció la muerte de un indio que había hecho el amor con la chola de un blanco. Quemado en la hoguera, en medio de alaridos y olor de chamusquina. Generalmente, hacían que fuesen los mismos indios, los civilizados que sabían manejar las machetas, quienes los matasen. Los blancos se abstendrían cuidadosamente de hacerlo directamente, salvo en accesos de rabia o de embriaguez. Brown conoció los cepos de madera, conoció también los látigos de cuero de danta tejido, con cinco o seis chicotes, con los cuales azotaban al indio hasta desollarle la piel. Pero ese era un castigo menor.

---

<sup>61</sup> Ricardo Gómez. A. La guarida de los asesinos. Popayán, 1932.



En todos los libros sobre las actividades de los Aranas, urge el nombre del francés Eugene Robuchon. Para Brown, Robuchon significó un primer cambio en su vida de cauchero. En 1903, en mayo, Robuchon se sabía embarcado en el Havre, para Iquitos. Era

miembro de la Sociedad Geográfica de París, y anduvo explorando durante tiempos diversas regiones. En 1904 los Arana le contrataron, por instrucciones de la Cancillería peruana, para la exploración de la región del Putumayo y sus afluentes, y el estudio de la explotación de los recursos caucheros.

Según Brown, Robuchon había estado con anterioridad en otros viajes de exploración, había llevado consigo a una india, a la cual había civilizado, y se había casado con ella. Pero en este viaje, la había dejado en París. Venía tomando datos y fotografías. John registra que la casa le dio permiso de entrar, y luego salió por el Río Cahuinari, a buscar el Caquetá. Partió acompañado de tres hombres: Juan Villota, colombiano; Normand (¿acaso Armando Normand, el jefe de la sección de “Matanzas”?) y un barbadiano.

En la desembocadura del Cahuinari, Robuchon construyó su rancho e instaló sus aparatos. Tenía pocas provisiones, y envió a los tres a buscar comida en el Igaraparaná, en un paraje habitado. El esperaba con una india que llevaba consigo, y con su perro. Los tres se fueron, pero perdieron el rumbo y duraron tres meses en la selva antes de llegar a su punto de destino en el Igaraparaná.

Cuando por fin llegaron a La Chorrera, de allí enviaron orden a Abisinia de organizar una comisión de rescate que fuese en busca del francés. En la comisión, mandada por Augusto Jiménez, iba Brown. Eran doce hombres, acompañados de 15 indios carabineros.

De los doce, iban tres hombres de color, que ya no producían en los indios el asombro de las primeras veces cuando veían su piel, y les tomaban como demonios encamados, les huían y les temían. Ya habían visto sin embargo los castigos de Normand en “Matanzas” para el grupo de hombres de color que



comandaba. Y sabían que eran humanos, y sufrían y sangraban igual.

Después de gastar tres días en llegar al Cahuinari, y en construir balsas, empezaron a descender. Cinco días duraron bajando llevados por la corriente hasta llegar al Caquetá. Allí, en un claro de la selva, estaba la cabaña de Robuchon, con su lona azul, sus aparatos de fotografía, desierta. Ni el francés ni su india, ni el perro. No había huellas. Después de rastrear, de buscar por todas partes, dirigidos por Jiménez, durante varios días, llegaron a la conclusión de la muerte del explorador, bien de hambre, bien en un desesperado intento de salvarse a pie por entre la selva, o bien por un inesperado ataque de indios, pese a que no había señales de violencia.

El camino de regreso era más difícil. Había que luchar contra la corriente. Jiménez ordenó tumbar “chontas” para hacer canoas. Los víveres no eran muy abundantes, y la construcción de las canoas demoraba. Al fin las terminaron y Jiménez dirigió el embarque. Irían Hnienez, Mora, los bogas y 10 carabineros que los protegerían. Las provisiones fueron repartidas y bajo el cañón de los rifles de Jiménez y Mora, los demás ayudaron al embarque. Se quedaban en tierra, con menos de la mitad de las provisiones, Brown, Villota, Valderrama, West Henry, Quevedo, Daniel Albán y Esteban Muñoz, cuatro blancos y tres negros, con cinco indios.

La historia de Brown debe contarse escuetamente. Deliberadamente he evitado la elaboración literaria. Se trata de comprobar unos hechos. Deliberadamente también, he pedido prestados los ojos de quienes vieron los sitios de la vida de Brown, de manera que él no podía sentir. Y por eso ahora, hablando de la selva, héla aquí como la han visto tres generaciones colombianas, al leer la historia de la antropología del paisaje en las páginas de “*La Vorágine*”, que a todos nos hicieron un violento impacto. Al abrir la historia de Clemente Silva

(—“Yo he sido cauchero”...—) el lector se encontraba trasplantado al inundo de los Arana, embellecido por una prosa despeinada y vigorosa. Aquí está el infierno verde de Brown, en la



literatura. Al azar, he escogido un pasaje, como podrían citarse muchos más:

“...Aquí, de noche, voces desconocidas, luces fantasmagóricas, silencios fúnebres. Es la muerte, que pasa dando la vida. Oyese el golpe de la fruta, que al abatirse hace la promesa de su semilla, el caer de la hoja, que llena el monte con vago suspiro, ofreciéndose como abono para las raíces del árbol paterno; el chasquido de la mandíbula que devora con temor de ser devorada; el silbido de alerta, los ayes agónicos, el rumor del regüeldo. Y cuando el alba riega sobre los montes su gloria trágica, se inicia el clamoreo sobreviviente; el zumbido de la pava chillona, los retumbos del puerco salvaje, las risas del mono ridículo. Todo por el júbilo breve de vivir unas horas más.

“Esta selva sádica y virgen procura al ánimo la alucinación del peligro próximo. El vegetal es un ser sensible cuya psicología desconocemos. En estas soledades, cuando nos habla, sólo entiende su idioma el presentimiento. Bajo su poder, los nervios del hombre se convierten en haz de cuerdas, distendidas hacia el asalto, hacia la traición, hacia la asechanza. Los sentidos humanos equivocan sus facultades; el ojo siente, la espalda ve, la nariz explora, las piernas calculan y la sangre clama: ¡Huyamos, huyamos<sup>62</sup>!”.

Al salir, dejaron cuanto les estorbaba, llevando cada uno apenas la carabina, una hamaca y una muda de ropa. Los indios llevaban los víveres reducidos a la menor cantidad posible.

Es curioso oír el relato en labios de John Brown. Se hace inclusive monótono, por la falta de dramatismo, por la manera natural de ir contando los peligros, las dificultades, el hambre. A los 25 días de camino de regreso, no sabían por dónde iban. Se hallaban perdidos, en el momento en que, con el invierno, comenzaba la amenaza de las crecientes. No tenían en su camino otro remedio que desviarse en busca de las tierras altas. Los víveres se acabaron, y la sombra de la muerte empezó a rondar de la mano con la antropofagia. A los cuatro días de comer raíces y

---

<sup>62</sup> | F. Rivera. IM VoráGINE. Ed. Festival del Libro, Bogotá, 1959, pág. 163.

frutos silvestres, o algún raro animal de cacería, Brown vio que un indio tenía una lata vacía de salmón. Le avisó a los otros. ¿De dónde la había sacado? A pesar del látigo y las amenazas, el indio no confesó. Brown siguió al acecho, y persiguiendo al indio ladrón, le encontró 12 tarros de salmón. Los demás también tenían. Brown los dividió con el indio, y a los pocos días terminaba de comerse sólo la última lata, cuando apareció Valderrama tras él. —¡Negro miserable! Y se lanzó sobre él con el cuchillo. —¡Tú eras el ladrón!

Brown sabía que era inútil protestar y asió la carabina. Alcanzó a darle en un hombro, y el otro se retiró maldiciendo. Pero Brown desde ese momento sabía que su vida peligraba.

Su temor era cierto. De noche tenían que hacer tumos de guardia para protegerse, en tomo al rancho elemental de hojas de palma que construían para acampar. El tumo del alba lo tenían Brown, Henry y West, los tres oscuros. Nadie les llamó, y al despertarse, ya con el pleno sol, se hallaron solos. Valderrama y los otros blancos les habían abandonado. La carabina de Brown estaba allí, pero no los pertrechos. Brown arrojó al río la carabina y rehízo el bulto de su ropa. El día anterior habían mandado tres indios a explorar si había señales de vida, y no habían vuelto. Tenían que seguir solos, sin conocer el rumbo, buscando tierras altas para defenderse de la muerte. Los únicos víveres consistían en una lata de salmón que comieron reflexivamente. No llevaban sino la carabina de West, con unos pocos proyectiles. Intentaron seguir el rastro de los traidores, y encontraron esparcidas cáscaras de coco, que comieron, impotentes para partir cocos pues no poseían un machete. Al amanecer prosiguieron. Llegaron a un bajío, que no era hondo y pudieron cruzarlo. Al otro lado, intentaron encender fuego. Brown extrajo la pólvora de una de las balas y la regó sobre un trozo de camisa. Con un golpe obtuvo mui llamita, sobre la cual acumularon la leña que se quemaba lentamente y humeando. En ese instante, vio una sombra. Pensó en los indios fugitivos. Les dio el alto, mientras West los encañonaba. Era los tres boras, uno de ellos, “cuñado” de Brown.

Este había salido recientemente de Abisinia porque pocos días antes había adquirido una mujer, una hermosa india a la cual le había dado el no pequeño nombre de “María Cristina Reina de España”.

Los indios se dejaron coger mansamente. Los negros pensaron que estaban salvados. Los indios no se morían de soledad, no se extraviaban. Además, traían machetes y las hamacas. La situación cambiaba. Brown tenía tranquilidad para soñar en María Cristina reina de España, mientras tumbado en la hamaca pensaba cuánto tiempo más duraría esa peregrinación sin saber hacia dónde. Los días iban pasando; tal vez un mes, o más. Los indios buscaban la comida: nueces, borugos, cogollos tiernos de palma. West comía demasiado y Neva Dai, el indio hermano de María Cristina, empezó a odiarle. Un día le dijo a Brown que se iba porque West devoraba toda la comida. Gracias a las súplicas de Brown, siguió 15 días. Pero West era mal compañero, y los otros lo sabían. Al llegar a una quebrada los indios dijeron que allí se quedarían. Uno se quedó, los otros se escaparon apenas les vieron dormidos. Y el que había quedado desapareció al día siguiente dejándoles la herencia de una olla y un machete.

Los tres no eran capaces de conseguir comida, no tenían el sexto sentido del indio y del baquiano. Pero resolvieron irse, echando al río todo el equipaje. Anduvieron quince días, y encontraron señales de vida, de antiguas fogatas. Era el mismo lugar donde los indios les habían abandonado, el alucinante círculo de la selva que hace sentir las vecindades de la muerte. Reanudaron el camino desesperadamente. Uno de ellos debía ir siempre con un tizón encendido, una especie de porta-llama olímpico en medio del laberinto, porque no tenían manera de volver a encender fuego, ni sabían cómo hacer- li» I as inundaciones seguían, andaban chapoteando entre los charcos, envueltos entre lianas húmedas, sosteniéndose apenas de raíces, de bulas silvestres, de aquello que lograsen atrapar y que pareciese comestible. No sabían cuánto tiempo. Dice Brown que debió ser aproximadamente un mes más, pero no lo sabe a ciencia cierta,



porque iban caminando medio dormidos, atontados de fatiga y de agonía, de desolación y de hambre que hacía inclusive necesario estar vigilando al compañero que venía detrás. Pero eran tres todavía, y eso mismo los defendía, hasta que uno dijera lo que ninguno se atrevía a proponer.

Cuando debían ir a buscar leña, uno de ellos esperaba con el fuego y los otros gritaban a intervalos para no perderse. El que esperaba, contestaba. Un día Brown esperaba, gritando a intervalos. Henry regresó con la leña. West había contestado dos veces, y no contestó más. Hasta las seis gritaron, y no apareció. Al día siguiente emprendieron su búsqueda, hasta que perdieron el rastro. Pensaron que los indios lo habían matado. Henry y Brown decidieron seguir juntos, para prolongar un poco más la vida. Poco después, llegaron a un antiguo puesto y encontraron un camino de trocha que se dividía en dos, hacia el Norte y el Sur. Orientándose por el sol, decidieron ir hacia el Norte. A los 15 minutos de marcha, encontraron el río Cahuinari. A la orilla, un arrume de cáscaras de plátano, y un rancho de hoja de palma. Decidieron quedarse allí, esperando que alguien viniera. Pasaron cinco días y nadie aparecía. En esos días se alimentaron opíparamente de cáscaras de plátano cocinadas. Decidieron devolverse al Sur, a buscar el otro camino, y se extraviaron de nuevo. El hambre apretaba cada vez más, la debilidad no les permitía avanzar casi. Al llegar a una pequeña quebrada, encontraron una inmensa culebra, un “güío”, y decidieron matarla. Brown tomó la carabina ya sin balas, y Henry el machete. Al dar con éste el primer golpe, el machete se le escapó de las manos y fue a dar al agua. Brown la golpeó en vano con la culata, y la culebra entró al charco. Cautelosamente, Brown se deslizó al agua, y tanteando descubrió el machete despuntado. La culebra asomó de nuevo, y después de una fatigosa lucha que sólo el hambre hizo posible, la remataron. La carabina quedó en el fondo del charco. Con el machete lograron partir el reptil en pedazos, que constituyeron durante varios días su único alimento. Al pasar el charco, hallaron de nuevo camino. Otra vez llegaron hasta la



choza a la orilla del río, y el desaliento definitivo los invadió. No vamos a salir, no vamos a salir, gemía esa noche Henry. Brown se acordaba de María Cristina, y maldecía a los Aranas, a la selva, al mundo entero.

Un día mientras Henry buscaba comida, Brown estaba en la choza, y vio venir de pronto una lancha. Empezó a gritar, y al acercarse vio una mujer en ella, en medio de 20 hombres.

—¡No se acerque, la señora, estamos desnudos! — La lancha atracó. Era de un colombiano, Alfredo Calderón, quien les contó que habían sabido que estaban perdidos, y que tres meses antes los compañeros que les habían traicionado habían sido recogidos en ese mismo sitio. Les regaló una caja de fósforos, que puso fin definitivamente a la angustia de tener siempre el fuego encendido durante días y días. Igualmente la señora les dio un pedazo de casabe y una lata de sardinas. Calderón les indicó que subiesen por la orilla, y que en tres días llegarían a su casa.

Empezaron a andar al día siguiente. A los tres, los cinco, los diez días, nada. Las quebradas crecidas les interrumpían el camino, y estaban perdidos de nuevo. Una noche, a la madrugada, mientras Hiown vigilaba oyó cantar un gallo. Al abrir el día, siguieron andando y hallaron otro camino que se partía entre Norte y Sur. Siguieron al Norte. A los cincuenta metros, un perro se lanzó contra ellos. Luego hallaron una canoa en construcción. Después un claro de la selva, y una casa. No sabían si eran indios bravos, pero gritaron, jugándose todo. Salieron blancos e indios. Un peruano de apellido Vélez, les recibió. Era la casa de Calderón, pero éste era apenas un empleado. Les dieron vestidos y, sentados en paz, ya seguros de vivir, veían los indios que se movían y venían de la selva, buscando caucho. Allí pasaron varios días. Lo primero que tomaron fue té sin dulce, y poco a poco les fueron racionando comida a sus estómagos despedazados y enfermos. Después de ocho días, fueron empezando a tomar de nuevo sal, a descubrir las virtudes del sabor. Les ofrecieron darles trábalo "¡Aquí no matamos, ni damos latigazos!" Pero los dos temieron perderse así, y resolvieron volver. Les enviaron con un



guía al puerto de Arana, donde tomaron una lancha de la Casa, y se dirigieron a la Chorrera. Habían durado varios meses perdidos. Era marzo de 1906.

Del destino de Robuchon, nada se supo nunca. Dice Brown que los Arana le hicieron matar, porque, a pesar de estar contratado por ellos, era peligroso. Cuando les enviaron en comisión en su búsqueda, ya estaba muerto. Y los empleados de Arana lo sabían. Brown habla de Richard, un americano, que desapareció también y que le habla hablado de un libro que publicaría. Jamás pudo salir y se perdió. Se le halló muerto, se decía que por su criado indio.

Brown se encontró de nuevo en Abisinia. Siguió buscando indios, mejor dicho, cazándolos para llevarlos a trabajar. Las comisiones eran de 15 a 25 hombres armados, cercaban a los indios, los amarraban y los traían con las mujeres. Poco después de su regreso Invoque perseguir, formando parte de una comisión, al cacique de los Boras, que se rebeló contra la Casa. Su nombre era Bravo. Había matado a muchos, y se escapó. Vivía en la región de Morelia. Para escaparse había matado a dos blancos, y estaba listo a defenderse.

Agüero y Tomás Juan, se fueron con una comisión de sesenta hombres a cazarlo. Al llegar al Cahuinari, lo atravesaron en

balsas hasta la otra ribera, donde estaba el Bravo, armado y con gente. Se dividieron en dos grupos para cercarlo. Agüero era hombre práctico en este género de cacería. Apenas los indios los sintieron, comenzaron a abalearlos desde el rancho del Bravo. Después de un largo tiroteo que les causó varios muertos, lograron tomar el rancho y atrapar al jefe indio herido, con más de cincuenta indios todavía vivos, que fueron sumariamente ajusticiados por los indios amaestrados. Los blancos, insiste Brown, mataban muy poco; lo hacían por medio de los indios. En los años que pasó en la sección de Abisinia fueron muchos los muertos, pero la consigna era callar y olvidar, porque la Casa hacía matar a los que hablaban y recordaban. Por eso nada salía de



allá, ni nadie, salvo con la expresa voluntad de los amos.

En una ocasión vio a Jiménez y a Agüero atrapar a un indio a quien acusaban de haber matado blancos. Lo crucificaron a cien metros de distancia, y se entretuvieron largo tiempo en tirar al blanco para sacarle los ojos. Era un Bora. Nunca los enterraban. Preferían arrojarlos a su siniestro cementerio, o quemarlos. En la sección de “Matanzas”, donde mandaba Armando Normand, había horrendas historias. Normand no gastaba bala ni machete: los atrapaba, los empapaba en petróleo y los encendía. En Entre Ríos, el limeño O’Donnell los hacía amarrar a estacas, boca abajo, con las piernas abiertas. Les daba látigo hasta matarlos. Si quería salvarlos, a la primera sangre les lavaba con agua sal y les ponía en el cepo. El machete, en estas regiones, propiciaba una gran economía de balas cuando de humanos se trataba. Lo mismo que el petróleo.

María Cristina seguía acompañando a Brown en sus correrías por los dominios de la Casa Arana. Desde 1906, pasó a trabajar a La Chorrera, como aserrador, y después como correo entre La Chorrera y El Encanto. La pesadilla de Abisinia parecía lejana. El trato aquí era mejor y más suave. Ganaba cincuenta libras por mes y, como a nadie ofendía, nadie le atormentaba. Allí no le mandaban a atrapar indios.

\* \* \*

El segundo encuentro trascendental de la vida de Brown, después de la sombra del muerto Robuchon, que le llevó también cerca a la muerte, ocurrió entonces.

El relato es confuso y fragmentario. Los ochenta años de Brown, por una parte, y por otra, el papel de comparsa que hubo de lugar, no permiten establecer mayor claridad. Pero hay una persona que interviene en el relato, que es, probablemente a todas luces, el mismo W. Hardenburg, (Whiffen, deletrea trabajosamente Brown) que con sus publicaciones desencadenó la tempestad en el dominio del caucho, desde Londres; pero en su relato, se unen las dos personas.

En “El libro rojo del Putumayo” ya citado, se encuentra

una serie de datos de interés sobre Hardenburg y su campaña, a la cual se del no que Europa volviera los ojos a la mancha roja de las caucherías.

En 1900, Benjamín Larrañaga, colombiano que trabajaba desde 1X80 en el Sur, se asoció con Julio C. Arana, para la explotación del caucho. Arana trabajaba también desde 1876, se recordará.

La Chorrera”, había sido un puesto establecido por Larrañaga. Larrañaga —dice El libro rojo— murió con todos los síntomas del envenenamiento por arsénico; su hijo y heredero fue puesto en la cárcel en Iquitos, y poco después desapareció, según se dijo, entre los indios. Debe recordarse que durante mucho tiempo la cárcel de Iquitos se llamaba irónicamente “oficina de la Casa Arana”, pues los colombianos que no eran asesinados eran llevados allí irremediamente. Una vez en la cárcel, se les proponía negocio en esta forma: () nos venden su tierra por tanto (aquí el precio) o se mueren en la cárcel”...

En “Por la América del Sur”, tomo II, del General Rafael Uribe Uribe, se hace bajo el título de “Víctimas de la Casa Arana” una relación escalofriante de los casos conocidos más importantes de crímenes allí cometidos. Y allí se señala al “farmacéutico francés Rabouchon” (así escrito), como cómplice en el asesinato de Larranaga. (T. II, pág. 564).

Al disolverse “Larrañaga, Arana y Compañía”, la reemplazo "Arana Vega y Compañía". En 26 de septiembre de 1907 se constituyó la “Peruvian Amazon Company Limited”, sindicato inglés cuyo control estaba en manos de J. C. Arana y Hermanos, nueva razón social de la Casa Arana. En diciembre de 1908, se abrieron al mercado las suscripciones públicas. Ya en este momento, el problema internacional de límites entre Colombia y el Perú, tuvo incidencia en el éxito de esta suscripción pública, debido a las protestas presentadas por el cónsul de Colombia, sobre dominio colombiano en el territorio del Putumayo. Pero además, y de muy principal manera, tuvieron importancia las actuaciones de Hardenburg. Este publicó en 1909,

a través de “Truth”, sus revelaciones sobre la sangrienta existencia de las caucherías de los Arana. La opinión pública se estremeció. El dinero inglés estaba mezclado en la empresa explotadora de las caucherías del Putumayo. El libro “El Putumayo” de Hardenburg, apareció entonces, con un relato cuidadosamente documentado de sus viajes, y luego apareció un libro del sub-director de “Truth”, Paternoster: “Los dueños del Paraíso del Diablo”. Desde ese momento, el Foreign Office se puso en movimiento, e inició una investigación independiente. Hardenburg fue preso por las fuerzas peruanas, perseguido por los Aranas, hostilizado. Estando Brown en Iquitos —viendo después de mucho tiempo a Carmen Macedo, a quien dejara años atrás instalada y esperando un hijo— le encontró. Hardenburg le contrató y se dirigieron a La Chorrera. Brown era todavía empleado de la Casa, y llegó presentándole como una persona que deseaba conocer las caucherías para ver si se quedaba trabajando allí. Víctor Macedo, el director, le recibió, le alojó espléndidamente, y le puso a las órdenes a Brown. Después de un recorrido en el cual consiguió acumular una serie de datos que después presentaría en su libro, regresó a Iquitos, diciéndose enfermo. Luego vinieron sus andanzas con Perkins, su prisión, el complemento de todos los datos que pacientemente había ido recogiendo.

Días después, Brown pidió que se le liquidara su cuenta, para ir a ver a su madre. No hubo discusión; le pagaron, deduciéndole sus escasas deudas. Al llegar a Iquitos, tuvo noticia de que Hardenburg viajaba a Europa. Se embarcó también, y en Londres se transformó en una especie de escolta de Hardenburg.

Hay momentos en el relato en que parece que la leyenda se mezcla con los hechos históricos. Pero la minuciosidad de él, aboga en su favor. Las confusiones, los nombres errados que pueden a veces aparecer, bien pueden ser errores de memoria, bien pueden ser complementos inconscientes de la historia. Pero el esqueleto de ella tiene un sello de verdad. Al fin y al cabo, si la historia de los países es minuciosa como una ciencia exacta, la de los hombres bien puede en ocasiones confundirse un tanto con la

leyenda. Ciñéndome a los apuntes tomados en las conversaciones con Brown, y consciente de que a veces puede haber en ello inexactitudes, sigo deshilvanando esta madeja un tanto complicada. Brown cuenta una dramática entrevista de Hardenburg con Arana, llena de amenazas de persecución por parte de éste. La vida para John, proveniente del infierno del caucho, era halagadora. Se había acostumbrado a mirar un tanto por encima del hombro a Teresa y Josefina, las dos huitotas que Hardenburg llevó consigo.

De Londres, todavía con restos de sus dineros, John se encaminó a Chicago, mientras se desarrollaba el escándalo del caucho. Vio allí a su madre y a sus hermanos. Y repentinamente decidió marcharse Mucho tiempo antes (todo ocurre así en su historia) había conocido una linda mulata, en Monserrat. Se llamaba Francisca Greenaway.

Desde 1899, no tenía noticias de ella. A veces la había recordado, y ahora pensó que debía sentar cabeza. Habían pasado diez años. Sin embargo, la encontró. Sin mayores ceremonias, cuando ella lo hubo reconocido, le manifestó que iba a casarse con ella. Ella no tuvo inconveniente, y fue así como Brown sentó sus reales durante varios meses. Ella estaba encinta, cuando John recibió una carta de aviso de la madre. Le enviaba un cable recibido de Londres, en el cual se le pedía que como conoedor del territorio, acompañase a Sir Roger Casement, quien con investidura de Cónsul General, viajaba a realizar una investigación para el Foreign Office sobre la responsabilidad de los directores ingleses de la Peruvian Amazon Co. Ltda., en las atrocidades del Putumayo, cuyo escándalo había ascendido a las esferas oficiales. Debía reunírsele en Barbados. Brown se embarcó en un transporte brasilero, pero a su llegada a Barbados, ya Casement estaba llegando a Belem do Pará. Recibió sus instrucciones y le siguió, reuniéndose con él en Iquitos. Luego, siguieron por el Putumayo en la lamosa lancha "Liberal". La Compañía Arana había dado previamente aviso del arribo del Cónsul, el cual fue recibido ampliamente. Ya muchas de las

pruebas se habían esfumado. Mientras John lo acompañaba, observaba cosas que habían cambiado misteriosamente. De los jefes, la mayor parte había huido. Quedaban Macedo y Miguel Loayza. En La Chorrera, Casement halló un grupo de barbullianos y jamaicanos, a los cuales se llevó consigo. Fue aquella la promesa! a que se refieren los documentos, de someterlos a la jurisdicción de los jueces de Iquitos<sup>63</sup>.

Casement hizo cuidadosamente su investigación, y partió de nuevo a Inglaterra llevando un dossier que después sería el Libro Azul

Inglés, cuya conclusión era la de la necesidad de la clausura de las explotaciones de caucho, para lograr la supresión de la crueldad y el crimen. Brown habla con respeto de Casement; sin embargo, se queja de que sus servicios no le fueron remunerados. Le pregunto si supo algo más de él, y me dice: —“Sí, fue fusilado por traidor en la guerra mundial. Los ingleses lo sorprendieron entrando en Irlanda con un barco de municiones para los rebeldes irlandeses. El era también irlandés”.

En 1912, se publicó el *Libro Azul*, con base en el infierno de Sir Roger. Efectivamente, la vida de éste termina en la forma que registra así, al lado de su retrato, en actitud melancólica, de barba eduardiana, la “Historia Universal” de W. Goetz:

“...Un motivo muy particular de inquietud produjo la conducta de Irlanda durante la guerra. Ya conocemos el descontento que reinaba en esta región y sabemos que poco antes de estallar la guerra mundial la isla estaba a punto de sublevarse. El partido de los fenianos, que pedía la total independendencia de Irlanda, fue ganando cada vez más terreno, y encontró en De Valera un jefe enérgico y resuelto. También los obispos católicos

---

<sup>63</sup> Pocos años después de publicado este relato, la “Olympia Press” de París publicó los Blacke Diaries de Sir Roger Casement, que se refieren al viaje que Sir Roger realizó al Amazonas, comisionado por el Parlamento Británico. Allí casement relata su travesía, con observaciones personales, e incluso íntimas. El libro fue publicado en París por la Olympia Press, ya que no era posible publicarlo en Inglaterra, por la condición homosexual del autor, y su actitud durante la primera guerra mundial, que le valió su muerte.

l in el texto del Diario, Casement se refiere en varias ocasiones a Brown, en forma dura y despectiva. Relata que le acompañó, y lo califica como “a useless brute”. Sin embargo, por el texto del Diario se ve la utilidad que Brown tuvo para su difícil viaje.

≡

del país se pusieron del lado de este movimiento. El obispo de Limerick declaró públicamente: “Esta guerra no es la guerra de Irlanda”. Los irlandeses se negaron a ir al ejército y opusieron la más resuelta oposición (sic) a la implantación del servicio militar obligatorio. En abril de 1916 estalló abiertamente la sublevación. Uno de los jefes irlandeses, Sir Roger Casement, habíase puesto en relación con Alemania, e intentó, con ayuda alemana, un desembarco en la costa occidental de Irlanda. Pero habiendo sido el plan relatado a los ingleses, fue preso y ejecutado. Para sus compatriotas fue el mártir de la causa común. Bernard Shaw, que también es irlandés, escribió entonces que Casement tenía que morir porque era un irlandés de sentimientos nacionales y defendía la opinión de que la lucha de Irlanda contra Inglaterra era tan legítima como la lucha de los serbios contra la dominación turca”<sup>64</sup>.

Brown permanecía en Iquitos. La comisión de los cónsules, en la cual figuraba el cónsul inglés Mitchell, le llevó a La Chorrera de nuevo, como intérprete de dialectos. Recorrieron todas las secciones, acompañados del mismo Julio Arana. Brown cuenta que en alguna ocasión éste trató de intimidarle. A pesar de todo lo escondido, la comisión encontró una serie de hechos que sirvieron para aumentar el trágico expediente. La Cámara de los Comunes realizaba agitados debates sobre los hechos del Putumayo. El problema internacional entró de lleno en el tapete.

Brown volvió a Iquitos de nuevo. Una tarde, estaba en un bar y pasó un “cholo” peruano, Miguel, quien siempre le pedía aguardiente y había protegido a los suyos en su ausencia. Sentándose a su lado, y casi sin mover los labios, murmuró:

—¿Sabes que un hombre que los dos sabemos que es un asesino me preguntó dónde vives?

Fue suficiente, después de la amenaza de Arana. Le dejó unas monedas a su mujer —la otra— y se fue a un puesto lejano. Volvió de noche. El “Atahualpa”, de Budd & Co., estaba

---

<sup>64</sup> W. Goetz. *Historia Universal*. Tomo IX. Sistema de los Estados Mundiales. Capítulo sobre los estados anglosajones en el siglo XIX, por Félix Salomón, pág. 117.

≡

fondeando en el puerto. Se subió como una sombra, y pasó al Brasil. Desde 1912, nunca volvió a Iquitos, donde vivían su mujer peruana y sus hijos. como tampoco a Monserrat.

\* \* \*

Vivió desde entonces en el Brasil, hasta 1972, trabajando por temporadas en Colombia, en extracción de caucho y balata. En la época de “La Pedrera” estuvo en Colombia, y participó en el combate. Allí, dice, conoció al General Gamboa. Desde 1917, empezó a vivir en Colombia: “La patria” dice, aunque nunca haya tenido medios económicos para obtener carta de naturaleza. Cuando el con Hielo de 1932, estaba en La Pedrera. Recuerda nombres de los militares de entonces: Gabriel Uribe, Acevedo, Reyes, Julio Cervantes, el Coronel Solano, el Mayor Collazos.

Poco a poco, fue hundiéndose en la soledad, fundando puestos remotos a la orilla de los ríos, solo con indios, sin mezclarse i los blancos. En su soledad, en el poder que le daba la dirección del puesto, “Puesto Brown”, encontró una manera de felicidad. La naturaleza le daba frutos, carne, mujeres indígenas. Como una especie de rey negro, un emperador Jones frustrado, siguió deambulando por los sitios distantes, a los cuales la fantasía urbana presta atributos des conocidos, sin descubrir el porqué de su belleza auténtica, ni la razón por la cual el hombre que penetra a la selva queda tocado para siempre, cautivo. Querría, ahora, leerle este párrafo de Fr. Alonso de Sandoval<sup>65</sup>, a él, al habitante de la Abisinia de los Aranas:

“...Dicen pues éstos que la causa de ser los etíopes negros proviene del calor que está en la superficie del cuerpo, que abrasa y quema la cutis, por ser las tierras en que habitan con extraordinaria violencia heridas del sol, y por consiguiente muy calurosas. Por lo cual dice Bercor que están llenas de serpientes, basiliscos, dragones, unicornios y otras bestias fieras, y por los excesivos calores que padecen son sus moradores negros, y allí hay muchos hombres monstruosos que maldicen al sol por lo mucho que siempre los abrasa...” Tal vez lo que me movió a

---

<sup>65</sup> De Instaurando Aethiopum salute. 1627. Reed. Biblioteca de la Presidencia, 1956, pág. 25.



registrar su vida, no fue tanto el interés evidente de su relación con una época de trágico interés en la historia de la evolución latinoamericana, cuanto su mismo fenómeno humano. Su condición de serenidad, de alegría casi, de optimismo. Su confianza en las gentes, en los mismos que le hicieron la vida difícil y azarosa. Es un hombre tranquilo y apacible, que murmura suavemente: “—Sí, doctor...” ante las preguntas a veces impertinentes. Que no tiene inconveniente en contar y recontar los rincones secretos de su vida, en donde está su historia. Cincuenta años viviendo, pecando y luchando al aire libre no son cosa que se resbale por encima del espíritu sin hacer mella. Su tranquilidad y su simplicidad son las de los ríos y los árboles. Eso es todo. Es un hombre sin rencor, sin complejos de odio. Sus recuerdos de pasadas vejaciones son apenas una vaga melancolía. Sus esposas son recuerdos lejanos. No conoce la cara de varones de la mayor parte de sus hijos, diseminados por el mundo. No ha podido conocer ni el tedio ni los placeres del aburguesamiento, ni su influjo destructor sobre el impulso vital. Jamás se ha sentido amarrado a un sitio, por cosas o personas. Relata interminablemente las historias y las leyendas de la selva. Lo cierto y lo incierto han terminado por formar para él una mezcla indestructible. Su relato es un relato escueto. Pero de pronto surgen en él las frases hechas con las cuales aprendió el español, y ha escuchado el elogio de su vida, extraordinaria sin serlo. Es la vida de uno de los tantos caucheros de la selva amazónica. Pero vivida durante más de cincuenta años.

Desde 1955, trabaja en la Base de Puerto Leguízamo. Sus fuerzas han disminuido con los años y, sobre todo, el impulso vital de andar a la deriva. De vez en cuando como los viejos conquistadores españoles en sus años de otoño dirigían peticiones a la Corona, para obtener recompensas que jamás llegaban, dirige un memorial respetuoso al Gobierno, pidiendo un auxilio que las leyes no autorizan. El tiempo pasa sin ruido, lentamente, como el mismo fluir de los ríos. Y Brown envejece como un palo seco lleno de historias, sonriente y sin escepticismo ni confianza.



Cuando César Ritz iniciaba su carrera de hotelero, que culminaría en 1898 con la fundación del Ritz, Julio Arana comenzaba a operar en el reino del caucho. Y John Brown trabajaba en la cocina de un hotel de París. Si el marinero negro no le hubiese arrastrado a Liverpool, los ojos de John habrían visto todo el esplendor de la Belle Epoque, su último estremecimiento de placer al diluirse en la guerra del 14, en vez de la luz verde de la selva. En cambio, se vino a vivir 50 años de soledad, que hoy en día no es capaz de cambiar. Cuando niño huía del paso de los coches, se atravesaba entre los cascos de los caballos. Hoy llega a Bogotá y le sorprenden el paso del bus rojo, del automóvil o el camión. Las calles le son extrañas, se encuentra como lucra del mundo. En Londres, en París £New York se sentía mejor por cuanto tienen de desierto, de soledad o selva, las grandes ciudades Pero en ninguna parte como en su rincón de Puerto Leguizamo, donde las horas corren al mismo ritmo del agua.

Su misma soledad le ha hecho solo en afectos. La misma insistencia con que evoca a su madre, hace ver un fondo de remordimiento por su abandono irremediable. Sus mujeres surgen de pronto, y desaparecen comidas por el mar.

El Dorado no lo tentó. Trata de reconstruir un espejismo de oro, pero le bastaba el poco que atesoraba de sus pagos frugales. Su viaje al Dorado es el último viaje, un viaje en sentido negativo. Brown viajó siempre hacia El Dorado sin perseguirlo. Es el mismo infierno, la aceptación filosófica y tranquila del infierno.

Sale de mi casa, por última vez, con el sombrero grande encasquetado hasta las cejas. Ha dicho otra vez “Sí, doctor” ...Se ha reído de pensar lo que opinarían Henry, o Margaret, o Amanda Cabrest, o María Cristina Reina de España, al conocer el relato de su vida, al ver aparecer sus nombres en letras negras. También tiene derecho a entusiasmarse. Como de pronto, cuando habla de la soledad, de su soledad. O cuando en su voz se oyen los ecos de las latitudes inverosímiles: un mes, dos meses de camino. “Yo también canto a América, soy el hermano negro...” decía Langston



Hughes. John Brown se ríe suavemente. “Sí, doctor...”. Y su sonrisa flota por encima de la selva inhumana. Tan ancha como lo más ancho del río.

## **La Nave de los Locos**

*“Esta es mi Nave de los Locos; de la locura es el espejo.  
Al mirar el retrato oscuro todos se van reconociendo.*

*Y al contemplarse, todos saben que ni somos ni fuimos  
cuerdos, y que no debemos tomarnos por eso que nunca seremos.*

*No hay un hombre sin una grieta, y nadie puede  
pretenderlo;*

*nadie está exento de locura, nadie vive del todo cuerdo ”.*

Sebastián Brant, *Das Narrenschiff. (La Nave de los Locos.*  
Prólogo.

Publicada en Basilea en febrero de 1494).

Descripción e historia de una visita al Museo del Louvre  
*A Aurora Zapata.*

No sé si en alguna forma cometí un delito, o un pecado, dejándome conducir de regreso al Louvre, por entre esta tarde de otoño de hojas doradas al sol. Seguramente no habría ido solo; probablemente habría tenido miedo. Así que era necesario el gran conjuro de una presencia femenina. Puede que fuese ilícito buscar y excavar recuerdos; en todo caso, el resultado fue absolutamente sorprendente, y debo consignarlo porque sospecho que puede ser el camino de un importante descubrimiento, en relación con las costumbres y la vida íntima de los museos.

Aquel regreso tenía un precario carácter de exploración subconsciente, de averiguación sobre estratos profundos del alma que podían estar afectados, o estar, ya, incorporados a una condición semejante a la del museo. Por esta misma razón, mi sorpresa fue mayor, por todo lo que conocí ese día en materia de vida.

Como entramos cruzando los extensos patios del edificio, por el costado de los fosos vacíos, nos entretuvimos largamente, en busca de la entrada del Pavilion Denon. Íbamos en busca de unas pocas figuras, de algunos recuerdos sueltos, perdidos en el bosque de las estatuas, en el inmenso paisaje de la pintura. Como era domingo, la muchedumbre se agolpaba dentro del museo, cruzaba de un lado a otro, se tropezaba a gritos, tal como hablaba. En fin, un desastroso día de museo que era, a la vez, una trabajosa inmersión en el pasado.

Subimos la amplia y celestial escalera Denon, por cuyos peldaños de mármol descendían los reyes a tocarse con los humanos. Allí se encontraba ella, sobre el espolón de la galera, cortando el aire adverso. (Me surge el remordimiento de la voz de un amigo muerto, burlona: “Yo no escribo sobre los grandes temas”. Sin embargo, al hacer este recuento [o informe], no puedo dejar de mencionarla [*de mencionarla*], Niké, Victoria de Samotracia, de nombres y apellido). Acaso el encuentro con ella no fuese planeado, pero yo sabía desde el principio que tendría

que verla, y de antemano me había sometido a sufrir su hechizo, su poderosa atracción sexual. El viento que le temple la túnica no puede ser sino el viento del mar, o el del orgasmo. Niké, de mármol dorado, inverosímil en lo alto de esa escalera, afortunadamente sin cabeza, con alas. Miro los afeites de la escultura: los grandes armazones de acero que sostienen en alto las alas de mármol. Es como sorprenderle reveladoras regiones íntimas. Pero situado frente a ella, ocurre el milagro del mar; yo he visto el mar azul, he visto las olas, he sentido el viento que pega la túnica al cuerpo desnudo.

Sobre el mármol dorado, yerran, azarosos, los hombres... Ruedan los años y las memorias de otro tiempo, que reúnen los fantasmas ilustres; quién estuvo en qué paraje del museo, dónde estábamos los demás. De pronto, en un sitio inesperado, aparece la “Diana Cazadora”, como si me esperase. Encuentro la adorable V o Y de las piernas perfectas en el mármol, largas y elásticas como otras que aún y que hace muchos años parecieron encontrarme, salir hacia mí, desde el propio vientre de la estatua.

La exactitud geométrica de la forma hace surgir el pesar del paso del tiempo. Un momento antes, afuera, evocaba otra forma evanescente, sentada en un banco del Jardín de las Tullerías. (Jamás seré capaz de llamarlas “Tejerías”). Los arcos, Carroussel, Triunfo, parecían juntarse en el Obelisco de la Concorde. Y en este momento, mientras avanzaba por entre las gentes delirantes y hacia donde estaba la Gioconda, a buscar otra fácil evocación, surge la Diana, grácil, inesperada, que entonces —hace tanto— estaba en un sitio distinto. No estoy seguro, en verdad, de si la encontré dentro de mí.

Seguíamos hacia la Gioconda, casi llegábamos a ella, lo indicaba el rumor de colmena de los visitantes, cuando en la portada anterior, vasta y concurrida, surgió el cancerbero azul, el guardián del museo, que inflexible señalaba la hora: las cinco, y gritaba “*Femé*” con aire importante de alto funcionario, tal como todos los miembros de la venerable burocracia francesa.

Había que devolverse. Inflexiblemente, iban cerrando salas

detrás de nosotros. Íbamos quedando rezagados en la operación envolvente. Atrás no quedaba público, no estaba sino los guardas azules, que iban aumentando también, saliendo de todas las puertas, y que avanzaban como un feroz ejército de ocupación. A nuestro lado, otra pareja miraba también hacia atrás. Como en la fascinación de una pesadilla kafkiana, los guardas seguían avanzando; en nuestra retirada, o llamémosla huida, llegamos al borde de la escalera Denon.

Otra vez., Victoria de Samotracia se yergue, en la proa de la galera, f rente al tenso viento del mar, a cuyo impulso los pliegues de la túnica se estremecen. Va a zarpar en este instante. Los cordajes se templan, el mar es azul e ilimitado. Los últimos visitantes bajan los sesenta y cinco peldaños; el ejército azul se va congregando en torno de la diosa; allí permanecen, mientras la gente va franqueando la puerta de cristales que se cierra definitivamente. A través de ella, los hombres y mujeres azules siguen expectantes, inmóviles, mirando la vasta galería desierta. Sólo uno de ellos vigila el muro de cristal. El uniforme azul se vuelve airado cuando nos sorprende mirando a sus congéneres. Expulsa con un gesto de espada a los últimos que quedamos allí, y el Louvre queda totalmente solo. Solamente los hombres azules podrán mirar cómo la Diana de las piernas memorables baja del pedestal; podrán ver las galanterías que cumple un sátiro con el Hermafrodita Dormido, podrán ver quién besa la sonrisa de Monna Lisa, podrán acariciar los amplios senos de la Venus de Milo, y podrán, si tienen valor suficiente, navegar en la improbable Nave de los locos, por el ancho mar verde y remoto que se extiende detrás del cuadro, el respetuoso mar en que ahora navega la Victoria de Samotracia; que va inundando las inmensas galerías y sube, como todas las noches, solamente al sagrado nivel de los cuadros, que se conecta secretamente con el Sena a través de los fosos del palacio, y por eso el río a ciertas horas adquiere la misma tonalidad verdosa y memorable de los paisajes del Bosco, de Brueghel o de Patinir.

Esto sucede, a cierta hora nocturna, en todos los museos

del mundo; en la Villa Borghese llega hasta los senos ilustres de Paulina Bonaparte; en el Ermitage, hasta las rodillas de Pedro I, pero jamás se ha podido determinar si se trata del Neva o de las aguas del golfo de Finlandia; en Londres, en Trafalgar Square, el mar desborda el recinto de la National Gallery, y se une con el Támesis; en las ciudades mayas, en los palacios aztecas, en Machu Picchu, en las altiplanicies muiscas, el sol se quiebra sobre los yelmos de los conquistadores, que flotan sobre las testas de los caballos ahogados; aquí, en el Louvre, se abre finalmente la puerta y se asciende al cielo esplendoroso de una tarde de otoño, en la cual se respira algo más hondo que los mares del mundo.

En el Jardín de las Tullerías (no podré nunca escribir rejerías”), las sombras de los amantes repiten el gesto que está en el origen de la humanidad.

Lo que antecede, me consta por conocimiento directo. No puedo agregar nada más. Sin embargo, hay versiones alteradas y contradictorias: una de ellas, que rechazo con indignación, es aquella que pretende ver en los guardianes del museo un cuerpo de *ballet*, y que explica que los memorables uniformes azules oscuros no son más que *over-alls* para cubrir los trajes formales, los *léotards* de los bailarines. A su vez, esta teoría contendría la tradicional del *ballet* clásico, y la moderna, de música americana, que eventualmente comenzaría con *Rhapsody in Blue*. En todo caso, la teoría pretende que, expulsado el último visitante (y acaso por ello cumplen la expulsión con fruición tan notoria), el gran bastimento se inunda, pero no de agua de mar, sino de música. Incluso algunos autores derivan hacia tesis un tanto más problemáticas, como, por ejemplo, la de la orgía, en la cual indudablemente participan todos los personajes conocidos o desconocidos que tienen en el museo representación estatuaría o pictórica, y naturalmente los guardas azules. Acaso por esta razón la plaza de guarda es tan eminentemente codiciada que incluso se ha llegado a pensar en hacerla hereditaria; sin embargo, ello ha tenido dificultad, porque aparentemente las autoridades del museo piensan que ello solamente sería permisible en caso de

descendientes de la unión de un guarda con un personaje de cuadro o escultura de propiedad del museo.

Se me dice también que una de las razones por las cuales se busca con tanta minuciosidad en todos los posibles escondites (para lo cual se realiza la operación envolvente ya descrita), es la de evitar que cualquier extraño pueda penetrar directamente en los secretos de un arte tan especial como es la custodia del Louvre. Al respecto se refiere que en algunas ocasiones hubo personajes ajenos que concurrieron a estas celebraciones. En un caso, un ladrón frustrado de la Monna Lisa, que debió pasar parte de la noche escondido en el sarcófago de una momia, y al salir de él se encontró en medio de un brillante baile de disfraz; en otro caso, en la semana de mayo de 1968, un estudiante y su compañero buscaron allí refugio contra la policía, y se sorprendieron de ver que en medio de la noche se discutía, entre los guardianes, sus estatuas y sus cuadros, el pro y el contra de mayo, para tomar una actitud, la cual fue a la postre simpáticamente favorable a los estudiantes, pero sin expresión positiva. En forma similar, alguna otra persona que por azar asistió a estas celebraciones nocturnas, se pronunció sobre ellas alternativamente, como si se tratase de aquellarres de brujas, o bien de una reiterada representación o prefiguración del Juicio Final.

No se ha podido determinar nunca la razón del fenómeno: para unos, lo origina la simple organización de vigilancia del museo; para otros, depende de la fuerza creadora depositada en las obras de ni le, la cual se libera y genera un cambio del mundo, el cual afecta al desarrollo normal del tiempo, y produce situaciones de encuentro como los que relato. Para otros, los guardas del Louvre son sádicos guardianes de prisión, que custodian las obras de arte sometidas a cadena perpetua, y persiguen a los incidentales visitantes, a los cuales arrojan todos los días. Para otros, la vida continua de los guardas con estatuas y cuadros desarrolla una relación psíquico-sexual que produce el efecto de llamar a la vida a los protagonistas, y sumir en las obras de arte a los vigilantes.

No se sabe muy exactamente; de todos modos, es una



experiencia muy difícil de vivir de modo análogo, porque son muy pocos los sitios válidos para tal menester.

*(1978)*

## Responsabilidad de Stendhal en la batalla de Waterloo

### I

Los elementos iniciales para esta investigación fueron suministrados por dos libros del propio Marie-Henri Beyle: *La Cartuja de Parma* y la *Vida de Napoleón*. Es sabido que *La Cartuja* contiene un audaz capítulo que relata cómo Fabricio del Dongo —reencarnación azarosa de Stendhal— presencia, el 18 de junio de 1815, la batalla de Waterloo, o mejor aún, participa en ella, vive la derrota y obtiene la fugaz visión del Emperador vencido, que cabalga con algunos de sus mariscales.

Sin duda, Stendhal rompe la tradición, decimonónica y anterior de siglos, pictórica y literaria, de mostrar las batallas en su conjunto. El caso más ubicuo y notorio, comparable al de los “pintores de batallas”, es el de Víctor Hugo en *Los miserables*, libro en el cual el poeta está a la vez en innumerables sitios de la que llamó *morne plaine* (tediosa llanura), en un feliz poema. Fabricio-Stendhal, en cambio, vio la batalla como cualquier soldado, y esta manera de relatarla, además de ser en su momento un hallazgo inopinado, es bien reveladora sobre la situación del escritor ante el hecho napoleónico, y da claves despojadas de su propia vida.

Al examinar el enigma que surge de este dato, encontraremos varias y posibles hipótesis o certidumbres. Al mirar o leer las manifiestas pinturas sobre Waterloo, encontramos siempre el memorable “tejido de hombres” que fue la guerra para los sajones, según ilumina Jorge Luis Borges. Esta idea debió ser el origen del modo de pintar o escribir la batalla, a lo largo de siglos que llegan, precisamente, hasta Waterloo; y que, *a posteriori*, fue usado también por Tolstoi. Pero el minucioso Stendhal, en su visión de Waterloo, desteje la urdimbre, y al presentarnos unos pocos hilos modifica el sistema histórico-literario, y traza su reveladora memoria.

Para dilucidar su responsabilidad, debemos hacer algunas preguntas inevitables: es la primera, la de determinar *hasta dónde* la descripción formulada por Beyle propició la

≡

derrota de Waterloo, entendido que para tales efectos el hecho de que *La Cartuja* hubiese sido redactada años después (y el relato de la batalla precisamente el 1 de septiembre de 1838, no destruye la validez del tema, puesto que solo significa una paciente elaboración de los elementos conseguidos antes por su autor. El hecho evidente es que ninguna descripción de la batalla logra un tan concluyente efecto de derrota, como la de febrero, precisamente porque los genios letales—Blücher, Grouchy, el duque de Wellington— están conspicuamente ausentes del contexto. Usualmente, las descripciones históricas hacen gravitar sobre estos personajes la responsabilidad de la derrota, a la cual contribuye honorablemente la muy útil “*Merde*” de Cambronne, proferida acaso para ser repetida de corazón por los lectores napoleónicos. Pero los generales son elementos excusativos, que han sido extremadamente eficaces para los ingleses en su empeño de construir la batalla como construyeron en Londres el puente de ese nombre.

El relato de Stendhal es prueba indiscutible de su participación en la batalla. No importa que en ese momento no estuviese allí, sino en Milán, porque es sabido que en las batallas—como en todos los hechos históricos— es posible participar diez, cincuenta o cien años, después. Cuando quedó escrita la batalla en *La Cartuja*, Stendhal le dio para siempre un tinte de melancolía, de frustración interminable, bajo el sol de la lluvia, con toda la tristeza de las landas.

No es de excluir la hipótesis de que Stendhal hubiese visto la batalla (la derrota es la parte sustancial de ella) desde el caballo del Emperador, y que, eventualmente, la batalla de Waterloo que hoy podemos visitar sea la que dio el novelista, figurado como Emperador. La circunstancia de su paso por la campaña de Rusia hace esta tesis más sospechosa de verdad.

No quisiera en ningún caso poner a Stendhal en contra del Emperador, quien fue una de sus máximas autoridades. Sin embargo, no es posible dejar de mencionar el hecho de que hasta el momento en que la batalla se libró en las páginas de *La Cartuja*

≡

*de Parma*, la derrota de Waterloo habría sido evitable, y más aún, hubo quienes estuvieron vastamente que la batalla se ganó, y que solamente el contratiempo de la traición de Grouchy dio oportunidad a los desarrollos ulteriores. Debo confesar que Stendhal, al lograr la máxima perfección mu en su relato de Waterloo, derrotó allí al Emperador. Por lo cual, contra mi voluntad, no tengo otra alternativa que declarar que Marie Henri Beyle, al realizar el imposible prodigio de derrotar con su pluma a los estrategas, fue el verdadero y definitivo responsable de la batalla de Waterloo.

## II

Dijo Henri Beyle: “...Vi por primera vez al general Bonaparte dos días después de su travesía del Monte San Bernardo, en el fuerte de Bard (el 22 de marzo de 1800, ¡hace treinta y siete años, lector!). Ocho o diez días después de la batalla de Marengo fui admitido en su palco en la Scala (gran teatro de Milán), para darle cuenta de las medidas relativas a la ocupación de la Ciudadela de Arona. Estuve en la entrada de Napoleón a Berlín en 1806, en Moscú en 1812, en Silesia en 1813; he tenido ocasión de ver a Napoleón en todas esas épocas. Este grande hombre me dirigió la palabra, por primera vez, en una revista en el Kremlin. Fui honrado con una larga conversación en Silesia, durante la campaña de 1813, al tiempo de una misión en Grenoble con el senador-conde de Saint Vallier. Así que puedo, con seguridad de conciencia, reírme de muchas mentiras sobre él”. (Stendhal, *Napoleón*. Tomo II: *Mémoires sur Napoleón*, prefacio, p. 26, Ed. Le Divan, París, 1930).

## III

En la historia se sucede un asombroso diálogo de dos hombres de letras que sienten, cada uno en su bando contrario, la magia del Emperador, y se duelen al mismo tiempo de él. El vizconde de Chateaubriand llega a Bélgica como ministro del Interior de Luis XVIII. Un día —el 18 de junio de 1815— sale de Gante por la Puerta de Bruselas, a dar un largo paseo. Significativamente, lleva los *Comentarios* de César a la Guerra de

≡

las Galias. Siente “un sordo retumbar... a veces breve, a veces largo, a intervalos desiguales... a veces sensible solamente por la trepidación del aire, que se comunicaba a la tierra sobre las inmensas llanuras, tan lejos estaba... un viento Sur que se levantaba, me trajo más nítidamente el ruido de la artillería. Esta gran batalla, *todavía sin nombre*, de la cual escuchaba yo los ecos al pie de un álamo, y de la cual el reloj de la aldea acababa de tocar los funerales desconocidos, *era la batalla de Waterloo*”.

Los informes que llegaban, anunciaban la derrota de los aliados. ¿Había triunfado Napoleón? Respondía Stendhal en *L'Italie en 1818-*, “No, las playas de ningún mar pueden dar ese encanto de los recuerdos heroicos y desgraciados. ¡Cuánto no agregaría la muerte del mariscal Ney al relato de sus hazañas heroicas! La desventura de Napoleón y de Francia era el único encanto que faltaba a esas campañas sublimes que emplearon nuestra juventud. Como artista, casi estoy tentado de regocijarme de la batalla de Waterloo: “He aquí como cayo”, dirán las razas futuras, ese hombre que quería curarnos de dieciocho siglos de cristianismo y feudalidad”.

Pero Chateaubriand, después de preguntarse si Napoleón estuvo en la batalla, relata, misteriosamente:

“El 19 de junio, cien cañonazos de los Inválidos habían anunciado los triunfos de Ligny, de Charleroi, de Quatre-Bras; se celebraban victorias muertas en la víspera de Waterloo. *El primer correo que transmitió a París la noticia de la derrota, una de las más grandes de la historia por sus resultados, fue el mismo Napoleón. Entro en las barreras la noche del 21; se habría dicho que eran sus inanes regresando para informarle a sus amigos que él ya no estaría. Descendió en el Elysée-Bourbon; cuando había llegado de la isla de Elba. había descendido en las Tullerías; los dos refugios, instintivamente escogidos, revelaban el cambio de su destino*”.

Stendhal (largo tiempo después de haber visto con Louis Cruzet huir de París a la emperatriz y a su hijo, ante una muchedumbre silenciosa que de pronto se rasgaba como en un

sollozo para gritar ¡Viva el Emperador!”), dice.

“Mi amor por Napoleón es la única pasión que me ha quedado, lo cual no me impide ver los defectos de su espíritu y las miserables debilidades que se le pueden reprochar...”

Chateaubriand hace su relato de la llegada de Napoleón a París, después de la batalla:

“...La multitud llenaba la Avenida de Marigny y gritaba: ¡Viva el Emperador! Grito conmovedor, escapado de las entrañas populares: ¡se dirigía al vencido! Bonaparte dijo a Benjamín Constant: ¿Qué me deben? ¡Los encontré y los dejo pobres!” Y las palabras definitivas de la abdicación: “Mi vida política ha terminado...”

Confiesa Stendhal: “Experimento una especie de sentimiento religioso al osar escribir la primera fase de la historia de Napoleón. Se trata (en efecto) del hombre más grande que ha aparecido en el mundo desde César. Y aun si el lector se ha tomado la pena de estudiar la vida de César en Suetonio, Cicerón, Plutarco y los comentarios, osaría yo decir que vamos a recorrer juntos la vida del hombre más asombroso que haya vivido desde Alejandro, sobre quien no tenemos suficientes detalles para apreciar justamente la dificultad de sus empresas”. (Stendhal, *Napoleón*. Tomo II: *Mémoires sur Napoléon*, cap. I, p. 29, Ed. Le Divan, París, 1930).

Los dos escritores ceden al dualismo problemático libertad- tiranía. Se sienten atraídos y rechazados, desde polos opuestos:

Stendhal dice sombríamente en la *Historia de la pintura italiana*: “Después de la gloria, el lodo”.

Y en las *Memorias sobre Napoleón* dijo: “El Emperador pereció por dos causas: 1º. El amor que tomó desde su coronación por las gentes mediocres. 2º. La reunión del oficio de Emperador y el de general en jefe...”

Esta crítica es reveladora.

Pero el Emperador prisionero hace que ambos olviden sus equidistantes puntos de reproche.

≡

Dice Stendhal: “No diré que la Nación inglesa sea más vil que otra; diré únicamente que el Cielo le ha dado una desdichada ocasión de mostrar que era vil... Oh, Santa Elena, roca ahora tan célebre, eres el escollo de la gloria inglesa”.

Y el vizconde, arrepentido: “Ningún hombre de resonancia universal tuvo un fin tan parecido al de Napoleón. No se le proclamó, como en su primera caída, autócrata de algunos yacimientos de hierro y de mármol, unos para darle una espada, los otros una estatua; águila, se le dio una roca en cuya punta él permaneció al sol hasta su muerte, y desde donde era visto de toda la tierra”.

Para ambos, la era napoleónica fue stendhaliana: la lucha entre la libertad y el poder, las mutuas celadas, el giro volátil de la política. Ambos veneraron al hombre genial y detestaron al tirano. Y el Emperador fue un satisfactorio personaje de dos caras, de la mejor naturaleza beylista.

#### IV

En su vasto relato de *La Cartuja de Parma*, Fabricio del Dongo, húsar apócrifo de diecisiete años, se ve mezclado en un combate que no identificará sino mucho más tarde. En medio de las balas, de las apresuradas cargas de caballería, del fuego incluyente de los infantes, apura largos tragos de aguardiente —¿Calvados? — que le suministra una tierna cantinera. Súbitamente, “el mariscal se detuvo largo tiempo junto a varios cuerpos de caballería a los que hizo cargar, pero durante una hora o dos nuestro héroe no alcanzó a tener conciencia de lo que pasaba en tomo a él. Se sentía terriblemente fatigado y cuando su caballo galopaba él recaía sobre la silla como un pedazo de plomo.

“De pronto, el sargento mayor gritó a sus hombres: “Pero no veis al Emperador, ¡*alauds!*” De inmediato la escolta gritó “¡*Vive j Empeur.*” a todo pulmón. Se puede imaginar que nuestro héroe limo ansiosamente, con todo el poder de sus ojos abiertos, pero solamente vio el grupo de generales que galopaban, seguidos, también ellos, de una escolta. Los largos penachos pendientes que

llevaban en sus cascos los dragones del séquito imperial le impidieron (a Fabricio) distinguir las figuras. Así que no he podido ver al Emperador en un campo de batalla, ¡a causa de esas malditas copas de aguardiente! Esta reflexión le despertó del todo.

“Bajaron de nuevo a un camino lleno de agua, los caballos quisieron beber. ‘¿Es de verdad el Emperador el que pasaba por allí?’, le preguntó a su vecino. ‘¡Ah, ciertamente!, era el que no llevaba guerrera bordada. ¿Cómo no lo has visto?’, le respondió el camarada con benevolencia. Fabricio tuvo un gran impulso de galopar detrás de la escota del Emperador e incorporarse a ella. ¡Qué facilidad, hacer de verdad la guerra en el séquito del héroe! Para esto había venido a I i am ia. Soy el perfecto amo de mí mismo, se dijo, porque al fin y al cubo no tengo otra razón para prestar mi servicio que la voluntad de mi i aballo, que se ha puesto a galopar para seguir a los generales...” (*La Chartreuse de Panne*, tomo I, pp. 83-84, Ed. Le Divan, París, 1932).

Fabricio se mezcló con los hombres de la retirada, los soldados vencidos que atacaban a sus generales por un caballo, que sentían el peso de todas las derrotas. Sin rumbo, sin amigos, llega por fin a refugio, a una casa amable donde encuentra amistad y pan.

“...Fabricio se convirtió en otro hombre, tantas fueron sus profundas reflexiones sobre las cosas que acababan de ocurrirle. Sólo seguía siendo un niño en un punto: lo que había visto, ¿era una batalla? y en segundo lugar, ¿era la batalla de Waterloo? Por primera vez en su vida encontró placer en la lectura; esperaba siempre hallar en *l< is* periódicos, o en los relatos de la batalla, alguna descripción que le permitiese reconocer los lugares que había recorrido con el séquito del mariscal Ney, y más tarde con el otro general...” (Id., p. 133). I I otro general era su padre.

## V

Un caballo cruza a galope las extensiones de las landas, huyendo de la gran catástrofe. Acaba de nacer la batalla de Waterloo, la cual los soldados, mientras peleaban, no sabían si era una batalla decisiva, y sobre todo, no sabían que se llamaba

Waterloo.

El jinete fugitivo va presumiblemente a anunciar la mala nueva. Cruza los poblados casi solitarios, y a los ancianos y los niños que encuentra a su paso les avisa: “El Emperador ha sido derrotado”.

A veces va tan rápido que se le puede ver galopando sobre el mapa, y se escucha el feroz repiqueteo de los cascos del caballo negro. Fabricio del Dongo lo ha visto cruzar por la aldea desmantelada. Stendhal no ha podido verlo, porque sigue explorando el horizonte en busca de la sombra taciturna.

Posiblemente son el mismo jinete y el mismo caballo que anunciaron una esperada derrota de César en las Galias, porque van recorriendo el mapa a la misma velocidad que los emisarios de César, y con el mismo propósito. Un galo, o un inglés, le dispara una flecha o una bala, y el jinete sigue imperturbado llevando su noticia, Waterloo ha nacido, y el jinete seguirá cumpliendo su deber, antes de morir y después de muerto. Considero que todavía, al crepúsculo, sigue pasando de aldea en aldea, avisando la derrota del Emperador, y ocultando generosamente la responsabilidad del escritor Stendhal.

## VI

Tras la colina próxima, el sol ha ido resbalando, consumiéndose en su propio fuego, estableciendo la ceniza de la noche. El “sol de Austerlitz”, el gran sol de los muertos, sol de mediodía y esplendoroso triunfo, se desvanece en el moribundo sol de Waterloo, oculto entre las nubes, evadido entre los despojos, anhelante de un último resplandor. A lo lejos galopa el jinete, y en medio del campo de los muertos, transido y pesaroso, con la frente inclinada, camina Marie-Henri Beyle, Stendhal, gustando el vencido sabor de la derrota.

## VII

Cuando María Walewska conoce la noticia, los ojos se le llenan de lágrimas, igual que a la condesa Sanseverina en Parma, cuando —a la misma hora— recibe la noticia sin tener conocimiento del paradero de Fabricio.



Henri Beyle, al terminar de escribir el capítulo el día 2 de septiembre de 1838 (en París), dejará la pluma, derramará arena sobre la tinta fresca del manuscrito y se quedará contemplando fijamente el montoncillo ondulado, pensando con pesar que acaba de consumir la derrota inexcusable del Emperador.

1978

## Eliezer y Rebeca

Y en aquella taberna de Alejandría, el viejo judío prosiguió así su relato:

... y fue así como después del largo viaje, llegué a la ciudad de Nachor, donde encontré a Rebecca la orilla del pozo, recogiendo agua en su cántaro. Aún no sé por qué le hablé a ella, por qué no me dirigí a otra de las doncellas que pasaban. Tal vez precisamente sabía que iba a buscar mujer para el hijo de mi amo, violenté el impulso egoísta de esperar a encontrar primero la elegida, para luego llegarme a Rebeca. Tal vez porque su mirada se me enterró en la carne y sentí que yo, el siervo, no podía reservarla para mí. Tal vez para que la escogiera puso el Señor en mí ese impulso, y se valió del alma del sojuzgado para hacer el milagro de la elección.

Me miró, y yo le hablé. La sentía suspensa de mis labios, fija en mí, cuando le decía el mensaje, y le enseñaba cómo ella misma había elegido, al ofrecer también dar de beber a mis camellos. Todo fue extraño: la pausa de silencio que tuvimos, frente a frente, antes de hablar, El modo como ella corrió hacia su casa, a dar a su padre la nueva, mi llegada al umbral; mis palabras a Bethuel, su padre; el dolor con que este por fin me la entregó; los recelos de la madre, que se oponía a que viajara en mi sola compañía, con los esclavos y su esclava blanca.

Finalmente, salimos de Harán, y nos dirigimos una tarde hacia las tierras de Abraham, donde Isaac esperaba la esposa que yo Ir llevaría. Acampamos la primera noche bajo las palmeras del mismo arroyuelo donde apagué mi sed antes de llegar, para que no un impidiera ver con ojos limpios a la esposa escogida. Era un plenilunio de calor sofocante, y salí a pasear al borde del riachuelo. (Tusaba que era absurdo haberme comprometido a hacer este viaje, y sin saber por qué, deseaba volverme y buscar otra esposa para Isaac.

De pronto la vi, inmóvil, vestida de túnica blanca, mirándome Me dijo en voz baja, como si temiera despertar a los que descansaban:

—¿Por qué no duermes, Eliezer?

—El calor es insoportable en la tienda —murmuré. Deseaba que no hubiera estado allí, porque ahora era imposible dejarla irse.

Ella se aproximó en silencio, y se quedó mirando los cabrilleos de la luna en el agua. Yo callé también. De pronto ella me preguntó:

—¿Por qué me huyes siempre? Cuando te acercaste a mí en el pozo, titubeaste como si no quisieras hablarme...

—No huyo de ti, Rebeca, sino de mí mismo. Serás la esposa de Isaac, el hijo de Abraham, mi señor, y debo ser respetuoso. Si dudé al hablarte, sólo fue por pensar si serías digna esposa. Después lo supe. Es hora de que duermas.

Mi mano temblaba al señalar la tienda, y me daba cuenta de que tenía miedo. De que en ese momento ella debía dejarme solo. Esa noche el sueño me abandonó, y me paseé largamente sin comprender por qué mi pensamiento estaba fijo en ella.

Claro está, vosotros no sabéis quién es Abraham el Caldeo. Es uno de los más ricos señores de Canaán, como Isaac, su hijo, habrá de serlo un día. Yo era su siervo desde pequeño, y aunque hoy me veis así, en aquella época, cuando tenía cuarenta años y mi barba era oscura, yo gobernaba todos sus bienes. Y nunca señor alguno depositó en su siervo la confianza que Abraham en mí.

Al día siguiente, continuamos el viaje, lentamente para evitar el cansancio a Rebeca. Ella entreabría a veces las cortinas de su litera, para pedirme agua, o para preguntarme alguna cosa. Era casi una niña, y sus ojos no podían esconder su pensamiento. Cada vez que los fijaba en mí, yo temblaba, sintiendo que algo oculto en mí me ahogaba. Algo que no había conocido antes, en las cálidas noches junto a las mujeres sin velo.

Cada noche acampábamos, y siempre su sombra aparecía junto a mí. Mi temor trataba de encerrarme en mi tienda, pero siempre salía a buscarla. Mas, poco a poco, el temor se fue de mí, y esperaba la hora nocturna. Sus ojos me interrogaban en el día, y me decían que me esperaban en la noche. Un día, al acercarme a

≡

su litera, puso su mano en la mía, y murmuró, tan quedamente que apenas la oí:

—Al salir la luna...

La connivencia secreta que había nacido entre los dos se hizo franca. Y aquella noche, ella me dijo de improvviso:

—Gracias, Eliezer. Gracias por haber prolongado el viaje. He visto cuántos rodeos has hecho dar a la caravana. ¿Por qué lo haces?

No pude contestar. Algo me lo impedía, lo único que quedaba claro en mí, que estaba faltando a mi deber, que ella era la esposa de Isaac ante mi silencio, ella se aproximó. Estábamos sentados en una            al borde de un trigal. Apoyó la cabeza en mi hombro y murmuró: Cambia el rumbo de la caravana, y vamos a Damasco. tengo miedo de llegar.

Yo, balbuciente, traté de explicarle que era imposible, que Isaac la esperaba y tenía veinte años.

Ella respondió:

Sí, pero entonces te perderé.

Al volver a mirarla, vi sus ojos húmedos y ese llanto me hizo pecar y faltar a la lealtad con mi amo. Al verla así, tan cerca, la lome en mis brazos. Aquella noche no regresamos a las tiendas.

A la mañana siguiente no dejé partir la caravana, aun cuando yo sabía que todo era en vano, que nuestro destino era llegar. Pero fue tanta su alegría que no pude dar la orden de marcha. Y no he debido darla. Todavía el pesar corroe mis entrañas cuando pienso cómo, después de una noche en vela, mientras ella dormía a mi lado sobre la hierba fresca, yo decidí partir, y entregarla a su esposo, castigando así el feroz remordimiento que me mordía los días. Había pecado, pero me castigaba entregando lo que amaba.

Y            a la mañana siguiente, partimos. Al pasar junto a su litera murmuré:

—Vamos hacia Damasco.

Ya estaban cerca las tierras de Canaán. Ya se me iba mi felicidad, que fue en aquellos días más hermosa, pero tan frágil,

tan sostenida en aquella mentira que ni yo mismo comprendía, cuya necesidad salía de lo hondo de mí, de mi estremecimiento al pensar en la vida tremenda huyendo de la mano vengadora de Jehová.

Aquella noche me dijo, mientras mi mano jugueteaba en su cabellera:

—¿Por qué, si tú me amabas desde el comienzo, me ibas a entregar a él?

Y sin dejarme contestarle, empezó a hablar de nuestra vida Intuía en un lejano país, donde no recordáramos nada de lo que íbamos a dejar. De pronto, me atrajo contra sí y me dijo con los ojos en llanto:

—¡Júrame que no me dejarás, que nada en la vida te hará abandonarme! Si te perdiera, tendría algo muerto dentro de mí. No podría volver a ser como hoy. Cuando me abrazas y miras las estrellas, no quisiera volver a las ciudades.

Y yo juré que no la dejaría, mientras pensaba que al día siguiente estaría bajo el techo de Abraham.

Quise llorar, pero las lágrimas no me brotaban. No pude sino tomarla en mis brazos bajo esa noche última que para mí no tenía alba, porque ella no volvería a despertar a mi lado.

Al día siguiente vimos a lo lejos, a la caída de la tarde, la silueta de un hombre que se dirigía hacia la caravana. Rebeca levantó los ojos hacia mí y me preguntó:

—¿Quién vendrá hacia nosotros por el campo?

Y yo respondí en voz baja:

—Es Isaac, el hijo de mi señor.

En ese momento, vi en sus ojos la muerte de que me había hablado. Y vi lo que no olvidó nunca: su reproche por el engaño, por esta entrega que hacía de ella, de su amor por mí. Su amargura por todo lo que yo traicionaba.

Con mano que no tembló, tomó el velo y se cubrió el rostro cuando llegaba Isaac.

Permanecí en casa de Abraham sólo unas horas, mientras, con el remordimiento y la muerte en el alma, contaba a Isaac el

≡

viaje y el encuentro. Ya entrada la noche, cuando Isaac tomó a Rebeca y la llevó hacia la tienda que había sido de Sarah, su madre, hui en la oscuridad.

Y he vagado desde entonces, de ciudad en ciudad, huyendo de su última mirada, huyendo de todos mis recuerdos. Y he venido a dar con mis huesos, ahora que se acaban mis fuerzas, a este puerto de Egipto, a ser, como vosotros, cargador de barcos, a morirme de hambre y de olvido.

*(1950)*

Las músicas del diablo

*En la edad Media, este hombre hubiera sido quemado vivo en la plaza pública como hechicero”.*

Maurice Baire. *Du Sang, de la Volupté, de la Mort.*

### *I locador de laúd*

En un desconocido manuscrito, contemporáneo, según aseguran los eruditos, del *De Ars Amandi*, de André le Chapelain, del siglo XII. se encuentran referencias a varios textos de Juicios de las Corles de Amor, desconocidos y no mencionados en el libro de Maître André. Hay especialmente uno de ellos, que se refiere al más sonado inicio de amor a que hubo lugar en la Corte de Amor de la condesa María. El manuscrito no determina qué condesa fuese aquella, pero hay quienes aseveran que se trataba de la condesa de Champagne.

Esto, fundándose en algunas vagas indicaciones que en el manuscrito se encuentran, con respecto a los lugares de la aventura. El susodicho manuscrito guarda siempre en secreto quién fuese la dama, “no porque oviese pecado en contar su relación de amor, como por todo lo que se sucedió con tal motivo”. Mas, como queda dicho, por lo que podemos suponer, o del mismo manuscrito se infiere, y por tratarse de una condesa sabia, poderosa y bella, estaríamos al borde de creer también que se trató de la misma condesa de Champagne, mas sin poner la mano en el fuego para garantía de nuestra afirmación.

Siendo esto dicho, he aquí el juicio tal como hubimos de conocerle, es decir, tal cual fue sometido a la Corte de Amor, y cómo por esta fue juzgado, en el año de 1187:

—Un día llegó al condado un juglar o trovador que venía de lejanas tierras. Decíase que venía de la tierra del sol: había nacido en regiones itálicas, había recorrido la Germania. Por todo equipaje llevaba su laúd. Vestido siempre de negro, alto y magro, su nariz ganchuda y su largo cabello desgreñado dábanle siniestro aspecto. Libertino, no hizo otra cosa desde su llegada que beber

vino en todas las tabernas de la villa, y tratar de enamorar a cuantas mujeres poníanse a su alcance, desde la mujer del posadero hasta las devotas de la catedral. Nadie sabía explicarse por cuál razón portaba el laúd que nadie le había oído tocar. Pocas monedas gastaba en las orgías; antes bien, esperaba ver vacíos los talegos de los otros. Las mujeres le miraban fascinadas, pero le tenían temor. Su rostro pálido y frío no se conmovía ante el peligro. Un día un ebrio le puso el puñal en la garganta, para obligarle a tocar el laúd. El hombre se rio y con un revés de su mano lo desvió. Quedóse mirando luego al ebrio, quien sin decir palabra, giró sobre sus talones y huyó.

Nadie sabía a ciencia cierta de dónde venía. Apenas, que era de Italia, que había atravesado ileso las tierras teutonas. Hasta que un día llegó un peregrino que se detuvo a beber un jarro de vino en la puerta de la posada y vio pasar la larga silueta negra atravesando la calle frente a la iglesia. El peregrino palideció y se santiguó. Apuró el jarro de vino, y aunque era ya entrada la tarde, anunció el propósito de seguir su camino, pese a los salteadores de los bosques, prefiriendo el peligro a quedarse en aquella ciudad.

Los que estaban con él, le detuvieron tratando de que desistiera de su proyecto insensato, le interrogaron sobre el repentino motivo de su temor. El peregrino balbuceó:

—¡Es el demonio! ¡Ese hombre es un hechicero! ¿No ha tocado aquí su laúd?

Ante la respuesta negativa, murmuró: “¡Quiera Dios que no vaya a tocarlo! Es una música que inspira Satanás. Yo vi en Alemania ciudades enteras enloquecidas por su música diabólica. Vi mujeres hechizadas entregándosele a los machos cabríos. Vi hijos que mataban a sus padres. En Colonia intentaron quemarle, pero él empezó a tocar su laúd y les hechizó a todos, inmovilizándoles mientras huía. Es una criatura de Satanás. No puedo quedarme, pues una maldición pesa sobre esta villa”.

Y el peregrino, santiguándose de nuevo, reanudó su camino. A la mañana siguiente, unos labriegos trajeron, para darle cristiana sepultura, su cuerpo medio devorado por los lobos.

Y así empezó el miedo en la villa. Pero nadie osó demandar nada del conde, temerosos de ser víctimas del hechizo. Todos rehuían al hombre, y temblaban de espanto si acariciaba su laúd.

Una mañana salió la condesa María a dar un paseo matinal, en su hermoso caballo. Iba sola, y únicamente a respetuosa distancia seguíanla dos palafreneros. Y quiso la suerte que por aquel camino anduviese el sombrío tocador de laúd. La condesa, al pasar, miró su desgreñada figura, sorprendida de que mantuviese en alto la cerviz, sin esbozar el saludo reverente. El hombre la miró a los ojos. La miró ardientemente con la lujuria pecaminosa que poseen a veces los hombres. Ella se quedó mirando sus ojos, sin poder explicarse por qué le atraía algo en aquella apariencia desagradable. Sin darse cuenta, detuvo el caballo. Y el hombre sin pronunciar una palabra, tomó su laúd y tocó.

Aquella música embrujada penetraba en el alma con su satánico son, suscitaba todas las pasiones del cuerpo, hablaba a todo aquello de más secreto de la mujer, con persuasión mayor y más pro funda que todas las humanas palabras. La condesa no supo cuánto tiempo estuvo allí frente a él, los ojos en sus ojos, mientras las notas del laúd se apretaban en ella, la envolvían, la desnudaban, la cubrían de sensaciones jamás vividas. Los palafreneros aseguraban que tan pronto como el hombre había comenzado a tocar el laúd, se había transformado en Lucifer, echando fuego por ojos, boca y nariz, y comprendiendo ellos el sortilegio, no habían acertado a moverse, hasta que la condesa les dio orden de dejarla sin decir palabra de lo ocurrido.

Alcanzaron a ver a la condesa, que, habiéndose apeado del caballo, tendía sus manos al hombre, que suavemente depositaba en el suelo su laúd.

Aquella noche frente al torreón del castillo, subió la melodía del músico. Era una melodía esta vez desesperada, consumida en el luego de todos los infortunios de la separación. El conde, insomne en sus habitaciones, sintió punzado de amor el

corazón al oírla. Y se levantó también como hechizado, dirigiéndose al aposento de la Condesa, a la cual halló asomada al balcón, inclinada sobre la noche, absorta en su emoción. En ese instante se desvaneció la música, y la Condesa se dobló sobre el balcón desmayada. Y así el conde, sediento de amor, y temeroso del daño que pudiese haberle causado el relente nocturno, tuvo que alzarla en brazos y llevarla a su lecho, llamando luego a una de sus camaristas para que la cuidase.

Pasaron los días. Desde la villa, podía oírse en las noches la música. Todos se estremecían de temor cuando sonaba la primera nota. Pero luego los que amaban se entregaban al amor, y los que odiaban sufrían de su odio. La música envolvía la ciudad, entraba por las rendijas de las puertas, les sometía a todos a su maravilloso estado delirante. Y aquellos que aseguraban haber visto al demonio envuelto en llamas y azufre tocando el laúd, llegaban a pensar si no sería un ángel misterioso envuelto en mísera carne mortal.

La condesa desfallecía de amor. Cada mañana, tomaba el mismo camino, ya sin la escolta de los palafreneros. Y la villa entera veía al juglar seguirla a lo lejos.

Las damas de la corte se estremecían cada noche y cada mañana, oyendo la música embrujada. Desfallecientes todas de amor por sus caballeros, se perdían en zozobra y angustia. Los hombres, tocados por la música, se transmutaban en seres violentos y extremados. Cuál no sería el estado de los espíritus, que precisamente en aquellos días convocóse la más célebre reunión de aquella Corte de Amor; convocatoria que se debió a instancias de las damas sufrientes, a quienes la música del trovador había causado toda suerte de padecimientos y dolores.

Por aquellos días el conde andaba meditabundo y preocupado. El padre Juan, capellán del castillo, había hablado a menudo con él, siendo más viva la inquietud del conde cada vez que terminaba una de aquellas pláticas secretas. Mucho más tarde se pudo saber en qué consistieron: el padre Juan sospechaba que el tocador de laúd fuese un siniestro hechicero, enviado secretamente

por los enemigos del conde, para seducir a su esposa y por ella enterarse de todos los secretos convenientes para perjudicarlo. Para el padre Juan, era seguro que el hechicero estaba dotado por Satanás de poderes maléficos, y se hacía necesario confundir al maligno, para evitar que enloqueciera a la población, que ya daba síntomas de locura. La propia condesa estaba extraviada, loca por el amor del hechicero. Bien podía toda la corte entregarse al desenfreno; pero la condesa debía permanecer intacta.

Se iniciaban los juicios de la Corte de Amor, en el gran salón del castillo. Todos presentaban sus casos ante la condesa, que los resolvía desde la altura de su amor.

En medio de la amable reunión se encontraba el conde, que en hermosas y rendidas frases prometió a la asamblea prestarle todo su poder para cumplir sus veredictos. Y en verdad que en aquellos días se decidieron memorables controversias amorosas. El bello rostro de la condesa María ardía de amor al anunciar que la Corte de Amor se terminaba cuando el señor de la Vigne, el caballero más allegado al conde, púsose de pie y demandó licencia a la condesa para someter a la corte un último y apremiante caso, de un caballero que ocultaba su nombre, transido de amor y de tristeza por los desdenes de su dama.

Dama María, graciosamente, accedió, y el caballero planteó el doliente entuerto.

El caballero desconocido amaba entrañablemente a su dama, la cual correspondía a su amor. Pero surgió otro caballero que valiéndose de artificios demoníacos, enamoró a la dama, poniendo así en peligro el ser y la vida del primero.

Aquel que no se presentaba a las lides de amor fiado en su propio ser, sino valiéndose de extraños artificios, ¿merecía el amor de la dama?

Un estremecimiento de temor recorrió la sala, cuando se abrieron los labios suaves de la condesa para pronunciar la sentencia:

—Siendo así que el segundo caballero valiése, como vos decís, de artificios del demonio para conquistar el amor de la

dama, será privado del amor de ésta, y por ser pecador de atentar contra lo que es natural y humano, y de origen divino, sea luego sometido a la justicia de Dios, para recibir justo castigo que recaiga sobre las mismas artes diabólicas de su brujería, de modo que jamás seduzca a mujer alguna con ellas.

El conde púsose de pies, y con voz tonante que hizo retumbar las grises piedras de los muros, dijo:

—Con vuestro justo fallo, señora, ha terminado el Juicio de Amor Ahora, permitidme, que como amo y señor de mi condado, no deje sin vigor la justicia de Dios, que con tanto ahínco reclama vuestra decisión.

A una señal del conde, entre dos guardianes apareció, pábilo y vestido de negro, el tocador de laúd, atado y desgredado, con la i cara pálida cruzada por una sonrisa de desprecio.

La condesa dio un grito de desesperación, y pálida como la muerte esperó.

—¿Cómo te llamas? —interrogó el conde.

—Niccolo Paganini, genovés.

—En todas las ciudades que has atravesado en tu viaje fatídico, has sido convicto de usar artes de hechicería para lograr la locura de los hombres y el deseo insensato de las mujeres. Y la Corte de Amor ha pedido un castigo que recaiga sobre tus artes diabólicas y le prive de ellas. La corte entera, y la villa también, han visto tus brujerías, y han experimentado su influencia. ¿Tienes algo que decir?, Confiesas tu alianza con Lucifer?

El juglar le miró con ironía. Más que sonrisa, una mueca de desprecio distendía sus labios.

—Soy tocador de laúd, y nadie ha tocado la música como yo. Pero mi secreto no es secreto del diablo, sino mío. Y lo oiréis solamente cuando me encuentre al borde de la muerte.

—Niccolo Paganini, he dado mi palabra a estas graciosas damas de poner mi poder a su servicio para dar cumplimiento pleno a todas las decisiones de la Corte de Amor. Y pues ella te ha condenado, has perdido el amor de tu dama desconocida, y ahora perderás los medios de cumplir tus hechicerías. Te condeno a que

ahora mismo, el más esforzado de mis soldados te corte de un tajo las dos manos, para que nunca más hagan sonar el laúd de que el demonio se sirve. Y si vives después, te condeno a ser desterrado de mis dominios, para que aquellas ciudades que has embrujado te hagan consumir hasta hacerte ceniza en la hoguera que aguarda a los brujos.

El conde hizo un gesto, y lentamente los guardias condujeron al prisionero hacia el patio bajo el sol de la tarde. Se oyó luego desenvainar una espada; un seco golpe, y un alarido.

Con la voz lívida, sosteniéndose apenas, la condesa se aproximó al balcón. Pero apoyada en el hombro de la más fiel de sus damas, estuvo mirando la postrada silueta negra, con los dos muñones sangrantes, hasta que las sombras de la noche la borraron.

Nada más se supo de Paganini en el condado, salvo lo que contaban en voz baja los aldeanos: a altas horas de la noche, se decía que habíanle visto tomar de nuevo el camino de Alemania, con los muñones vendados por alguna mano misericordiosa. Mientras tanto, en la plaza del castillo, los soldados quemaban en la hoguera las manos embrujadas.

Esta es la historia del juglar Niccolo Paganini, que llegó a tierras de Francia en el año de 1187, y sobre cuyo pacto con el diablo existen pruebas que hacen estremecer.

## *II. Si escuchas esta música*

*"¡Ah, mostradme un fuego que pueda apagarse a sí mismo!"*

Hebbel. *Judith*.

...Hasta aquel día, apenas llegando a sus veinte años, Niccolo Paganini fue ya considerado como un maestro. Sin embargo, yo osaría decir que todo lo demoníaco de su arte, su milagro maligno, parte de la época en que él desapareció en 1802, para rea parecer solamente después de tres años, tan ahído de amor que nunca más volvería a amar en la vida.

Hasta entonces, Satanás dormía, indudablemente, en él; pero sólo desde aquel momento maduró su alma para albergarlo, para realizar su prodigioso pacto, que le permitió embrujar a Europa y llevar un hálito de espanto a todos aquellos que escucharon su violín. El secreto de Paganini, del cual se habló tanto, estaba lejos de ser sospechado. Las gentes lo intuían, pero sin comprenderlo. Hubo quienes vieron salir luego y azufre de su boca mientras tocaba; quienes hablaron de asesinatos misteriosos; quienes vieron a su espalda al pro pm Satán Trimegisto impulsando su brazo. Amén de aquellos que pasearon por Europa la leyenda de su vida de forzado, que le había dudo un secreto prodigioso para manejar el violín.

Era la época tremenda de su primera vida, los años de su gran extravió, cuando sus manos de virtuoso se crispaban sobre las copas o acariciaban los senos de las prostitutas. Su vida estaba cubierta de fango y el sonreía desdeñosamente a quienes se lo reprochaban. Su larga nariz y su escuálida figura, enmarcadas en su lacia y larga cabellera, le daban va el siniestro aspecto del espantapájaros animado de vida.

Su vagabundaje no conocía reposo; erraba de sitio en sitio, de ciudad en ciudad, jugándolo todo, perdiendo y ganando hasta su propio violín. Fue en aquella época cuando las gentes comenzaron a inquietarse. El hombre que la noche anterior, y todas las noches ante times se encontraba ebrio y perdido en el fango de la más siniestra Injuria. se elevaba como un gigante creador, como el genio prodigioso. Nadie sabía en qué momento se dedicaba Paganini a estudiar MI música, a aprehender el alma de su violín.

Un día de 1802, desapareció de Génova. Transcurrieron los días sin que se supiera dónde se encontraba, y así comenzaron a pasar lo. meses, para contentamiento de sus enemigos y tranquilidad de aquellos que miraban sus hijas y esposas amenazadas por la sonrisa i tinca del enigmático seductor.

Nadie supo que en aquel tiempo de desaparición iba a hallar Paganini su secreto, el secreto musical de su violín, que

persiguieron después alucinados todos los violinistas de Europa. En aquella desaparición Satán iba a penetrar definitivamente en el espíritu del genio.

Todo fue obra de un viaje en diligencia. Paganini se encaminaba a Padua, donde se le solicitaba para un concierto. Su equipaje consistía solamente en una maleta de cuero negro y su violín. Cuando la diligencia arrancó de Génova, todos se despidieron de él pensando verle pronto de regreso, tanto más cuanto que su querida del momento era una de las mujeres más asediadas de la ciudad. Sin embargo, aquel grupo de genoveses que salió a despedirlo no sabía que la noche anterior, entre dos carcajadas, Niccolò Paganini había jugado y perdido a su amante.

Días después se supo que Paganini no había llegado a su destino. Había desaparecido de la diligencia con una misteriosa mujer que viajaba también.

Se rumoreó entonces en voz baja que el diablo, en figura de mujer, le había transportado al infierno. Se dijo, también, que la huida había sido planeada, y que le acompañaba la mujer de un noble genovés. Pero todos se inclinaban a pensar que Satanás flotaba en el ambiente.

Nadie supo entonces lo sucedido. Años después, alguien oyó nombrar a Paganini a un viejo criado, servidor de una familia noble que poseía un castillo aislado e inaccesible en medio de la Toscana.

El criado no sabía quién era Paganini. Hablaba del genovés sombrío, sin saber que se trataba de uno de los mayores genios de la época. Su relato era, por otra parte, deshilvanado y episódico, lleno de silencios sobre meses y años enteros:

—En medio de la noche, se detuvo la diligencia, y la señora marquesa descendió con un hombre joven, vestido de negro, de cara pálida y con unos ojos tan penetrantes que era difícil mirarle de frente. Su bagaje era solamente una maleta negra, junto con la caja de un instrumento musical, que él se negó a entregarme. La señora Francesca me dio orden de cederle mi caballo, y marchar tras ellos a pie. Llovía desastrosamente, y la

noche era negra. Ellos marcharon adelante, y yo los seguí, chapoteando en los fangales.

Cuando llegué al castillo, se encontraban ya ante la chimenea. La señora daba a Elissa la orden de preparar una habitación al señor Paganini, quien iba a demorarse unos breves días.

Pero a la mañana siguiente, Elissa me contó que el señor Paganini no había dormido en su habitación. Ella había tenido que llevarles el desayuno a la alcoba de la señora; y había encontrado en el suelo, roto, despedazado, como si lo hubieran pisoteado salvajemente, el violín que traía el señor.

Me contó también que durante la noche había despertado oyendo una música, llena de alaridos de dolor, de sonos lúbricos, de angustia y de lujuria. (A fe que no sé cómo pudo ella distinguir todo eso, siendo tan ignorante como yo). Y agregaba Elissa que después hubo el ruido de alguna cosa rota, y entonces sí verdaderos gritos de dolor de la señora.

Elissa, angustiada, se precipitó en su auxilio, pero al llegar a la puerta oyó que los gritos dolorosos habíanse trocado en algo muy diferente, que no le correspondía escuchar.

Ella me contaba todo cuanto iba sabiendo, y fue así como me enteré de que en aquellos mismos días escuchó tras la puerta una conversación en que aquel señor gritaba airadamente a la marquesa. Le repetía a voz en cuello:

Me amarás por mí mismo, a pesar de mi arte. ¡No volveré a tocar un violín!

Y en aquellos mismos días recibió la señora un paquete que contenía un violín, el cual fue cuidadosamente guardado.

El criado siguió hablando. Habló largamente, estimulado con los vasos de vino que yo le ofrecía. Y fue aquella noche cuando tuve la revelación del gran secreto de Paganini, por el cual desesperaban todos los violinistas de Europa.

Paganini, seducido por la belleza y la finura de la marquesa de X., a quien encontró en la diligencia camino de Padua, y ante las suaves instancias de la mujer, descendió en el

pequeño villorrio toscano. Era fácil la conquista, y él era casi un adolescente.

Aquella tremenda noche vino a saber la verdad: la mujer le había oído tocar en un concierto en Génova, y sabiendo de su viaje, lo había arreglado todo para aquella especie de secuestro. Había quedado prendada, enloquecida, oyéndole tocar el violín, y por eso quería atraerle y guardarle consigo. Su voluptuosidad era la música, y quería tenerlo con ella. La castellana era una viuda, que llevaba sobre él la ventaja de más años de vida intensa, y de dinero suficiente para comprar al mejor virtuoso del mundo.

Aquella noche, en la intimidad de la alcoba, bajo la furia de la tempestad, Niccolo se dio cuenta de que no era a él mismo con su sensualidad afanosa, con su perverso cinismo a quien ella perseguía, sino la representación de la comedia del paje tocador de laúd.

La ira de Niccolo se encendió, y fue entonces cuando lanzó aquel grito, y enloquecido, maldiciendo, rompió su violín, al cual acababa de arrancar acentos de tormenta y placer, como los de aquella noche que vivía el castillo. Y tomando el instrumento quebrado, golpeo con él la desnudez de la marquesa francesa. Cuando se lanzó sobre ella, adolorida y ultrajada, se cumplió la más voluptuosa de las horas para la hermosa mujer en decadencia.

Pasaron los días, apretados de tempestad, de cuya sensualidad iba naciendo el amor para el joven Niccolo. Pero al mismo tiempo, se daba cuenta de que para la marquesa algo faltaba en ese amor, y él lo sabía: su música, que era más que él mismo. Sólo saliendo de esa música se realizaba su goce perfecto. Y un oscuro sentimiento de i dos contra su propio arte nació en el corazón del muchacho. Pasaban los días, y fuera de las explosiones sensuales, cada día Francesca estaba más distante de él.

El criado contaba otra historia: un día ella, tímidamente, con el temor de su cólera violenta, le ofreció el violín que había pagado

con largueza. Era una leve insinuación, una tentativa de

recobrar lo que amaba de él, los únicos momentos en que lo sentía unido a ella misma. Niccolo lo recibió y lo examinó. Lo tomó, e hizo ademán de tocar, pero solamente dio dos notas semejantes a una burlona carcajada. Hizo luego una pirueta, y depositó el violín sobre una de las mesas del salón. Allí permaneció durante los tres años de su cautiverio: un auténtico Guarnerius, que, poco a poco, iba cubriéndose de polvo.

Niccolo, en medio de su amargura, no se decidía a partir. Era demasiado renunciar a su amor, tanto más infortunado cuanto que no obtenía otra satisfacción que la del goce sexual. Desesperado, intentó una solución que le permitiese entregarse un poco, sin claudicar totalmente: utilizar su maestría en la guitarra, instrumento menor ante sus ojos, que por ello produciría el efecto de la música para saciar el extraño apetito de la mujer, sin enajenarle su cariño.

Y así en las largas veladas, los dedos prodigiosos del muchacho resbalaban por las cuerdas de la guitarra, le arrancaban sonidos mágicos, llegaban al fondo del espíritu de ella; la marquesa no comprendía qué misterio se operaba en su espíritu, que, al tiempo de ser la amante del músico no le entregaba, sin embargo, la totalidad de su ser, que, lejos de su alcoba, le rechazaba y le mantenía heladamente lejos. Pero le conservaba a su lado, a pesar del hielo, llena del deseo angustioso de la música de su violín.

De tiempo en tiempo, surgía una leve insinuación, que terminaba en tormenta. Bruscamente Niccolo arrancaba las cuerdas de la guitarra, y la arrojaba lejos de sí. Y salía al campo, a andar con la cabeza desnuda, agitándose al viento la lacia melena, magro y desgarbado bajo el atuendo negro.

Así pasó el tiempo insensible. Cuando en la noche Niccolo franqueaba el umbral de la alcoba de la marquesa, entraba en un mundo diferente, en el cual, sin embargo, su amor estaba lejos de sentirse saciado. Si llegaban huéspedes, lo que ocurría, generalmente, con la llegada de la primavera, la puerta se cerraba para él, que, abandonado en medio de la noche, creía oír pasos

galantes dirigiéndose a aquella puerta. Y entonces ardía en la desesperación, se sumergía en la amarga tortura de los celos, y se repetía a sí mismo el cuento del paje tocador de laúd.

Y el servidor seguía su relato:

—El último año en que el señor Paganini vivió en el castillo fue el peor. Se hizo aún más colérico y violento, más irascible y bárbaro. La señora marquesa le temía. Cuando él se levantaba airado ella palidecía y escapaba. Porque ya sabía que él la maltrataría. En esos momentos parecía odiarla y sin embargo, luego de golpearla (que jamás he sabido por qué ella lo soportaba), la llevaba casi mi asilándola a la alcoba. Otros días se encerraba en su propio aposento, y no salía de allí. Una vez, quiso estrangularla y lo habría logrado a Elissa y yo no hubiésemos acudido. Pobre el señor Niccolo. En el fondo, la amaba y sufría. Era celoso de todos los visitantes. Y algunos hizo tales escenas, que al saberse en la comarca, nadie voltio al «castillo. Al mayordomo no lo dejaba hablar con la señora, sino i n ni pi esencia. Pero varias veces en que ella le gritó, en uno de esos momentos de celos, que no le amaba, él quiso irse, y ella, llorando, se arrodilló para suplicarle que se quedase. ¡Pobre señora!

Francesca estaba persuadida de no amarle, pero una extraña fascinación la ataba a él. Ella le había gritado un día que no era un hombre completo sin su violín. El la abofeteó y la dejó sola. Y contaba el criado que al pasar por la puerta de su aposento, donde se había encerrado, oyó sollozos entrecortados.

Era el viaje de Orfeo al infierno para rescatar a Eurídice, al precio de su música. Y ése fue el secreto del maestro: los tres años atroces suplicios vividos al lado de una mujer que creía no amarle a él sino a su arte, y que, sin embargo, no le dejaba partir. Después de la tortura de aquellos años de infierno, Satanás había preparado suficientemente su alma para entregarle el secreto.

El violín había permanecido intacto, en el mismo sitio. Un día hablaron de amor, y ella estaba distante y fría. Y de sus labios ah, ion otra vez aquellas palabras: “Quiero oír tu violín”.

En aquel momento, Satanás reveló a Paganini el secreto; se dirigió al violín y abrió la caja empolvada. Sus manos se movieron diestramente como si recobrasen un hábito del día anterior. Una vez preparado el instrumento, acariciándolo como si fuera el cuerpo de Francesca, empezó a tocar.

Al ritmo salvaje y alucinante de la música, acudieron los criados, que se quedaron como petrificados. Francesca se sacudía i como a cada nota la penetrase. Paganini tocaba con furia: quejidos de amor, gritos de ira, toda la gama del corazón humano se plegaba al arco del violín. A veces eran variaciones de siniestro aquelarre en medio de fascinantes arrullos. Otras veces eran clamores de guerra, al lado de brillantes devaneos. Pero siempre, en el fondo, el resplandor satánico, la espantable sombra de hechicería.

Yo podría jurarle, señor —decía el criado terminando su relato, que era el demonio mismo quien tocaba. De los ojos del señor

Paganini salían llamas. Yo vi la sombra de Lucifer. A mi lado, Elissa se desplomó desmayada y yo no pude hacer el menor movimiento para socorrerla. Lo diabólico nos inmovilizaba. No sé cuántas horas tocó el señor Paganini. Cuando me recobré, ya atardecía. El señor Paganini dejó de pronto de tocar. Lanzó una carcajada de endemoniado, miró .1 la señora Francesca que yacía como trémula de amor y guardó lenta mente el violín. Luego salió a la noche. Era una noche como la de su llegada, densa de tempestad. La señora no pudo moverse para detenerle, él salió. Pasó la noche y no volvió, y la señora siguió esperándole duran te meses y años, en aquel castillo que desde entonces pareció hechiza do, y empezó a reunir en sus salones todos los ruidos siniestros del espanto. Ese fue el recuerdo que dejó el hechicero misterioso.

“El señor Paganini no volvió más, y la señora envejeció esperándole”.

Así terminó el criado su relato. Y yo, recordándolo más tarde, encontré un curioso apunte en mi libreta:

En 1834, cuando estuvo Paganini en Bruselas, una dama ya encanecida, impasiblemente sentada en su palco del teatro de la Moneda, presencié el único fracaso del genio, que por la sola vez en su carrera no pudo posesionarse de su público, no logró inyectarle su veneno sonoro. Esa mujer era la marquesa de X., la *signora* Francesca.

### *III La causa de su muerte*

*"Hay gentes a quienes he frecuentado toda una vida, y a las cuales no reconocería en los infiernos".*

Marguerite Yourcenar. *Mémoires d'Hadrien*.

Fue hace pocos años, recién pasada la guerra, en 1948, en una hermosa tarde romana, y en un encuentro casi casual, cuando oí hablar a Carla. Era aún hermosa, y hablaba con voz monocorde y lejana, sin que la perturbase mi insistencia, sin que mis preguntas quebrasen el fluir de su recuerdo. Lo único que interesa de esa tarde son sus palabras, dichas en su voz fría de la cual surgía un calor misterioso que parecía iluminarla por dentro mientras repasaba por milésima vez, por toda la vida, la historia.

El concurso se abrió en Roma en 1941. Se trataba de adjudicar la plaza de primer violinista en la orquesta sinfónica del nuevo teatro Verdi, construido a expensas de la municipalidad. Se inscribieron unos 600 aspirantes, que formaban una larga fila frente al teatro, en cuyo proscenio se encontraban ya ubicados los cinco miembros de la comisión calificadora, entre los cuales se hallaban eminentes músicos y críticos.

Uno tras otro, desfilaban los violinistas. Se preparaban muy largas jornadas de trabajo, por lo cual la Comisión se ahorra tiempo eliminando rápidamente a los aspirantes mediocres; a algunos, ni siquiera se les permitía ejecutar más de tres acordes; otros merecían el honor de ser escuchados hasta tres minutos. En seguida, se producía la del presidente, y, en la mayor parte de los casos, bastaba con un cambio de mirada entre los cinco omnipotentes para que el secretario hiciera al concursante la señal del rechazo; la comisión ahorra palabras, para no desperdiciar energías.

Transcurrió el primer día sin ningún resultado positivo, y comenzó la segunda sesión, mientras una pesada fatiga gravitaba sobre los jueces del concurso. Hasta ese momento no habían podido seleccionar a nadie. A las cuatro y media de la tarde, después de un breve ya descanso, decidieron oír a tres concursantes más, y sesionar, desde el día siguiente, a mañana y a tarde.

Correspondió entonces el turno a un hombre joven, esquelético vestido de negro. Empezó a tocar en medio de la indiferencia de los jueces, tres de los cuales conversaban animadamente. Bastaron los primeros acordes para reducirlos al silencio. El arco del violín se movía como una serpiente sobre el instrumento, agolpando la música sobre las cabezas de los hombres atentos. Del violín surgían notas inesperadas, sollozantes, desgarradoras. Con una sonrisa, el violinista seguía ejecutando, seguro de su poder. El auditorio se electrizaba, Cual no sería la maestría del hombre, que duro hasta un cuarto de hora tocando, hasta que terminó la ejecución del fragmento desconocido, Y aún más, en el momento en que concluyó con una reverencia desmañada, los miembros de la Comisión, perdiendo su ecuanimidad de calificadores, prorrumpieron en aplausos.

Repuestos del trance, se miraron asombrados, aún sin regresar completamente de su éxtasis. El presidente murmuró: “Este es”, todos asintieron e hicieron seña al secretario. Este invitó al individuo a acercarse, y cruzó un breve diálogo con él. Al cabo de un instante de suspenso, subió al estrado con un gesto de desaliento:

¡Imposible, señor presidente. No tiene ninguno de sus papeles en regla. No es miembro de la Corporación de Artistas, no pertenece al Fascio, no tiene carné de trabajo!

La preocupación sucedió a la emoción en el rostro de todos. Uno de ellos, un anciano que se distinguía por sus opiniones heterodoxas en materia de arte, murmuró un poco dubitativamente, y con cierta vacilación en la voz:

—Pero... ¿No podríamos solucionar esto de alguna manera? Está visto que el hombre es un maestro. Y tal vez es el único que puede servirnos.

Todos a una volvieron a mirarle, y el hombre enrojeció. El presidente, secamente, exclamó:

—Aunque fuera un genio, existe la Carta de Trabajo, que no podemos violar. Vendría inmediatamente una sanción del alto gobierno, la cual, desde luego, sería ampliamente justificada. Si ese individuo no tiene carné de trabajo, no es miembro de la Corporación de Artistas, y no pertenece al Fascio, no hay nada que hacer. No existe. No puede ser primer violinista de la más importante orquesta del Estado. Señores, no podemos tener razón en este caso. Hay cosas que debemos respetar.

Todos asintieron resueltamente. Uno de ellos murmuró con acento recriminatorio:

—Hubiera sido mejor hacer la inscripción previa revisión de los documentos. Nos hubiéramos evitado esta pérdida de tiempo.

El secretario, a una nueva señal del presidente, hizo llamar a otro concursante, y quince días más tarde la plaza de primer violinista fue adjudicada a un aspirante con todos sus papeles en regla.

El final de la historia me lo contó la mujer mientras fumaba nerviosamente:

—“Desde aquel día, no volvió al sitio donde vivíamos, como si temiera que yo le reprochara el no haberme contado que carecía de papeles. Le busqué un tiempo; tal vez ocho, tal vez quince días, y no pude encontrarle. Vine a dar con él solamente por casualidad, mirando el periódico en busca de una oferta de empleo. Mire, aquí tengo el recorte; salió en la última página”.

El recorte amarillento decía simplemente:

“Niccolo Paganini, violinista, fue hallado muerto en una pieza de hotel. El médico forense informó que la causa de la muerte fue hambre, y no suicidio como en un principio pensó la policía”.

1979

I

Mirándose al espejo al prepararse a salir de su hotel para atender una importante invitación, en casa de la duquesa de N., César vaciló un momento. Quince días habían transcurrido en París desde su llegada. Había recibido de Milán solamente un mensaje, traído pm un amigo suyo. Pero nada más sabía de la condesa, y justamente la carta recibida le había producido la impresión angustiada de que la carta recibida su rostro, ese rostro que ahora podía detallar minuciosamente en el espejo, ya no significaba nada para la condesa Marina. De dónde había surgido una angustiada impresión, no sabía decirlo con certeza.

Al mirarse en el espejo, Beccaria sintió, como no lo había Mullido nunca antes, ese riguroso miedo del olvido. Tan enfermizo fue que no pudo salir a atender la invitación, y se quedó encerrado en su cuarto de hotel.

Trató de pensar por cuál razón le causaba tanta angustia el olvido Marina era su amante, la quería razonablemente, pero ya en París había conocido mujeres inquietantes que seguramente podrían reemplazarla. Sin embargo, le atemorizaba desaparecer de la memoria de ella tan totalmente que casi no supiese quién había sido. Pensó que ser víctima de un olvido tal como él lo presentía, tenía que ser angustioso, tan doloroso como la muerte. En verdad, meditó, desaparecer del corazón y de los ojos de una persona amada, de sus labios, de su tacto, de su lecho y de su piel, era una forma de morir.

Pensó en Marina en su palacio de Milán, asomada a la venían mirando el gran parque, el lago de los cisnes, a lo lejos el marfil de la torre del *duomo*, las erizadas almenas del castillo de Sforza. En el paisaje, en el agua misma, en las luces del sol y de la luna no estaría él, ella tendría una visión sin él, de cosas que no eran él.

Ella lo olvidaría, era seguro. Y al olvidarlo, él moriría, no había manera de regresar, de recuperarle la memoria; en ella quedaria el hueco total y terrible del olvido.

## II

La diligencia arranca, entre juramentos de los postillones, miradas curiosas de los paseantes, jinetes que recorren la *rué Royale*, prostitutas que comienzan su trabajo. El viajero italiano mira con cierto pesar cómo desfilan ante sus ojos las casas de París. En breve tiempo se encuentran en los arrabales; las construcciones escasean, el verde de la primavera entra por las ventanas. El marqués de Bonesana mira a sus compañeros: una mujer joven y graciosa que da el pecho a un niño; un viejo clérigo desdentado que tose al compás del carruaje, y que furtivamente maltrata un rosario; una monja muy bella, acompañada de dos monjas ancianas; un militar desacompañado.

César Saverio de Beccaria, marqués de Bonesana, ha decidido (de acuerdo con lo que más tarde relatará el *signore Stendhal*), regresar a su patria. Al llegar a París, precedido de la estela del filósofo Hume (a quien alcanzó a divisar en un salón aristocrático), logró conocer fugazmente a Voltaire, a quien rodeaban la admiración y el odio con la aureola de su defensa de Calas. Miró a Beccaria con sus ojuelos maliciosos, y le murmuró una frase amable sobre su libro *De los delitos y las penas*, que empezaba entonces a producir su saludable y discreta revolución de la ciencia penal.

Beccaria, a pesar de su libro, a pesar de Calas, en los días en que se encontró en París se dio cuenta de que el absolutismo conservaba el tono retardatario del derecho penal. En los salones a los cuales se le invitaba y en los cuales se le admiraba, la Ilustración era casi una coquetería. El mismo Voltaire le abandonó tranquilamente, para ponerse a revolotear en tomo a la falda majestuosa de una coqueta baronesa de dieciocho años. Sin embargo, en medio de la frivolidad, se intuía la preocupación del mundo. El milenio empezaba a flotar, pero el milenarismo contenía ahora vientos de revolución.

Beccaria pasó el tiempo adormecido sobre su prestigio, entregado a fáciles conquistas y a superficiales argumentos sobre la ciencia penal. Desde la ventana de su hotel veía pasar los

cortejos de ajusticiados que iban a recibir su pena en la plaza de la Grève. Y él mismo se veía sin cabeza, como uno de los ajusticiados, decapitado por el olvido de su amada Marina.

Debía permanecer tres meses en París, hasta que apareciera la edición francesa de su libro. No obstante, la carta perfumada que recibió desde Milán precipitó su viaje. La condesa de San Paolo, su amante desde hacía seis meses, le escribía tiernamente. Sin embargo, sus protestas de amor no tenían la fuerza de otro tiempo. Y la duda aterradora le encogía el alma. Su criado y escudero, Pasquale Alberto, oyó, como siempre, sus confidencias, y le aconsejó, como siempre, buscando dar en un consejo la solución que su amo deseaba. Fue él quien consiguió el upo en la diligencia. El editor había pagado generosamente, de modo que no había problema para pensar en el regreso. El marqués consiguió para su amada un hermoso vestido de brocado. Cuando lo miraba Cesar se estremeció, al levantar la falda, con la gozosa anticipación de lo que haría en Milán. *“Marina, carina, sente la voce del tuo cuore”*.

Mientras la diligencia andaba, meditaba en todos los recuerdos suyos que ya seguramente habían desaparecido de la memoria de ella comenzando por la memoria decapitada de su rostro. Le parecía como si a el mismo le hubiera sido aplicada la pena capital dejando ante ella un cuerpo sin cabeza.

Los días torturantes del viaje le permitieron imaginar —recordar cómo iba a ser el olvido de ella, cuáles recuerdos perdería primero. Porque ya sabía que cada día que pasaba perdía por lo mi in m un recuerdo. Hubo momentos en los cuales trató de resignar a ii suerte. Sin embargo, se empeñaba en luchar contra el olvido, o sería con Pasquale, buscaba un modo de apresurarse.

La diligencia se encaminaba hacia su destino, entre verdes sembrados, poéticos bosques, ilustradas caídas de agua, como si la naturaleza hubiese sido sacada de los pintores de corte —Watteau, Fragonard. De pronto, hubo un sacudón del carruaje. Este se inclinó peligrosamente, y el patético postillón exclamó: “¡Descienda todo el mundo, se ha roto una rueda!” Vino el jaleo

natural, el niño privado de su alimento lloraba, el cura había roto su rosario y miraba desoía nimio hacia el camino. El postillón envió a uno de los jinetes de la escolta hacia el próximo relevo, y advirtió a los pasajeros que el accidente implicaría de tres a cuatro horas de retardo.

Beccaria, con la muerte en el alma, con la seguridad de que la totalidad haría irremediable el olvido, llamó a su criado y le instruyó para que consiguiese en una de las granjas cercanas un par de caballos y acémilas para el equipaje. Pasquale obedeció, y en una hora los tuvo listos. Y ante los ojos desconsolados de los demás pasajeros, amo y criado reanudaron su camino.

### III

La primera etapa terminaba en N. Beccaria decidió tomar el camino de la montaña, que sería más breve. Calculó cuánto tiempo demoraría su viaje, y se dio cuenta de que serían quince días, a muy buen paso. La angustia le invadió, y Pasquale, que se daba cuenta del sufrimiento de su amo, procuró por todos los medios acelerar la marcha. Los perros del olvido perseguían a César, sentía ya sus dentelladas.

Dos momentos hubo en el camino que influyeron siempre en su vida. El primero de ellos, al llegar a Dijon, en el momento en que el pueblo se congregaba para presenciar la ejecución de un condenado. En ese momento, Pasquale vio huir al noble marqués, despavorido, tal era el temor que le inspiraba la pena capital, el mismo temor de ser decapitado en el olvido. Pasquale había leído el libro del marqués, y sin habérselo dicho, no entendía cómo éste trataba de suavizar y cambiar las penas de los delitos, habiendo en el mundo tantos forajidos. Taciturnamente, Pasquale siguió a su amo que huía, y tomaron de nuevo el camino de Milán. Ya el marqués no sabía qué era más alucinante, si su temor y odio a la pena capital o ese temor al olvido que le atenaceaba, que le rodeaba como una jauría. El viaje avanzaba, pero cada vez más el olvido se interponía entre él y su amante. El mismo olvidaba su rostro, sin querer darse cuenta. Pero lo único sólido y firme que

empezaba a existir entre los dos era el olvido.

La *signora contessa* Marina había ido a pasar unos días en Portofino, lo cual sabía el marqués, que no pudo resistir el deseo de verla. En Génova le hablaron de una hechicera sabia en predecir el porvenir. Pasquale averiguó su residencia, y allí se dirigieron. Ella, una mujer de edad indefinida, con grandes ojos oscuros en los cuales se reflejaba la bola de cristal, le dijo:

—Os haré dos predicciones: os esperan fama y gloria, señor, por un opúsculo que escribisteis. Vais a evitar con él muertes y sufrimientos. Veo muchos elogios a vuestro espíritu. Uno de ellos, de un señor francés —Beyle o Stendhal— quien, además, describirá en el siglo próximo, en un libro suyo, la razón de este viaje. Puedo leer el texto, y escribíroslo.

La bruja escribió lo siguiente: “Beccaria, autor del *Tratado de los delitos y las penas*, recibido con los brazos abiertos por la sociedad de París, y en vísperas de estar a la moda como Hume, se arranca a tanta dicha, y regresa a galope a Milán. Tiene miedo de ser olvidado por su amante”. El papel fue guardado siempre por Beccaria, transido de asombro y desconfianza.

La bruja calló un momento, y lo miró. “Usted le tiene miedo al olvido. El olvido es hoy más grande entre ella y usted que el amor. No sé si lo ha creado usted, o si ha nacido de ella. Lo único contra lo cual la adivina no puede luchar, es el olvido. Apenas surge, es como una pared gris, contra la cual nada podemos hacer. Pero hay cosas que siguen que flotan en ese mar, y voy a decírselas. Lo segundo —prosiguió es que imitará usted al caballero Casanova de Seingalt”. Y le siguió sonriendo. Beccaria, desesperado, suplicó: “Dígame si ella me olvidara, si yo la olvidaré”.

La mujer sonrió. “Señor, la única defensa de los seres humano. contra lo sobrenatural es el olvido. Si me pide que lo sobrepase, me pide un imposible. Le doy las únicas cosas que le pueden servir para luchar”. Pero no quiso decirle nada más.

Al llegar a Portofino, Beccaria se hospedó en el mismo hotel que la marquesa. En el primer momento se dio cuenta de que había tenido razón en sus temores, y en su precipitado viaje. La marquesa estaba a distancias inmensas de él. A veces el toque de su mano respondía de pronto, le pareció que algo cambiaba sutilmente, aunque parecía aun que su actitud glacial mostrara que estaba a punto de olvidarle, o ya le había olvidado.

El cambio sutil le instó a perseverar, de todos modos. Y poco a poco el frío fue cediendo. Estaban en la habitación de él en el Alberge la cual daba sobre la plaza. Empezó el rumor de una gran marea de gente, y se asomaron a la ventana. Beccaria se dio cuenta de que iba a realizarse una ejecución. El patíbulo se erguía amenazante y en una carreta venía el ajusticiado. Quiso retirarse horrorizado como en su huida anterior, pero ella, sonriente, le tomó la mano.

Quiero verlo, ¿me acompañas?”

El amor se sobrepuso al horror del caballero. Permaneció en la ventana, acariciándola. De pronto recordó a la vidente. Y recordó haber oído en un salón a Casanova, el truhan maravilloso, haciendo el relato de cómo había procedido en este caso.

A imagen de Casanova, Beccaria levantó la falda de su amada quien, inclinada sobre el antepecho del balcón, colaboró gustosa mientras él se aproximaba al modo más antiguo. En el momento en que el ahorcado quedó bailando en el aire su trágica danza, los dos a una lanzaron su gemido glorioso.

## V

El marqués fue un hombre memorable durante toda su vida. Decían que moral, política y bellas artes derivaban de la única ciencia del conocimiento del hombre. Propuso tomar de las medidas celestes el sistema métrico; publicó con los hermanos Verri el periódico *Il Caffé*. Fue durante veinticinco años consejero de Estado. No alcanzó, por sólo tres años, a ver la entrada de Bonaparte en Milán. Hizo que el rey de Nápoles le hiciera antesala, y se negó a recibirlo. Al decir de Stendhal, “así como

Hobbes, tenía miedo desde que se encontraba solo”. Provocó por alguna razón las iras de la emperatriz María Teresa, quien no le dejó salir de Milán cuando una vez fue invitado a una corte extranjera. Sufrió ataques de la Iglesia, y con los Verri preparó a Italia para la llegada de Napoleón.

Gustaba recordar (desde que le ocurrieron las extrañas cosas de su viaje a París) que, como habría de decirlo Goethe, “los acontecimientos que van a suceder proyectan sus sombras hacia adelante”. Solía decir, también, que el tiempo es una trenza.

Se dijo siempre que rompió su pluma y nunca más escribió, para dedicar más tiempo a su amada esposa; pero la verdad es que tomó esa decisión asomado todavía al balcón de la plaza de Portofino, después de haber experimentado su placer avasallador mientras contemplaba con su amante la ejecución de un reo, a la manera del caballero Casanova, a despecho y en contradicción con sus opiniones jurídicas, las cuales posiblemente olvidó.

La nave de los Locos

Suele buscarme

En la ciudad que *pasa como un barco de locos por la noche...*”

Jorge Gaitán Durán.

A Pedro *Alejo Gómez Vila*.

Dijo el judío de Esmirna —llamado Zologub o Zal-al-Gaub—, que hacía muchos años que no se tenían noticias de la Nave de los Locos. Según él, la última que se había conocido la había recibido un tío de su abuelo en Salónica en la época de la desusada guerra de Crimea, pero no se sabía bien si acaso se la había confundido con una de las naves que transportaron las tropas británicas. Antes de aquel hecho, un ciego que recorría las calles de Praga había relatado muchos de los cruceros emprendidos por la Nave de los Locos: dijo que primero había sido marinero y luego timonel, pero que en una travesía marina, en la época anterior al verdadero descubrimiento de América, había navegado como pasajero, tal como les pasaba a todos los marineros de aquella nave, que apenas eran contagiados de la misteriosa enfermedad iban siendo reemplazados por otros pasajeros, hasta que todos llegaban a ser locos, y todos marineros.

El capitán de la Nave de los Locos era en ese momento un chipriota cuyo nombre no recordaba el ciego, pero era algo como Spiridión. Dijo que era el más enfermo de todos, y que un día, pasando las columnas del Estrecho de Gibraltar, ordenó poner proa al occidente. La Nave de los Locos, empujada por un misterioso viento, enrumbó hacia el Mar Desconocido. Algunos sospecharon que podían ir hasta el borde del Mar Tenebroso, que en el sitio de la puesta del sol, siempre hacia Occidente, se despeñaba en el vacío, y en la nave hubo

extraordinaria complacencia de todos, salvo de aquella loca que en la proa se quitaba y se ponía la túnica, y quedaba desnuda contra el sol de la tarde, y que en la noche era sometida al copioso infierno de la lujuria de los insanos.

Pero el ciego dijo que dentro de la Nave no se notaba que fuesen locos; antes bien, el mundo, la humanidad de fuera, eran los afectados de locura; ellos se mantenían impasibles, a través de las tempestades y las calmas. Nadie sabía bien quién producía las provisiones, pero no faltaron éstas ni el agua dulce hasta que llegaron a la tierra desconocida, una tierra extraña de gigantes, de árboles varoniles e inmensos, de altas rocas acechantes, con mansos habitantes semidesnudos y adornados de plumas, que les traían presentes. Todo estuvo bien hasta que uno de los locos (el español, que había jurado llegar a la tumba de Santiago) mató a uno de los indios que no contestó a sus preguntas. Los indios les pusieron en la feroz alternativa de quedarse asimilados a ellos o partir para siempre. Algunos se quedaron, y fueron designados para cargos o tareas de responsabilidad. La loca desnudadora quiso quedarse, pero el capitán no lo permitió. Debieron regresar, y pasaron años navegando de retorno, hasta que por fin vieron costas que supusieron europeas, y llegaron a los puertos de Flandes cuando la loca daba a luz. En los puertos, la llegada de la Nave de los Locos fue un memorable antecedente. El ciego recuerda que en todo sitio que tocaban nadie sabía bien si se trataba de la Nave de los Locos o Nave de Peregrinos de Santiago. Los hombres de la Nave adoptaban entonces la figura más conveniente. De una de esas incursiones a puertos de Flandes (cuando ya hacía mucho se habla descubierto de nuevo la América, que ellos habían encontrado antes sin que nadie les creyera), un pintor flamenco llamado

Hyeronimus Bosch vino al navío, y pareció ser uno de nosotros. Pasó dos días navegando y haciendo dibujos. Dicen que el cuadro que pintó es una hermosa obra, y que en ella refleja exactamente lo que vio. El ciego, nostálgicamente decía: “En el cuadro yo soy el que aparece acostado, sometido a requiebros o golpes —¿no es casi igual? — de la mujer, mientras el fraile y la monja cantan, otros beben desnudos consumidos en el agua, y el búho que nunca se movió del mástil mira con prevención conmovedora. Decía el ciego que en el barco iba, también, la loca Margot, a la cual vio Peter Brueghel alimentando la boca del Infierno. Su dramática situación se empeoraba a bordo, porque buscaba la boca del Infierno sin hallarla, y sin atender lo que el fraile le decía, que tal vez ella misma la llevaba en el cuerpo, o que todos estábamos de la boca del Infierno; que era el mar.

Dijo el ciego que cuando navegaban por el Rhin embarcaban en vez de agua odres de vino, y los locos se convertían en ebrios. Cantó confusamente el viaje a Compostela, la entrada por las rías de Galicia, los locos peregrinos que caminaron hacia el apóstol Santiago desde el puerto memorable, y el barco solo, que esperó como una persona, sin que nadie distinto del pasaje pudiese subir a él.

Nadie sabe por qué, la Nave de los Locos se hizo a la mar, hacia Castilla del Oro, y un día entraron por las bocas fangosas del Río Grande de la Magdalena, y empezaron a remontarlo, difícilmente, entre troncos, lianas y caimanes, bajo el tórrido sol, desfilando entre selvas y montañas agudas, y llegaron a los turbiones. De pronto se encuentran en una ciudad blanca; el ciego, que ahora es dominicano, y que desciende de un eventual marinero de La Pinta, dice que la ciudad se llama San Bonifacio, y están caminando por las calles; al regresar a la nave, ésta es distinta, tiene un inmenso letrero blanco, en letras muy difíciles de descifrar, dice: “...SALUD...”, y otras palabras que no alcanzan a

entender, la nave tiene grandes ruedas acolchadas y ojos de luz, los suben a golpes, y el chófer grita preguntando si subieron todos los locos, cierran la compuerta y el camión comienza a rodar, primero por la llanura, luego atraviesa un gran puente de hierro y comienza a trepar las grandes curvas de la carretera; con la lona y un tronco que hay en el camión, los locos hacen el mástil y la vela, el español puede por fin descifrar el nombre de la nave, "...SALUD... SECRETARÍA DE...". Y abajo el nombre de la ciudad, del Departamento, San Bonifacio, en lujosas letras. El búho se trepa de nuevo en la punta del mástil, ya es el crepúsculo tardío. El ayudante del camión les dice: "A las ocho llegamos a Bogotá...", pero estalla un neumático. Los locos ayudan a repararlo, mientras la loca mujer se desviste y se viste sobre la plataforma del camión, sobre el puente de la nave "SECRETARÍA DE SALUD" los locos danzan y suben de nuevo. El niño de la loca llora. El camión de los locos sigue andando hacia la cima de la montaña, con la vela inflada al revés, en la noche se pierden las arboledas, no hay sino una cinta gris, iluminada por los faros de la ilustre Nave de los Locos, que va llegando a la ciudad capital, donde cautelosamente el chófer y su ayudante, para cumplir su encargo, y desovillar las martillosas instrucciones, se detienen, una vez y otra, en una calle fantasmal, donde hacen bajar a un loco, a una loca, y los abandonan a la suerte de su soledad. Cada loco va recogiendo piltrafas, periódicos viejos., harapos, tarros de pintura, trozos de caucho, hasta que enciende una hoguera y hace luego una cama desolada en el recodo de una pared propicia. Finalmente, el chófer y su ayudante, el timonel y el capitán, abandonan la Nave de los Locos, con su mástil roto en que el búho se yergue todavía; y ya desocupado el cargamento, penetran la luminosa entrada del burdel.

## La muerte de Lincoln

Se detuvieron desconcertados, viendo la gente que salía. Las damas de largos trajes acampanados, tocadas con tímidas cofias. Los caballeros con ceremoniosos sombreros de copa, los cuerpos enfundados en solemnes y laboriosas levitas. El público que emergía de las puertas del teatro parecía muy excitado, 'como si fuese a desbordar un vaso. La pareja que contemplaba atónita, de pronto vio —por que vio— en el gran aviso de la pieza que se representaba:

*¡A los Cien años del Crimen!*

EL FORD'S THEATER *presenta*

*el gran drama*

“LA MUERTE DE LINCOLN”

*(Sustituye a “Nuestra Prima América -)*

—Mira —dijo ella—, parece un baile de disfraz. Todos van vestidos como hace cien años.

El calló un momento. Luego le dijo: “Es cierto. Pero todos están de color muerto, todos desencajados, miran como si fuesen culpables. El asesinato del presidente fue hoy”.

Ella le miró sorprendida.

—¡Míralos! ¡Mira cómo gesticulan! Y ¡óyelos!

Dos parejas pasaban, y uno de los hombres decía:

—Fue con un Derringer.

—¡Y en Viernes Santo! ¡Matar al presidente!

—Recuerdo evangélico...

Una vieja que pasaba gruñó:

—¡El Viernes Santo no es para ir al teatro!

—El asesino —decía en voz alta y agresiva un hombre— es John Wilkes Booth el actor.

Un viejo delgado meneaba la cabeza. “*Sic semper tyrannus*”, dijo Booth. “Allá van los generales”. Eran el general Grant y el general Sherman.

≡

El caballero depositó a su esposa y se fue hacia su reunión en el club. No obstante, en vez de hacerlo tuvo que dirigirse hacia el teatro de Colón, en el cual se presentaba *La muerte de Lincoln*. El caballero Feliciano Tarpón era un hombre próspero, y se estimaba a i misino como joven. Tenía una amante casada y cariñosa. Ella estaba obsesionada por ver la pieza; a él no le interesaba mucho. Habían i. suelto realizar la más audaz de las citas, una cita en el propio teatro aparentemente a la vista de todos. Más que la pieza misma, lo que a los dos incitaba era el peligro.

Después de estudiar el teatro, Feliciano resolvió sensatamente comprar un palco de proscenio. Llegó cuando apenas se encendían las luces y empezaban a llegadlos primeros espectadores. Arriesgándose un tanto, se asomó un poco, y vio la araña central, las figuras femeninas, mascarones de proa o cariátides de los palcos, y el esplendor rojo de la tapicería de terciopelo. Dio una cuantiosa propina al acomodador, para que condujese a la dama al palco. Esperó colmadamente. Paula llegaría cuando ya se hubiese levantado el telón. Envuelta en desafiante perfume, vestida de negro, un poco temblorosa y con la respiración entrecortada, llegó.

En la escena transcurría la acción. Pero aparentemente para el palco en que estaban no se interpretaba *La muerte de Lincoln*, sino *El mortal*, de Michael de Ghelderode, que en ocasiones se transformaba en *El rey se muere*, de Ionesco. Feliciano y Paula no sabían muy bu n Recostados al fondo del palco, en las últimas sillas, solamente los actores podían entreverlos, y estaban seguros de que no tendrían inicies sino en la comedia, o las comedias, o los dramas que aquella mu he se representaban allí. Feliciano salió a conseguir unos bombones, y en ese momento tuvo una visión del escenario desde otro lugar. Y asombrado comprobó que la pieza que se estaba representando sí era *La muerte de Lincoln*. El escenario mostraba desde atrás el palco del presidente americano, y Feliciano vio cómo éste llegaba con su esposa, y eran recibidos con una sentimental explosión de aplausos de tiempo de guerra.

Feliciano alcanzó a ver que al fondo i le I escenario sí se veía la pieza que estaba viendo el presidente. Pero no era *Nuestra prima América*, sino *Escorial*, mezclada a intervalos 11 ni *El rey se muere*. Este era el lazo de unión de las presentaciones i n el ala izquierda del teatro. Eventualmente, los espectadores estaban viendo otras piezas en el fondo del escenario donde se presentaba *la muerte de Lincoln*.

Llegó a su palco y cerró cuidadosamente, asegurándose de que nadie fuese a abrir. Quien podía hacerlo era el portero, que ya estaba debidamente aleccionado y recompensado. Al sentarse con Paula y permitir que sus manos comenzaran a deslizarse por su cuerpo, Feliciano alcanzó a pensar que seguramente era la primera vez que en ese teatro iba a cumplirse un hecho como el que él y Paula iban a realizar. Y eso lo hacía más capitoso y tentador.

Tomándola ya en los brazos, aproximándola a él, ayudándola a deshacerse de lazos incómodos, vislumbró el escenario en el cual transcurría uno de los enloquecedores parlamentos de Folia el bufón, mientras más allá el rey de la pieza de Ionesco empezaba a morir. Alcanzó a deplorar vagamente no poder observar más minuciosamente la extraña, única aventura de teatro que allí se realizaba.

Paula estaba ya totalmente ausente del teatro, entregada a hacerle el amor, a dejarse vencer de él paso a paso, sin esfuerzo. No les verían; pero Feliciano pensó si de pronto no la oirían a ella.

La acción aumentaba en el escenario. Feliciano, como en sueños y en otro mundo, alcanzó a ver que reinas, reyes y bufones se distanciaban al extremo, junto con la *Joven prima América*, que había alcanzado a aparecer. En el centro del escenario aparecían, solas, las siluetas de Lincoln y su esposa. Y lívido, iluminado por una luz fantasmal, John Wilkes Booth esgrimía en una mano la pistola Derringer y en la otra un puñal. Como cien años antes, Booth levantó la mano para disparar. En ese momento, un tenue gemido surgió del palco de *avant scene*, y también Feliciano se dejó llevar por el placer total. Cuando alcanzaban él y Paula el

radiante momento del Sol, sonó el disparo en el escenario, y otro disparo en el palco. Uno para la nuca de Lincoln y otro para la de Feliciano, el cual le atravesó el cerebro, y alcanzó a tras pasarlos a él y a su amada. Ambos se desplomaron en el suelo, mientras por encima de los cuerpos trenzados daba un salto el marido burlado, hacia el escenario, que atravesaba corriendo y cojeando como lo iba haciendo Booth, ya más lejos. Booth había saltado del palco de Lincoln al escenario de los reyes. El marido ofendido le seguía.

El público, con profunda atención, seguía el desarrollo, y parece que admiro profundamente el recurso escénico del salto desde el palco, y el tiro repetido. Cuando cayó finalmente el telón, aplaudieron fervorosamente, mientras el portero arrancaba una de las cortinas de terciopelo rojo para cubrir los cuerpos mientras se comenzaba la investigación. En el escenario de la reina, ésta se besaba con el rey y el bufón, y ellos y todos los demás actores hacían reverencias de estilo. Afuera, por entre las personas que esperaban la salida de los actores, hubo uno que salió corriendo apresuradamente y empujando a quienes no le dejaban pasar.

A quienes sorprendan las circunstancias del hecho relatado, que hay que recordarles que las muertes, violentas o no, no son desusadas en el escenario: desde la Dama de las Camelias a Romeo y Julieta, a Hamlet, a todo Shakespeare, a los españoles del Siglo de Oro, memorables como Lope y Calderón, al teatro griego. Y que sea una muerte *real*, es el éxito mayor del teatro, como proyección irrepitable de la vida; el hecho de que los sucesos de la escena se reproduzcan en el público, en un espejo, tampoco es inopinado. Sucesos raros, vanos, trágicos, hermosos, desleales, fanáticos o puros, todos, eventualmente, se proyectan o nacen en el espejo del público.

Hay un momento en que la tragedia del palco puede ser mayor que la del escenario; o pueden ser iguales, y con motivos distintos, como en este caso. Puede haber la tragedia en el público, como en Pirandello o en Lorca, o en un teatro que se derrumba durante un *ti in moto*. O, naturalmente, en los griegos. La acción también puede ser corno en este caso, más fácil en el palco.

Hoffmann escribió un cuerpo en el cual un crítico musical llega a un hotel contiguo al teatro y le dan una habitación desde donde oye la ópera. Hay una puerta que se abre en la habitación, y se entra a un palco del teatro. La prima *donna* viene a compartir su amor con él, y él descubre después que «liando estuvo en sus brazos, ella moría en el escenario. Esa es la comunicación del teatro y la vida, como lo es la patética y horrible del *fantasma de la ópera*, del inquietante Gaston Lerroux. El teatro siempre colinda con la vida y con la muerte.

Las dos historias de nuestro tema sucedían con exacta diferencia de cien años. Pero en este momento, al contarlas, suceden al mismo tiempo.

## La Cabeza del Papa

"*Caput Mortuum* ", cabeza de muerto, es el residuo de la obra alquímica.

### I

Contra todo lo que pueda pensarse, eran apenas las tres de la tarde de un día azul brillante, con un resplandor solar que atemorizaba. Al menos, hubo personas que así lo sintieron; y tuvieron razón.

En la ciudad empezaron a ocurrir extraños fenómenos simultáneos, y todos fueron uniéndose para producir aquello que podría considerarse como *un estado amorfo de guerra*, sin que se disparara un tiro ni hubiera un muerto. Pero pasaron muchas otras cosas que casi nadie pudo explicar.

En el centro mismo de la ciudad está el más grande y elegante almacén de muebles del país. Y hoy había una fastuosa y gigantesca exposición de camas conyugales, de todos los tamaños. En el centro de la inmensa serie de vitrinas aparecía una, mayor que todas, que mostraba un cuádruple lecho imperial.

En el momento en que empezaron a suceder todas las cosas (a suceder al mismo tiempo), salió a la vitrina mayor una mujer fornida y de rostro encantador —creo que era ex-reina de belleza acompañada de uno de esos atletas que andan con casco de motorista para protegerse la inteligencia. Ante los ojos ligeramente sorprendidos del público, empezaron a desvestirse, con movimientos precisos y casi rítmicos, como si estuvieran ejecutando una escena de *ballet*. Apenas quedaron desnudos, se tendieron a hacer el amor; lo cual, naturalmente, se hizo contagioso, y poco a poco la gente que los miraba empezó a desfilarse hacia los jardines cercanos, y las cópulas se fueron multiplicando por la ciudad, mientras se oía ese ruido repugnante, entre arrullo y chillido de ratón, que emiten los niños satisfechos.

El resplandor azul del día cambió de pronto, y el mundo se vio inundado por la luz negra y medrosa de los eclipses. (Se dice que es la luz producida por el *negro sol* de la melancolía alquímica. Es un tema inquietante, aún sin resolverse totalmente).

≡≡≡

Ciudadanos y ciudadanas hacían el amor sin parar, en el césped en el pavimento, adosados a las paredes, bajo los árboles, en los coches Pasaban de vez en cuando grupos de nobles de calzón corto, que al participar en el movimiento sexual, desaparecían con solo desnudarse- De pronto, la luz negra se veía cortada por una lluvia resplandeciente. Las puertas de las iglesias, hacia donde corrían gentes asustadas, se cerraban solas, y aprisionaban a los fieles. Los automóviles no encendían; las ruedas estallaban, el metro funcionaba a velocidades mínimas, mucho más iluminado que la calle, pero se abrían muelles antes escondidos, que llevaban a profundizar. Se comprobó la antigua hipótesis flotante, según la cual algunas de las líneas del metro llegaban hasta el infierno, pero tampoco se tenía una noción clara de que era y cómo era ese infierno que debía estar desbordándose. Quien pudo ver esto fue un escritor interesado en el tema. Luego, abordo del tren que iba sin conductor ni vigilantes, penetró profundamente en las uniones aterciopelados del infierno. Vio en ellos andróginos, flores de oro vio el león y el águila, y, más extraño aún, vio los esplendorosos tigres que se arrodillaban ante él. Les vio con tal claridad, que supo luego que se trataba de un acceso de conocimiento. Penetró en unas moradas de transparencia azul, hasta llegar a la morada roja, en cuyo lenlio había un gran *Atanor*; del cual surgía ese profundo color rojo i r i un i, color de vino, que ponía su alma al borde del grito de plenitud.

Buscó pacientemente al demonio, para asegurar su posibilidad de regresar. El demonio no concurrió, pero luego, al salir del infierno, encontró otro camino, no ya en los coches del metro, sino i n un ascensor de plata, para evitar el pasaje por zonas inquietantes.

Se vio pasar un helicóptero, y nadie pudo decir qué ocurrió de pronto, cuando todo el mundo vio cómo se le desprendían y se venían al suelo las palas de sustentación. La gente se arrodillaba a veces, y rezaba a gritos como si hubiera ocurrido un terremoto, pero en el momento siguiente se amontonaba, empezaba a girar, a

pedir armas y los que las tenían las disparaban sin concierto.

Se cerraban puertas y los niños seguían gritando. O se abrían, y habían desaparecido. Los supermercados áridos y las mujeres jóvenes tenían todas las frutas dañadas, la leche cortada, las carnes resacas. En algunas empresas trataban de trabajar; pero para poder hacerlo, las gentes tuvieron que poner en cada salón una especie de cómitre feroz con un látigo que usaba con gran convicción. Muchas empleadas lloraban, y a veces los ejecutivos se les unieron en el llanto.

## II

En un principio, todo el mundo quedó en suspenso, interrogándose sobre las razones de lo que pasaba; las gentes que habían muerto el día anterior aparecían ahora perfectamente, y en cambio se morían otras que se habían salvado. En los burdeles, los pecados ya concluidos empezaban a darse golpes de pecho. En el palacio del Papa, éste sale a decir misa, y se da cuenta de que no puede bien decir al pueblo, porque las manos empiezan a chorrearle, y es un chorro de futuro que no sabe qué contenga, ni puede dar más bendiciones porque se le devuelven como *boomerangs*, se le destejan como telas en decadencia, se le revocan como decretos pérfidos. La Cabeza Parlante de Bronce del despacho del Papa está callada hace quinientos años, pero de pronto comienza a hablar, a hacer una relación de lo que está pasando en el mundo. Según sus informes, la situación de América Latina es muy confusa. En todos sus países, los poetas han logrado derrocar a los militares, y están de presidentes. Todos quieren convocar a elecciones en un impulso suicida, porque todos saben también que Platón dijo la verdad al excluir a los poetas de la República.

La pareja en la galería de muebles sigue haciendo infinitamente el amor, aplaudida por los espectadores, que a veces desaparecen y regresan con mayores ímpetus. La gente en la calle está obrando, está procediendo como si estuviera en la Edad Media Alquímica. Esto produce el fenómeno de que muchos

elementos del progreso se eliminen: la gente no toma en cuenta trenes, aviones, helicópteros, electricidad.

La Cabeza Parlante del Vaticano no obedece las órdenes del Papa. Habla de nuevo excitando a los fieles a entregarse al amor y al alcohol, para evitar la desesperación. Vuelve el Papa a insistir en decir misa, y encuentra que en su propia capilla está oficiando el Papa de hace quinientos años, y muy seguramente está oficiando desde entonces, sin interrupción.

### III

Nuestro Padre Santo y Beatísimo Silvestre II, el gran iniciado de los califas de Córdoba, ha logrado filtrar en el subconsciente aza rosado de los católicos que se acababan de desnudar del pegajoso fango del año 1000 una certidumbre distinta sobre los poderes de la ciencia.

Gerberto, Gerberto, honorable papa Silvestre, monje alquimista, nigromántico, poseedor de la Cabeza de Bronce nacida bajo la secreta conjunción estelar, cuando todos los planetas comenzaron a rotar en su curso, y mientras palpitaba en la pared del palacio el perverso espejo sobre el muro” en la cámara de la reina Estefanía, amante de patricio Crescencio. Gerberto, Gerberto, dicen que el diablo reclama tu alma segura diciendo tu misa, sigue rezando que la Gran Obra está cumpliéndose, y tienes el más siniestro de los poderes sobre ti, porque no vas a detenerlo. Puedes cambiar el hierro en oro, Gerberto, pero tus armas son de hierro, y si son de oro o plata se doblarán. Nadie sabe que eres uno de los Nueve Desconocidos desde el principio de la Edad Media en la India y que podrás por ello realizar milagros y tendrás en ti la facultad de ver el futuro y sobre todo verlo para obrar sin que nada te lo impida. Sigues haciendo el amor con Estefanía, Gerberto, en esa vasta vitrina del almacén de muebles... Oton el Germánico te dio su bendición, y ahora yo te la pido. Tú, monje benedictino, te subiste a la silla del papado después de que cardenales, y abadesas palparon las riquezas de tus testículos florecidos en la silla Gestatoria, y al unísono, con los ojos bajos, murmuraron: Papam *Habemus*”. Después de haber comprobado la



ley de oro que rodeaba tu vello púbico desde tu obispado, el cardenal Baronio, tu enemigo, dice que eres como él. Y han dicho de ti que estás sentado, solo en la silla de San Pedro, rodeado de oros y de púrpuras, y no tienes sino a Otón y Estefanía, y como la ciencia envanece, la Cabeza de bronce ha venido contestando desde que fuiste a la India, y seguirá mientras tú vivas. La Cabeza Binaria ha estado en el hombro del Papa en el hombro tuyo cuando decías la misa en la cripta durante quinientos años y fue la Cabeza quien dijo la misa, y ahora mismo la está diciendo, porque la Cabeza, en este momento, cambió levemente la tinta repetida del ensayo, para encontrar un cuerpo de mujer como eres tú, Monelle, pareja alquímica del Papa.

La Cabeza de Bronce acaba de decirte la razón de lo que ha ocurrido, la Cabeza recobra su imperio, y tú volverás a vivir del pastoreo, Gerberto, Gerberto, papa Silvestre II. Te ha dicho la Cabeza que culminaste la Gran Obra en que venías empeñado, y por ser el triunfo tan rotundo has producido modificaciones en cadena, sociales, políticas, estéticas. Lograste coronar la obra, Gerberto, y la Cabeza o -quinde a las preguntas. Tu experimento duró quinientos años, la vida de las plantas también. El acto sexual de quinientos años en que estas todavía empeñado sintiendo a Monelle debajo de ti, y sintiendo sus uñas que viven en el salón donde está la Cabeza, sabiendo que el golpe es el milagro total, la Cabeza manda sobre el mundo y dispone que como completaste la Obra Alquímica, tú y Monelle, pare ja hermafrodita, oirán todos los hermosos cantos privilegiados, andrógino hombre-mujer, dos cuerpos mezclados en uno.

Y con terror hemos sabido que tu nombre es Petrus Sirignarius.

#### IV

Como Lucrecia Borgia es canonizada en el campo de batalla, la voz de la Cabeza Parlante se hace mucho más poderosa, y por fin las gentes que están cerca de allí descubren lo que está pasando, el inusitado fenómeno producido por un alquimista

contemporáneo de Nicolás Flamel. Su nombre es *Petrus Sirignarius*. Nadie sabía de él, explica la Cabeza, porque después de haber logrado realizar la Gran Obra desapareció para no ser asesinado como varios de los alquimistas. Petrus vive con su mujer Monelle, quien parece haber sido mucho más definitiva en la realización de la Gran Obra. Tienen consigo varias enormes ánforas en las cuales llevan el polvo rojo y el polvo blanco para producir el oro y la plata. Sirignarius ha encontrado no sólo a Flamel, sino al conde de Saint Germain y a Cagliostro; a Agrippa, Von Nettesheim y a Paracelso. De ellos ha derivado lecciones sustanciales, que le sirven aún.

La voz de la Cabeza Parlante sigue hablando ante los cardenales aterrados, mientras el Papa hunde la frente entre sus manos. Del cielo desciende música, indescriptible, atonal, nueva, distinta, como gemido de ángeles o suspiros de condenados. Los ríos, informa la Cabeza, se han devuelto, corren hacia sus fuentes. El mar ha vuelto a sus niveles más antiguos. Ha dejado descubiertas ciudades misteriosas, la Atlántida, Ys, Ofir, que se han encontrado habitadas. Dice la Cabeza que el nuevo país más importante es el situado en el triángulo de las Bermudas, donde se encuentran almacenados los barcos de naufragios, y habitados también. En todos ellos, el elemento de contacto para saber la historia es el loro que han llevado siempre en el entrepuente.

Petrus Sirignarius, alquimista, y su mujer, Monelle, saben qué está pasando; saborean el más vasto triunfo sobre el mundo, porque han logrado convertir los metales en oro, en una proporción temible. La Cabeza les anuncia que seguramente es tanto el oro que han producido con el inmenso atamor que construyó Petras durante quinientos años, que el oro dejará de ser lo que ha sido en el mundo.

Sirignarius y su mujer cambian una mirada cómplice, porque ellos sabían exactamente cómo son las cosas, y la información de la Cabeza parlante es relativa. Petrus y su mujer siguen haciendo el amor, desnudo sobre la inmensa cama en la vitrina. Saben que todo ha cambiado. El atamor está en el sótano,



en su morada profunda, y su situación ha producido un cambio ecológico, social, económico, en el mundo.

Han pasado haciendo el amor no saben cuánto tiempo; el culto llega a un nuevo clímax, y Monelle mira, con ojos velados, los rostros que la luz negra filtra en la vitrina. Es el “negro sol de la melancolía. El alquimista y su mujer se ponen de pies. Pueden dar la razón de todo lo que sucede simultáneamente. Bajan la escalera, mientras visten sus hábitos medievales; se dan cuenta de que su proceso ha hecho cambiar por lo menos un día del mundo. Y seguramente por ello deberán permanecer escondidos por lo menos doscientos años más.

Monelle mira a Petras Gerberto de Aurillac, Silvestre II, al abrir los brazos para abarcar este mundo mutado por la Obra, con una bendición en la cual quedan envueltos todos los secretos.

En un rincón del Salón de los Papas, la Cabeza de Bronce se mueve de un lado a otro, combatiendo ideas pesarasas.

## El espejo profundo

### I

El vasto salón ocupaba toda la parte alta de la casa. En él se veían vetustos libros encuadernados en pergamino, grimorios oscuros y secretos, y al lado un atanor gigantesco. Un enorme globo terrestre ocupaba el centro del salón, y en un ángulo se veía la este ra celeste. Mapas colgaban de las paredes. En frascos de cristal, ah mañas sumergidas en un líquido transparente. Sobre una mesa había un espejo que permanecía siempre empañado. Otra mesa tenía compases, redomas, frascos, calderos, una extraña piel de león en el suelo, una cabeza metálica sobre un pedestal. Era tal la cantidad de objetos heterogéneos acumulados, que la estancia parecía más pequeña. Un ventanal de vidrios emplomados se abría sobre la Tour Saint Jacques y el cielo vagamente azul.

Sentado a la mesa llena de libros y pergaminos, el alquimista escribía, vigilando de vez en cuando el proceso del atanor, mirando si el fuego se mantenía. Transcurrió el día, y transcurrió la noche. El hombre apenas se levantó breves momentos para volver a su mesa. Un largo rollo se fue llenando con sus meditaciones. Era la extraña vida de un monje. El hombre, de cuando en cuando, consultaba unos ajados documentos. Escribía.

### II

...el nombre de Basilio Valentín, monje benedictino, no aparece registrado entre los de los doce monjes que en este siglo han habitado la Abadía de San Pedro de Erfurt. Sin embargo, yo encontré no solamente su huella, sino parte de su ingente obra alquímica. En el verano hice un viaje por las provincias germanas, y me detuve en Erfurt, en cuya iglesia tuve por vez primera la iluminación alquímica. (Dijo San Pedro en la epístola II, III-3: “No debéis ignorar que ante el Señor un día es como mil años y mil años como un día”). La iluminación alquímica, que da el total conocimiento de los secretos de la naturaleza, nos lleva, así, más allá del tiempo y del espacio que aprisionan al hombre Mi maestro

Basilio Valentín lo sabía, hay manuscritos suyos que morirán conmigo si no puedo llegar a la realización de la obra. Sé que San Juan en el Apocalipsis nos dejó la huella la Misa Alquímica del monje húngaro Melchor Cibirensis ha desaparecido. Yo la presencié en Hungría; nunca nada tan maravilloso se había ofrecido a mi espíritu y a mis sentidos.

Hablo de Basilio Valentino —que es el mismo monje Cibirensis, Valentino no existió, no aparece en los registros de la abadía. Sin embargo, yo estaba allí el día en que un rayo (vi su luz cegadora y parto una de las columnas del templo. El rayo no me hirió; me cegó un momento, y al abrir los ojos se ofreció ante mí el hueco de la columna en el cual estaban intactos los manuscritos, encabezados por esta frase: “He aquí la última voluntad y el testamento de Basilio Valentino, monje de San Benito. Obra que él escondió, solo, bajo una lápida de mármol en la columna que está tras el altar mayor de la iglesia catedral de la ciudad imperial de Erfurt. El la dejó allí para que la hallara aquel que la Divina Providencia juzgara digno de descubrirla”.

Yo lo encontré. Los monjes de la abadía amenazaron con perseguirme si me quedaba con los documentos. Gracias a mis artes, y a que el nombre de Basilio no estaba en los registros de la abadía, algunos pude reservar, que hoy me sirven para redactar esta memoria. Gracias a su lectura y la de los otros que quedan en la abadía, Puedo hoy escribir. Pero más me ha ayudado el espejo que se encontraba en el fondo de la columna, y cuyo reflejo me ha enseñado que todos los alquimistas fueron uno solo, y que esto se sabrá cuando se realice definitivamente la Gran Obra.

El espejo tiene una virtud insustituible, y es la de trasladar el que lo mira. a voluntad, hacia el pasado o el futuro. Como una especie de callejón del tiempo, domina a voluntad, igualmente, el espacio. Con esos dos poderes, es el poder de sí mismo. El tiempo y el espacio ni los dos modos de dominar definitivamente al adversario. Con las dos limitaciones insuperables del hombre.

Por eso Jehan de Mung, en el *Roman de la Rose*, dedicó a los espejos tan prolija atención. Por eso dijo:

Los espejos —continuó Natura— tienen todavía muchas curiosas propiedades, hacen aparecer tan alejadas y pequeñas las cosas grandes y gruesas puestas muy cerca, que apenas se las distinguí poniendo mucha atención, así fuesen las más grandes montañas situadas entre Francia y Cerdeña.

“Otros espejos muestran las dimensiones exactas de las cosas que se miran.”

“Otros son ardientes y queman las cosas que se ponen delante, si se sabe hacer converger los rayos del sol que los hieren.”

“Otros hacen aparecer diversas imágenes, rectas o invertidas por diversos arreglos, y de una hacen nacer varias y si se presta la forma, muestran cuatro ojos en una cabeza; los hacen aparecer vivos, sea a través del agua, sea por los aires; y se les puede ver jugar entre el ojo y el espejo, por la diversidad de los ángulos, ya el medio sea simple o compuesto, donde su forma se refleja multiplicada de mil maneras, engañando los ojos de los espectadores”.

El espejo es espacio, y es tiempo. Un espejo con un reloj es el más cruel de los sortilegios. Cuando se inventaron los relojes mecánicos, los inventaron de dos clases: los comunes que marcaban el tiempo, y los otros —según refiere Jacques Yonnet— que se vendían en la Rué Mouffetard, y eran relojes mágicos que tenían en su mecanismo sangre y pedacillos de carne del propietario, y que tenían manecillas que daban vuelta al revés. El dueño podía así vivir el tiempo a la inversa, y rejuvenecía hasta que un día llegaba a la infancia, y al nacimiento. Era la muerte al revés. Si se pone un reloj mecánico dentro de un sombrero no se oye funcionar. Pero si se pone un espejo que lo refleje, y lo ve la persona, se oye nítidamente. Ese misterio asocia el tiempo y los espejos.

El mismo Jacques Yonnet fue el autor de la calumnia que aseveraba que yo era el homúnculo fabricado por Alberto Magno, el hombre artificial que él hizo con un prodigioso mecanismo de relojería, que copió después Christian Huyghens para sus relojes,

y que andaba, y hablaba y aun comía y hacía las necesidades. Quedó tan bien hecho. según se rumoreaba, que pudo hacer el amor dos veces. Y en una ocasión Alberto olvidó darle cuerda, pero el autómeta siguió funcionando, tomó su propia vida sin que nunca más fuera necesario reactivarlo. El rumor de su capacidad sexual llegó hasta sostener que podía procrear seres naturales. El homúnculo habría sido el Adán de una progenie monstruosa, si no hubiera ocurrido que Tomás de Aquino escribía un día un capítulo de su *Summa Theologica*, cuando llegó Alberto a visitarlo, acompañado del hombrecito, que crecía a ojos vistas. Alberto le explicó su maravilloso invento, y Tomás montó en cólera, aterrorizado del reto a Dios. Sin pensarlo dos veces, tomó su grueso bastón y des trozó al homúnculo. Las piezas del mecanismo se dispersaron, y curiosamente Alberto no se atrevió a repetirlo. Mucho tiempo se habló de un proceso contra Tomás de Aquino, pero la Iglesia siempre lo impidió

Eso aclara la impostura de Jacques Yonnet. No puedo haber sido el homúnculo, ni nadie se atrevería a sostenerlo de buena fe. Si lo haría yo tendría conciencia de serlo. En cambio, la tengo de que mi cuerpo humano se va deteriorando. Tengo conciencia de quienes fueran mis padres y si llevo vividos sesenta y nueve años, gracias a ellos han sido naturales, en los cuales las inventivas de gentes diligentes no han tenido suerte.

En cambio, he dedicado esa vida a la Gran Obra. Soy alquimista y he tenido, como tal, grandes triunfos, aunque no haya obtenido todavía el oro. Escribo esta memoria para rendir homenaje a Basilio quien sabe si al relatar la vida del Valentino no estoy contando mi propia vida. Muchas veces he oído la especie de que todos los alquimistas son uno solo, que gracias al sortilegio de los espejos se multiplica. Los espejos están en el origen de la alquimia, y seguramente en el principio de ella hubo un solo alquimista, y al romperse un espejo se multiplicó en muchos de ellos. Tengo temor de los espejos por en ellos se cuenta mi vida, *nuestra* vida. Por eso miento es difícil lograr un relato coherente, como el que intento hacer.

No sé si por el encuentro de los manuscritos de la abadía alguien denominó a Basilio “Columna de la Iglesia”. No tardaron sus enemigos en “columna hueca de la Iglesia”.

Fui, antes, Gerberto de Aurillac, el malhadado papa Silvestre II, en cuya cabeza metálica vivimos. Fui Papa hasta 1003, y recuerdo los libros que escribí. Recuerdo cómo traje a Europa los números arábigos, para reemplazar los odiados números romanos; recuerdo mi reloj hidráulico con primorosa música, y todo aquello que tenía un pacto con el diablo, que en verdad era solamente tesoro de la alquimia.

Tuve dos grandes enemigos: el señor Michel de Montaigne, en el relato de su viaje por Italia recogió las especies del tesoro que sorprendentemente hallé por artes nigrománticas; la estatua que con el dedo índice extendido y en la cabeza la inscripción “Descubre aquí”, una parte de aquel embuste. Porque nadie sabía que mirar la sombra de la estatua al mediodía y excavar donde señalaba entonces el dedo era la solución del enigma. Mi conjuro alquímico sí me sirvió para abrir la tierra y entrar en el palacio de oro, donde el rey se sentaba en una silla de oro, y sus doncellas y criados eran de oro. Toda la luz del palacio salía de un carbunco. Pero nada podía tocarse, y cuando intentabas de hacerlo todas las figuras gritaron y un arquero que estaba vigilante lanzó su flecha sobre el carbunco. Todo quedó en tinieblas nunca recuperamos el oro.

Mi otro enemigo, Enrique Heine (del adverso siglo XIX), cuenta que mi muerte ocurrió arrebatado por Satanás; según él, cuando yo era estudiante en Córdoba hice un pacto con el diablo, para terminar la vida en Jerusalén, donde me le entregaría. Siempre me mantuve alejado de allí, pero un día, diciendo misa en una capilla romana vino el demonio. Me mostró que la capilla se llamaba Jerusalén, y me llevó consigo. Así conocí el infierno. Es cierto lo que Heine cuenta, cuando el demonio me llevaba por los aires, me decía dulcemente al oído: “No tomaste razón de que yo soy un lógico”.

■ ■ ■

Basilio Valentín fue contemporáneo del gran Nicolás Flamel. Le antecedió en no mucho tiempo. Flamel ha sido el alquimista más importante; más que Gerberto. Yo pude leer el original de su libro *La música química*, perdido después. Es la clave de su gran viaje, que luego relataré. Tengo el recuerdo preciso de su encamación, de su vida en tiempo tormentoso de guerras y pestes, de revueltas de obreros y campesinos. Nadie sabe que Flamel estuvo en la Cruzada, y de allí trajo secretos que ahora, en este mismo salón, yo aplico.

Flamel tenía, como yo, un espejo en su gabinete de trabajo, Ese espejo tenía la propiedad de hacer ver desnudas a las gentes, lo que placía al maestro, de natural lúbrico y atormentado. Siguió siéndolo siempre, pero su mujer Pemelle le absorbió de tal modo que él le dedicaba todas sus lujurias. Yo recuerdo haber vivido esa época, y sé por qué la viuda le capturó. Tal vez no ha habido otra mujer que tu vicia tal encanto en el lecho; recuerdo su cuerpo mórbido que poseí, yo Nicolás Flamel, sumido en el vórtice embrujado que era el centro de su cuerpo. Para ella, eso era la vida. No sé cómo pensó después en ser alquimista, sin darse cuenta de que todos los alquimistas éramos un hombre, y que por eso las mujeres no podían acceder a la alquimia

Por el espejo de Flamel se entraba a una inmensa galería que conducía a voluntad a lugares remotos. Cuando se dijo que él murió, había ya obtenido el elixir de vida, que según había dicho Villanova “conserva la salud, acrece el valor y del viejo hace un joven”.

Nicolás y Pemelle no murieron. Los entierros se hicieron poniendo en vez de los cadáveres leños. Después del entierro de Pemelle, Flamel vivió aparentemente solo, acompañado de dos mu je res, Margot le Quesnel y su hija Colette, que fueron sus amantes; pero iba a visitar a Pemelle, a través del espejo.

Cuando se anunció su muerte, realmente sucedió que entro en el espejo para no salir más. Su sobrino Colin Perrier fue su heredero, y recogió sus pertenencias. Entre ellas el grande y secreto *libro de Abraham*, que le dio tanto poder, y unos matraces

de polvo que según parece servían para hacer el elixir de la inmortalidad. Cuando también el espejo, que a ciertas horas mostraba dónde estaban Nicolás y Pemelle. Alguien trató de romperlo y no pudo.

Es el espejo que tengo ante mí. Yo atravesé el túnel maravilloso. para unirme con Pemelle y lograr una vida feliz. Recorrimos el mundo lo conocido. En nuestro más alucinante viaje, llegamos, dos siglos después, al nuevo continente descubierto. En una ciudad en lo alto de la montañas llamada Andes —más bien un pueblecillo de casas blancas, con audiencia y oidores, yo, Nicolás Flamel, con el nombre primero de Mateo Molinar, que se hizo peligroso, y después con el de José Celestino Mutis, fui médico, cure fiebres, hice sangrías, diseque sabandijas y plantas desconocidas. El virrey, de quien fui médico, me dio su amistad; los oidores de la Real Audiencia me llamaban, y me adelanté en la exploración de la selva, que no es una selva pacífica como lo son las nuestras, apenas con jabalíes y ciervos, zorros y unicornios, sino una selva densa y tremenda, que despidе un vaho animal que mata, una selva que tiene todos los animales feroces: tigres, serpientes, hombres. Participé en la vida colonial, creé una empresa que se volvió de revolución, la expedición botánica, que era una universidad itinerante por aquellas latitudes, y que reveló a los hombres criollos que los progresos de la ciencia significaban libertad. Tenía oculta a Pemelle, lo cual no era fácil y me causó el extraordinario problema de que en vez de dedicarse a su oficio de mujer, empezó a tratar ella misma de convertirme en alquimista. No podía, y eso no lo comprendió, porque lo primero que necesitaba era perder su naturaleza de mujer, que tanto goce le brindaba. La invité a volver al espejo, y se rebeló contra mí. Yo sabía que si no viajaba conmigo moriría. El espejo, vehículo del tiempo, le daba la inmortalidad como reflejo de la mía. Pero apenas asumí la envoltura mortal de Mutis, con su investidura sacerdotal y médica, la puse a distancia. Ella en realidad no supo nunca que yo era Mutis, solamente me veía a través del espejo.

Ya próximo a mi muerte como el sacerdote gaditano, la

invite a tomar el camino del espejo. Rehusó hacerlo, me pidió que le dejara todos los elementos de mi ciencia, y así lo hice. Me resigné a perderla y tomé el espejo esa noche.

#### IV

Habiendo llegado a la India, lo miré para saber dónde estaba Pemelle Vi unos nubarrones de tormenta, combates, asambleas populares. Los criollos se rebelaban contra el yugo español, la vi. acostada en el lecho, agonizante, llamándome. Moría, en una casa que se consumía en llamas. Pero ya no quise tomar el camino del espejo. Así murió en realidad Pemelle.

La India con todos sus secretos, todo su fervor iniciático, me ofrecía sus tentaciones. Aprendí mucho en Benarés, en Delhi. Cuando estuve en el Taj Majal, aún la recordaba. Pasaban escuadrones de sol dados de casco blanco. Me daba la nostalgia de París, por sobre la cual habían pasado la Revolución y el Imperio. Por eso decidí regresar en mayo de 1818. Llegué a mi antigua casa de la Rue Montmorency. Produje algún asombro en mis herederos, pero ellos me habían espirado en los siglos anteriores. Mi gabinete estaba intacto. Es el mismo en que escribo. Por lo mucho que he visto y oído, las gentes se interesan por los misterios del mundo. Por ello abriré en el número 22 de la Rue de Cléry un curso de filosofía hermética. Su costo será grande, pero sé que tendré estudiantes. La situación permite predecirlo.

La historia del alquimista —Valentín, Flamel, Aurillai, Mutis, todos— sigue escribiéndose. Seguirá escribiéndose mientras el hombre luche contra el tiempo. Hoy me llegan rumores de que se ha visto a Nicolás Flamel en un palco de la Opera, acompañado de una hermosa mujer hindú. No sé quién le identificó. Estoy seguro que era él. Su espejo se deslizó de mis manos, y se partió en pedazos. El vaso que se conservaba intacto, y que era de cristal, se ha convertido en oro. Me duele la ruptura del espejo. No sé qué consecuencias tenga para él, para su compañera y para mí.

La Paloma del Espiritu Santo

4 l ihti W. i. (io de Angel.

*“Y de lo que más soledad he tenido es del cantar de los ruiseñores, que hogaño no los he oído, porque esta casa está lejos del campo”.*

Felipe II dedicada a su hija

Mi bisabuelo fue aquel memorable don Francisco Letrelles Valdepare, que escribía desde Quito al virrey, en mayo de 1768:

"Señor

“Con fecha 4 de marzo recibo de V. E. con dos providencias, la primera para que solicite los pájaros particulares y de colores exquisitos que se puedan encontrar en la provincia de Cuenca, y los despache al Gobernador de C/gena para complacer el gusto del Serenísimo Príncipe de Asturias: pidiendo lo necesario de las cajas reales para su costo, y que procure sea con la mayor economía<sup>66</sup>...”

¡La de trampas, ligas, señuelos que armaría el abuelo para complacer al príncipe! Respetuosamente, lo único que podía hacer era dar el mayor esmero a la escogencia de los colores de los pájaros, a sus viajes a su encanto especial. La forma hinchada de la alondra; la aérea del cardenal, el latigazo verde del loro... Sé que mi abuelo logró armar la más grande pajarera que se conociera en tierras de Indias, y trastearla en hombros de indios de Quito a Guayaquil, por los inverosímiles caminos, sé que incluso alcanzó a tener un pichón de cóndor que causó tan gran mortandad, que exigió el reemplazo de los fallecidos, y a ello debió su libertad, siendo clasificado más como fiera que como pájaro.

Corno la pajarera no entraba por las escotillas de la nave de los pájaros, fue necesario también hacer pequeñas jaulas y trasladarlos a ellas, y fueron instalados en el entrepuente, para que gozaran de la brisa marina. En llegando la nave a España —esto

---

<sup>66</sup> Texto comunicado por doña Pilar Moreno de Ángel.

era el mes de noviembre—, el agudo vientecillo de invierno causó algunas bajas, y el capitán se vio precisado a tapar todos los descubiertos por donde entraba el viento, con pedazos de velas y frazadas.

En Cádiz fue preciso agenciar varios carros, en los cuales fueron trasteadas las jaulas hasta Madrid, adonde llegó el 70 por 100 de los pájaros que habían arribado a puerto, para entretención del señor príncipe de Asturias, quien mató algunos queriendo disecarlos, y otros para coleccionar las vistosas plumas.

Siendo pájaros tropicales, toleraron mal el invierno, salvo los loros, que escandalizaban a la corte con gruesas palabras, aprendidas a la marinería, y acaso algunas a mi bisabuelo.

Curiosamente, al final de su vida don Francisco Letrelles Valdeparea fue harto criticado por haberse empeñado en una empresa como la de enviar pájaros al príncipe, distrayéndole de entrar siendo adolescente en asuntos de Estado, cuando acaso habría podido evitar la expulsión de los jesuítas, y causando, a la vez, la muerte de muchos representantes de las especies desconocidas de las Indias.

## II

Pero lo más desfavorable es precisamente lo que ocurre ahora: los pájaros, dos siglos después, toman venganza. Al menos es lo que yo creo y sospecho. He procurado reunir toda clase de informes sobre los pájaros, y he logrado algunas cosas sorprendentes, que sospecho sirven para probar mi afirmación.

Por ejemplo, los pájaros no son ajenos a la brujería, ni menos lo fueron en la Era Clásica. No sabemos ni cuáles ni cuántas de las inocentes criaturas que vemos volar entre las nubes y perderse en el azul del cielo son brujas siniestramente transformadas:

“Nótese que para convertirse temporalmente en animal, en pájaro sobre todo, las hechiceras clásicas, según nos las describen Luciano y Apuleyo, se desnudan del todo, ponen dos granos de incienso en una lámpara, y de pie así, murmuran algunas palabras dirigidas a la lámpara. Abren después un pequeño cofre, en el que

hay varios tarros, y escogen uno que contiene un líquido aceitoso con el que se frotan desde la punta de las uñas, todo el cuerpo. Al punto les crecen las alas, les sale el pico, etc., y dando un graznido espantoso, salen por la ventana”<sup>67</sup>.

En las épocas de peste medieval, se tomaba una precaución indispensable para salir a la calle. Había que ponerse una máscara en forma de cabeza de pájaro, cuyo pico estaba lleno de sustancias aromáticas-<sup>68</sup>.

En San Bernardo de Tolú hay unos pájaros feroces que atacan encarnizadamente a los bañistas que invaden la playa. Hay un género de pájaros que va en bandadas a morir a las costas del Perú, relata un novelista francés. Un novelista colombiano hace un bellissimo cuento del pueblo donde llueven pájaros muertos. Y una novelista ni)<sup>1</sup> lesa refiere una angustiosa invasión de los pájaros enfurecidos al mundo europeo<sup>69</sup>.

### III

Hay una historia de San Alberto Magno que refiere la siguiente fórmula:

“Si unos huevos de cuervo son hervidos y luego devueltos a su nido, el pájaro saldrá volando hacia el mar Rojo y volverá con una piedra a cuyo contacto los huevos se vuelven otra vez crudos. Si luego pone un hombre esa piedra en su boca, podrá entender el lenguaje de los pájaros”<sup>70</sup>.

Todo esto es bien extraño. Pero es cierto. Sin embargo, yo no hablo de cuervos. Hablo de la paloma, considerada como un animal esencialmente puro. Sin embargo, no debe ser así, porque la paloma es, sin duda alguna, el animal más lujurioso de la creación. Por eso Dante, al referirse a Francesca y Paolo, a quienes halla en el círculo de los lujuriosos del infierno, dice:

---

<sup>67</sup> Julio Caro Baroja, *Las brujas y su mundo*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1961, pág. 59.

<sup>68</sup> J. Delumeau, *La Peur en Occident*, Fayard, París, 1978.

<sup>69</sup> Respectivamente: comentario de E. Caballero Calderón en *El Espectador* de Bogotá, septiembre 17 de 1981; Romain Gary, *Los pájaros van a morir al Perú*; Gabriel García Márquez, *Un día después del sábado*; Daphne du Maurier, *Los pájaros*.

<sup>70</sup> Citado por Holmyard en *La alquimia*, pág. 144.

{“*Quale colombe del disio chiamate*”j (“Como palomas, del deseo llamadas”).

Al contrario y a pesar de su calidad de símbolo religioso eminentemente respetable, y de símbolo político de la paz, la paloma causa guerras y desvíos, produce inquietudes, ha ocasionado muertes. La abstracción de la paloma dibujada de un solo trazo es bien distinta de la verdad. La paloma de papel —la pajarita de Unamuno— es harto más probable. (Este es un escrito, que se entienda bien, *contra* la paloma. En las páginas podrán verse sus furiosos picotazos apenas abandonó por un momento la estancia).

Todo sucedió, o mejor, todo comenzó, porque un amigo me regaló una paloma tallada en madera, que provenía del altar de una muy antigua iglesia campesina. Había sido llevada, se decía, por un español llegado en la época de la Colonia, que la había tallado en la madera del mástil roto del barco que había sido arrojado a las costas, despedazado por la tempestad. Pasaron los años, y la paloma de alas entreabiertas fue tomando el color y la contextura de la piedra.

La colgué del bajo techo de mi habitación, en el sitio entre la cama y la mesa de lectura. Así pasó el tiempo, la paloma me era envidiada, y yo la miraba de vez en cuando, tratando de descifrar la historia y los enigmas que contenía el pedazo de madera tallada.

La talla era burda, pero la paloma era grácil y hermosa; parecía obedecer al sagrado impulso de volar. Llegué a considerarla una especie de amuleto maravilloso que me protegía. Algo pasó, algo que no supe a tiempo y que no entiendo. Aquella vasta bondad que irradiaba de la figura de madera comenzó a transformarse, a tomar una extraña aureola maligna. Era y no era mi amiga, mi paloma. La sensación o sospecha inquietante que sentía se me convirtió en certeza.

El primer picotazo lo recibí en el cráneo, al inclinarme a recoger un libro. La paloma estaba colgada a bastante distancia. Sin embargo, alcanzó a herirme con el pico. No sé si con ello me empezó a inocular un virus desconocido. El hecho fue que, a partir

de ese instante, empecé a verla como un animal maligno. Cuando levanté los ojos la primera vez, después del picotazo, me pareció que se había desatado del cordel y que volaba. Luego recapacité, y la vi de nuevo balancearse colgada de su cuerda.

Quise prescindir de ella y regalarla. Ninguno de mis amigos la aceptó; no sabían bien qué hacer con una paloma de madera que mostraba en su cuerpo y en sus alas los trozos del tiempo. Y, curiosamente, no me atreví a abandonarla, a sacarla de allí, a olvidarla en algún sitio y luego olvidarme del sitio, como hace uno siempre con los amores y los odios. El hecho cierto es que no pude desprenderme de ella, por alguna oscura razón. Y tampoco hoy me desprendería, aunque la temo. Sí, la temo, me atrae y me fascina, pero a la vez me causa miedo. Todas las noches sufro al apagar la luz, porque siento pasar sobre mí el aleteo de la paloma. En la oscuridad se mueve, estoy seguro. A veces me despierto sobresaltado, acabando de sentir un picotazo. Por la mañana, encuentro la huella en mi cabeza o en mi rostro, de modo que no he soñado, ni es mentira.

Cada día que pasa encuentro más difícil trabajar, hacer las cosas diarias. Porque se me va la mente a la habitación donde ella está encerrada. Tengo miedo entonces de que la mujer de la limpieza deje abierta la ventana, y la paloma se escape. A veces pienso que podría ser una solución. Pero temo más que nada regresar a la casa y encontrar que la paloma se ha ido para siempre. Dependo de ella, me parece que mi vida tiene mucho que ver con sus alas aparentemente inmóviles.

A veces sueño. Unas veces estoy aprisionado con ella y me picotea en la pajarera del abuelo. Otras veces crece hasta el tamaño de un pájaro Roe, y me transporta a lejanos e improbables países. No hay uno solo de mis sueños del cual ella no haga parte. La dibujo en los papeles cuando estoy trabajando. La miro enamoradamente; o reflexivamente, y veo en ella los trazos políticos de la paloma de Picasso. Sé que su cuerpo de madera quiso representar la paloma del Espíritu Santo. De ahí que tenga tantos significados cambiantes, que sea ubicua, múltiple, y

parezca unas veces una nube, otras unas paloma, otras una flecha o un triángulo. He descubierto, sí, que su vocación de paz no tiene que ver conmigo, porque me combate cruelmente, me picotea las manos, el cráneo, el rostro. Extrañamente, nunca ha intentado picarme los ojos. Pero cuando me duermo, ese temor no me abandona. Aunque creo que no podría dormirme si no la sintiera aletear.

#### IV

Nunca creí que por una paloma podrían sentirse todas estas emociones encontradas. La amo, la temo, la odio. Le dejo todos los días granos de arroz y de maíz. Por la noche, cuando regreso, han desaparecido, lo mismo que el agua del vaso. Desapareció, incluso, un viejo botón de plata que conservaba hacía años. Las cosas brillantes desaparecen; pero selecciono aquellas que le gustan.

Lo más extraño, lo más aterrador, me ocurrió anoche. Cuando llegué y encendí la luz, no la vi en su sitio, pero sentí un aleteo, y vi una gran sombra. Al levantar los ojos vi que era una mujer desnuda, que volaba sostenida por unas grandes alas de paloma. No me sorprendí demasiado; creo que inconscientemente lo esperaba. La mujer volaba en círculos cerca al techo. Su desnudez era natural, porque su cuerpo era hermoso. Mi temor se desvaneció, y le hice señas de que bajara.

Bajó. Pero al tocar el lecho donde yo la esperaba, se convirtió otra vez en paloma. Y ahora no sé si es o no una mujer. Sin

levantar los ojos, escribo bajo la paloma suspendida, esperando oír el aleteo, o una palabra de la mujer. Ahora entiendo la razón de esta confusión entre miedo y amor. El amor es siempre, en mucha parte, miedo. Miedo a la soledad, que temo haber perdido para siempre.

(1982)

## Su hora de gloria

Aquella tarde, rodeada del fulgor crepuscular, vivió la *prima donna* Roxana Cavaletti la hora de gloria de su vida. Muchas, había vivido antes en los escenarios de las ciudades italianas, en Milán, en Roma, en Nápoles. Otros, muchos también, en el Nuevo Mundo, en Nueva York, en México, en Buenos Aires. En la misma Bogotá, en varias ocasiones, públicos delirantes la aplaudieron. Pero nunca como aquella tarde esplendorosa, en la soledad de los Andes.

El buque atracó en Honda a las siete de la mañana, después de la fatigosa subida del río, los quince días de caimanes y selva, de micos ululantes, de tortugas silenciosas, de tigres en acecho. A esa hora unos cuantos curiosos se asomaron a ver la llegada de la compañía de ópera, con su gigantesco equipaje, sus muchachas sofocadas de calor que derretía los afeites, sus bravos empenachados, su empresario voluminoso. Toda la mañana se gastó en cargar las muías, en ir las despachando con su acompañamiento de peones.

La compañía permaneció en el barco, en medio del calor asfixiante. Empezó a llover a las ocho, una lluvia densa como una inmensa cortina de agua que se extendía sobre los árboles. El compromiso de llegar a Bogotá hacía apremiante iniciar el ascenso, y por fin el empresario decidió empezar el viaje apenas la lluvia cesara. Con el pesar de todos, a las once, en medio de los árboles lavados por el agua que ya había cesado de caer, se dio el orden de ensillar. El cielo gris aminoraba el calor. El revuelo de la partida se aceleraba entre gritos de maldición, coces y sacudidas de bultos. La caravana se iba integrando; las mujeres trepadas en las muías, sin posibilidad de descender, esperaban. Finalmente, se dio la orden de marcha.

Encabezaron la fila la *prima donna* y su empresario, montados en dos muías reflexivas. Poco a poco tomaron el camino de ascenso. El sol se asomó entre las nubes, y a medida que subían el cielo se hizo claro. Roxana estaba poseída de una maravillosa elación.

Intentó unas notas, que se estremecieron sobre la caravana. Envuelta en su velo para preservarse del sol, y por encima un amplio sombrero, parecía al empresario, que la miraba extasiado, una figura celestial.

Por fortuna el calor cedía, ante una brisa suave que se envolvía en las curvas del camino. Roxana pensó en sus giras europeas, en los trenes atestados, en los insinuantes *sleeping cars*, en los príncipes ocultos en los vagones-restaurantes. Pero en Bogotá, hacía dos años, había tenido también una grata aventura con un inglés que la cortejó asiduamente, un hombre poderoso (el que le regaló la gran esmeralda). Fue un romance apasionado, maravilloso. El quiso que ella se quedara, pero fue tal el rechazo a su idilio —con intervención de la autoridad eclesiástica— que ella tuvo que renunciar, y él conformarse con viajar, desafiándolo todo, a verla tomar el barco en Santa Marta.

Quién sabe si John estará en Bogotá, o si se habrá ido a Europa a buscarme. De todos modos, él sabrá que yo llego. Sabrá que debuto con *El barbero*, y que cantaré *Manon*. Lo verá. Cantaré para él. Me verá tan joven que no sabrá nadie que tengo cuarenta y cinco años. Ni yo misma. Me siento joven, joven. Volverán todas mis ilusiones. El público me aplaudirá enloquecido.

Llegaban ya a la posada. El macizo de árboles resplandecía, verde profundo bajo el sol. Al trotecillo de las muías hicieron su entrada triunfal. La posadera se acercó a saludar a la diva. Esta, ayudada por el empresario, descendió de la muía y anduvo unos pasos, hasta sentarse cerca del sitio desde donde se divisaba, en lo profundo, la lejanía azul de las montañas.

“Qué hermosa es esta naturaleza salvaje”, murmuró la italiana. A lo lejos, el sol descendía. Los rayos dorados y rojos resplandecían sobre los árboles, sobre los montes, que se desplegaban ante ella como un inmenso teatro lleno de espectadores. Roxana trató de cantar unas frases, pero la voz se le estranguló en la garganta. Estoy cansada del viaje, pensó. Ojalá John hubiera venido. Pero a lo mejor ya me olvidó. Recordó su

último triunfo, en Milán. *Il trovatore*. ¡Cómo se oirán aquí las notas del *Miserere!*. La música es todo, llena los aires, llena los ríos, se extravía en la selva. ¡Y yo aquí, sola, soñando con un hombre que no sé si me recuerda! Ojalá cuando termine el viaje hayamos reunido dinero suficiente para pagar las deudas y para retirarme. A veces me canso de vivir, de cantar. Me amenaza la decadencia. Todos los días algo se erosiona en mí. Poco a poco me voy muriendo. Se erosiona. ¿Tendrá algo que ver con Eros? Poco a poco me voy muriendo. No se muere uno de una vez, sino así, un día un poco, otro día otro. Hasta que un día el sol se hunde, se borra todo. John no vendrá, me olvidó. Mejor así.

Una de las actrices llegó con grandes vasos de limonada. Roxana tomó uno, y siguió mirando la lejanía. Azul a lo lejos el verde de los árboles. Los arboles del poniente se encienden, el sol va a hundirse en el río. Le comenzó un leve dolor en el brazo; se acomodó mejor. Parecía ceder; una neuralgia proveniente del cansancio del viaje. El empresario se aproximó: “¿Te sientes bien?” Ella le tendió la mano, con su gesto memorable de gran señora. “Es el cansancio”. Le miró, con la ternura de una larga compañía. ¡Pobre Sebastiano! Nunca había logrado del todo que ella lo amara. Sin embargo, siempre había rehusado dejarla, y siempre había sido un protector celoso.

Roxana, desde la bruma de su crisis, miró a los actores, que bajo el sol poniente vagaban por los alrededores de la posada. Con los ojos turbios, alcanzó a verlos actuar. Ella misma se relató la escena:

Cuando la compañía se convenció de que Roxana había muerto, se organizó el regreso a Honda, para darle cristiana sepultura. La cabalgata alegre de la víspera, empalidecida y triste luego de la noche de velorio, volvió a bajar por las gradas inmensas del antiguo camino, portando el cuerpo amortajado, hasta llegar a Honda, al sitio en el cual se vendían los mejores ataúdes. El empresario Sebastiano, rigurosamente ataviado de negro, para lo cual fue necesario abrir en la posada tres o cuatro baúles, se paseaba dirigiendo el duelo. En minuciosa formación, la

compañía de dolientes siguió el féretro hacia el cementerio. Llegados allí, el empresario llamó la atención, empuñó la batuta y las voces del coro comenzaron a cantar el “Miserere” del *Trovador*. En la quietud y el bochorno, las voces se elevaban desafiantes, hasta morir en el dramático silencio.

Todos, con las cabezas bajas, esperaron a que la tierra acabara de caer sobre la fosa, y fueron saliendo del cementerio, en cuya entrada esperaban las cabalgaduras. Montaron, y empezaron de nuevo el ascenso. Roxana los vio salir uno a uno. Y los vio en la noche del estreno, en la cual todos, en alguna forma, representaron en el escenario la muerte de Roxana.

El dolor aumentó. Roxana miró hacia la puesta del sol. Toda su maravilla hacía necesario cantar, cantar para el recuerdo ya borroso de John. Se irguió difícilmente, y comenzó a cantar: “Un día veremos...” Al llegar a las notas altas, algo se rompió en su pecho. La cantante se desplomó, desgonzada en su asiento, mientras el sol acababa de hundirse, y se creaba un revuelo de peones y perros. Roxana alcanzó a sentir el temblor de la muerte del cisne. “¡Viene el inglés, es el inglés!” Y efectivamente, el inglés descendió de su cabalgadura y se aproximó al cuerpo inmóvil, para dar toda la solemnidad a la gloria de la cantante muerta.

Roxana abrió los ojos, y el inglés se había ido. Y en ese momento empezó ella a morir de verdad, a actuar en el drama de su propia muerte, tal como se la había relatado a sí misma, mientras el sol descendía los peldaños del antiguo camino. Se trataba de apresurar el regreso hacia Honda, para que los funerales tuvieran lugar por la mañana.

(1982)

## La isla de pasajeros del autobús intermunicipal

A las diez de la mañana, en el recodo de la carretera lateral, en la vuelta que abandona el llano y se mete hacia la costa, donde sin alcanzar a ver el mar parece como si se filtrara entre las ramas apretadas de la selva que se extiende hasta la misma playa, danzan desnudos hombres y mujeres, junto al esqueleto de un autobús arrimado contra un peñasco al borde de la vía. El posible chófer se sienta, con un gesto de desolación, frente al timón impotente. Las cuatro ruedas del autobús están desinfladas, y el carromato parece una vieja dama sin fuerzas, acurrucada al margen del camino.

La heterogénea tripulación del bus se mueve mansamente de un lado a otro del pavimento. Tres jovencitas danzan con sus novios al son de una radio portátil, sin ningún temor de la mutua desnudez, y las manos ávidas de ellos se posan en las fértiles nalgas. La desnudez de todos no permite establecer exactamente la ocupación. Hay una señora de amplias caderas y cabello rubio —cuyo color no coincide con el del pubis— que conversa con un hombre de mediana edad que no acaba de devorarla con los ojos, y cuya virilidad se va pronunciando, atenta sólo a la dama, que la contempla con halagada sonrisa.

Al fin y al cabo, desde el primer momento todo el mundo actúa más o menos naturalmente, sin pensar en los otros, en un ambiente de paraíso terrenal. Un grupo de tres antioqueños juega al tute con una baraja que nadie sabe de dónde salió; un hombre gordo, de edad madura, se tapa con un periódico las vergüenzas, y repasa las negras cuentas de un rosario. Tres niños corren detrás de la madre, que trata de ocultarse por razones explicables detrás de un matorral, mientras un hombre flaco y silencioso, que no ha conversado con nadie, orina tranquilamente a la vista de todos, dando un contagioso ejemplo. La dama rubia y el hombre de edad mediana se retiran discretamente a un sitio que piensan al amparo de miradas curiosas, pero por un ancho hueco de la espesura el que quiera puede mirarlos retorcerse y estremecerse en los deliquios del amor.



Las tres parejas de novios siguen bailando, pero el baile se ha ido transformando en un extraño acto sexual de San Vito, al son de la música caribe. Hay una pareja a la cual se le doblan las cuatro rodillas y cae al piso de la carretera sin poderse contener. Uno de los antioqueños acusa las cuarenta, mientras el sacerdote suspira “Gloria al Padre”. Quienes más han aprendido son las dos monjitas, que no hallan qué taparse con las manos y que conservan solamente las tocas. Están sentadas al lado de las madres de las tres estudiantes, que han optado por no ver nada después del inicial rumor de escándalo.

Seis hombres más y dos mujeres incoloras contemplan tranquilamente los diferentes espectáculos. La desaparición de las ropas es un toque de magia. El chófer mira filosóficamente hacia adelante. Circula por entre los árboles una brisa tibia, que hace más perfecta todavía la sensación de paraíso, vistas las desnudeces y la desenvoltura con que ellas se llevan, entre las flores silvestres, entre las hojas, de perfil contra el cielo o de espaldas a la madre tierra. Todo gira de una manera enloquecedora, la música parece acelerarse, convertirse en un rumor celestial del principio del mundo. Hemos regresado al primigenio estado de naturaleza, al paraíso verdadero antes de la serpiente o con la serpiente, pasan turbulencias en el resto de la tierra, pero solamente los vestidos dan esa sensibilidad epidérmica para sentirlos; en cambio, la piel acariciada por el lento sol, por la brisa circumspecta, por las hojas que se mueven, por la hierba discreta, hace entender y hace sentir mucho más hondamente lo que valen el mundo y la libertad, sí, la verdadera libertad, estar desnudos, el verbo estar, el complemento desnudo directo, sí, pensando que a pocas horas de aquí los trajes de baño son necesarios, circulan los licores que plantean la necesidad de los vestidos, circula la luz eléctrica para las noches vestidas, en cambio aquí esta noche podremos hacer el amor sobre la hierba, olvidamos de todo, porque en este momento no poseemos otra cosa que nuestra propia piel en medio del paraíso, de las islas afortunadas, del jardín de las Hespérides, del Nirvana, de las praderas verdes del Gran Manitú...



El chófer sigue mirando hacia el camino, y por fin ve reaparecer en el horizonte otro autobús de servicio público, que ostenta en letras góticas el nombre CORAZÓN BANDOLERO. El autobús desinflado tiene un nombre a propósito. Se apellida DEJAR QUE DIGAN. Entre los árboles, donde de vez en cuando florecen una orquídea, una mariposa, un cardenal, la gente desnuda circula, desprevenida, hasta que se oye la cometa estrepitosa del autobús que llega. Todos corren apretujados a buscar cobijo en la selva, ante la gente vestida que viene. El chófer se baja, y tapándose cuidadosamente las vergüenzas con la gorra, enuncia ante el chófer del otro autobús:

—Hace tres horas y media nos detuvo una camioneta atravesada en la carretera. Salió una banda de diez individuos, todos con metralletas, fusiles y revólveres. Nos hicieron entrar en la carretera pequeña. Recogieron el dinero, luego el equipaje y después nos ordenaron desnudarnos. Somos veinticuatro personas desnudas, y necesitamos algo con qué taparnos para seguir al pueblo próximo. No queremos esperar a la noche, porque en este sitio se aparecía la Novia del Chófer, vestida de blanco, bailando delante de los camiones para hacerlos estrellar. Pero sin tener cómo taparnos no podemos seguir, porque en el pueblo van a apedreamos.

La gente vestida busca en sus paletas. Aparecen un pañuelo, unos calzoncillos, un sostén. Ya con esas cosas el resto podrá improvisarse con hojas de palma. El chófer del CORAZÓN BANDOLERO arranca, y DEJAR QUE DIGAN siente su pasaje recorrido por un estremecimiento de pavor. A medida que los secuestrados van vistiéndose a medias, vuelve la vergüenza. La dama rubia que se debatía debajo del señor de edad mediana se sienta bien alejada de él, vestida con un sostén carmesí que le queda pequeño y una precaria y entreabierta falda de hojas de palma.

La más bonita de las niñas se cubre con un pañuelo y una especie de collar de flores rojas. Las monjitas lograron, para cubrirse, unos heroicos talegos de harina, en tanto que el sacerdote debió conformarse con una bolsa de cemento.



El chófer revisa su tripulación, para ver si está ya vestida. El ayudante se tapa el sexo con un sombrero de paja que se cae frecuentemente. Entre todos los hombres reparan las llantas, hasta que al fin, empapados de sudor y tostados por el sol, logran poner la máquina en movimiento. Ya el pudor se apoderó, definitivamente, de todos. El sacerdote piensa en Adán, y reflexiona si fue primero el sentimiento del pecado o el de la desnudez, la cual parece ser, más bien, agua lustral y bautizante.

Por en medio de la selva de tierra caliente zarpa de nuevo el autobús hacia la promesa del mar, donde la desnudez tiene todavía menos importancia. En la popa del bus, entre las nubes de polvo, brillan las inmensas letras rojas:

TRANSPORTES EL CARIBE - DEJAR QUE DIGAN...

## Los pulpos de la noche

Se habían borrado los últimos resplandores del sol sobre la superficie del mar. En aquel sitio de la costa el crepúsculo venía casi de frente, cabrilleando sobre las olas. Como la casa quedaba en alto, suspendida en las rocas al pie de las cuales se extendía la playa semicircular, la ancha extensión de olas mansas se veía enrojecida, y en la bahía ensangrentada la puesta del sol adquiría tonalidades de sacrificio pagano.

Las ruinas estaban sumidas ya en una oscuridad de rescoldo, y la penumbra revivía la ciudad como si hubiese quedado dormida en un pasado misterioso. Las chozas de los pescadores abrigadas a su amparo parecían sumergidas en el agua, entre los mástiles de las barcas, bajo el conjuro de alguna vela tarda que regresaba.

La leve brisa refrescaba el ambiente en la terraza, conservaba el hielo sacramental en los vasos. El hombre tendido en la hamaca fumaba buscando las primeras estrellas, mientras las dos mujeres sentadas en las mecedoras se balanceaban perezosamente, y mantenían una conversación en que de pronto se enredaba la alegre risa del alcohol. Una de ellas conservaba un sumario traje de baño, en tanto que la otra vestía de blanco, una figura clara en medio de las sombras.

El hombre volvió la cabeza, abandonando la exploración del cielo.

—¿Qué estás diciendo, Elisa?

—Le decía a Rosa que en la costa todo el mundo cree en brujas.

—Claro que sí —agregó Rosa—; es esa influencia negra. ¿No has visto en el cuarto de la criada todas esas velas, esos santos, esos muñecos de cera? Todos practican la brujería, como parte de la religión.

El hombre se sentó en la hamaca y contempló especulativamente las piernas de Rosa.

—Especialmente aquí —dijo—. El pueblito de pescadores fue el más grande centro de brujería en la Colonia. ¿Has visto

cómo es de extraño? Las casuchas están rodeadas por un anillo de ruinas de la ciudad antigua; se repite, mágicamente, el anillo de la bahía.



—Dime, Alberto —interrogó Rosa—, ¿es eso hecho a propósito?

—Ni ellos mismos sabrían decirlo. Pero en esas ruinas hay unas que veneran especialmente. Son las casas que, según la leyenda, fueron habitadas por las grandes brujas. Se cuenta de una que de noche paseaba desnuda, montada en un caballo negro, que era el demonio.

Elisa se había levantado. Llenó los vasos, le pasó uno a Rosa y se acercó a la hamaca. Cuando Alberto tomó el suyo, ella se sentó a su lado y lo besó.

—¿Te gustaría que yo saliera a pasear por la playa?

El hombre puso confiadamente su mano sobre las piernas de Elisa.

—Tendríamos que buscar el caballo.

Rosa insistió:

—Pero dime, ¿qué pasó con ellas?

El se acomodó perezosamente en la hamaca, pasando el brazo por el talle de Elisa.

—La Inquisición las persiguió y las apresó.

—Sería fascinante verlas —murmuró Rosa.

—No sería difícil. Hoy es 30 de abril, es noche de Walpurgis. Sospecho que la brujería europea nos dejó en el trópico esa celebración, como la de la Víspera de Todos los Santos. Dentro de un rato podemos aventurarnos, buscar el aquelarre.

Bebieron en silencio. El aire empezó a hacerse más caliente y mórbido. La brisa se había quietado. El hombre se incorporó y fue hacia el borde de la terraza. Como una sombra entró la criada negra a llenar el balde del hielo, a poner más jugo de naranja y cambiar los vasos. Apenas salió, murmuró Rosa:

—Da envidia la manera de moverse. Parece una gata. Y no lleva nada debajo del vestido.

Elisa, con la voz ya velada por el alcohol, dijo:

—Con este calor, lo mejor sería andar desnudos.



—Sí —contestó turbiamente su marido, pasando los ojos de una a otra mujer.

—Es bonita la negra Práxedis —dijo Elisa.

Alberto asintió, yendo de nuevo hacia la hamaca.

—Desciende de los mejores esclavos que trajeron a estos reinos.

Con el calor descendían el bienestar de la noche clara, la somnolencia sensual del alcohol. La hamaca se balanceaba lentamente.

—La brujería —continuó Rosa— tiene algo fascinante. Debe ser su misterio, lo prohibido que hay en ella.

—Y los ritos sexuales —comentó Alberto.

La noche había caído totalmente. Se insinuaba el reflejo de la luna sobre el mar.

—Sorprendente la sed —dijo Alberto.

A su lado, asintió Elisa:

—Sí, estamos consumiendo el vodka como agua.

—Las invito a que recorramos la playa. Luego cenaremos. Tal vez podamos ver algo, o por lo menos encontraremos una bruja perdida.

—¿Todavía vuelan en escoba? —sonrió Rosa.

Se habían incorporado, y la mano del hombre reposaba calmadamente sobre el hombro desnudo.

—Seguramente. He sospechado siempre que justamente era en esta playa donde se reunían. Y pienso que lo siguen haciendo. Desde las doce de la noche hasta el canto del gallo.

Empezaron a descender por las gradas de piedras hacia la arena.

—Hace un calor sofocante —comentó el hombre—. ¿Por qué no nos disfrazamos de brujos y nos desnudamos?

Elisa lo miró con un dudoso reproche mezclado de curiosidad, y miró a Rosa.

—No he dicho nada grave —dijo él—. Es la naturaleza.

Rosa se rio, y empezó a quitarse el corpiño del traje de baño. —Es la naturaleza.

El licor la estimulaba, la impulsaba a liberarse. Cuando estuvo desnuda, comenzó a correr. Elisa se quitó el breve vestido. Y el hombre, encogiéndose de hombros, se desnudó también.

Eran, apenas, tres sombras blancas que corrían por la playa. Una sombra alcanzó a otra y la derribó sobre la arena blanca. Apenas se veían confusamente. La otra sombra se devolvió y se quedó quieta, contemplándolas. De pronto se lanzó y se confundió con las sombras trezadas. Un pulpo blanco se

≡

debatía sobre la arena, creciendo, disminuyendo, retorciéndose al borde del mar. La espuma casi lo tocaba cuando de pronto se hizo la sombra profunda. Una nube borraba la luna. El bulto claro se agitaba, los tentáculos, las piernas, los brazos. De la sombra empezaban a salir sombras oscuras, sombras cruzaban por el cielo, sombras negras que caían a un sitio de la playa donde se agitaba también un monstruoso animal negro.

El hombre y las mujeres enredados, mezclados, retorcidos en el pulpo blanco, gemían, gritaban. Se derrumbaron, se aquietaron, y se hizo un silencio. Pero el remolino de los brujos seguía. Las sombras se destacaban en la sombra, los cuerpos desnudos de los pescadores y de las mujeres negras giraban en una loca zarabanda. Cuando se descorrió la nube y la luna pálida alumbró, todas las sombras relucientes rodearon a una sombra más alta. Las mujeres y el hombre miraban en silencio.

Las sombras se deslizaban velozmente. Les rodearon, les llevaron a empujones ante la sombra negra. Y vieron entonces al enorme macho cabrío, erguido, al cual se acercaban, una a una, las brujas. Sumisamente besaban el trasero feroz, y luego empezaban a danzar. Las dos mujeres fueron empujadas adelante. Una a una besaron el ano monstruoso, y cayeron luego en los brazos de dos negros musculosos que las tumbaron y las abrieron en la arena. Alberto quiso lanzarse a protegerlas, cuando sin saber cómo se encontró con la cara pegada al trasero del diablo. Y al mismo tiempo sintió unas manos que oprimían su sexo. Una negra alta y desnuda, de senos poderosos, le arrastró. Quiso resistirse, pero le invadió un deseo intolerable y se echó sobre ella. La orgía les envolvió, las parejas cambiaban, se cruzaban, y de pronto, cuando yacía acostado bajo otra negra, vio a Elisa que se dejaba penetrar del macho cabrío. Miró al cielo, y vio gentes volando, hombres y mujeres volando, que descendían sobre ellos. Alguien le dio un jarro de un licor violento, y unas frutas negras de un sabor como el del sexo. I.e le pareció dormirse, levantarse, y vio que volaba sobre la casa, y que a su lado volaban Rosa y Elisa, ambas adormecidas. Vio los cuerpos desnudos y le pareció desearlos otra

vez. Sobre el mar se tendía una levísima luz rosada. Volaban sobre la casa, y oyeron el estridente canto del gallo. Fueron descendiendo mientras a su lado pasaban huyendo hacia arriba cuerpos volantes. Vieron pasar a un hombre y una mujer que volaban trenzados.

Cuando llegaban ya a la tierra, a la terraza, vieron en el borde de ella a la negra Práxedis, desnuda, los brazos en alto y las manos que sujetaban al gallo rojo y negro que abría el amanecer. Los tres se detuvieron sobre la terraza y quedaron inmóviles. Cuando pasó la última sombra vieron a Práxedis descender a la playa, y acostarse en la arena, y poner el gallo contra su sexo, entre las piernas abiertas. La vieron estremecerse y cerrar los ojos. Las olas alcanzaban a lamerla, y el gallo alzó de pronto la cabeza soberbia, engalló la cresta y cantó por última vez.

Se miraron. Se sintieron desnudos bajo la luz del día, y se deslizaron a la alcoba, donde se acostaron los tres. Tenían miedo y pesar de la luz, repugnancia del día.

Elisa murmuró con voz monótona:

—El diablo. Me acosté con el diablo.

Rosa la miró.

—Sí, era el demonio. ¿Qué nos pasará?

El hombre se quedó en silencio. Se levantó, buscó el licor y sirvió los tres vasos.

—Vamos a dormir, y después pensaremos.

A las tres de la tarde se descorrieron las cortinas de la alcoba y la luz lamió los tres cuerpos desnudos. La negra Práxedis les traía, sonriente, el desayuno.

María a las cuatro de la tarde

Acaba de pasar por esta calle un ciclista que llevaba en la mano derecha una guitarra, lo cual demuestra que es un hombre pacífico. Iba rodando lentamente; al principio partía en dos la calzada, pero después se inclinó sobre la izquierda, porque apareció un automóvil oscuro, tal vez negro, a cierta velocidad, lo cual en este barrio y a las cuatro de la tarde es sorprendente. Me convencí más todavía de que se trataba de un ser pacífico, porque, además de llevar la guitarra en la mano, lo cual le hacía tener especial cuidado para conservar el equilibrio, al llegar a la esquina evitó felizmente el grupo de muchachos agresivos que después de las seis de la tarde crean extenso terror, rompen vidrios, pinchan neumáticos y persiguen a las criadas que van a hacer la compra vespertina. No le vi hacer ninguna de estas cosas; se limitaba a llevar la guitarra suspendida en alto para que no golpease contra la rueda trasera.

Eran apenas las cuatro de la tarde, pero de una tarde oscura que amenazaba lluvia, y yo estaba desoladamente solo porque María no había venido, a pesar de haberme prometido hacerlo a esa hora, y yo contaba los minutos y me impacientaba sin saber qué hacer, mirando la cama abierta, y me inclinaba sobre la calle para ver pasar a la gente y ver venir a María, con su contoneo particular y su manera arrogante de alzar la barbilla, que deja sorprendidos incluso a los muchachos del barrio. Pero no llegaba María, y en cambio el ciclista de la guitarra pasó, con la mano rígida, y el instrumento alcanzaba a balancearse un poco; y yo me puse a pensar en lo que le pasaría si un hueco de la calle lo hacía caer, la guitarra aplastada, hundida, y el sonido de las cuerdas en el momento de romperse la caja; pero luego pensé que una silueta a lo lejos era la de María, y resultó ser la muchacha de la esquina, esa a la cual sorprendieron una noche haciendo el amor en un automóvil con un tipo barbudo y la policía casi se los lleva y, sin embargo, dicen que ellos acabaron mientras los policías miraban sin saber qué hacer y golpeaban los vidrios del auto.

Yo me sentía desazonado en la ventana, porque el día tenía

algo incómodo, porque era apenas viernes, no era sábado, y el sábado es redondo, es puro; todos los otros días tienen aristas especialmente a esta hora, y era peor porque esperaba con desánimo, casi convencido de que no iba a llegar. Alcancé a ponerme a mirar en la pared el cuadrado que alguien dejó puesto hace mucho tiempo sobre el papel de flores, una reproducción tosca de algún cuadro famoso en que un militar con bigotín y perilla sonríe suficiente al paso de una mujer de faldas largas y trasero redondo y pomposo como un sábado.

Y alcancé a pensar más, mucho más en el ciclista, y sobre todo en su aire pacífico demostrado por la guitarra, que ahora es desusado porque ¿qué hubiera hecho, por ejemplo, si lo hubieran atacado los muchachos? ¿O si el perro de las solteronas hubiera intentado morderlo? Pero sospecho que nada de eso pasó porque su mismo aire pacífico contagiaba a la demás gente.

En cambio alcancé a ver después al cura que subía, vestido de sotana como ya casi no va ninguno. Y tuve la impresión de que el cura, a pesar de no llevar ningún arma, emanaba un aire provocador. Y temí por un momento que los muchachos lo atacaran, pero se limitaron a sonreír y hablar en voz baja. En cambio, el perro de las solteronas se lanzó al ataque, y una de ellas tuvo que salir, sofocada, a detenerlo, y pedir excusas al cura. Después vi a lo lejos una figura de vestido rojo, y pensé que era María. Pero al acercarse me dio vergüenza de haberla imaginado, porque era la fea de la casa rosada.

Y María no llegaba, y me puse a pensar cómo sería yo llevándola en bicicleta, alzada como lleva el hombre la guitarra, cómo el viento le levantaría la falda y se le verían las piernas, y a lo mejor la falda podía enredarse en los radios de la rueda, y caeríamos los dos, y al caer María, María a las cuatro de la tarde, sonaría como la guitarra rota; pensando en todo esto llegó María sin que yo la viera, y entró a la habitación y con un beso apresurado empezó a desnudarse, hazlo rápido porque tengo que volver a las seis, ¿por qué te demoraste?, desvístete, ven pronto. Está atravesada en la cama, y las piernas abiertas se balancean



como la guitarra y cuando me acuesto sobre ella me siento otra vez como el ciclista que lleva la guitarra y cuando María se viste a toda prisa, María a las cinco y media de la tarde, me asomo a verla salir y me asombro al ver que vuelve a pasar el ciclista con la guitarra, mejor dicho, con María atravesada balanceándose como la guitarra, exactamente como debo llevarla todavía por mucho tiempo.

## La habitante

Alguna noche, hace más de ciento cincuenta años, el general Bolívar se detuvo en la hacienda, donde le ofrecieron un hospedaje que costó la virginidad de la niña de la casa. El padre se convirtió por ello en un fanático realista, lo cual no le fue difícil por su nacimiento español. Muerto él, muerta la madre, solos los hijos, la muchacha siguió viviendo allí, y una noche fue asesinada en extrañas circunstancias. Vinieron después los sobrinos a habitar la casa, y continuaron pasando las generaciones.

Recorrí los vagos salones, examiné los muebles dorados, las estatuillas de porcelana, los dos bustos de mármol en los extremos del salón principal, el *pianoforte* silencioso. No sabía exactamente qué había sucedido. Reconocía los contornos de la casona, pero no podía recordar cómo se había transformado algo en el ambiente, y por qué la gente que me rodeaba, que conversaba conmigo ruidosamente, se había ido. Me acerqué a la ventana. No había uno solo de los automóviles en el vasto espacio destinado a aparcarlos. Miré más allá, esperando ver los prados finos, el césped educado a la inglesa por varias generaciones; el panorama era casi el mismo, pero los árboles eran sutilmente diferentes, los pastos crecían salvajes, los potreros estaban encerrados por antiguas cercas de piedra. Frente a la casa esperaban tres caballos ensillados.

Era la misma casa, sin duda, sin ser la misma: parecía más joven, y a la vez más antigua. Había algo diferente en ella. Solamente quedaban, iguales a lo que yo había conocido, dos retratos al óleo que seguramente llevaban cien años allí. Pero la pintura era mucho más nítida y fresca. Las habitaciones estaban extrañamente silenciosas; era el crepúsculo, casi la noche, y en el salón no había luz. Un peón apareció, desató lentamente los caballos y se dirigió con ellos hacia atrás de la casa, al sitio donde me han dicho que hubo en otro tiempo un hermoso establo.

Por la puerta entreabierta entró con el frío una luz vacilante. Alguien se acercaba. Pensé quién podría estar todavía allí. Me dirigí lentamente hacia la puerta, que se abrió totalmente.

La luz que se acercaba iluminaba la cara de una muchacha hermosa, con un extraño vestido de hace ciento cincuenta años, como si fuese a asistir a un baile de disfraz.

La muchacha me miró y arrojando al suelo el quinqué dio un alarido y corrió por el vasto corredor. Prudentemente, apagué la llama, y miré desconcertado a mi alrededor. Vi venir hacia mí luces y criados de librea y calzón corto. Seguramente mi informal indumentaria deportiva estaba en desacuerdo con la severa etiqueta, porque uno de ellos me encañonó con una pistola y disparó. Una porcelana se rompió cerca de mí.

Nada más recuerdo. Abrí los ojos, y ya mis bulliciosos contertulios se despedían. Me puse de pie y miré por la ventana. Todo era como antes, no había caballos, estaba allí mi automóvil discreto en medio de los resplandecientes coches de los demás invitados. Los muebles antiguos habían cambiado de sitio y de tiempo; los adornos eran en su mayoría diferentes.

Cuando la biznieta Hortensia vino a mí, esplendorosa dueña de casa, pensé que sus facciones eran las de la muchacha del quinqué; después de una despedida pesarosa acepté la invitación a regresar. Me demoré en salir; quería venir solo en el viaje a la ciudad. Había estado en el pasado; lo más insistente era la nitidez de mi recuerdo de los detalles diferentes de la casa que había visto, la expresión de la muchacha, su rostro que era el de Hortensia.

El día había comenzado con la historia de Hortensia sobre su tía bisabuela, que se había acostado con el Libertador. Mientras ella hablaba, pensé en cómo un hecho que había sido tan desdorado en su tiempo, para la familia, al paso de los años se había convertido en meritorio galardón. La tía bisabuela había terminado por enloquecerse: una locura mansa y débil, erótica a veces, que no perjudicaba a nadie. Vivía sola en la hacienda, en medio de los muebles franceses importados por el padre realista, a quien más tarde fusilara algún capitán de la Independencia. Al parecer, ella veía obsesivos fantasmas.

Hortensia habló sin transición de las caras que de pronto se

reconocían sin haberlas visto antes, cuando aparecían en los lugares más apartados del mundo. En broma me dijo: “Por ejemplo, me pasó contigo la primera vez que te vi. ¿Recuerdas que te saludé como si te reconociera?” Yo aproveché para murmurarle muy bajo: “Me reconociste porque te esperaba hacia más de un siglo”. Ella me miró extrañamente y la vi atemorizada; luego me sonrió y trató de aparentar la broma.

Sin duda me enamoré de Hortensia, y por eso iba cada vez con mayor frecuencia. Su marido se ocupaba poco de ella, y yo liepuó a esmerarme en suplir la falta. Creo que ella también llegó a que- i< une. Pero siempre mostró en su actitud una reticencia lejana, una expresión de temor que inesperadamente le absorbía el rostro.

Cada vez que iba a la hacienda sucedía de nuevo mi lucha con el tiempo. Nadie se daba cuenta. A altas horas de la noche, en el luego de cartas, o en la conversación, o en los necios pasatiempos a que me sometía por amor a ella, de pronto todo desaparecía, me encontraba solo en el oscuro salón, o en el comedor en penumbra, y .1 veces en la propia habitación de la dama. Yo estaba seguro, y a veces el temor me sobrecogía, de que era la propia tía bisabuela. Veía su fantasma, pero, curiosamente, era ella quien daba un grito de espanto, y caía desvanecida, o huía despavorida.

En ocasiones Hortensia me visitó en mi alcoba, cuando lo permitió la embriaguez del marido. Otras veces me deslicé yo hasta su cuarto. Nunca le hablé de mis pesadillas, de las cuales culpaba al vetusto ambiente de la casona, a la imaginación novelesca, a los relatos de aparecidos. Nada de esto sabía de ella, pero aun en los momentos íntimos, acostada a mi lado, se quedaba mirándome y su rostro expresaba un lejano terror. El tiempo jugaba en tomo a nosotros. Nuestro amor fue cada día más intenso y más cruel; cuando no estaba con ella, en el desasosiego de la separación, yo encontraba grato verme trasladado a ese otro mundo, a esa otra época, y poder deslizarme a la alcoba y ver a la habitante dormida y sola.

En una ocasión, ella me contó que una de las terribles alucinaciones de su tía abuela era la presencia de un fantasma —en el salón, en el comedor, en su dormitorio—, un hombre joven, vestido de extravagante manera, con ropas que no pertenecían a su tiempo. La visión le infundía horror a la tía, porque sentía que era un fantasma, pero peor aún, que el fantasma la deseaba. Ella en cierto modo lo amaba, pero no podía dominar su desasosiego.

Ese día, al oírlo y verla observarme luego con su miedo imaginario, sentí por primera vez inquietud. No sabía, y aún lo ignoro, si los fantasmas existen, y si es así, si puede haber un fantasma que venga del futuro, no del pasado.

Una noche estaba yo en la capital, a más de cien kilómetros de la casona. Encendí la chimenea y tomé un libro: *De l'Amour*, de Stendhal. Al poco rato, cuando levanté los ojos, el fuego se había extinguido. Estaba sentado en un sillón, en la biblioteca de la hacienda. El reloj dio la una, y yo dejé el libro sobre la mesa, y quise ver a Hortensia. Pensé que estaba sola en su cuarto y que podría subir. Sin tomar el quinqué, me dirigí a tientas por la antigua escalera, y abrí la puerta del dormitorio. Estaba sola, dormida, vestida con una camisa de noche de glorioso estilo Imperio, que dejaba ver sus senos. La vi tan hermosa, que no pude resistir y me acosté a su lado. La besé, y ella me devolvió el beso. Sin una sola palabra, hicimos el amor, y quedamos exhaustos. De pronto ella se incorporó y encendió la luz. Al verme, dio un terrible alarido. Una sombra irrumpió en la habitación, y cuando yo corría hacia la ventana me disparó. El plomo se incrustó en mi pierna derecha, pero logré salir —mal vestido— y huir a caballo. Al amanecer llegué a la ciudad, y entré en mi casa. Me dicen que me derrumbé al salir del automóvil, y que vecinos compasivos me subieron. El médico que me operó para extraerme la bala, me dijo después, sonriendo: “No sé dónde te metes. Esta bala es exactamente igual a las balas de los pistolones de yesca de la época de la Independencia”.

En ese momento sentí por primera vez verdadero miedo.

No obstante, concurrí a otra invitación de domingo, todavía en convalecencia. Hortensia me recibió. Estábamos en la biblioteca, y sobre una mesa vi el mismo libro de Stendhal que leía en mi casa, cuando al alzar los ojos me encontré en la hacienda. Ella dijo apaciblemente: “No te preocupes. No te reconoció en la oscuridad. ¿Cómo se te ocurrió venir así?”

Yo no pude explicarle. El temor debió asomarse a mi rostro, porque Hortensia, antes de que yo huyera, me miró; la habitante me sonrió por última vez, con aquella sonrisa de la tía bisabuela.

### Itinerario del tren crepuscular

#### I

Los periódicos amarillentos tenían las hojas crujientes, los bordes otoñales cubiertos de polvo. Eran dos grandes arrumes, en el mas pequeño de los cuales seguía amontonándose la colección del viejo *Liberal*, de los años 1900 al año que corría. Su dueño, don Maximino Guerra (Maxiguerra), no salía de su casa melancólica. I a v a ja criada que ejecutaba los menesteres domésticos, traía y llevaba i I correo, en el cual, de vez en cuando, venían paquetes de libros; iba a la Caja de Ahorros a retirar el dinero de los mercados, y a veces a llevar los recados del viejo.

Don Maximino leía. Su fruición era hacer cada día el minucioso escrutinio, del principio al fin, del voluminoso viejo *Liberal*, y estar enterado de todo. Durante cuatro años había mantenido el ritmo correcto, pero poco a poco empezó a perder ventaja, a retrasarse en la lectura diaria. Al principio un mes, luego dos, la guerra le retrasó definitivamente con la abundancia de sus noticias estruendosas de hundimientos de barcos, de ciudades bombardeadas, de muertos en las trincheras. Al terminar el conflicto, llevaba dos años de periódicos de atraso, pero siguió en su tarea, sin omitir uno solo. La criada sabía cómo poner en orden los diarios que llegaban, y él se preocupaba sólo del que debía leer al día siguiente. Su calendario iba con los periódicos que leía.

De seis de la mañana a seis de la tarde leía el periódico que

estaba en tumo, con todos los avisos, con toda la literatura de las notas mundanas, con los artículos técnicos, con las oscuras predicciones económicas y religiosas, con los vastos editoriales y los comentarios políticos, con los anuncios y las notas necrológicas. Don Maximino seguía leyendo, en orden riguroso. No podía pasar a leer el periódico del día, porque hubiera quedado frustrado pensando que acaso habría pasado por alto, en los anteriores, un acontecimiento o un comentario importantes. Generalmente sorprendía a las visitas

miniando con interés de hechos actuales de dos años atrás. Una vez., en 1919, les confió: “El káiser ganará la guerra”. Después, en 1921, les relató que ya se preparaba el armisticio.

Poco a poco se olvidó de que estaba leyendo un periódico atrasado; como era normal, su vida pasó a ser la vida vegetativa de los diarios olvidados. Ya ni siquiera miraba la fecha; simplemente sabía el orden, que la criada conservaba rigurosamente.

En una ocasión, los sobrinos que lo visitaban notaron cosas raras: en vez de su eficaz comentario cronológico, que lo situaba en el permanente retardo conocido, empezó a hablar de un personaje político fallecido años antes como si acabara de morir, pero luego pasó a relatar cómo en el periódico de ese día el mismo personaje aparecía realizando un hecho importante. Y después de muerto, el personaje seguía vivo, incluso rejuvenecía. Esto pasó a ocurrir continuamente, en un pavoroso trastrueque de tiempo en el cual ya en ocasiones don Maximino mismo parecía haber muerto, o no haber nacido todavía; las guerras civiles se mezclaban con la guerra europea, los terremotos ocurrían en otras fechas y lugares, el diablo aparecía en vez del Sumo Pontífice, y las actrices tenían hijos en escena, o los hacían; el desfile pausado del tiempo en propia novela.

Los parientes llegaron a la conclusión de que don Maximino había enloquecido, y lo trasladaron al asilo. Como él llevaba un álbum de recortes minuciosamente cronológico, antes de desechar el periódico recortaba y pegaba las cosas importantes, o que le agradaban. Uno de sus sobrinos lo guardó, y de él procede esta historia que cuenta las hazañas de don Maximino Guerra, Héroe del Progreso, señor y general, el famoso y temido Maxiguerra.

## II

Siempre había dicho que el único momento en que los trenes le parecían monstruos enemigos era la hora del crepúsculo, cuando andaban con el farol encendido, regando chorros de luz sobre la carrilera, contra la luz indecisa del contorno, en la cual era la oscuridad la que brillaba, y hacían parte de ella las luces

interiores de los vagones. Trenes crepusculares como almas en pena, a la luz mortecina del crepúsculo, hecha con los restos del naufragio del sol, y la penumbra de la noche vacilante. Es, decía, el momento que se parece a la muerte. Y se quedaba en silencio.

Fue así como, entre pitos y campanas, llegó el tren de la tarde a la última gloria de don Maxiguerra. Aquel día de 1925, cuando recorría la hacienda y una culebra picó al caballo en una pala, el animal se encabritó y disparó al jinete, y allí fue don Maximino a romperse el cuello contra la tierra. Eso se informó; pero dicen otros que el amortajarlo se le vio un agujero de bala en la cabeza, y le echan la culpa a algún campesino celoso que lo encontró acostado con su mujer. y hasta el alma bendita de doña Refugio, que dicen que ya no lo soportaba.

Salió con las botas puestas y por delante, de su amada casa de hacienda hacia la capital; para llevarlo, la viuda contrató el tren que le pertenecía. El vagón, murmuraba la gente del puerto, iba a servirle de ataúd. Como un mariscal de la guerra europea, el general Maxiguerra rodó marcialmente hacia su destino final, arropado por el calor denso, bajo un despoblado cielo azul, por entre las montañas arrugadas; la viuda no quiso dejar cerrar el ataúd, y le contemplaba el rostro encuadrado en el sudario. Por alguna razón le puso los lentes de oro sobre los ojos cerrados, y así la cara del general don Maximino adquirió una dolorosa solemnidad de cuerpo presente, senador acompañado de la viuda, del mayordomo de la hacienda, de tu s o cuatro plañideras. El ataúd, colocado entre los sillones de ter empelo rojo del solemne vagón, encuadrado por los cirios goteantes, parecía flotar mientras por las ventanillas pasaban hacia atrás pueblos, arboles, recuerdos. Seguramente en tomo al ataúd se agolpaban las memorias de las glorias pasadas. En su momento, la viuda quiso limpiar la cara del esposo, cubrir el pálido rostro, y buscó un paño para hacerlo. De una pequeña alacena salió un misterioso pedazo de tul, que lúe cuidadosamente colocado sobre la cara muerta, sobre los lentes cié pos. Seguramente el general habría reconocido el fragmento del peplo transparente que luciera en viaje inolvidable la diva

Angiolina Labardi.

La viuda, por entre las lágrimas, miró por la ventanilla al sentir que el tren volvía a moverse. La estación de la capital queda ha atrás, y el tren retrocedía hacia el pasado.

### III

¿Quién impulsaría al maquinista a dar marcha atrás? Acaso la misma viuda, para devolverse de la muerte de su marido, para recuperarlo. Ella pensaba que al llegar de nuevo al punto de partida, don Maxi se levantaría, se quitaría los anteojos dorados, le sonreiría, y ella tendría que perdonarle. Y estaba dispuesta a hacerlo, sin duda, con esa crueldad anticipada con que las mujeres perdonan para poder inferir sufrimientos al arrepentido. El tren iba despacio, cautelosamente, el maquinista miraba a la noche por sobre los vagones, el fogonero echaba cansadas paletadas de carbón. Se pensaba si acaso, al devolverse el tren hacia el pasado, ellos debían devolver también sus gestos estereotipados.

La noche descendía poco a poco, y el tren continuaba retrocediendo, y aumentaba la velocidad del regreso: después de alguna memorable hazaña, Maximino empezó a gustar los placeres disolutos del amor. La esposa permanecía en la casa de la hacienda, cuidando de los bienes y la vida del general y senador. Un día de 1922 llegó a la capital de la provincia una compañía de opereta, con una opulenta y esplendorosa cantante. Don Maxiguerra, quien no había pasado en sus escauceos del tímido amor de doña Refugio, y de la pecaminosa solicitud de las pelanduscas del puerto, cae rendido a los pies de la *signora* Angiolina Labardi, quien empieza a descubrirle, junto con pequeñas porciones de su piel, zonas igualmente capitosas de un mundo de deleites ignorados.

En quince escasos días de permanencia en la capital, el general está absolutamente dedicado a la *signora*, con la mirada cómplice del esposo y empresario, el *signore* Labardi. Los amigos de don Maximino celebran su ingreso a la legión perdida de las calaveras, y se dedican a estimular devotamente su pasión, en fiestas del más rumboso estilo francés, con la más pecadora

actitud y los mejores vinos que pueden conseguirse, algunas veces ligeramente mareados por el trópico y por el cruce del océano. Don Maximino emprende con bravura su nuevo camino, y se dedica a aprender todas las lecciones y recursos del nuevo arte de amar. Para fortuna suya doña Refugio llega a la ciudad, a curarse unas fiebres, y aunque seguramente recibe los rumores del escándalo, los conserva debidamente guardados, sin producir protestas ni escenas, como esposa ejemplar. La llegada de doña Refugio acrecienta las posibilidades con que había soñado don Maximino, secretamente, de dar un gran paseo a su hacienda con la señora Angiolina y el grupo de *demi-mondaines* de la capital, y con sus íntimos amigos, los cuales, todos, consideran justamente que el ferrocarril es de Maxiguerra, y estudian embelesados la posibilidad del viaje.

(Maximino reservó para sí, durante tres días, el ferrocarril, comprendidos la locomotora y dos vagones, uno de ellos aquel tapizado de terciopelo rojo en que viajara el presidente, y ambos fueron debidamente arreglados, con cortinajes discretos para realzar el rojo del terciopelo que había acogido al mandatario, y en uno de ellos con un mostrador, en el cual se dispensarían a la alegre compañía la champaña y comidas y bebidas delirantes. Era una especie de café parisiense, elegantemente arreglado, y en la parte delantera del mismo habría un pequeño escenario para la actuación de las invitadas. Angiolina había ofrecido añadir tres o cuatro compañeras, lo cual permitió ensanchar el convite. El otro vagón, más discreto, fue arreglado como dormitorio al cual podrían pasar Maxiguerra y sus compañeros con las beldades, a aliviar los tedios del viaje, en tumos de a cuatro en I oí ido, y hasta seis. El viaje se haría lentamente, con pausas en los lugares más gratos de la vía, para gozar de los prodigiosos paisajes. Fuera de eso, se hizo para la hacienda un nutrido programa, que abarcaría desde la cacería hasta el baño desnudos en el río).

El tren parte a las nueve de la mañana, y en el curso del viaje se cumplen todas las ceremonias previstas, comenzando por la destacada actuación de Angiolina, que sale a escena llevando

por único vestido un transparente peplo griego, que revela sus generosas formas, hasta el punto de que mientras a los amigos de don Maximino les centellean los ojos, éste se muerde furiosamente el abundante bigote. Por fortuna, todas las demás lucen vestidos semejantes, que hacen sentir a los caballeros como si llevaran pesados capotes militares. Se canta en varios idiomas; los caballeros recitan poesía propia y ajena; el mismo Maximino revela un poema —que no se ha conservado— a las glorias corporales de Angiolina.

La provisión de licores es digna de los invitados, y a ella hacen honor durante el memorable viaje de diez horas y media, en el cual el tren no se detiene en ninguna estación, sino siempre en idílicos sitios de paisaje, que permiten el alivio corporal y embriagan de poesía. Los asaltos, tiernos y jugosos, han sido muchos más que en los combates que el general Maximino Guerra librara en la civil, atrincherado en el mismo tren. Detenidos en la mitad del camino, en la estación de piedra, el mausoleo ateniense postrado en la soledad de la llanura, las muchachas danzan, envueltas en peplos transparentes. Llegados al puerto, y en vista de la hora tardía, pernoctan en el tren, lo cual es una complacencia más.

A las ocho de la mañana sale la compañía hacia la hacienda. Recorren a caballo el sendero hacia el río, en el cual las opulentas desnudeces ocasionan que los disolutos poetas recuerden ninfas y náyades, y ejerciten copiosamente ocultas condiciones de sátiros. Angiolina se mantiene estrictamente fiel a su adorador, pese a las galanterías ebrias de varios de los concurrentes. El día es tan radiante para Maxiguerra, que piensa en abandonarlo todo para seguirla por el mundo. Pero ni sus condiciones de cantante ni su espíritu poco viajero se lo permitirían, ni tampoco Angiolina puede darse el lujo de sustituir a su empresario y esposo, el *signore* Labardi. Ya hemos dicho que Angiolina es una mujer fiel.

El viaje de regreso, al día siguiente, es menos esplendoroso. La gente fatigada, con el sabor amargo del alcohol

pasado, dormita al vaivén del convoy. Maximino, quien conserva en su mano la de Angiolina, piensa en lo efímero de las glorias de la vida: las glorias de su tren, en cuya vida ha puesto el corazón, y que tripuló con presidente y ministros, con soldados heridos, con cantantes operáticas.

Al día siguiente, el mismo tren, pero con pasajeros habituales, llevará al puerto a Angiolina y su compañía. Piensa en acompañarlos, para el último adiós; pero un antiguo militar y hombre político ni puede conmovearse en público, y decide con un suspiro que esa misma noche dirá adiós a Angiolina, en la pieza del hotel, y le cederá el paso al dramático e inofensivo *signore* Labardi. Vuelve a mirar a Angiolina, contempla embelesado el rostro en el cual los afeites se desdibujan con el húmedo calor. Al llegar, la ayuda a descender, y la acompaña hasta su habitación, donde a puerta cerrada se dicen un adiós que nadie conocerá.

#### IV

El tren retrocede más rápidamente hacia la oscuridad, y de pronto penetra en el largo túnel; al salir se detiene en la noche del 3 de abril de 1899.

De la estación, el cuadrilátero de piedra en medio de la llanura, el opulento mausoleo griego de las esperanzas de la provincia, sale la columna al mando de don Maximino, para internarse en la guerra civil. La estación parte exactamente en dos la distancia entre Puerto Paturia y la capital. Más allá, hacia el interior, los revolucionarios han cortado la línea férrea.

Don Maxiguerra, el general, defiende el ferrocarril, para salvar su obra máxima y asegurar el abastecimiento del puerto, con provisiones y pertrechos. Las cuadrillas de peones enviadas a reparar el daño han regresado diezmadas. No se ha podido reanudar la comunicación, y los revolucionarios han ido arreciando su beligerancia.

El general se desespera. Hace venir a sus peones y los arma debidamente, con fusiles de dotación. El mismo, armado hasta los dientes, trepa al tren, que se pone en marcha con grandes

demostraciones de apoyo de las gentes.

Un cuarto de legua antes del sitio donde está interrumpida la carrilera, detiene el tren y deja en él una guardia. Con sus cincuenta hombres, busca el antiguo camino y avanza. Manda unos exploradores que regresan con el dato de la ubicación de los revolucionarios; el general Maxiguerra acampa y espera la noche. Ya bien entrada, se deslizan por entre el bosque, hasta que divisan la hoguera. El grupo revolucionario de veinte hombres vigila la carrilera destruida. Hay mujeres con ellos, toman aguardiente. Los primeros que caen, los centinelas, que dan muertos silenciosamente, a machetazos, porque Maximino no es hombre de hacer prisioneros. En media hora liquidan a los rebeldes, al arma blanca. Solamente se oye un tiro que por dignidad descerraja Maximino en la cabeza al jefe rebelde, para lo cual, previamente se calza los lentes de oro de *pince-nez* en la considerable nariz, tal como se los ha calzado siempre, para acentuar la seriedad de los conceptos, o para examinar, como conocedor, un seno o un anca femenina. Se dice que en la guerra le afinan la puntería. El, al limpiar los cristales ovala dos, da siempre las gracias al refinado amigo que se los trajo de Europa.

El tren se para otra vez, y luego avanza; la luz del crepúsculo se aclara. Dieciocho combates como éste, en que se reproducen las circunstancias de la noche, van desfilando por la carretera. Arrecian a medida que se acercan a la ciudad, y en su informe final Maximino relatará prolijamente cómo con cincuenta valientes ha logrado derrotar a doscientos guerrilleros. En su propio tren, reparada la carrilera, hace Maximino su entrada en la capital, bajo la lluvia de llores de las mujeres extasiadas.

El tren se detiene un momento. Los fogoneros echan paletadas de carbón en la hornilla, que parece sortilegio infernal, en la luz espléndida de la noche. Va pasando el poético tren, la serpiente empenachada de la metáfora del poeta capitalino, la culebra envenenada, cola del diablo que llevará a su perdición a Maxiguerra, el batallón de ferrocarrileros de todas las revoluciones, el tren que llega y parte huyendo como el tiempo.

Pero este tren sigue hacia atrás, remonta el tiempo, pone memorias fugitivas detrás de los muertos lentes de oro, retrocede hacia la vida pasada, puede llegar hasta el día en que don Maxi desvirgó a doña Refugio, o al día en que sorprendió en el baño a dos de las amigas de su recién casada; llegará más allá, al momento en que por primera vez don Maximino fue a la capital, y recogerá a su paso a la muchacha que le acompañó y casi no le deja regresar; repasará una a una las sorpresas de la vida joven de) prohombre, y todos sus desaguisados, hasta el del dinero de pagar los peones que una noche le expropió furtivamente a su padre, y el de la primera campesinita que violó y que andaba después orgullosa, exhibiendo su vientre y contando de dónde procedía.

El tren sigue desenvolviendo adioses, transformando tardes ya perdidas, huyendo hacia la juventud.

## V

En su marcha hacia atrás, el tren llega por fin a la estación terminal. Han pasado días y noches, y ésta es la primera o la última, que se va gastando lentamente. Cuando pasa el aguacero de ruidos metálicos, de chispas demoníacas, el estrépito de las ruedas, la humareda maravillosa, la estación, el cuadrilátero de piedra en medio de la llanura, queda con su soledad opresiva de mausoleo griego. Los ojos de las ventanas abiertas miran a la distancia, a donde se empieza a remontar la pendiente. La soledad de la estación se llena de la solemnidad religiosa del templo, que invita al recogimiento a los campesinos que a veces cortan por el antiguo camino.

Todos dicen que el ferrocarril se le debe a un hombre, don Maximino, senador, general, terrateniente. Se habla de él como si se hubiera cargado los rieles a las costillas desde el río lejano, ascendiendo los montes, para llegar al monumento de soledad del ferrocarril, monumento a don Maximino, don Maxi, Maxiguerra, el dueño del ferrocarril, el general valeroso, el calavera disoluto, todos reunidos bajo la sombra de los bigotes sombríos, bajo la mirada agresiva y a veces desconcertada bajo el ala del blanco

sombrero de campo, o la visera del uniforme ciudadano. Mucha gente opina que el ferrocarril le pertenece. Desde la gente que asciende del valle a la que vive en las quebraduras de los cerros, por donde trepa tosiendo fatigosamente, como Maxiguerra, la locomotora de alta y elegante chimenea de chistera, de cuerpo color verde profundo, de garita del maquinista con techo negro como el carbón, y sobre cuyos verdes costados resoplan en dorado, con el vapor, los números 02-02. Se dice que en otras partes del país otros héroes similares a don Maximino tienen también locomotoras parecidas.

Los momentos de la historia del tren han sido varios, y puede asegurarse que ninguno de ellos se ha olvidado. Y menos se olvida el día de la inauguración. (La locomotora pita y el tren avanza despacio, y se detiene. Luego empieza a devolverse otra vez).

Al llegar don Maximino a Puerto Paturia en su muía negra, se encuentra allí, piafante, la locomotora, con el vagón de lujo tapizado de terciopelo rojo, que acaba de llegar, en un viaje de siete horas, de la capital de la provincia.

El maquinista renegrido se apoya al desgaire en la ventana, mientras las damas venidas desde la capital del país recorren la orilla del río con trajes vaporosos, esgrimiendo los abanicos contra los mosquillos perversos, y mirando embelesadas los pacíficos caimanes recostados en los islotes.

A las doce del día 20 de julio de 1896 hace su aparición en medio del río el barco *Ciudad de Mompox*. Es el barco más moderno del camino fluvial, en el cual las ruedas laterales se reemplazaron ya por una inmensa rueda trasera. La altura de edificio del barco le da un aspecto imponente al avanzar cautamente por entre los playones. Se sabe que en ese barco viene el presidente de la República. El lele del protocolo vino antes, en el viaje de ensayo del ferrocarril, con todos los implementos necesarios para la recepción: verdes botellas de Veuve Clicquot, copas de cristal manteles, alfombras rojas, reclinatorios forrados de raso para la iglesia, un cáliz redorado, mosquitos, sábanas,

almohadas y el brandy celestial de los franceses.

Las blancas construcciones del puerto, la iglesia y la alcaldía relucen de limpieza. Una cuadrilla de soldados se adelanta con un enorme bulto, que desempacan y comienzan a extender entre la iglesia y el palacio municipal. Sobre las piedras irregulares de la plaza comienza a desenrollarse, como una serpiente milagrosa, la gran alfombra roja que recibirá los pasos majestuosos del presidente de la República y de su gabinete.

Don Maxiguerra sale sofocado de un cuarto trasero de la casa municipal. Le acompaña el jefe de protocolo, y lucen ambos llaman les fraques; bajo su arrogante papada senatorial se posa, inquieta, la mariposa de la corbata blanca de piqué. La gente recuerda todavía su grueso cuerpo, enfundado en el misterioso frac, como en un traje nula groso de mago, o en un extraño uniforme sacerdotal. El cura les ve desde lejos y mueve la cabeza pensando en el desacierto que van a cometer, pero ve pronto la comitiva presidencial, que se dirige desde el muelle a la casa de gobierno, todos vestidos de modo similar, cohorte de magos extraños que lucen los fraques de impertérito corte inglés, diseñado para temperaturas mansas del Viejo Mundo.

La banda municipal de la capital, venida también en el viaje de ensayo del tren, se forma confusamente en la plaza, para esperar la aparición milagrosa del presidente y de su comitiva, la transfiguración del poder. Formada y reclutada la gente para la solemnidad (es el primer *Te Deum* que se canta en Puerto Paturia, y el primero que canta el novel señor cura), por sobre la alfombra roja que corta la plaza hirviente de las doce del día, sin perdonar los naranjos ni las buganvillas, el presidente, armado del sombrero de copa de los “ocho reflejos” relucientes en su mano izquierda, elegantemente arqueado

≡

el brazo derecho que conduce a su opulenta consorte, de irreprochable corbata blanca que parece volar como una flor, y chaleco negro tal como prescribiera el jefe de protocolo, con la banda tricolor terciada al pecho, con mesurado paso de sus largas piernas y el conocido bamboleo de su corpulencia hasta la calva cabeza rodeada por un halo rojizo, avanza hasta el fondo de la plaza, donde mientras se iza la bandera suena desgarrador el himno nacional. Sobre las últimas notas de la música, la comitiva se pone en movimiento, cruzando por entre las doscientas personas del pueblo que contemplan la feérica invasión que ha sido precedida del aullido feroz de la locomotora.

El cura ve venir la procesión y reza con todas sus fuerzas. La alfombra expira frente al altar, justo al lado de los sitiales preparados para el presidente y su señora esposa. Con los ojos claros y la faz alimonada bajo el contorno rubio de la calva, el conjunto de la cara del jefe del Estado brilla y se ve serpenteado por refulgentes gotas de sudor, que adquieren el aspecto de una maravillosa joyería. La rígida pechera blanca —como las de la comitiva— se ablanda, se suaviza, se humaniza en el sudor. La visión que tienen las gentes de Puerto Paturia del presidente de la República es la de un desvaído y largo hombre de frac, con brillante chistera y bastón de mando, caminando por sobre una alfombra roja como dicen que las hay en el cielo, a su lado una señora de traje largo, y detrás otros hombres que deben ser santos, o ángeles, si se piensa en cómo los miraba el cura, y cómo estuvieron siempre en comunicación celestial.

El cura, enfundado en su más gruesa y elegante sotana de paño, recubierto con los ornamentos litúrgicos, humedecido hasta el alma, concentra todas sus agonizantes energías en las palabras del *Te Deum*, mientras la iglesia gira en tomo a él, y las imágenes del altar se ladean y se inclinan peligrosamente.

Don Maxi, en sitio de honor, siente que la camisa almidonada se le pega al cuerpo, se pliega y se repliega. Doña Refugio, la esposa, a su lado, respira trabajosamente. Cuarenta grados a la sombra, calcula el prohombre en el momento en que el

≡

presidente enarbola el sombrero de copa y recoge con el brazo a su cónyuge casi expirante. Al pasar, desde su estatura, con la cabeza levemente ladeada, el presidente le sonríe. Para don Maximino es el premio mayor, la coronación de su esfuerzo político.

Las palmas de la avenida, los mangos de la plaza, todo parece diluirse bajo el sol. Falta aún el último tramo del viaje, hasta la estación del tren: el sol líquido reverbera, a lo lejos el río parece hervir, metido dentro de la caldera de la locomotora mitológica. Pero la gente del pueblo, formada en dos hileras, presencia el glorioso espectáculo. En la esquina se encuentra el dueño del comercio más importante enfundado en riguroso vestido negro, con chaleco cruzado por una conspicua leontina. Las dos putas de la casa de las afueras están en el otro extremo, vestidas discretamente, piadosamente cubiertas las cabezas con rebozos negros. Los cincuenta peones de la hacienda de don Maximino ofrecen formación militar. Las demás gentes del pueblo. los obreros de la línea férrea, los comerciantes, los varados marineros de agua dulce, los campesinos que vinieron al mercado, los contemplan, mudos, dar esta muestra fantástica del soberano poder de la República, esta luminosa expresión de la democracia. Todos los ojos se vuelven a don Maxiguerra, admirados de su poderío, que llega lía la hacer un ferrocarril para traer a Puerto Paturia al presidente de la República.

Para don Maxi es el gran día de triunfo. Frente al tren se pronuncian los discursos. El admirable de don Maxiguerra es el más corto de la historia. Dicen que fue así: “Señor presidente, esta tierra necesitaba el ferrocarril, para que usted viniera; lo hicimos, y aquí está usted. Y aquí está nuestro ferrocarril. Vivan los dos, y su señora esposa”.

Del discurso del presidente y del de su ministro de Obras no se guarda memoria en el puerto, tal vez porque no los entendió la gente. Recuerdan el corte de la cinta tricolor delante de la locomotora y el ascenso del presidente al vagón especialmente decorado para iniciar su viaje a la capital. El gran hombre se tomó

≡

a contemplar a sus feligreses. Se levantaron los sombreros blancos para despedir la comitiva y el tren empezó a andar, reduciendo a lo lejos el tamaño de la gente del puerto.

Cuando don Maximino entró al vagón, ocurrió la única cosa que ensombreció su gloria: el jefe de protocolo, por razones de ceremonial, le colocó en un puesto bien distante del presidente de la República, que dialogaba con dos de sus ministros y dos hermosas señoras vestidas a la última moda.

## VI

El tren ha regresado al comienzo del crepúsculo, desde donde alguna vez arrancara la vida del senador para alcanzar los extremos de la gloria. Don Maximino la ha fijado en el álbum en el orden en que la leyó, que la muestra como un gran telescopio recogido. Al examinar los sobrinos cuidadosamente los recortes, encuentran que las fechas de los periódicos están en desorden. Alguien alteró siniestramente el orden de los periódicos del ilustre lector, causando su encierro en el manicomio. Rápidamente se organiza la expedición de rescate, que llega justo cuando don Maximino acaba de morir, completamente idiotizado, pensando que no avanzaba hacia la muerte, sino que regresaba a la infancia, lo cual de seguro le estaba pasando. En la casa, la criada vieja se ríe sola, pensando en todo lo que ocasionó desordenando los periódicos, para poner en su verdadero orden la historia de don Maximino Guerra y hacer que el tren llegara al punto de partida de su juventud y su gran virilidad.

Olvidaba decir que la criada tenía por nombre Refugio. No sé el apellido, y nadie lo recuerda, ni sabe en qué tren se ausentó.

## Sortilegios

Antes de partir a su gran aventura de la nueva búsqueda de El Dorado, en una expedición que muchos temen que esté revestida de piratería o de una extraña forma de indagación religiosa, expedición que no ha concluido, y de la cual no se tienen informes, Pedro Gómez Valderrama dejó los siguientes relatos, agrupados bajo el título de *Sortilegios*, con el expreso deseo de que se publiquen en la forma como aquí se hace.

### 1. *El habitante de la torre*

Rufo el Romano fue único habitante de la Torre de Babel, siglos después de que el templo de Marduk, construido dentro de ella, hiera abandonado. El brillo azul y oro de su techumbre se había extinguido, y las siete torres del telescopio gigante se iban desmoronando.

Rufo el Romano dormía en una pequeña celda. En el centro del templo estaba todavía la misma cama que cada noche ocupaba una mujer elegida por el dios, que no podía ser poseída por ningún mortal, y a la cual el dios venía en las horas nocturnas.

\* \* \*

Aquella noche, Rufo el Romano sacó del cofre, como siempre, los ricos cobertores de seda bordados de oro, y tendió nuevamente el inmenso lecho. Mulló cuidadosamente las almohadas, y puso aceite en la lámpara discreta, que era la sola luz que se encendía en la Torre de Babel abandonada. Luego, en puntas de pies, se dirigió a la sombra, y escondido detrás de un cortinaje raído, se sentó a esperar.

(1961)

### 2. *El tapiz del virrey*

Cuando el virrey subió a su coche con la virreina, para dirigirse al baile en casa del marqués, el criado mulato se quedó escondido en un rincón del patio, hasta que cesaron todos los ruidos del palacio. Sacó entonces una inmensa llave, y abrió la puerta del salón central. Encendió una antorcha y se situó ante el gran tapiz que adornaba el fondo del salón, y que representaba una hermosa escena de bacantes y caballeros desnudos.

El mulato extendió las manos y acarició el cuerpo de una Diana que se adelantaba sobre el tapiz. Murmuraba en voz baja, hasta que de pronto gritó:

—¡Venid! ¡Danzad!

Los personajes tomaron movimiento y fueron descendiendo al salón. Comenzó la música del Sabbat, y la danza de los cuerpos en medio de las antorchas. Ante el mulato, los personajes del tapiz iban cumpliendo el rito de adoración al macho cabrío.

Diana permanecía a su lado, besándole de vez en cuando con golosa codicia.

Después de consumidas las viandas del banquete, vino el momento de la fornicación, hasta que sonó el canto del gallo y los personajes se fueron metiendo uno tras otro en el tejido. Sólo quedaron, trezados en el suelo, Diana y el mulato, al cual encontraron a la mañana siguiente desnudo y muerto en el suelo con unos desconocidos pámpanos manchados de sangre en la mano. Diana no estaba en el tapiz.

(1961)

### 3. *El castigo*

...En la Edad Media, a lo largo de toda Europa, era usual, cuando un hombre de estirpe noble cometía un delito que mereciese pena corporal, aplicar ese castigo a su sombra. Pero se cuenta que en el sur de Francia, un barón feudal cometió un monstruoso crimen contra las gentes de un pueblecillo de sus dominios, las doncellas del cual fueron todas hechas prisioneras y entregadas a la ferocidad de las gentes del barón, que volvían de la Cruzada.

Las gentes del pueblo resolvieron vengar la afrenta y castigar a los culpables, y en una emboscada capturaron al barón y a sus tres tenientes, y los sometieron a juicio. La pena decidida fue la decapitación. El barón, en nombre de los tres, manifestó que por su noble cuna estaban amparados por el privilegio de que la pena corporal se aplicase no a sus personas físicas, sino a sus sombras.

El Consejo del Pueblo aceptó y dispuso que así se hiciese. Y por eso dispuso también —como en efecto se hizo— que la decapitación tuviese lugar en la plaza del pueblo, a la hora del mediodía.

(1961)

*1. Los ojos misteriosos*

Un erudito dantólogo halló en los papeles del alquimista Muer Finuccio Tedesco, enemigo cordial de Brunetto Latini, el notario toscano, unas notas o comentarios a la *Divina Comedia*. Aparte de los significados herméticos de muchos pasajes del gran poema, que le interesaban como alquimista, hay en ellas un comentario indiscreto sobre los amores de Dante con Monna Beatrice Portinari, la hija de Fulco.

Finuccio anota simplemente:

“En nuestras conversaciones casi nunca hablamos de Beatrice Portinari, ya muerta, mujer de Simón de Bardi. Muchas veces dialogamos sobre el símbolo que ella representaba en el poema, pero no sobre el amor humano, aunque un día el maestro me dijo, señalando un terceto: ‘Aquí está el testimonio del amor de Beatrice’”.

El verso dice:

*...come dal viso in che si specchia  
nave che per corrente giü discende.*

*(...como de la mirada en que refleja la nave que descende la corriente).*

“Dante simplemente me dijo: ‘Los ojos de Monna Beatrice son los que he mirado más de cerca. En ellos he visto las barcas en el Amo, entre el agua azul y las nubes’.

“Yo, como físico y alquimista, simplemente hube de medir en cuán cerca estarían los ojos de Dante de los de Beatrice para ver en ellos las barcas deslizándose. Y si el río se reflejaba, hube de meditar, también, en cómo estaba el maestro reclinado...”

Transcribo estas líneas para sosiego de aquellos a quienes ha preocupado la platonicidad dantesca.

(1975)

### 5. *Suma teología*

Se refiere que sor Cayetana de la Santísima Trinidad entró al convento perseguida por las hienas de los deseos sexuales, buscando la paz y el sosiego del claustro.

Para evitar los demonios de las tentaciones, que se le aparecían en el altar, y se le enredaban en el ruedo del hábito, sor Cayetana, mujer de noble ilustración, se dedicó con intensidad agobiadora al estudio de la teología, bajo la dirección del santo predicador del convento.

Angustiada, la religiosa empezó a darse cuenta de que no creía en el misterio de la Trinidad de su nombre, y estudió a Santo Tomás de Aquino, a San Agustín, a todos los Santos Padres de la Iglesia. No podía comprender, no lograba descorrer el velo y eso la hacía dudar apasionadamente.

Una mañana memorable entró a escuchar las explicaciones arduas del anciano predicador. En un principio no lograba penetrarlas, pero de pronto, en el momento en que se filtró un rayo de sol por el vitral de la ventana ojival, todo le pareció claro, transparente. Y al tener conciencia de su sabiduría, al entender el misterio, al creer en él, sintió que su cuerpo era invadido por un estremecimiento poderoso que llegaba hasta el fondo de su ser; y quieta, en la luz de la bienaventuranza, sintió que el orgasmo profundo la penetraba en el recóndito misterio de la paz del conocimiento.

(1975)

### 6. *Inundación*

...La barca se mueve de un lado a otro con los increíbles bandazos de las olas. El mar es negro, negra la cortina de lluvia que cae sobre él. El cielo se cruza de relámpagos, y el agua parece inundarlo, parece solidificarse como una masa inmensa en que la tierra ha desaparecido. Agua, barro, negrura, nada queda fuera de este orbe de humedad densa, una esfera de agua en que los mares crecen, en que la vida patética ha desaparecido para dejar paso a la cortina total del agua salada, agua dulce, agua de todos los ríos, agua monstruosa del principio del mundo, donde la sola muestra

del hombre es el diminuto punto más negro en que se disuelve la barcaza.

De pronto, un relámpago lívido muestra la tosca embarcación, a la deriva sin que se sepa dónde está la tierra, escondida debajo de la masa tormentosa. El estruendo, el fragor elemental del agua lo envuelve todo, la noche se prolonga, ha comenzado el fin o el principio del mundo, la inundación circula por todos los recovecos del mar que es como una inmensa tela arrugada a cada instante, que se pierde y se recobra, que lucha por adquirir su totalidad engullendo la frágil construcción de madera; en este momento se han suspendido, han desaparecido todos los dolores de la tierra, no queda sino esa angustia elemental de la supervivencia, que parece ser una batalla por la vida del mar frente a la vida del hombre. La tempestad hace montar las olas unas sobre otras como en un enorme espasmo sexual del cual va a salir una nueva tierra, o la tierra va a disolverse del todo, definitivamente, mientras no hay un hombre que trate de escribir lo que está pasando, de contarlo al futuro porque no hay un futuro disintió de ese futuro de agua, de la continuación indefinida de la inundación. Debajo del mar hay templos, casas, cadáveres, toda la antigüedad es un inmenso naufragio en que de pronto aparece un capitel roto para ser devorado definitivamente por el agua. Si hubiera una tunada que contemplase la extensión oscura podría percibir entre su agitación cuerpos muertos, restos del mundo perdido que se consume en la noche del mar.

La vehemencia del agua no cede, la barca sube y baja, en ella hay un punto de luz que desaparece y se abre de nuevo. En el puente se mezclan a los rugidos del mar los rugidos de las fieras encerradas en la sentina. Los derroteros del mar están perdidos, no hay tierra, el mundo se ha hundido. En la ventana abierta, un hombre saca cautelosamente la mano, que lleva un cuervo que abre las alas y con un graznido se pierde para siempre entre la noche. Noé, cuidadosamente, cierra de nuevo la ventana, y el arca sigue bajando a los abismos, subiendo hacia los cielos, entre el mar y la lluvia.

(1970)

7. *La verdadera historia* 

En medio del calor, que no salía por la sola ventana abierta de las doce del aula, la voz flotaba con acentos entre mágicos e infernales. La mano trazó imperiosamente unas letras en el tablero. Surgía de la manga negra por entre el puño blanco-usado, y quedaba flotando sobre la negrura del tablero como un ala sola que producía letras predestinadas. “Jo...NAS” La voz insistía en las cinco letras, como para que de pronto ellas solas no formasen otra palabra: SOJAN JANOS SANOJ SAJÓN JASON. Sí. Jasón. El mismo Jonás sin pez.

Por cualquiera de las ventanas podían mirarse las nubes blancas, aparecía su redondez, igualmente mórbida. Así, exactamente, pero vista desde fuera hacia dentro, había aparecido esta mañana, en la ventana de la casa blanca, el pecho de la mujer que se vestía sin cerrar las cortinas, con sabor a caramelo blanco, a ballena blanca, dos ballenas blancas en una penumbra de iglesia...

La mano había trazado sobre el tablero las letras rotundas JONÁS Y LA BALLENA. LO mismo que Jasón y el Argos, que la mujer de la ventana, que el hombre de nieve. La voz seca, que parecía salir de la mano que se agitaba sobre el tablero negro, daba precisas instrucciones: “Un trabajo de redacción de dos páginas sobre el tema de la última clase: Jonás y la ballena. Sobre todo, no deben salirse del tema. Explorar su gran significado religioso. Señalar cómo Dios protege a quienes lo proclaman y predicán. Recuerden el anuncio de Jonás: *Dentro de cuarenta días Nínive será destruida*”. Nínive era tal vez como la clase, como el colegio, llena de mujeres que se vestían y se desvestían en la ventana, y de hombres que las acechaban o trepaban por las paredes y rompían los vidrios para entrar.

Jonás, Sanoj, Jonás, Jasón, Jonás, Sajón... Jonás huía en el Argos hacia Tarsis para no ir a Nínive, donde encontraría esas mujeres asomadas a las ventanas con hombres que intentaban

colgarse de sus pechos. Pero cuando Jonás se embarcó y el barco levó anclas y se dirigió a toda máquina hacia el otro puerto, vino una tempestad violenta. Las olas pasaban por encima del barco ofendiendo la cubierta. Nadie sabía con precisión qué pasaba, pero todos sabían que huían de algo, y que algo los perseguía. Jonás se había refugiado en su camarote, aterrado de la tempestad. Como seguían el viento y los rayos y las tremendas olas, el capitán y los marinos supersticiosos decidieron someter a investigación a todos los pasajeros y ver quién era el causante de tal tempestad, para echarlo al mar. Ninguno de ellos sabía que Jonás había desobedecido la orden de Jehová de ir a Nínive a predicar contra la corrupción. Empezaron a pasar revista a los mercaderes de tapices, a los tratantes de esclavos y a las prostitutas, que venían todos amontonados en la cala. Pero eran todos gentes buenas, incapaces de provocar una tempestad. No se atrevieron a responsabilizar a ninguno de ellos; el capitán pensó en acusar a Jonás, pero dudó mucho en hacerlo porque era difícil que un hombre que pagaba camarote de lujo tuviera interés o motivo para causar tales tropiezos en su viaje, y más difícil aún era suponer que era un perseguido. Sin embargo, el capitán ordenó que lo llamaran al puente, y Jonás subió, agarrándose de las paredes para evitar caer con los tumbos del barco. Apenas llegó ante el capitán, éste le preguntó con voz terrible y respetuosa si él tenía conocimiento del motivo de la áspera tempestad que ponía en peligro sus vidas. Jonás, que no era valiente pero sí sincero, le contestó francamente que la culpa era de él, por no haber seguido la orden superior de ir a predicar a Nínive. Al preguntarle a Jonás qué solución se le ocurría, éste propuso que le diesen un bote, para dirigirse a Nínive como en un principio se le había ordenado, todos quedaron asombrados pensando que iba a una muerte segura, y el mismo Jonás así lo creyó, pero pensó que era una única oportunidad de salvación, y lo que en ese instante le interesaba era librarse de las manos de los marinos enfurecidos.

El capitán dio las órdenes, y montaron a Jonás en un bote, que echaron al mar con grandes dificultades en medio de la

tormenta.

El capitán y los marinos juraron que lo había devorado un pez inmenso. Jonás lo creyó también en un principio, hasta que se encontró en el vientre de un maravilloso submarino que desde el puerto había venido siguiendo el barco a gran distancia. El nombre del submarino era *Moby Dick*, y venía desde una parte del mundo que entonces no era conocida, en un viaje de exploración, pero partía ya <lc regreso por falta de provisiones y combustible. Sus marinos hablaban un idioma distinto al de Jonás y no pudieron entenderse. Por eso Jonás presumió siempre que había sido devorado por un inmenso pez. No quería salirse de ese sitio blando y caliente donde había pasado tu s días y tres noches navegando por entre el agua del mar, pero no pudo hacerse entender de los tripulantes, y el submarino vomitó a Jonás en la playa cerca de Nínive. Y Jonás entró a Nínive, y empezó la campaña ninivita de los cuarenta días.

El sol había resbalado de la pared hacia el tablero, y las partículas de tiza adheridas a la superficie negra adquirirían el brillo blanco del redondo vientre de la ballena.

(1961)

#### 8. *El sol de la tarde*

Posiblemente en un sueño, o en un espejo (nunca sabemos cuál de los dos porque ambos tienen esa condición fascinante y desolada de prolongar lo humano), vi la escena, en la biblioteca ducal de Weimar. En ese espejo, o en ese sueño, se refleja el sol crepuscular. El anciano conserva su perfil de medalla, por encima de su humanidad cortesana que se mueve cuidadosamente; Bettina, de veinte años, le mira embelesada. Y el hombre sabio, el gran poeta, aparece con turbado por el escrutinio misterioso de los ojos, por el leve temblor amoroso de los labios.

La historia es conocida; fue ella la indiscreta. Goethe, para disimular su turbación, la conduce hacia el busto de mármol, en el cual está congelada su figura de consejero. Ella aparenta no recordar el busto, pero de pronto se acerca a él, y pone su boca entreabierta sobre los labios de mármol, con tal deseo que el

consejero la toma en sus brazos y la besa tercamente con sus labios antiguos. Baluceo “Hija del sol, *sonnerkind*”.

“Besaré la piedra largamente”, dice el soneto IV de Goethe Sabemos que el genio cometió un error: evitar que se supiera por que el busto de mármol le representaba en su juventud, esquivando, también, el reproche. Y evitándose, a sí mismo, la conciencia de quila confluencia de soles marcaba su propio sol de crepúsculo con el sol matinal de Bettina.

La misma indiscreta nos da el contrapunto de la escena, en que es ella quien se vuelve mármol, al describir esta escena de 1810 en Teplitz: “...En el crepúsculo de un ardiente día de agosto... estaba sentada ante la ventana abierta y delante de él, con los brazos alrededor de su cuello y la mirada perdida, como una flecha en el fondo de sus ojos... Quizás porque no podía soportarlo por más tiempo, me preguntó si sentía calor, si no quería gozar del fresco. Entonces dijo: “Descubre tu pecho, que el fresco de la tarde le haga bien”. Como no dijese nada aunque enrojeciera, abrió mis vestidos y dijo: “La grana de la tarde está impresa sobre tus mejillas”. Me besó el pecho, e indignó la frente sobre él. “No es de asombrarse —dije yo—, ya que mi sol se pone sobre mí”.

Aquí el sueño y el espejo proyectan, al contrario, una sutil vergüenza de la juventud, en la magnánima concesión de Bettina. El mármol del busto se transforma en la blancura del pecho ofrecido. El sol de la tarde parece ponerse en las míticas colinas del lenguaje del consejero. Y esta memoria última nos conduce al espejo y al sueño, para meditar si los labios que besó inicialmente Bettina fueron los del anciano Goethe, y quien sufrió los celos fue el busto de la juventud que la besó después.

(1978)

*9. Dos fórmulas para la Atlántida*

*A Marcela Gómez Vila.*

I

Seguramente el hundimiento de la Atlántida fue esa confusa mezcla del agua de la lluvia sobre el agua del mar, que lo

desbordó todo. Siempre he pensado en la historia que surge de las memorias de un enviado del rey de la Atlántida a los reinos del Mediterráneo, en los cuales la lluvia es amable y redora las piedras, y abrillanta las hojas de los árboles; en la tragedia de ese embajador al recibir las noticias, del hundimiento del continente misterioso. El hombre, situado en min de las incipientes colonias griegas, empieza a meditar angustiado, en cómo se le han hundido la vida, la patria, el mundo suyo. Trata de ver cómo las ciudades fabulosas reposan bajo las aguas. Se da cuenta de que no le queda en las manos ninguna prueba de la existencia de su reino, del continente del cual ha sido embajador poderoso, del gran estado destinado a dominar el mundo. Nada le queda, todo está bajo las aguas, su palacio de esplendores africanos, su familia, sus mujeres, sus hijos. El mundo ha muerto para él, es el individuo más sin patria, más desposeído que en la historia de la humanidad puede concebirse.

Posiblemente se vuelve loco; más aún, a la vuelta de años de haber dejado de existir su país, la gente empieza a considerarle efectivamente como un loco o un inmenso fabulador. El embajador desposeído se pone a recorrer el mundo, a navegar el mar devorador, a recorrer todos los sitios donde puede encontrar una sola prueba de la existencia de la Atlántida. No la encuentra, fuera de su propio testimonio, de su propia memoria, de la cual empieza también a dudar, salvo en los días de lluvia.

Hasta que un día, nueve mil años después, entra con paso vacilante, cargado de pesares y de siglos, al jardín de Academo, y encuentra allí al maestro Platón, rodeado de sus discípulos, y logra que escuche su relato de la horrible peregrinación. Platón empieza a escribir en el *Diálogo de Cridas* lo que había mencionado, enigáticamente, en el Timeo.

Y queda en el misterio el naufragio de la Atlántida, al truncarse el diálogo en el momento en que Zeus habla a la asamblea de los dioses sobre el castigo al reino soberbio.

## II

Una versión dubitativa, acaso más hermosa, sin embargo, surge del hecho de que Platón en el *Timeo* se refiera a la Atlántida, muy probablemente antes de conocer al embajador, que llegó hasta él al paso ponderado de la tortuga de Zenón de Elea.

Recuérdese cómo algunos sostuvieron que Platón era Sócrates, basados en que Platón era su fuente indispensable. Esto contradice hasta cierto punto la formulación de Parménides sobre la identidad del ser, y muy posiblemente por esa razón los filósofos discípulos de este último se apresuraron a encubrir esa peligrosa dualidad.

Hay quienes sostienen que Cratilo, el discípulo de Heráclito el Oscuro, era el perdido embajador de la Atlántida —y fue el maestro de Platón—. Hay otros que ven en el mito platónico de la Caverna, en el diálogo de la *República*, un misterio distinto. Se reputa a Platón como hijo de familia aristocrática de Atenas. Ahora bien, lo ocurrido fue que entre los prisioneros de la Caverna (que existieron realmente, en la época de Pericles) se encontraba un joven poeta, que no era otro que el embajador de la Atlántida, el cual, como la tortuga de Zenón, caminó contra el tiempo. Un patricio ateniense, prisionero de guerra en la caverna platónica, le adoptó como hijo, y todo origen distinto se borró cuidadosamente. Sólo en el *Timeo* comenzó Platón a hacer discretas referencias a su reino, que se transformó cuidadosamente en el reino utópico del *Critias*.

Tengo la impresión inevitable de que en el *Critias* se preparaba Platón a revelar su origen de emisario de la Atlántida; la profunda sabiduría que le dieron sus viajes le llevó a la necesidad de esa revelación. En efecto, un estudioso dice: "...optó por acercarse a Egipto, país de un pasado esplendoroso y en fuerte contraste con Grecia, según el mismo Heródoto había revelado. El mundo mítico y misterioso de los egipcios agigantó el conocimiento de Platón. Ante la grandeza y la estabilidad de Egipto, apegado firmemente a sus tradiciones, Platón se sintió casi un adolescente, y en trance de nuevo aprendizaje. Lo repetiría en

el *Critias* el sacerdote que recuerda a Solón la diferencia radical de carácter entre griegos y egipcios: ‘griegos, griegos, vosotros sois siempre niños’”.

De ahí que las biografías de los filósofos griegos sobre Platón sean ante todo descripciones y comentarios de sus obras. Queda el interrogatorio del *Critias* inconcluso. Como fuente del diálogo se anota, y es obvio, que Platón utiliza una versión de la Atlántida que desconocemos.

La razón por la cual Platón no reveló su origen fue su educación ateniense. Para Atenas, la Atlántida era un país bárbaro; pero Platón tomó su desquite montando en él la tierra de Utopía.

Por todas estas razones dejó inconcluso el diálogo: la última parte era la revelación de su origen, y de su largo viaje de lucha contra el tiempo.

## 10. El estudiante y el filósofo

A (Carlos Alberto Gómez, Vila.

Hay muchos que pretenden que a pesar de haber vivido en el mismo tiempo en Königsberg, y haber estado ambos en la universidad en la misma época, el uno como profesor, el otro como estudiante, Emmanuel Kant y E. T. A. Hoffmann nunca se vieron, o no se interesaron mutuamente. No pienso, sin embargo, que fuera así, especialmente teniendo en cuenta que el dominio de Kant era la razón, y el de los monstruos creados por la razón, esa de Hoffmann. Al contrario, estoy seguro de que Hoffmann oyó atentamente las lecciones del sabio Kant, le interrogó y le contradijo, ganándose una reprimenda del filósofo, que así lo desengañó de seguir sus lecciones, y le persuadió de dedicarse, a la vez que al estudio de las leyes, al ejercicio de su propia fantasía. No obstante, Hoffmann conservó su amistad, y algunas veces visitó su casa.

Ahora bien, según parece, Thomas de Quincey pudo tener presentes algunos de los apuntes de Hoffmann, para elaborar su memoria *Los últimos días de Kant*, la cual fabricó con base en el relato del estudiante Wasianski, junto con los testimonios contemporáneos de Jachman, Rink, Borovski y otros, entre los cuales parece, como queda dicho, estar Hoffmann, estudiante de derecho que ocasionalmente escuchó las lecciones de Kant.

(La razón de su asistencia a las lecciones fue la de haber encontrado al profesor Kant en una reunión en la casa de Philip Jakob Hatt y su esposa Doris, la muy amada de Hoffmann, por la cual tenía Kant especial predilección. Era aquélla la época de las relaciones extremas entre Doris y el estudiante. Doris es la hermosa baronesa de su cuento *El Mayorazgo*).

La pasión crecía, se hacía tumultuosa. En 1795, Hoffmann escribía a su amigo Hippel: “Estaría desesperado si no tuviera mi pianoforte, que me proporciona algún consuelo en medio de la tormenta de los mil sentimientos que me torturan; siento como si sobrevolase un genio pacífico y consolador en torno mío, cuando me abandono a mis fantasías, y entonces, lleno de música, me

pierdo en mí mismo”.

Hoffmann, iluminado, trabajaba hasta altas horas nocturnas. En el invierno, muchas veces, al amanecer sólo había dos ventanas encendidas en la ciudad: la de Kant, que comenzaba su jornada, y la de Hoffmann, que no la había concluido.

Es cierto lo que cuenta De Quincey sobre Kant:

“...Muchas veces, algunas melodías oídas en su juventud en las calles de Königsberg resonaban en sus oídos con insistencia molesta y no podía desprenderse de ellas ni con un esfuerzo de abstracción. Por este motivo permanecía desvelado muchas horas, y cuando al cabo lograba conciliar el sueño, era para despertar a poco con sobresalto”.

(Lo curioso, por manifestaciones hechas por Hoffmann a su amigo Hippel, es que a veces al estudiante Hoffmann le pasaba lo mismo, incluso oyendo canciones que antes no había conocido. Y las horas en que sobrevenían esas pesadillas despiertas eran las mismas para los dos).

A la hora del crepúsculo, Kant suspendía su trabajo y se entregaba a la meditación en la ventana, desde la cual por entre las ramas de los arbustos podía verse la torre de Lobenicht. La contemplaba a media luz, y soñaba. Era la única hora del día en que se permitía el hacerlo. Yo sé que la razón de esa ensoñación era que la casa de Doris quedaba al lado de la torre. Cuando crecieron los álamos vecinos y le taparon la torre, fue esto motivo para su pena y desazón, hasta que el vecino, enterado del problema, los mandó cortar, para que Kant recobrarla la paz de sus meditaciones.

Hoffmann se vio alejado de la compañía de Kant, a causa de Doris; un día estaban los dos frente a Kant, y Doris aprovechó ese momento para pasarle un mensaje a Hoffmann. Kant contemplaba un espejo, y vio en él reflejado el encuentro furtivo de las manos. De allí en adelante, ni dijo una palabra ni volvió jamás a decirle a Hoffmann. A Doris sí, pero desde una distancia glacial. Ella ató cabos, y concluyó, muy femeninamente, que el filósofo se había enamorado de ella.

Hoffmann se alejó definitivamente de Königsberg. Su amor se volvió recuerdo. Habiendo regresado casualmente a la ciudad en 1804, Hoffmann asistió a las exequias del filósofo Emmanuel Kant. Y cuando descendía el ataúd a la fosa, sus oídos se llenaron de aquellas melodías bohemias de otro tiempo.

(1983)

### *II. Memoria sobre la vencible Armada*

El 27 de julio de 1866, Juan Clemente de Rivera (el conspicuo poeta de las *Odas republicanas*, quien oportunamente intentó hacer un tránsito napoleónico adhiriendo al partido monárquico) escribió un complicado himno en el cual intentaba celebrar una reciente derrota de la Armada Real; no ha podido establecerse cabalmente cuál, pero, a pesar de lo inopinado del procedimiento, y por entonar tan considerable canto a un insuceso o catástrofe, se considera al bardo mencionado el mayor pacifista que en el siglo XIX tuvo la cuenca mediterránea, contando, desde luego, Papas y Emperadores que se ocupaban y preocupaban de otros menesteres, considerados por entonces como más memorables.

Es harto natural que nada se sepa de la figurativa derrota, pues todas las Armadas tienen el interés de borrar aquellas que les acaecen, y lo intentan siempre, con más o menos éxito. En este caso, al parecer, fue definitivamente logrado, pues ni siquiera se ha podido establecer que la Armada del Reino estuviese en algún momento anclada ante el puerto marroquí de Rabadán. Ni se ha podido demostrar, tampoco, que tal puerto haya jamás existido. Parece ser, sin embargo, que el poeta Juan Clemente de Rivera estuvo en la escandalosa batalla de Rabadán, si bien con menor fortuna que Cervantes en Lepanto. Parece ser también que se vio más o menos forzado a asistir, pues siendo de natural timorato, se encontraba en el buque insignia, invitado por su amigo el príncipe de Ontiveros, gran marinero que terminó en esa oportunidad su carrera con una bala en la espalda, cuando se retiraba discretamente del campo de batalla, por considerar, según después lo aclararon sus deudos, que todo estaba perdido.

El alquimista berberisco Ibn-Tofail hizo algunas precisiones mediante las cuales conjeturó lo siguiente: la batalla de Rabadán tuvo lugar un siglo antes de la batalla de Lepanto, y en ella sucedieron dos fenómenos: la destrucción total de la Armada por los marroquíes y la destrucción del puerto por las airadas fuerzas navales.

A continuación, se trabaron en plural combate a espada, con el resultado de que el único sobreviviente de la batalla fue un poeta que iba como tripulante en la nao capitana, llamado también Juan Clemente de Rivera, el cual, sin embargo, no puede ser el mismo que se pretende autor del poema, por cuanto media una diferencia de cientos de años. Ahora bien, pudo ser un antepasado de De Rivera, y pudo ser que éste encontrase el manuscrito, y se lo apropiase en busca de una gloria que felizmente no alcanzó. Porque el hecho evidente es que el poema perpetrado es tan incalculablemente atroz, tan incierto y tan contrahecho, que bien puede sospecharse que haya sido el propio texto el causante de la desaparición de puerto y naves. Y hay una prueba contundente de que Rivera sí lo escribió, además de la infamante gloria que tanto ha buscado sin hallar: el estilo en que ese poema fue redactado es el más puro decimonónico, esmeradamente escogido y tomado de aquellos memorables escritores de quienes nadie hoy se acuerda. El solo refinamiento acreditable que tuvo don Juan Clemente de Rivera, además de la discreción que supo guardar sobre los engaños de que le hacía víctima su señora esposa, fue el de escoger, diabólicamente, a no dudarlo, aquellos modelos de escrito res que en muy poco tiempo desaparecieron para siempre, y no sola mente no figuran en las antologías, sino que muy difícilmente puede demostrarse hoy que fueran escritores.

(1936)

## 12. *Discusión sobre cementerios*

El *Digesto* (Ley 42, Título 22, pp. 22-24) establecía: “*Quia sepulchri sit non solum, is eo cum, qui recipiat humanationem, sed omne etiam supra in coelum*”. (“La propiedad del sepulcro está constituida no sólo por el lugar que recibe la

inhumación, sino por todo el espacio que lo cubre hasta el cielo”). Sin embargo, los glosadores medievales sentenciaron más precisamente: “*Qui dominum est solí, domino est coeli et inferorum*”. (“El dueño del suelo lo es del cielo y del infierno”).

Los comentarios eruditos demuestran que los dos textos deben interpretarse unidos, y se detienen en la importancia de que el segunda añada la noción medieval del infierno. Pero no solamente para el sepulcro, sino en general para el dominio de la tierra. Lo segundo es la herejía implícita de que un propietario *terrestre* pueda ser *dueño* del cielo o del infierno. El primer texto esconde una cándida aspiración a una vida posterior a la tumba, el segundo encierra una satánica soberbia.

De acuerdo con estos textos y su dudosa traducción, uno de los más extraños personajes de la Iglesia, don Atanasio de Tarento (a veces con ribetes de goliardo, otras de santo), montó una novedosa teoría sobre la salvación del alma, la cual tiene altas repercusiones sociales, y fue prontamente rechazada: no puede salvarse sino aquel que es dueño exclusivamente de su sepulcro, porque si es propietario de más, puede tener incluido en su propiedad hasta casi todo el infierno. En cambio, según el *Digesto*, el dueño de la sepultura lo es hasta el cielo.

Tal doctrina alcanzó a tener numerosos seguidores y desde entonces comenzó a florecer la venta de los cementerios, en la cual puede tener origen el valor comercial que en nuestra sociedad occidental se asigna a las sepulturas.

Conviene, sin embargo, exponer otro importante aspecto: la misma doctrina sobre la propiedad del cielo a través de la sepultura alentó inopinadamente la cremación de los cadáveres, con la exigencia de que las cenizas fuesen dispersadas al viento (lo cual aumentaba la extensión de la propiedad celeste). También es una pequeña ciudad de Bitinia surgió una increíble modalidad: situada a sesenta y ocho leguas del mar, sólo sepultaban sus muertos en las aguas salabas porque como ya entonces se conocía que el mar era una laguna desproporcionadamente extensa, al tomarla como sepultura se daba al muerto opción sobre una vasta

extensión del cielo. Lo cual quiere decir que, si en la vida ulterior se quiere vivir en la duplicación de la ciudad que se ha vivido, es necesario comprar la sepultura en ella, preferiblemente en el cementerio más cercano a la propia residencia. Ahora bien, si en la otra vida se desea vivir en la réplica celeste de París, Londres o Roma, de Atenas, de Madrid o de Estocolmo (como en aquel conocido proverbio de que los norteamericanos que mueren, si han sido buenos, van a París en la otra vida), si se desea, digo, vivir en el Más Allá en una réplica celeste de una de aquellas ciudades, será necesario mandarse morir y enterrar en una de ellas, naturalmente la seleccionada, con el riesgo de que, por congestión excesiva de clientela, manden al extranjero que llega a uno de esos numerosos suburbios que, gracias al prefabricado, tienen la gran ventaja de ser todos absolutamente iguales.

Finalmente (y es todo el propósito de la historia), se cuenta el caso de alguien que, por excesivamente enamorado, deseaba vivir toda la otra vida con la mujer amada, en el lugar donde en esta vida no había podido estar con ella, vale decir, París. Tuvo la gran oportunidad de que ella viajó a París huyendo de su cortejo, y el enamorado se trasladó a aquella ciudad, donde la encontró, la mató y se mató él. Fue muy comentado su propósito, y se supone que ahora vivan los dos para siempre, ¿o acaso debería decirse “mueran para siempre”?, en las avenidas amuralladas de lápidas de un Pére Lacharse Celestial.

## Las muertes apócrifas

En la cálida tarde, el sol entraba lleno de polvo al humilde salón de la parroquia. El cura párroco, don Venancio Celedón, se afanaba trabajando. Estaba solo, y la gente se acumulaba esperando. Con rapidez fue despachando una confesión, una boleta de defunción, un bautismo. Respiró, aliviado. Podría salir temprano, a disfrutar las buenas perdices que había preparado Eudoxia. Al salir, vio, sentado en la antesala, al hombre grande de dientes amarillos a quien había confesado el día anterior. ¿Vendría a cambiar la penitencia? ¿A confesar otro pecado secreto? Don Venancio tuvo un sobresalto: ¿algo habría quedado mal o incompleto en sus consejos, en su misión de cura de almas? El hombre estaba absorto en la lectura de una revista; no eran muchas las que había en la mesa: *Revista Mariana*, *El Mensajero del Corazón de Jesús...* La luz de la tarde había bajado, y apenas alcanzaría a leer. Sin embargo, no levantó los ojos sino cuando el padre Venancio lo interpelló:

—¿Qué le pasa? ¿Le queda alguna duda? ¿Hay algo que le moleste?

El hombre le miró, regresando de la otra penumbra de un mundo muy lejano.

—No, padre; ayer, mientras le esperaba, empecé a leer un cuento de esta revista, y vine hoy para terminarlo. ¿Me permite...?

El padre Venancio quería salir, pero la cortesía se lo impidió. Le rogó que terminara. Se olvidó de encender la luz, notó luego, y no pudo explicarse cómo el desconocido había logrado, entre las sombras, terminar de leer. Mientras arreglaba unos breviarios, oyó la voz de despedida, el ruido de la puerta. Salió a la antesala, y, todavía desplegada, encontró una revista. La tomó; no la recordaba, ni siquiera reconocía su título: *Más Allá...* En la carátula aparecía una formación gaseosa, de estilo ectoplásmico, que revoloteaba en el espacio. Quién sabe quién la habría olvidado. La hojeó, dudosamente. En la sección llamada “Ultraficción” lo encontró: se llamaba *Las muertes apócrifas*. El cuento iba precedido de una nota sobre el autor:

“El Reverendo Padre Jerónimo Alameda, distinguido escritor, poco conocido para las nuevas generaciones, nació en Betulia (Santander) en el año de 1820. Después de cursar sus estudios eclesiásticos en París, y de ejercer durante algún tiempo en Europa el sagrado ministerio, vino, siendo joven todavía, a la Nueva Granada, y se dedicó a su apostolado en el antiguo Estado Soberano de Santander. Siendo, como era, agudo escritor, no conociendo las tentaciones de la publicidad, hasta el punto de que solamente dos o tres artículos suyos vieron la luz pública. Dejó, sin embargo, un considerable acervo de obras literarias (algunas de ellas en poesía satírica), y algunos trabajos de ficción que solamente se conocieron entre los eruditos. Se ha pretendido producir una edición de sus obras, lo cual hasta el momento no ha sido posible, por encontrarse aún en estudio, en poder de personas relacionadas con sus familiares. De su papel en las guerras civiles pueden mencionarse algunos hechos memorables, que no es del caso traer a cuento en esta breve información. Un aspecto de gran interés dentro de su obra es la exploración sobre la vida ultraterrena, y dentro de ella, sus búsquedas sobre este gran tema de las muertes apócrifas. Su técnica es la de establecer las muertes que debieron o merecieron tener los grandes personajes (o las que tuvieron en realidad, ocultas por el opulento ropaje de la historia). Así, para dar un ejemplo, la muerte de Holofernes, descabezado por Judith: parece ser (lo dice Hebbel) que esa muerte pudo deberse a que la viuda Judith era virgen, y el consiguiente esfuerzo realizado por Holofernes después de su considerable banquete lo mató de apoplejía.

“Además de los textos que aquí se publican —continuaba la nota introductoria— hay algunos que pueden, eventualmente, requerir más desarrollo, por sus implicaciones. Los últimos textos, como es natural por cuestión cronológica, no pertenecen al padre Alameda, sino al director de esta revista, quien, en el ánimo de continuar la importante exploración iniciada por el levita, ha adoptado el mismo procedimiento, para aplicarlo al examen de controvertidos personajes del siglo XX. Esta es la selección de tan

meritoria obra, con las adiciones mencionadas, la cual juzgamos que podría dar origen a una especial escuela literaria”.

El texto era el siguiente:

LAS MUERTES APÓCRIFAS

*Cristóbal Colón*

...Cuando ya la *Santa María* iba hundiéndose, se aproximó a ella un bote, del cual saltó a la nave un hombre delgado, de larga cabellera gris, el cual subió por la escalerilla y llegó al puente de mando.

Las órdenes del Almirante prolongaron por unas horas la lucha de la *Santa María* contra el temporal, pero ya la nave malísima comenzaba a hacer agua, y la fuerza del viento la empujaba desarbolada como estaba, contra las rompientes. Finalmente se vio que los marineros iban abandonando la nao, en las chalupas de salvamento.

Contra la luz roja del atardecer siguió viéndose la silueta del Almirante, rígido en su puesto hasta que el agua lo fue cubriendo.

*Vasco Núñez de Balboa*

...Cuando Balboa iba siguiendo a su perro “Leoncico”, y se hallaba ya a escasos cien metros del mar, un indio emboscado le disparó una flecha envenenada que se coló por un intersticio de su yelmo, y lo mató en el acto, por lo cual no pudo descubrir el océano Pacífico.

*Napoleón*

Los ingleses nunca permitieron que se filtrase nada distinto de la versión oficial. Muchos autores han investigado, y de los sospechosos documentos de Santa Elena no han logrado hacer luz distinta de las pistas ocurridas en diversos escritos contemporáneos. De manera que sobre la muerte del Emperador hemos podido coleccionar las siguientes versiones (que permanecen ahogadas por el cuantioso prestigio editorial anglo-norteamericano):

a) Napoleón se suicidó en Santa Elena, cuando sus carceleros resolvieron privarle totalmente de compañía femenina.

b) Fue asesinado por una celosa, residente en la isla. (Acaso Mme. de Montholon, cuando se dio cuenta de que empezaba a hacer objeto de sus atenciones a Mme. Bertrand).

c) Fue muerto cuando intentó evadirse, disfrazado de sacerdote, en un *brick* que llegó a Santa Elena enviado por una asociación secreta bonapartista de París.

d) La más hermosa de las muertes, y seguramente la que el Emperador habría deseado, es la que relata Caulaincourt, en un texto casi desconocido: cuando Napoleón llegó a la Malmaison (donde vio a la Walewska y a su hijo), una patrulla realista mató a los pocos coraceros que le hacían guardia. El Emperador se refugió con María y el niño en el bosque cercano, y presentó, solo, pelea a sus atacantes. Mientras luchaba con tres soldados (al parecer austríacos) a espada, V protegía con su cuerpo a la condesa y a su hijo, llegó, por el flanco. un soldado robusto, parecido al que años después satisfizo, según relatan, los ardores de María Luisa; el austríaco propinó al Emperador una estocada que le partió el corazón. Al girar sobre sí mismo, con el dolor de la herida, la espada de Bonaparte, aún empuñada, hizo una marca reconocible en la frente del soldado.

e) Se cuenta, igualmente, que falleció en brazos de una casual amante inglesa, que estuvo de paso en la isla y cuyo verdadero nombre se ignora; hay quienes sostienen, no obstante, que ella le asesinó en cumplimiento de un oscuro encargo de sus carceleros.

f) Se cuenta igualmente, que murió en Santa Elena, afectado de cruel dolencia al hígado. Pero también en esto subsiste la duda de que hay quienes sostienen (con pruebas científicas, como el análisis de sus cabellos) que fue envenenado con arsénico.

No faltaría la poética hipótesis (napoleónica) de que todas las muertes son falsas, y que, en verdad, de ninguna de ellas pudo morir el Emperador, quien vive todavía, lo cual, extrañamente, parece comprobarse visitando, a ciertas horas de difuso sol, y en tarde brumosa de invierno, su tumba en los Inválidos.

### *Lucrecia Borgia*

Después de la muerte de su esposo (no se sabe bien si Giannini Sforza o Alfonso de Aragón, al parecer apuñalado en una orgía en el Palazzo Santa María, versión bien diferente a la oficial, y según se dijo, por su propia consorte), la señora Borgia siguió durante algún tiempo llevando la vida desarreglada y turbulenta por la cual era famosa en Roma, y que le valía preocupadas amonestaciones de su padre, el Sumo Pontífice.

Nadie sabe por qué, después de un riesgoso viaje a Padua, donde atendió un memorable convite orgiástico, tuvo, a su regreso, que sufrir los embates de una tempestad nocturna. Sus acompañantes huyeron y ella debió buscar refugio en una choza abandonada, donde pasó sola la siniestra noche. Nunca refirió nada sobre esas horas nocturnas. Hay quien dice que en la misma choza se había refugiado un santo ermitaño, pero al día siguiente no se encontraron rastros de él, ni en treinta leguas a la redonda había ninguno que pudiese presumir de tal. Según otros, un siniestro bandido buscó amparo en la misma casa, y al encontrar sola a Lucrecia, la violó.

El hecho es que desde aquel día, en el poco tiempo que le quedó de vida, Lucrecia empezó a frecuentar la oración y la penitencia, llegando a portar sobre su lisonjeada carne un cilicio inesperado. Ayunos, flagelaciones, abstinencia camal, deterioraron su cuerpo memorable, y en el húmedo invierno romano fue paulatinamente enfermándose, hasta que un día no pudo levantarse más. Reclinada cerca al balcón, rezaba, mirando resbalar el Tiber como si fuese un rosario. El Sumo Pontífice la visitaba, preocupado. Su confesor la oía todos los días. Dicen que tomaba amplias notas de sus largas confesiones, lo cual no excluye la posibilidad de la aparición sorpresiva de un libro de memorias de Lucrecia.

Hasta que un día, en el ascético lecho que había improvisado en una de las Cámaras del Palacio, resolvió morirse definitivamente, con el Cristo de sus dolores en las manos. El cadáver tuvo una belleza inmaterial y terrible. Contaban los

criados que cuando dijo sus últimas palabras de contrición, una luz extraña inundó la habitación, y se oyeron músicas celestiales. Toda Roma murmuró que la gran pecadora había muerto en olor de santidad.

El Sumo Pontífice hizo abrir el proceso de canonización; pero por su íntimo parentesco de consanguinidad, el Colegio de Cardenales opinó que era necesario aplazarlo. Después de la muerte de Alejandro no se pudo reiniciar el proceso, porque había desaparecido.

### *María Antonieta*

Cuando María Antonieta fue absuelta por el Tribunal Revolucionario, ante la oferta del convencionista Dampierre de casarse con ella, mucha gente se regocijó, como se regocijaron después, al verla actuar como buena esposa de un buen revolucionario.

La luna de miel del matrimonio duró aproximadamente hasta 1795, época en la cual Dampierre empezó a notar inexplicables ausencias de “Toinette”, quien dejaba abandonado por horas al hijo que acababan de tener.

El convencionista se proveyó de unos agentes secretos, y la hizo seguir permanentemente. Así descubrió que se deslizaba a una pequeña buhardilla en el Faubourg Saint Antoine, en la cual recibía las visitas de un amante. Y —lo peor de todo— investigado el hombre resultó ser un aristócrata disfrazado.

Dampierre no dijo nada. Sobornó a la portera del edificio, y cuando María Antonieta estuvo reunida con su amante, la portera le abrió. Excusado es decir que Dampierre los encontró desnudos en la cama, y que de un solo golpe de espada los atravesó a los dos, dejándolos clavados a las tablas. La puerta permaneció abierta el resto del día, para castigo y escarmiento de la aristocracia.

### *El marqués de Sade*

Contra los que hubieran deseado la muerte del marqués en

un libidinoso acto sexual, ésta ocurrió así:

El 14 de julio de 1789, cuando virtualmente estalló la Revolución y el pueblo se dirigió a tomar la Bastilla, el marqués se encontraba prisionero en aquella cárcel. Al irrumpir los revolucionarios, fueron abriendo las puertas de los calabozos. Al llegar al del marqués, lo encontraron cerrado por dentro. Es sabido que el alcaide de la prisión le había dado permiso de instalar por dentro un contundente cerrojo (así lo relata M. Jean Ferry), para no ser interrumpido cuando se dedicaba a escribir.

Al llegar los invasores encontraron la puerta cerrada y a pesar del tremendo rugido de la Revolución, la puerta no se abrió. Muy seguramente el señor marqués se encontraba escribiendo un nuevo libro, que infortunadamente se perdió. El caso es que el marqués no abrió la puerta de su celda. Los revolucionarios pensaron que allí podían haberse refugiado los monárquicos, y no insistieron más, al contrario, pusieron en práctica su propósito de destruir e incendiar la odiada fortaleza.

Al lado del cuerpo se encontraron, en una caja de latón, admirablemente preservados, los manuscritos, tiempo atrás concluidos, de *La filosofía en el tocador* y *Los 120 días de Sodoma*.

#### *Simón Bolívar*

El 27 de agosto de 1828, el Libertador Simón Bolívar se sentó en su silla presidencial. Venía de conversar con doña Manuela Sáenz, quien le había expresado sus profundos temores de golpes de Estado, de conspiraciones santanderistas, de malestares venezolanos. La Convención de Ocaña se paralizaba sobre la Constitución. El país se disolvía.

Con la pluma en la mano, Bolívar reflexionó largamente. Veía que solamente había un camino para poner coto a esta situación y reempuñar las riendas con firmeza: el gobierno absoluto, la dicta dura. En otro tiempo, seguramente no lo habría hecho. Ahora penetraba mucho más en los secretos de la razón de Estado.

Sobre la mesa reposaba ya el texto del decreto que el

ayudante le había preparado según sus instrucciones. Bolívar lo releyó, y humedeció la pluma para declararse dictador. Cuando trazaba su memorable rúbrica, una punzada en el pecho hizo que el movimiento de la mano prolongase trágicamente la línea. Bolívar cayó muerto sobre su decreto, el cual ahora debe conservarse, con su larga rúbrica, en el museo de la Quinta de Bolívar, en Santafé de Bogotá.

### *Stendhal*

Un día de 1830 fue ejecutado en la plaza principal de Grenoble el señor Julián Sorel, por su conocida tentativa de homicidio, relatada por M. Stendhal en *La Rouge et le Noir*.

Sólo después de su muerte revelaron las autoridades que el nombre de Sorel era el seudónimo literario de M. Henri Beyle, quien también usó provechosamente el ya mencionado nombre de pluma de Stendhal, y vivió algunos años en Italia, desempeñando cargos consulares.

### *Lenin*<sup>71</sup>

Todos decíamos que el trabajo de Vladimir Illich era agotador. Cuando se supo que le había sobrevenido aquel fulminante ataque cerebral, nos agolpamos, con el pueblo, en tomo a la casa, a acompañarle en su lucha con la muerte. Nevaba cruelmente, pero nadie se movía.

Alguien salió al balcón, y dijo alguna cosa que no oímos. Pronto pasaron la voz por toda la explanada del Metropol: “Lenin ha muerto. Trotsky lo sustituye”.

Y fue así como, el mismo día del gigantesco entierro que llenó las calles heladas de Moscú, nos preparamos tristemente para el gobierno de Trotsky, y para despedimos para siempre del camarada Stalin.

*hi muerte de K.*

*(Nota bibliográfica sobre el libro The Final Days, de Woodward y Bernstein, recientemente aparecido.)*

---

<sup>71</sup> Como se advirtió, este texto y los siguientes son escritos por el director de la revista *Más Allá*.

El doctor Henry Kinssinger abandonó la Sala de Lincoln, en la residencia privada del presidente, después de haber orado con Nixon. Nixon había pronunciado su patética pregunta: “¿Me tratará la historia mejor que mis contemporáneos?” El doctor K. se estremeció, oyendo todavía los sollozos del presidente. Cuando Nixon se arrodilló a rezar, K. no tuvo otra alternativa que arrodillarse también. “¿Qué he hecho? ¿Pueden cosas tan pequeñas acabar un presidente?” K. había puesto su mano consoladora sobre el hombro de Nixon. “¿Qué hice? ¿Qué ocurrió?”

Cuando K. se incorporó, Nixon seguía sollozando, arrodillado. K. pensó que era mejor dejarlo todo. Miró la vacía botella de *bourbon*. Volvió la espalda y salió.

Sobre su hombro derecho se acurrucaba Metternich. De su bolsillo del pecho salía la memoria de Richelieu. En los bolsillos de la americana asomaban sus cabezas Bismarck y Monroe. Nunca K. se había sentido de tal modo desconcertado; ni aún en los más graves momentos del Medio Oriente, ni siquiera en los más agonizantes *pour parler* de Moscú.

Se presentó ante sus ojos el informe de los hombres de la seguridad de la Casa Blanca, y vio a Nixon, como un nuevo fantasma, recorrer los corredores en un angustioso diálogo con los retratos de los presidentes muertos. K. había presenciado dos entrevistas: con Teddy Roosevelt y Taft. No quiso vigilar la secuencia dramática del examen de conciencia, ni llegar a los fantasmas de los que habrían podido ser presidentes. Los corredores de la Casa Blanca estaban llenos de voces asordinadas: las de los empleados aparentemente fieles y las de los feroces antecesores —Washington, Jefferson, Adams— con voces cargadas de reproches, tanto más fuertes cuanto más tiempo había pasado entre ellos y el ajusticiado.

Oyó el último sollozo y cerró la puerta de la Sala de Lincoln. Se dirigió a su oficina. Cuando timbró el teléfono, sabía que era el presidente. Descolgó la bocina, y oyó aliviado que su ayudante Eagleburguer levantaba también el teléfono. “Henry, no

le digas a nadie que lloré y que no tuve fortaleza”. Eagleburger cerró la comunicación. Metternich, acurrucado sobre el hombro derecho de Kissinger, callaba. En su hombro izquierdo, K. oyó la risa de Talleyrand.

Suspiró. Era demasiado, aguantar el mundo como colaborador de un presidente que sollozaba. Miró los teléfonos intervenidos. Miró el gran planisferio con las zonas ajenas marcadas ofensivamente. K. pensó en escribir. Extendió el brazo izquierdo, para tomar el papel; un dolor agudo se inició en sus dedos y se fue trepando. El secretario se quedó inmóvil, mirando, escuchando el fracaso de toda su política, el rumor de revoluciones de Chipre, las negras asonadas de África, los lamentos de los judíos agonizantes, los árabes ahogados en petróleo, la risa de Breshnev, el poema de Mao, la sorpresa de la existencia de América Latina, el canal de Panamá inundado. Oyó suavemente el suspiro de Metternich, la sardónica risa de Talleyrand, la metralla lionesa de Fouché. Pitt, Disraeli, Gladstone. A cada uno lo hubiera encontrado en los bolsillos de su chaleco inexistente. El dolor se hizo más profundo, algo estalló en lo íntimo de su pecho, y se desplomó sobre el inmenso escritorio, en una reverencia última ante el mapa del mundo. K. había muerto en medio de los brillos de su política, y con su muerte se llevaba todas las llaves: las entrevistas con Sadat, la dureza de Rabin, la sonrisa irónica de Golda Meir, el mar Rojo y el mar Negro, las puertas del oriente. K. había fallecido en su puesto de combate.

Fue esto lo que dijo el presidente Nixon en su discurso del funeral, en el cual pidió un velo de olvido sobre la controversia de Watergate, sobre todos los problemas internos, para contemplar, erguidamente, la situación mundial.

El Congreso americano estuvo de acuerdo, con una salvedad sobre Chile propuesta por el senador Kennedy. Se dijo que con la muerte del secretario heroico comenzarían los mil años de paz que esperaba la humanidad desde el Apocalipsis<sup>72</sup>.

---

<sup>72</sup> Las frases de Nixon pertenecen al libro reseñado. Una declaración clandestina de Patricia Hearst no pudo incluirse, por no poseerse un texto fidedigno.

### *Augusto Pinochet Ugarte*

En el caso de Pinochet es difícil ser imparcial; hay demasiadas evidencias frescas. No obstante, podrían ensayarse algunas soluciones, como, por ejemplo:

a) El día del asalto al Palacio de la Moneda, el general Augusto Pinochet resolvió tomar personalmente el mando de las tropas y dirigir el asalto, metralleta en mano. En el estrépito del combate se encontró de manos a boca con el presidente Salvador Allende. Ambos dispararon; una bala mató a Allende, y la suya a Pinochet. I in la batalla subsiguiente triunfó la Unidad Popular.

b) El general Augusto Pinochet murió ante el micrófono, de un infarto producido por su propia angustia, al decir: “la democracia chilena está en paz”.

c) Después de diez años de gobierno, durante los cuales fue tenazmente ubicando la opinión en torno a él, el general Augusto Pinochet Ugarte sintió el llamado espiritual, y un buen día llegó, de uniforme de gala, al Convento de Santo Domingo, donde cambió sus vestiduras por el hábito. Desde entonces se dedicó, durante quince años, a formular un plan para restablecer la Inquisición en todo el Nuevo Mundo. Empezó a poner el plan en ejecución, y en cierto momento fue encontrado sospechoso de herejía, por lo cual el Santo Oficio decidió relajarlo al brazo secular, y fue quemado en la hoguera con algunos de sus discípulos.

d) Murió de la misma muerte a la cual estaba predestinado.

### *Mao Tse Tung*

a) El camarada Mao murió ahogado mientras nadaba en el río Amarillo, durante la “Larga marcha”. Su muerte dio origen a las cinco Repúblicas Populares de China.

b) El camarada presidente murió lamentablemente una noche de agosto de hace algunos años, mientras hacía el amor con su esposa Chiang Ching.

c) Según pudieron averiguar las agencias noticiosas occidentales, el camarada Mao murió cuando redactaba un poema

a propósito de la justa muerte de Chiang Kai Shek.

d) El día de la invasión definitiva a Formosa, Mao estuvo presente en todo momento, animando al ejército popular. Cuando se aproximaban ya a coronar la exitosa misión con la toma de la sede del gobierno títere, una bala perdida lo mató.

*La muerte del escritor*

El escritor quiso contar su propia muerte, a la manera de aquel pintor inglés especializado en pintar defunciones, que murió mientras pintaba la suya, en la cual aparecía en el cuadro, frente al caballete, pintando, naturalmente, su propia muerte. El escritor empezó a redactar; había imaginado una heroica y meritoria escena; pero por eso mismo, como la muerte es incógnita, quedó inesperadamente muerto sobre el original inconcluso. Sobre el papel había escrito, a manera de epígrafe, un verso de Jorge Luis Borges:

*La vasta y vaga populosa muerte*<sup>73</sup>.

\* \* \*

Cuando el padre Venancio levantó los ojos, había oscurecido completamente. Se maravilló de haber podido leer con el solo reflejo de las luces de la calle. Dejó la revista y salió por la ronda de la iglesia, entre la noche clara. Se devolvió luego, desde la sacristía, a buscar la revista para llevarla y leerla nuevamente esa noche, pero no la encontró, posiblemente porque no recordó dónde la había puesto.

(1976)

---

<sup>73</sup> El escrito cita la primera versión del poema "Blind Pew", de Jorge Luis Borges, tal como aparece en el libro *El hacedor*, 1ª edición, diciembre de 1960, Emecé, Buenos Aires. En el libro *El otro, el mismo* (poemas 1930-1967), p. 83, 2ª impresión, enero de 1970, Borges da esta variante:

*La vasta, y vaga, y necesaria muerte.*

En todo caso, y aunque la muerte es tanto populosa como necesaria, el ser "populosa" le brinda mayor impresión de soledad.

## Las alas de los muertos

A Marcela Gómez Vila

El espejo del marqués

*"Tous les hommes son fous; il faut, pour n'en point voir, s'enfermer dans sa chambre, et briser son miroir".*

Marqués de Sade. *Teatro*.

Monsieur Philippe Ventre, investigador privado, terminó de escribir la larga carta-informe en la cual resumía el resultado de sus investigaciones sobre el caso más extraño que había tenido en su vida profesional. Su éxito no había sido rápido, pero lo que había descubierto, con la dificultad de los años transcurridos, implicaba un gran resultado investigativo. Era de esperarse que los rastros, en especial dado el tiempo de la vida de su investigado, hubieran desaparecido. Sin embargo fue mucho más productivo que lo pensado, seguramente porque a comienzos del siglo XIX la policía no tenía todavía gran capacidad de conservar y aportar evidencias antiguas, y porque pese a la siniestra aureola del personaje, este emergía de las pesquisas. Así decía el informe, curiosamente escrito en parte en primera, en parte en tercera persona:

... Eran varios los temas importantes para el investigador. El primero de ellos (que venía a resumirlos), el de los retratos del marqués, y la misteriosa circunstancia de que todos hubieran desaparecido. Abundan muchas huellas y menciones sobre su vida, en especial sobre sus últimos años. Pero los retratos, a pesar de provenir de pintores renombrados, que justificaban su conservación, como Van Loo, desaparecieron todos. Ninguno de ellos ha sido encontrado, lo cual, unido a una imaginación delirante, crea un misterio todavía mayor.

Ahora bien, hay otro punto que da mucho para pensar e investigar, y es el de las tendencias utópicas del marqués. Este participó abundantemente de las ideas de los utopistas. Pese a su origen aristocrático, trató siempre de extender el reinado del mal (en el cual estaba su primera y más fuerte utopía), a todos los

seres humanos sin distinción de edad, sexo o estirpe. Como aquel mítico y cierto Gilles de Rais tenía su castillo de torturas, así lo consiguió el benemérito marqués, a través de su espléndida creación novelesca.

Dada la peculiar condición de su concepción utópica, se le olvida muy frecuentemente al hablar de los grandes utopistas. Pero la sola concepción del Mal Total, que llena su obra, es fundamental desde el punto de vista del estudio de las utopías. El mejor resultado de ella está, indudablemente, con todo su peso simbólico, en su obra *Los 120 días de Sodoma*<sup>74</sup>; y en buena parte también en *La filosofía en el Tocador*, y en *Juliette*.

“Aline et Valcour” es una desviación dudosa de la gran utopía del mal. En ella plantea Sade el tema de la Ciudad Ideal. En tanto que las obras anteriormente escritas describen la felicidad en el cumplimiento total del mal, la Utopía de Aline y Valcour, “dulce y pacífica”, se sitúa en la isla de Tamoé, desconocida, donde vive un pueblo feliz a la sombra de la dicha común. Utopía social clásica, con todos los rasgos de estas. El descubrimiento de Tamoé se realiza en uno de los viajes del capitán James Cook. Sainville, el héroe precario, va tras él, en dirección a Otaití, y una tempestad lleva su barco a tierra austral desconocida. Es recibido por el jefe de la isla utópica, Zamé, que es curiosamente un antiguo oficial de la marina francesa convertido en patriarca. La sociedad maravillosa de Tamoé es obsequiosamente descrita. Es la utopía convencional, como si el marqués, en un momento de arrepentimiento, hubiera querido borrar la verdadera. Parece como si Sade, en alguno de esos períodos desconocidos de su vida, se hubiera enrolado en uno de los navíos del capitán Cook, en busca de elementos para su novela utópica o para huir de la justicia. Nadie ha estudiado la posibilidad de que Sade hubiera estado

---

<sup>74</sup> Quien escribe conoció *Les 120 journées de Sodome* en una edición clandestina hecha en Bélgica en 1948, época en la cual aún no había comenzado Pauvert su labor de difusión. El tema de la Utopía del Mal está allí exhaustivamente desarrollado. Fue escrita en la prisión en 1785, cuando tenía el marqués más de 40 años. *Los 120 días* son, según su mismo autor, “el relato más impuro que ha sido jamás escrito desde que el mundo existe”.

como marino en esa expedición, en vez de preso, durante uno de sus cautiverios. No es ya el castillo, sino el regreso triste a una utopía formal. El castillo de Silling, en la Selva Negra, donde se encierran los cuatro libertinos con su séquito durante cuatro meses de utopía temporal, es el perfecto modelo de la utopía a la inversa, en el espejo. Acaso la clave de Tamoó es la de que debe también mirarse *en el espejo*, para verla al revés de su tediosa formalidad. El aislamiento de la montaña escarpada, la aldea de contrabandistas carboneros, el precipicio que sólo tiene un puente que los libertinos destruyen una vez encerrados, el muro de diez metros, la nieve, todo lo que rodea el castillo de Silling, es trocado por el Mar del Sur. Esta es la utopía que regresa al Buen Salvaje. La del primer Sade, la del castillo de Silling, es la del Mal Salvaje, la del hombre ahído de civilización y es, sin duda, más tentadora y peligrosa.

Roland Barthes señaló en su día<sup>75</sup> al analizar a los grandes utopistas:

“La clausura del lugar sadiano tiene otra función: funda una autarquía social. Una vez encerrados, los libertinos, sus ayudantes y sus súbditos, forman una sociedad completa, provista de una economía, de una moral, de una palabra y de un tiempo, articulado en horarios, en trabajos y en fiestas. Aquí como en otras partes, es la clausura la que permite el sistema, es decir, la imaginación. El equivalente más próximo de la ciudad sadiana sería el falansterio fourierista: el mismo proyecto de inventar en todos sus detalles un internado humano que se baste a sí mismo, igual voluntad de identificar la felicidad con un espacio finito y organizado, la misma energía para definir los seres por sus funciones y para regular la entrada en juego de las clases funcionales según una escenificación minuciosa, la misma preocupación de instituir una economía de las pasiones, en fin la misma “armonía” y la misma utopía. La utopía sadiana —como por otra parte la de Fourier— se mide mucho menos por las declaraciones teóricas que por la organización de la vida

---

<sup>75</sup> Roland Barthes. *Sade, Fourier, Loyola*, pág. 23.

cotidiana, porque la marca de la utopía es lo cotidiano, o bien todo lo cotidiano es utópico: horarios, programas de alimentación, proyectos de conversación o comunicación, todo esto está en Sade: la ciudad sadiana no se sostiene sólo por sus “placeres” sino por sus necesidades: es, pues, posible esbozar una etnografía del pueblo sadiano”. Desde luego todos estos postulados son aplicables tanto al castillo de Silling como a Tamoé, lo cual comprueba minuciosamente la teoría de los espejos.

En Tamoé ya los objetos del libertinaje aparecen esfumados, irreales, retóricos, incluso en sus descripciones. En verdad, lo mismo que Tomás Moro construyó su utopía en torno a Américo Vespucci, el marqués de Sade construyó la suya, la segunda, en tomo a James Cook. Pero es la utopía libertina, en tomo a sí mismo. Eventualmente podría decirse que su mejor retrato es su propia obra. ¿Tal vez desaparecieron por eso los retratos de los pintores?

En el curso de las investigaciones, yo, Horace Fructueux Ventre, encontré un curioso documento que quiero presentar a título de ilustración.

Se trata de un texto escrito por un señor de Montreuil, pariente de la mujer del marqués. Dice así:

“El día 23 de agosto de 1814 llegué al pueblo de Saumane o Coin de la Vierge. Quise entrar a un café, en el cual se arremolinaba la gente de la localidad. Al entrar encontré un sospechoso silencio. En todas las mesas, las gentes que se encontraban reunidas no hablaban, se miraban unas a otras o contemplaban las abrumadas vigas del techo. De vez en cuando, de alguna mesa venía una palabra a media voz. Era uno de los cuadros más extraños que podía verse en una población que era, como se sabía bien, alegre y jovial.

“Por fin, le pregunté a uno de los campesinos que estaba sentado solitario, qué pasaba, y me contestó: —¿Pero no sabe? ¿No se imagina?: se nos ha muerto el gran protector, el hombre de quien esperábamos más para nuestro pueblo. El hombre más amado, como en otras regiones había sido el más temido.

—¿Cómo se llamaba?

—Era nuestro marqués, el marqués de Sade, preso durante tanto tiempo por la injusticia. Nadie ha hecho tanto el bien entre nosotros.

Me quedé en silencio. El marqués... ¿Cuántas Justinas y Violetas nacerían de este pueblo? Aquí, le querían y le recordaban. Alguna razón misteriosa debía existir. Hice unas cuantas preguntas más, pero no logré mayor claridad. Me levanté y fui hacia la casa cural. Allí obtuve que me recibiera el sacerdote, un hombre anciano, seguramente de la misma edad del marqués.

El santo varón me confirmó: —Efectivamente, el pueblo está de duelo por su gran patrón, el hombre que más bien hizo en la región, el marqués de Sade. Aquí existe la convicción de que su encierro en la Bastilla fue político, y que la prisión en los manicomios fue la continuación de una gran persecución.

El cura no era muy letrado. Cuando le pregunté qué obras del marqués de Sade conocía, me habló de una “piadosa novela”, Justina, que describe los infortunios de la virtud. No se podía conseguir en el pueblecito, era necesario viajar a París para obtenerla.

—Precisamente ahora, me dijo el cura, voy a dedicar la misa a la intención del alma del marqués. Me ha dicho la señora marquesa que vendrá. ¿Quiere demorarse?

La marquesa no llegó, pero yo sí me detuve, para observar y grabarme el espectáculo de la misa por el alma del marqués. No sé si por la impresión misma del momento, por lo cruel de la situación, me pareció que la iglesia estaba cubierta de una extraña luz negra, similar a la de los eclipses.

A pocas millas de allí quedaba el castillo. ¿Quiénes estarían reunidos? Cuando monté a caballo, la luz negra y oro del atardecer llenaba el valle. Amenazaba una densa lluvia, y debí regresar al pueblo. Encontré alojamiento en la posada, en un cuarto que me pareció haber visto descrito en uno de los libros del

marqués”. Aquí se interrumpe el texto.<sup>76</sup>

No hay duda, pues, de que algún éxito coronó la labor comenzada. No solamente en las investigaciones bibliotecarias, sino en el contacto directo con la población. Esta reaccionó muy bien, fue acuciosa y sus informaciones dieron muchas bases para esta memoria, llena de misterio y de dificultad.

Quienes encargaron la investigación, pertenecen a una rama desconocida y borrosa de la familia de Sade, originada en modestos bastardos, pero muy conscientes de la importancia de la familia, desde Laura de Sade, la amada de Petrarca, hasta el complejo marqués. Uno de ellos, el menor, Donatien, protegido por su padre Claude Armand (hijo de Sade concebido en la prisión, en una de las tormentosas visitas de su mujer), ha querido rastrear el paradero de los retratos del ilustre antepasado, hechos por el pintor Van Loo y otros artistas notorios, y de los cuales la familia tuvo uno en la residencia de París, y el otro en la campiña, además de una curiosa miniatura que llevó durante mucho tiempo la señora de Sade, y que, de consiguiente, debió presenciar memorables escenas. Tales retratos desaparecieron luego de la muerte de Sade; posiblemente fueron confinados a un granero, donde la gente perdió ya la memoria del rostro antes de ganar la celebridad.

El primer elemento para la investigación era el de obtener una cuidadosa descripción física. Presumí desde el comienzo que los rasgos de Donatien, el nieto interesado, deberían ser similares a los de su abuelo. Porque se dice que sus aficiones, excepto la de escribir, han sido las mismas. Y realmente, el rasgo más notable de la personalidad del marqués era su vocación literaria, la cual le causó multitud de problemas. Si no hubiera escrito aquellos libros licenciosos, habría sido un respetado aristócrata, condescendiente

---

<sup>76</sup> Los duelos colectivos son frecuentes. El memorable caso de lord Nelson; la muerte del emperador Napoleón, cuando se conoció en Francia; la de los cantantes Agustín Lara y Jorge Negrete en México; las muertes de toreros, las de líderes políticos como el presidente Franklin D. Roosevelt o el presidente Kennedy, provocaron en su momento accesos de tristeza colectiva en lugares públicos. Es el pueblo el que se duele y se aflige, cuando los privilegios se regocijan.

con la

revolución. Manteniéndose en la sombra habría podido incluso salvar algunos de sus bienes, como logró hacer su esposa. Y habría podido hacer olvidar algunos extravíos de su juventud.

De acuerdo con todas las investigaciones logradas, el físico del marqués era atractivo. Un rostro de rasgos duros y abiertos que no desdecían de su nobleza. Talla media, bastante grueso, cabellos rubios, hermoso rostro. “Frente amplia, ojos azules claros, nariz media, boca pequeña, mentón redondo, rostro ovalado y lleno...”, según la orden de arresto del capitán de la policía en 1793. Sin embargo, a lo largo de su vida y de los muchos años de prisión, parece ser que el rasgo físico más destacado del marqués era su gran obesidad, que lució hasta la tumba.

Los pocos retratos cuya referencia existe, pero cuyo paradero se ignora, son: una miniatura de su juventud, y un retrato de los Van Loo, ejecutado cuando el marqués estaba preso en Vincennes. No se sabe si el autor fue Carlos, el viejo, o alguno de sus tres sobrinos.

Mile. María Dorotea de Rousset, hizo una copia del retrato de Van Loo, en 1781. Ella era amiga de la señora Renée Pélagie de Montreuil, casada con el marqués desde 1763, cuya mano fue otorgada al marqués pese a su reputación poco clara, gracias a su abuelo aliado a la sangre real, que pesó especialmente en la decisión de la madre de Mile, de Montreuil. Sade acababa de dejar pocos días antes de su matrimonio, el amor de mademoiselle Adéline de Lauris.

¿Cuál fue la razón de la desaparición de *todos* los retratos? No se sabe cuándo ocurrió. Lo más posiblemente la acción de madame la Marquise sucedió después de que los aparentes escándalos del marqués colocaran a su familia en irritante situación. Naturalmente, bien poco podía hacer la desaparición de los retratos en el cambio de opinión de las gentes. Al contrario, la apariencia del marqués parece haber sido bastante más atractiva que su fama.

No he podido comprobar la razón de la desaparición de los retratos, como no sea la del despego amoroso de sus propietarias. En lo que concierne a la marquesa de Sade, la leyenda más importante es la del amor inextinguible del marqués por ella, pese a su aventura de amor con su cuñada, que terminó en el destierro de esta en el convento. Esta búsqueda oscura por tantos sitios de Francia, por tantos museos provinciales, por la contemplación de tantos retratos desconocidos, me ha dejado unas claras ideas, marginales a mi investigación. A mí no se me pidió dar información sobre el matrimonio del marqués, sino tratar de localizar un retrato del prohombre. Sin embargo, he podido comprobar que muchos de los aspectos de su vida arrojan luz abundante sobre la figura física del hombre, como los arrojan los de su muerte.

Al parecer, como ya lo he dicho, la larga estadía en la cárcel, y la consiguiente falta de movimiento, le produjeron una enorme obesidad. Pero también ésta suavizaba sus rasgos, y como confesaron muchos de los que lo vieron, su expresión no era la del ser monstruoso, sino más bien la de un individuo amable y dulce. Posiblemente ese era su recurso fundamental de protección. Algunos de los rasgos de su especial carácter fueron también ocasionados, seguramente, por sus experiencias de cárcel. Alguien relamió, por ejemplo, que al caer la Bastilla y ser invadida por el pueblo, sólo se encontró encerrados a siete ancianos que estaban terriblemente enojados de que se les perturbara en la paz de su morada. Quien lo relata no menciona al marqués, que pudo sin embargo pasar por uno de estos, a pesar de su estado físico. El hecho es que estaba allí, y tanto se enojaba de que se le molestase, que había obtenido del director de la cárcel un permiso especial para instalar un cerrojo *por dentro* de la celda, a fin de que sus carceleros no entrasen inoportunamente<sup>77</sup>.

---

<sup>77</sup> Según Jean Jacques Pauvert (*Sade Vivant* -1- Laffont, 1986) en los preludios de la toma de la Bastilla Sade utilizó un embudo “que le servía para vaciar sus aguas”, como altavoz para gritar a la multitud que estaban estrangulando a los prisioneros y que era necesario evacuarlos. Fue necesario, dice Pauvert, sacarlo por la noche

Naturalmente, al tomar y destruir la Bastilla se estaba cumpliendo un hecho mágico. No siempre en las revoluciones se destruyen los palacios ni los castillos<sup>78</sup>. Muchas veces se conservan, para incorporarlos al nuevo poder. En la historia de Francia hay dos casos importantes de destrucción: la Torre de Neslé y la Bastilla, por razones y de maneras distintas. Lo que se quiere señalar es, simplemente, que el símbolo en estos casos está en la destrucción misma, operada por esa fuerza mágica.

Me pregunto si entre los siete ancianos, entre los cuales, como un falso anciano, se encontraba el marqués, estaría también otro anciano célebre (su nombre era Rémy de Bois-Dorval), que fue amigo de Linneo, discípulo de Buffon, un eminente naturalista condenado a prisión perpetua por haber matado, en una cárcel de provincia, a su propio carcelero, porque éste fue a notificarle su libertad, ya que se encontraba en prisión por una no establecida violación, al parecer consentida, de una dama viuda. La especialidad de este gran naturalista, era el sitio y clasificación de las hierbas que nacen en los calabozos, para lo cual recorrió muchas cárceles en Europa y África, y dos o tres en la Nueva Granada y el Perú. Tal era su afición por el tema, que la noticia de su libertad le desesperó, hasta el punto de matar al carcelero,

---

“desnudo como la mano”. Me pregunto si esa supuesta evacuación no fue simplemente traslado a otro calabozo, y por eso quedó escondido entre los siete viejos.

El cerrojo interior fue discutido por varios autores sin adelantar todos los maravillosos detalles que implica, entre otros que gracias a él el maestro pudo escribir, y que se trataba de un importante privilegio. Desde el doctor Eugenio Dühren hasta Pauvert, y excepcionalmente M. M. Jean Ferry y Auguste Lafleur. Y sobre todo el alemán Cornelius von Gleich, que tiene un importante estudio sobre los grandes místicos, en el cual analiza a San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Lutero y el marqués de Sade, como ejemplos casi extrahumanos de misticismo. Su libro *Rosa Mística* está publicado por Tor Verlag de Zurich, en 1907.

<sup>78</sup> Palacios como el Louvre y el Ermitage, fortalezas como el Kremlin, atestiguan en cierto modo el respeto de las revoluciones. En uno de los museos de Leningrado, hay un hermoso cuadro que muestra a los revolucionarios en el interior del Ermitage, custodiándolo. Vienen a ser bienes del pueblo. En literatura ha pasado cosa igual con la obra de Sade, que en su momento se vio amenazada de destrucción y fue clandestina por muchos años.

porque le interrumpía su trabajo. Dejó un magnífico tratado, con un poético título: “Las Hierbas Cautivas”. Este tratado inédito, que reposa en manos de sus herederos, tiene un apéndice, que es casi otro volumen, sobre las hierbas que nacen en los cementerios, pero solamente aquellas inconfundibles, que crecen en los resquicios de las fosas. Es lástima que tan preciados trabajos no hayan visto la luz, tratándose, como se trata, de importantes contribuciones al estudio de la Botánica, que tienen alguna relación con la brujería, ya que estas clases de hierbas son las predilectas de hechiceras y herbolarias. Si estas hierbas se siembran en los calveros, en la noche del sabbat florecen, con una flor negra y velluda.

La muy hermosa apariencia de la marquesa evocaba mucho a la Julieta del marqués. La evocaba, en cuanto a su belleza, y en cuanto a la malignidad de su espíritu. Muchas de las personas que en cartas o memorias hicieron alusión a la marquesa, encontraron en ella ese efluvio de maldad, que eventualmente apoya la tesis insistente de que no hubo, desde el punto de vista de mal, un marqués de Sade sino una marquesa de Sade, tesis que reserva para el marqués un papel bien distinto, semejante al que muchos años después daría también un nombre científico y literario a una conducta sexual, el masoquismo del doctor Sacher Masoch<sup>79</sup>. Esta tesis ha sido reiterativa. El sadismo del marqués no habría sido otra cosa que la canalización de su vida frustrada en la cárcel. Escribió sus obras, pero el agente activo estaba en la marquesa a Hay partes escritas seguramente por ella y reformadas o desarrolladas, por él, esas sí reflejo de la actitud de la dama, y de sus aspiraciones vita les. En buena parte de los casos, Sade escribió al dictado de su mujer, incluso en la prisión, donde hacía capítulos de las obras, como deberes escolares, según las órdenes de ella. Entonces, sin aceptar la tesis de que ella sola fuera la sádica, sí tenemos que se configura una hermosa y rica pareja, memorable pareja literaria que he venido a describir, en el afán de ponerle rostro al marqués. Un retrato qae está en N., en una

---

<sup>79</sup> Esta alusión a Sacher Masoch permite fijar aproximadamente la fecha del

propiedad que es todavía de la familia, muestra a la marquesa de Sade. Ella es la autora real del sadismo, y más que la inspiradora, la dictadora de las obras. El marqués habría sido el objeto sádico que vivió sus años en prisión por amor de ella. Nunca la denunció, ni en los momentos más difíciles que soportó. Por otra parte, la coautoría que su relación implicaba le hacía sin duda sentirse responsable penalmente. Una de las informaciones más desusadas que encontré, fue la de la doncella de la marquesa de Sade, que narró a una familia de amigos suyos la gran preocupación que sufrieron la marquesa y sus hijos, porque en la última enfermedad del marqués rondaron su reclusión extraños sacerdotes que parecían perseguir su arrepentimiento. La marquesa, sus hijos y sus viejos amigos, hicieron todas las gestiones, al parecer exitosas, para que los curas no tuvieran acceso al moribundo. Ya que, si este se hubiera arrepentido y hubiera hecho confesión de sus pecados, ¿en qué habría quedado su obra grandiosa?<sup>80</sup>

Bien paradójico puede resultar que el retrato del marqués no sea el del autor de sus obras. Sin duda muchos de los rasgos de fiereza, de crueldad, son típicamente femeninos. La tesis de la responsabilidad de la marquesa es seductora y atractiva, aunque algunos hechos históricos en la vida del marqués la contradigan. El marqués sometido a ella, esclavizado, pagando prisión por sus hechos, amparando su obra con su nombre, su firma y su libertad. Esto en parte justificaría la obsesión de los espejos en el marqués. ¿Se hizo sádico a fuerza de espejos? ¿Cuál es el verdadero papel de la marquesa? En todo caso, no es el pasivo y beato que se le quiere atribuir. O fue ella la sádica, o participó en los delirios de él, en amable compañía. Su retrato, ya lo he dicho, lo pregona.

El hecho más extraño y sobrecogedor de toda la investigación, fue el último. Yo me había encariñado con la tesis de que la autora de las obras y de la creación del “sadismo” como noción sexual, era la marquesa de Sade, hasta el momento en que realicé mi último hallazgo.

El encuentro del cuadro fue extraño. Después de visitar el

---

<sup>80</sup> *Confesions au sujet de mon grand-père* de M. Claude de Sade. Edición privada,

vigésimo museo, en la infinidad de pueblecillos de Francia que hube de recorrer, me detuve una noche en el pueblo de Coin-de-la-Vierge, donde ni siquiera hay un museo, ni sitio donde hospedarse. El único lugar, me indicaron, era la casa cural, siempre y cuando le cayera en gracia al párroco. Me encaminé entonces hacia la iglesita, encantadora y limpia, con unas pocas pinturas interesantes. Fingí rezar con unción, y me dirigí a la casa cural. Había ya notado ciertos movimientos en la sacristía, que denotaban que era vigilado. Entré, y un cura viejecito, obeso, de suave rostro, ojos azules y pequeña boca, me recibió afablemente. Le expliqué mi problema y ofreció darme hospedaje. Traje mi maleta, dejada a guardar en el café de la Plaza, y entré al salón de la casa cural. Allí, detenidamente, miré los cuadros, sin interés. De pronto, encontré uno que me llamó la atención. Un retrato de fines del XVIII, en el cual aparecía un hombre obeso, con un rostro de ojos azules y boca pequeña. Algo en él me parecía conocido, me evocaba un vago parecido mágico. Le expliqué al cura que yo era experto en pintura, y me pidió que viese los cuadros de la iglesia, lo cual le ofrecí hacer por la mañana. Al seguir mirando los cuadros del salón con más detenimiento, de pronto ocurrió algo que me sobrecogió, que me hizo sentir por fin toda la presencia grave del personaje. Me encontré ante un hermoso espejo imperio, en el cual se reflejaba el retrato. Cambiaba de una manera impresionante al reflejarse en el cristal. La expresión era de otra persona: maligna, cruel, burlona, audaz, todo lo que el apacible rostro no había dicho al contemplarlo antes.

Aunque no dejé entrever mi terrible impresión, digamos aún más, mi miedo de haberme acercado al otro mundo de lo prohibido, me di cuenta de que por fin mi búsqueda había sido coronada. Este era el retrato del marqués. Indudablemente, al verlo en el espejo cobraba toda su vida, toda su malignidad, toda aquella capacidad que le había permitido crear ese imperio del mal. Parecía reír con una ligera burla por mis ideas peregrinas.

Sin embargo, son tantas las posturas conjeturales que no puedo dejar de pensar que la marquesa fue tal como él, fue Julieta.

—

Los retratos son reveladores. El suyo es de una mujer afanosamente sexual. De todas maneras, la marquesa tenía tanta significación en la obra sadiana, bien como directora, o inspiradora, o genitora, que aun siendo el marqués el genio maléfico, ella es parte indispensable de ese proceso. ¿Estará mal reivindicar en esta relación dramática el sagrado vínculo del matrimonio? El solo hecho de haber vivido con el marqués después de los delitos de que se le acusó; el hecho de traer a su hermana del convento a visitarles, después de todos los hechos escandalosos y el haber perseverado en su compañía aún en la época de las prisiones, y haberle visitado en ellas (en visitas no platónicas), todo esto hace que el panorama se complete con la fina silueta de la bella.

Es más: he logrado establecer que la marquesa le visitaba clandestinamente en Charenton. Nunca le abandonó, hasta la muerte, a pesar de que siempre se estrelló contra él. ¿Quién imaginaría el aliento sexual de aquellas entrevistas?

Por la mañana, miré de nuevo el cuadro. Pero lo miré como había aprendido a hacerlo, a través del espejo. Allí estaba, con todo su odio, toda su malignidad, toda su fuerza maléfica, como un terrible milagro que viniera del más allá.

Le dije al cura: —Padre, al parecer tiene usted aquí el retrato de un hombre malo y poco religioso. Y señalé el retrato. El cura me dijo: —¿Cree usted que es así, a pesar de la expresión de dulzura de su rostro? Me miró, con su rostro y sus ojos insistentemente parecidos al retrato. El cura murmuró con reproche: Sabe usted, tengo este cuadro porque se trata de un antepasado mío.

Finalmente, logré convencerlo, y hacer que me lo vendiera por una regular cantidad, después de negociarlo como haría una persona con su propio retrato. Al examinarlo cuidadosamente, encontré un pedazo de tela pegado al lienzo. Cuando lo levanté, apareció una leyenda: “Portrait de M. le Marquis Donation Alphonse Francois de Sade, d’après l’original”. Y una firma incomprensible que deberá estudiarse, y que al parecer es la



misma del retrato de la señora marquesa.  
*(1986 -1987)*

## El engañoso cuadro

Si tú estás leyendo a altas horas de la noche, un torturante libro de intriga, muy posiblemente sientes que te encuentras distante del mundo, en ese país remoto y helado de las creaciones cerebrales. Esto le ocurre a mucha gente, pero hay quienes, por el contrario, viven y padecen el mundo de estas novelas como si fuese propio. Tanto, diría yo, como se padece y se vive el mundo del sexo en otro género de novelas.

Aquella noche a la hora del café, después de una cena copiosa y estimulante, se hablaba de estos temas. Se contaron historias victorianas, se habló indiscretamente de Fanny Hill y de Conan Doyle, de Raffles, de Wilkiea Collins. Se habló de prostitutas y del diario de María Bashkirtseff, de intrigas de alcoba y de desesperación. Se encontraba allí un hombre reservado, meditabundo, que apenas si había pronunciado palabra. Cuando le interpeló el dueño de casa, para que a su vez aportara su contribución a la conversación encendida, que flotaba sobre un aroma de cigarros y café mientras en las copas el rojo transparente del oporto contribuía a la irrealidad, el hombre sonrió y con un acento extranjero —el de uno de aquellos ingleses que llevan años consumiéndose en el Nuevo Mundo— le contestó al anfitrión:

—Si puedo contar una historia. No sé si la tomarán como parte del tema (o de los dos temas) que se debaten: investigación policial y sexo. Pero, a lo mejor puedo también introducir un tercer factor. Ustedes mismos podrán decirlo:

Mi amigo Carlos Roberto Arana conoció en Europa, en 1908, a una hermosa colombiana, de la cual se enamoró gravemente. Esta clase de locura le poseyó totalmente.

Yo pude, en París y en Londres, presenciar acontecimientos de ese desequilibrio, que le trajeron a un nuevo episodio —el matrimonial— que contra el consejo de varios de sus amigos decidió contraer, en sentir de algunos de ellos, como se contrae una enfermedad. Sus amigos le acompañamos; le visitamos después en su casa

de un bello y violento carácter. (No me estoy contradiciendo: se trata apenas de puntualizar las facetas de la personalidad, que no es otra cosa que reflejo del temperamento sexual, o, bien, si se quiere este es parte de aquella).

El tormentoso matrimonio marchó desde el primer día entre dos aguas, y logró mantenerse gracias a que, al menos por un tiempo, ambos estuvieron enamorados. Infortunadamente, como siempre sucede, el desamor les llegó, pero no al mismo tiempo. Se rompieron los recuerdos comunes, y Carlos Roberto se quedó con su amor unilateral, mientras ella dejaba ver a todas sus relaciones que estaba fatigada de él. Hacía una vida agitada, en la cual él iba siempre a la zaga, y no lo tomaba en cuenta salvo para decirle algo desagradable. No sé si era deliberado, parecía serlo. Ella era de una de esas personas que no resisten a la tentación de exteriorizar sus enojos y sus rencores.

Carlos Roberto nada decía; sin embargo, dos o tres de sus amigos más íntimos percibimos la difícil situación. La observamos por sus reacciones, muy controladas, pero en ocasiones inevitables. Se murmuraba a sus espaldas que ella lo engañaba; se conjeturaba el protagonista, pero sin poderlo afirmar. Ella era demasiado sutil.

Así pasaron dos años. Un día el caso se disolvió sin estridencias. Simplemente se supo que todo estaba liquidado. Yo le oí a él relatar el final una sola vez. Luego calló, y jamás volvió a hablar del problema, ni de ella.

Arana fue invitado con Paula, una noche, a la casa de Elena y José María del Pozo, un matrimonio que había regresado de Europa; ella era una mujer muy fina (que en el curso de los años acabó siendo amante de Carlos Roberto). En el centro del salón se veía un cuadro impresionante, de un pintor polaco, que representaba la escena de la muerte Mazepa, el cosaco, a quien su enemigo amarró desnudo a un caballo. La escena era pintada por un artista de mediados del siglo XIX: el cuerpo desnudo de un hombre muy joven, de perfectas proporciones, aparecía bañado con una lívida luz de atardecer.

Mirando el cuadro largo rato, acaba por oírse el galope de los cascos del caballo que arrastra el cuerpo desnudo del cosaco. Se le oye galopar de noche y de día: Iván Stepanovich Koledinski, noble polaco nacido en la Ucrania polaca de entonces. La religión ortodoxa de su casa no impidió que le entregasen a los jesuitas para educarlo, ni que su juventud la brindara a muchos asuntos de amor. Mientras el caballo galopa sobre la noche con el hombre a cuestas, éste piensa en el romance con la esposa del conde Brailovsky, en la forma que le sorprendió. guiado por una escarcela bordada que le regaló la condesa. Brailovsky era su amigo, pero eso no le impidió a Mazepa traicionarlo, como ya había traicionado a varios, con mayor fortuna pues habían seguido sin saberlo.

El airado marido capturó a Mazepa, le amarró desnudo a la espalda de un caballo salvaje, y lo envió galopando al bosque, hacia la muerte.

Yo estaba invitado aquella noche, y vi el impacto que le produjo a Paula la visión del cuadro. Lo miró insistentemente, muchas veces. Y cuando ya todos los invitados se despedían, volvió a mirarlo una vez más. Evidentemente despertaba en ella asociaciones íntimas.

No eran los cuadros de Vemet, pero sí un excelente cuadro romántico. El dueño del cuadro relató cómo lo había conseguido, casualmente y por una suma irrisoria, en la tienda de un anticuario en París. Sin duda el cuadro era hermoso; no recuerdo el nombre del pintor, pero al parecer, era un artista notorio.

También el pintor tenía su propia leyenda, proveniente del cuadro. La cara de Mazepa es en éste una cara de rasgos femeninos. Y evidentemente, el pintor los tomó de su amada, a quien mató después de pintar el cuadro. La montó en un brioso caballo, al cual azotó. Ella, sin ligaduras, cayó y se desnucó. Nadie sabe el por qué, y nadie sabe por qué la pintó así.

Mazepa fue increíblemente salvado. Aun en esta noche galopa el caballo por el bosque. Las ramas lo hieren. El caballo llega derrotado, a su campamento cosaco, donde en tomo a la

lumbre están reunidos los mejores jinetes. Le desatan, y el noble caballero pide entrar a su servicio. Sabedor de buenas artes de traición y política, va ascendiendo hasta ser hetman o capitán de los cosacos, como habría seguramente llegado a ser general de los jesuitas, si hubiese perseverado.

En 1689 conoció al zar de Rusia, Pedro el Grande, a quien logró impresionar. Le acompañó en las guerras turcas de 1705, y en la gran Guerra del Norte, contra Carlos XII y en favor del rey Augusto II de Polonia. Construyó fortalezas, domó caballos y mujeres, traicionó hombres. En 1707, año de traición, entra en negociaciones contra Pedro I, con el rey de Suecia y Estanislao Leczinsky. Pactó un acuerdo, prometiendo entregar a Kiev, Chernigor y Smolensk. Para sí guardaba un principiado con el dominio de Vilebsky y Polotsk. Su gente no lo supo, y en 1708 se unió a Carlos con 500 hombres, en Novgorod. Luego agregó 3.000 cosacos más. Pedro I destruyó sus cuarteles, nombró otro hetman, y el obispo de Kiev excomulgó a Mazepa. Le abandonaron sus seguidores. Derrotado Carlos, Mazepa huyó con él a Turquía. Se supo que valía 300.000 monedas de oro, las que ofreció Pedro I por su entrega. Mazepa es traidor, y Mazepa es patriota, con las dos caras de Jano.

Pero el cuadro es lo más importante: el pintor enloqueció después de la muerte de ella. Este fue su último cuadro, el más patético, iluminado a la vez por luces de odio y de amor. El cuadro tiene un embrujo, de mala suerte. El anticuario que lo vendió, contaba el fatal destino de su anterior propietario, que se ahorcó de desesperación por deudas de juego. Por eso lo vendió barato, pues tenía temor de conservarlo.

La leyenda de Mazepa fue redimida por el poema de Byron, por la ópera de Tchaikovsky, por el poema sinfónico de Liszt. Pero se diría que el personaje comunica su mal augurio a quienes lo frecuentan. —El hombre calló. Algunos habían seguido su relato, otros conversaban aparte.

Las otras parejas —anodinas— fueron saliendo. Nos despedimos en la puerta; fue la última ocasión en que vi juntos a

Carlos Roberto y Paula. Poco después, se separaron definitivamente, y ni aun entonces las murmuraciones pudieron localizar a ciencia cierta al responsable.

Contra lo que ciertamente se dice, en esta ocasión el marido fue el primero que lo supo, por simple deducción policial. Carlos Roberto me dijo:

—¿Recuerdas aquella cena en casa de los Del Pozo, a su regreso de Europa? No sé si se te grabó el cuadro que Paula miró tan insistentemente. Pocos días después en otra cena, encontramos a un borroso personaje, a quien yo no conocía. Paula lo saludó fríamente como a un conocido incidental y permaneció reservada y ausente. En cambio, los Del Pozo que concurrían a la cena, y lo acababan de conocer, estuvieron pendientes de su conversación. Oí cuando él le decía a los Del Pozo:

—Sé que tienen ustedes un hermoso cuadro de un pintor polaco, que representa la muerte de Mazepa...

De allí surgió naturalmente una invitación. Y surgió el interrogante: ¿cómo habría sabido del cuadro? La deducción detectivesca fue lógica. Lo demás lo hicieron los celos: imaginarse en qué momento Paula le había hablado del cuadro. Acaso tan desnuda como Mazepa y con el memorable rasguño en la espalda que aquella noche le había visto al regresar. El saludo entre ellos había sido especialmente ceremonioso, lo cual era, también, otra pieza del rompecabezas. Investigué un poco, y lo descubrí todo, y en el fondo fue un alivio. Creo que en ese momento yo también estaba bien distanciado de ella. El sufrimiento fue ante todo del amor propio.

No vale la pena relatar la ruptura, ni recordar cuál fue la actitud de Paula ante la evidencia. “La verdad era tan aplastante, que no había que hacer otra cosa que aceptar la realidad, y eso hicimos...” Ese fue el relato de Carlos Roberto. Como ven ustedes, en él se mezclan la deducción detectivesca, y el suspenso sexual. En todo esto queda un elemento misterioso: una noche me invitó Carlos Roberto a su casa. Y al entrar, en el centro del salón, vi el cuadro de Mazepa. Carlos Roberto se acercó. Yo debía tener cara

de miedo. Lo único que él me dijo fue esto:

—“Paula María murió trágicamente. No sé por qué, tuvo el cuadro en su casa. Se suicidó frente a él y la bala que le atravesó el cerebro quedó incrustada en una esquina del cuadro. Lo restauraron, pero se ve la huella. Del Pozo lo vendió horrorizado, pero no pudo escapar a su destino, un coche lo arrolló en París.

“Meses después de la ruptura, no mucho tiempo después de la muerte trágica de Paula María, alguien trajo a la puerta un paquete destinado a mí. Era Mazepa. No puede saber quién lo enviaba. Pregunté a Del Pozo, y él me dijo que lo había vendido con el resto del menaje de su casa, para irse a Europa. Traté, inicialmente, de seguir el rastro del cuadro. Lo perdí en la tienda de un anticuario. Alguien lo compró, pagó en dinero efectivo, y nada más se supo de Mazepa, hasta la llegada a mi casa. A veces sospecho que el protagonista de la ruptura de Mazepa, el cosaco. Me pregunto a quién estará traicionando ahora”.

*(1981)*

## El hotel de Nunca Jamás

El hotel le había parecido, al llegar, anodino y frío. Al entrar ahora, la impresión fue más inquietante; su “hall” gigantesco de una cuadra de largo, estaba todo embaldosado de mármol; en la mitad, como en un trono asomado a una ventana, actuaban los conserjes, y en otro los empleados de la recepción; circulaban gentes, gritaban, se encontraban, se tropezaban, pasaban maletas pequeñas y enormes, se reunían grupos de japoneses o de italianos que venían en excursión y desfilaban, solemnes, llevando en la mano la boleta amarilla que les daba derecho a la cena, hacia el salón “Lima”, con sus mesas y asientos de metal, con sus camareros apresurados, en el cual no hay derecho a escoger ningún plato, sino a someterse irremediabilmente al menú establecido. Los diez ascensores que flanqueaban la entrada principal; la salida hacia la cafetería, las tiendas de recuerdos turísticos, en un extremo del largo pasillo, contribuían a la sensación de angustia, en la penumbra iluminada día y noche por una desolada luz eléctrica.

El vicecónsul miró hacia el fondo, y sintió que de un momento a otro vería el ojo de luz de la locomotora, que el tren de pasajeros cruzaría irremediabilmente por la mitad del “hall”, causando muertes y estropicios. Estaba seguro de que por allí pasaba el tren cada noche, y el número de víctimas era muy grande, sin que pudiesen publicarse las noticias, que pertenecían a la reserva del complejo hotelero, el más grande de la ciudad y del país. Una noticia auténtica, que causó la prohibición de más informaciones, fue la del turista suizo que estuvo encerrado tres días en su habitación, protegido por el letrero de “no molestar”. Llegaban rápidas las camareras, y al ver el letrero murmuraban “está dormido”, y seguían. A los tres días, alguien con más conciencia descubrió que el hombre llevaba tres días sin aparecer, sin desayunar, comer o cenar, y ordenó abrir la puerta. Se descubrió que el suizo llevaba tres días muerto. Curiosamente, en un hotel de provincia, muy grande también, pasó algo similar en esta época.

Alguien jura no haber visto en este hotel la misma cara dos veces, cosa posible. Se trata, queda dicho, de un hotel de cuatro mil

habitaciones, todas como sarcófagos, a las cuales llega el “room service” y se pierde la noción de personalidad. Da lo mismo, como le pasó anoche al vicecónsul, porque trajo una compañera que durmió allí con él, una muchacha muy guapa, de hermosos ojos negros y senos altos, y nadie lo supo, nadie se enteró, o mejor aún, a nadie le importó, en medio de los cuatro mil huéspedes que a las horas de comida arman la babilonia de los diversos idiomas que se mezclan en retazos frente a la recepción, o en los tres o cuatro conjuntos de poltronas que aparecen siempre ocupados.

Al vicecónsul le parecía que su Embajada le había jugado una mala pasada al alojarle aquí. Cuando estaba en el “hall” siempre tenía la vaga inquietud del paso del tren. Entraba en él uno de esos vagos recuerdos, o temores, o presentimientos que no tienen dueño.

En un tímido recorrido de las vecindades, había encontrado varios hoteles más normales, más naturales que este híbrido de Grand Central Station y hotel Taft. Generalmente, los huéspedes llegaban en manadas de cuarenta o más; era útil porque las comidas a precio fijo se podían tomar en un período más o menos adecuado, y solucionaban el problema de los “tours” de media pensión. Solamente la noche anterior había buscado compañía femenina, y había pasado con profunda intranquilidad por la mitad del “hall”, mirando hacia atrás, no fuera a ser que el tren de pronto pasara en ese momento y los triturara. La habitación, pequeña como el camarote de un barco, le pareció más grata esa noche, sobre todo por el espejo estratégico.

Al salir de la habitación miró hacia el fondo. El corredor, rodeado de puertas de habitaciones, parecía infinito. Siempre que lo había visto había sentido la tentación de ir hasta el final, y en esta oportunidad cedió, y empezó a caminar. Llevaba recorridos cien metros, y descubrió que era mucho más largo que el inmenso “hall”. No obstante, siguió andando y vio que seguía indefinidamente, como había pensado: cuartos iguales, puertas iguales, todo como en una inmensa pesadilla. Se desesperó por

encontrar un final, y no lo halló. Seguía, seguía, las puertas pasaban ante él, tuvo la intuición de que de pronto pasaría otra vez la puerta de su cuarto, el 2048, y que él mismo debía estar allí, o que la guapa muchacha debía estar todavía esperándole. De pronto pasaron ante él las puertas de los ascensores, pero no eran las mismas; siguió andando, aunque parecía que más bien andaban las puertas y él permanecía fijo como en un vagón de carga del tren interminable. Sin escaleras, sin salidas, en un momento quiso gritar. Sin embargo, vio salir a una pareja que empezó a andar delante de él, hasta que de pronto desapareció, entró por alguna puerta o se esfumó simplemente. Tuvo una absurda sensación de peligro, la urgencia de salir de ese inmenso túnel, y de pronto vio una luz que indicaba descenso. Se detuvo agarrándose a la puerta del ascensor, para que el pasillo no lo arrastrara, y logró entrar; en el ascensor iban diez, quince personas que le parecieron sin rostro; después de un momento en que sintió más miedo, y de un largo descenso, el ascensor se detuvo, la puerta se abrió y salió al “hall” de mármol.

En ese momento pasaba el tren. Tuvo que saltar hacia atrás para que el monstruo verde no lo agarrara, vio que las personas que estaban cerca a él habían retrocedido también, no hubo víctimas. Después del silbato y la campana, volvió la calma. La gente reanudó sus movimientos, nada había pasado, un botones llevaba unas maletas en un carrito, una mujer se paseaba nerviosamente esperando a alguien.

Vio de pronto que el tren se había detenido, y sintió que debía subir; subió a un coche de segunda clase, se sentó y vio desaparecer poco a poco el “hall” de mármol. El nuevo estrépito de silbatos y campanas le evocó los duelos de muerte de su primera juventud, que ahora le parecía cercana y permanente. El tren siguió andando en medio de la noche, y se dio cuenta de que no tenía cómo volver, que el tren le llevaba hacia la oscuridad, y oyó que alguien decía a su lado:

—“Evidentemente por aquí pasaban trenes en otro tiempo; esta era la estación más grande de la ciudad”.

Quiso bajarse, llegó a la puerta que estaba firmemente cerrada. Miró por las ventanillas, esperando una imagen que le mostrara el tiempo que recorría. A su lado un hombre alto y rubio le habló. Le dijo en mal español: —“¡Que pésimo servicio el de este hotel! Yo soy suizo, y estoy acostumbrado a otra cosa. No he logrado en estos tres días que me atiendan en mi habitación. ¡Y ahora esta puerta está cerrada!”

El vicecónsul le preguntó: —“¿Cuál era su habitación?” El suizo respondió —“La 2048”. Le obsequió una sonrisa de dientes amarillos, y siguió forcejeando con la puerta, desanimadamente.

El tren iba tomando cada vez más velocidad, las gentes se asomaban a gritar en las ventanillas, el tren iba del mundo hacia la noche, a recoger una noche de otro tiempo. Le depositaría en un misterioso lugar fuera del presente, de donde no podría salir a posesionarse del viceconsulado.

## Documentos del padre Alameda

Los escritos del padre Alameda son muy difíciles de obtener, por haberlos quemado en su mayoría la Inquisición, a raíz del proceso que contra él se adelantó en Sevilla, por hechicería y algunos otros delitos menores, proceso en el cual fue sometido a cuestión de tormento, mediante cuya presión se logró que confesara horribles pecados y crímenes, de los cuales fue el menor la seducción de la joven duquesa Clara. Sin embargo, todos los historiadores concuerdan en establecer la inocencia del padre sobre los crímenes que asumió en esa confesión.

En verdad la responsabilidad del padre se funda solamente en los numerosos panfletos que escribió contra la tiranía y el poder absoluto del Rey, y en general contra las costumbres licenciosas de la corte. Por esto quedan tan pocas de sus obras, e infortunadamente, todas mutiladas. De su tratado “De la salvación del alma” solamente resta el capítulo referente al origen y evolución de los siete pecados capitales, matizado de ejemplos, y cuya tesis central es la de que no existe otro pecado que la lujuria, siendo todos los demás pecados diversas manifestaciones de aquel. De su obra “El poder de los Reyes y el Poder de Dios”, quemada en auto de fe, queda solamente un raro fragmento de la “Antología de los Tormentos”, el cual nos da a entender que el sabio cura estudió minuciosamente cuanto a este punto se refiere, incluido el tratamiento dado a los endemoniados y locos, con algunas referencias a las prisiones, en las cuales se anticipa en casi dos siglos al marqués de Beccaria.

En sus disquisiciones sobre el tormento, llega el padre Alameda a trascendentales conclusiones sobre el tormento perfecto, las cuales resume en este párrafo, que merece ser transcrito:

“...Hemos analizado ya todas las formas conocidas de suplicio, ya sean las practicadas antes de mil cuatrocientos como las que ahora se practican, tanto las europeas como las orientales, que tienen un mayor grado de perfección en su concepción. Hemos estudiado ya los cepos, corseletes, potros, y demás formas

brutales y desfigurantes que se dirigen simplemente a causar el dolor físico, y a arrancar por éste la confesión. Quédanos por estudiar todavía el suplicio como finalidad en sí mismo, practicado por algunos déspotas del mundo. Nada difiere, si se trata de la forma más perfecta de suplicio que haya concebido poder alguno, y es la de hacer sufrir no solamente el cuerpo, sino el alma. Es esta una demoníaca cualidad, que el pensamiento de muy pocos hombres, en su maldad, ha llegado a columbrar. Algunos hánla practicado de manera ruda y bárbara, mediante la privación al individuo de las personas o seres que ama, o infiriendo a éstos el tormento. Mientras que otros la han perfeccionado, uniendo el dolor físico al del alma. Y así como castigan al seductor quitándole la raíz de su pecado, “por do más pecado había”, han engendrado en sus mentes suplicios y castigos para todos los hombres. Podrían citarse mil casos, pero el que más conmueve y aterra es el de los artistas; el ejemplo de los pintores es patético; con una sola orden, y un solo momento pueden dejarles sufriendo de por vida. No hay acuerdo en saber qué es mejor contra los pintores, si quitarles las manos, o sacarles los ojos. A los poetas y escritores, quítanles de común acuerdo la lengua y las manos, o la lengua y los ojos y las manos. Y a los músicos, rómpenles los oídos y córtanles las manos y la lengua, para que ni oigan ni puedan comunicar la música que sienten. Podríamos seguir así, en esta enumeración, nombrando, por ejemplo, el suplicio que infieren al histrión o representador de farsas...” Desgraciadamente, el manuscrito tiene una interrupción en este preciso punto, quedando luego solamente la terminación.

Del mismo libro quedan solamente dos apólogos: “Historia de Mujeres”, que transcribo más adelante, con el comentario de un escritor desconocido, muy anterior a esta época, y el otro, que encontraréis siguiendo al primero, denominado “Los ciegos en la noche”. Esto, fuera de algunas páginas en que sintetiza la filosofía del poder natural, originado en el pueblo por voluntad divina; pero que discrepa de la filosofía tradicional en puntos como el derecho de castigar y la limitación del poder por su origen inmediato y su

esencia misma. A esta exposición pertenecen el relato sobre el indio Juan Perro, el tercero de los que leeréis, y la parábola de “La Construcción del Palacio”.

...Entre los documentos citados para dar idea del pensamiento en aquella época, encuéntrase este brevísimo, escrito en 1618 por el R. P. Jerónimo Alameda que puede proporcionar un hermoso indicio para descubrir la concepción del sexo en aquella época, dotada de un extraño fondo pagano que no dejó de inquietar a sesudos y eruditos comentadores. Consiste el documento en un relato intitulado “Historia de Mujeres”, título bien extraño si se considera la historia misma, y los personajes que intervienen en ella. Hubo quienes lo tomaron como una sátira contra la libre vida conventual de la época, en tanto que otros pensaron que el R. P. Alameda tenía extraños visos de herejía en sus escritos, e intentaba con éste en particular, dibujar un oculto símbolo de su creencia en la acción directa del demonio sobre los hombres. Otros más bien pensaron que se trataba de una discreta pintura del Rey, famoso por haber sido vencido en todas sus grandes empresas gracias a su excesivo apetito camal, y de quien se cuenta —no sé si por vulgar exageración— que era capaz y gustaba de yacer con cuatro o cinco de sus concubinas a la vez. Las memorias de una de éstas —que son cuidadosamente conservadas por sus familiares como prueba de que en sus venas corre sangre real—, describen las increíbles licencias que el monarca era capaz de tomarse en ese lecho colectivo, licencias que no entro a detallar por cuanto no deseo que este tratado llegue a catalogarse como una de las obras del ya famoso y pervertido Restif de la Bretonne.

Baste decir que una de aquellas jóvenes mencionadas abrió una casa de placer en la misma capital del reino, y con la sola experiencia habida de su real concubinato, alcanzó nombradla, fama y dinero, causó ruinas y desdichas, y hubo por ella infinidad de muertos de amor y de deseo.

Pero no sé por qué me he abandonado en este paréntesis de un ensayo sobre nuestras bellas letras. Tal vez porque la

personalidad del Rey hace necesario detenemos siquiera un momento. Jamás vióse nada como nuestro Monarca en lides de amor, y a fe que no pocos casos de erotismo meritorio registra la historia de la familia real. Como el de la transitada duquesa Julia, la cual quejándose de un miedo enfermizo, pedía centinelas día y noche ante su puerta, pero para que prestaran su servicio de guardia dentro de su alcoba, y a quien, como Mesalina, no hubiese bastado una legión para los afectos perseguidos, o bien el de la princesa María Matilde, quien quiso y logró seducir a su primo de 15 años, llevándolo hasta el suicidio. O el pobre príncipe Ricardo, que murió, por así decirlo, de su vicio solitario, mientras su hermano desfallecía de amor por un mozo de cuadra. Y tantos otros, que parecen confirmar la conseja de que en antiguos tiempos el palacio perteneció a un noble señor que usaba de siniestras orgías familiares, en las cuales participaban hasta las criadas y criados.

Pero antes quiero explicar el motivo de esta apuntación, o sea la “Historia de Mujeres” escrita por el R. P. Alameda. Mencionaba antes las diversas hipótesis dadas como interpretación del enigmático cuento. Y las he querido escribir brevemente, dejando atestación de todas ellas, justamente porque hay un hecho singular que no me parece despreciable, y que creo ser el que indujo al padre a escribir su fábula moralizadora, que por otra parte se encuentra acorde con los más severos principios de la avicultura. Este hecho es el de haberse presentado en el tiempo en que fue escrita la “Historia de Mujeres”, tres sucesos en la corte, los cuales, todos tres, pueden ser contados con las mismas palabras del padre, con sólo sustituir los nombres de los seres de su historia por los nombres de los personajes de cada uno de los sucesos, haciendo las correspondientes transposiciones de lugar. Estos tres sucesos, son los siguientes:

Fue el primero una sonada tremolina ocurrida entre el Rey y sus cinco concubinas, tremolina que le valió el apodo de “El herido por amor”, o, como el vulgo le llamaba, “El Cicatrizado”, por sus consecuencias faciales.

El segundo, fue el caso del fraile capellán del convento del Descanso, quien quedó de por vida con el estigma de las cicatrices en el rostro, y que, para librarse de la excomunión, sostuvo que las monjas habían sido endemoniadas, dando lugar a un muy sonado proceso de brujería.

Y fue el tercero, el caso de un pobre campesino, que vivía con su mujer, tres hermanas solteras de ésta, y tres hermanas suyas. Al relatarse la historia, se le distingue solamente con el nombre de “El Cara Rota”. Al ser descubierto su caso, por las razones que se exponen en la “Historia de Mujeres”, fue condenado a muerte, pero logró la gracia del Rey y el completo respeto a su vida privada, gracias a haber sucedido los hechos en el mismo mes que aquellos del convento, y un mes después del suceso de la corte.

Creemos que el R. P. Alameda meditó profundamente en el síntoma revelador que los tres sucesos implicaban; y ante la imposibilidad de consignar en sus escritos tres historias de tal naturaleza, buscó una fábula, historia o apólogo que resumiera a la vez los tres, historia que posiblemente le fuera suministrada por la naturaleza misma. Y que, si no lo fue, fue urdida por él, con veracidad absoluta, e ingenuas conjeturas. Siendo necesario, además, anotar que la historia responde a la preocupación obsesiva, y no infundada, del R. P., de hallar las huellas de la influencia demoníaca en una sociedad que él intuía dominada por Satán, el cual dominio se manifestaba en los hechos más sorprendentes. Y terminado este preámbulo, hela aquí:

### *I. Historia de Mujeres*

“Había un hombre que era dueño de un culto gallinero, con cuarenta gallinas gordas y tiernas, y un solo gallo joven. Las gallinas eran cuidadas y alimentadas con afecto; suministrábanles maíz, y los más delicados manjares. El gallo, amo y señor del corral, campeaba a su antojo, fecundado a las hembras con gallarda rapidez. Todo andaba muy bien, el gallo lucía flamante. Hasta un día en que pareció que el diablo había entrado en el

corral, nadie supo cómo. No se sabía si por falta de celo viril en el gallo, o por rivalidades de las gallinas. Dícese también que pudo ser por no haberles dado de comer sangre de toro mezclada con harina. Pero es el hecho que, sin saberse de qué manera, y en el momento en que el gallo iba a penetrar a una de las gallinas, todas se lanzaron sobre él, le acorralaron, le extendieron en el suelo, le picotearon furiosas. De la hermosa cresta, de los espolines agresivos, del plumaje sedoso, nada quedó. Sólo una masa informe de carne sanguinolenta que aún vivía. Las gallinas le picoteaban empezando a devorarlo. Una de ellas le saltó el ojo izquierdo. Se bebían la sangre, clavaban el pico en los muslos, y aquella escena daba una horrible sensación de malestar, como si las gallinas estuvieran devorando un ser humano. Santiguándose para ahuyentar el demonio, entró un criado y las dispersó. Luego, con agua fresca, lavó las heridas del gallo maltrecho, y le puso en un corral aparte.

El gallo, contra lo que todos esperaban, no murió. Sanó de su herida: tuerto, cojo, la cresta abolida sustituida por una especie de gorguera de pavo de monstruoso efecto. Había perdido su marcialidad, y parecía saberlo. No se acercaba al gallinero. Hasta que la necesidad de la especie apremió a las gallinas, que, una a una, fueron escapando del corral para ir a ponerse bajo la cansada potencia. Entonces el gallo regresó al gallinero, baldado y enfermo, pero con el poder sexual intacto e inagotable. Las gallinas recibieron desde entonces su ración de sangre mezclada con harina. Y aunque nunca más respetaron al gallo como jefe del corral, siempre dependieron de él como único poseedor del sexo que necesitaban; y obedientemente, respondiendo al llamado de la naturaleza, cada día iban a reposarse bajo su espuela”.

Otro relato es el siguiente:

## *II. Los ciegos de la noche*

...Hay varios historiadores que sostienen que el caso ocurrido en el reino en el año de 1249, es el más desmesurado ejemplo de conspiración de un hombre contra un pueblo; otros,

empero, sostienen que es el más fino alarde de genio político, frustrado solamente por la incomprensión. En todo caso, es el hecho o historia más sorprendente de este siglo, por lo cual juzgo necesario hacer memoria de él en esta crónica.

Arcángelo llegó al poder en la ciudad de Liria, mientras el antiguo señor se iba a las cruzadas. A pesar de ser mirado con ojos enemigos, se le toleró en atención a ser el representante del señor. Cuando éste pereció en la cruzada, se continuó tolerando el gobierno de Arcángelo por costumbre y porque las pobres gentes no sabían hacer otra cosa. Después, cuando la guardia personal del tirano empezó a cometer desmanes, consistentes generalmente en robos, asesinatos, incendios y violaciones, se formó un partido adverso a su gobierno, en medio del mayor sigilo y secreto.

Arcángelo, hombre experto en las lides del gobierno, urdió un siniestro plan para evitar que se conspirase contra él, sabiendo, como sabía perfectamente, que las conspiraciones se fraguan en medio de la noche. Para mal de los habitantes de Liria, tenía como consejero un mago oriental, dueño de los más conspicuos secretos. Y fue por las artes de este mago que se pudo realizar “la mayor conspiración de un gobernante contra su pueblo” —según unos— y según otros, “la más brillante empresa de dominio político”.

El hecho fue que una tarde descendió sobre la ciudad la extraña peste:

El zapatero sentado a la puerta de su taller, se frotó los ojos y exclamó: —Ha anochecido temprano.

La dueña dijo: —Haré acostar a los niños, ya es de noche.

El herrero pensó: es de noche, y no hay ya fuego en la fragua.

El poeta, que escribía a su amada, suspendió la escritura murmurando: —Se ha apagado el velón y es ya noche cerrada.

Y todos, cada uno en su casa, iniciaron un ademán: encender una luz. El zapatero buscó a tientas la llama, y retiró vivamente la mano ante la quemadura. La dueña quiso tomar una antorcha, y la detuvo el grito de un niño a quien había quemado el rostro. El herrero se acercó a la fragua, y tomó en las manos un

carbón que le quemó con furia. El poeta quiso abrir la ventana, y se quemó las vestiduras.

Todos exclamaron: —¡Estoy ciego! —Y la ciudad se llenó con un largo clamor de voces de angustia: —¡Todos estamos ciegos!

Alguien gritó: —No es cierto que estemos ciegos. Son las tinieblas totales, ¡estamos en el fin del mundo! —Y aquella voz recorrió todas las casas, como una ola de terror. Y todos se apretujaron en las habitaciones sin encender fuego, esperando la destrucción de la humanidad.

No encendían fuego, pero muchos sintieron crepitar las llamas muy cerca, y su olfato percibía un siniestro olor a chamusquina que les anunciaba el infierno. Otros sintieron alaridos de dolor, otros oyeron voces de ira, otros adivinaron cadáveres cerca. No cabía duda, era el final del mundo.

Pero a la mañana siguiente, unos dormidos, otros desvelados, abrían los ojos y les entraba en ellos, dorada y caliente, la luz del sol. Había sido una siniestra pesadilla. Todos reían, y sentían con fruición la alegría de ver. Sin embargo, hacia el mediodía corrió un rumor que paralizó su regocijo: la noche anterior, y de esa en adelante todas las noches, estaban ciegos por decreto de Arcángelo. Perderían la vista al anochecer y solamente la recobrarían al amanecer. Motivaba el decreto, el peligro de conspiración que implicaba el partido de los descontentos. Al mismo tiempo, llegaba la noticia de que había varias casas incendiadas, y muchos desaparecidos.

Y en efecto, llegó la noche y todos perdieron la vista, para recuperarla sólo a la mañana siguiente. Y así en días sucesivos, en los cuales al amanecer siempre podían comprobarse los destrozos de la noche anterior. No había noche sin muertes y sin desaparecidos. Los incendios de las casas iban marcando los antiguos sitios de reunión del partido de los descontentos. En voz baja se hablaba de algunos que habían logrado recuperar la vista nocturna traicionando a los suyos. Pero ya nadie pensaba en resistir; todos cumplían las órdenes de Arcángelo; cuando se les anunciaba una nueva muerte, un incendio, lloraban sin cesar. Y a la caída de la noche, todos eran, otra vez, afectados por la extraña peste.

Esta nueva vida hacía que se hubiera cobrado un tremendo temor a la noche. Todos los horribles cambios sucedían en ella, y los habitantes de Liria solamente podían percibir lo que ocurría, con el oído y el olfato que eran las solas armas que les quedaban, mientras el gusto y el tacto solamente les servían para seguir atados a la vida.

Todos en la ciudad estaban inconformes y lloraban, pero

todos estaban sometidos a Arcángelo, sin protestar. Temían que si protestaban, los hiciese matar en la oscuridad.

Pero un día un pobre hombre, sabio y estudioso, le dijo a uno de sus amigos: —He estado estudiando la peste, y he llegado a la conclusión de que los hijos que se engendren en este tiempo nacerán ciegos de noche y de día.

Y la noticia se extendió en toda Liria, causando un estremecimiento de angustia. Pero nadie lloró, porque todos sabían que eran muchos los niños que iban a nacer, y llorar no los preservaría de la ceguera.

Apenas unas breves palabras fueron suficientes para que todos se concertaran y tomaran una decisión; la Conspiración de los Ciegos se llamó aquella asamblea, en la cual todos sabían que estando ciegos podía ser su propio vecino quien les diera muerte.

Sabían que sería una pavorosa batalla de todos contra todos. Pero al mismo tiempo, sabían que no faltaría uno. Y que solamente podría ser a la hora en que todos estuviesen ciegos, porque esa era la hora en que los guardianes de Arcángelo descansaban confiados. Sólo así podría derogarse el decreto pavoroso de la ceguera nocturna.

Y así fue como llegó la noche. Las mujeres y los niños se reunieron en la calle más alejada del palacio, sin saber si alguien iría a matarlos, ni poder siquiera ver llegar a los homicidas. Los hombres de todas las edades, tanteando, guiándose con el oído, se dirigieron hacia el palacio. Cada uno sabía cuántas calles debía caminar para llegar.

En la ciudad solamente se oía el sonido de los pasos que se encaminaban lentamente en medio de la noche. Todos cumplían la consigna de silencio.

Arcángelo, solo en sus aposentos, oyó el rumor. Se asomó al balcón, pero la noche era profunda. Le parecía como si oyera el ruido de miles de ratas royendo las calles y las casas de la ciudad. Los ciegos no hablaban porque los ciegos son gente silenciosa.

Pronto estuvieron, como una masa compacta, ante el palacio. Y todos a una se echaron sobre las puertas, que crujió

y poco a poco cedieron ante el inmenso peso.

Arcángelo, oyó el estrépito, y quiso tomar una tea para alumbrarse y bajar la alta escalera. Pero lo hizo tan torpemente que la antorcha encendida le cayó en pleno rostro. Fue aquel uno de los pocos gritos que se oyó en medio de la noche. Arcángelo, con la cara abrasada, quedó en medio de las tinieblas. La llama le había ardidido los ojos, y estaba ciego como sus enemigos.

Al ceder la puerta, irrumpieron los ciegos, y aquellos que iban adelante sintieron en las carnes el mordisco de las espadas de la guardia. Sin esperar, desenvainaron puñales y espadas, blandieron garrotes, y avanzaron. Y el motín tomóse en horrible pelea anónima. Aquel que sentía un tajo en la carne, lo devolvía con usura. El que sentía chocar un cuerpo contra el suyo, lo hería de inmediato. La guardia del palacio se vio envuelta en el torbellino, y entre jadeos y gritos de dolor intentó retroceder hacia la escalera, pero infortunadamente, porque el pueblo los rodeaba en el remolino de cadáveres y heridos.

Y los guardias morían y mataban ciegos, y los ciegos se mataban entre sí.

Arcángelo, desencajado, escuchaba el combate, hasta que sintió que el único refugio posible era la torre si lograba subir por la escalera secreta. Recorrió la inmensa habitación palpando las piedras de los muros. Al fin, encontró la puerta secreta y empezó a subir a grandes saltos, tropezando, golpeándose la cabeza contra los paredones. Siguió subiendo, hasta darse cuenta de que se hallaba en la pieza más alta de la torre. Pero era necesario ganar la terraza, y quedarse allí agazapado junto a las gárgolas, donde no lo verían. A tientas abrió la puerta y buscó la escalera exterior, por la cual comenzó a subir pegado a la pared, para evitar el abismo.

Ya casi lograba ganar la terraza, cuando dio un paso en falso. Intentó asirse de algo, pero no encontró sino vacío, y cayó con un terrible alarido a estrellarse en el patio.

Al caer, mató a tres ciegos que esperaban, inmóviles en el patio, a que amaneciera.

En este instante, comenzó el alba, y los ciegos comenzaron

a ver de nuevo. Y vieron los cadáveres.

El último de los cuentos es este:

### *III. Vida de Juan Perro*

Siempre ha sido funesto desoír el querer de los poderosos. Débese siempre suponer que ellos son poderosos por sabios, y no solamente sabios en cuanto poderosos. Es imprudente quien no atiende consejo, ni les acata su voluntad, dictada por su sabiduría. Tal ocurrió al indio Juan Perro y a sus amigos, según cuenta un cronista de las lejanas tierras de la Nueva Granada.

Corría el año 1761, el virreinato encontrábase en paz, gracias a la mano firme del Virrey. Solamente de vez en cuando presentábase una escaramuza sin importancia entre los soldados de la corona, y las tribus de indios rebeldes que continuaban existiendo en unos pocos puntos del país. Al Consejo de Indias llegaban los minuciosos informes sobre la manera de aplicar a los indígenas las sabias leyes dictadas en su provecho, leyes que iban haciendo la bonanza en los dominios de nuestro Rey y Señor, Q. D. G.

La región donde habitaba el indio Juan Perro, era apacible y tranquila; a ello había colaborado el indio, adicto a la corona de Castilla, y además hábil de proteger a los suyos. Por todos había sido mirado el indio inteligente, como un amigo, y casi respetado como señor. Pero sucedió que por aquella región empezaron a presentarse pequeños combates con los indios. Aparentemente Juan Perro —que no era éste su nombre de bautizo, pero con el cual conocíanle sus amigos españoles—, se alarmó e intentó detener, sin resultado, los ataques contra los nuestros, especialmente cuando el Virrey hízole saber mediante uno de sus capitanes, que se le consideraba responsable de la paz. Pese a la advertencia, siguieron repitiéndose los hechos, y fuentes muy informadas —que las tiene siempre la corona— hiciéronle saber al Virrey lo peligroso de la situación, y llevaron a todos al conocimiento de que Juan Perro era culpable del entendimiento

con los indígenas alzados.

Como estos informes significaban que Juan Perro había desoído las advertencias perentorias que habían se le hecho, el virrey envió a uno de sus mejores capitanes, el señor capitán Bernal Ruiz, a tomar cuentas al indio.

(Razón está por la cual digo cuanto error es no atender los consejos de los poderosos, que son sabios).

La ejecución de la orden no fue difícil como era de temer, porque le encontraron tranquilamente en su casa. El solo inconveniente presentado fue la feroz resistencia de la mujer. Una india de especial hermosura, que después durante toda la campaña (¡se maravilla uno del natural de estas gentes!) fue compañera del capitán Ruiz, hasta que se ahogó en uno de los ríos tormentosos que cruzan la comarca.

El indio, seguramente convencido de la magnitud de su falta contra el Rey, no opuso resistencia. Se dejó llevar hasta la plaza, donde fue decapitado, y su cabeza colocada en un palo, para ejemplarizar a los indígenas. Y para que éstos jamás olvidasen la magnitud del pecado de rebeldía con la corona de España, el capitán Ruiz, que ha sido por mil títulos acreedor al reconocimiento real, dispuso que su cadáver no fuera enterrado, sino abandonado en el campo, a las puertas de la población. Inútil es decir que el capitán se mantuvo inflexible ante las porfiadas súplicas de los indios, que absurdamente se empeñaban en que se les permitiera enterrar a Juan Perro, en el cementerio católico. Pero como llegara a su conocimiento que le darían sepultura nocturna, el capitán Bernal Ruiz resolvió matar hasta la memoria de Juan Perro, matándole su entierro. Hábilmente, dispuso la emboscada. Y cuando en medio de la noche, ocho forajidos llegaron a sepultar el cadáver, cayeron en manos de los legítimos representantes del Rey. Y al mediodía siguiente, los ocho que quisieron contradecir la voluntad soberana de la corona de España, fueron ajusticiados en la plaza mayor, para escarmiento de aquellos que se empeñan en desconocer la autoridad real. Y los ocho fueron abandonados en el camino, al lado del cadáver de



Juan Perro, sin que nadie se haya atrevido a tocarlos. Ya el sol y el agua, que todo lo purifican, han hecho blanquear las osamentas de los traidores, y ha vuelto a la comarca la serena paz de la justicia. Así retribuye la autoridad del rey a los enemigos que la desatienden.

Y es por esto que afirmo que no es sano ignorar el consejo del poderoso que, así sea el de no enterrar a los muertos, siempre está lleno de sabiduría.

*(1953)*

Ensalmos

*La moneda*

I

En la palma abierta de la mané de la mujer, hay una moneda de oro. Ella se inclina a mirarla. No sabemos de donde es la moneda, pero en ella luce un perfil femenino. Es una moneda muy antigua. La mujer la mira despacio. Levanta los ojos y mira al hombre. Se sonríe, pero en sus ojos resplandecen, escasas, unas elocuentes lágrimas.

Sabemos tú y yo que no volveremos a vemos. Seguramente te dejo muchos recuerdos míos. Pero el recuerdo de este momento, te queda en esta moneda, para que lo conserves, y lo mires. Dicen que el perfil es igual al mío. Mírame en él, de vez en cuando.

Desliza la moneda en las manos de él, y desaparece.

II

Muchos años después, el barón Guillaume de Montcléry ha regresado, herido y disminuido, envejecido y arruinado, de la empresa sin suerte de conservar el Canadá para los franceses. Ha querido llegar a París, y llevar su miseria ante la corte. No ha encontrado eco, sus protectores se han desvanecido.

Su corazón, que fuera tan generoso y amante, marcha ahora trabajosamente, y a ello contribuyen las privaciones que el barón debe soportar. Debe dar a su criado dinero para comprar la comida. Saca la escarcela, y en ella hay una única y antigua moneda de oro, con un soberbio perfil femenino, igual al de la condesa Athénais, cuyo apellido, desde aquella noche de amor, él no ha osado pronunciar otra vez.

El escaso barón se siente torturado por el hambre. Hace tres días no comemos —murmura el criado—. Con un arranque repentino, como quien tira lejos de sí su corazón, el barón besa la moneda, y luego la arroja a las manos del criado, que sale corriendo a comprar comida.

El barón Guillaume de Montcléry cierra los ojos, y muere.

Al parecer, la moneda sí era su propio corazón.

### *Luz de los ojos*

Por las callejuelas empedradas del puerto vienen y van los marineros. Al mirar hacia el mar se ve el tejido de los velámenes, de los mástiles, de los cordajes. Más allá una línea profundamente azul, contra el cielo seco de color más claro, sin nubes y sin pájaros. Al otro lado el mismo cielo contra la puna, desierta, sin agua y sin árboles.

Todo marinero que pisa tierra tiene que comprar el tabaco en la misma y única tienda. La dueña es una mujer morena y cincuentona, que sabe tener a raya a los hombres del mar, y les habla en inglés, o les oye en sus lenguas incomprensibles. La casita es pequeña, encalada, con ventanas de madera pintadas de azul. Por la baja puerta se entra a la tienda. Allí está ella, sentada como en un trono magnífico. Tiene sobre el mostrador unos lentes que utiliza cada vez que debe mirar las monedas que le dan los marineros. Libras, coronas, francos, escudos. Todo va a una cajilla escondida bajo el mostrador.

Un día llega un marinero alto y rubio, de edad mediana. Pide tabaco negro, el más fuerte. Ella se lo alcanza, y él, al hurgar la bolsa, le pide que le preste los anteojos para mirar las monedas que debe darle. Le paga, ella a su vez toma los anteojos y mira las monedas.

Los anteojos quedan sobre el mostrador. El marinero se los pone de nuevo. Conversan en inglés. El rubio barbudo se ríe, esboza un tosco piropo. Ella ríe también. El marinero se despide, con los anteojos en la mano; su barco se va. Su adiós es un último requiebro a la mujer madura. Ella, halagada y atraída por el hombre, sonrío y sale con él a la puerta. Alguien lo llama, urgiéndole. El barbudo se inclina y le da un rudo beso. Sale, corriendo hacia su nave. Ella se queda, soñadora, en la puerta.

Cuando llega la hora de cerrar, busca en vano los anteojos, que a estas horas navegan por el Pacífico, en poder del marinero rubio. Manuela se angustia; con un suspiro, cierra la puerta. La luz marina del atardecer descende sobre la puerta de Paita.

Por culpa del marinero, esta noche no se abrirá el apretado



baúl de cuero de donde salen, en un conjuro, memorias de bailes limeños, horas de solaz bajo los árboles de la Quinta en Santafé. Sin sus anteojos, Manuela Sáenz no podrá repasar, como todas las noches, las cartas de amor de don Simón Bolívar.

*(1984) La reina del sol*

El castillo queda al borde del acantilado, resto memorable de

- — ¿ Hnv el acantilado está sobre el desier-

to rojizo, las dunas como llamas semejan también un mar paralizado. En medio de ellas, como un montón más de arena y de piedra, están las ruinas de la ciudad guerrera. El viento pasa sobre la arena como los guerreros vengadores pasaron hace poco tiempo, segando, cortando, incendiando. La ciudad queda como el débil símbolo de la derrota, que va siendo consumido en la arena del desierto.

En el antiguo castillo, palacio, fortaleza, solamente hay dos sombras que recorren los aposentos, los salones, los inmensos corredores: una mujer alta y hermosa, y un enano monstruoso con la lengua cortada. Hay otra sombra muerta, larga y delgada, que yacerá para siempre en ese estado, en algún sitio de Egipto.

Sin embargo, ahora hay una sombra más, la sombra felina de Ubasti, Bastet, la Gata egipcia que va sedosamente tras la mujer. (La muchedumbre de los dioses desterrados está lejana, en Tebas, ganando de nuevo sus batallas).

La mujer está siempre en silencio. Es una mujer alta, de huesos fuertes, de delgado cuerpo y bello rostro enigmático. Sus estatuas la rodean y muestran sus formas tentadoras; su cara ligeramente angulosa, su boca abultada y sensual, iluminan su paso.

A las cuatro de la tarde, cuando el Sol empieza a inclinarse para mostrar sus mejores tonos dorados, ella sale al balcón, se deja bañar por él, se desnuda lentamente y lo contempla. Ella sonríe y parece escuchar palabras que debería traerle el viento. Desde abajo se escucha el rumor de las voces de los dioses expulsados por el Sol.

Un día, a las cuatro de la tarde, ella sale del Castillo del Horizonte, precedida por la Gata. El enano se queda en la torre, mirándola medrosamente. Ella camina con el mismo paso de la Gata, la única diosa no expulsada. Debe llegar a tiempo para el encuentro con el Sol.

No lleva guardia; de los fosos del castillo sale un lento león dorado, un fantasma del Sol occidental que no aparece entre los viejos dioses; se aproxima mansamente y ciñe al de ella su

paso.

Llegan a la ciudad de Tell-el-Amarina, la ciudad fantasma de las ruinas, en el momento en que el Sol de las cuatro de la tarde se tiende por las calles irreales como un reguero de perros famélicos y pone en fuga los restos de teologías antiguas. El nuevo Sol la envuelve. Nefertiti deja caer sus ropas; su cuerpo es dorado como el león que vigila mientras el Sol-Akhenaton desaparecido la posee.

Desde la sombra centellean los ojos de la Gata.

---

## *Cuando lord Byron navegó hacia América*

### I

Desde 1822 había querido lord Byron venir a la América del Sur. Acaso la amargura de los ataques y calumnias que sobre él se habían acumulado en Europa, le impulsaba a buscar otros países diferentes. Seguramente pensaba en un largo recorrido. En los países americanos se conocía muy bien su poesía, la cual, en el continente europeo, era la primera que había hablado de América, de Bolívar, de Colombia, del Perú, del Ecuador.

Llegaban ecos de las contiendas en las cuales se había mezclado su espada, para obtener la liberación de Grecia. Era extraño pensar en un poeta que en el Ática no tuviera modo de venerar los mármoles milenarios, sino de combatir ferozmente, como los propios griegos, por la libertad.

### II

Hubo, sin embargo, un momento en que, como queda registrado en las crónicas, lord Byron visitó El Callao y Chorrillos. Aparentemente vio al menos el Perú. Se ha referido mucho que Byron estuvo en Chorrillos, después de Ayacucho. Desde allí habría mandado un mensaje a Bolívar el cual pudo extraviarse pues no aparece en la correspondencia. Hay quienes dan por cierto su paso; incluso se dice que estuvo en la ciudad de Lima, donde departió con O'Leary y con N. N. No estaba Bolívar en Lima. Pero en una conversación con el gran poeta X., Byron hizo el elogio del Libertador, y expresó su deseo de permanecer en América. El poeta le pidió que le escribiera uno de sus poemas, pero él trazó solamente su firma: George Byron.

Fue esto en 1825. Hacía más de un año que lord Byron había muerto en Grecia. La sombra que visitó El Callao era, eventualmente, la de él. Aunque quienes lo vieron hablan de su singular apostura física. Durante muchos años, el enigma ha permanecido. Existen las cartas, y la nota de O'Leary, sin más explicaciones, en sus memorias.

Lo único que podría desvirtuar esta situación sería el mismo autógrafo que lord Byron le dejó al poeta. Sabido es que

lord Byron se llamaba George Gordon Byron; en el autógrafo firma George, lo que permitiría la otra hipótesis, ya que podría haberse tratado de un primo del poeta, llamado George Anson Byron, marino de profesión, que recorrió gran parte del mundo, hasta el estrecho de Magallanes, y quien fue heredero del título a la muerte del poeta.

No lo creo, sin embargo. Prefiero pensar que lord Byron estuvo en El Callao, después de muerto, buscando la sombra viva del Libertador Simón Bolívar. Sería mucho más justo, más lógico, y más verosímil. El autógrafo puede ser simplemente una equívoca huella.

Quienes vieron en El Callao a lord Byron, no dicen si era cojo; pero necesariamente lo era.

(1985)

### *Segunda sinfonía*

I

El gran compositor Gustav Mahler resolvió abandonar Viena, y finalmente se dejó persuadir por Hans Conried, el gerente del Metropolitan Opera House de New York. En noviembre de 1907 se embarcó con su esposa Alma en el SS Augusta Victoria, en Cherburgo.

Para Alma Malher, New York fue la revelación de un mundo audaz. Tuvieron amistades, romances, la vida inundada de música. Mahler dirigía, imperturbablemente, la orquesta. Alma, adaptada a él, conservaba rigurosamente todos los usos matrimoniales, empezando por el de la infidelidad.

Un día fueron a visitarla, mientras Mahler estaba en la Opera, dos señoras de origen vienés, pero cuyo alemán dejaba mucho que desear, más aún que el inglés de Alma. Por eso la conversación se desarrolló en inglés. Cerca a la puerta del salón jugaba con un carrito un niño de 6 a 7 años, hijo de una de las damas.

El ambiente del departamento era totalmente vienés. Los muebles finos, las cortinas que se hinchaban con la brisa del verano, la vista de los árboles del parque. El niño jugaba con el

carro. De vez en cuando, levantaba los ojos y escrutaba los rostros de las damas. De allí pasaba sus ojos a la sala de música, tapizada de rojo. Alma vestía de negro, con “el cabello de color de amanecer”. Su vestido era una especie de túnica, que ocultaba la cintura un tanto creciente, y mostraba la forma de sus hermosas piernas. Tal como estaba sentada, asomaba el borde rosa de una combinación. No llevaba corsé, su talle era suelto. Sus zapatillas negras, aptas para deslizarse en el piso. Finas medias de seda, que trepaban de modo insinuante.

Decía a sus amigas;

—Nunca desde pequeña, quise usar pantaloncitos. ¿Ustedes?

Las dos contestaron púdica y afirmativamente.

Alma continuó:

—Yo nunca quise usarlos. Es la parte de mi cuerpo en que más amo la libertad. No sería capaz de usarlos, llámense “bragas”, “culotte”, pantaloncitos... Ni lo haré jamás.

El niño la miró furtivamente.

## II

Tiempo después Rudolf, ya adulto, entró en un museo. Había una exposición de Oscar Kokoschka. Allí estaba “The Winsbraut”, el doble retrato de Oscar y Alma en el tiempo de su tempestuosa relación, pintado en 1914. Un retrato de amor, pensó. Recordó los rasgos del rostro imperioso y bello de la mujer que había conocido tan brevemente; ahora la veía flotar en la nube de viento, con uno de sus amantes. Suspiró, siguió mirando los cuadros de la exposición. Al fondo, a través de una puerta abierta, podía ver una decoración roja como la del cuarto de música, el rojo de Kokoschka.

## III

Rudolf llegó a Viena. Amigos que le habían invitado, le acogieron en su casa. Amistades vienesas venían a conocer al escritor austro-americano. Desde la cena de la primera noche, llegó Celia. Una hermosa mujer vienesa, también imperiosa como Alma. La simpatía se estableció, la conquista fue fácil. Ella le

ofreció acompañarle al teatro, como un hermoso preámbulo.

En el palacio, Rudolf se tomó libertades que ella aceptó sin discusión, y las correspondió. Cuando la mano de él trepó por la media de seda, creyó encontrar la prenda usual, pero sólo encontró, para su turbación, el dramático vello del pubis. En ese instante, oyó la voz de Alma contando a sus amigas. Las palabras de los actores se confundieron con las primeras notas de la Segunda Sinfonía, de Gustav Mahler, y con los colores de la hermosa pintura de Kokoschka.

## El defensor

Había ocurrido en la escuela. *La* maestra aficionada a la Historia Natural, como se llamaba aquella caótica asignatura en que se empezaba hablando de los animales prehistóricos y se llegaba hasta los insectos, había hablado largamente del descubrimiento del pterosaurio, un inmenso animal, grande como el dinosaurio, que alcanzaba a volar miles de kilómetros con unas alas huesudas mucho más grandes que las alas del cóndor. Los niños oían maravillados, mientras ella mostraba las láminas. Agregó que debía tener, de una punta a otra de las alas, por lo menos veinte metros. Nadie excepto Felipe podía imaginarse un pájaro así de grande. A hurtadillas, en el cuaderno, copió el inmenso dibujo.

Felipe tenía ya doce años, y ese año comenzaba a trabajar en la hacienda cercana. Vivía con sus padres en una casita como ellos. De la escuela caminaba hasta allá, ayudaba a cuidar de los animales domésticos y ya pronto sería admitido como peón de la hacienda, y ganaría un peso semanal.

Felipe andaba mucho, por los campos. Conocía como nadie la región, sin haber salido nunca de allí. Aspiraba a ir a la capital, cuando fuera más grande y hubiese ahorrado unos pesos. Todavía, años después, flotaba el espectro de la guerra civil, del reclutamiento, de los males que se venían sobre la región. Pero por esa misma guerra, Felipe había aprendido a manejar el fusil Grass que guardaba escondido su padre. Era él quien lo engrasaba, quien tenía el amoroso cuidado del arma, a la cual miraba con reverencia, como depositaría de un lejano poder.

Una vez, estando los padres en el pueblo, lo había disparado. Los ecos feroces habían retumbado hasta lo más lejano del valle, produciéndole en el pecho una extraña sensación, mezclada con la del rudo golpe de la culata sobre su hombro. Felipe limpiaba el arma, le sacaba brillo, pulimentaba las grandes balas. Sabía que su abuelo lo había llevado en la guerra civil. Seguramente, pensaba, había matado con él hombres enemigos. Por eso, para saber cómo era, se lo llevó beber. Se emboscó justo

al riachuelo, y esperó hasta que vio venir la grácil figura de un venado. El viento le favorecía, y el animal no percibió la presencia humana y bajó hacia las piedras de la orilla asentando su fino casco. Felipe tomó cuidadosamente la puntería y disparó. Nuevamente el estruendo maravilloso le sobrecogió. Miró hacia el venado, y lo vio caído en la orilla. Lo había matado. No se atrevió a acercarse. Algo le nació de muy adentro y empezó a sollozar. Le parecía terrible haber matado a un pobre animal. Muchas veces, escondido, los había visto pasar. Eran graciosos, finos, inofensivos. En cierto modo, eran sus compañeros. Huyó de allí, aterrado de haber perpetrado el crimen. El sol caía directo sobre los árboles cercanos. Posiblemente fue ese el momento en que Felipe se convirtió en un hombre.

Ninguno de sus compañeros había disparado un arma. Él tenía esa superioridad. Empezó su trabajo en la hacienda; el sol violento le caía en las espaldas cuando entraba a cortar caña dulce. De vez en cuando los dueños venían a inspeccionar los trabajos. Llegaban desde la capital, a varios días de camino, en sus muías gordas y relucientes. En ocasiones, los domingos, se iba hasta el pueblo. En general prefería pasar el día en la holganza de los bosques, del campo abierto.

Aquel domingo, Felipe estaba cerca de la casa. Sus padres se habían ido al pueblo, y él veía pasar el día, lento y sin gente mientras pulía el fusil. De pronto oyó el ruido. Un estrépito ensordecedor llenaba el valle. Miró hacia todas partes y lo vio venir, el inmenso pájaro perdido, que daba vueltas y rugía. Felipe se acordó de la descripción de la maestra. El pterosaurio se venía encima, el pájaro más grande del mundo, con todo su mágico poder de destrucción. Volaba sobre el valle, daba vueltas de un lado a otro, volando bajo, como buscando dónde posarse. Era él, el pájaro maligno. El ruido se acentuaba, el pájaro extendía sus alas repugnantes. Felipe afinó la puntería hacia la trompa, donde algo giraba con un brillo enceguecedor, y disparó. Cargó y disparó de nuevo: algo estalló en el monstruo, se produjo una enorme explosión, y el pájaro hecho pedazos se vino abajo; fue a caer al

riachuelo, donde Felipe había matado el venado. Una nueva explosión, un extraño olor, y silencio. El pterosaurio había muerto, se había desintegrado como una máquina. Con la explosión había salido de su vientre el cuerpo de un hombre, al que seguramente había devorado como le habría ocurrido a Felipe si no se hubiera defendido tan rápidamente.

## Las alas de los muertos

### I

Confieso que al apearme del caballo en la plaza de aquel pueblo fantasma, me sentí temeroso. No hubo, sin embargo, ningún intento de atacarme. Amarré el caballo a un árbol. El silencio era casi total; apenas si la brisa rozando las hojas producía un rumor similar al de las alas de los muertos. Mis pasos sobre la grava de la calle se oían pausadamente.

No había una sola persona a la vista. Ni en las calles, ni en las puertas, ni en las ventanas de las casas. No había un ser viviente.

Nunca había tenido temor de lo sobrenatural a las diez de la mañana. Pero ahora sí lo experimenté, tal como si fuese noche cerrada. Las calles solas infundían temor. Había una niebla que exhalaban las casas. No se veía con claridad a cinco metros. Esto ocurrió de pronto, y luego la misma neblina se esfumó, y sólo quedó un pesado y próximo cielo gris.

La soledad que pesaba sobre las calles del pueblo no le quitaba a éste la apariencia de vida. Estaba como recién abandonado. No era de esas soledades que se pegan a las paredes, se adhieren al piso, se acaballan sobre el tejado. Al contrario, siempre se estaba esperando ver salir a alguien de la próxima puerta.

Me habían inducido a ir a mirar el pueblo. Pero quienes me habían aconsejado no sabían qué era lo insólito que en él podría encontrarse, ni sabían el origen. Algunos habían podido conjeturar que una época violenta había despoblado la región, y que no obstante, este pueblo particular había conservado toda su auténtica vida, a pesar de estar deshabitado.

### II

Me decidí a entrar en una de las casas. Escogí la de ancho portalón, de construcción maciza. Una casa solemne. Al entrar en el zaguán vi que todas las puertas estaban abiertas. Probé la primera habitación; la encontré llena de anaqueles de libros, cuidadosamente ordenados, limpios de polvo como si alguna

persona se hubiera

ocupado de ellos en el día. La luz cernida del día gris alcanzaba a reflejarse sobre los títulos de oro. Miré varios de ellos; saqué incluso algunos de los estantes. Leí páginas y párrafos, pero no recuerdo qué libros ni qué autores.

En la siguiente habitación encontré lo mismo. Lo más sorprendente era el orden y la limpieza, que tenían que depender de la continua presencia de alguien, a quien ahora no se veía ni se oía.

Escuché un ruido seco en una de las habitaciones. Me dirigí hacia allá, y vi un libro que había caído al suelo. De este libro sí recuerdo cuál era, y recuerdo además haberlo abierto y haber leído algunas páginas que me resultaron especialmente reveladoras de todo aquel ambiente. Me pareció que alguien había dejado caer el libro, para darme una indicación.

### III

Casa por casa, las recorrí mientras hubo luz del día. Llegué a la iglesia, que encontré también llena de estantes con libros. Parecía como si se hubiesen reunido allí todos los libros existentes en la región, acaso en el país. No se trataba de un pueblo pequeño, sino de un pueblo de dimensiones considerables, que pudo albergar seguramente treinta mil habitantes.

Ya con las últimas luces del crepúsculo, busqué un refugio donde pasar la noche. Había llevado unas escasas provisiones. Conduje el caballo al solar de una casa donde pastara a sus anchas. Fue difícil hacerlo entrar, como si algo temiera; pero por fin entró, lo desensillé y lo dejé pacer tranquilamente.

En todo esto, ya la noche caía. No había luz en el pueblo, así como no había habitantes. No tenía qué temer el frío, porque las habitaciones llenas de libros eran cálidas. Solamente, busqué un rincón dónde tenderme, con mi brazo plegado como almohada.

Cerré mis ojos. Un rato después los abrí, y me di cuenta de que la oscuridad no era completa. Había algo semejante a la luz de la luna, que incluso permitía leer. Saqué un libro de uno de los estantes inferiores, y leí. Lo que encontré en ese libro me pareció llenar de presencias vagas el mundo de los libros que me rodeaba.

Sentía el eco de las voces medievales que salían de los tomos encuadernados de pergamino. Sospeché voces de ángeles, pero me di cuenta de que eran voces de mujer.

Tomé otro libro, y otro. El rumor casi inaudible pasaba a evocar los viajes de las naves que venían a América, los tesoros sepultados, los tormentos de los ladrones. Cada libro me daba una información nueva, y me desazonaba más.

#### IV

Abrí un libro en el cual me encontré una carta de Nicolás Maquiavelo, al embajador Francesco Vettori, su amigo, fechada en 1513. Le relataba su destierro a San Andrea in Percussina, pequeña aldea de San Casciano, cerca de Florencia. Allí se refugió Maquiavelo en una pequeña propiedad. Su vida era edificante: levantado con el alba, iba a inspeccionarla tala de un bosque, las “miserias” de los ladrones. De paso hacia la fuente y la pajarera, regresaba a almorzar. Luego iba a la hostería, y jugaba varias horas al “trichetache” con el dueño, dos panaderos y el molinero. Había discusiones vehementes, gritos, insultos.

*“Rodeado de estas miserias —dice Nicolás— enmohezco mi cerebro y doy desahogo a la malignidad de mi fortuna, contento de que me pisotee de este modo para ver si acaba de avergonzarse de perseguirme”.*

*“Cuando llega la noche vuelvo a mi casa y entro en mi biblioteca. Me despojo en los umbrales del traje de diario, lleno de lodo, y me pongo paños curiales y regios. Vestido decentemente, entro en la antigua corte de los hombres antiguos, donde, recibido amistosamente por ellos, me nutro de aquel alimento que “Solum” es mío, y para el que yo he nacido. No me avergüenzo de hablar con ellos ni de preguntarles por los motivos de sus acciones, y ellos me responden con su gran humanidad. Durante cuatro horas no siento tedio ni cansancio, olvido todo cuidado, no temo la pobreza, la muerte no me espanta; me transfiero por entero en ellos”.*

Terminado de leer el pasaje, me pareció verlo pasar, en sus ropajes regios, hacia la ceremonia de la lectura. En todos y cada



uno de esos libros estaba el espíritu de sus autores con tanta fuerza, que no solo se transmitía todo al que lo abría, sino que llegaba hasta el punto de permitirle *ver* los personajes. Eso mismo hacía que, por obra de toda la vida que latía dentro de ellos, todos los libros permaneciesen limpios y en perfecto estado, y emanaran de sí vida suficiente para que la persona que visitaba el pueblo sintiese compañía. Todas las casas y la iglesia eran bibliotecas; el pueblo era una biblioteca.

## V

En la región nadie se permitía hablar de la biblioteca, mejor dicho, del pueblo. Concluyo que obedecían al temor de que, al descubrirse, el gobierno intentase trasladarla, con el argumento de que podía ser más útil. Pero las gentes de los pueblos cercanos (a los cuales poseía la biblioteca), nunca quisieron decir nada, para conservar para ellos esa extraordinaria fuente de conocimientos y de vida.

No he podido establecer exactamente si al entrar al pueblo la persona quedaba dotada de invisibilidad, o bien si los habitantes de los pueblos no tenían necesidad de moverse para leer los libros, que misteriosamente mandaban su esencia hasta ellos. En todo caso, en mis visitas jamás vi a nadie, y siempre alguien contaba que había ido, sin dar señal de haberme visto. No sé si cuando yo creía estar en el pueblo consultando la biblioteca, estaba haciéndolo sin moverme, en casa, por el hecho de saber que existía la capacidad para este extraordinario sistema de consulta.

## VI

Otra de las extrañas virtudes del pueblo-biblioteca, es la de que una vez que uno ha emprendido la consulta tiene que seguir haciéndola, sin manera de desatarse de ella. La consulta, desde luego, se va haciendo más profunda; según lo sea, toma rumbos insospechados, y va de acuerdo con la personalidad del lector. De modo que la consulta es una manera de examinarse a sí mismo. No de examinar a los demás, por esta peculiar organización de la biblioteca, que hace que ante ella se esté siempre solo.

## VII

Se dice que en cada casa hay un encargado de la administración. Aparentemente son ángeles, que ejercen esa misión de bibliotecarios. Cuando un hombre o mujer se vinculan al sistema de consultas de la biblioteca, al parecer su propio ángel se queda matriculado en ésta.

Parece que tampoco nadie ha logrado hacer el amor allí,

desde que el pueblo pasó a su destinación bibliotecaria. Ni tampoco en las calles; puedo dar fe de que solamente en un bosque aledaño ello es posible, porque en una ocasión fui con una amiga. Al entrar al pueblo, nos perdimos el uno al otro; no nos vimos durante todo el día de trabajo, y solamente nos encontramos saliendo del pueblo, en ese bosque. Ella me contó (después de hacer el amor, naturalmente) de los vastos hallazgos que había realizado. Después desapareció, pienso que por haber resuelto —como estuve yo tentado— quedarse definitivamente a vivir en el pueblo-biblioteca.

### VIII

Leibnitz, según recordó felizmente Lichtemberg, profetizó que *“las bibliotecas terminarán por convertirse en ciudades”*. Las ciudades misteriosas comenzaron así, como empezó este pueblo en el cual nada sucede porque no hay nadie, y sin embargo sucede todo, porque en cada uno de los libros de la biblioteca algo está permanentemente sucediendo.

(No lo he contado antes, pero los problemas de los cuales huía cuando llegué a este pueblo eran los de un desdichado amor. Ahora, he podido analizarlos con frialdad, y racionalizarlos para siempre, con fervor).

### IX

No obstante, vi por fin a una persona a quien seguramente pueden ver todos los lectores, y que parece que tiene el peso de toda la administración. En una de las casas de la entrada del pueblo tiene su despacho. Uno entra, y ella no lo ve. Es una mujer de una hermosura alucinante, que es ciega. Para ella es usted apenas una voz.

En aquella dependencia se encuentran libros muy especializados, de ciencias. No hay ficción ni poesía. Ella localiza al tacto cualquier volumen. Lo entrega sin hablar, lo que me ha hecho sospechar que sea muda. Pero tiene, sí, un oído finísimo.

Llegan los libros últimos, las entregas de todas las revistas.

Nadie, sin embargo, sabe cómo, ni esto podrá saberse nunca. Hay quienes conjeturan que existe una terrible hermandad secreta, que se hace cargo de todo esto.

Todos los salones están pintados por dentro de verde claro, tierno, casi aguamarina. En las tiendas abiertas hay libros en los estantes. En la plaza han puesto, hace poco, una terrible placa que dice:

“Quemó todos sus libros, y como un ermitaño se retiró a una biblioteca pública”.

(Esto lo dice Elías Canetti).

El pueblo-biblioteca se llama \_\_\_\_\_ y queda  
en \_\_\_\_\_

(Misteriosamente, aparecen borradas las palabras. El libro donde está este relato inconcluso, fue encontrado en un banco del parque principal de la ciudad de \_\_\_\_\_ El viento pasaba las hojas, y producía el rumor de las alas de los muertos.

No se sabe quién lo escribió, ni qué sería del autor).

(1983)

Otros autores en esta colección:

Ignacio Aldecoa

Mario Benedetti

Paul Bowles

Alfredo Bryce Echenique

Julio Cortázar

Augusto Monterroso

Alvaro Mutis

Juan Carlos Onetti

Arturo Pérez-Reverte

Julio Ramón Ribeyro



El presente volumen reúne

sus cuentos aparecidos en los libros, **El retablo de Maese Pedro** (1967), **La procesión de los ardientes** (1973), **Más arriba del reino** (1981), **Los infiernos del Jerarca Brown** (1984), **La Nave de los Locos** (1984), así como los publicados en revistas durante sus últimos años y con los cuales venía preparando una edición -que no alcanzó a publicar como libro- y que agrupó bajo el

título de **Las alas de los muertos**.

Esta edición de sus **Cuentos Completos**, es un homenaje a su obra, a la dignidad de su oficio y a la inmensa calidad que supo imprimirle a su creación. Un homenaje que los lectores colombianos, y en general los de habla hispana, acogerán con innegable beneplácito.